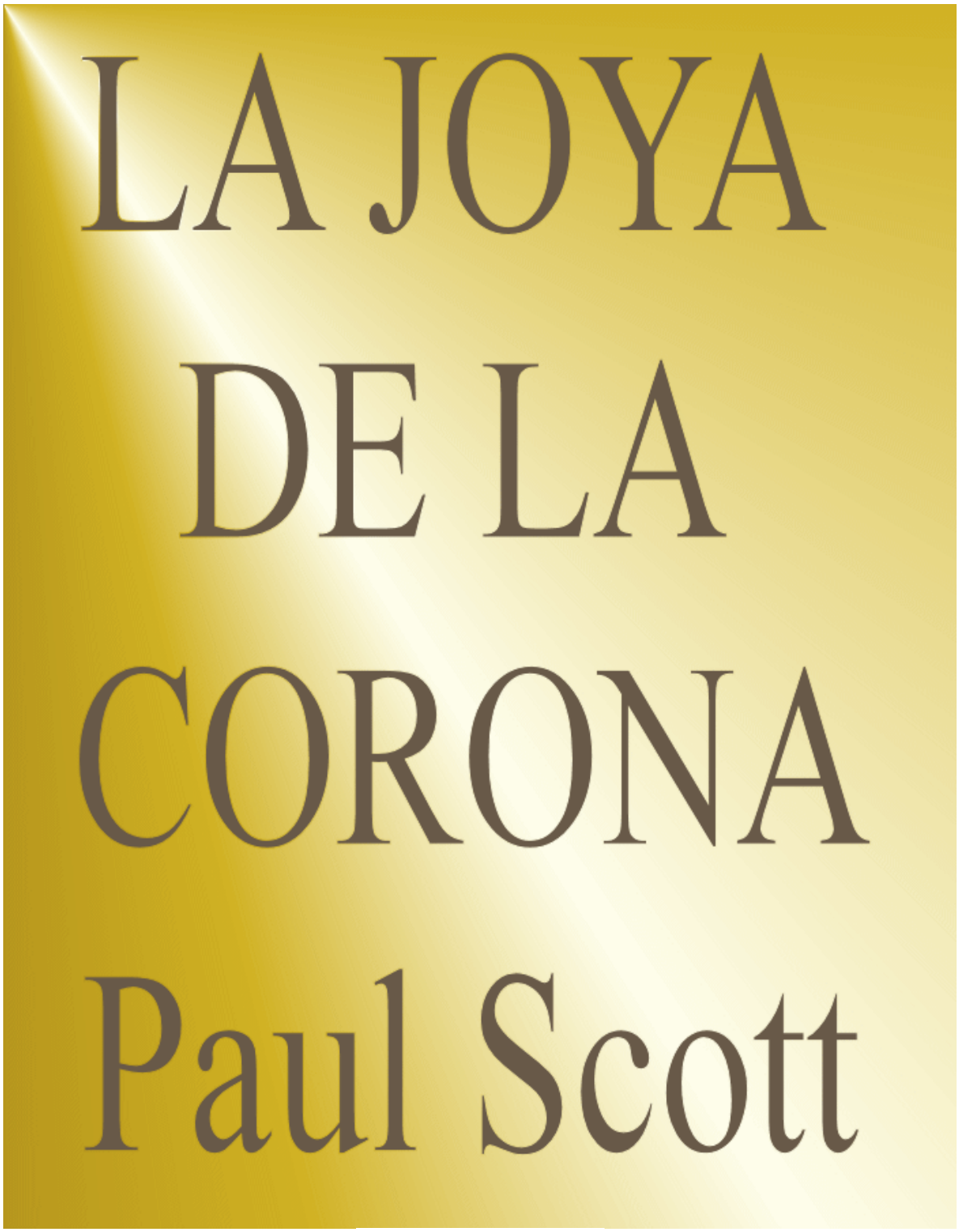
LA JOYA DE LA CORONA
Paul Scott



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

A Dorothy Ganapathy, con amor

Todos los personajes de esta obra de ficción son imaginarios.

Capítulo 1

MISS CRANE

Imaginad, pues, un paisaje llano, de momento oscuro, pero que aun así infunde a una muchacha que corre, en la sombra aún más oscura que proyecta el muro de los jardines Bibighar, una idea de inmensidad, de distancia, tal como años antes Miss Crane había tenido conciencia de contemplar donde una trocha moría y comenzaba tierra de cultivo: un paisaje distinto pero también en la llanura de aluvión, entre los montes del norte y la meseta del sur.

Es una panorámica que unas horas antes, entre el aguacero y la breve luz crepuscular, extraía color del espectro del sol poniente y teñía cada una de sus propias superficies capaces de absorber luz: las paredes ocres de las casas de la ciudad vieja (asimismo maculadas por su pasado sangriento y su presente inquieto); el agua de río que fluye y el agua estancada de los depósitos; el rastrojo reluciente, la tierra arada de campos distantes; el metal de la grandiosa carretera general. En este paisaje escasean los árboles, menos entre los bungalows blancos del sector civil. En el horizonte se recorta la mancha violeta de los cerros.

Ésta es la historia de una violación, de los sucesos que la ocasionaron y los que la siguieron, y del lugar en donde aconteció. He aquí la acción, las personas y el sitio; todo ello guarda una relación mutua, pero en su totalidad incomunicable y aislada del continuum moral de los asuntos humanos.

En el caso de los jardines Bibighar hubo varias detenciones y una investigación. No hubo un juicio en el sentido jurídico. Desde entonces algunos han dicho que hubo una especie de proceso en curso. Esas personas afirman que, de hecho, la historia que dio comienzo en Mayapore, el atardecer del 9 de agosto de 1942, finalizó con el espectáculo de dos naciones en violenta oposición, no por primera vez ni tampoco por última, porque ambas seguían aún fundidas en un abrazo imperial de tanta antigüedad y sutileza que ya no les era posible saber si se odiaban o se amaban, o qué era lo que las mantenía unidas y parecía haber confundido la imagen de sus destinos separados.

En 1942, que fue el año en que los japoneses derrotaron al ejército inglés en Birmania y Gandhi comenzó a predicar la sedición en la India, los británicos que a la sazón vivían en el acantonamiento civil y militar de Mayapore tuvieron que admitir que el futuro no se auguraba prometedor. Habían afrontado malos tiempos antes, sin embargo, y pensaban que podrían encararlos de nuevo, que ahora sabían qué suelo pisaban y que no podría haber más examen de conciencia por un largo tiempo respecto a los aciertos y los entuertos de su filosofía y administración colonial-imperialista.

Como les complacía expresar en el club, el quid de la cuestión estribaba en que lo primero es lo primero, y cuando supieron que Miss Crane, la supervisora de las escuelas misionales del distrito protestante, había descolgado el cuadro de Gandhi de las paredes de su despacho y ya no invitaba al servicio del té a mujeres indias, sino a jóvenes soldados ingleses, sintieron a la vez gratitud y regocijo. En tiempo de paz, las opiniones podían ser tan diversas y excéntricas como uno quisiera. En tiempo de guerra había que cerrar filas; y si iba a ser una cuestión de bandos, Miss Crane parecía haber mostrado por fin en cuál de ellos estaba.

Lo que pocos sabían era que las mismas mujeres indias habían tomado la iniciativa en lo referente al té de los martes en el bungalow de Edwina Crane. Ella, por su parte, sospechaba que habían sido sus maridos quienes les habían disuadido de asistir a la cita semanal, no sólo por la afrenta al retrato de Gandhi, sino por si acaso tales visitas eran consideradas, en aquel año explosivo, un acto de adulación al *raj.* Lo que más le dolía era que ninguna de las mujeres se hubiera tomado la molestia de comunicarle sus razones. Pura y simplemente, una por una o de dos en dos, habían dejado de ir y formulaban débiles excusas cuando Miss Crane encontraba a alguna en el bazar o en el trayecto a las aulas de la escuela misional.

Lamentaba lo de las mujeres a las que siempre había alentado a ser francas con ella, pero en absoluto lo del retrato de Gandhi. Ellas tenían una excusa; Gandhi, en cambio, no. Ella opinaba que él se estaba comportando de un modo abominable. Se sentía, de hecho, defraudada. Se había reído durante años de los europeos que decían que no era un hombre de fiar, pero ahora Gandhi había cursado lo que parecía ser una invitación a los japoneses para que fueran a ayudarle, a él y a la India, a desembarazarse de los ingleses; y si él pensaba que ellos serían amos mejores, entonces ella sólo podía concluir que había perdido el juicio o, todavía peor, que estaba demostrando que su filosofía de la no violencia tenía un lado oscuro que implicaba la invalidación total de cada uno de sus aspectos. Al parecer, los japoneses iban a encargarse de ejercer la violencia en su nombre.

En virtud de su recelo reciente hacia el Mahatma y de su decepción por el comportamiento de las mujeres (la clase de desilusión que realmente se le había tornado familiar), se preguntaba si no debería haber dado un mejor

empleo a su vida entre sus compatriotas, convenciéndoles de que apreciasen las cualidades de los indios, en lugar de entre los hindúes, tratando de demostrarles que al menos una ciudadana inglesa les admiraba y les respetaba. Tenía que reconocer que un análisis minucioso de su trabajo revelaría que, en lo esencial, la gente con quien había hecho mejores migas era de sangre mezclada; lo cual parecía, quizá, recalcar el hecho de que ella misma no era ni una cosa ni otra: una maestra sin títulos académicos, una misionera que no creía en Dios. Nunca había sido totalmente aceptada por los indios y había tendido a rechazar a la generalidad de los ingleses. En ello había una cierta ironía. Los indios, pensaba, podrían haberla tomado más en serio si ella no hubiera sido una representante del tipo de organización de la que ellos se aprovechaban con gusto pero hacia la cual pervivían viejas suspicacias. Por la misma razón, si ella no hubiera trabajado en la misión, nunca, creía, habría adquirido una admiración por los indios a través del amor y el respeto por sus hijos, ni tampoco habría concebido tan aguda crítica de su propia raza, en cuya custodia aparentemente negligente e indiferente residía el futuro de aquellos niños y el bienestar presente de sus padres. Nunca había tenido escrúpulos en airear su crítica. Lo cual, posiblemente, había sido un error. Los ingleses siempre tomaban esa censura de un modo muy personal.

Sin embargo, Miss Crane pertenecía a una generación que acataba (aun cuando no creyese enteramente en ellas) ciertas reglas simples para una acción resuelta. Ella se decía que nunca era demasiado tarde para rectificar o intentar rectificar. Pensando en los jóvenes soldados británicos que llegaban a Mayapore en número siempre creciente, y recordando que casi todos ellos parecían recién salidos de casa, escribió al oficial jefe de puesto, tuvo una entrevista con él y convinieron en que ella invitaría al té a un grupo de hasta doce soldados todos los miércoles por la tarde, desde las cinco hasta las seis y media. El oficial le agradeció su generosidad y le dijo que ojalá más personas cayeran en la cuenta de lo que significaba para un muchacho inglés sentirse de nuevo en casa, aunque sólo fuera durante un par de horas. Por mucho que agitasen banderas, las mujeres del acuartelamiento tendían a albergar un prejuicio contra la «otra categoría» de ciudadanos ingleses. El oficial no lo dijo, pero la insinuación estaba en sus palabras. Miss Crane dedujo de su porte y habla que él mismo procedía de la tropa. El militar dijo que esperaba que ella no tuviese que lamentar su ofrecimiento. Los jóvenes soldados, aunque en su mayoría calumniados, en realidad propendían a ser torpes y ruidosos. Ella no tenía más que telefonearle si la situación la superaba o si deseaba formular alguna queja. Ella sonrió y le recordó que la vida que llevaba nunca había sido una existencia protegida, y que a menudo la habían calificado en Mayapore de solterona correosa. Los soldados que fueron a tomar el té al bungalow de Miss Crane hablaban con acento *cockney* pero no eran gente desmañada. Con una sola excepción, un muchacho llamado Barret, manipulaban la porcelana con destreza entre sus manos grandes. No eran demasiado tímidos ni hacían excesivo ruido. Las reuniones siempre acababan cobrando una libertad y una desenvoltura agradables. Después, desde la veranda delantera, ella les despedía con la mano mientras ellos atravesaban el sendero de su jardín hermosamente cuidado. Más allá de la cancela encendían cigarrillos y retornaban a los cuarteles como un puñado de camaradas, produciendo cierto estrépito con sus botas en el duro pavimento de la carretera. Después de haber ayudado a Joseph, su viejo criado hindú,

a recoger la mesa, Miss Crane se retiraba a su habitación para leer informes y despachar la correspondencia con la sede central de la misión, y —puesto que el té de los soldados era el miércoles y el jueves era su día de visita a la escuela de Dibrapur, a setenta y cinco millas, donde pernoctaba— a preparar su maletín para el viaje y vigilar un molde de dulces hervidos que llevaría de regalo a los niños de la escuela. Mientras hacía estas cosas también encontraba tiempo para pensar en los soldados.

Tenía un particular cariño a uno de los jóvenes asiduos. Se llamaba Clancy. Era lo que las personas de clase media de su generación hubiesen denominado un caballero por naturaleza. Era Clancy el invitado que se sentaba el último y se levantaba el primero, Clancy quien se ocupaba de que no le faltase una porción del pastel de frutas que ella misma había hecho y de que no se quedara sin *azúcar* a fuerza de pasar el azucarero de un lado a otro de la mesa. Siempre le preguntaba cómo estaba, y respondía con suma lucidez a las preguntas de Miss Crane acerca de la instrucción, los deportes y la vida comunal en los cuarteles. Y mientras que los demás la llamaban Mami o Señora, Clancy siempre la llamaba Miss Crane. Ella, por su parte, ponía un meticuloso esmero en conocer los nombres de todos y en dignificarlos con el prefijo «Mister». Sabía que los soldados rasos detestaban que les llamasen por su nombre de pila si la persona que les dirigía la palabra era una mujer. Pero si bien jamás omitía decir Mister Clancy cuando se dirigía a él, pensaba en el muchacho simplemente como Clancy. Era un nombre bonito, y los amigos le llamaban así o le llamaban Clance.

Le agradó advertir que Clancy gozaba de la estima de sus compañeros. A nadie molestaban ni nadie se burlaba de sus atenciones para con Miss Crane. Parecía ser un dirigente nato. Inspiraba respeto. Era bien parecido, y su uniforme de camisa caqui y pantalones cortos le sentaba mejor que a los otros soldados. Tan sólo su acento y sus manos —de uñas melladas, nunca totalmente limpias de vestigios de grasa y aceite por el trato con fusiles y pistolas— delataban su condición de miembro ordinario del rebaño. A veces, cuando se habían ido y ella revisaba sus carpetas y pensaba en ellos, Miss Crane se entristecía. Algunos de aquellos chicos, y Clancy más fácilmente que los otros, debido a que estaba destinado a asumir un puesto de responsabilidad, podían caer en combate. También le entristecía, pero de modo distinto, cuando se le pasaba la idea por la cabeza, cosa inevitable, que probablemente todos se reían de ella a escondidas y la mencionaban, cuando no podía oírles, como la solterona que servía infusión y pastelillos.

Miss Crane, como sabía la dirección general de la misión, era una mujer inteligente y perspicaz cuyo entendimiento, sentido común y aptitudes organizativas compensaban de sobra lo que en una persona enrolada en la docencia cristiana constituía un valor dudoso: su agnosticismo, por ejemplo, y sus simpatías fundamentalmente anglófobas por verterse en favor de los hindúes.

Edwina Crane había vivido en la India treinta y cinco de sus cincuenta y siete años de vida. Había nacido en Londres en 1885, hija de padres moderadamente desahogados de la clase media; su madre murió prematuramente y ella consumió su adolescencia y primera juventud cuidando de su difunto padre solitario, un maestro que acabó por aficionarse a la botella y a la soledad, de forma que los pocos amigos que tenían se habían ido distanciando paulatinamente, junto con los alumnos que asistían a su colegio privado. El padre murió en un estío eduardiano,

cuando ella contaba veintiún años, dejándola sin un céntimo y sin servir para más, ella pensaba, que el oficio de ama de llaves o señorita de compañía. La fragancia de los limeros con flores en marchitación subsistió en su memoria como el olor de la muerte. Ella creyó haber tenido suerte cuando el primer empleo que obtuvo fue el de institutriz de un chiquillo mimado que la llamaba Cacatúa e intentó escandalizarla una noche con un alarde de sexualidad precoz en la habitación de los niños.

Fue un escándalo frustrado. En los últimos estadios de la enfermedad de su padre ella había tenido que afrontar su incontinencia, y anteriormente sus arrebatos ebrios, en los que él no se había privado de decirle aquellos hechos de la vida que ella no había aprendido todavía ni de ridiculizarla por su nariz larga, su escaso atractivo físico y sus tenues esperanzas de contraer matrimonio. Sobrio, se avergonzaba siempre, pero no tenía arrestos para confesarlo. Ella lo entendía, y porque lo entendía aprendió a valorar el coraje en los otros y a intentar firmemente, aunque no siempre con éxito, mostrarlo ella misma. En algunos sentidos, su padre era como un niño para ella. A su muerte le lloró, y luego secó sus lágrimas y vendió la mayor parte de las pocas pertenencias que quedaban para pagarle un entierro decente, tras haber rechazado la ayuda económica del tío rico que se había mantenido lejos en vida de su padre y el apoyo moral de los primos pobres que reaparecieron en cuanto estuvo muerto.

Así que el chiquillo no la escandalizó. Tampoco logró cautivarla. Cuando vivía sola con su padre se había sentido inclinada a creer que él y ella eran de un género aparte, elegidos para acarrear una cruz especial compuesta de alcoholismo y pobreza digna, pero el hogar pudiente y abstemio donde fue a vivir después también parecía una casa infeliz, y esta constatación tuvo por efecto presentarle el mundo que ella conocía trágicamente pequeño en el preciso momento en que podría haberse ido ensanchando. Fue el deseo de encontrar, en un universo ignoto, un lugar que le pareciera nuevo y reciente y, si no alegre, al menos aventurero y merecedor de esfuerzo, lo que le movió a solicitar un puesto de niñera y señorita de compañía de una mujer que regresaba a la India con dos niños pequeños. La señora, de semblante pálido y aspecto delicado, pero que resultó resistente, le explicó que si la persona que obtuviese el empleo lo desempeñaba satisfactoriamente podría quedarse en la India al final del viaje en calidad de institutriz. De no ser satisfactoria, dicha persona encontraría sin dificultad un trabajo parecido con una familia que volviese a la patria, y, si no lo encontraba, ella le pagaría el pasaje a Inglaterra. La señora pareció encariñarse con ella y Miss Crane, en consecuencia, fue contratada.

La travesía fue grata, porque la señora Nesbitt-Smith la trató como a un miembro de la familia y los niños, una chica y un chico, ambos de ojos azules, dijeron que la amaban y querían que viviese con ellos para siempre. Al llegar a Bombay fue a recibirles el comandante Nesbitt-Smith, que asimismo la trató como a una de la familia; pero Miss Crane no pudo evitar el percatarse de que a partir de aquel momento la mujer del comandante adoptó poco a poco una actitud distante, y que para cuando arribaron a la guarnición del marido en Punjab la trataba no exactamente como a una criada, sino como a una pariente pobre con la que de un modo u otro la familia había cargado y de la que temporalmente estaba haciendo uso. Fue la primera experiencia que Miss Crane tuvo del esnobismo en el extranjero, que jamás era lo mismo que el esnobismo en la isla, porque lo complicaban las exigencias, a veces contrapuestas, de la solidaridad y la supremacía

blancas. Sus patrones consideraron un deber otorgarle un reconocimiento que no hubieran concedido al hindú de más alta cuna, y al mismo tiempo cedieron a un fuerte impulso de situarla en uno de los peldaños más bajos de la escalera de su propia sociedad autónoma, más bajo fuera del domicilio familiar que dentro, donde, por supuesto, ocupaba una posición muy superior a la de cualquiera de los sirvientes indígenas. Miss Crane desaprobaba esta preocupación respecto al lugar social de cada uno y al motivo de esta jerarquía. Contrariaba la veta crecientemente liberal de su conciencia en progresivo fortalecimiento. Igualmente parecía dificultar mucho la vida. Pensaba que la señora Nesbitt-Smith pasaba en ocasiones verdaderos apuros para saber qué expresión poner cuando hablaba con ella, y decidió que la confusión en que a menudo se veía sumida explicaba el semblante frecuente de inquietud, casi de dolor, por no tener más remedio que hablarle.

Estuvo tres años con los Nesbitt-Smith. Era una muchacha de constitución fuerte, lo que significaba que rara vez caía enferma, incluso en aquel clima difícil. Quería a los niños, y reaccionaba ante la cortesía de los sirvientes superando la timidez que estaba acostumbrada a sentir en Inglaterra. Aquello era, por otra parte, la India, que al principio le había parecido extraña, hasta pavorosa, pero poco después llena de compensaciones que le costaba enumerar, pero sentía en el alma. Tenía pocos amigos y se notaba aún aislada de las personas en cuanto individuos, pero había adquirido conciencia de un sentido de comunidad. Ella sabía que ese sentimiento brotaba de la llamada, raramente formulada pero siempre insistente, aun cuando muda, a una solidaridad de clan que formaba parte de la pauta social que había advertido temprano y desaprobado entonces. Seguía desaprobándola, pero era lo bastante sincera para reconocer que aquel sistema había sido en todo momento una fuente triste, aunque sobradamente auténtica, de comodidad y protección. La sensación de miedo abundaba en la India, y era bueno sentirse a salvo, saber que por mucha frialdad con que a veces pudiese tratarla la señora Nesbitt-Smith, ella y los suyos se unirían siempre como una pina en torno a Miss Crane si alguna vez la amenazaba cualquier clase de peligro desde el exterior del venturoso círculo de privilegio en cuya periferia ella vivía su vida. Sabía que la India pródiga en compensaciones era únicamente la del hombre blanco. Pero era ya una especie de India, y eso, por lo menos, representaba un comienzo.

En aquella época se enamoró, no del joven capellán adjunto del puesto, que algunas veces, dirigía los oficios en la iglesia protestante local (y que podría haber sido un buen partido; el hombre, de hecho, respecto del cual la señora Nesbitt-Smith, en sus buenos momentos, le tomaba el pelo y hacia quien la empujaba risueñamente), sino secretamente y sin esperanza de un tal teniente Orme, guapo como Apolo, tan amable, atento y jovial con ella como un héroe de una novela romántica, y tan ignorante o despreocupado de la opinión de Miss Crane como su buena presencia le autorizaba a ser en un destacamento notable aquel año por el número de chicas bonitas y bien situadas entre las cuales podía hacer su elección: prendada sin esperanza porque no tenía posibilidades; y secretamente porque descubrió que no se ruborizaba ni actuaba nerviosamente en su presencia, y la señora Nesbitt-Smith, aun en el caso de que se hubiera tomado la molestia de observar las reacciones de la institutriz de sus hijos ante un hombre tan magníficamente dotado, en todo sentido, como el teniente Orme, no habría podido decir que Miss Crane escondía anhelos de una naturaleza que, por tradición, le estaba

totalmente vedada. No enrojecer ni comportarse torpemente eran cosas que desconcertaban a Miss Crane. El corazón le latía más aprisa cuando él estaba cerca, y quizá le invadía una ligera sequedad en la boca, pero llegó a la conclusión de que sus sentimientos debían de ser demasiado intensos y perfectamente adultos para que se condujera como las chicas estúpidas que perdían los nervios y no sabían nada de la realidad del mundo.

Cuando el teniente Orme fue trasladado, todavía sin haber contraído un compromiso y con su buena estrella de costumbre, como ayudante de campo de un general, para frenética decepción de no menos de veinte chicas agraciadas, igual número de feas y las madres de todas ellas, Miss Crane creyó que nadie pudo haber sospechado el grado en que esta partida ensombreció su propia vida. Sólo los niños, sus dos más íntimos contactos humanos, notaron que su talante cambiaba. La observaron con aquellos ojos de la clase media alta, todavía extraordinariamente azules pero ahora más viejos y calculadores, y le preguntaron:

—¿Qué le ocurre, Miss Crane? ¿Le duele algo, Miss Crane? —bailando alrededor y cantando «Ojalá que Crane sane», de suerte que ella perdió la compostura, les abofeteó y les mandó berreando, a través de la sombra y de la luz del sol, a que les consolara la vieja aya, por la que ella sabía que ahora sentían predilección.

Antes de que comenzara la siguiente temporada de calor, el regimiento del comandante Nesbitt-Smith recibió la orden de regresar a casa.

—Yo y los niños iremos por delante —oyó que la mujer del militar decía a una amiga—, y Crane, naturalmente, vendrá con nosotros.

Cuando hablaba de ella a otros la señora Nesbitt-Smith la llamaba normalmente Crane, pero por lo demás era Miss Crane si hablaba con ella a solas o en presencia de los niños, y, en los contados instantes de afecto y gratitud, la llamaba Edwina, como por ejemplo cuando estaba postrada en su dormitorio en penumbra y refrescado por un abanico, y Miss Crane, de rodillas junto a la cabecera de su cama, le aliviaba con colonia una de sus atroces jaquecas.

Durante muchos días después de la noticia del inminente retorno del regimiento a Inglaterra, Miss Crane cumplió sus quehaceres sin ningún pensamiento especial en la cabeza, pues hacía algún tiempo que había desterrado de su mente al teniente Orme y nada había venido a rellenar el hueco. «Y él», no tardó en decirse a sí misma, «era una fantasía, una mera ilusión que nunca tuvo posibilidades de hacerse realidad. Ahora que he expulsado la ilusión de mis pensamientos, veo lo que son, lo que siempre han sido, vacíos, hambrientos, a la espera de llenarse. ¿Cómo se llenarían en la patria, en Inglaterra? ¿Reemplazando a estos niños por otros y a la señora Nesbitt-Smith por otra distinta? ¿Por familias que no son la misma y son, en definitiva, idénticas? Y así sucesivamente, año tras año, siendo Crane, Miss Crane y a veces, cada vez menos veces, hasta que ya no haya más, Edwina».

Por las tardes, entre las cinco en punto —cuando los niños habían tomado el té y los juegos y el baño pasaban a ser el único cometido temporal del aya— y las siete, en que supervisaba su cena antes de cenar ella sola o, si las circunstancias lo permitían, con la familia, Miss Crane estaba libre. Por lo general pasaba esas dos breves horas en su alcoba, bañándose, descansando, leyendo, escribiendo una carta ocasional a otra chica de su estilo que había intercambiado aquella guarnición por otra o regresado a Inglaterra. Pero ahora empezó a sentir desasosiego y adquirió el hábito de ponerse las botas y —con el quitasol abierto y protectoramente levantado—

recorrer la calle del sector civil donde estaba el bungalow de los Nesbitt-Smith. Sombreaban la calle árboles que se iban tornando menos frondosos a medida que los bungalows daban acceso a una extensión de campos cultivados. En ocasiones caminaba en dirección opuesta, hacia el bazar del acuartelamiento, allende el cual se encontraba la estación de ferrocarril y la localidad nativa en donde había entrado una sola vez —con un grupo de señoras que reían y tímidas acompañantes en carruajes, resueltamente escoltadas por caballeros— para visitar un templo hindú que la había asustado, del mismo modo que del poblado indígena la habían espantado las calles sucias y angostas, la pobreza repulsiva, la música ronca y disonante, los perros acribillados de parásitos, los pordioseros famélicos y lisiados, los blancos toros bramánicos, gordos y sagrados, y la harapienta población de hombres y mujeres de aspecto muy resentido en comparación con el de los criados y otros nativos que ejercían sus funciones en el acantonamiento.

El día en que se vio a sí misma interrogando a la perspectiva de un futuro que era, por así decirlo, una imagen vista en una serie de espejos que la reflejaban hasta devenir demasiado pequeña para la percepción del ojo —una hilera menguante de niños, Nesbitt-Smiths y Edwina Crane—, el paseo que emprendió a las cinco fue el que la condujo a los espacios abiertos donde la carretera se perdía en la distancia. Al llegar a este punto se detuvo, temerosa de seguir adelante. El sol calentaba todavía y estaba lo bastante alto para obligarle a entornar los ojos mientras escudriñaba, por debajo del ala del sombrero y el dosel de algodón del quitasol, el horizonte de la lisa, casta, inmensa llanura punjabi. Parecía imposible, pensó, que el mundo continuase más allá de aquella frontera lejana, que en algún lugar mudase de carácter, se erizase de colinas y bosques y cadenas de montañas en cuyas cimas blanqueaban nieves eternas y donde algunos ríos tenían su fuente. Parecía imposible también que allende las llanuras pudiese haber un océano donde aquellos ríos desaguaban. Se sintió achicada, espiritualmente hambrienta, oprimida por el tremendo peso de la tierra, del aire y de un espacio tan inabarcable que hasta a los mismos cuervos aleteando, revoloteantes, les costaba esfuerzo no desentonar en su ámbito. Y pensó por un momento que le estaba tocando el dedo pesado de un dios; no el Dios familiar, elevador, clementísimo, a quien ella oraba como mandan los cánones, sino una divinidad que no era benigna ni maligna, creadora ni destructora, durmiente ni despierta, sino existente, y cuyo peso gravitaba sobre el mundo.

Reconociendo que las mujeres como ella eran proclives a recurrir a la deidad, cuando no, de hecho, a buscar en la religión un santuario, la tarde siguiente recorrió la dirección contraria y cuando llegó a la iglesia protestante entró en el terreno y ascendió el ancho sendero de grava, entre los montículos de sepulturas marcadas por las lápidas de quienes habían muerto lejos de la patria, pero que, de haber despertado en su lugar de reposo, hubieran tenido el consuelo del perfil inglés de la iglesia, su patio y los árboles verdes plantados en él. La puerta lateral de la iglesia tenía pasado el cerrojo. Entró y se sentó en uno de los bancos traseros, contempló el altar y miró la vidriera en penumbra orientada hacia el este que veía todos los domingos en compañía de los Nesbitt-Smith.

El dios de esta iglesia era un dios bondadoso, familiar, confortable. Ella le llevaba en el corazón, pero no en el alma. Creía en él como consolador, pero no como redentor. Era en gran medida el dios de una comunidad, no de la de piel oscura que luchaba por su vida bajo el peso del cielo punjabi, sino de

la privilegiada sociedad de tez blanca a la que ella pertenecía como miembro marginal. Se preguntó si para Él ella sería Crane, o Miss Crane, o Edwina. Si pensaba en Él como el Hijo, entonces supuso que ella seria Edwina, pero para Dios en Su cólera, indudablemente sería Crane.

—¿Miss Crane?

Sobresaltada por la voz, miró por encima del hombro. Era el capellán, un hombre de edad, con una afilada nariz rosa y una orla de distintivo pelo blanco nimbando su cabeza de gnomo. Se apellidaba Grant, lo que suscitaba sonrisas reprimidas durante los oficios cuando entonaba plegarias que comenzaban: Concédenos[1], oh Señor, Te suplicamos. Ella sonrió ahora, aunque le incomodaba que él la encontrase allí, delatándose como una mujer necesitada, casi con certeza, no de descanso sino de palabras tranquilizadoras. Una mujer fea, de cara un poco caballar, hacia la mitad de la veintena, sola en una iglesia protestante vacía un día en que no se celebraban actos religiosos, era de un modo u otro algo ya etiquetado. Años más tarde, Miss Crane habría de recordar aquel momento como aquel que le deparó la certidumbre de su soltería.

—Está descansando de sus quehaceres —dijo Grant con su melodiosa voz eclesiástica, y añadió, más directamente, cuando ella hubo asentido y bajado la mirada hacia el regazo—. ¿Puedo ayudarle en algo, niña?

Así que impremeditadamente ella sintió ganas de llorar, porque «niña» era el apelativo que su padre le había dado muchas veces en sus momentos sobrios y afectuosos. No lloró, sin embargo. No había llorado desde la muerte de su padre, y si bien llegaría la hora en que habría de hacerlo una vez más, esa hora aún no había llegado. Con un tono de voz cuya firmeza la estimuló, ella dijo:

—Estoy pensando en quedarme —y, al ver la perplejidad del capellán, el modo en que recorría la iglesia con la mirada, como si se hubiera iniciado algo de lo que nadie se había molestado en prevenirle, pero de lo que Miss Crane era consciente y creía digno de presenciarse, explicó—: Me refiero a quedarme en la India cuando los Nesbitt-Smith se hayan marchado.

El capellán dijo: «Entiendo», y frunció el ceño, quizá porque ella les había llamado los Nesbitt-Smith.

—No creo que sea difícil, Miss Crane —prosiguió—. Me parece, por ejemplo, que valdría la pena hablar con el coronel Ingleby y su mujer. Sé que usted está bien considerada. El comandante y su esposa siempre la han puesto a usted por las nubes.

El futuro se presentaba sombrío, un territorio vacío y monocorde con, en su centro, un alfilerazo de luz que parecía ser lo único reservado a Miss Crane.

—Creo que me gustaría —dijo, dando expresión a una idea que hasta aquel momento no lo había sido propiamente— ser maestra en la misión.

El se sentó a su lado y juntos contemplaron la vidriera del lado este.

—No —continuó—, no para difundir la palabra de Dios. No soy una mujer verdaderamente religiosa. —Miró al capellán de soslayo. El seguía mirando la vidriera. No parecía particularmente trastornado por su confesión—. Pero hay escuelas, ¿verdad? —dijo ella—. Quiero decir estudiar para maestra en las escuelas de la misión.

—Ah, sí, ya veo, ¿enseñar no a nuestros hijos sino a los de nuestros hermanos de color en Cristo?

[1] Es decir *Grant,* del verbo *to grant,* conceder, otorgar.

Ella asintió. Notó que le faltaba el aliento. Él se volvió para mirarla de lleno, y le preguntó:

—¿Ha visto nuestra escuela aquí?

Sí, la había visto, cerca de la estación de ferrocarril, pero…

—Sólo por fuera —contestó.—¿Ha hablado alguna vez con Miss Williams?

—¿Quién es Miss Williams?

—La maestra. Pero es improbable que la conozca. Es una mujer mestiza. ¿Le gustaría visitar la escuela?

—Me gustaría mucho.

El capellán asintió y, tras una pausa en la que pareció haberlo pensado más a fondo, dijo:

—Entonces yo lo arreglaré, y si usted sigue dispuesta escribiré al superintendente de Lahore, aunque aquí no es que usted pueda juzgar por la pequeña escuela de Miss Williams. —Movió la cabeza—. No, Miss Crane. Esta no es una zona en la que hayamos tenido mucho éxito, aunque más que los católicos y los baptistas. Hay, desde luego, un gran número de escuelas por todo el país, de diversas denominaciones, todas ellas dedicadas a instruir a los que supongo que debemos llamar paganos. En esta materia la Iglesia y las misiones siempre han sido la vanguardia. El gobierno ha tardado, hay que decirlo, en ver las ventajas. Lo mismo, quizá, que los indios. La escuela de aquí, por ejemplo. Un puñado de niños en las mejores épocas. En tiempo de festivales no hay ninguno. Me refiero, naturalmente, a los festivales hindúes y musulmanes. Los niños vienen, vea usted, sobre todo por los *chappattis,* y en los últimos disturbios prendieron fuego a la escuela, pero eso fue antes de que usted llegara.

La escuela de la misión no era la que ella había tenido en mente y que se encontraba cerca de la estación, la Escuela Cristiana de Joseph Wainwright, un edificio consistente, un centro subvencionado con fondos privados para niños eurasiáticos, los hijos y las hijas de soldados, empleados del ferrocarril y funcionarios subalternos que habían mezclado su sangre con la de la población indígena. La escuela de la misión se hallaba a las afueras de la ciudad nativa misma, y era una construcción pequeña, pobre, rectangular, con un tejado de chapa ondulada en el interior de un recinto tapiado y desprovisto de hierba, sin nada que lo identificase aparte de la cruz toscamente pintada sobre el estuco amarillo de encima de la puerta. Le dio demasiada vergüenza confesar su error al capellán Grant, que la había llevado en una tonga y ahora la ayudaba a descender del carruaje y la conducía a través de la abertura en el muro, donde en un tiempo, antes de los últimos disturbios, debía de haber habido una puerta.

Para ir con él al mediodía había tenido que pedir permiso a la señora Nesbitt-Smith y explicarle el motivo de que quisiera ausentarse de la tarea de educar a sus hijos. La señora Nesbitt-Smith la había mirado fijamente, como si estuviese loca, y había exclamado:

—¡Cielo santo, Crane! ¿Qué endiablada idea es ésa? —Y a continuación añadió, con lo que pareció una preocupación auténtica, que fue conmovedora y por lo tanto mucho más perturbadora que el arranque anterior—. Estará con negros y mestizos, separada de los de su clase. Y además, Edwina, todos la queremos mucho.

Estaba indudablemente actuando de un modo estúpido, ni siquiera segura de que se comportaba así a instancias de un impulso que había interpretado correctamente. Para empezar, haber confundido la escuela

eurasiática con la de la misión demostraba lo ignorante que era con respecto a lo que tenía delante de las narices, probaba lo poco que la gente como ella conocía sobre la vida de la ciudad con la que supuestamente les vinculaba un deber, un deber cuyo cumplimiento exacto les hacía acreedores de los privilegios que disfrutaban. Si ni siquiera había sabido el emplazamiento de aquella escuela concreta, ¿qué ayuda, se preguntaba, esperaba aportar a otras escuelas de la misión o qué beneficio merecería obtener de ellas?

La puerta de la escuela estaba abierta. Se oía el rumor de niños cantando. Cuando llegaron a la puerta cesó el canto. Grant dijo que Miss Williams les estaba esperando y luego se hizo a un lado. Ella cruzó el umbral directamente y entró en el aula. La mujer de la tarima dijo: «De pie, niños», e hizo con los brazos señas a los alumnos sentados en varias filas de bancos, frente a ella. Los niños se levantaron. Una frase escrita en letras mayúsculas en la pizarra llamó la atención de Miss Crane. Bienvenida, Miss Crane Mem. A otra señal de la maestra los niños entonaron la frase despacio. «Bienvenida, Miss Crane Mem.» Al intentar decir «gracias», notó la lengua y el cielo de la boca secos. La visita que ella había emprendido en el papel de una solicitante de empleo era considerada allí como la visita de una inquisitiva *memsahib*. Le aterró la obligación que esto le imponía y el aula de paredes encaladas y aire viciado, las filas de niños y el olor de boñigas hirviendo que llegaba por la puerta y las ventanas abiertas desde la parte trasera del local, donde sin duda estaban cocinando los *chappattis* enviados por Dios. Y le asustó Miss Williams, que vestía una blusa de algodón gris, falda larga marrón y botas negras de botones, y era más joven que ella y tenía tez cetrina a la manera de algunas de las más insufribles mujeres europeas que se habían pasado la vida en el campo; sólo que en el caso de Miss Williams el color cetrino denunciaba un origen semiindio, la clase de procedencia hacia la cual Miss Crane había sido educada para sentir cierto horror.

Miss Williams dejó la tarima sobre la que estaba la mesa de la maestra y una sola silla. Invitada por ella, Miss Crane tomó asiento, y el capellán permaneció de pie a su lado. Él había dicho: «Miss Crane, le presento a Miss Williams», pero no había dicho: «Miss Williams, le presento a Miss Crane», y, cuando ésta se sentaba, intentó una sonrisa de disculpa a la muchacha por una omisión de la que no era responsable, pero tenía los labios tan resecos como la boca, y fue consciente entonces de que su rostro adoptaba una expresión similar a la que había visto tantas veces en la cara de Mrs. Nesbitt-Smith. La expresión se intensificó aún más cuando por fin se entregó a la tarea de mirar a los niños y descubrió que ella era el único e inarticulado objeto de su curiosidad y admiración, quizá de su miedo. El vestido sencillo que se había puesto, el mejor que tenía a fin de presentarse inmejorable —de muselina blanca, con un volante encañonado pero sin otro adorno aparte de los botones de nácar desde el cuello plisado; y el sombrero, un canotier de paja coronando rotundamente su pelo recogido; el quitasol plegado de algodón blanco con un forro rosa, un regalo de la señora Nesbitt-Smith las últimas Navidades—, ahora parecía envolverla, estorbarle con toda la afectación pomposa de una clase a la que ella no pertenecía.

A una orden de Miss Williams, una chiquilla descalza y que vestía una envoltura informe como de arpillera, pero que llevaba la coleta engalanada de flores para la ocasión, se adelantó con un ramillete, hizo una reverencia y elevó el ramo. Miss Crane lo tomó. Nuevamente intentó decir «gracias», pero sus palabras debieron de ser ininteligibles, porque la niña tuvo que mirar a Miss Williams para cerciorarse de que la ceremonia de entrega había

concluido. Sin ver ni oler las flores, Miss Crane las acercó a la nariz, y cuando volvió a levantar los ojos la chiquilla ya estaba en su sitio, de pie con las otras alumnas en la primera fila.

—Creo —dijo el señor Grant— que los niños pueden volver a sentarse, ¿no le parece, Miss Williams? Y que canten ahora la canción o reciten el poema que seguro que usted ha estado ensayando a conciencia toda la mañana.

Por un momento Miss Crane miró desamparada las flores que descansaban en su regazo, consciente de que tanto Miss Williams como el capellán la estaban observando, la estaban esperando. Ella asintió con la cabeza, avergonzada porque estaba fracasando en la primera actuación pública de su vida.

Después de haberse sentado cuando Miss Williams les dijo que lo hicieran, los niños guardaban silencio. Miss Crane pensó que habían intuido su incomodidad y la habían interpretado como desagrado o aburrimiento. Se obligó a sí misma a mirar a Miss Williams y a decirle:

—Me encantaría oír la canción. —Entonces recordó que Grant había dicho poema o canción, y agregó—: O el poema. O las dos cosas. Por favor, dígales que hagan lo que han ensayado.

La maestra se volvió hacia la clase y dijo con su inglés lento y de curioso acento:

—Muy bien, niños, ¿qué vamos a cantar? ¿Cantamos *Nuestro amigo?*

Y acto seguido dijo *«Achchha»,* una palabra que Miss Crane conocía bien, pero que fue seguida por rápidos vocablos en indostanés que no logró entender porque sonaron demasiado aprisa. Ni siquiera, pensó, sé hablar la lengua correctamente, así que ¿cómo voy a enseñar?

De nuevo los niños se pusieron de pie. Miss Williams marcó el compás en el aire, lentamente, y cantó el primer verso de un himno que de otro modo Miss Crane acaso no hubiera reconocido fácilmente; luego hizo una pausa, marcó el compás otra vez y todos cantaron, desigual, tímidamente, y con voces aún no acostumbradas a la extraña y desafinada escala extranjera.

En lo alto del puro y azul cielo
hay un amigo de los niños pequeños,
cuyo amor nunca falla,
cuya voz jamás calla;
los amigos de aquí quizá se alejen
y cambien como cambian los sueños.
Nuestro amigo será siempre el mismo
y *salvará a sus amigos del abismo.*

En lo alto del azul y puro cielo
hay un reino para los pequeños
que aman al Salvador
y oran a Nuestro Señor;
un reino donde no existe la tristura,
libre de pecado y lleno de ternura;
donde cada niño peregrino
tendrá un feliz y eterno destino.

Miss Crane les miraba mientras cantaban. Formaban una orquestina harapienta. De niña aquel himno había sido uno de sus predilectos, y si lo hubieran cantado como lo cantaban los niños ingleses, con acompañamiento de piano o de órgano, como solían hacerlo en la escuela cochambrosa de su padre, es posible que la hubiese embargado un intenso sentimiento, o la añoranza y tristeza por un mundo perdido, un bienestar fenecido, una magia ya lejana. Pero no sintió abatimiento ni tampoco exaltación. Experimentó una incongruencia, una curiosa resistencia ante la idea de subvertir a aquellos niños para que en vez de adorar a sus propios dioses venerasen al dios a quien ella había cantado de joven, pero en quien ya no tenía una gran fe. Pero sintió también una súbita y apasionada estima por ellos. Hambrientos, pobres, desposeídos, fatídicamente en desventaja, le transmitían, no obstante, una impresión abrumadora de ser amados en algún lugar; y solamente podía ser allí, en la ciudad negra. Pero el amor, como sus padres sabían, no era suficiente. El amor solo no podía suprimir el hambre y la indigencia. En la escuela había, en principio, *chappattis* gratis.

Y entonces a Miss Crane se le ocurrió la idea de que la única excusa que ella o cualquier otra persona de su clase tenía para estar allí, sola, sentada en una silla, con un ramillete en las manos, escuchando una canción dedicada, objeto de la admiración de niños sin instrucción, era que se encontrase allí consciente del deber de promover la causa de la dignidad y la felicidad humanas. Y en ese momento ya no tuvo realmente vergüenza de su vestido ni experimentó un miedo cerval a la escuela ni al olor de las boñigas hirviendo. Las boñigas eran el único combustible accesible, la escuela era pequeña y de aire cargado porque no habían gastado suficiente dinero ni había el suficiente presupuesto para hacerla amplia y ventilada, y su vestido era sólo un símbolo de la posición social que gozaba y de las obligaciones que tenía de no parecer asustada, de no estarlo, de adquirir una gracia personal, una dignidad propia, tanto como pudiese adquirir de ambas, tanto como estuviese a su alcance, para poder erigirse en una prueba viviente de que existía en algún lugar del mundo esperanza de mejora.

Cuando terminó el canto y ella hubo dicho, en indostanés vacilante, «Gracias. Ha sido muy bonito», preguntó a Miss Williams si podía quedarse mientras los niños comían los *chappattis y quizá* observar algunos de sus juegos, y luego, si la maestra disponía de tiempo para contestar, preguntarle un par de cosas acerca del tipo de trabajo docente que debía realizar una maestra.

Y de este modo Miss Crane inició el recorrido del largo y solitario, difícil y a veces peligroso camino que la conduciría, muchos años después, a Mayapore, donde era la superintendente de las escuelas misionales del distrito protestante.

Aunque había descolgado el retrato de Gandhi, tenía en su poder, desde mucho antes, un cuadro que conservaba colgado en la pared, encima del escritorio de su despacho y dormitorio combinados. Lo tenía desde 1914, el quinto año de su servicio en la misión, el año en que abandonó la escuela de Muzzafirabad, donde había asistido a un tal señor Cleghorn, para hacerse cargo por su cuenta y riesgo de la escuela de Ranpur.

La pintura había sido un obsequio, una muestra de aprecio en el momento de la despedida. El jefe de la misión en persona había presidido el acto en el que se le hizo el regalo, si bien fue Mr. Cleghorn quien se lo entregó mientras los niños aplaudían y vitoreaban. En el cajón de su

escritorio aún conservaba la placa inscrita que había sido adosada al marco. La placa era de oropel, ahora descolorido, y las letras de la inscripción eran negras, ya mustias, pero todavía legibles. La placa rezaba: «A Edwina Lavinia Crane, en reconocimiento de su valentía, de parte de los profesores y alumnos de la escuela misional de la Iglesia de Inglaterra en Muzzafirabad, NWFP.»

Antes de llegar a Ranpur despegó la placa porque le incomodaba la palabra «valentía». Lo único que había hecho era colocarse en la entrada de la escuela, a cuyo interior ya había conducido a los niños, y negar el acceso —en urdú fluido, utilizando expresiones que difícilmente hubiera podido repetir ante sus superiores— a un destacamento de revoltosos no demasiado enardecidos. Eso había supuesto ella, por lo menos, aunque después, tan sólo una hora más tarde, ellos o unos colegas más resueltos saquearon e incendiaron la casa de la misión católica, al final de la calle, atacaron el puesto de policía y se encaminaron hacia el sector civil, donde los militares les dispersaron abatiendo a uno de los cabecillas y disparando al aire las andanadas restantes. Durante cuatro días la ciudad vivió sometida a la ley marcial, y cuando se restauró la paz Miss Crane descubrió con desagrado que se había convertido en centro de la atención pública. El juez del distrito fue a visitarla, acompañado por el superintendente local de policía, y le dio las gracias. A ella le pareció imperativo decir que no estaba en absoluto segura de haber hecho lo correcto, que se preguntaba, de hecho, si no hubiese sido mejor permitir la entrada de los insurgentes y dejarles que quemaran todo lo que quisieran destruir, fuesen los devocionarios o el crucifijo. No les había permitido entrar y en consecuencia se habían marchado más furiosos que antes, habían reducido a cenizas la misión católica y ocasionado serios problemas.

Cuando Cleghorn, ausente, regresó, ávido de noticias de lo que hasta entonces sólo conocía como rumor, ella decidió solicitar un traslado para continuar realizando su trabajo sin que le recordasen constantemente una situación personal que ella consideraba falsa. Dijo a Cleghorn que era totalmente imposible enseñar a unos niños que, al tenerla delante, la veían como una heroína de cartón y, sin ninguna duda, con un solo ojo en la pizarra porque tenían el otro clavado en la puerta, a la espera de un nuevo alboroto para que ella lo reprimiese. Cleghorn dijo que lamentaría que se fuese, pero que la comprendía perfectamente y que, si insistía en ello, escribiría personalmente a la sede central de la misión para explicar el asunto.

Cuando llegó la orden de traslado descubrió que la habían ascendido al ponerla al frente, como autoridad única, de la escuela de Ranpur. Antes de su partida hubo un té, y luego la entrega del cuadro: una reproducción más grande y con marco más hermoso del que tenía en la pared, detrás de su mesa en el aula de Muzzafirabad, una pintura mitad histórica y mitad alegórica titulada *La joya de su corona,* que representaba a la reina madre (cuya imagen sin duda los niños confundían ahora con la persona de Miss Crane) rodeada de figuras representativas de su Imperio Indio: príncipes, terratenientes, mercaderes, prestamistas, cipayos, granjeros, sirvientes, niños, madres y mendigos notablemente limpios y ordenados. La reina estaba sentada en un trono dorado, debajo de un dosel carmesí, asistida por sus ayudantes temporales y espirituales: soldados, estadistas y clérigos. El trono con dosel se hallaba al parecer al aire libre, puesto que había palmeras y un cielo ornado de un sol radiante que asomaba entre nubes abultadas

como las que, en la India, anunciaban el monzón húmedo. Por encima de las nubes volaban las figuras devotas de los ángeles que presenciaban, benévolos, la escena de debajo. Entre los estadistas situados detrás del trono había uno pintado a semejanza de Disraeli, con un mapa de la India en pergamino en las manos, y al cual señalaba con orgullo evidente pero discreta humildad. Un príncipe hindú, con su séquito de criados nativos, se acercaba al trono portando una almohadilla de terciopelo sobre la que reposaba la ofrenda de una gema grande y centelleante. Los niños de la escuela creían que esta piedra preciosa era la joya a que aludía el título del cuadro. Miss Crane se había visto obligada a explicarles que la gema era simplemente un símbolo de tributo, y que la joya del título era la India misma, que había sido transferida de la dominación de la Compañía Inglesa de la India a la férula de la corona británica en 1858, al año siguiente de la insurrección, cuando los cipayos al servicio de la Compañía (que por primera vez puso el pie en la India en el siglo XVII) se habían sublevado, y se llevaron a cabo tentativas de proclamar rey en Nueva Delhi a un viejo príncipe mogol, y que aquel cuadro había sido pintado después de 1877, el año en que Disraeli convenció a la reina Victoria de que adoptase el título de emperatriz de la India.

La joya de su corona era una pintura que inspiraba a Miss Crane sentimientos muy contrapuestos. La copia que ya colgaba en la pared de la clase de Muzzafirabad, cuando ella llegó para ayudar a Mr. Cleghorn, le pareció útil para la enseñanza del idioma inglés a un alumnado de niños musulmanes e hindúes. Ésta es su corona. Ese cielo es azul. Hay nubes en este cielo. El uniforme del *sahib* es escarlata. El señor Cleghorn, miembro ordenado de la Iglesia anglicana y un entusiasta erudito aficionado a la arqueología y la antropología, y muy preocupado por la inminente y nunca redactada composición de una monografía sobre topografía local y costumbres sociales, había consagrado la mayor parte de su tiempo a la labor religiosa y a la instrucción de los chicos mayores en la enseñanza media. Hacía esto a costa de los párvulos, y no lo ignoraba. Cuando le enviaron a Miss Crane desde Lahore, en respuesta a sus peticiones de una ayuda más permanente en aquel campo de su responsabilidad, reparó fascinado en el uso práctico que ella daba a un cuadro que para él nunca había sido nada más que algo colgado en la pared para alegrar el ambiente.

Le agradaba recalcarlo, siempre que la encontraba en clase, circundada por media docena de niños con los ojos como platos, mirando primero a Miss Crane y luego al cuadro mientras ella les comentaba sus diversos aspectos, paso a paso.

—Ah, otra vez el cuadro, Miss Crane —decía—. Admirable, admirable. Nunca se me hubiera ocurrido. Enseñar inglés y al mismo tiempo amor a los ingleses.

Ella sabía lo que él quería decir con el concepto de amor a los ingleses. Se refería al amor por su justicia, amor por su benevolencia, amor —en definitiva— por sus buenas intenciones. Esta simplicidad la irritaba tan a menudo como la conmovía. Era un buen hombre: incansable, ávido de saber, caritativo. El mahometismo y el hinduismo, que a ella seguían asustándole en sus manifestaciones exteriores, a él le divertían simplemente: como a un adulto podrían divertirle los fogosos, pintorescos pero inofensivos juegos de niños. Si bien había veces en que ella le juzgaba indiferente a la desdicha humana, era incontestablemente cierto que a su manera él jamás olvidaba la gloria de Dios. Cleghorn opinaba que la mejor manera de servirle,

de glorificarle, era la educación y el ejercicio del intelecto. Físicamente timorato —como ella sabía que era por su miedo a los perros, su terror mortal, en una ocasión, ante una serpiente que tuvo que venir a matar el vigilante, la contracción nerviosa de sus mejillas y el temblor de sus manos una o dos veces en que les salieron al encuentro, en las afueras de pueblos, delegaciones de hombres de apariencia feroz pero en realidad amigos—, era moralmente valeroso, y ella le admiraba por este valor.

Luchaba larga y porfiadamente por obtener cualquier suma de dinero que la misión pudiera costear y él emplear de buen modo. Tenía un sexto sentido para la injusticia, y se sabía que había abogado con éxito ante el juez del distrito por la suspensión de sentencias o anulación de condenas en casos que a su entender lo merecían. Cleghorn —solía decir el juez del distrito— desperdiciaba sus dotes en la iglesia y debería haberlas utilizado en el derecho civil.

Mostró más determinación, sin embargo, en promover la educación de chicos de la clase media: angloindios, hindúes, musulmanes y sijs. Si superaban el coeficiente normal de inteligencia todos eran iguales para él, todos eran «niños a los que Dios ha bendecido con el don de un cerebro y sensibilidad». Su labor allí consistía primordialmente en detectar qué talentos poseía un joven y en persuadirle a él y a sus padres de que los aplicase en aquella dirección.

—Fíjese en el joven Shankar Ram —decía, por ejemplo, a Miss Crane, que sólo tenía una noción muy vaga de a qué Shankar Ram se refería—. Dice que quiere ser funcionario. Todos quieren trabajar en la administración pública. ¿Qué oportunidades va a tener, de todos modos, aparte de los correos y telégrafos? Debería ser ingeniero. Tal vez no lo lleve en la sangre, pero lo lleva en el corazón y en el cerebro. Y de este modo se ponía, de un modo deprimente y con frecuencia sin éxito, a buscar vías, medios, oportunidades de enviar al joven Shankar Ram a construir puentes en el ancho mundo más allá de Muzzafirabad. En esto, solía pensar Miss Crane, Cleghorn difería enormemente de los demás hombres corrientes al servicio de Dios, porque el Shankar Ram en cuestión, noventa y nueve de cada cien veces, resultaba estar tan lejos de convertirse al cristianismo como las mujeres indias de la emancipación social. Y en lo referente a la cuestión de las mujeres, inglesas o indias, el clérigo era exasperantemente conservador. Los intereses femeninos eran su punto ciego.

—Su sexo está hecho, ay —dijo una vez—, y sin embargo no, nada de «ay», alabado sea el cielo, su sexo está hecho, Miss Crane, para el matrimonio o para Dios.

Y en el único momento de intimidad que hubo entre ellos, Cleghorn le cogió la mano y le dio unas palmaditas, como consolándola por el hecho de que la primera, la temporal de aquellas bendiciones, ciertamente le había sido denegada.

Algunas veces Miss Crane sintió deseos de señalarle el cuadro de la pared que mostraba a la reina madre resplandeciente en el trono y de decirle: «Aquí tiene, a pesar de todo, a una mujer de negocios»; pero nunca lo hizo, y se enterneció al desenvolver el paquete del regalo y ver una copia aún más chillona de la enigmática pintura; se enterneció porque sabía que Cleghorn, pensando con el mayor cariño en cuál sería el obsequio de despedida que ella apreciaría más, había seleccionado —muy típico de él— el único del que ella podría haber prescindido perfectamente.

Pero un par de días después, cuando él la acompañó hasta el compartimiento de primera clase en el vagón de señoras, mientras el joven Joseph, un pobre muchacho que había trabajado en las cocinas de la misión, pero había pedido el puesto de sirviente e iba a viajar con ella, el señor Cleghorn le tendió su propio regalo personal, que, desenvuelto cuando el tren partía rumbo al desolado paisaje de frontera, resultó ser un ejemplar de un libro titulado *Ensayos fabianos sobre el socialismo,* publicado por George Bernard Shaw. Estaba dedicado a «Mi amiga y colega Edwina Crane», firmaba la dedicatoria «Arthur St. John Cleghorn» y llevaba la fecha del 12 de julio de 1914.

Todavía conservaba el libro, en la librería de su habitación de Mayapore.

Cuando hacía un alto en el trabajo que llevaba a cabo ante su escritorio, como se sentía con derecho a hacer a su edad, que era tanto de contemplación como de acción, a veces echaba una ojeada al cuadro y encontraba su atención fija en él. Al cabo de todos aquellos años la pintura había adquirido el poder de inspirarle el sentido del tiempo ido, de gloria caducada, aun cuando sabia que, en principio, nunca había existido tal gloria. La India del lienzo nunca había existido fuera de su marco dorado, y las emociones que pretendía suscitar no eran mucho mas que beatería satisfecha Y sin embargo, ahora como siempre, latía en algún lugar del cuadro un sentimiento de ensombrecida dignidad

Todavía le despertaba pensamientos que le resultaba difícil analizar. Había consagrado su vida, de un modo practico e intrascendente, a demostrar que el miedo era un mal porque generaba prejuicio, que el valor era bueno porque era un signo de desinterés, que la ignorancia era mala porque el miedo nacía de ella, y que el conocimiento era bueno porque cuanto mas se conocía la complejidad del mundo tanto mas claramente uno veía la insignificancia del papel que desempeñaba en el Era posiblemente, en opinión de Miss Crane, este concepto de insignificancia personal el que, subyaciendo como las sombras oscuras de las nubes de lluvia detrás de los colores llamativos del cuadro de la reina y sus súbditos, les prestaba un esplendor mas solemne. En la actitud de la reina madre sobre el trono había, para Miss Crane, algo irónicamente reminiscente del modo en que ella se había sentado arios y años sobre una tarima, vestida de muselina blanca, y el mensaje que siempre estaba intentando leer en aquella representación estilizada del tributo y el cuidado maternal era el que transmitía el espíritu de dignidad sin pompa, el mismo que una madre, su propia madre, le había comunicado de niña, y la importancia de aceptar valientemente los deberes y las obligaciones, no para engrandecimiento personal, sino como abnegación, a fin de propagar una dicha y un bienestar mayores, a fin de erradicar del mundo los grandes males que la pintura no tenía en cuenta pobreza, enfermedad, miseria, ignorancia e injusticia

Y era porque (volviéndose tarde pero quizá no demasiado tarde, hacia sus propios compatriotas) veía en un joven soldado llamado Clancy, por debajo de la juvenil y temeraria compulsión masculina de alcanzar prominencia (y ella no era ciega a este aspecto de su conducta), una chispa de ternura, un instinto desinteresado que le impulsaba a procurar que ella tuviese una porción de pastel y el te azucarado, y, quizá (ella lo admitía), porque le recordaba físicamente, a su modo plebeyo, al privilegiado y guapo teniente Orme (que había muerto en la primera guerra mundial y recibido una VC póstuma), por lo que pensaba en el mas a menudo que en sus mas

laboriosos camaradas. Esa ternura —adivinaba— era delgada como una oblea, pero ella pensaba que existía, la veía, por ejemplo, en el trato alegre que dispensaba a Joseph, a quien le contaba, en el urdu de la soldadesca, chistes amables que hacían que el viejo criado sonriese enseñando los dientes y esperara ansiosamente las visitas del soldado, la veía en la amistad con aquel muchacho torpe, soso, feo y de cortas luces que se llamaba Barrett. De hecho era esta amistad con Barrett, así como su cortesía especial para con ella y la actitud hacia Joseph, y la circunstancia de que él y Barrett nunca faltasen al té, lo que le había movido a considerar lo que en el caso de Clancy ella llamaba ternura; lo que causaba, en realidad, que ella usase conscientemente esta palabra en sus pensamientos sobre él. Sabía que los chicos como Clancy frecuentemente se hacían amigos de aquellos cuyos atributos físicos y mentales pondrían de manifiesto con el máximo provecho la superioridad de los suyos. Sabía que al escoger a Barrett por ser lo que ella tenía entendido que llamaban un patán, Clancy se limitaba a obedecer una norma elemental de comportamiento psicológico. Pero mientras que lo normal hubiese sido que un muchacho como Clancy utilizara a Barrett como blanco frecuente de sus burlas, y le defendiese únicamente si los demás intentaban a su vez burlarse de él, ella intuía que Clancy nunca usaba a Barrett con semejante propósito. Estando Clancy presente los otros no se mofaban de él. El pobre Barrett era un ser primitivo. En aquella animada compañía podría haber destacado como un espantapájaros en un campo de joven y engreído trigo verde. Miss Crane, por un tiempo, lo vio así, pero luego advirtió que los otros no lo veían como ella, o bien no lo hacían ya, y pensó que se debía a que durante un período, gracias a la influencia de Clancy, Barrett había sido aceptado como uno más del grupo, a que con ayuda de Clancy había desarrollado facetas de su personalidad que ellos reconocían como conformes a la norma, y a que, merced a la insistencia de Clancy, ya no notaban otras facetas que al principio debieron de considerar ajenas.

Fue Barrett el primero —cuando llegaron las lluvias y hubo que tomar el té dentro, y ella puso el bungalow a disposición de los soldados e incluso les proporcionó ceniceros y cigarrillos y les invitó a fumar, en vez de condenarles a pasar hora y media en un tormento de privación cuyo alivio ella había observado desde el principio, pero no comprendido fácilmente por el modo en que a ellos se les iluminaba la cara nada más llegar a la puerta, en el primer tramo del regreso al cuartel—, el primero que comentó el cuadro de la reina madre en su trono doselado; lo comentó a su manera de buey lerdo, simplemente acercándose a él y mirándolo atentamente, y Clancy fue quien habló por ambos al reunirse con Barrett y decir:

—Esto es lo que llaman una pintura alegórica, ¿verdad, Miss Crane?

Usó la palabra con una especie de orgullo por su educación arduamente adquirida que a ella le pareció encantador, pero también un poco aguafiestas, porque, al observar a Barrett mirando el cuadro, ella había estado a punto de decir: «En realidad es una alegoría, Mr. Barrett», pero no lo había hecho, recordando que el soldado, para empezar, no sabría lo que significaba alegoría.—Sí, es una alegoría —dijo.

—Es un cuadro bonito —dijo Clancy—. Un cuadro antiguo y muy bonito. Las cosas eran distintas en aquellos tiempos, ¿no es cierto, Miss Crane?

Ella le preguntó qué quería decir. Él dijo:

—Bueno, me refiero a que eran más sencillas, como más organizadas.

Ella reflexionó unos instantes y después dijo:

—Más de uno piensa que sí. Pero en verdad no lo eran. Casi podría decirse que son más simples ahora. Al cabo de todos estos años no queda la menor duda. La India *tiene* que ser independiente. Cuando termine la guerra, *tenemos* que abandonarla.

—Oh —dijo Clancy, mirando el cuadro, no a ella—. Yo me refería a Dios y a eso de que la gente crea. No sé mucho de lo otro, menos un poco lo que es el congreso y lo que dice Gandhi, y si quiere que le diga mi opinión, Miss Crane, es un chiflado.

—Chiflado es la palabra —dijo Barrett, sumisamente.

Miss Crane sonrió.

—Antes también tenía su retrato colgado. Allí. Ya ven dónde estaba.

Giraron para mirar donde ella señalaba: la mancha vertical y oblonga de una pintura al temple más pálida, lo único que le quedaba a Miss Crane de la imagen sonriente del Mahatma con gafas, la figura de un hombre en quien ella había depositado una fe ahora transferida a Nehru y a Rajagopalachari, que obviamente entendían los diferentes grados de tiranía que los hombres podían ejercer y que, si había que tener una preferencia, probablemente preferían vivir un tiempo más con el grado imperial no sólo para evitar la sumisión a él, sino también para resistir al totalitario. Mirando a Clancy y a Barrett e imaginando en su lugar a un par de soldados de asalto adoctrinados u oficiantes de un culto de los antepasados cuya esperanza residía en morir en combate, ella supo cuál prefería. Comprendió que en esta elección había una vela residual de aquel viejo instinto de permanecer dentro del círculo de los afortunados, un entendimiento de la magia de la especie que salvaguarda a la especie y de la confianza que depositaría en un muchacho, por ejemplo, como Clancy, si el pobre Joseph de repente se volvía loco furioso y entraba en la habitación armado y enloquecido y peligroso para vengarse de agravios imaginarios o de injusticias reales que ella no había cometido personalmente con él, sino que los había perpetrado en representación de su raza y de su color, y él, en su cólera simplista, no distinguía ya entre un individuo y una colectividad.

Pero asimismo había en su elección, creía, un peso intelectual y emocional que inclinaba la balanza en favor de jóvenes como Clancy, que, por muy ignorantes que fuesen de la fuente y la dirección de su caudal, viajaban, no obstante, en la superficie de aguas oriundas, aguas que ella había llegado a conceptuar como las constitutivas de la corriente moral de la historia; aguas de un río que debía arrumbar leños arrojados a su cauce por prejuicio, o que tenía que transportarlos hacia el aún invisible, por cuanto aún muy lejano, mar de armonía perfecta donde los detritos habrían de empaparse de agua y pudrirse para finalmente desintegrarse o perderse como cerillas en un océano majestuoso. Clancy, a fin de cuentas, no era sólo Clancy o Clance, sino el hijo de su padre y de los padres de su padre, y durante el tiempo que los ingleses permanecieron en su patria —con toda su hipocresía o incluso a causa de ella— habían hecho siempre tanto como cualquier otra raza europea para liberar ese caudal; tanto, y acaso una pizca más, debido a su aislamiento, a su situación única en la masa de tierra europea, una ubicación que entorpecía su invasión física, pero no la invasión más sutil de sus mentes por parte de los conceptos humanistas de la Europa clásica y renacentista, que alzaban el vuelo y volaban como aves migratorias adondequiera que fueron perennemente bienvenidos.

Miss Crane creía que era esta capacidad de Clancy para oír el débil fragor, que era lo único audible para él del estruendo conjunto de siglos de

vuelo, la que le facultaba para decir, en parte apenado y en parte orgulloso —pues la vida era patentemente mejor ahora que entonces para gente de su estilo—: «Las cosas eran distintas en aquellos tiempos, como más sencillas, más organizadas.» Él sentía, aunque inconscientemente, el fardo de la libertad para pensar, actuar, adorar o no adorar, según sus creencias, el *peso* depositado en el mundo por cada acto de liberación; y si, en su relativa inocencia, leía un mensaje religioso en lugar de social en la pintura que provocaba su comentario, pues bueno, se dijo Miss Crane, al final venía a ser lo mismo. Dios, después de todo, no era más que un símbolo, el símbolo supremo de la autoridad aquí en la tierra; y Clancy comenzaba a entender que el ejercicio de la autoridad no era empresa fácil, sobre todo si quienes la ejercían no tenían ya el cielo de su lado.

Aquel año se retrasaron las lluvias. Llegaron a Mayapore hacia finales de junio. Los jóvenes soldados sufrieron el calor extremo que las precedió y agradecieron los primeros aguaceros, pero a fines de la segunda semana de julio se estaban quejando de la humedad.

Miss Crane se había acostumbrado a hacer caso omiso del clima. En tiempo seco llevaba sombreros de ala ancha, vestidos de algodón o de lana y calzado cómodo; en húmedo, blusas y faldas de gabardina, botas de goma cuando era necesario, con un impermeable ligero de *burberry* y un salacot de *sola* recubierto de hule. Como medio de transporte por el interior y alrededores de Mayapore, usaba una bicicleta Raleigh, de aspecto desvencijado pero sólida; reservaba el automóvil —un Ford de diez años— para trayectos más largos. El Ford le había llevado antiguamente tan lejos como Calcuta, pero ya no confiaba en él para esas distancias. En las contadas ocasiones —una o dos al año— en que necesitaba ir a Calcuta iba ahora en tren, y viajaba sola porque Joseph, que tenía cincuenta años, en un país en donde la expectativa de vida para los nativos seguía siendo de menos de cuarenta años, se sentía demasiado viejo para acompañarla. Se angustiaba lejos de Mayapore, y fingía no fiarse del *chaukidar* para proteger el bungalow contra los ladrones. Joseph hacía las compras, cocinaba, cuidaba las provisiones y supervisaba a la niña que barría la casa, una muchacha de doce años del bazar. En tiempo caluroso dormía en la veranda; con frío y humedad, en un catre que instalaba en la despensa. Continuaba yendo regularmente a la iglesia, los domingos por la tarde, y con este fin usaba la bicicleta de Miss Crane. La iglesia —la de la misión, no la de St. Mary, en el sector civil— estaba situada no lejos del bungalow, cerca del puente de Man-dir Gate, uno de los puentes tendidos sobre el lecho del río que separaba el barrio civil de la ciudad indígena.

En la ribera del puente de Mandir Gate correspondiente a la ciudad se hallaba el templo Tirupati, en cuyo recinto había un altar que albergaba la estatua yacente de Vishnú dormido. Entre dicho puente, en la orilla del sector civil, y el segundo, el Bibighar, vivía la comunidad euroasiática, a dos pasos de los hangares, almacenes y oficinas de la estación del ferrocarril. La línea férrea seguía el curso del río. Las vías cruzaban las carreteras que llevaban a los puentes. En las cabezas de puente del lado del sector civil, por consiguiente, había pasos a nivel cuyas barreras, cuando se bajaban para permitir el tráfico ferroviario, cerraban ambos puentes, creando una línea divisoria entre la población europea y la nativa. Cuando las barreras de los pasos a nivel estaban cerradas, el tráfico rodado que circulaba desde la ciudad hasta el sector civil producía un embotellamiento en los puentes.

Miss Crane, al volver en bicicleta de la ciudad indígena, se veía a veces retenida por estos atascos, rodeada de otros ciclistas y de peatones, oficinistas que volvían al trabajo en la sede central del gobierno después del almuerzo en sus casas, criados que regresaban a los búngalows civiles después de comprar verduras en el bazar; sastres que iban a tomar las medidas a un *sahib* o mujer de *sahib* que preferían la labor y los precios de un alfayate de bazar a los del sastre del acantonamiento, Danvaza Chand; buhoneros con cajas sobre la cabeza, labradores que conducían sus carretas de búfalos de retorno a sus pueblos en las llanuras al norte de Mayapore, mujeres y niños que iban a mendigar o a rebuscar en las basuras; y, de cuando en cuando, europeos a bordo de automóviles, un funcionario de banco o un hombre de negocios, el superintendente de zona de la policía, el comandante de puesto, oficiales del ejército ingleses e indios en camiones de quince quintales pintados de amarillo. Algunas veces, durante esos trayectos, Miss Crane veía y saludaba con la cabeza, pero jamás hablaba, a la mujer blanca —loca, según fama— que vestía como una monja, regentaba un refugio para los enfermos y los moribundos y a quien los indios llamaban Hermana Ludmila.

Miss Crane utilizaba el puente de Mandir Gate para ir desde su bungalow hasta la escuela del bazar Chillianwallah, en la ciudad indígena, y en el camino tenía que pasar por delante de la iglesia y la escuela principal de la misión, cruzar el puente, rebasar el templo Tirupati, atravesar calles sucias y estrechas de comercios con las puertas abiertas, franquear la entrada del bazar Chillianwallah mismo, donde se vendía pescado, carne y hortalizas, y entrar en una calle aún más angosta, un callejón oscuro entre casas viejas que se desmoronaban, y por cuyo centro discurría un acueducto abierto. El callejón no tenía salida. En su extremo cerrado se encontraba el muro alto y la puerta en arco de la escuela del bazar. La puerta daba acceso a un estrecho recinto de barro donde jugaban los niños. Plátanos atrofiados proyectaban un poco de sombra a primeras horas de la mañana y últimas de la tarde. El barro era de color marrón rojizo, abrasado por el sol y aplanado por los pies descalzos de los alumnos. Incluso en el monzón húmedo, el sol de media tarde lo secaba y endurecía hasta conferirle su antigua consistencia de hormigón.

La escuela del bazar Chillianwallah era un edificio de dos plantas con escaleras hasta una galería con balcones de postigos cerrados sobre el suelo de dicho mirador. La casa, que contaba setenta años por lo menos, había sido propiedad de un tal Chillianwallah, un *parsee* que abandonó Bombay e hizo una fortuna en Mayapore gracias a unos contratos de construcción del gobierno en la década de 1890. Chillianwallah había edificado los cuarteles del sector civil, la iglesia de St. Mary, el bungalow que actualmente habitaba el subcomisario, y —en un arranque de filantropía— el bazar de la ciudad indígena. Presa todavía de ese arrebato obsequió la casa del callejón a la iglesia de St. Mary, y hasta que la misión construyó una escuela más sólida en el sector civil, enfrente de la iglesia, la casa del callejón había sido su único asidero en la escalera temblorosa de la conversión. Durante varios años después de la construcción de la escuela misional grande en la zona civil, en 1906, la misión había utilizado la casa Chillianwallah y su terreno como un lugar de refugio para los ancianos, enfermos y moribundos, pero cuando la escuela empezó a desbordar de niños euroasiáticos y descendió el número de alumnos indios, la misión abrió de nuevo la casa del callejón para dar clases con la esperanza de reconquistar la avanzadilla que

prácticamente habían perdido, y los viejos, los enfermos y los agonizantes tuvieron que esperar unos treinta años la llegada de Hermana Ludmila. La escuela del bazar Chillianwallah era ahora la segunda de las responsabilidades de Miss Crane en el distrito de Mayapore. La tercera estaba en Dibrapur, cerca de las minas de carbón; la primera era la escuela grande del sector civil, enfrente de la iglesia de la misión, donde, en colaboración con una serie de profesores ingleses cuyos títulos docentes eran más manifiestos que los suyos y cuyas convicciones religiosas avergonzaban a las suyas, supervisaba la labor de las maestras anglo-indias y enseñaba matemáticas e inglés a las alumnas mayores, protestantes euroasiáticas e indias. De esta escuela, la mayoría de las chicas pasaba al instituto del gobierno, cuya fundación en 1920 había contribuido en gran medida a socavar la influencia de la misión.

El profesor de la escuela Chillianwallah, cuyos alumnos eran todos indios, era un cristiano de Madrassi, de mediana edad, alto, enjuto y de piel oscura, F. Narayan: la F por Francis, en honor de San Francisco de Asís. En su tiempo libre, que tenía en abundancia, y para aumentar sus ingresos, de los que andaba escaso, Narayan escribía lo que él denominaba «Actualidad» para el semanario local en idioma inglés, el *Mayapore Gazette.* Además, prestaba sus servicios como escritor de cartas, y los utilizaban sus vecinos tanto hindúes como musulmanes. Hablaba de corrido urdú, hindi y la lengua vernácula local, y escribía un excelente urdú e hindi, así como su tamul nativo y el adquirido inglés romano. En Europa, pensaba Miss Crane, un hombre de su talento hubiera llegado lejos, más bien en el campo comercial que en el pedagógico. Sospechaba, porque Joseph se lo había insinuado, que vendía anticonceptivos a familias cristianas y progresistas hindúes. No lo desaprobaba, pero le divertía el hecho porque Narayan tenía una mujer perpetuamente embarazada y una vasta, ruidosa e indisciplinada prole de chicos y chicas.

A su mujer, Mary Narayan, de piel oscura como él, la había traído consigo al regresar de un año de permiso en Madras. Él decía que ella era también cristiana, pero Miss Crane lo dudaba, pues nunca la veía entrar en la iglesia pero, en cambio, en más de una ocasión la había visto entrar y salir del templo Tirupati. Él decía que ella tenía ahora veinticinco años, cosa que Miss Crane dudaba también. No le hubiera sorprendido que Mary tuviera sólo trece o catorce años por la época en que Francis Narayan se casó con ella.

El matrimonio vivía en las habitaciones superiores de la escuela del bazar Chillianwallah. Sus hijos, tres chicas y dos chicos hasta la fecha (sin contar al niño de teta cuyo sexo por una razón u otra nunca había averiguado), ocupaban los bancos delanteros del aula y eran, como Miss Crane había empezado a observar, los únicos alumnos asiduos. Los domingos por la mañana, Francis Narayan y sus dos hijos mayores —un varón, John Krishna, y una hembra, Kamala Magdalene— salían de la casa en el bazar Chillianwallah en un tonga-ciclo conducido por un converso llamado Peter Paul Akbar Hossain, salvaban precariamente el acueducto al fondo del callejón sin salida, cruzaban el puente de Mandir Gate y asistían al oficio en la iglesia de la misión, donde además Narayan ayudaba en la colecta. Su mujer, decía, había tenido que quedarse en casa a cuidar a los pequeños. Miss Crane acogía asimismo esta información con reservas. Se preguntaba si no resultaría interesante apostarse fuera del templo Tirupati la mañana del domingo para comprobar si la ausencia de la señora Narayan de la iglesia

misional obedecía a la más fuerte llamada del Señor Venkataswara, el dios del templo, cuya imagen sacaban del santuario una vez al año y transportaban hasta las riberas del río para bendecir a todos aquellos de quienes había recibido el sacrificio prescrito.

Pero las mañanas de domingo Miss Crane tenía otras ocupaciones. Iba en bicicleta al oficio de St. Mary, luciera el sol o lloviera, a lo largo de los caminos limpios, de trazado geométrico y orillados de árboles del acantonamiento, con un paraguas en alto si el tiempo era inclemente. El paraguas de Miss Crane era objeto de risa en la localidad. Cuando llovía, al llegar a la puerta lateral, después de estacionar la bicicleta, lo sacudía vigorosamente de arriba a abajo para limpiarlo de gotas. Este sonoro aleteo, como el de las alas de un murciélago, llegaba a los oídos de los feligreses de los bancos más próximos a la puerta, los bancos situados en el lado del atril, y cuyos ocupantes ingleses sonreían al oír el inconfundible anuncio acústico de la llegada de Miss Crane, al igual que años antes otras personas en otra iglesia se habían sonreído cuando el señor Grant elevaba sus plegarias.

La otra broma de la comunidad sobre Miss Crane aludía a su tendencia a quedarse dormida durante el sermón, cosa que hacía con gran discreción, manteniendo la espalda tiesa y los hombros rectos, de suerte que sólo sus ojos cerrados denunciaban la flaqueza, e incluso sus ojos cerrados parecían, inicialmente, no más que un signo posible de su preocupación por las imágenes que invocaban las palabras del capellán, a las cuales, por un momento, pensara en someter a un examen personal más atento. Se le cerraban los ojos, luego los abría; pronto volvían a cerrarse, aunque sólo para abrirse de nuevo. La tercera vez que los párpados se cerraban de golpe —bruscamente, nunca despacio ni con pesadez— normalmente se quedaban cerrados; y Miss Crane entonces se ausentaba; y únicamente un ligero tirón hacia atrás de la cabeza cuando el capellán decía Dios Padre, Dios Hijo, y la congregación exhalaba un suspiro colectivo de alivio, demostraba que no había oído una palabra y que los ojos que ahora acababa de abrir bruscamente habían estado sellados por el sueño.

Su violenta sacudida del paraguas —no muy disímil al sonido de aplacar a ángeles coléricos— y su sueño erecto y rápido durante el oficio, su reputación de franqueza, su aparente insensibilidad a las gotitas de condescendencia que derramaban quienes, según la manera en que se consideraban estas cosas, estaban por encima de ella en la escala social, todo esto había contribuido a cimentar la idea que el Mayapore inglés tenía de Miss Crane como una mujer cuyo trabajo en las misiones la había enriquecido más que estrechado. Ciertamente no había nada mojigato en Edwina Crane. Su negativa a dejarse intimidar en los comités femeninos de los que formaba parte acrecentaba la estima personal algo desganada que le profesaban. Desde el principio de la guerra las mujeres de Mayapore no habían tardado en comprender la necesidad y en responder al llamamiento para la creación de comités: comités de hacer calceta, de esparcimiento de las tropas, de asistencia social, de reclutamiento de guías, comités de la Semana Bélica, comités para dirigir el trabajo voluntario en el hospital y en la clínica Greenlawns, y la labor de las damas que se ocupaban del bienestar de los niños de madres indias que trabajaban en la prolongación de la carretera, en la pista de aterrizaje proyectada en Banyagani y en la Eléctrica Anglo-India. Originalmente convocada por la señora White, esposa del subcomisario, para auxiliar en el reclutamiento de guías, Miss Crane era ahora miembro de la asistencia social, el grupo de trabajo voluntario en el

hospital y los comités de madres indias, y si entre ellas las señoras hablaban de Miss Crane con un tono que a un extraño le hubiera sugerido que era tan sólo una maestra de la misión y tantos peldaños por debajo de ellas como era posible estarlo socialmente sin dejar de ser admitida, colectivamente daban por sentado que en realidad no buscaban denigrarla, e individualmente la respetaban a pesar de considerarla «excéntrica con los nativos».

Fue la mujer del subcomisario la responsable de crear una imagen de Miss Crane que las mujeres de Mayapore habían llegado a considerar definitiva.

—Evidentemente —dijo la señora White—, Edwina Crane ha equivocado su vocación. En lugar de estar perdiendo el tiempo en las misiones y sermoneando a todo el mundo por las iniquidades del *Raj* inglés y los fardos intolerables que soportan los que su iglesia llama nuestros hermanos de color, debería haber sido directora de una escuela de chicas en un buen condado de Inglaterra.

Hasta la guerra Miss Crane no había frecuentado los actos mundanos de los europeos. Cenas ocasionales con el capellán y su esposa (el capellán había sido el responsable de llamar la atención de la colonia sobre la tendencia de Miss Crane a dormirse durante sus sermones), una invitación a la fiesta que el subcomisario daba al aire libre y una vez al año en su bungalow durante los meses fríos, cuando su mujer «agasajaba a la comunidad», habían sido los principales acontecimientos de su vida social blanca, y en realidad lo seguían siendo, pero su trabajo en los comités había ensanchado el círculo de mujeres inglesas que estaban dispuestas a pararse a hablar con ella en el bazar del acantonamiento o a invitarla a la hora del café o del té, y la cena concreta en casa del subcomisario, a la que Miss Crane ahora asistía, era una reunión a la que invitaban a los ingleses de más alto rango y a indios eminentes como Lady Chatterjee, viuda de Sir Nello Chatterjee, que había fundado la universidad técnica de Mayapore.

Miss Crane se ponía su seda marrón para aquellas ocasiones de gala: un traje de noche que revelaba la almohadilla de piel cetrina por debajo de sus ahora prominentes clavículas. Adornaba el vestido con un ramillete de flores artificiales, cortadas y modeladas en terciopelo púrpura y carmesí. El vestido tenía medias mangas. Llevaba guantes de seda marrón de hilo hasta los codos, cortados de tal modo en las muñecas que podía quitarse la mano de los guantes para descubrir sus propias manos huesudas y pardas. Para aquellos actos peinaba su cabello grisáceo más suelto sobre la frente, y lo recogía en un rizo que colgaba una pizca más bajo que de costumbre por detrás de la cabeza. Sus dedos, sin alhajas, eran de uñas cortas, delgados pero flexibles. Como sus compañeros de mesa sabían, Miss Crane despedía un aroma de geranio y bolas de naftalina, el primero de los cuales se atenuaba a medida que la velada avanzaba, y el segundo se volvía más intenso hasta que ambos se diluían en la euforia del vino y el brandy.

Antes y después de la cena en la muñeca, y en el regazo durante la misma, llevaba un bolsito de mano de confección casera y raso marrón con forro de seda carmesí. El raso marrón no casaba del todo ni complementaba el color de su vestido. El bolso, que podía abrirse y cerrarse mediante cordones marrones de seda, contenía una polvera de plata —que era la fuente del olor a geranio—, un sencillo pañuelo de linón, la llave de contacto del Ford, unas cuantas rupias de papel manchadas, su agenda de compromisos, un lápiz de plata con una borla roja de seda, y un frasquito

verde de sales perfumadas. En las cenas del subco-misario, Miss Crane bebía todo lo que le ofrecían: jerez, borgoña blanco, clarete y brandy, y siempre olía las sales para despejar la cabeza antes de marcharse a casa en el automóvil, sales que la señora White había descubierto con alivio que eran lo bastante fuertes para ahuyentar la posibilidad de que Miss Crane se viera desbordada y dejara en mal lugar a sus anfitriones.

Al llegar a casa e introducir el Ford en el garaje de chapa ondulada, junto al bungalow, el viejo Joseph le salía al encuentro y le regañaba por regresar tarde. Ya en la casa bebía la leche que había sido calentada y recalentada, comía las galletas que él había extendido en una bandeja cubierta por un tapete, tomaba la aspirina que Joseph le decía que necesitaba y se retiraba, respondiendo a su «Dios le bendiga, señora», con un «Buenas noches», entraba en su dormitorio y lenta, fatigadamente, se quitaba el estorbo del faldamento largo que por la mañana Joseph airearía y volvería a colocar en la cómoda donde ella guardaba sus escasas prendas finas y la ropa blanca de repuesto; lo colocaba allí con orgullo porque su ama era una *memsahib* a pesar de la bicicleta, el salacot, las botas de goma y su profesión, que la llevaba a los callejones hediondos de la población indígena y pagana.

Aquel verano de 1942, Miss Crane cumplía siete años de estancia en Mayapore, y en el curso de ellos había visto ir y venir a muchos europeos. El subcomisario y su mujer, el señor y la señora White, sólo llevaban en la ciudad cuatro años, desde 1938, el año en que el subco-misario anterior, un viudo irritable apellidado Stead, se había retirado, alimentando el rencor de no haber sido ascendido a comisario de región o destinado a la secretaría. El subcomisario adjunto y su esposa, el señor y la señora Poulson, habían llegado poco después a Mayapore. Los Poulson eran amigos de los White; White, de hecho, había pedido especialmente que Poulson fuera enviado a Mayapore. Ronald Merrick, el superintendente de policía, era soltero, un joven en ocasiones excesivamente ansioso, se decía, de descollar en sus funciones, pendenciero en el club pero solicitado por las chicas casaderas. Llevaba en la ciudad sólo dos años. Únicamente el juez de distrito y de audiencia, que junto con el subcomisario y el superintendente de policía formaba el triunvirato de la autoridad civil en el distrito, llevaba en Mayapore tanto tiempo como Miss Crane, pero era indio. Se llamaba Menen y Miss Crane nunca había hablado con él. Menen era amigo de Lady Chatterjee, quien vivía en el extremo del puente Bibighar que daba al sector civil, en la vieja casa MacGregor, así llamada porque había sido reconstruida por un escocés de ese nombre sobre los cimientos de la casa edificada por un príncipe en los tiempos en que Mayapore era un estado nativo. El raja había sido depuesto en 1814 y el estado anexionado por la Compañía de la India y absorbido en la provincia, entre cuya veintena de distritos ocupaba actualmente el segundo puesto en tamaño e importancia.

Aunque Lady Chatterjee era el adalid de la sociedad india en Mayapore, Miss Crane apenas la conocía. La había visto en casa del subcomisario, pero nunca había estado en la casa MacGregor, de la que se decía que era el único lugar donde ingleses e hindúes se reunían como iguales, o al menos sin demasiada precaución por parte de los segundos o excesivo embarazo por parte de los primeros. Miss Crane nunca lamentaba realmente el hecho de no haber estado en la casa MacGregor. Tenía a Lady Chatterjee por una mujer demasiado occidentalizada, un poco esnob social e intelectualmente; lo bastante divertida para que valiera la pena escucharla en la mesa del

subcomisario, pero no así después, en el salón, cuando las mujeres se quedaban solas un rato y Lady Chatterjee les hacía preguntas que Miss Crane consideraba calculadas para poner al descubierto su falta de hábitos mundanos en la patria o de experiencia cosmopolita en el extranjero, para finalmente acogerse a un silencio altanero y dejar que discurriese el parloteo británico sin dar la menor muestra de participar en él, conformándose con esperar a que los hombres se reuniesen con ellas para tener de nuevo la oportunidad de brillar y hacer reír a todo el mundo. Las mujeres inglesas encontraban a Lady Chatterjee más desenvuelta si los hombres estaban presentes. Miss Crane llegó a la conclusión de que todas la temían un poco. Y pensaba que Lady Chatterjee —aunque ella no las temiese— estaba indudablemente en guardia, tan envarada a su manera como las británicas. Por Miss Crane no parecía experimentar ningún sentimiento definido; un desinterés que podría haber obedecido a su descubrimiento, mediante un interrogatorio directo, en la primera cena en que coincidieron, de que Miss Crane no poseía diplomas ni tenía, de hecho, más títulos para la enseñanza que la formación tosca y rápida que había recibido en Lahore años antes, después de abandonar su empleo en casa de los Nesbitt-Smith. Por otra parte, la indiferencia de Lady Chatterjee se debía, con igual probabilidad, a su desaprobación de las misiones, los misioneros y cualquier persona relacionada con ellos. Por muy occidentalizada que estuviera, Lady Chatterjee era de estirpe *rajput,* una hindú de la antigua casta guerrera de gobernantes. Baja, delgada, de pelo grisáceo cortado al estilo europeo, sentada muy derecha en el borde de un sofá, con el extremo libre de su sari muy apretado alrededor de los hombros, y con los ojos notablemente oscuros que miraban brillando al interlocutor, la nariz *rajput* de pájaro y la piel pálida que proclamaban tanto autoridad como distinción, parecía de los pies a la cabeza una mujer a quien sólo el curso de la historia había denegado la oportunidad de ejercer plenamente el poder para el que había nacido.

Habiendo enviudado unos años antes por la muerte de un marido que había sido mayor que ella y no le había dado descendencia, un indio que había recibido el título de Sir por sus servicios a la corona británica y su filantropía con sus compatriotas, Lady Chatterjee, por lo que Miss Crane conjeturaba, ahora parecía continuar la política que debió de haber practicado Sir Nello, su marido, y que consistía en sacar partido de ambos mundos. Ella lo juzgaba de bastante mal gusto. Amigos, en la antigua época, de Sir Henry Manners y de su esposa, que, durante un tiempo, habían sido gobernador y gobernadora de la provincia, Lady Chatterjee seguía yendo anualmente a Rawalpindi o Cachemira a visitar a Lady Manners, asimismo viuda por entonces; y una pariente de los Manners, Daphne, sobrina de Sir Henry, feúcha, huesuda y todavía soltera, estaba trabajando en el hospital de Mayapore para colaborar en el esfuerzo bélico y vivía en la casa MacGregor como huésped de Lady Chatterjee. Era, sin duda, la posición que gozaba entre ingleses eminentes como la anciana Lady Manners, así como su encumbrada situación social en Mayapore en calidad de viuda de Sir Nello y miembro tanto del consejo directivo de la universidad técnica como del comité del hospital *purdah* en la ciudad indígena, la causa de la deferencia externa que le dispensaban los dirigentes de la colonia inglesa. Se tuteaba con el subcomisario y su mujer. (No lo había hecho con Stead, el predecesor en el cargo.) Siempre era bien recibida en el búngalow del matrimonio. Jugaba al bridge allí y la señora White lo hacía en la casa MacGregor. Pero por mucho que, desde el punto de vista de los White, esta cordialidad

formase parte de su deber de ser vistos e igualmente sentidos como los representantes de un gobierno que se tomaba a pecho el bienestar de todos los habitantes del distrito, indios o ingleses, ciertamente parecía existir, a los ojos de todo el mundo, una simpatía y un entendimiento auténticos entre ellos y la viuda de Sir Nello.

Pero —y esto era lo que interesaba a Miss Crane— se decía que en la casa MacGregor se recibía bien asimismo a los indios: letrados, profesores, médicos, abogados, funcionarios municipales y de más alto rango, entre los cuales figuraban miembros del subcomité local del partido del Congreso y hombres que no pertenecían a este comité, pero eran conocidos por la vehemencia, posiblemente aún mayor, de sus criterios anglófobos.

Miss Crane ignoraba la frecuencia con que aquellos hombres se encontraban cara a cara con los liberales ingleses en la casa MacGregor; tampoco sabía si Lady Chatterjee confiaba en que estos encuentros atemperasen su ardor antibritánico o inspiraran sentimientos aún más radicales en el corazón de los liberales ingleses. Lo único que sabía era que, a su entender, Lady Chatterjee no parecía poseer un genuino talante liberal. Admitía, empero, que detrás de su antipatía por la gran dama india latía quizá esa clase particular de ceguera y sordera que son consecuencia del rechazo social. Al admitir esto reconocía también una verdad más fundamental.

Y esa verdad era que después de casi una vida entera de servicio en las escuelas de la misión estaba sola. Desde la muerte de la anciana Miss Silva, que había sido la maestra de Dibrapur, no había un solo hombre o mujer en Mayapore, en la India, en ninguna parte, inglés o hindú, a quien pudiese señalar como la clase de amigo con el que hubiera hablado larga e íntimamente. Cuando, en mayo de 1942, Gandhi exigió que los ingleses abandonaran la India —abandonarla, dijo, «a Dios o a la anarquía», lo que quería decir entregársela a los japoneses— y ella descolgó su retrato y las mujeres indias dejaron de acudir al te, ella vio que el bungalow no quedaría especialmente vacío sin ellas porque no la habían considerado como persona, sino como una mujer que representaba algo que pensaban que había que representar. Vio también que ella misma no había considerado los tés como reuniones de amistad, sino como encuentros útiles. No había nadie en Mayapore que le hiciera una visita fortuita, nadie en Mayapore a quien ella pudiese visitar casualmente. Estas visitas al azar, tal como las hacían ella u otros, obedecían a motivos distintos que la intimidad humana. Ahora venían los soldados en lugar de las mujeres, un día diferente, el miércoles y no el jueves (como si dejara los jueves libres por si las mujeres cambiaban de opinión). Y en el caso de los soldados probablemente habría habido un anuncio clavado en el instituto del regimiento: «El personal que desee aceptar una invitación al té de los miércoles por la tarde en casa de Miss E. Crane, superintendente de las escuelas misionales de la iglesia anglicana (distrito de Mayapore), deberá dar su nombre al oficial de su unidad.»

A veces se preguntaba hasta qué punto su decisión de recibir a los soldados era producto de un instinto de hallar finalmente refugio en aquel antiguo círculo privilegiado que circundaba y protegía a la comunidad blanca. Sus creencias sociales y políticas eran, no podía evitar el percatarse, a la luz de los criterios entonces en boga, de un modo u otro anticuadas, simplificadas en exceso. Suponía que al carecer de una verdadera educación había madurado lentamente y asimilado las ideas de una generación anterior a la suya como si fueran totalmente nuevas. Los acontecimientos

habían ido por delante, arrastrando a gente más joven que era, en cuanto a opiniones, más avanzada que ella. Entendía, al parecer, poca cosa de la política actual. Esta ignorancia comparativa definía el abismo que la separaba no sólo de los liberales ingleses más jóvenes, como los que encontraba en casa del subcomisario y con los que le resultaba difícil conversar, sino también de Lady Chatterjee, que, prestando oído a medias a lo que quizá tuviera que decir respecto a la independencia de la India y el sagrado deber inglés de concederla, producía al instante la impresión de ser algo oído hacía tanto tiempo que ya no valía la pena escucharlo de nuevo.

«Soy», se dijo Miss Crane, «una reliquia del pasado», y mentalmente suprimió « del pasado» por ser una redundancia, y levantó la mirada hacia el cuadro de la vieja reina, lo miró fijamente a la espera de que le revelase algo simple pero irrefutable que quizá el grupo de la casa Mac-Gregor había perdido de vista. Lo que le parecía tan extraordinario era que las fiestas en la casa MacGregor continuasen a pesar de que las mujeres indias hubieran dejado de acudir a sus tés. La comunidad inglesa no daba indicios de ver nada anormal en ello, aun cuando supiesen que ahora tenían la espalda contra una pared que los indios parecían empeñados en demoler ladrillo a ladrillo. Era, decían, el cometido de personas como el subcomisario y su mujer aplicar el oído al suelo, ¿y dónde hacerlo mejor que en la casa MacGregor? Se rumoreaba, por ejemplo, que, de acuerdo con instrucciones del gobierno, el subcomisario había confeccionado una lista de miembros del partido del Congreso en el distrito de Mayapore que serían arrestados, en aplicación de las leyes de defensa de la India, si el Congreso votaba a favor de la resolución de desobediencia civil propuesta por Gandhi, una resolución en virtud de la cual los ingleses serían instados a abandonar el país, so pena de descubrir que era imposible defenderlo, imposible alimentar, vestir, armar o apoyar a sus ejércitos en la frontera de Assam-Burma; imposible por la sencilla razón de que no habría nadie dispuesto a operar los ferrocarriles, los correos y telégrafos, los muelles, los depósitos, las fábricas, las minas, los bancos, las oficinas o cualquiera de los servicios administrativos y productivos de una nación a la que habían explotado durante más de doscientos años y que, al fracasar en la defensa de Burma, se había visto llegar al extremo de tener que sucumbir a una nueva camarilla de imperialistas en pie de guerra.

Miss Crane temía tal alzamiento. Para ella la única esperanza del país que amaba residía en la fusión final de sus habitantes y sus gobernantes como compañeros iguales en una guerra a muerte contra el totalitarismo. Si el Congreso no hubiera dimitido en 1939 de los ministerios provinciales, en un ramalazo de despecho porque el virrey, omitiendo el trámite de consultarles, había declarado la guerra en nombre del emperador-rey como representante de la India, y si Gandhi no hubiera tenido la idea insensata de aprovechar el momento de más serio infortunio de Inglaterra para llevar a buen puerto sus exigencias de libertad política, si hubieran puesto las cosas en manos de Nehru, que evidentemente consideraba un estorbo a Gandhi, y de Rajagopalachari (que había estado al frente del ministerio provincial de Madras y había querido armar y entrenar a la nación entera para combatir a los japoneses), en aquel momento, creía Miss Crane, un gabinete indio habría controlado Delhi, Lord Linlithgow habría sido gobernador general de un dominio virtualmente independiente y todas las cosas que ella había esperado y por las que había rezado para que ocurrieran en la India habrían ocurrido, y la guerra estaría en curso de firme y concienzuda prosecución.

A veces Miss Crane se despertaba en mitad de la noche y yacía insomne escuchando la lluvia y se alarmaba, consciente de los peligros cada vez más próximos y que la gente se aprestaba a afrontar pero no a comprender, de forma que prácticamente no los afrontaba en absoluto. Sólo comprendemos, se dijo, el modo de enfrentarlos o, algunas veces, el de eludirlos.

Pero en esta ocasión no los habían eludido.

En la primera semana de agosto Miss Crane atrapó uno de sus raros resfriados. Nunca había sido partidaria de correr riesgos con la salud. Telefoneó a la escuela de Dibrapur para comunicarles que no iría el jueves, sino el sábado siguiente. Luego se fue a casa, se metió en la cama y sudó el resfriado. Para el fin de semana se sintió perfectamente repuesta. Y, por lo tanto, la mañana del 8 de agosto —el día en que el Congreso iba a votar la resolución de Gandhi— Miss Crane partió en su Ford para cubrir el trayecto de setenta y pico millas hasta Dibrapur.

La escuela de esta ciudad, la tercera en las responsabilidades de Miss Crane en el distrito de Mayapore, estaba situada en un aislamiento relativo, a la orilla de la carretera, a mitad de camino entre el pueblo de Kotali y la localidad misma de Dibrapur. La ciudad ocupaba el límite meridional del distrito de Mayapore. No tenía iglesia ni población europea. Las minas de Dibrapur, así llamadas, se administraban ahora desde Aligarh, en el distrito contiguo de la provincia.

Casi todos los niños que estudiaban en la escuela provenían de Kotali. Solamente tenían que caminar tres millas. Debían recorrer cuatro si querían acudir a la escuela de un pueblo vecino, regida por el consejo de distrito. La de la misión había sido construida años antes en su emplazamiento aislado para atender a los pueblos circundantes además de a Dibrapur. Desde la expansión del programa educativo del gobierno y la creación de escuelas primarias por consejos de distrito, la de la misión no había perdido muchos alumnos por la sencilla razón de que nunca los había tenido. Los niños de Kotali acudían porque estaba más cerca y unos pocos niños venían todavía desde Dibrapur porque allí enseñaban el idioma inglés. Los niños de Dibrapur eran normalmente hijos —muy raramente hijas— de tenderos, hombres que codiciaban para sus vástagos varones oportunidades de llegar a ser contratistas del gobierno o pequeños funcionarios, y que sabían que el don de hablar un inglés fluido era por lo tanto inestimable. Y de este modo, desde Dibrapur, hasta media docena de niños y dos o tres niñas recorrían a pie todos los días las tres millas hasta la escuela de la misión, portando, como los alumnos de Kotali, sus latas de comida y sus bolsas de lona. En la escuela de la misión no había *chappattis;* tan sólo instrucción, buenas intenciones y medicinas para estómagos revueltos.

Al cabo de casi treinta años de existencia, el edificio escolar de Dibrapur necesitaba constantemente alguna clase de reparación, y, en el verano de 1942, ciertamente una capa de cal que debería esperar hasta el final de las lluvias. El tejado era lo que necesitaba atención con mayor urgencia, y durante aquel verano los pensamientos de Miss Crane en relación con la escuela habían estado ocupados casi exclusivamente por los presupuestos que periódicamente obtenía Chaudhuri, el maestro, y la Asignación, que en términos crudos significaba el dinero disponible. Hasta entonces Chaudhuri no había conseguido de ningún constructor local un presupuesto que rondara el equilibrio entre lo que había que gastar y lo que había para gastar. No parecía tener mucha cabeza para los negocios ni talento para

regatear. «Necesitamos», había estado pensando Miss Crane, «otras quinientas rupias. En realidad necesitamos más; no sólo reparar el tejado, sino un tejado nuevo; prácticamente, de hecho, una escuela nueva». A veces no podía evitar preguntarse si no necesitaban también un nuevo profesor encargado, pero siempre rechazaba el pensamiento por no ser caritativo, como una idea provocada por prejuicio personal. El hecho de que por un motivo u otro Chaudhuri y ella nunca hubieran hecho buenas migas no debía, pensaba, cegarla hasta el punto de no tener en cuenta las notables aptitudes docentes del maestro.

Chaudhuri ocupaba el cargo en Dibrapur desde hacía menos de un año. Su antecesora, la anciana de Silva, una mujer euroasiática de Goa, había muerto un poquito antes. Al morir Mary de Silva, Miss Crane había perdido a la última persona en el mundo que la llamaba Edwina. En su primera visita a Dibrapur como superintendente, siete años antes, la mujer —mayor que ella, gorda, de pelo blanco, pesada, y con una voz tan oscura y cálida como sus extraordinarios ojos saltones— le había dicho:

—Le han dado a usted el puesto que yo quería. Me llamo Mary de Silva. Mi madre era tan negra como su sombrero.

—Yo me llamo Edwina Crane —dijo Miss Crane, estrechando la mano gordinflona y fuerte como la de un hombre—. No sabía que usted quería el puesto, y mi madre lleva muerta más tiempo del que me molesto en recordar.

—Bueno, en tal caso la llamaré Edwina, si no le importa. Soy demasiado vieja para usar zalemas con una *nueva* superintendente. Y, si tampoco le importa, empezaremos hablando del puñetero tejado.

Así que hablaron del tejado, y de las paredes, y del pozo de tubo que ella quería reinstalar en otro sitio, y luego de los niños y de la intención de Mary de Silva de enviar, por las buenas o por las malas, a un chico llamado Balarachama Rao al instituto de enseñanza del gobierno en Mayapore.

—Sus padres no quieren saber nada al respecto. Pero *yo* sí. ¿Cuál es *su* postura, Edwina Crane?

—En asuntos de este género, Mary de Silva —respondió ella—, mi postura es hacer lo que los profesores del lugar me aconsejan hacer.

—Entonces busque un alojamiento decente en Mayapore para *Master* Balarachama. Ésa es la pega. No tiene dónde vivir si le admiten. Los padres dicen que allí no tienen parientes. Tonterías. Los indios tienen parientes en *todas* partes. Lo sé mejor que nadie.

Su piel no era más cetrina que la de la pequeña Miss Williams.

Miss Crane encontró un alojamiento en Mayapore para Balarachama y dedicó un mes, es decir, la mayor parte de su tiempo en las cuatro visitas mensuales a Dibrapur, a convencer a sus padres de que le dejasen partir. Cuando por fin lo logró, Mary de Silva le dijo:

—No voy a darle las gracias. Era su deber. Y el mío. Pero venga conmigo y ayúdeme a despachar la botella de ron que tengo guardada desde Navidades.

Miss Crane la acompañó, pues, al bungalow donde ahora vivían los Chaudhuri, a media milla de la escuela, en la carretera, y bebió ron, escuchó la historia de la vida de Mary de Silva y le contó la suya. Hubo muchas otras ocasiones de beber ron y lima en la salita de Mary, discretamente, pero en cantidad suficiente para desatar la lengua y para que Miss Crane sintiese que allí, en Dibrapur, con Mary de Silva, había regresado al hogar después de toda una vida de viajes. Durante seis años fue semanalmente a Dibrapur y pernoctó en casa de Mary.

—No es necesario, ya lo sabe —dijo Miss de Silva—, pero me agrada. La última superintendente sólo venía una vez al mes, y nunca se quedaba a pasar la noche. Eso también me agradaba.

Al término de los seis años, cuando el tejado de la escuela había sido reparado una vez y necesitaba otra reparación, y el nuevo pozo había sido instalado, las paredes remendadas y pintadas dos veces, llegó el día en que Miss Crane fue a la escuela y la encontró cerrada, y, conduciendo hasta el bungalow de Mary, encontró a la vieja maestra en la cama, postrada en silencio, temporalmente abandonada por el criado, que había ido a Dibrapur en busca del médico. Miss de Silva estaba hablando entre dientes. Cuando hubo acabado lo que tenía que decir, y después de asentir con la cabeza, sus ojos enfocaron a Miss Crane. Sonrió y dijo:

—Bueno, Edwina. Ya estoy lista. Tendrá que ocuparse otra vez del tejado.

A continuación cerró los ojos y murió como si alguien hubiese desconectado simplemente una batería.

Después de haber hecho transportar segura y rápidamente a Mayapore el cuerpo de Mary de Silva para enterrarlo en el camposanto de St. Mary, Miss Crane encomendó a Narayan la tarea de buscar un maestro interino, por darle algo que hacer, y volvió a Dibrapur para abrir la escuela y mantenerla abierta hasta que llegase el interino. También escribió a la sede central de la misión para comunicarles la muerte de Miss de Silva y los pasos que había dado a fin de mantener la escuela en marcha hasta que designaran a un sustituto fijo. Recomendó a Miss Smithers, con quien había trabajado en Bihar. No se la enviaron. Le enviaron, en primer lugar, a un primo de Narayan que bebía, y luego, desde Calcuta, a D. R. Chaudhuri, licenciado en artes, licenciado en ciencias: diplomas que no sólo la asombraron, sino que despertaron su recelo. La sede central de la misión estaba también bastante atónita, según pudo colegir de su carta, pero no recelosa. Le decían que Chaudhun no profesaba la religión cristiana, y por otra parte no hacía profesión de ninguna otra Había dimitido de una plaza en una escuela normal del gobierno y había solicitado a la misión el más humilde empleo de maestro. Le habían ofrecido vanos puestos que él había rechazado hasta que, de repente, hubo una vacante en Dibrapur que, por la descripción que le hicieron del trabajo, le había interesado como «el tipo adecuado de comienzo» «Malgastará su valía en Dibrapur, por supuesto, y no es probable que se quede con usted mucho tiempo», le escribieron, confidencialmente. «Le acompañara su esposa, así que quizá usted pueda encargarse de prepararles el bungalow de la difunta Miss de Silva Tenemos entendido que dispone de recursos propios pero limitados. Descubrirá que el señor Chaudhun es un joven reservado y, en general, reacio a comentar las razones de su decisión de renunciar a un porvenir académico más brillante. Nos consta, sin embargo, por las entrevistas mantenidas con él y las informaciones obtenidas fuera, que su deseo de enseñar a niños de los pueblos nace de una simpatía auténtica por las clases necesitadas de su propia raza y una convicción genuina de que los hombres educados como él deberían estar con mayor frecuencia dispuestos a sacrificar sus intereses personales en favor del interés general del país. Parece ser, asimismo, que opina que su labor en este sentido debería orientarse hacia escuelas como la nuestra, no a causa del fundamento religioso de nuestra enseñanza, sino debido a la pobre opinión que le merecen las escuelas primarias del gobierno local, de cuyo profesorado piensa que antepone la política a toda consideración educativa »

A pesar de este panorama prometedor, había habido entre Miss Crane y Chaudhun, desde el mismo principio, lo que ella definía como una reserva casi clásica, clásica en el sentido de que pensaba que tanto él como ella sospechaban que el otro era hipócrita, tenía motivos ocultos o escondía debajo de una finísima piel liberal un temperamento profundamente conservador, de modo que todas las conversaciones que mantenían y que no estaban estrictamente relacionadas con los asuntos de la escuela parecían ser de doble filo o insustanciales

Miss Crane luchó durante semanas contra su propia reserva. No minimizó los recuerdos de Miss de Silva ni la pena de su muerte a la hora de analizar las posibles causas de la misma. Sabiendo que Chaudhun había sido informado de que ella visitaba a Miss de Silva una vez a la semana, Miss Crane le visitó también semanalmente y se quedó cada vez a pasar la noche en el viejo bungalow de la maestra, ahora irreconocible tras haberlo amueblado al estilo indio-occidental el matrimonio Chaudhuri. Lo hacía para evitar que él lo interpretara mal en caso de no hacerlo, al mismo tiempo, era consciente de que él podría haber tomado sus visitas como una señal de que no confiaba en su competencia Miss Crane prosiguió las visitas con la esperanza de llegar a sentirse allí nuevamente como en casa. Alto, delgado, fuerte y de hombros cuadrados, Chaudhuri tenía los delicados huesos faciales de un bengalí, y Miss Crane reconocía que era guapo, aunque personalmente no la impresionaba su tipo de belleza. A pesar de que cada rasgo y plano de su cara afilada y prominente indicaba fuerza, la totalidad del rostro, para ella, sugería debilidad; y tampoco exactamente eso, puesto que incluso para transmitir la idea de debilidad se requería una expresión especial, y la cara de Chaudhuri sólo era capaz de adoptar dos: absoluta indiferencia o malhumor irritable. Miss Crane veía que su sonrisa habría sido agradable si alguna vez le hubiera igualmente alegrado los ojos.

Su inglés era excelente, típicamente indio en sus inflexiones y ritmos pero suelto cuando hablado y vigorosamente correcto cuando escrito. Y lo enseñaba muy bien. Narayan, por comparación, parecía y sonaba como un cómico de bazar. Y, sin embargo, a Miss Crane le resultaba fácil y directa la conversación con Narayan. No así con Chaudhuri. Había habido una época en su carrera en que, sumamente sensible a la sensibilidad de los indios que conocían el idioma inglés, incluso algunos de sus matices más sutiles, pero rara vez, por no decir ninguna, la tosquedad y el revoltijo de su habla cotidiana, se había prohibido la tentación de decir cosas como «No diga tonterías» o «¡Bobadas!». Desde hacía algunos años, empero, no se tomaba la molestia de poner freno a la lengua, y ojalá que nunca lo hubiera hecho. Cuando se escogen las palabras, la espontaneidad escapa de las cosas que uno quiere decir. Ella había aprendido a detestar la sensación de poca naturalidad que esto le daba. Pensaba que si siempre hubiera sido tan franca como ahora, habría podido hacer algunos amigos, aun cuando hiciera al mismo tiempo enemigos. Desarrollando, en años anteriores de su actividad docente, una confianza personal en su manera de hablar, creía que hubiese podido desarrollar también una confianza interna, esa clase de confianza que las gentes de otra raza captaban como una prueba de sinceridad y fiabilidad. Siendo demasiado tarde para ello, sabía que la franqueza muchas veces parecía a los indios la diaria rudeza descortés de cualquier mujer inglesa. Solamente ellas admiraban esa franqueza, aunque con hombres como Narayan podía disputar un torneo de jerga sin sentir que infligía heridas. Con Chaudhuri notaba que revertía a la frase blanda, al

sentimiento cauteloso, y que luego estropeaba el efecto que hubiese podido causarle deslizando palabras que le venían más fácilmente a la boca. Le había dicho «¡Bobadas!» en una fase temprana de su relación y había visto en el acto que temporalmente se había perdido la tenue garantía de que Chaudhuri estuviese dispuesto a cooperar. A partir de este infortunado contratiempo no habían realizado un gran progreso. Si la señora Chaudhuri hubiera sido una mujer más sofisticada, Miss Crane pensaba que habría podido acercarse al maestro a través de un contacto íntimo con su mujer, pero aparte de una educación en un instituto de segunda enseñanza y los años pasados a los pies de un profesor de música, la señora Chaudhuri no estaba instruida en los hábitos de un mundo complejo y poseía una noción anticuada del papel de una esposa.

Antes de que Miss Crane saliese en el Ford hacia Dibrapur la mañana del 8 de agosto, Joseph intentó disuadirla de que no fuese. Dijo que habría problemas. Había oído rumores. Ella le dijo:

—Siempre estamos oyendo rumores. ¿Eso te impide hacer tu trabajo? Desde luego que no. Tengo trabajo en Dibrapur. O sea que tengo que ir a Dibrapur.

Él se ofreció a acompañarla.

—¿Y entonces quién cuida la casa? —preguntó ella—. No, Joseph, hoy es un día laborable como otros para nosotros dos.

Fue un día como otros durante todo el trayecto a Dibrapur, adonde llegó a las cuatro de la tarde, después de haberse parado en el camino para comer los sandwiches y beber el café del termo. En los pueblos había gente que gritaba «¡Fuera de la India!», y otra gente que pedía propina. Conduciendo despacio para no atropellar vacas o búfalos, perros, gallinas o niños, ella sonreía y saludaba con la mano, gritaran lo que gritasen.

En Kotali, el último pueblo antes de la escuela, detuvo el automóvil y habló con algunas de las madres cuyos hijos iban a las clases de Chaudhuri. Las madres no le dijeron nada de que hubiese problemas. Ella, por su parte, no lo mencionó. Ellas sabían mejor que Miss Crane lo que se avecinaba. Kotali parecía perfectamente en calma. Al dejar atrás el pueblo tropezó con los niños que volvían a casa con sus latas de comida y sus bolsas de lona. Su promedio de edad era ocho años. Detuvo el coche de nuevo y repartió parte de los dulces hervidos.

Al llegar a la escuela entró en el recinto. Allí había árboles y sombra. Encontró a Chaudhuri ordenando el aula.

—¿Alguna novedad? —le preguntó, más bien esperando que, en caso de que se avecinasen disturbios y aquel fuese un momento último, al menos produciría algo más que mera cortesía.

—¿Novedad? —contestó él—. ¿Qué clase de novedad, Miss Crane?

—Sobre el voto del Congreso.

—Ah, eso —dijo él—. No, no sé nada.

En la habitación de la escuela que hacía de despacho había una radio. Chaudhuri la usaba en ocasiones como medio de instrucción. Ella la encendió. Había música. La apagó. Era música europea. La única música que escuchaba cuando estaba con los Chaudhuri era música india clásica.

¿Hay, sin embargo, alguna noticia respecto al tejado? —preguntó él.

No. He revisado otra vez todos los presupuestos y no hay ninguno lo bastante bajo. ¿No puede encontrar a nadie que lo haga más barato?

Lo he intentado con todos los que, al menos, estarían dispuestos a hacer la obra. Si esperamos mucho más, hasta los presupuestos más bajos subirán. Y esa gente no puede trabajar gratis.

Ella estuvo a punto de decir: «Bueno, no estoy pidiéndole eso, no les estoy pidiendo que lo hagan gratis.» Sí se lo hubiera dicho a Nayaran; se abstuvo de decírselo a Chaudhuri. Dijo, en cambio:

—No. Bueno, vámonos. Me gustaría tomar una taza de té.

E incluso aquello sonó brusco.

Chaudhuri cerró la escuela, puso el candado a la puerta y subió con ella en el Ford. En el bungalow no estaba el té preparado. El no se disculpó, pero mientras ella descansaba en la cama, esperando a que la llamasen, le oyó reprendiendo a su mujer por no organizar mejor las cosas.

Cuando el té estuvo listo fue servido en la galería. La señora Ihuri no lo tomó con ellos. Iba y venía entre la cocina y la galería, transportando cosas con sus propias manos, sonriendo pero hablando poco y cuando pareció que ya no querían nada más se quedó en la sombra de la entrada, fingiendo que no estaba allí, pero observando a su marido a la espera de la menor indicación suya de que algo había sido olvidado, o era una equivocación, y había que reponerlo.

«Es *esto»,* se decía a sí misma muchas veces Miss Crane, esta horrible actitud feudal con su mujer la que impide que él me guste».

Pero no era eso. Algunas veces la mujer les cantaba por la noche. En cuanto estaba sentada con las piernas cruzadas sobre la estera de junco sosteniendo suavemente el tambor con forma de cebolla, se convertía en una mujer distinta; segura de sí misma, con su cuerpo huesudo graciosamente erecto, en una postura no muy diferente de la de Lady Chatterjee cuando se sentaba en un sofá en casa del subcomisario. Una vez que había cantado un par de canciones el marido decía, en voz baja: «Ya basta», y entonces ella se levantaba, cogía el tambor y desaparecía en una habitación interior. Y Miss Crane sabía que él y ella se amaban, que Chaudhuri no era un tirano, que su mujer prefería las costumbres antiguas a las nuevas porque las antiguas eran para ella una disciplina y una tradición, un medio de adquirir y mantener la paz de espíritu y la quietud íntima.

Aquella noche, la noche del 8 de agosto, que Miss Crane sentía en los huesos que era una noche especial, de crisis, ansiaba hacer hablar a Chaudhuri, encontrar la clave de su reticencia, una forma de quebrar su reserva. Habría sido más sencillo para ella si él hubiera sido de maneras tan anticuadas como las de su mujer, porque entonces su relación hubiese sido de un tipo completamente distinto. Pero él no lo era, tenía mentalidad occidental. Vestía a la europea en la escuela y, al menos cuando Miss Crane estaba con ellos, en casa. Comieron ante una mesa, sentados en sillas de madera dura y hablaron de arte, de música y de los asuntos de la escuela, pero no de política. La mesa tenía mantel, y usaban cuchillos y tenedores, y platos de loza ordinaria. La señora Chaudhuri cenó con ellos, aunque casi no tomó parte en la conversación y no comió prácticamente nada. Les sirvió una criada, la misma que cocinaba. Miss Crane se habría sentido más cómoda si la mujer hubiera sido una intocable, porque tal cosa hubiese demostrado una emancipación de la rigidez de las castas por parte de los Chaudhuri. Pero la criada era bramana.

Tomaron el café en la habitación que daba a la galería, en la que ella y Miss de Silva se habían sentado sobre viejas sillas de mimbre, pero donde ahora había que sentarse en divanes bajos, con los pies encima de alfombras

de Cachemira. Miss de Silva se había contentado con un quinqué; Chaudhuri había improvisado una luz eléctrica que recibía corriente de un generador instalado fuera. Estaban sentados a la luz mortecina de una bombilla desnuda en torno a la cual polillas e insectos ejecutaban su ritual nocturno de deseo por aquello que podía quemarles las alas. En este punto, entre la cena y las canciones, la esposa siempre les dejaba, probablemente para ayudar o supervisar a la criada en la cocina.

Esa noche Miss Crane bebió el café amargo más consciente que nunca del silencio de incomunicación que se instauraba directamente siempre que ella y Chaudhuri estaban solos. Ella anhelaba conocer las noticias, pero se contentó con una prueba de que por lo menos en un sentido la noche era normal: el croar —más allá de la galería— de las ranas que habían salido en invisibles batallones después de las lluvias vespertinas.

Quería preguntarle: «Señor Chaudhuri, sinceramente, ¿qué significa la escuela para usted?»; pero no lo hizo. Preguntar eso a un hombre suponía poner en cuestión una vía que, a juzgar por sus acciones, él había decidido seguir en cuerpo y alma.

«Eres una necia, Edwina Crane», se dijo más tarde mientras se desvestía para acostarse. «Has perdido otra oportunidad, porque el alma ya no se propone seguir ninguna vía y el cuerpo funciona como los intestinos mandan, y Chaudhuri hablaría si supieses qué preguntas hacerle y el modo de hacérselas. Pero pertenece a esa generación más joven de hombres y mujeres que han visto lo que yo he visto, entendido lo que yo entiendo, pero que también han visto y entendido otras cosas.»

Y entonces se durmió, y despertó a las cuatro, como consciente de que a aquella hora la gente de su raza pudiera tener motivo de vigilia, razón para estar alerta. Porque a esa hora el anciano de gafas estaba también despierto y ocupado, y el subcomisario en Mayapore estaba despierto y avisado, y con órdenes de poner en marcha aquellos planes cuyo objeto era prevenir, disuadir. Y por la mañana, tras haber dormido únicamente a rachas, Miss Crane estaba también despierta y fue informada por Chaudhun de que la víspera el Congreso reunido en Bombay había votado a favor de la resolución del comité deliberante, de que el Mahatma estaba detenido y el comité entero arrestado, y de que sin duda era la señal de detenciones en todo el país. A las nueve fue caminando a la escuela acompañada de Chaudhun para dar la clase de Biblia de los domingos por la mañana y descubrió que sólo los niños de Kotali habían llegado. En consecuencia envió a Chaudhuri en bicicleta a Di-brapur. Él volvió poco antes de las once y le dijo que las tiendas estaban cerrando en la ciudad, que la policía había salido a la calle en masa, que corría el rumor de que tres de los funcionarios municipales habían sido detenidos en Mayapore y trasladados a Aligarh por orden del superintendente de policía del distrito, y que las multitudes se estaban congregando y amenazaban con atacar la estafeta de correos y la comisaría.

—Voy a telefonear a Mayapore y averiguar lo que está ocurriendo allí —dijo Miss Crane.

Dejó sobre la mesa los boletines que había estado ordenando. Había un teléfono en el búngalow de Chaudhuri.

—No se puede —le dijo él—. Ya lo he intentado. Probablemente han cortado las líneas.

—Comprendo. Bueno. Uno de los dos tiene que llevar a los niños a Kotali; más vale evitar el riesgo de que les suceda algo aquí. Mejor que lo haga yo y

me ponga en camino. Usted vuelva a cuidar a su mujer y tener, quizá, un ojo puesto en la escuela, si puede.

Chaudhuri paseó la mirada por la habitación pequeña y desastrada y luego la posó en Miss Crane.

—No hay nada que proteger aquí —dijo—, aparte de los niños. Llévelos en el coche y yo la acompañaré con mi bicicleta. Si hay gente mala en la carretera estará más segura si me ven también a mí.

—Oh, no me ocurrirá nada. ¿Y su esposa?

—Usted es la única inglesa que hay aquí —respondió él—. Ella estará a salvo. Es posible que vengan aquí después de haber acabado en correos y la comisaría, o sea lo que sea lo que se proponen. Pueden venir de cualquier dirección. O sea que los dos iremos con los niños a Kotali.

Miss Crane también recorrió la habitación con la mirada. La escuela siempre le había recordado una que visitó años atrás con Grant. Chaudhuri tenía razón. No había mucho en el edificio que valiese la pena defender, salvo el edificio mismo, y su valor era incluso dudoso. Ella dudaba asimismo de que alguno de los dos, en las presentes circunstancias, pudiese apostarse en la entrada y negársela con éxito a una muchedumbre enfurecida. Miró de reojo a Chaudhuri y se acordó de Muzzafirabad, donde había estado sola.

—Parece pesimista —dijo ella.

—He visto a la gente y oído lo que hablan.

— ¿Está seguro de lo del teléfono?

—Sí, estoy seguro.

Por un momento se miraron a los ojos, y Miss Crane pensó: «Así suceden las cosas cuando hay disturbios serios; la pequeña semilla de la duda, de débil desconfianza, de sospecha de que no te están diciendo la verdad. Si el teléfono está cortado, lo está y punto. Si no lo está quizá Chaudhuri lo ha descolgado, no le han respondido inmediatamente y ha sacado conclusiones. O tal vez no está cortado y quizá él lo sabe pero me lo dice porque quiere que yo salga hacia Kotali».

—Muy bien, señor Chaudhuri —dijo—. Creo que tiene razón. Meteremos a los crios apiñados en el Ford y usted puede seguirme en su bicicleta.

—Hay una cosa que espero que comprenda —dijo él — . No tengo miedo de quedarme aquí. Si quiere que el edificio se proteja me quedaré y correré el riesgo.

—Si lo encuentran vacío puede ser que no lo toquen —dijo ella.

—Es lo que estaba pensando.

Ella asintió, se puso de pie y recogió los boletines, colocándolos ordenadamente juntos, lomo con lomo. Chaudhuri esperaba. Ella dijo:

—Dígame sinceramente su opinión. ¿Esta vez es serio?

—Esta vez es serio.

Ellos siempre lo sabían, pensó ella, y luego: «Así sucede también, llamarles *ellos* como si fueran diferentes.»

—Muy bien, señor Chaudhuri. ¿Podría reunir a los niños?

Él asintió, fue a la puerta y salió al patio de atrás, donde los niños estaban jugando.

Ella guardó los boletines en su cartera y entonces recordó que su maletín, aunque ya preparado para el regreso a casa, estaba todavía en el bungalow de Chaudhuri. Salió y le llamó por encima de los gritos de los niños, a quienes él acababa de comunicar la noticia de que las clases habían terminado.

—Mi maletín —gritó—. Está en el bungalow. Voy a pasar a recogerlo y decir adiós a su mujer.

—He enviado a mi mujer a la casa de una amiga —gritó en respuesta Chaudhuri—. Y su maletín está en el coche. Se lo he traído.

—Gracias —dijo ella, y volvió al despacho en busca de su cartera. Encendió la radio. De nuevo había solamente música de la radio All India, música inglesa para las tropas. Dejó la radio puesta mientras ataba las correas de la cartera. La radio era una especie de cordón umbilical. «Estoy tranquila», pensó, «automáticamente tranquila, como en 1914, en 1919 y en 1930, otros tiempos. Durante treinta y cinco años me he ido acostumbrando a las alarmas repentinas. Pero también tengo miedo. En estas circunstancias siempre tengo un poco de miedo. *Y* estoy avergonzada, estoy siempre avergonzada de mis sospechas; esta vez primero por el teléfono y después por el maletín»

—Señor Chaudhuri —le llamó, yendo hasta la puerta—. Cuando estén preparados, llévelos a la entrada delantera y pondré el coche en marcha.

«Y en mi voz», se dijo a sí misma, «ahí —siempre ahí— el tono de autoridad, el tono especial de *nosotros* hablándoles a *ellos,* que a lo mejor pasa inadvertido cuando hablamos de los pequeños cambios de la rutina cotidiana, pero que en tiempos de tensión siempre suena como tomar el mando.» «Pero en verdad», pensó, «lo tenemos, tenemos el mando. Porque tenemos una obligación y una responsabilidad». En aquel caso su principal responsabilidad se hallaba a setenta millas de distancia, en Mayapore. Las cosas siempre iban peor en las ciudades.

Cuando sacó el automóvil de su cobijo, al lado de la escuela, D. R. Chaudhuri, licenciado en artes, licenciado en ciencias, le estaba esperando rodeado de niños que jugaban, los niños de los pobres y a veces de los hambrientos.

En tiempos de revuelta civil, las noticias o rumores de disturbios en las ciudades atraían a hombres de los pueblos cuya principal preocupación era la perspectiva de pillaje. En ellos estaba pensando Chaudhuri cuando habló de mala gente en la carretera entre Dibrapur y Kotali, y Miss Crane sabía que al distanciarse de Dibrapur se encaminaban hacia un conflicto al mismo tiempo que se alejaban de otro. Para ella quedaba aún pendiente la cuestión de continuar desde Kotali la ruta de setenta millas y pico, pueblo tras pueblo, hasta Mayapore. En aquel extremo meridional del distrito la tierra se ondulaba ligeramente pero seguía siendo campo abierto, con cultivos a ambos lados de una carretera con buena grava y pocos árboles. En casi todos los tramos de la carretera, al menos, podían divisarse los problemas con cierta antelación. Miss Crane sabía por experiencia qué había que atisbar: en clima seco, cuando las franjas de tierra a ambos lados de la grava estaban trituradas hasta presentar la consistencia de la creta, su nube de polvo, al irse acercando, revelaba a hombres situados de un lado a otro de la carretera; en tiempo seco, los mismos hombres, pero más de improviso, sin el previo aviso de la nube que levantaban, de suerte que a primera vista era posible distinguir ya que algunos llevaban palos. Tres o cuatro hombres que salían de un pueblo al cabo de varias millas podían convertirse en un grupo de veinte. Un automóvil que circulara velozmente, sin mostrar indicios de detenerse, podía desperdigarlos en el último momento, pero ser aun así vulnerable a las piedras que los hombres podrían haber recogido al aproximarse el coche. Una vez en su vida, en los disturbios de 1919, Miss

Crane había atravesado esta prueba lapidaria, pero en aquella ocasión conducía el automóvil un joven y resuelto policía europeo que había ido a rescatarla de una escuela remota donde, como la superintendente de la sede central había sospechado, estaba virtualmente prisionera.

«Si puedo o no hacer lo mismo que aquel policía», pensó, «tocando la bocina y conduciendo como una loca, dependerá del número de gente que haya». Chaudhuri no sabía conducir.

Ella no sabía si alegrarse o lamentarlo.

El número de personas dependía de tres cosas: el carácter del conflicto en la ciudad, que a su vez determinaba la cuantía probable del botín en ciernes; el talante general de los pueblos circunvecinos y la cifra de hombres en cada uno de ellos que tenían tiempo e inclinación para aprovechar la oportunidad de llenarse los bolsillos; y finalmente el grado de control que los jefes y la policía rural lugareños estaban en condiciones de ejercer.

Cada pueblo tenía su vigilante o *chaukidar,* un empleado a sueldo del gobierno, y los pueblos estaban organizados en grupos al mando de comisarías. Una facción que llegase a un pueblo eficazmente guarnecido por una comisaría podría ser dispersada. En otro donde la policía decidiese hacer la vista gorda o juzgase más prudente, al ver la cólera de la multitud, recluirse en sus dependencias, la banda de revoltosos pasaría de largo; y sus huestes crecerían.

Al llegar al pueblo de Kotali con el cargamento de niños que reían y Chaudhuri a la zaga, pedaleando todavía a cierta distancia, Miss Crane fue recibida por el *chaukidar,* el jefe del pueblo y varios hombres y mujeres que habían estado a punto de emprender la marcha para recoger a los niños en la escuela. El inspector de policía al mando de la comisaría de Garhwar, el siguiente pueblo por la carretera, había enviado un mensaje notificando que ya no conseguía establecer comunicación con el cuartel general de subzona en Dibrapur, que presumía que la rebelión había estallado a raíz de la noticia de la detención de Gandhi y que los habitantes de Kotali debían, por consiguiente, permanecer alerta para proteger sus pertenencias y sus vidas de los bandoleros y los sublevados.

Los habitantes de Kotali estaban, según dijo el jefe, muy furiosos con el comisario de Garhwar. Decían que él debía de haber sido avisado de los hechos, la víspera, por lo menos, y que no se había tomado la molestia de advertirles. Si les hubiera avisado no habrían dejado a los niños ir a la escuela aquella mañana. Las madres dieron las gracias a Miss Crane por llevárselos sanos y salvos y le ofrecieron un té que ella bebió a la orilla de la carretera, sentada en una silla que sacaron fuera y colocaron debajo de un árbol. También dieron una taza de té a Chaudhuri.

—Voy a rezar para que llueva —le dijo ella, sonriendo—. No hay nada como un chaparrón para enfriar a la gente. Si llueve se quedarán todos en casa.

Chaudhuri no dijo nada. Terminó el té, se alejó y habló un rato con el jefe y el *chaukidar.* Cuando volvió, Miss Crane estaba acabando su segunda taza. Tenía hambre, pero había rechazado el ofrecimiento de comida.

—Tiene que quedarse aquí, Miss Crane —le dijo Chaudhuri—. En este pueblo todo el mundo es su amigo por lo de los niños. Es peligroso ir en coche a Mayapore.

Ella movió la cabeza y posó la taza en la bandeja que tenía en las manos una muchacha atenta.

—No —dijo—, tengo que irme. —La cuidarán. El jefe la invita a quedarse en su casa. —Es muy amable por su parte y aprecio de verdad el detalle, pero tengo que intentar volver.

—Entonces quédese sólo una o dos horas. Yo volveré a Dibrapur. ¿Quién sabe si no es más que una tormenta en un vaso de agua? Si es así, puede quedarse una noche más en el bungalow e ir a Mayapore mañana. Para entonces seguramente volverá a funcionar el teléfono.

—Y si no es una tormenta en un vaso de agua?

—Entonces no debería ir a Mayapore en absoluto. Debería quedar- se aquí, donde todo el mundo es amigo suyo.

—También tengo amigos en Mayapore. Y, señor Chaudhuri, tengo también responsabilidades. Sé que lo dice con la mejor intención, pero tengo que irme, de verdad.

—No ha comido nada. —No tengo hambre.

—Le voy a traer algo de comer.

—No creo que *pueda* comer. Verá, esta clase de cosas me ponen siempre un poco enferma.

No era cierto. Aquella clase de cosas le despertaban siempre un apetito voraz. Pero si se quedaba a comer, pensaba, su determinación de ponerse en camino podría debilitarse. Chaudhuri levantó los brazos ligeramente, un ademán de rendición.

—Entonces voy con usted —le dijo—. Lo mejor es irnos ahora—. Y se dio media vuelta, sin hacer caso de la respuesta de Miss Crane: « No sea tonto, es totalmente innecesario», y se fue a hablar otra vez con el jefe y el *chaukidar.* Dos o tres niños rodearon a Miss Crane. Para complacerla recitaron: «Una, dos y tres; ahora al revés.» Ella se rió *y* dijo que lo hacían muy bien. Chaudhuri estaba subiendo por la carretera hacia la casa del jefe. Miró hacia atrás e indicó que no tardaría mucho. Una madre vino con un plato cubierto por una servilleta. Debajo había *chappattis* hirviendo. Le ofrecieron más té. Otra mujer trajo un cuenco de *dal* Y una cuchara. Ella apartó la cuchara y empezó a comer, rompiendo pedazos de *chappatti* y usando los trozos para extraer el *dal* fuera del cuenco. El sudor comenzaba a perlar su frente. Hacía mucho calor húmedo. La gente la miraba mientras comía. «Odio esto», pensó, «siempre lo he odiado, eso de que te miren como a un bicho del zoo, sentada en una silla debajo de un árbol, al borde de la carretera».

—Ya ve —dijo a Chaudhuri cuando volvió—. Me han obligado a comerlo. —Es una muestra de cortesía —dijo, como dándole una lección que ella nunca hubiera aprendido correctamente— y de hospitalidad.

—Bueno, ya lo sé —no pudo evitar responderle—. Pero ayúdeme con los *chappattis.* Hay demasiados y no podré acabarlos. —No —dijo él—. Son para usted. Intente acabarlos. No les ofenda. Yo también voy a comer. Los están preparando. Después iremos a Mayapore.

—,Y su esposa? —preguntó ella.

—Está a salvo con una amiga. Enviarán a alguien desde aquí para decirle dónde he ido. Al cabo de un momento, alzando la vista y sorprendiendo su mirada vigilante, Miss Crane dijo: —Gracias, señor Chaudhuri. —Y luego, tras esforzarse un poco—: Me hubiera dado miedo ir sola.

En el pueblo siguiente, Garhwar, la policía estaba esperando, acuclillada en la orilla de la carretera, a la sombra de un banano. Cerca del árbol había un altar hindú encalado. El sacerdote al cargo del altar, medio desnudo,

estaba sentado en el suelo de barro endurecido de la galería de su choza, observándoles. La policía estaba armada con porras. Al ver acercarse el coche, el jefe del grupo, sentado en cuclillas, se incorporó y les hizo señas de que pararan. Era su deber advertirle, dijo a Miss Crane en urdú, después de haberla saludado y lanzado una mirada a Chaudhurj, de que era peligroso seguir. El tenía órdenes de montar guardia y esperar problemas.

—Cuándo le han dado esas órdenes? —preguntó Miss Crane, también en urdú.

Esa mañana temprano le habían comunicado que estuviese alerta, y el día anterior que se preparara para los conflictos.

—Debería haber mandado en el acto un mensaje a Kotali —dijo Miss Crane. Había enviado un mensaje a Kotali. Lo había hecho por iniciativa propia. No le habían dado instrucciones de que enviara un mensaje, sino únicamente que montara guardia y estuviese preparado. —Debería haber mandado un mensaje ayer, pero no importa —dijo Miss Crane. Quizás el policía tuviese la amabilidad de decirle si poseía alguna información sobre lo que estaba ocurriendo en Mayapore y entre Garhwar y Mayapore. —No tengo información —respondió él—. La linea telefónica con Dibrapur no está en servicio ahora.

—¿Quiere decir que está cortada?

Era posible que lo estuviese. Era igualmente posible que sólo estuviera fuera de servicio. Era porque le habían advertido de que montara guardia y estuviese preparado, y porque inmediatamente después había descubierto que el teléfono no funcionaba, por lo que había enviado mensajes a Kotali y a los demás pueblos de su jurisdicción. Los había enviado por medio de hombres y mujeres ordinarios de Garhwar, ya que no podía permitirse enviar a ninguno de sus hombres por si la rebelión estallaba de repente. Había hecho todo lo posible. No había mucho que hacer con un puñado de hombres si el conflicto era serio. Había mucha gente mala en los pueblos. Su vida y la de sus hombres se hallaban en peligro. Quizá la *memsahib* fuera tan amable de decir al subinspector *sahib* de Tanpur que el policía jefe Akbar Alí de Garhwar montaba guardia como le habían ordenado pero no tenía medios de comunicación.

—Entonces usted cree que llegaremos seguros a Tanpur? —preguntó Miss Crane.

El no lo sabía, pero los policías de la división Tanpur del distrito, bajo cuya jurisdicción se encontraba la subdivisión de Dibrapur, eran todos hombres de carácter y resueltos. Creía posible que ella llegase a Tanpur, pero tenía el deber de advertirle que era peligroso continuar, y por supuesto no podía responder de la división más allá de Tanpur, donde había muchos pueblos llenos de gente mala que quizá convergiese sobre Tanpur, y tal vez sobre Mayapore, si esta ciudad se hallaba en estado de revuelta civil. Pero sin duda el subinspector *Sahib* Govindas Lal de Tanpur estaría en mejores condiciones de aconsejarle al respecto.

Llegaron a Tanpur a las dos de la tarde. Era una ciudad pequeña, pobre, sucia, y olía a basura. La policía que había salido a patrullar la calle principal constaba de seis hombres y el subinspector adjunto. pero no había rastro del subinspector Govindas Lal, que, según dijo su adjunto, había estado intentando establecer contacto con el cuartel general del *sahib* superintendente de distrito en Mayapore y se había ido una hora antes en un camión con un policía y tres soldados de correos y telégrafos a localizar el sitio donde la línea había sido cortada entre Tanpur y Mayapore. La línea

también estaba cortada entre Tanpur y Dibrapur, pero la de Mayapore era la más vital. Chaudhuri dijo al subinspector adjunto que la comisaría de Garhwar también tenía el teléfono cortado, pero que no habían visto postes derribados entre Garhwar y Tanpur, o en realidad ninguno en todo el trayecto desde la escuela de Dibrapur. El subinspector adjunto explicó que para telefonear de Garhwar a Tanpur o de Tanpur a Garhwar la llamada tenía que pasar por la centralita de Dibrapur, y que daba la impresión de que las líneas debían de haber sido cortadas cerca de la centralita o incluso de que la estafeta de correos y telégrafos de Dibrapur había sido destruida.

—¿Es peligroso seguir? — preguntó Chaudhuri.

—Quién sabe? —contestó el hombre—. Si no le ha ocurrido nada malo al *sahib* subinspector, le encontrarán más adelante en la carretera.

En Tanpur mismo había habido multitudes congregándose esa mañana, pero el *sahib* subinspector les había convencido de que se dispersaran. Había difundido la noticia de que los militares estaban en camino desde Mayapore para mantener el orden. Las tiendas seguían cerradas, lo que era contrario a las ordenanzas, pero la gente permanecía en sus casas y las últimas instrucciones desde Mayapore, impartidas por la mañana temprano, exhortaban a persuadir al gentío de que se dispersara, si era posible, pero que había que evitar provocarlo. Los tenderos podrían haber sido obligados a abrir sus comercios, pero si no había que provocar a la gente más valía dejarles que los tuviesen cerrados. Hasta entonces, pues, todo estaba en calma, pero si el subinspector no regresaba pronto, él no sabía hasta cuándo podía durar aquel estado de cosas.

—Pero nos estamos arreglando bien —dijo a Miss Crane, de repente, en inglés.

—Se lo diremos al subinspector cuando le veamos. Pero no vieron al subinspector. A cinco millas de Tanpur encontraron lo que parecía ser el camión en que viajaba, volcado en la carretera; lo habían volcado en el sitio donde debía de haber estado aparcado, cerca de un poste telegráfico. Si era el camión del subinspector entonces había descubierto el sitio en que habían cortado los cables, pero no le habían dado tiempo a repararlos. Estaban revueltos y enrollados en la cuneta, al borde de la carretera.

—Tenemos que volver —dijo Chaudhuri—. Han secuestrado al subinspector Govindas Lal.

—Y a los soldados —puntualizó Miss Crane.

—Quizá le han raptado los mismos soldados. A veces la gente de Correos y telégrafos es muy bolchevique.

—Pero sólo eran tres, y el subinspector llevaba un hombre con él y probablemente iba armado. Han tenido que ser otros hombres.

—Por eso mismo tenemos que volver, Miss Crane.

El cielo estaba nublado, pero aún no llovía.

—Es ridículo —dijo ella—. Ayer pasé por esta carretera y todo estaba tranquilo como una tumba y seguro como una casa. Ahora de pronto han cortado cables del telégrafo, volcado camiones y raptado a subinspectores de policía. Es realmente *estúpido* —se rió—. No, señor Chaudhuri, si usted quiere le llevaré de vuelta a Tanpur, pero yo voy a seguir hasta Mayapore porque acabo de ver el lado gracioso. Pero si le llevo a Tanpur la gente sabrá que hemos vuelto por alguna razón seria y saldrá a relucir lo del subinspector. Y su adjunto posiblemente cederá al pánico y podría ser que el lado gracioso dejara de serlo.

Chaudhuri guardó silencio un rato. Después suspiró y dijo:

—No entiendo su razonamiento, Miss Crane. Seguramente es un ejemplo de la flema británica. Usted está loca. Y yo estoy loco por dejarle seguir, y no digamos por acompañarla. Lo único que le pido es que si vemos a un montón de gente en la carretera pise a fondo el acelerador.

Ella volvió la cabeza y una vez más se miraron directamente a los ojos. Había dejado de sonreír, no porque le hubiese disgustado que él la llamara loca o porque hubiera dejado de ver el lado gracioso, sino porque sentía que había entre ellos una inesperada confianza mutua, una confianza de las que podían surgir entre dos desconocidos que se viesen enredados de improviso en circunstancias difíciles que lo mismo pudieran tornarse pavorosas o divertidas.

Y para Miss Crane había además otra cosa, una sensación que había experimentado antes con frecuencia, una sensación en los huesos de los hombros y en la base del cráneo de que estaba a punto de saltar una barrera que en treinta y cinco años de esfuerzo y buena voluntad no había conseguido salvar realmente; la barrera, por alta o baja que fuera, que, por muy tenazmente que se intentara saltarla, seguía enturbiando la corriente de pensamientos que uno transmitía a un hombre o una mujer cuya piel era de distinto color que la propia. Aunque fuera del tamaño de un guijarro, el obstáculo persistía inamovible, empañando la pureza de aquel flujo, la pureza de los pensamientos.

—Sí, lo intentaré —dijo ella—. Intentaré pisar a fondo el acelerador y mantenerlo pisado.

Y entonces deseó que ojalá hubiese palabras para comunicar a aquel hombre la estima que sentía por él en aquel momento, un aprecio más profundo y más duro que el que había sentido años atrás por los niños harapientos que cantaban en la escuela; más profundo y más duro porque su cariño por los niños había brotado en parte de la compasión que le inspiraban, y por Chaudhuri no experimentaba piedad; solamente respeto y la clase de afecto que procede de la confianza que un ser humano llega a tener en otro, por muy débilmente que la hubiera sentido antes.

—Entonces sigamos —dijo Chaudhuri. Sus labios parecían muy secos. Tenía miedo, lo mismo que ella, pero ahora quizás ambos veían el lado cómico, y ella no tenía que decirle nada especial por el simple hecho de que su piel fuese oscura o de que nunca le hubiese comprendido. Después de todo, él tampoco la había entendido a ella plenamente. Arrancó de nuevo el automóvil y al cabo de un rato empezó a cantar. Poco después, para su sorpresa y contento, él se le unió. Era la canción que a ella siempre le había gustado que los niños aprendieran. Por toda la India, pensó, había niños y adultos de piel oscura y blancuzca que sabían cantarla o, por lo menos, recordarla si volvían a oírla y, quizás, recordarla en relación con Miss Crane Mem. Ahora la cantaba no sentimental, sino jubilosamente, no piadosa, sino insolentemente, casi como si fuera una marcha alegre. Cuando la hubieron cantado entera, la empezaron otra vez.

En lo *alto* del puro y azul *cielo*
hay un *amigo* de los niños pequeños,
cuyo *amor* nunca *falla,*
cuya *voz* jamás *calla;*
de *da,* de da, de *da, dum*
y cambien *como* cambien los *sueños,*
nuestro *amigo* será siempre el *mismo...*

Delante de ellos los revoltosos formaban un cordón de un lado a otro de la calzada.

—No puedo —dijo ella, cuando el coche se fue aproximando.

—Tiene que poder —dijo él—. Toque la bocina, no la suelte y pise el acelerador, *píselo.*

Se asomó por la ventana para enseñar su cara morena de bengalí, y agitó el brazo con un movimiento que exigía derecho de paso.

—Más rápido —gritó a Miss Crane—. Más rápido, está reduciendo, siga pisando y tocando la bocina.

—Puedo matar a alguien —gritó ella—. No puedo. No puedo. ¿Por qué no se apartan?

—Pues mate a alguien. Más rápido. ¡La bocina!

Por un momento, al acercarse a la multitud, pensó que ella y Chaudhuri habían ganado, que los hombres se estaban moviendo para dejar paso, pero luego volvieron a soldarse en una masa compacta. Debían de haber visto su cara blanca. Un hombre a la cabeza de la comitiva comenzó a mover los brazos, ordenándoles que se detuviesen.

—Siga! —gritó Chaudhuri—. ¡Cierre los ojos si quiere, pero siga! Ella apretó los labios, dispuesta a obedecer, pero no pudo. No podía embestir contra un muro de seres humanos.

—Lo siento —gritó, y empezó a apretar el pedal del freno. Detuvo el automóvil a unos veinte metros del hombre que estaba agitando los brazos, pero mantuvo el motor en marcha—. No se hubieran movido, hubiesen muerto. Lo siento.

—No hable —dijo Chaudhuri—. Ahora déjeme a mí. No hable —le puso una mano en la muñeca—. Confíe en mí —dijo—. Sé que nunca lo ha hecho, pero confíe en mí ahora. Haga lo que yo le diga. *Cualquier cosa* que le diga. Ella asintió.

—Confío en usted. Haré lo que diga—. En su pánico físico había una especie de euforia, como si estuviese borracha con brandy del subcomisario—. Pero no corra riesgos. No valgo la pena. Soy vieja, todo se ha acabado y he fracasado—. Rió. Los hombres se acercaban, contoneándose—. Me quieren a mí, en definitiva —dijo—. No a usted. Así que se acabó. Si esto es el fin, que así sea.

—Por favor, Miss Crane —dijo él—, no sea ridícula. El automóvil estaba rodeado ahora. A ella le resultaba difícil distinguir una cara de otra. Todas parecían iguales, todas olían igual: a licor, a ajo y a tela de algodón empapado en sudor. Casi todos vestían camisas y *dhotis* blancos, tejidos en casa. Algunos lucían la gorra blanca del Congreso. Estaban entonando las palabras que la India entera, le parecía a ella, había estado salmodiando desde principios de la primavera: *«Fuera de la India! ¡Fuera de la India!»* Chaudhuri estaba hablando con el cabecilla. Este le estaba preguntando qué hacía viajando en un coche con una mujer inglesa. Chaudhuri no estaba respondiendo a sus preguntas, sino intentando acallarle a gritos, tratando de decirle que Miss Crane era una antigua amiga de la India, que aquella misma mañana había salvado la vida de muchos niños indios ante policías ebrios y enloquecidos de poder y ahora se dirigía a una reunión secreta del comité del Congreso en Mayapore, de cuya confianza gozaba y cuyos esfuerzos por derrocar a los ingleses respaldaba incondicionalmente.

El cabecilla dijo a Chaudhuri que no le creía. Chaudhuri era un traidor. Ningún indio que se respetase viajaría con una *memsahib* virgen y marchita que necesitara sentir la fuerza de un hombre dentro de ella antes de siquiera tener aspecto de mujer, ¿y qué le parecía a Chaudhuri si decidían sacar a la *memsahib* del automóvil y le enseñaban para qué son las mujeres y lo que los hombres saben hacerles? Aunque él, dijo el cabecilla, escupiendo sobre el capó del coche, no iba a desperdiciar su fuerza y su virilidad con semejante saco de huesos viejos y secos.

—Ella habla hindi —dijo Chaudhuri— y oye esos insultos. ¿No le da vergüenza hablar así de un *gurú,* una maestra, un gurú tan grande Como la señora Annie Besant, seguidora del Mahatma? Grandes males caerán sobre ti Y tu descendencia si te atreves a ponerle un solo dedo encima.

—Entonces te lo pondremos a ti, hermano —dijo el cabecilla, y abrió de golpe la puerta, cuya cerradura Miss Crane, un mes tras otro, había olvidado mandar reparar.

—Váyase —dijo Chaudhuri, cuando le sacaban fuera—. Váyase ahora. No es nada. No me harán ningún daño.

— ¡Cerdos! —gritó ella en urdú, tratando de sujetar el brazo de Chaudhuri, utilizando las palabras que había empleado años antes en Muzzafirabad—. Hijos de cerdos, comedores de vacas, idólatras impotentes, fornicadores, aborrecidos del Señor Shiva...

—Váyase! —chilló Chaudhuri, desde fuera del coche, cerrando la puerta de una patada, con los brazos sujetos por cuatro hombres—. ¿O es que sólo acepta órdenes de los hombres blancos? ¿Sólo cumple las promesas que hace a los de su raza? —No! —respondió a gritos ella—. ¡No, no! ¡No es cierto!

— Y, apretando el acelerador, soltó el freno, calando casi el motor, de forma que el coche dio un brinco, hizo un alto y brincó de nuevo, expulsando del capó a los hombres que reían, y luego arrancó derecho y ellos tuvieron que apartarse de un salto. A un centenar de metros Miss Crane paró el automóvil y miró hacia atrás. Tres de los hombres corrían hacia el vehículo. A su espalda zarandeaban a Chaudhuri de un hombre a otro. Un bastón cayó pesadamente sobre sus hombros. Ella gritó:

— ¡No! ¡No! ¡Señor Chaudhuri! —y abrió la puerta y se apeó. Los tres hombres extendieron los brazos, riendo, y exclamaron: «Ah, *memsahib, memsahjb»,* y caminaron hacia ella. Acordándose de algo, metió la mano en el coche, encontró la manivela de arranque y se plantó en la carretera, amenazándoles con ella. Ellos rieron más fuerte y simularon posturas de falsa defensa y reto, dando saltos con una mueca burlona, como monos de circo. Chaudhuri se cubría la cabeza con las manos. Los bastones caían, zum, zum. Luego cayó de rodillas y luego no se le vio, rodeado por los hombres que le golpeaban. Miss Crane chilló: «iDemonios, demonios!», y empezó a avanzar hacia los tres hombres, blandiendo todavía la manivela. Ellos retrocedieron, fingiendo que se asustaban. El más joven introdujo una mano dentro de su *dhoti,* como si estuviera a punto de exhibirse, y le gritó algo. De repente, volviéndose, corrieron hacia su jefe, que les había llamado. Los otros insurrectos estaban junto a Chaudhuri, que yacía inmóvil en medio de la calzada. Un par de ellos le estaba revisando los bolsillos. Ahora el cabecilla señalaba el automóvil con el dedo. Cinco o seis hombres abandonaron el corro en tomo a Chaudhuri y se encaminaron hacia Miss Crane. Ella retrocedió instintivamente, pero afianzó los pies al lado del coche. Al llegar hasta ella la empujaron a un lado, ruda, furiosamente, como

si les avergonzara no haber reunido todavía el valor de desobedecer a su jefe y atacarla. Agachándose para la tarea hicieron fuerza por debajo del estribo y los guardabarros y empezaron a levantarlos rítmicamente hasta que el coche volcó de repente. Uno de ellos, finalmente, sacó valor de aquel alarde de fuerza. Se separó del coche y se acercó a Miss Crane, alzó una mano y le cruzó la cara, una, dos veces, y a continuación la arrastró hacia la cuneta y, usando los dos brazos, la derribó sobre el terraplén de tres pies de altura. Ella, al caer, perdió el conocimiento. Cuando volvió en sí y recobró los sentidos y las fuerzas, escaló el talud a gatas y encontró el Ford ardiendo y vio a lo lejos a los revoltosos.

Fue cojeando hasta donde Chaudhuri seguía tendido. Al llegar junto a él se arrodilló y dijo: «Señor Chaudhuri», pero no pudo tocarle a causa de su cara ensangrentada, sus ojos abiertos y la brecha espantosa que tenía en un costado de la cabeza.

—No —dijo—, no. no es verdad. Oh Dios. perdóname. Oh Dios, perdónanos a todos.
Y luego se tapó la cara y lloró, lo que no había hecho desde hacía años, y siguió llorando cierto tiempo. Se secó los ojos frotándolos con la manga de su blusa, una, dos, tres veces. Sintió las primeras gotas gruesas de lluvia. Había dejado su impermeable en la trasera del coche. Dijo, angustiada: —No hay nada con que taparle, nada, nada —y se levantó, se puso en cuclillas, le agarró por los pies y lo arrastró hasta la orilla de la carretera.

—No puedo evitarlo —dijo, como si le hablara, cuando el cuerpo de. Chaudhuri estuvo tendido fláccido, ensangrentado e inhumano en el sitio adonde lo había arrastrado—. No puedo hacer nada, nada, nada. Se alejó y echó a andar con largas zancadas inestables bajo la lluvia, dejando atrás el automóvil en llamas, hacia Mayapore. Mientras caminaba repetía sin tregua: «No puedo hacer nada, Nada. Nada.»

Cien metros más allá del coche se detuvo. «Sí puedo», dijo, y dio media vuelta y regresó hasta el cuerpo de Chaudhuri. Se sentó en el barro al borde de la calzada, alargó una mano y tomó una del muerto. —Me ha costado mucho tiempo —dijo, refiriéndose no sólo a Chaudhuri—. Siento haber tardado tanto.

Como Poulson dijo más tarde, los disturbios de Mayapore comenzaron para él con la imagen de la anciana Miss Crane sentada bajo la lluvia torrencial en el borde de la carretera, sosteniendo la mano de un indio muerto. Aquel día, el día de las detenciones de miembros de subcomités del Congreso en el distrito, Mayapore había estado tranquilo. La insurrección arrancó con ritmo lento. Sólo Dibrapur y los distritos alejados parecieron haberse adelantado. Poulson salió de Mayapore por la tarde, en un automóvil, acompañado de uno de los inspectores de policía de Merrick y un camión lleno de guardias, para investigar rumores de insurgencia en las subdivisiones que podían contactarse por teléfono, y a pesar de que cuando llegó al pueblo de Candgarh encontró al subinspector de policía de Tanpur, a un agente y a tres soldados de correos y telégrafos encerrados en la comisaría, hasta que no prosiguió ruta por la carretera hacia Tanpur y encontró antes que nada el coche quemado de Miss Crane y luego a Miss Crane misma, no empezó realmente a tomar los disturbios en serio.

Esos disturbios que Poulson y otros varios empezaron por no tomar en serio duraron hasta finales de agosto. En aquella época todo el mundo en Mayapore tenía una historia distinta que contar, aunque había algunas de

las que cada individuo tenía común conocimiento. Hubo, en principio, la historia de Miss Crane, aunque el episodio fue casi inmediatamente eclipsado por la violación de una muchacha inglesa en los jardines Bibighar la noche del 9 de agosto, a una hora en que Miss Crane atravesaba su primer delirio de neumonía en una cama del hospital general de Mayapore. Más tarde, cuando a Miss Crane le resultó imposible identificar a alguno de los hombres detenidos aquel día en Tanpur, por un breve lapso su persona volvió a ocupar un primer plano. La gente se preguntaba si verdaderamente no reconocía a sus agresores y asesinos de Chaudhuri, o si se obstinaba y extremaba el celo en la voluntad de ser imparcial a toda costa con los malditos negros.

Pero el caso de los jardines Bibighar no se perdió de vista. Para la población europea pareció ser la clave de la situación entera en que pronto se hallaron, el aviso más crudo del peligro tan obvio que corrían todos ellos, pero muy especialmente las mujeres. Después nunca quedó claro si las medidas tomadas por las autoridades a raíz de la violación de la muchacha inglesa en los jardines Bibighar desataron peores revueltas que las que estaban planteadas o si los disturbios se hubieran producido en cualquier caso. Había quienes decían una cosa y quienes decían la otra. Quienes sostenían que hubiera habido pocos desórdenes o ninguno en absoluto de no haber sido por la violación y las medidas adoptadas para vengarla, creían que los hombres que el subcomisario había ordenado arrestar la mañana del 9 de agosto eran los que había que al-restar y que la acción emprendida con respecto al caso de los Jardines Bibighar había provocado peores desórdenes que la desobediencia civil frustrada por los arrestos. Quienes afirmaban que hubiera habido disturbios de cualquier manera y que el caso de los jardines Bibighar fue puramente sintomático de la traición general, decían que los miembros de los comités locales del Congreso a quienes el subcomisario White no tuvo más remedio que detener eran simples testaferros, y que los auténticos cabecillas de la rebelión intentada habían estado escondidos en lugares como Tanpur y Dibrapur. Pero en aquellos momentos no hubo forma de distinguir la causa del efecto, y los acontecimientos de las tres semanas siguientes fueron de índole tal que solamente era posible afrontarlos según surgían y como se presentaban.

Hasta la primera semana de septiembre, la primera de tranquilidad, Miss Crane no regresó del hospital al bungalow, y hubo de transcurrir otra quincena para que se sintiera lo bastante repuesta y tratara de tomar otra vez las riendas. Fue, por consiguiente, seis o siete semanas después del principio del alzamiento en el distrito de Mayapore y unas tres o cuatro semanas después de su epílogo, cuando una tarde de martes Miss Crane abrió nuevamente su casa a los soldados de los cuarteles.

Ella sabía que en algunos aspectos no serian ya los mismos muchachos que antes de los disturbios. En el hospital, y a partir de entonces, había cerrado la mente a historias de la insurrección, pero sabía que los militares habían sido llamados en ayuda del poder civil, que durante tres o cuatro días el subcomisario White, decían, había perdido la cabeza y entregado Mayapore al control del jefe de la brigada local. Había oído decir a los indios, aunque había intentado no escuchar, que en esos pocos días bajo el general de brigada Reid las cosas habían ido casi tan mal como en los tiempos del general Dyer en Amritsar, en 1919. No había habido tiroteos indiscriminados sobre civiles desarmados, pero sí, aparte de fusilamientos controlados y las muertes consiguientes, la administración por la fuerza de carne de vaca —si

la historia merecía crédito — a seis jóvenes hindúes sospechosos o culpables de la violación en los jardines Bibighar. No había habido flagelaciones públicas, como en los tiempos del general Dyer, en que unos jóvenes fueron colocados en triángulo en plena calle y azotados simplemente como sospechosos de agresión a una mujer inglesa, pero corrieron rumores de que los jóvenes obligados por la fuerza a ingerir carne de vaca habían sido asimismo flagelados y ahora habían desaparecido entre la masa anónima de encarcelados con o sin juicio.

En la ciudad indígena misma, como le contó repetidamente Francis Narayan, la policía montada había efectuado numerosas cargas y los militares habían disparado para dispersar a la muchedumbre y castigar a los saqueadores e incendiarios. En el conjunto del distrito, como en muchas provincias de la India, se había producido una paralización general de ferrocarriles, correos y telégrafos, pillaje de almacenes, tiendas, domicilios y silos de cereales y semillas del gobierno (lo que la gente, comentó Narayan, lamentaría el año próximo si las cosechas fallaban). Habían atacado comisarías y asesinado a policías. Se rumoreaba que en una subdivisión del distrito el magistrado indio había izado la bandera del Congreso en su juzgado, liberado a presos preventivos, multado a liberales y a moderados, recaudado contribuciones ilícitas y sustraído dinero que tenía que haberse pagado al tesoro. Miss Crane sospechaba que la historia era apócrifa, pero parecían existir pruebas de que uno de los subordinados indios de White había caído en desgracia y, desde que el orden fue instaurado, había pasado una hora llorando en el bungalow del subcomisario.

Ella era, en verdad, demasiado vieja para creer todo lo que le contaban como verdad incontrovertible, y demasiado vieja para no saber que a sus simples soldados, que recién salidos de Inglaterra se habían visto de repente actuando en ayuda del poder civil para sofocar la rebelión en un imperio colonial del que sabían bien poco, pero del que debían tener una opinión pésima ahora (al acordarse de la patria y del *blitz*[2] y sus camaradas muertos en las llanuras alrededor de Mandalay), les costaría trabajo analizar lo que había ocurrido y por qué había ocurrido y por qué, ahora que todo había terminado, los ingleses y los indios habían aparentemente dirimido sus desavenencias y vivían una vez más en una armonía forzosa.

Ella sabía que esa palabra, forzosa, suministraba una idea clave de la situación, la idea de que en algún lugar de aquella curiosa asociación de siglos había una especie de amor con odio en el reverso, como en una moneda. Pero Miss Crane se sentía entonces demasiado cansada, demasiado sensible a la mera opresión del clima y la tierra y las hordas de caras morenas y la aspersión de rostros blancos y altaneros, para encauzar siquiera alguna de sus restantes energías, minadas por la neumonía, en la resolución de problemas morales y dialécticos. Pero ojalá que en los tiempos en que había poseído esa energía, tiempos que habían concluido bruscamente en la carretera de Tanpur, hubiese llevado aparte a uno de los soldados —y estaba pensando en Clancy— para decirle:

«Durante años, desde el siglo XVIII, y en cada siglo desde entonces, hemos dicho en la patria, en Inglaterra, en Whitehall, que llegaría el día en que nuestra dominación de la India acabaría, no sangrientamente, sino en paz,

[2] Bombardeos de la aviación alemana sobre Londres.

en —así lo hicimos creer— un gesto perfecto de igualdad, amistad y amor. Durante años, desde hace casi un siglo, los libros que los indios han leído eran las obras de nuestros radicales, nuestros liberales ingleses. Ha habido, pues, una simiente. Una semilla plantada en la imaginación india y en la imaginación inglesa. De ella iba a brotar algo sano y solemne, lleno de dignidad, pleno de solicitud, amabilidad, paz y sabiduría. Porque todas esas cualidades están en vosotros, en usted y en mí, en el viejo Joseph y en Narayan y el señor White, y me figuro que en el general Reid. Y estaban también en Chaudhuri. Durante años hemos estado prometiendo y buscando medios de postergar el cumplimiento de la promesa, hasta que dejó de parecer una promesa y empezó a parecer únicamente una siniestra mentira incluso para mí, y no digamos para los indios que piensan y sienten y saben lo mismo que yo. Y la tragedia es que entre nosotros se interpone esa pequeñez del color de la piel, que nos impide ver a través de los defectos mutuos y penetrar en el corazón de cada cual. Porque si viéramos *su* corazón a través de ellos, entonces comprenderíamos. Y lo que habríamos comprendido es que la promesa es una promesa y será cumplida.»

Pero nunca le había dicho esto a nadie, ni siquiera a Clancy. Y llegó el día en que Clancy reapareció con el séquito de sus compañeros, que habían oído que la solterona había pasado un mal rato y había sido valiente y estado al borde de la muerte, y se mostraron ansiosos de hacerla reír y alegrarla para que olvidase sus penalidades y supiese que estaba entre amigos, muchachos robustos que también habían pasado sus apuros y que le estaban agradecidos por el detalle que tuvo con ellos de recordarles el hogar y la seguridad.

Pero en el curso de aquel primer té ninguno de ellos, ni siquiera Clancy, dedicó una sola mirada al viejo Joseph, de modo que cuando los soldados se marcharon y ella hubo ayudado al anciano a recoger la mesa, pero sin encontrar palabras con que sanar la herida que le habían infligido en su dignidad y orgullo, le dejó terminar solo y, yendo a su habitación, descolgó el cuadro de la reina madre y lo guardó con llave en el armario, para el tiempo en que pudiese haber, remotamente, la ocasión de colgarlo otra vez.

Capítulo 2

LA CASA MACGREGOR

Dooliya le ao
re moré babul ke kaharwa
Chali hoon sajan ba ke des.

(Oh, criados de mi padre,
traed mi palanquín.
Voy al país de mi esposo.)

(«Una raga matutina»)
Traducción de Dipali Nag

A continuación está la imagen de un jardín; no el Bibighar, sino el jardín de la casa MacGregor: luz solar intensa, sombras profundas y complejas. La gama de verdes es extraordinaria, el lima más pálido, esmeralda agrio, semitonos, tonalidades neutras. Las texturas de las hojas son múltiples y variadas, y se comunican, a través de la vista, con el tacto imaginario, excitando la punta de los dedos: hojas que alcanzan su pulpa más tierna, hojas en su plenitud espléndida y en su decrepitud crujiente; todo ello en la misma estación, porque aquí no hay otoño. En las sombras hay oscuros velos azules, los sueños índigo de plantas que dormitan, y olores de un declive dulce y necesario, numerosos sitios recubiertos de fruta desechada de otros años y descompuesta hasta devenir abono, que nutre las raíces vivas que se extienden compactas por el subsuelo del jardín, en inmovilidad hambrienta.

De la casa llega el sonido de una muchacha que canta. Canta una raga, la canción de una joven novia que dice adiós a sus padres antes de emprender el viaje hacia el nuevo hogar lejano. Hay ragas para la mañana y para la tarde. La que ella canta es matutina. El rocío aún tapiza el suelo. El jardín todavía está fresco. Un cuervo de color negro azulado y pico amarillo rojizo se lanza desde el tejado en busca del desayuno. Donde el sol hiere el césped, el rocío es un espejeo de cristales.

Alrededor del césped hay matas de buganvillas; rojas y blancas. Algunos de los arbustos son híbridos y tienen ramas que ostentan ramos de ambos colores. En otros lugares hay jazmines y arriates de cañacoros rojo oscuro. La casa se alza en medio del jardín, protegida del mundo exterior por

batallones cerrados de árboles; neem, pipul, gol mohur, tamarindo, casuarina y baniano; el edificio se remonta a finales del siglo XVIII y fue construido por un príncipe que se prendó de una cantante de música clásica. Construir una casa e instalar a una mujer en ella es un modo caro de mendigar sus favores. Se decía que él la visitaba por la mañana y al atardecer, y que ella cantaba para él, quizá las mismas canciones que la muchacha está cantando ahora, y que el príncipe, finalmente, se enamoró sólo de su voz, y se contentaba con escucharla mientras ella enseñaba a los alumnos a los que él le permitía recibir. Scheherazade contaba historias para posponer la hora de su ejecución. La cantante cantaba para proteger su honor. Cuando murió, el príncipe lloró su muerte. La gente dijo que él murió de pena. La casa fue abandonada y cerrada. Decayó, al igual que el Estado, y *quedó en* ruinas. El hijo del príncipe sucedió al *gaddi.* Despreciaba a su padre por su fútil aprecio a la cantante. No consintió que nadie viviera allí. Construyó otra casa cerca, la Bibighar, donde alojó a sus cortesanas. Era un voluptuoso. Vació el tesoro. Su pueblo moría de hambre. Un inglés fue envenenado en su corte y el nuevo príncipe fue depuesto, encarcelado y su reino anexionado, y su pueblo se alegró de que así fuera, hasta que el tiempo canceló el recuerdo de la antigua mala época pero no los rigores del tiempo presente. La casa en ruinas de la cantante fue reconstruida por un nabab escocés de cara colorada, que se llamaba MacGregor, temía a Dios, favorecía a los musulmanes y le asustaban los templos. La historia cuenta que quemó el Bibighar hasta los cimientos porque dijo que había sido una abominación. Murió a manos de cipayos amotinados.

Su joven esposa es el primer fantasma. Aparece vestida a la moda de la época y sale a la galería, meciéndose de un lado a otro, como si acunara a su bebé muerto, pero sus brazos están vacíos. Hay sangre en su corpiño desgarrado. Se llama Janet MacGregor. Un criado musulmán llamado Akbar murió defendiéndola.

MacGregor reedificó la casa de la cantante hace más de cien años, sobre los principescos cimientos en ruinas, con dinero ganado, según se rumoreaba, mediante sobornos. Hay un patio interior cuadrado, con pavimento de baldosas; hacia el exterior, miradores de arco redondo que sombrean los aposentos de la planta superior y también los de la planta baja. Los ladrillos están estucados y pintados de un tono crema que siempre se torna amarillo. Desde el sendero de grava unas escaleras de piedra dan acceso a la entrada principal. Unos *chicks* verdes pueden desplegarse y enrollarse en los arcos de los miradores según la estación del año y la hora del día. En el mirador de arriba hay una balaustrada; no la hay en el de abajo, que se alza a tan sólo tres pies del suelo. Dispuestos en hilera a lo largo del suelo, delante del mirador, hay tiestos de arcilla llenos de arbustos y flores, y plantas trepadoras que han abrazado las columnas de los arcos. Un anciano de pelo canoso, que viste una camiseta blanca y unos pantalones cortos caqui que exponen los nudos y los tendones de sus piernas reumáticas, atiende las plantas y las flores. Se llama Bhalu. Su piel negra está abrasada de púrpura. Sus pies descalzos se aferran a la grava y son tan córneos como el caparazón de una tortuga.

Fue en las escaleras de piedra que conducen al mirador donde la muchacha dio un traspiés al final de su precipitada carrera en la oscuridad de los jardines Bibighar, tropezó, cayó y se arrastró sobre las manos y rodillas el resto del camino hacia la seguridad y hacia la historia de un período agitado.

Sí, recuerdo a Miss Crane, dice la anciana Lady Chatterjee. A pesar de que hace mucho tiempo, todavía lamento haberla considerado entonces una persona mediocre, pero sólo la veía en casa de Connie y Robin White, y únicamente en aquellas cenas tan aburridas que la pobre Connie tenía que dar como esposa del subcomisario, cuando necesitaba a Miss Crane como comensal suplementaria para completar la mesa y equilibrar el número de solteros. Miss Crane no era de mi gusto. Con una o dos excepciones, como Connie White y Ethel Manners, las mujeres europeas nunca lo han sido, y las que vienen ahora a la India no parecen ser del gusto de nadie, salvo de sus maridos, y no siempre. La mayor parte son una lata. En aquellos tiempos casi todas eran unas arpías. Yo pensaba por entonces que Miss Crane habría sido una arpía si se hubiera casado y hubiera tenido una posición que defender. Soltera, era una pelma con apariencia de arpía, la clase de persona que no tenía mucho que decir pero que daba la impresión de pensar mucho, lo que está muy bien en un hombre pero es de mal tono en una mujer. No hay muchas mujeres que ocupen una posición de auténtica autoridad, y por eso me parece que el resto de nosotras tiene el deber de decir lo que piensa. Es el único modo de que el mundo pueda juzgarnos, a menos que nos contemos entre las pocas afortunadas a quienes se les permite expresarse mediante la acción. De lo contrario, tenemos que confiar en el recurso del habla. Me refiero a la plática en compañía mixta. La cháchara femenina nunca me ha atraído demasiado, porque los pensamientos que se expresan entre la retirada del comedor y el regreso de los caballeros normalmente resultan hueros, y más valía concederse un descanso y pensar en algo desapacible y frío como la nieve.

He descrito a Miss Crane como mediocre porque si bien su conversación era agradable e inteligente durante el café, permanecía muda en la mesa de la cena. Oh, no era mutismo *tout court.* No. Nunca me pareció que fuese tímida, aunque probablemente me tenía miedo. Su silencio era inquietante, y de ahí surgía la idea de arpía. porque no había nada más alarmante que el silencio de una arpía europea. Pero el verdadero silencio arpía siempre va acompañado de una mirada taimada o de una mueca vulgar que una arpía hace a otra. No había nada de esto en Miss Crane. Y luego, a la hora del *café,* que es el momento en que las auténticas arpías enseñan las zarpas, ella se mostraba, como he dicho, sorprendentemente capaz de *charla,* charla de un carácter ingenioso, lo cual indicaba necedad y me inducía a considerarla una borrosa liberal más, una pobre mujer que había luchado de firme contra la adversidad, incluso la injusticia o la simple mala suerte, y había tenido que agarrarse a algo a la vez tranquilizador para la mente y vivificante para el cuerpo, como pedalear en pleno monzón a lomos de aquella bicicleta de chiflada para comprobar que todos los niños estaban aprendiendo a ser desinteresados y a poseer espíritu cívico, y que entretanto se conservaban limpios y razonablemente bien alimentados.

Hubo aquella estupidez típica de un cuadro de Gandhi que ella descolgó o dijeron que había descolgado porque decidió que el viejo estaba siendo díscolo cuando en realidad se limitaba a ser astuto. Los ingleses siempre han reverenciado a los santos pero odiado que sean perspicaces. Los ingleses que consideraban santo a Gandhi se estaban identificando con los miles o millones de indios que afirmaban que lo *era,* pero la santidad significa para un indio una cosa completamente distinta que para un inglés. Este piensa automáticamente que un santo es una persona que va a sufrir martirio, un hombre cuya lógica no va a funcionar en una confrontación

final con el mundo rigurosamente práctico, un hombre, de hecho, que es santo *per se.* Aparte de tentaciones ocasionales (para las que prescriben cilicios), esperan que esos santos suyos sean tan *poco* terrenales que tengan ya un pie en el cielo. Y, naturalmente, entienden por cielo lo contrario de la tierra. Separan lo material de lo espiritual con su pasión consabida por el orden y por la gente que es disciplinada y conoce su sitio. Por otra parte, para el hindú no existe esta distinción. El mundo material es para él ilusorio y el cielo un nombre para el olvido personal. Personalmente siempre he estimado que el mundo material dista de ser ilusorio, y nunca me ha parecido placentera la idea de una encarnación insensata en un insípido estado colectivo de paz completa, que es como podría describirse el concepto hindú de Dios. El quid, no obstante, estriba en que en este difícil viaje de la ilusión al olvido *cualquier cosa* cuenta como práctica, puesto que todas son especulativas. Bueno, pero volviendo a Gandhi, los hindúes le llamaban santo porque durante treinta años fue el hindú más *activo* en escena, lo que puede sonar como una paradoja para oídos europeos, pero, después de todo, dada la naturaleza de nuestro cuerpo, el viaje de la ilusión al olvido requiere un tremendo vigor mental y físico; y, si alguien anhela abreviar ese itinerario para otros, un grado notable de dotes de mando y un alto contenido de persuasión hipnótica en la oratoria. Pero en cuanto a los *usos* religiosos occidentales, pues bien, el tránsito desde el mundo práctico de los asuntos humanos al cielo no pragmático sólo exige un acto del que todos somos capaces, me refiero al acto de morir, aunque al final, indudablemente, sobreviene la desilusión. Irreligiosa como soy, no puedo evitar un sentimiento de desprecio por las religiones de occidente, y no puedo evitar criticarme a mí misma por no ser siquiera una mala hindú. Pero al menos no cometo la clase de error que cometió Miss Crane. Si Gandhi consideraba sus actos materiales en gran medida ilusorios, pasos privados dados en público hacia su propia y deseable fusión con el absoluto, yo, como mujer práctica debo admirar realmente su perspicacia, el sentido perfecto de la oportunidad con que metió al lobo en el redil.

Pero para Miss Crane, pobre mujer, las ovejas eran criaturas vulnerables y los lobos inofensivas fierecillas, y ambos tenían lecciones que aprender. Descubrí cantidad de cosas sobre ella cuando acabó todo aquel asunto horrible, y de hecho intenté reparar mi mala opinión anterior, pero para entonces fue difícil llegar a conocerla y en todo caso no hubo mucho tiempo. A última hora de ese día la invité a venir aquí, pero nunca vino. La visité, por tanto, una o dos veces. Sus virtudes eran para mí menos evidentes aún que sus defectos. Me dio todavía la impresión de que pensaba que había que enseñar a las ovejas los beneficios de rendirse y a los lobos las ventajas de refrenarse. Dichas ventajas y beneficios eran espirituales y, en consecuencia, separables para ella de lo material; lo cual, para mí, apasionadamente interesada por lo que sucede a mi alrededor, constituye una anulación de la naturaleza. No soy hindú, pero *soy* india. No me *gusta* la violencia pero creo que es inevitable. Es algo tan *positivo.* Odio la negación. Estoy ahora en la casa MacGregor en un estado de vejez positiva, yendo de aquí para allá y a todas partes siempre que el cicatero gobierno me da un impreso P, y no me preocupa lo más mínimo parecer ya un anacronismo en la nueva India, una mujer que lo recuerda todo demasiado bien para señalarse como una persona a quien valga la pena escuchar actualmente. Podría decirse que lo mismo le ha sucedido a Nehru, por quien siempre he sentido cariño, ya que ha prescindido de ser santo. Todavía le tengo afecto, porque la única cosa

relacionada con él que hoy día se comenta con algún viso de pasión intensa es la cuestión de quién va a sucederle. Supongo que seguimos esperando al Mahatma, porque el anterior nos decepcionó y nos sorprendió convirtiéndose en santo y mártir, en el sentido occidental de la palabra, cuando aquel estúpido muchacho lo mató de un tiro. Estoy segura de que hay una lección en eso. Creo que si el anciano viviera todavía nos daría a todos con la zueca en la cabeza y declararía que si seguimos como hasta ahora acabaremos por creer en santos como creen ustedes, los ingleses, perdiendo así la posibilidad de volver a tener uno en nuestra vida pública. Tengo la impresión de que cuando acordamos en nuestra constitución que debíamos ser un estado laico rematamos finalmente nuestra identidad india y admitimos la *legalidad* de nuestros largos años de vida en pecado con los ingleses. Nuestra supuesta independencia *fue* bastante similar a la boda de una embarazada. Los únicos indios que no se dan cuenta de que ahora somos realmente occidentales son nuestros campesinos. Presumo que algún día llegarán a entenderlo, y que entonces ellos también querrán ser occidentales, como prácticamente todo el mundo en Oriente y lejano Oriente.

Sentada pues, está la vieja dama *rajput,* envuelta en un sari oscuro cuyas hebras relucientes captan la luz, con su cabello blanco y ondulado, teñido por el azul de polvo de un esmaltado cielo rajputano, de un modo parecido a como años antes se sentaba erguida en el borde de un sofá y asustaba a Edwina Crane con la idea aterradora de que trabajar de acuerdo con la fórmula (y depositar su confianza en ella) de un puñado de sencillas ideas caritativas no era suficiente.

Pero Miss Crane (prosigue la anciana Lady Chatterjee), si realmente le interesa Miss Crane, permítame explicarle por qué al final cambié de opinión sobre ella. No era una mujer mediocre. Demostraba valor, eso es la cosa más difícil del mundo para cualquier ser humano, y la que más respeto, sobre todo el valor físico. Suelo detectar hipocresía en toda la cháchara acerca del valor moral. El valor moral huele a negativa. El físico es como una invitación, y me parece franco. Lo encuentro atractivo. Y, en todo caso, mire, el valor físico no carece de moralidad. Hablamos del moral como si se hallara en un plano humano mas alto, pero el coraje físico suele inspirarlo la valentía moral, y a menudo no podría expresarse sin ella. Quizá podría decirse lo mismo al revés.. Quizá estas nociones de valor son occidentales, reducibles al consabido estilo occidental que dice que negro es negro, blanco es blanco y justo lo contrario de injusto.

Vaya un revoltijo que estoy hecha con mí sangre *rajput,* mi piel blanquecina, mi curiosidad oriental, mi simpatía por los usos de la civilización occidental y mi vieja lengua curiosa, que sólo se encuentra propiamente a gusto en inglés. A mi edad fumo demasiados cigarrillos y bebo demasiado whisky del mercado negro. Adoro las monstruosidades góticas de los viejos edificios públicos de Bombay y el templo de mahabalipuram, a la orilla del mar. Creo que Corbusier hizo un trabajo interesante en Chandigarh y el Taj Majal me produce un estúpido nudo en la garganta. ¿Ha visto alguna vez lo que llaman el palacio flotante de Udaipur? ¿O el vasto panorama que se ve de noche desde el Arc du Carrousel, a través de la Place de la Concorde y a todo lo largo de Champs Elysées, con el tráfico atascado en Etoile? ¿O la ciudad de Londres desierta una mañana de domingo en que brilla el sol de octubre? ¿Y el archipiélago malayo desde el aire? ¿Y la punta de la bota de Italia desde un Comet que vuela a 40.000 pies de altura?

¿Nueva York de noche desde la torre Beekman, y la primera vista de Manhattan desde la cubierta de un trasatlántico que remonta el Hudson a última hora de la tarde? ¿Y a una anciana que saca agua de un pozo en un pueblo de Andhra Pradesh, o liii sobrina nieta Parvati tocando el tambor y cantando una raga de mañana o de tarde? Bueno, por supuesto que *la* ha visto. ¿Pero ha entendido, sin embargo, quién es ella?

Estas panorámicas y gentes que he enumerado no son separables, ¿verdad?, excepto, me figuro, en la mente de las personas que las han visto y han decidido su significado. Oh querido, soy tan mala como usted, como cualquiera de nosotros. Incluso cuando no lo estoy buscando me viene naturalmente a la cabeza un significado. ¿Cree usted que es una enfermedad?

Tomé la otra mitad y luego entramos corriendo a cenar.

En la casa MacGregor hay una habitación en la que el difunto Sir Nello Chatterjee acumulaba los recuerdos de toda una vida practicando el hábito de recoger cualquier cosa que le llamase la atención y pudiera ser considerada una curiosidad. Evidentemente, se había prendado de los relojes de cuco y la marroquinería barata de brillantes colores, sobre todo naranja, del tipo que se compra a los barcos de aprovisionamiento en el lado del Mar Rojo del canal de Suez. Acaso las artesanías de cuero conmemoraban un deleite infantil producido no tanto por los pufs, monederos y bolsos como por la feliz inmersión de canastas y cuerdas mediante las cuales eran izados para su examen desde los oscilantes bazares acuáticos hasta la altura austera y firme como una roca de la cubierta de un trasatlántico acorazado. Rara vez debió de haber resistido la tentación de poseer los tesoros izados o la tentación inversa de sentir el peso de pluma de la canasta que bajaba vacía, con el solo cargamento de monedas o billetes que eran la respuesta o la interpretación que Sir Nello daba a los gestos mercantiles de la figura con fez y camisón, precariamente instalada a horcajadas debajo.

Los pufs y monederos están desperdigados por esta habitación e la casa MacGregor, curiosamente secos e inánimes, como algas arrancadas de su elemento, pero asimismo capaces de devolver a la nariz de un viajero informado el olor reminiscente de petróleo y agua, de ese débil estancamiento que parece rodear a un barco grande en cuanto deja de moverse. También la India parece anclada. Los relojes de cuco guardan silencio, casitas rústicas artificiales y recargadas que amontonan polvo, albergando detrás de sus postigos a veinte o más pájaros asustados que probablemente están histéricos por el largo encierro y la expectativa inminente de la cuerda y la liberación. En los tiempos de Sir Nello el visitante era recibido por el alarde simultáneo y cacofónico de cada cuco que aparecía por sorpresa, un espectáculo que Lady Chatterjee dice que recuerda como algo *que* le traía a la memoria un ensueño que sufrió después de visitar la morgue de París con uno de sus amoríos, un estudiante de medicina. Los relojes, por lo general embalsamados en el sarcófago de su propio desuso por orden de Lady Chatteijee, aun en vida de Sir Nello, desde su muerte han estado permanentemente así. Al visitante no se le anima a solicitar una función regia; se le invita, en cambio, a admirar el tigre disecado que acecha, en una pesadilla de inmovilidad, sobre una peana de madera; la réplica de marfil vidriado del Albert Memorial, que interpreta «Hogar, dulce hogar» sobre un dulcimer mecánico; conchas y piedras de la costa de Connecticut, una miniatura en bronce de la torre Eiffel, pequeños

medallones de los quioscos de la catedral de Notre Dame, vulgarizados por la bendición de la piedad comercial que evocan. Hay faroles de papel trocados en un restaurante de Singapur por el doble pago de la codiciosa admiración y el sólido apetito de Sir Nello, y las botas sarnosas de algún comerciante mongol encontrado en Darjeeling después de un viaje por el Himalaya y víctima del empeño de Sir Nello en trabar conversación adquisitiva. No hay armas, manuscritos mongoles iluminados ni joyas antiguas, ni tampoco jaeces brobdingnanianos hurtados en los establos de elefantes de un príncipe adulado e indigente: nada de valor excepto en el sentido en que un excéntrico hablaría de las reliquias de otro excéntrico. Hay, por ejemplo, en un estuche de cristal, la vieja pipa de brezo que ha largo tiempo llenó y aplastó el dedo grueso pero cada vez más trémulo de Sir Henry Manners, otrora gobernador de la provincia en que la ciudad de Mayapore desempeñó, en 1942, su extraño papel histórico, pero Manners se había ido diez años antes de eso, alejado temporalmente por el retiro en Cachemira y luego permanentemente por el clarete y el sol que amaba, y por una enfermedad que incluso ahora es curable únicamente en París, Atenas y México, y de la que él no supo nada hasta que le traspasó las paredes de los intestinos y le atacó el hígado, y que los médicos describieron como una invasión cancerosa. Y Sir Nello había muerto hacía casi otros tantos años, de un simple ataque cardíaco. Habían sido amigos y sus mujeres habían sido amigas y. ya viudas, lo siguieron siendo hasta la muerte de Lady Manners, en 1948.

De un cuarteto admirable —admirable porque superaron ese pequeño obstáculo del color de la piel—, sólo Lady Chatterjee sobrevive para recordar directamente los días plácidos, así como los desesperados. De los demás actores, Reid ha entrado —y la muchacha, y el joven Kumar— en el olvido, probablemente cambiando su nombre una vez más. Los White, los Poulson y el joven Ronald Merrick parecen haberse extraviado, temporalmente al menos, en el anonimato del tiempo o de otras ocupaciones. Miss Crane se prendió fuego. Son las víctimas fortuitas de los azares de una ambición colonial. Los museos, con todo, detienen el turbulento avance de la historia. Al igual que la casa MacGregor.

—La primera vez que vi a Daphne —dijo Lady Chatterjee, refiriéndose a la sobrina de Lady Manners— me pareció, en *fin,* bondadosa pero inepta. Era grande y algo torpe. Siempre se le caían cosas.

En la casa MacGregor todavía resuena como un débil eco el tintineo de cristal hecho añicos que no puede rastrearse hasta el accidente mismo ni atribuirse a la desmaña de ningún criado. Lili Chatterjee y su sobrina nieta Parvati tienen un paso liviano y los criados caminan descalzos: ¿cómo explicar, pues, el sonido ocasional de pies fuertemente calzados que suben las escaleras o cruzan el suelo de baldosas de la sala principal, si no es admitiendo la presencia continua de la señorita Manners? A través del llanto insistente de las lluvias estivales habría, uno imagina, sonido de canciones que no eran ragas, con una voz que no era de Parvati, y de canciones demasiado recientes para atribuírselas a Janet MacGregor. En cualquier caso, era más fácil evocar a Janet como una muchacha más bien dada al silencio que al sonido, incluso al final, con la sangre en su corpiño y la muerte que se acerca. ¿La sangre era de su bebé o de su marido? Quizá la suya propia. La historia no registra la respuesta y ni siquiera plantea la pregunta. Janet MacGregor es un fantasma privado, una invisible nota marginal en los títulos de propiedad de la casa MacGregor, que pasó de un

dueño europeo a uno indio cuando Sir Nello la compró a principios de la década de 1930, para festejar la ocasión de su regreso a la provincia y distrito de su nacimiento. Lili Chatterjee, quince años más joven, fue su segunda esposa. No tuvo hijos de ninguna de las dos, lo que posiblemente explicaba su afición por los relojes de cuco. Y Nello era el segundo marido de Lili. El primero fue un príncipe *rajput* que se rompió el cuello jugando al polo. Aquel atlético heredero de un trono sedentario no le dejó hijos. Y ello, quizá, seguido de su vida similarmente improductiva con Nello, explica su aire de sabiduría desenvuelta, su capacidad para el comentario y el consejo libres. Viuda de un príncipe, era asimismo hija de otro. Comenzó su educación en Ginebra y la terminó en París. Por segundo marido, rebajada, como ella había sido, por la instrucción académica y la experiencia mundana, de una situación de privilegio a otra de sentido común , escogió a un hombre que tenía talento para ganar dinero y también para gastarlo. Hubo —acaso haya todavía, aunque ella no los mencione — parientes carnales que le retiraron la palabra por contraer matrimonio, siendo una *rajput,* con un miembro de la casta *Vaisya.* El padre de Nello solamente había sido un abogado defensor. Y el abuelo de Nello (dice ella) y los padres de su abuelo fueron solamente comerciantes prósperos y pequeños terratenientes. Nello conservaba alguna antigua propiedad familiar, cerca de Tanpur, pero de todo eso hacía mucho tiempo. Creo que Nello regaló parte a los campesinos. Me dijo que lo había hecho, pero puede que fuera un simple cuento, es posible que sacara la idea de Tolstoi. Adoraba *Resurrección.* Y como era muy impresionable quería representar lo que le había impresionado. Los indios lo hacemos a menudo. Nello era un imitador fantástico. Una vez imitó a Henry Manners en una fiesta y el gobernador se enteró. Así que la siguiente vez que se vieron —Nello solía ser convocado con frecuencia en calidad de asesor sobre cuestiones de industrialización de la provincia—, la siguiente vez que se encontraron, Henry le dijo, adelante, Chatterjee, a ver cómo lo hace. Y la cosa es que Nello no pudo resistirse a imitarle delante de él. Le agradaba un público que pudiese juzgarle según los más altos criterios. Así se hicieron amigos, y por eso Henry le regaló esa vieja pipa de brezo que ha visto usted en el estuche de cristal. Henry dijo que pensaba que la imitación de Nello sería incluso mejor con una pipa de verdad en la boca en vez de una imaginaria. No era mejor, por supuesto, pero Nello fingió que lo era, lo cual es también muy indio, fingir antes que ofender. A Nello ni siquiera le gustaba el tacto de la pipa en la boca. No fumaba. No bebía. A hurtadillas, de hecho, era un hambriento de abnegación, y probablemente por eso hizo un montón de dinero. Y era serio a medias con la religión. Una vez me dijo: «Liii, ¿qué te parecería si me hiciera un *sannyasi?*» ¿Sabe lo que significa? Que un hombre lo manda todo a paseo, deja su casa y su familia y se lanza al camino con un bastón y una escudilla de mendigo. Y yo le respondí: «Muy bien, Nello, me iría contigo.» Eso le tapó la boca.

Es el cuarto estadio, ¿sabe?, la *sannyasa,* el cuarto y el último, por lo menos en la tierra. Me refiero al código hindú que estipula el modo de vivir la vida. La primera etapa es ejercitarse, la disciplina y el celibato; la siguiente es formar una familia y fundar un hogar. En la tercera fase —me imagino que podría llamarse la edad madura, lo que ustedes ingleses llamarían la flor de la vida, pero en realidad es una época en que los hijos empiezan a encontrarte un poco pesado y a creer que sus ideas son mejores—, en la tercera uno se prepara para desatar los lazos. Te aseguras de que los hijos

estén ya casados y con medios de vida, bendices a los nietos y procuras no ser un estorbo para nadie. Entonces llegas a la cuarta fase. Te marchas al bosque antes de convertirte en un viejo fardo chocho e intentas recuperar el tiempo perdido en el empeño de ganar méritos religiosos, cosa que desde luego se puede hacer toda la vida, pero que se adquiere mejor cerca del fin, cuando se ha renunciado a los bienes terrenales y rechazado las exigencias del mundo y se intenta olvidar el Yo. A los ingleses, naturalmente, les horroriza la idea de la *sannyasa.* Piensan que es espantoso ese abandono de las responsabilidades personales y la decisión de vivir de la caridad de extraños. Yo siempre les digo que ellos *también* tienen su *sannyasis:* todos esos pobres viejos que nadie quiere y que son enviados a asilos de vejez. Tiene que reconocer que los hindúes son prácticos. No hace falta romperse la cabeza por la cuestión religiosa. En ese sentido es como la vaca. La vaca se volvió sagrada y su carne impura para impedir que los campesinos la comieran cuando estaban hambrientos. Si se comían las vacas no habría leche ni bueyes que tirasen de los carros para llevar los productos al mercado, ayudar en el arado de los campos, sacar agua o hacer girar las muelas. Bueno, todo el mundo lo sabe. Pues lo mismo ocurre con la *sannyasa.* Convencemos a los viejos de que se vayan y haya una boca menos que alimentar, y para eso les hacemos creer que es una manera de adquirir méritos. Y nos aseguramos de que están alimentados y no se mueren de hambre convenciendo a la gente que puede permitírselo de que crea que también gana méritos cada vez que dona a un *sannyasi* vagabundo un cobre o unos granos de arroz. Tenemos nuestro propio sistema de seguridad social, ya ve. Y lo tenemos desde más antiguo que cualquier otro país. Y nadie paga impuestos para mantenerlo.

Las mujeres también pueden hacerse *sannyasi.* ¿Usted cree que lo haré yo? ¿Va a ser mi *ashram* la casa MacGregor? Estoy muy sola, como puede deducir del hecho de que le esté hablando por los codos. Pero en realidad estaba pensando en Miss Crane. Usted dice que se llamaba Edwina. No lo sabía. Me resulta bastante difícil acostumbrarme a ese nombre. Me pegaba más que se llamara Mildred. De todos modos, para mí siempre ha sido Crane, Miss Crane. Un ave de patas largas y cuello estirado que intenta escapar del peligro aleteando, muy lentamente, ya sabe, como en la cámara lenta de las películas. Una de las tres o cuatro veces en que fui a verla después de los disturbios, cuando la gente decía que ya estaba perdiendo la chaveta, intenté que me confesara por qué había dimitido de su cargo en la misión. No había ningún cuadro en las paredes. Pero sí aquellos dos espacios en blanco donde se veía que los había habido. Bueno, yo sabía lo de uno de los espacios, pero no lo del otro. Le dije: «Veo que está empezando a empacar.» El de Gandhi no estaba, como yo sabía, pero yo tenía curiosidad de saber de quién era el otro cuadro. ¿De Nehru? ¿Del fundador de la misión? ¿De la Luz del mundo?

Pero lo único que ella me dijo fue: «No, no necesitaré empacar», así que supuse que los memos de la misión le habían dado permiso para quedarse en el bungalow. Tiene que visitarlo. Todavía está ahí. El otro día pase por delante camino del hospital Purdah. Sigo en el comité, dando la lata. ¡Cuidado!, dicen, ahí viene la vieja Charleta. Voy el segundo martes de cada mes, y normalmente cruzo el puente Bibighar, están repavimentando la carretera y los atascos de tráfico duran siglos de modo que esta vez cruzamos el puente de Mandir Gate y se equivocó al girar, estúpido muchacho. O sea que en vez de por delante de la iglesia de la misión

pasamos por el bungalow de Miss Crane. Hacía dos años que yo no pasaba por esa carretera. Parece llena de banias que se han mudado allí desde el bazar. Estaba ese tipo grandote y zafio en la pequeña galería de Miss Crane, hurgándose en los dedos de los pies y escuchando el transistor, y creo que había un par de cabras comiendo la hierba que había y media docena de niños jugando al pillapilla. Tenía, además, un jardín muy bonito. La horticultura era, al parecer, el único gusto en común que teníamos. Le dije que tenía que venir a ver el mío cuando se sintiera con ánimos, pero nunca vino. El jardín de la casa MacGregor es el mismo que entonces, de forma que puede imaginarse cómo era en aquellos tiempos. Bhalu cultiva año a año las mismas flores en los mismos arriates. Siempre ha sido un hombre ordenado. Daphne solía recoger las caléndulas para la mesa, pero tenía tendencia a pisar los bordes de los macizos, y sólo llevaba días en casa cuando Bhalu vino a suplicarme que prohibiera a la *memsahib* que fuera a ayudarle. Puesto que él *cultivaba* las flores creía que debían autorizarle a cortarlas. Le dije que a la joven *memsahib* le gustaban las flores y quería ayudar, y que aunque siempre estaba sonriendo tenía muchas tristezas y había perdido a toda su familia menos a su tía Ethel, y por tanto había que ser paciente e intentar quizá que ella se interesara por los helechos y las plantas perennes que crecían silvestres en los matorrales y eran adornos mucho más *chic* que las caléndulas. Ahora es Parvati quien las recoge. Pero es tan liviana como una pluma, y el viejo Bhalu está más que encantado de tener tiempo libre para echar una cabezada y soñar que está otra vez en el ejército, cuidando el jardín del *sahib* coronel James. No tengo la menor de quién era el coronel James, pero a medida que Bhalu va haciéndose viejo el coronel se vuelve un personaje cada vez más importante en su fantasía, y ahora, por lo visto, el tal coronel no puede ser menos que el ayudante personal del virrey. Para una familia india antiguamente era un símbolo de distinción contratar a un criado que hubiese trabajado para los ingleses del antiguo estilo. Todavía lo es, pero ese tipo de criado se está haciendo ya tan viejo, y tan inútil, que más vale coger a alguien del bazar y educarle. Bhalu tenía la costumbre de llamar a Nello *chota sahib.* Los criados que habían trabajado para los compatriotas de *usted* siempre llamaban así a los indios, para distinguirlos de los *burra sahib* ingleses. *Burra* significa grande, y *chota* significa pequeño pero seguramente usted ya lo sabe. Nello siempre se reía, pero yo creo que le dolía un poco saber que su jardinero jefe le llamaba *chota sahib*

Ojalá Daphne hubiera conocido a Nello, pero él murió, claro, varios años antes de que ella viniese a vivir conmigo. Tenían el mismo sentido de la diversión. En una chica grande es algo que se nota más, ¿verdad? ¿O quiero decir que las grandes son más alegres que las chicas de tamaño normal? Pero las pequeñitas también son alegres, ¿no cree? Me refiero a las inglesas pequeñitas. La mayoría de las indias son menudas. Fíjese en Parvati ahora. Si son grandes son terriblemente serias y a veces violentas. Parece que actúan como si tuvieran una posición especial que defender. Si son más altas que sus maridos la situación trae problemas. Yo era dos centímetros y medio más baja que Nello y casi trece más baja que Ranji, mi primer marido.

Estoy intentando recordar cuánto media Miss Crane. Más alta que yo, por supuesto, pero probablemente la altura media inglesa. Lo único que recuerdo nítidamente es el cuello, la nariz y las piernas. La veo sobre todo sentándose e incorporándose. En la cena de Connie White y luego, cuando la visité en el hospital general inglés, y en su bungalow después de haberla

dado de alta, aunque todavía no podía levantarse. La primera vez que fui a su bungalow me recibió tumbada en un *charpoy* colocado en la galería. Fue difícil verla en el hospital. Mis amigos ingleses ingresaban en la clínica Greenlawns cuando estaban enfermos, y tenían habitaciones individuales que no podían costearse. Si quería visitarles siempre podía arreglarlo con el doctor Mayhew. Y si alguno estaba en el hospital general siempre parecía haber una habitación individual para él en el pabellón privado, y lo único que tenía que hacer entonces era telefonear a Jan Macintosh, que era el cirujano jefe, y pedirle que mandara a alguien a avisar a la enfermera de guardia. Pero Miss Crane estaba internada en el pabellón público, en una sala con otras tres o cuatro camas, e Jan no estaba de servicio el día en que decidí ir a verla. No había estado nunca en la recepción principal. La recepcionista —que era anglo-india, pero tan blanca como una europea— me dijo que no podía ver a Miss Crane, y cuando insistí me tuvo esperando en el vestíbulo y se limitó a hacer como que había enviado un mensaje a la enfermera de la sala. Lo que había hecho era mandarle un mensaje de advertencia. Era bastante estúpido, porque Daphne había hecho trabajo voluntario en el hospital y vivía conmigo, pero como yo era india no me estaba permitida la entrada, no era bienvenida, a fin de cuentas. En realidad no existía una regla al respecto, era una prohibición tácita. Podría haber ido al pabellón militar porque había oficiales indios en el puesto. Eso quería decir que hubiera podido visitar, por ejemplo, al teniente Shashardri o a su mujer, pero el pabellón civil era sacrosanto. Cuando cayó enferma la señora Menen, que era la mujer del juez de distrito y audiencia, tuvo una habitación en la Clínica, que Jan Macintosh insistió siempre en que debía ser multirracial, con tal que la gente pudiera pagar la habitación. Aunque también en ese caso había una ley escrita de que un paciente indio tenía que ser de cierto tipo para conseguir una cama. Eso no importaba mucho y nunca causó ningún problema, porque si un indio era lo bastante rico para pagársela pero no pertenecía al tipo correcto, su esposa, de todos modos, no tenía casi más remedio que ser la clase de mujer a quien no se le ocurriría ir a otro sitio más que al hospital Purdah.

Total, que yo estaba sentada en el vestíbulo el día en que fui a visitar a Miss Crane, confiando en dar la impresión de no tener la más ligera idea de que hubiese algún problema, y al cabo de un ratito empezaron a aparecer por recepción todas aquellas QA pelmazas y VAD[3] arpías con un pretexto u otro, pero en realidad para ver si el rumor era cierto, que una mujer india había tenido la desfachatez de presentarse allí y esperar que le permitiesen la entrada en los pabellones. Me sentía como un animal de zoo, pero en aquellos tiempos era una sensación normal. Probablemente todavía estaría allí sentada si Bruce Mayhew, que tenía consulta, no hubiera pasado como un rayo y no se hubiese parado en seco. «Hola, Lili, ¿qué demonios haces *ahí* sentada?», me preguntó. Yo le dije que había ido a visitar a Miss Crane y que la chica de recepción estaba intentando localizar a la enfermera de sala. Yo no quería poner en un aprieto a la recepcionista, pero Bruce, por supuesto, supo lo que estaba ocurriendo. Dijo que no hacía falta molestar a la enfermera y que él mismo subía en aquel momento y que le acompañara.

---

[3] QA: *Qualified Assistant* :enfermera titulada. Equivalente a una ATS.
VAD: *Voluntary Aid Department,* es decir, Departamento de Ayuda Voluntaria.

Cuando entramos en la habitación donde estaba Miss Crane, Bruce se quedó el tiempo suficiente para dejar bien claro a las demás mujeres inglesas de la sala que yo era *alguien.* No es que sirviera de mucho. Cuando Bruce salió, una de ellas tocó el timbre. Normalmente hubiera respondido una enfermera, pero entró la jefe en persona. Sé que Bruce había hablado con ella al salir, porque él me lo dijo después. Fue directamente al cuchitril donde estaba la enfermera y le pidió disculpas por hacer entrar a una visita de Miss Crane sin su permiso. El no le dijo quién era yo porque sabía que no era necesario. Quiero decir que sabía que a ella le habían informado de que una mujer india había pretendido entrar, y que ella se había encerrado intencionadamente en su agujero para que no pudieran «encontrarla». Total, que ella entró con paso altanero unos minutos después de haberse ido Bruce y sólo unos segundos más tarde de haber llamado la mujer. Se paró en seco, como asombrada de encontrar a alguien allí. Dijo: «,Qué está haciendo aquí, no sabe que no están permitidas las visitas a esta hora?» Yo le dije que el doctor Mayhew me había dado permiso porque nadie había podido encontrarla. «Oh, *yo* soy la encargada de esta sala, no el doctor Mayhew», dijo. «Haga el favor de salir inmediatamente. ¿Ha sido usted la que ha llamado, Miss Crane?» Como si Miss Crane hubiera tocado el timbre para que me echaran. Y antes de que ella pudiese decir nada, la mujer que había llamado dijo: «No, he sido yo. No me dejan descansar.» Hablaba como la mujer de un capataz de la Eléctrica Anglo-india. Acento *cokney* con el barniz de un año o dos de escuchar cómo hablaban las mujeres de los directores. Lo siento. Es espantosamente esnob por mi parte, lo sé, pero estaba disgustada y furiosa, no sólo por lo que estaba ocurriendo, sino también porque vi que seguramente me había equivocado en el horario oficial de visitas. Pero Daphne me había dicho siempre que nadie hacía caso del horario y que todo el mundo entraba y salía prácticamente a todas horas. Y *había* otras personas entrando a visitar pacientes. Tuve la mala suerte de que en aquel mismo momento no hubiese nadie visitando a las otras mujeres en la sala de Miss Crane. Y lo terriblemente injusto era que la pobre Miss Crane sólo había tenido dos visitas en todo el tiempo que llevaba allí: el capellán y el señor Poulson, que en realidad sólo iba a verla oficialmente. El pobre hombre no tenía tiempo para más. Fue él quien la rescató, recordará usted. En cuanto ella se repuso de la neumonía tuvo que hacerle un montón de preguntas sobre los hombres que mataron a Chaudhun. No era *su* cometido hacerlo, en realidad era incumbencia de Ronald Merrick, pero Poulson y White sabían que había que tratar a Miss Crane con delicadeza, y sabían que Merrick no era hombre de modales suaves. Y las respuestas que dio Miss Crane no fueron útiles. Dejó de ser popular en el hospital. La gente pensó que estaba ocultando algo para que un asesino indio siguiera en libertad. Cuando la visité llevaba tres semanas en el hospital y acababa de ser trasladada desde una sala lateral a aquélla llena de pelmazas y arpías. Bruce Mayhew me había dicho cuando subíamos a la habitación que apreciaba el detalle de mi visita a Miss Crane. Ella casi no tenía amigos blancos. Al principio hubo unos días en que hablaron muchísimo de ella en el hospital, porque había pasado un mal rato en los primeros disturbios. Les hubiera gustado que ella fuese una heroína de las que escupen fuego por la boca y hacen columpiarse a una banda de insurrectos en el extremo de una cuerda. Pero ella no escupía fuego, y aunque al final apresaron a algunos de los hombres que habían dirigido a la chusma y matado a Chaudhuri, fue debido a la tenacidad del subinspector de Tanpur, y la gente pensó que se

habría hecho justicia más rápido si Miss Crane hubiera facilitado descripciones más precisas. Supongo que no le ayudó que yo fuese a verla, y ciertamente no me ayudó a mí el ir a verla, aunque pocas cosas me hubiesen ayudado a mí en aquellas circunstancias. Los pocos amigos blancos de Miss Crane eran personas que no tenían tiempo de ir a verla, y sus amigos indios no eran gente que se hubiera atrevido siquiera a intentarlo. Algunos de los soldados de los cuarteles se reunieron y le enviaron flores, y también recibió unos regalos de indios pobres como Narayan, que daba clases en la escuela Chillianwallah. Probablemente más regalos de ese tipo de los que recibió en su vida. El personal del hospital ni siquiera hubiera tenido que mirar la tarjeta para saber si las flores las enviaba un indio o un europeo. Supongo que tiraron muchas a la basura, de modo que ella nunca tuvo la oportunidad de saber cuánto la querían los indios, no sólo por el hecho de no testimoniar algo que no estaba absolutamente en conformidad con lo que ella recordaba, sino por sí misma. Sé que Connie White y Mavis Poulson tuvieron en todo momento *intención* de ir a verla al hospital, pero la situación era tan horrorosa, casi un estado de sitio, que no llegaron a tener ocasión de hacerlo. Ella debió de haber pensado que no la quería nadie. Y respecto a mi visita, tenga presente que los indios no eran nada populares entre los blancos en aquel momento, y además, claro, estaba el otro asunto. Todos sabían que yo era la mujer en cuya casa estaba viviendo Daphne. Es lo que me dije cuando superé la rabia y el fastidio de haber sido expulsada por aquella enfermera arpía.

Lo que hizo esa expulsión más o menos soportable fue el hecho de que a Miss Crane parecía darle igual que yo me fuera o que me quedase, así que la situación se resolvió sola. La enfermera se quedó junto a la cama y yo me levanté y Miss Crane dijo: «Gracias por visitarme, Lady Chatterjee.» Pero por el modo en que lo dijo sonó como si yo llegara demasiado tarde, o ella llegara demasiado tarde, o como si nada que ocurriese ahora pudiera modificar su forma de ver las cosas. Días más tarde Bruce me telefoneó y me dijo que siempre que quisiera visitar a Miss Crane no tenía más que presentarme en la recepción. Al parecer había armado un buen escándalo. Dijo que los empleados del hospital no se habían dado cuenta de quién era yo. Yo dije, «Oh Bruce, claro que se dieron cuenta». Si yo hubiera sido simplemente la señora Chatterjee, toda la historia habría sido una broma para ellos, algo de lo que uno se ríe y luego olvida. Pero como era Lady Chatterjee, la viuda de un hombre a quien su propio rey había nombrado *Sir,* la cosa era terriblemente seria, algo que realmente requería una actitud especial, completamente aparte de los celos que quizá sintieran por no ser ellas la mujer de un Sir. En definitiva, prácticamente todos los indios que tenían títulos y honores renunciaron a ellos por esa época y devolvieron sus condecoraciones al virrey para que las expidiera al rey Jorge o lo que fuera, y el gesto se consideró horrible. Y si no lo consideraron horrible lo creyeron simplemente correcto, ya que los europeos siempre miraron los títulos indios más o menos como si fueran una broma. Si Nello hubiera vivido supongo que habría vuelto a ser «don Nello» a secas, igual que todos los demás. Hoy día cantidad de gente usa sus títulos aun cuando no son reconocidos por el gobierno, pero en *aquellos* tiempos la gente me preguntaba: «¿,Por qué no suprime el Lady? Nello habría renunciado al Sir.» Yo respondía que no podía tomar una decisión en nombre de un marido muerto. Si prescindo del Lady estoy realmente deshonrándole a *él* en aras puramente de mi paz de espíritu. De todos modos, él *merecía* su título.

Hubo personas en Mayapore que dijeron que yo conservé mis relaciones con Lady Manners solamente por razones esnobistas, por esnobismo *indio,* como llamar a un inglés por su nombre de pila. Dijeron lo mismo cuando traje a Daphne a vivir aquí, en la casa MacGregor. Era la hija del hermano de Henry Manners. Connie White me dijo que la gente intentaba menospreciar a Daphne en sitios como el club hípico, hacerle el desaire de fingir que no sabían dónde estaba viviendo para así poder lanzar una risita o poner cara de susto cuando ella decía que en la casa MacGregor. Ella no iba mucho al club —por lo menos al principio— porque a mí no me dejaban entrar, ni siquiera como invitada. Ni el subcomisario hubiera podido hacerme traspasar la puerta. Ni el virrey mismo. Daphne sólo iba por mostrarse amigable con las chicas con las que trabajaba en el hospital, pero luego Ronald Merrick le puso el ojo encima y empezó a pasearla de aquí para allá y ella estuvo varias veces con él en el club. Fue otra mala nota para ella. Merrick era más o menos el mejor partido de la colonia. Era guapo, sí es que a un hombre con un permanente brillo de desprecio en los ojos puede llamársele así, pero lo principal era su cargo de superintendente de policía del distrito. Todas las chicas solteras a las que no les preocupaba demasiado que él no tuviese una «familia» de que hablar tenían esperanzas de pescarle. El nunca les hizo mucho caso, y por eso a ellas no les hizo ninguna gracia que Daphne viniera, al parecer, a robárselo con sólo levantar un dedo. Merrick no les gustaba mucho a Robin White ni a Jack Poulson, pero decían que era eficiente en su trabajo. El juez Menen no le tragaba, pero nunca lo dijo con estas palabras. Yo le invitaba a la casa MacGregor porque había mantenido relaciones cordiales con su antecesor, un hombre bastante mayor que se llamaba Angus MacGilvray. Yo pensé que Merrick se disgustaría si ni siquiera recibía una invitación, pero me sorprendió que la aceptara. Venía solamente, sin embargo, porque aquí tenía la oportunidad de trato social con indios. Se le veía rumiando, archivando cosillas que la gente decía, para después volver a casa y apuntarlo en los ficheros confidenciales que guardaba con idea de poder enchironar inmediatamente a los *wallahs* más influyentes del Congreso y a cualquiera clasificado como peligroso siempre que hubiese revuelta civil. Yo me figuré que le hacía la corte a Daphne porque Consideraba un deber estar en buena relación con alguien que podía dejar escapar cosas que ocurrían aquí y que se le ocultaban a él cuando venia. Veía la casa MacGregor como una especie de Cliveden, un semillero de Intrigas indias, un invernadero de ingleses rojos, lo que, por Supuesto, sería lo contrario del ambiente civediano, pero ya sabe usted lo que quiero decir. Pero creo que me equivocaba. Sus razones para cortejar a Daphne eran mucho más complicadas. Pero cuando me di cuenta de cuán complicadas era demasiado tarde.

Muchas veces pienso que ojalá viviera toda aquella época otra vez, pero sabiendo las cosas que sé ahora. No sólo por el bien de Daphne, sino por el de Miss Crane. Creo que hubiera podido impedir que Miss Crane se volviera una *sannyasi* de aquella forma especialmente horrible. Está muy bien renunciar a todo con tal de que una sepa exactamente qué es lo que ha *tenido.* Pero Miss Crane no lo sabía. La última vez que la vi en el bungalow, cuando ella estaba sentada en su habitación y me fijé en los dos espacios en blanco de las paredes, ella me preguntó: «Lady Chatterjee, ¿por qué viene usted a yerme?» Y lo único que se me ocurrió contestar fue: «Para ver si necesita algo.» Bueno, le pregunto, ¿de qué servía aquello? ¿Puede imaginarse a una mujer del temperamento de Miss Crane admitiendo que

necesitaba ayuda? ¿Qué le parece que debería haberle dicho en lugar de lo que dije? Bueno, si ella estuviese allí ahora, y no ese tipo gordo hurgándose en los dedos de los pies y escuchando música de películas en la radio, creo que le habría dicho: «Porque ninguna de las dos debe rendirse, y veo que usted está a punto de hacerlo.»

Tengo que ordenar mis recuerdos. He descubierto que le hice *tres* visitas, no cuatro. La primera en el hospital, y luego aquel día en que estaba todavía en cama, pero ya en su casa, y la encontré descansando en la galería con aquel criado viejo que rondaba por allí, vigilando desde la puerta para estar seguro de que nadie la molestaba, y luego unas semanas más tarde, cuando me enteré de su dimisión, lo que representó una sorpresa para todo el mundo. Después de mi primera visita al bungalow pensé que debía mantenerme a distancia por un tiempo, pero entonces me dijeron que ella había vuelto a recibir a los soldados. Así que me dije: ahora es el momento. Ahora podemos conocernos una a otra. Pero no fui exactamente entonces. Tenía muchísimas cosas que hacer. No fui hasta que me enteré de que había dimitido y de que la gente andaba diciendo que debía de haberse vuelto un poco chalada. Me presenté una tarde. El criado estaba alerta. Dijo que Miss Crane estaba muy atareada y no podía ver a nadie, y yo estaba a punto de irme cuando ella gritó: «Quién es?», y él entró, volvió a salir y me dijo que podía entrar. Ella estaba en su dormitorio, sentada en una butaca. No se levantó ni me pidió que me sentara, pero yo me senté de todas formas y fue entonces cuando ella me preguntó: «Lady Chatterjee, ¿por qué viene usted a yerme?» Yo lo pensé un instante y luego solté aquella respuesta idiota: «Para ver si necesita algo.» «Muy amable por su parte», me dijo, «pero no necesito nada». Yo le dije: «He oído que ha dimitido de su puesto en la misión.» Ella se limitó a asentir con la cabeza. Yo recorrí la habitación con la mirada, como suele hacerse, verdad?, cuando estás con alguien en un cuarto del que acaba de decirte que lo va a dejar. Y vi aquellos dos espacios en blanco en las paredes uno de los cuales debía de haber sido un cuadro de Gandhi y el otro de alguna otra persona. Entonces hice el comentario sobre que ya estaba empacando. «Oh, no necesito empacar», me dijo, y luego, al cabo de unos segundos, mientras yo trataba de comprender por qué, ella *sonrió,* pero para sí, no para mí, o sea que pensé, en fin, es cierto. Está chiflada. Fue porque pensé «Oh, está chiflada» por lo que no le pregunté qué quería decir, no le dije: «,Los lechuguinos de la misión van a *darle* el bungalow?» No se lo pregunté porque parecía algo tan improbable que pensé que su respuesta sólo serviría para afianzar mi sensación de que ella no estaba en sus cabales, y no me sentí con fuerzas para afrontar el desconcierto de verlo confirmado. Así que dejé la cosa así; ella no necesitaba empacar. Pobre Miss Crane. Yo tenía que haber seguido hablando, debería haberle preguntado: «Por qué?» No es que ella me hubiese dado la verdadera respuesta. Lo horrible es que después pensé que sólo pudo haber sido entonces, cuando estábamos allí sentadas hablando de que no hacía falta empacar, cuando ella entendió realmente por qué no iba a hacerlo, vio por qué no haría ninguna falta. Aquella sonrisa, ¿entiende?, un rato después de haber dicho, «Oh, no voy a empacar, no voy a hacerlo, no me hará falta». Luego cambió de tema. Me preguntó cómo estaba Daphne. «,Cómo está Miss Manners?» Así, con este tono de voz, como alguien que pregunta por una *colega,* como si entre ellas representaran algo, lo que supongo que era cierto. Ella no conocía al joven Kumar. Si hubiera conocido a Han Kumar me figuro que habría

dicho «,Cómo está Miss Manners?» con el mismo tono, pero habría añadido: «Es verdad lo que he oído, lo que he oído que le han hecho al joven Kumar?»

La cena es la única comida que Parvati hace con la familia como tal familia: es decir, Lili Chattejee y la joven Parvati, las dos solas. Cuando no hay invitados puede verse el cuadro que componen compartiendo un extremo de la larga mesa barnizada del comedor, con dos asientos colocados juntos, la anciana y la muchacha, que hablan en inglés porque incluso ahora es el idioma de la sociedad india, del mismo modo que hace medio siglo el francés era la lengua de los rusos educados.

El hombre que les sirve es bastante joven, demasiado joven para haber sido más que un muchachito sirviendo en la casa en la época en que Miss Manners vivió en ella, y en realidad no fue ni eso. Es una adquisición reciente. Procede del sur y es algo así como un primo de ihalu, el viejo jardinero. Divierte a Lady Chatterjee que a pesar de que Ram Dass, a quien ella llama Ramu, consiguió el puesto de criado por recomendación de Bhalu, desde entonces el joven tiene muy poco trato con el jardinero porque la posición de Bhalu es muy inferior a la suya. Ni tan sólo reconoce que les une un parentesco. A veces se les oye peleando en el alojamiento de la servidumbre, detrás de la casa. El cocinero les desprecia a los dos. En un tiempo cocinó para una maharani. Hay una chica que barre llamada Sushila. Lady Chatterjee hace la vista gorda ante la evidencia de que el chófer musulmán, el apuesto y burlón Shafi, duerme con Sushila. Es difícil conseguir los criados necesarios y sus exigencias salariales suben todos los años. Algunas de las habitaciones de la casa MacGregor están cerradas con llave.

Con todos los *chicks* bajados, la casa está oscura y fresca incluso a mediodía. Los techos son muy altos. En tales habitaciones el pensamiento humano corre el mismo peligro que correría un canario evadido que revolotease cada vez más arriba, girando en redondo, aleteando en zonas de sombra y en grietas que pueden imaginarse intocadas por una mano humana desde que MacGregor reconstruyó la casa. En esos aposentos, de noche, ni siquiera la iluminación artificial de las lámparas y candelabros logra alcanzar los ángulos y recovecos más recónditos, que caerían fuera del alcance de un hombre de pie sobre los hombros de otro. Vale más percibir las impresiones desde el monótono nivel de la vista; de lo contrario, la tensión en el cuello no es menos aguda que la tensión que ejercen sobre los sentidos otros años superpuestos sobre el presente. Siempre reina, en cualquier caso, una sensación arrulladora de inmediatez en esas habitaciones de la planta baja, pues el presente yace en los niveles inferiores, como la bruma de un día joven en huecos antiguos. Es al subir a los pisos de arriba cuando sobreviene esa sensación de adentrarse en el pasado que luego perdura en todo momento, por muchas veces que se haya emprendido el rutinario trayecto. Al fin y al cabo, los dormitorios son los depositarios de las sensaciones íntimas de sus antiguos ocupantes de un modo más específico que los aposentos públicos de abajo.

Tras recoger una llave de una u otra fuente arcana —un invitado jamás traspasa la barrera desde detrás de la cual se ejerce el control y el orden doméstico—, Lady Chatterjee sube por la ancha escalera de madera pulida y sin alfombra que inicia su espiral desde el vestíbulo de baldosas blancas y negras hasta el complejo de rellanos y pasillos, y abre la puerta de caoba, con pomo de cobre amarillo, de la alcoba donde Miss Manners dormía y que ella sigue llamando la habitación de Daphne. Huele a moho; es un aposento

tan poco usado como el museo de fruslerías de colegial del difunto Sir Nello, idóneamente situado justo debajo, con una vista del jardín cuando los *chicks* están levantados y una panorámica que se prolonga, a través de las fisuras entre la frondosidad de los árboles más bajos, hasta las llanuras que rodean Mayapore y el borrón de las colinas en el horizonte. A una o dos millas de distancia se yergue la aguja de la iglesia de St. Mary, todavía hirsuta, todavía tan improcedente en ese ámbito como toda arquitectura, inglesa o india, parece serlo en este paisaje extrañamente inacabado que hace que el cántico monocorde de los cuervos, que nunca descansan, suene como los gritos de criaturas evolucionadas sólo parcialmente, aún sin nacer pero ya acuciadas por deseos que el mundo finalmente comprenderá que son hambre.

En el escritorio hay dos de las cartas que Miss Manners escribió a su tía y que posteriormente Lady Manners regaló a Lili Chatterjee, quizá por no querer las cartas o los recuerdos que removían; y éstos, posiblemente, revelan hambres similares y deseos en contraste: sin coordinar, extemporáneos. Ella debió de escribirlas —a menos que las escribiese de noche, cuando los cuervos dormían a rachas, en impaciente espera de la mañana— con el mismo acompañamiento con que se leen todo este tiempo ulterior. Las cartas, leídas con el mismo acompañamiento de este continuo sonido inmutable, están curiosamente muertas, son extrañamente inarticuladas. ¿Por qué pretender lo contrario? No resucitan a su redactora. Son simplemente ellas mismas; como la fotografía de Miss Manners, firmada por un floreo caligráfico de un tal Subhas Chand, que en la colonia hacía retratos de aquellas personas que querían enviar a amigos y parientes un testimonio gráfico del cambio que Mayapore había operado en ellos. Subhas Chand, dice Lady Chatterjee, disponía de un rincón en la tienda del boticario, doctor *sahib* Gulab Singh. Y Clancy fue retratado allí, de rostro entero, como su ego bien parecido y ambicioso en un inmaculado dril caqui, en simpática compañía del rústico Barrett, mirando fijamente al mundo desde un fondo (de nuevo extemporáneo) de colgadura de terciopelo y helecho gótico (culantrillo en un cuenco de cobre sobre una columna monumental de resurrección romántica, alrededor de la cual la hiedra de cementerio es invisible, pero enfadosamente presente para el ojo impresionable).

Las fotos de Clancy, igualmente improcedentes, reposan como obsequios de un petardo sorpresa navideño, entre los demás efectos personales de Miss Crane, que nadie ha reclamado y que por un motivo u Otro se conservan en la sede central de la misión, en Calcuta; reliquias en descomposición, no sólo de Miss Crane, sino de una continua rectitud cristiana, y de los desinteresados encogimientos de hombros de distantes primos Crane, los descendientes de aquellos Crane pobres que a la muerte de su padre se presentaron en el entierro con la tibia esperanza de sacar provecho y que después partieron, expulsando a Edwina fuera de su mente y del tentador alcance de sus propios y magros bolsillos, por si acaso la cara valiente del entierro ‘ las declaraciones de autosuficiencia resultaban no ser fidedignas. Después de haber visto en Calcuta retratos de Clancy, la firma y la técnica de Subhas Chand, la calidad del papel sepia de superficie mate que él usaba para sus positivos (tamaño de marco pequeño), todo emite ecos armoniosos de reconocimiento cuando la fotografía de Miss Manners, conmemorativamente inserta en un marco de baño de plata, es levantada

por primera vez de su sitio sobre el tocador donde ella se sentaba para peinar- se los rizos aparentes de sus cortos cabellos color sepia.

Esta foto (dice Lady Chatterjee, arañando una mota de suciedad en el marco) no da una idea real de su personalidad. Yo creo que ver fotografías de personas que no conoces o no has conocido, pero de las que has oído hablar, es sumamente insatisfactorio. Es fascinante, desde luego, ver por primera vez un retrato de alguien así, de una persona cuyo nombre ha estado en un tiempo en labios de tanta gente, como se suele decir. Probablemente usted está sintiendo eso ahora, pero una vez satisfecha la curiosidad inicial, hay como una especie de desilusión, ¿verdad? O tal vez no es siquiera algo emocionante, porque no se puede tener la certeza absoluta de que el retrato ofrezca un gran parecido ni de que sea, al menos, de la persona en cuestión. Fíjese, a veces echo una ojeada a fotos mías y de Nello, ésa, por ejemplo, que hay abajo, sacada durante una fiesta al aire libre en Simla, donde estamos emparedados entre Lord Willingdon y el Aga Khan, y pienso: ¿Es Nello de verdad? ¿Tenía yo ese aspecto? ¿He sonreído alguna vez de esa manera engreída? Con una fatuidad tímida, mirando a algo que me había llamado la atención pero que no sale en la foto. Puesto que no acierto a adivinar lo que pudo haberme llamado la atención, y mucho menos recordar lo que era, empiezo a preguntarme si la mujer de la foto (que en todo caso no *siente* como yo) no es una impostora y el fulano gordo que está con ella un hombre que no es Nello, sino que está imitando a Nello casi con tanto éxito como él solía imitar a Henry Manners. Willingdon y el Aga Khan parecen ellos mismos, pero cuando conoces y hablas con tipos tan encumbrados tiendes a mirarles como si sólo tuvieran dos dimensiones, que es la manera en que la cámara les mira, y por eso el resultado fotográfico seguramente parecerá auténtico.

Subhas Chand sacó esta foto de Daphne dos o tres meses después de que ella viniera a vivir aquí. No fue idea suya. Lady Manners me escribió y me dijo: Dile a Daphne que me gustaría que me enviara una foto suya por mi cumpleaños, pero que no se moleste en enmarcarla porque tengo baúles llenos de marcos del antiguo fichero de maleantes de Henry. Así llamaban ella y Henry a su colección de fotografías. El fichero de maleantes. Había de todo, desde viejos daguerrotipos del papá de Henry con el pie encima de un búfalo muerto, hasta grupos retratados en alguna comilona con todos los príncipes, menos uno que ponía mala cara a la cámara porque el apuesto ayudante de Henry se había confundido en el protocolo y había puesto a un tipo con salva de nueve cañonazos más cerca del gobernador que a otro personaje de once salvas. Y luego había todas las fotos que sacaron los criados a Henry y a su padre: Muchachotes tímidos fingiendo que eran miembros de la tribu, todo patillas blancas y turbantes ladeados. Henry no tiró nunca una sola foto. Las enmarcaba todas y viajaban con él dondequiera que fuese destinado. Cuando murió, Ethel las mandó embalar y guardar en baúles. Muchas veces me he preguntado de quién sería la foto que originalmente contuvo este marco de plata vieja. Lo heredé entero, con la foto de Daphne y las dos cartas. Creo que si Daphne me hubiera dado una copia a mí también, en la época en que fue a donde Subhas Chand a que le hiciera un retrato para el cumpleaños de su tía Ethel, si yo la hubiera tenido siempre, le encontraría más parecido que el que le encuentro ahora. Pero llegó después. Llegó aquí, a casa, a este dormitorio, cuando Daphne ya no vivía para volver ella en persona. Supongo que me ofendió. Siempre me ha parecido que no correspondía. Es Daphne, claro —ella tenía ese tipo de

sonrisa confiada—; quizá acababa de derribar uno de los focos del viejo Subhas Chand antes de sentarse, y todavía estaba pensando: «Otra vez lo mismo, muy propio de mí, mírame en una tienda de lozas, tía.» Es una sonrisa dulce, sin embargo, ¿verdad? Y que ha salido. Pero los fotógrafos como Subhas Chand siempre hacían que la piel de la gente pareciese cera. No hay ni la más mínima grieta en ninguna parte, y alrededor de los ojos tenía que haber alguna, arrugas, en todo caso, el retoque lo ha pulido todo y la Daphne de verdad no está en esos ojos.

Tenía la costumbre de pestañear siempre que empezaba a hablar, como si no pudiera pronunciar el primer par de palabras con los ojos abiertos. Y muchas veces los cerraba al terminar lo que estaba diciendo. Cuando cerraba los ojos esa sonrisita que ve en la fotografía surgía automáticamente, como si sus párpados y sus labios estuviesen calmando el mismo conjunto de nervios. Y *era* por nerviosismo que hacía esos gestos. Yo pensaba que era afectación. La conocí cuando fui a Pindi a pasar las Navidades con Ethel Manners. Era la primera Navidad que Daphne pasaba en la India y Ethel quería animarla. Yo esperaba encontrar a una chica abatida, pero allí estaba ella, pestañeando y hablándome. Yo percibí la afectación antes de localizar con exactitud el amaneramiento, antes de *notar* el pestañeo, pero en cuanto separé la causa del efecto caí en la cuenta de que lo que yo llamaba afectación era algo tan sencillo como una timidez clarísima. El gesto de cerrar los ojos y la Sonrisa era para darle confianza en compañía. Apenas se acostumbraba a alguien, el amaneramiento desaparecía. Pero volvía al instante si un desconocido entraba en la habitación. Daphne gustaba a la gente instantáneamente, sin embargo, y nunca se rindió a su timidez y siempre encontró las palabras para expresarse.

Lo que el viejo Subhas Chand no había conseguido disfrazar, por lo menos ante mí, es que esta foto es el retrato de una chica que se siente mas cómoda con gafas. Tenía que ponérselas para leer o para escribir cartas. Según los oculistas, en realidad las necesitaba todo el tiempo, pero su tía la desalentaba y le decía que las gafas eran un disparate para los jóvenes. Lo que quería decir simplemente es que no eran atractivas, sobre todo en una chica. Yo también la disuadía de que se las pusiera, pero no porque pensara que las gafas afeaban, sino porque sabía que la mala vista se puede curar con ejercicios, salpicándose los ojos con agua fría, mirando alternativamente de cortas a largas distancias, levantando la mirada de una actividad concentrada como escribir una carta o leer un libro y fijarla en algún objeto inmóvil de la habitación, a varios centímetros de distancia. Pero tía, me decía ella —cogió la costumbre de llamarme tía—, no *veo* a larga distancia, ni siquiera veo bien lo que está cerca. Solía colocarse ahí, en la ventana, y se ponía y se quitaba las gafas. Al final distinguió el sitio donde están las colinas. Ardía en deseos de ver todo lo que se podía ver. La India era, como decíamos entonces, una obsesión suya. Siempre quería salir. Había nacido en el Punjab, pero no se acordaba de nada de allí porque su madre no soportaba el clima y su padre se retiró del servicio y empezó a ejercer en casa cuando Daphne era todavía casi un bebé. Pertenecía al IMS[4]. Era unos años más joven que su hermano Henry. No creo que le importase dejar la India en ese tiempo. Evidentemente prefirió ser médico en vez de administrador para no tener que competir toda la vida con su inteligente hermano Henry. Todo el mundo decía que la madre de Daphne era tártara. Tenía que salirse con la suya en todo y era una esnob espantosa. Estaba

[4] Indian Medical Service: Servicio Médico Indio

claro que la India no le agradaba como esposa de un subalterno en el IMS. Derecho y medicina son los dos campos en los que los indios han descollado siempre. y supongo que George —el padre de Daphne— tenía demasiados colegas indios para el gusto de su mujer. Ella quería que él fuese lo que hoy ustedes llamarían un jefazo, con domicilio en Harley Street y cantidades de citas importantes en el hospital. Pero cuando estuvo en el buen camino de conseguir lo que ella quería cambió de rumbo y se imaginó a sí misma convertida en gran señora de la sociedad del condado, así que luego hubo el piso en la ciudad y la casa de Wiltshire, y el pobre George matándose a trabajar de un lado para otro. Se puede deducir el efecto que esta vida tuvo para él de algo que me dijo Daphne. «El pobre papá siempre lamentó abandonar la India, ¿verdad?», me dijo. «Ojalá estuviera aquí conmigo para verlo todo otra vez.» Hubo veces en que yo pensé que ella se esforzaba el doble por conocer la India simplemente para compensar lo que su padre se había perdido y probablemente reconocía que lamentaba haber perdido únicamente por complacer a su esposa. Y como todas esas mujeres frágiles que no soportan el clima de la India, la madre de Dapline resultó ser más fuerte que un buey. Por lo menos hasta que contrajo cáncer. Y en mi opinión el cáncer es una enfermedad de personas fuertes más que de débiles.

Imaginémosla, pues: Daphne Manners, una muchacha grande (por emplear una imagen nada precisa de Lady Chatterjee) asomada al balcón de la ventana de su dormitorio, mirando abstraída (como se podría mirar por dos personas, una ausente, antaño despojada, puesto que muerta, y ahora añorada) un paisaje calculado para inspirar en el corazón occidental más comprensivo un grado de sobresalto cultural. Hay (incluso desde esta atalaya encima de un jardín cuyas flores despiden placentera fragancia si uno se agacha hasta cerca de ellas) un perfume que lo impregna todo y que viene flotando desde las llanuras silenciosas, abrasadas y trémulas; desde el vasto panorama de campos, desde el río, desde el enjambre de viviendas humanas (aquí y allí, puntiagudas o bulbosas, una iglesia, una mezquita, un templo), desde las calles y caminos y los aislados bungalows blancos, las casas particulares, los edificios públicos, la estación, y desde las dependencias traseras de la casa MacGregor. Un olor. ¿Podría ser de basura?

Al cabo de unos meses el recién llegado dejará de notarlo. Ubicuo, se transforma, de repelente, y pasando casi por ser atractivo debido a los escenarios familiares, en una esencia destilada por una mente empíricamente comprometida, de suerte que un veterano, temporalmente privado de ese olor, y al rememorarlo nostálgicamente en un lugar menos maloliente, se lo representará como el equivalente subcontinental del humo acre de hoguera al final de un otoño de cobre bruñido. Pero que la privación de ese veterano dure un tiempo relativamente corto: un permiso en Europa, un esfuerzo muscular y enrarecido más arriba de los linderos de nieve himalayos. Que no sea, por ejemplo, una ausencia de dieciocho años concluida por azar y por suerte, y la intención lepidoptérica de disecar la verdad sobre Miss Crane, Miss Manners y el joven Kumar; y los sucesos que al principio parecieron agitar y luego destrozar Mayapore, pero que en realidad parecen haberla dejado intacta, dueña de sí misma en su maciza y compacta fisonomía de ladrillo y mortero (pero no dueña del paisaje débilmente invadido por su formación arquitectónica y artesana). No, que no sea prolongada, que sea una ausencia breve para que en su recuerdo

renovado el viajero que retorna exclame, posesivamente, con gratitud incluso: «Ah la India!» De lo contrario, al cabo de dieciocho años y una transición demasiado rápida a bordo de un Comet, a través de la atmósfera cada vez más perturbadora de Beirut y Bahrein (el calor que va subiendo a medida que decrece la distancia, destapando el olor como el aroma cálido de una piel de mujer que desprende la oculta pero asombrosa fórmula de un perfume inusual), la nariz — la desacostumbrada, aunque creyéndose preparada— agitará sus ventanillas contra la grave revelación del trayecto en coche o en taxi desde el aeropuerto que discurre entre campos donde la fuente del olor a la deriva puede rastrearse hasta las figuras madrugadoras de labradores que se agachan y arrojan sus bolitas a la tierra, para en ella yacer y endurecerse, incrustarse, desintegrarse y elevarse con las corrientes de aire hacia el soplo general de los vientos imperantes.

Al tomar posesión del dormitorio para ayudar, como dice Lady Chatterjee, en la empresa de explorar el entorno que fue de Daphne, sólo en la alcoba, desplazándose por los extensos acres de suelo sin alfombra, entre la cama envuelta en un mosquitero y la puerta que conduce al cuarto de baño privado, uno podría —mediante el intento de viajar de una isla de alfombra de Cachemira a otra, sin mojarse los pies en el mar estriado de tablas con manchas oscuras— jugar una variante del viejo juego infantil de no pisar las grietas entre las baldosas y preguntarse si Daphne tendría tiempo para absurdos semejantes. El cuarto de baño es largo y estrecho. Azulejos vidriados de color verde actúan sobre las paredes, desde el suelo hasta la altura del hombro, como espejos sombreados que reflejan el contenido del cuarto y a su ocupante acéfalo. Quizá Daphne, con su vista insegura, no era consciente de esto y, ajena a la truncada duplicación por reflejo, iba desde la puerta hasta el pedestal de porcelana cuya cisterna, arriba, se activa tirando, como un badajo, de una cadena larga cuya asa de olla, moldeada según la forma de la palma, acentúa el carácter lujoso de un mecanismo relativamente raro. La bañera de porcelana es tan grande como un lago artificial, y en este momento está vacía como si la hubieran desaguado para un raspado anual. Sus patas, garras palmeadas, son las de un monstruo muerto y anfibio, condenado a sostener su peso como Atlas a sostener el mundo. Los inmensos grifos de cobre sugieren dos chorros de agua impulsados a la velocidad de una bomba de barco, pero sólo funciona el de agua fría; el de caliente —cuando finalmente cede la manecilla rígida— produce un chirriante sonido a hueco y un desprendimiento de escamas de herrumbre. Pero el agua fría es bastante caliente. El cuarto de baño no está bien aireado. No tiene ventilador, y una sola ventana situada encima del pedestal del retrete. En el extremo opuesto del cuarto — a quince pasos de pies descalzos sobre mosaico tibio, que es ligeramente desigual y provoca en las plantas la sensación no desagradable de caminar sobre el panal atrofiado de una especie olvidada hace mucho de abeja gigante— hay un lavabo anticuado, coronado de mármol y con un espejo de oro molido arriba, jaboneras sencillas de loza blanca y un frasco blanco sobre la losa; debajo del lavabo hay un cubo de desechos con una tapadera y un asa forrada de mimbre. Ahí está también la toallera, un diminuto artilugio gimnástico de barras paralelas de caoba y postes verticales de donde cuelgan enormes toallas de mucha pelusa y alemaniscos en una escala decreciente de tamaños, todas ellas con las iniciales LC bordadas en azul. Volviendo al otro extremo y ascendiendo literalmente al trono instalado sobre una amplia tarima, antiguamente alfombrada con el rojo azulado oscuro de

las cerezas mohosas, el esplendor del portarrollos absorbe la atención. Hay leones de cara y melena doradas, y cada uno sostiene en sus fauces de oro un extremo del brazo que sostiene el rollo de papel amarillo ante, con austeridad de astilla. En la quijada del león más próximo (y posiblemente en la de su compañero del otro lado) cabe holgadamente la yema del meñique. Su cabeza es tan grande como un puño cerrado, tan grande que su carrillo casi descansa sobre el de su camarada de oro. Producen el efecto de dos grandes gatos que enseñan los dientes al cumplir la sencilla tarea de sostener, siempre dispuestos, algo necesario para una felina pero, a causa del papel, ridícula función humana.

Tumbado en la bañera, los ojos se fijan en la bombilla única de 75 vatios, con una pantalla cuya forma parece una pantomima del sombrero de Aladino, e intentan ver, arriba, el distante techo sombreado. Un frasco de cobre, mellado por las caídas al suelo de mosaico, reposa sobre la repisa de madera colocada de través en la bañera. La pala. Uno se acuerda y, después de enjabonarse, se incorpora, achica agua, se la vierte por encima, achica de nuevo y, de este modo, cerrando los ojos a la evidencia contraria del sexo, intenta recrear a Miss Manners refrescándose después de un día de trabajo duro en los pabellones del hospital de Mayapore.

(A Lady Manners)

La casa MacGregor

MacGregor Road,
Mayapore,
1.
26 de febrero de 1942

Querida tía Ethel:

Por favor, perdóname por no haberte escrito antes. Espero que hayas recibido el telegrama de Liii diciendo que hemos llegado sin percances. Seguro que lo has recibido. Me parece casi increíble que haga una semana que nos despedimos de ti en Rawalpindi. Has sido un encanto por dejarme venir. Los días han pasado volando y al mirar atrás me cuesta creer que hayan sido suficientes como para que quepa todo lo que hemos hecho en este tiempo. Acabo de volver de mi *segundo* día en los pabellones del hospital, ¡lo que te demostrará que no estoy perdiendo el tiempo!

Después de Lahore el viaje fue muy interesante, mucho más bonito que el que hice el año pasado de Bombay a Pindi, que me asustó bastante porque todo era muy nuevo y extraño. Supongo que he disfrutado este viaje porque ya me he puesto un poco al tanto y de todas formas me acompañaba Lii. *Es* realmente extraordinaria, ¿verdad? Aquellas inglesas horribles del compartimento se bajaron al día siguiente en Lahore. Eran sencillamente asquerosas y no nos dijeron una sola palabra educada a ninguna de las dos. ¡Y el montón de equipaje que llevaban y que ocupó más de la mitad del sitio!

Acapararon el cuartito del retrete más de una hora después de haber salido el tren, y luego estuvieron siglos bebiendo y fumando y hablando en sus asientos como si nosotras no estuviéramos y mientras Lili y yo intentábamos dormir. (Nosotras teníamos la litera de arriba y la de abajo en un lado del compartimento y ellas la de arriba y la de abajo del otro lado.) Yo estaba tan molida que no me desperté hasta que el tren paró en Lahore y armaron aquel jaleo al apearse. Un tipo había ido a esperarlas, el marido de la que tenía el cráneo envuelto en un pañuelo, me parece. En un momento dado él entró en el compartimento buscando algo que la del pañuelo se quejaba de haber perdido o que le habían *robado.* Llevaban un rato en el andén mientras los culís recogían el equipaje y él entró dispuesto a ser grosero. El pobre se sintió tremendamente incómodo cuando me vio a *mí.* Supongo que ellas sólo se habían quejado de Lili. Yo estaba sentada encima de mi litera, la de arriba, sin perder de vista *nuestro* equipaje, con el pelo todo revuelto. Lili estaba levantada y vestida desde las cinco (eso me dijo después) y estaba sentada abajo, con un aspecto maravilloso y más fresca que una lechuga, leyendo un libro y fingiendo no darse cuenta en absoluto de lo que pasaba. De todas maneras él nos pidió perdón y anduvo revolviendo un rato, y los *cutís* también revolvieron todo buscando debajo del asiento y en todos los sitios donde no pareciese demasiado claro que aquellas mujeres habían insinuado que *nosotras* podíamos haber birlado lo que una de ellas había perdido. Entonces una de las dos gritó por la puerta: «Vale ya, Reggie, afortunadamente lo hemos encontrado.» ¡Me gustó aquel «afortunadamente»! Reggie estaba para entonces más colorado que un tomate y salió con el rabo entre las piernas, y creo que hubo una trifulca cuando bajó al andén. Lo último que oímos fue a la arpía diciendo:

«Me tiene sin cuidado. Es una completa vergüenza. No sé adónde va a parar este país. A fin de cuentas, primera clase *es* primera clase.» Esa palabra de Lili es de lo más adecuada, ¿verdad? Arpía.

A partir de entonces fue maravilloso. Tuvimos el compartimento entero para nosotras dos y nos trajeron un desayuno delicioso. Ya ves, hasta ahora nunca creí del todo esa historia que me contaste sobre la vez en que Sir Nello fue expulsado de un compartimento de primera por un par de mercachifles ingleses. A mí me parecía que si los ferrocarriles permiten que un indio saque un billete de primera nadie debería poder impedirles que usen lo que han pagado. Creo que si no hubieras estado en la estación de Pindi para decimos adiós, habría habido problemas con aquellas dos mujeres al vemos entrar a Lili y a mí. Y en mi caso sólo porque estaba con Lili. ¿Fue por eso que entraste tú primero en el compartimento y te dignaste saludarlas con aquel estilo maravilloso del siglo xix, antes de que tuvieran ocasión de verla a ella y darse cuenta de que iban a viajar con una mujer india?

Cuando me acuerdo de lo espantoso que es viajar en Inglaterra durante el apagón, sin calefacción en los trenes y nada más que una lucecita azul, las estaciones a oscuras y la gente apretujada en los pasillos y en los compartimentos, pero en general todo el mundo ayudando a todo el mundo y procurando estar alegre, me enfada muchísimo lo que ocurre aquí. Francamente, tía, muchísimos blancos de la India no saben que han nacido. Claro que nunca he viajado en primera en Inglaterra y a veces había descontento entre los soldados rasos cuando les prensaban como a sardinas y el alférez más fresco del mundo recién salido de Octu viajaba con un

confort relativo, pero así es la vida militar. Lo de *aquí* es cuestión de civiles. Bueno, no voy a seguir hablando de esto.

Hace mucho más calor en Mayapore que en Pindi. Sólo necesito una sábana por la noche y no tardaré mucho en necesitar un ventilador funcionando todo el tiempo. Lili me ha dado una habitación maravillosa para mí sola, y un cuarto de baño fantástico (aunque el asiento del ¡retrete! baila un poco y hay un portarrollos que te inhibe, custodiado por leones). La casa MacGregor es fascinante. Tengo que acordarme continuamente de que nunca llegaste a visitarla porque el tío Henry se había jubilado y abandonó la provincia antes de que Nello la comprase. Pero seguro que recuerdas Mayapore, aunque Lili dice que ha habido muchísimos cambios desde entonces. La universidad técnica, por ejemplo, que Nello construyó y donó y por la que le nombraron Sir, y los nuevos edificios que ha construido la Eléctrica Anglo-india. ¡Están construyendo un aeropuerto en Banyaganj que la colonia inglesa dice que ha echado a perder la caza de patos! ¡Cómo se reiría Hitler! (Hay unos lagos por allí que Lili dice que eran uno de los sitios predilectos de los europeos para picnics.) Hace un par de noches fuimos a cenar con el subcomisario y su mujer, Robin y Constance White, que me dijeron que te conocieron a ti y al tío Henry hace años, pero que no creían que te acordases porque entonces eran funcionarios subalternos. Por esa época el jefe de White era un tal Cranston, y me dijeron que te acordarías muy bien de *él*, aunque sólo fuera porque una ocasión en que él estaba de campamento, de gira por su distrito, y tú y el tío Henry, que también estabais recorriéndolo, le hicisteis una visita inesperada y le encontrasteis bañándose en un pozo. Parece ser que los dos estuvisteis siglos hablando con él desde la orilla, y que Cranston hizo lo posible por contestar sensatamente y con cortesía, en una postura muy erguida, como si estuviese en posición de firme, con agua bastante fangosa hasta la cintura y Sin osar moverse porque no tenía bañador puesto. El pensó después que tú y tío Henry lo *sabíais* y que le pusisteis en aquella situación embarazosa para divertiros. Prometí a White que te lo mencionaría cuando te escribiese, y que te preguntaría si realmente lo sabíais, porque siempre ha tenido la curiosidad. Parece que Cranston nunca estuvo seguro. Pero es una de las historias graciosas sobre el gobernador y su esposa que han circulado durante años y años, como puedes deducir del hecho de que salió a relucir la otra noche aquí en Mayapore después de todo este tiempo.

Me gustaron White y su mujer, aunque, como todas las auténticas *mems, asusta* un poco al principio. (Antiguamente *tú* también me dabas miedo.) Pero parece que los dos admiran y respetan a Lili. Fue una cena muy privada y amistosa, con sólo dos hombres más para equilibrar la presencia de Liii y la mía: Macintosh, el cirujano jefe, que es viudo, y otro viejo amigo de Liii, el juez Menen, que está casado, pero su mujer está en la clínica local en este momento. Me gustó el juez. Tiene un sentido del humor increíble, o eso pensé más tarde en la velada. Al principio me pareció un poco presumido y crítico, y lo atribuí a un complejo de inferioridad por ser el único indio presente. Es mucho mayor que White, pero naturalmente un indio tarda mucho más en acceder a un cargo de importancia, ¿no? Sea como fuese, al cabo de un rato vi que me estaba tomando el pelo de un modo que en seguida habría captado si él hubiera sido inglés. Me recordó a cuando conocí a Lili. Esas ocurrencias secas y graciosas que a veces tiene ella. Si fuera inglesa te reirías inmediatamente, pero como no lo es, hasta que no llegas a conocerla piensas (como yo pensaba): «Qué querrá decir?; ¿a qué viene ese

comentario?; ¿cómo se supone que debo contestar o reaccionar sin ofenderla o sin dar a entender que estoy ofendida?»

Por lo que Lili me dice aquí hay cantidad de ingleses que critican bastante al subcomisario. Piensan que es un hombre que hace más de lo absolutamente necesario para mostrarse amistoso con los indios. Dicen que al final descubrirá que se aprovechan de él. Hablan de los «buenos tiempos» de su antecesor, un tal Stead, que tenía «mano dura» y dejaba bien sentado «quién mandaba» en el distrito. En los dos días que llevo trabajando en el hospital me han hecho comprender perfectamente esta actitud y me he dado cuenta de la suerte que he tenido hasta ahora por vivir contigo y no mezclarme con el inglés medio. La enfermera jefe, una mujer maravillosa que lleva aquí una cantidad de años y conoce el percal, dijo una cosa especialmente interesante cuando me entrevistó. Lili concertó la entrevista a través del cirujano jefe, que es el máximo responsable médico de todo lo que sucede en el distrito, ¡pero tú ya sabes esto! La enfermera me dijo: «Tiene usted tres padrinos: el señor Macintosh, yo misma y su propio apellido, que la gente de esta zona recuerda como distinguido, a pesar de que en la época había muchos que desaprobaban las medidas progresistas de su tío. Si es usted juiciosa aprovechará los tres, pero evite *una* relación demasiado obvia con el cuarto.» Bueno, ya sabía a quién se refería con eso del «cuarto», y debo confesar que me puse hecha una furia y dije: «Mi *verdadera* madrina es Lady Chatterjee.» Ella dijo: «Lo sé. Voy a aceptarla a usted sobre todo por eso. Hasta las colaboradoras voluntarias tienen que pasar mi test personal de aptitud. Pero esto es un hospital general *inglés,* y yo soy la enfermera jefe, y hace mucho que he aprendido la lección que tuve que aprender si quería hacer mi trabajo correctamente, y esa lección fue comprender la necesidad de excluir por impertinente toda consideración ajena al bienestar de los pacientes y la eficiencia del personal» (habla así, bastante oficialmente, como si se hubiera aprendido un discurso). «Hay muchas cosas» (continuó) «que pueden desagradarle instintivamente en el ambiente en que va a trabajar. No le pido que aprenda a apreciarlo. Sólo le pido, en realidad le exijo, que su trabajo no se vea afectado *por* el ambiente». «Quizás habría que cambiar el ambiente», le dije. En aquel momento lo que menos me importaba era si iban a admitirme en el hospital o no. Después de todo, no me iban a *pagar.* Ella dijo, rápida como un relámpago: «Habría, sí. Espero que un día lo cambien. Si usted prefiere posponer el trabajo aquí hasta que se haga, y que otra persona se ocupe de la gratificante tarea de hacer que los enfermos se sientan lo más cómodos posible, no tiene más que decírmelo. Lo entenderé perfectamente. Aunque estoy segura de que cuando estaba conduciendo una ambulancia en Inglaterra durante el *blitz* nunca se paró a pensar qué opinaban de la vida o qué prejuicios tenían los heridos que llevaban al hospital. Supongo que lo único que le preocupaba era procurar que no murieran.» Lo que dijo, por supuesto, era verdad. La miré fijamente a través de estas gafas espantosas que tengo que llevar si quiero sentirme absolutamente segura de mí misma y pensé que ojalá estuviera todavía conduciendo una ambulancia. Tenía su encanto hacerlo, a pesar de que muchísimas veces estaba aterrada. 1940. ¡Hace cuánto parece! Sólo dieciocho meses, pero a un siglo y un mundo de distancia, como se suele decir. Aquí la guerra sólo acaba de empezar, y a veces dudo de que mucha gente se haya dado cuenta. Allí en casa daba la extraña sensación de que ya había terminado o de que era algo normal que duraría siglos. En Mayapore pienso más que nunca en el pobre papá y el pobre David. La guerra que les

mató acaba de llegar a Mayapore. Algunas veces es como esperar a que les maten de nuevo, y otras como pensar en personas que vivieron y murieron en Otro planeta. Me alegro de que mamá se fuese antes de que todo empezara. No puedo, como hacen casi todos los ingleses aquí, reprochar a los indios que se resistan a la idea de la guerra, una guerra en la que propiamente no tienen voz ni voto. Al fin y al cabo, yo la he visto de cerca, aunque menos que los combatientes, pero la mayoría de las personas que dictan la ley aquí respecto a combatir a los nipones y los gestapos (esas expresiones *horrorosas* que parecen darles ánimos pero a *mí* me deprimen) ni siquiera han oído un fusil disparado con rabia. La India inglesa vive todavía en el siglo diecinueve. Para ellos Hitler es simplemente una *broma,* porque «era pintor de brocha gorda y hasta de uniforme tiene esa facha». Tres hurras a la caballería. ¡Arriba la armada! ¡Perdón! Me parece que he tomado demasiados *gimlets* de la tía Lili. En seguida tengo que ponerme los trapos agradables de antes, porque tenemos una fiesta a la que viene nada menos que el superintendente de policía del distrito. Lili dice que es soltero. ¡Espero que empedernido! No soporto a esa clase de hombres que procuran fingir que no han notado que no soy realmente atractiva. ¿Te acuerdas del señor Swinson? (!!) Querida tía, te quiero y pienso a menudo en ti y en nosotras dos en Pindi. Me muero de ganas de ir contigo a Srinagar en mayo, pero la tía Liii parece empeñada en retenerme aquí, y desde luego ahora estoy comprometida con el hospital. Y así veo más cosas de la India. Hay un par de chicas voluntarias como yo en el pabellón civil, pero las que dirigen el cotarro son las VAD y las QA de plantilla. Tendrías que ver las ínfulas que se dan algunas de las QA. En Inglaterra serían enfermeras auxiliares o ATS como mucho. Aquí son enfermeras jefe. Ni ellas ni las voluntarias tienen que hacer las faenas plebeyas. Todo eso queda para las pobres chicas anglo-indias. Hoy, para colaborar en la guerra, he enrollado millas de vendas; pero enrollar vendas es *limpio.* Aunque lo he hecho de pie ¡y ahora los tengo molidos! Bueno, el chico acaba de entrar a vaciar el baño. Más dentro de poco. Esto me encanta pero lo encuentro extraño otra vez, como me ocurrió cuando vine el año pasado. Mayapore es un poco fastidioso de un modo en que no lo es el querido Pindi. ¿Tendrá que ver con el hecho de que aquella parte del mundo es musulmana y esto es hindú? Cuídate, por favor, y piensa muchas veces en tu sobrina que te quiere Daphne.

La casa MacGregor

MacGregor Road
Mayapore, 1.

Viernes, 17 de julio de 1942

Querida tía Ethel:

Muchas gracias por tu carta y tus noticias de lo que sucede en Srinagar. Me alegra que te haya llegado la fotografía sin problemas y a tiempo para tu cumpleaños, pero me alegra más aún que te guste el largo del vestido. La fotografía me pareció tan espantosa que tuve que enviar algo más para compensarlo, y luego me pregunté, al escoger aquel color, ¡si no había

empeorado las cosas! No tengo mucho gusto para la ropa, me temo, aunque creí que esa tela concreta te sentaría bien. ¡Qué alivio que tú también lo creas! Espero que el buen Hussein no haga una chapuza. En realidad, es mejor sastre que el que tenemos aquí. Lili y yo hemos tomado una tarta helada para celebrar tu cumpleaños, y la hemos compartido con unos pocos invitados que se han quedado luego a beber algo (confío en que lo hubieras aprobado!). Aquí las lluvias han empezado de verdad, después de un retraso que hizo que todo el mundo en Mayapore almacenara comestibles para una posible carestía. Me refiero a todos los que pueden permitirse ese lujo. Jack Poulson dice que la maldición de la India es la manera en que los indios de clase media y los pudientes irrumpen en las tiendas en el momento en que hay amenaza de crisis. Pero al parecer eso no es nada comparado con la corrupción que impera en las altas esferas donde se controlan grandes reservas de alimentos.

La hierba de delante de la casa es increíblemente verde. Adoro las lluvias. Pero qué húmedo se pone todo. El chico me limpia *todos* los zapatos todos los días, simplemente para evitar que se enmohezcan. Me he comprado un chubasquero enorme y una especie de sueste, aunque en realidad no me sirven de mucho porque casi siempre voy al hospital y vuelvo en un automóvil que me envía Merrick con un chófer de la policía (un musulmán muy belicoso que nos dice que todos los hindúes tienen armas escondidas para cortamos la cabeza a los ingleses y a los mahometanos). Si es un día en que no hay gasolina (cómo nos quejamos de *eso),* Merrick me manda su camión oficial, aparentemente en servicio de urgencia (traslado de presos de la cárcel al juzgado). Me resulta un poco violento y le he dicho varias veces que puedo ir tranquilamente en mi bicicleta *cualquier* día, o si no coger una *tonga,* pero insiste en que con todo ese sentimiento antiinglés que fomenta el Congreso y que hierve otra vez; y como la casa MacGregor está aislada en las afueras del acantonamiento, es su deber ocuparse de que no me suceda nada malo.

Ahora me gusta más que antes. No puedo cerrar los ojos ante el hecho de que se está portando como un hombre amable y atento. Son sus modales los que me disgustan (y lo que hay detrás de ellos, claro). Y por supuesto que un superintendente de policía *es* un poco denteroso. Pero ahora que me he acostumbrado a él —y superado algo que creo que debo contarte — lo paso bastante bien las veces que salimos Juntos. Menos cuando adopta un tono oficial, como hace una noche o así, en que me hizo una advertencia sobre lo que él llamó mi relación con Kumar, que dijo que daba que hablar a la gente, no sólo inglesa, sino también india. Me temo que me reí y dije sin pensarlo: «Oh, deje de actuar como un policía todo el tiempo.» Me di cuenta en el acto de que es la última cosa que se le puede decir, porque se toma muy en serio su trabajo y está orgulloso de haber llegado adonde está y dispuesto a sobresalir en el cargo y a no preocuparse de desagradar a nadie, sea quien sea, por ejercerlo como es debido. Creo que debo decírtelo, *pero por favor guárdame el secreto.* No se lo he dicho a nadie, ni siquiera a la tía *Lili.* Hace cosa de un mes me invitó a cenar en su bungalow. Se tomó un montón de molestias. Fue la mejor comida al estilo inglés que he probado en la India (salvo aquella vez en que invitaste a los Swinson y armaron tanto jaleo por anticipado con eso de que odiaban la cocina india). Otra cosa en su favor, desde mi punto de vista, fue que su criado es evidentemente un incondicional suyo y disfrutó preparándolo todo para la cena de dos personas que daba su *sahib* en una

mesa con velas. El pretexto para la cena, si es que tenía que haber alguno, fue que yo oyera después algunos de sus discos. ¿Te acuerdas de que te conté en su momento lo del espectáculo que organizaron los militares a finales de abril, con banda, desfile y demás? ¿Y lo del general Reid, que dijo que nos había conocido en Pindi? ¿Y que fui al desfile con un par de chicas del hospital y luego al club con algunos oficiales jóvenes? Ronald Merrick apareció más tarde esa noche (había estado muy ocupado controlando a la multitud, etc.). Bueno, pues estábamos todos elogiando la música y el desfile —*fue* bastante impresionante — y yo debí de mostrarme más entusiasmada que los demás. Total, que Ronald se dirigió a mí y me dijo: «Ah, ¿le gustan las bandas militares? A mí también.» Por lo visto, tenía cantidad de discos. Me dijo que tenía que oírlos algún día.

O sea que había llegado ese día. ¡No me gustan tanto en absoluto! No lo suficiente para querer oír discos, así que cada vez que él sacaba el tema a relucir me las arreglaba para postergarlo. En realidad, casi me había olvidado de los discos cuando finalmente me invitó a cenar. Yo le dije que sí sin pensarlo, y cuando él dijo: «Estupendo, y luego podrá oír algunos de esos discos que le he prometido», pensé: «Oh, Señor! ¡En qué lío me he metido!» Al final la cosa no fue tan mala (la música, me refiero). Habíamos salido bastantes veces juntos y había toneladas de cosas de que hablar. Para entonces la música era simplemente una parte de una velada agradable. Yo había estado antes en su bungalow, en una reunión para tomar cerveza un domingo por la mañana, pero al verlo vacío me di cuenta de lo confortable y acogedor que era. Merrick no fuma ni bebe, por lo que supongo que el dinero le dura más que a hombres de su posición social que sí lo hacen. El bungalow tiene principalmente mobiliario del ministerio de obras públicas, pero también algunas cosas suyas con bastante encanto. Para empezar había una radiogramola de primera (en la que puso un par de marchas de Sousa). Luego tenía una vajilla preciosa y una maravillosa alfombra persa que dijo que había comprado en una subasta en Calcuta. Pero lo que realmente me asombró fue su gusto para la pintura. Es tan convencional en su comportamiento que esperas ver algo anodino en sus paredes. Es verdad que había cuadros de polo y de caza de jabalíes en el comedor, y un David Wright ramplón en su dormitorio (me enseñó todo el bungalow, pero con tanta dulzura que no hubo nada engorroso en lo del dormitorio, como podría haber sido el caso con otro hombre), pero en el cuarto de estar no había nada más en las paredes que dos reproducciones bastante buenas de esos dibujos de Henry Moore de gente amontonada en el metro durante el *bliiz,* que me cuesta mirar, pero que admiro. Pareció conmovedoramente complacido cuando dije: «Oh, Henry Moore! ¡*Qué* hombre *más* sorprendente eres!» Otra cosa que me asombró fue que en el water (el de los invitados, justo al fondo del pasillo) había mandado al chico que pusiera jabón perfumado (Coty Chypre) y una toallita de mano rosa que era evidentemente nueva. Tuve la impresión de que la había comprado especialmente para aquella ocasión. (El jabón de su cuarto de baño era *Lifebuoy,* ¡no saques una conclusión falsa!)

Hubo también otra sorpresa. Después de un par de esas marchas de Sousa puso otro disco y dijo: «También me gustan estas cosas», ¿y a que no sabes lo que era? El movimiento *Claro de luna* de la *Suite bergamasque* de Debussy, interpretada por Walter Gieseking. Era una de las favoritas de mi hermano David. Cuando empezó a sonar pensé: «,Le habré dicho alguna vez a Ronald que a David le encantaba?» Luego comprobé que no. Fue

extraordinario. Primero la estridencia horrorosa (aunque a veces emocionante) de las marchas y luego aquella música tierna a la luz de la luna que en realidad aguanté a duras penas, pero que me encantó de todos modos, a pesar de que parecía una pieza insólita para que le gustara también a un policía.

Mientras estaba sonando, el criado sirvió el café: *turco.* Había para elegir brandy o licores (curaçao o *créme de menthe,* muy insípido). Todas las botellas estaban sin abrir; recién llegadas de la tienda, exclusivamente para mí. Espero que si alguna vez vuelvo a cenar allí la botella de brandy esté al mismo nivel que la dejamos. Mientras bebíamos me hizo un montón de preguntas sobre mi familia, sobre cómo mataron a David y sobre papá, y luego sobre mí, lo que pensaba de la vida y esa clase de cosas, pero de una forma tranquila y comprensiva que me movió a sincerarme. (Debe de ser un lince interrogando! No es justo. Pero tú ya me entiendes.) Poco a poco me di cuenta de que había empezado a hablar de él. Y yo estaba pensando: «A la gente no le gustas mucho, pero eres esencialmente *amable,* y por eso tú y yo siempre nos hemos llevado estupendamente bien.» Me dijo que procedía de una «familia muy corriente» y que a pesar de que su padre había prosperado el no había pasado de la segunda enseñanza y sus abuelos habían sido «gente muy humilde». Había trabajado de firme y le había ido muy bien hasta entonces en la policía india, a la que consideraba un servicio fundamental aunque no especialmente atractivo, y lo que más lamentaba era que por estar en ella no podía alistarse. Lo otro que lamentaba era que realmente nunca había tenido «juventud» ni conocido a «la clase de chica» que buscaba. Muchas veces se sentía «bastante solo». Sabía que no tenía mucho que ofrecer. Era consciente de que mi origen y el suyo eran «bastante distintos». Nuestra amistad significaba muchísimo para él.

Entonces se calló. Yo no sabía qué decir, porque no sabía si había entendido o no adonde quería ir a parar él. Nos miramos cara a cara unos momentos. Luego él dijo: «Solamente le estoy preguntando si después de haber tenido tiempo para pensarlo toma usted en cuenta la posibilidad de ser mi prometida.»

¿Sabes, tía, que es la única proposición que me han hecho en mi vida? Estoy segura de que cuando tú tenías mi edad te habían hecho ya docenas. ¿A todas las chicas les parece la primera extrañamente conmovedora? Supongo que depende del hombre. Pero si él es, ya sabes, como es debido, un hombre decente, es imposible *no* emocionarte, ¿no?, *sientas* lo que sientas por esa persona. No creo que mis sentimientos por Ronald Merrick puedan describirse como algo más que moderadamente afectuosos. Es rubio y juvenil, tiene ojos azules y es realmente guapísimo, pero había y todavía hay (quizá más que nunca) una reserva clara (desde mi punto de vista) que seguramente tiene algo que ver con lo que yo percibo como una falta de sinceridad *auténtica* entre él y cualquier persona con la que él trate. Nunca me siento totalmente *natural* cuando estoy con él, pero no puedo estar segura de si es culpa mía o suya. Pero cuando me soltó aquella petición (difícilmente se le puede llamar proposición, ¿no crees?) hubiera querido con toda mi alma haberle puesto las cosas *fáciles* y responderle que sí. ¿Saben los hombres lo vulnerables que parecen cuando se les desprende esa piel áspera e indiferente que casi todos parecen llevar puesta cuando hay más de dos personas en una habitación? Mucho más que las mujeres cuando se *deciden* a soltarse.

Lo extraordinario del caso era que ni siquiera me había cogido nunca la mano. En aquel momento, esa falta de *contacto* aumentó mi deseo de no herirle. Más tarde, al pensar en ello, agravó la sensación que tuve de la frialdad que hubo en el encuentro. Estábamos sentados en extremos opuestos del sofá. ¡*Quizá* debería haber sacado mis gafas y habérmelas puesto! Al evocar la escena no me acuerdo realmente de si sentí o no un sobresalto cuando él me lo dijo. Me pareció que sí lo sentí, o por lo menos una sorpresa, pero retrospectivamente toda esa velada conducía *claramente* a aquello, de modo que no sé por qué debería haberme sorprendido o incluso pensado que lo estaba.

Interiormente tuve que haberme fijado en cantidad de cosas dichas antes de que me dijera lo que dijo. En un momento u otro decidí que físicamente, a pesar de su buena presencia, me repelía, pero creo que eso fue después, y fue sólo momentáneo, cuando dejé bien claro para los dos que, aunque no quería herirle, nunca había pensado y nunca pensaría en él del modo que él parecía querer que yo pensara. El sentimiento de ligera repulsión cesó probablemente a causa de la sensación de alivio que tuve, la sensación de haber escapado de una situación difícil y haberme replegado sobre *mí misma* de manera que no quedaba sitio para otros, fueran quienes fuesen. Ahora estaba más preocupada por el efecto posible de mi «rechazo». Sinceramente, creo que lo único que dije fue: «Gracias, Ronald, pero...»; y fue suficiente. ¿Sabes eso que se dice de una cara que «se cierra» ? Yo creo que es más exacto decir que «se apaga», pues cerrarse indica una especie de *constricción,* un *cambio,* mientras que lo que realmente ocurre es que la cara sigue exactamente igual, pero todas las luces se apagan. Como una casa que sus habitantes han abandonado. Si llamas a la puerta ahora no contestará nadie.

Oímos unas cuantas marchas más y poco después me llevó en coche a casa y hablamos con cierta tranquilidad de nada en concreto. Cuando llegamos a la casa MacGregor le pregunté si le apetecía subir a tomar una última copa. Dijo que no, pero me acompañó por las escaleras hasta la galería. Cuando nos dimos la mano sostuvo la mía un momento y dijo: «Se tarda algún tiempo en acostumbrarse a ciertas ideas», de lo que deduje que todavía no había desistido, pero quien dijo esto fue un hombre distinto. El superintendente de policía del distrito, el Ronald Merrick que no me interesa. El mismo que más tarde —sólo unos días después— me disgustó haciéndome una advertencia sobre mi «relación con el joven Kumar».

Uno de los criados estaba esperando en la galería. Di las gracias a Ronald por la cena y dije buenas noches a los dos. Oí el coche que se iba y al criado que empezaba a pasar el cerrojo cuando yo subía. Sabía que la tía Lili, por una vez, había decidido acostarse temprano, y por tanto no fui a su habitación. La casa estaba muy silenciosa. Es la primera vez que he sido consciente del hecho de que está supuestamente encantada. No lo parecía en el sentido de que fuese horripilante. Simplemente grande, vacía, y de algún modo desolada y poblada de una forma inusual. ¿Qué estoy tratando de decirte? No es que me sintiera asustada. Sino que de pronto quise estar *contigo.*

Nunca te lo he dicho, pero hubo un tiempo —mi segundo mes en la India el año pasado— en que si alguien me hubiera ofrecido un pasaje a Inglaterra habría aceptado sin dudar. Dios sabe que me encantaba estar contigo. Pero durante aquel segundo mes, quizá no todo entero, pero sí dos o tres semanas, tuve lo que sólo puedo definir como un desánimo permanente.

Odiaba todo, lo odiaba porque me daba miedo. Todo era tan extraño. Apenas soportaba salir del búngalow. Empecé a tener sueños horribles, sobre nada *especial,* solamente sueños de caras. No salían de ninguna parte, y al principio parecían normales pero luego se distorsionaban y explotaban, dejando un espacio en Wanco para que vinieran otras a ocupar su puesto. No eran caras de gente que conozco. Eran personas que yo inventaba con detalle alarmante; alarmante porque no parecía posible inventar caras con tanta exactitud. Supongo que me obsesionaba la idea de estar rodeada de extraños y tenía que verlos hasta en sueños. Nunca te lo dije, pero creo que aquel día en el mirador con el *durzi* tú adivinaste lo que me estaba ocurriendo. Recuerdo la manera en que me miraste cuando perdí los nervios y le arranqué de las manos aquella blusa que él estaba haciendo lo posible por copiar. Ya ves, si hubiera estado viviendo con los Swinson aquél habría sido seguramente el punto sin retorno para mí. Desde entonces he sido asimilada por ese pequeño círculo endógeno de mujeres inglesas —de hombres también, pero sobre todo mujeres— en una colonia del extranjero.

Me imagino que lo más natural es que, vayamos donde vayamos, necesitemos la presencia de alguien conocido, fiable y probado. Si no hay nadie tiene que haber *algo.* En Pindi, durante aquellas semanas concretas, adquirí un ridículo apego a mi equipaje, mi ropa, como si fueran las únicas cosas en que pudiese confiar. Hasta tú, fíjate, parecías haberme fallado. Conocías a todo el mundo, lo conocías todo, y yo me sentía alejada de ti porque *yo* no conocía nada, por mucho que te empeñaras en sacarme y llevarme a todas partes. Y tú anulabas la suciedad, la pobreza y la mugre en tu conducta, como si no existieran, aunque yo supiese que no era tu verdadera actitud ante ellas. Pero por eso arrebaté la blusa a Hussein. No pude aguantar verle con ella en las manos, examinándola, *tocándola con sus dedos negros.* Me *odié* a mí misma por sentir aquello, pero no pude evitar sentirlo, y le chillé. Cuando fui a mi habitación me senté y tuve ganas de echarme a llorar, de ser rescatada y devuelta a casa. Nunca he sentido tan crudamente el hecho de que ya no tengo un hogar en Inglaterra, ahora que ya no están *mamá,* papá y David.

Me sucedió algo muy parecido la segunda semana que estuve aquí, en la casa MacGregor, una vez satisfecha mi curiosidad inicial por el entorno. Pero en Mayapore mi «hogar» era ahora el bungalow de Pindi y tú. Espero que nada de esto apareciese en mis cartas y te preocupara. Lo he superado ya. Adoro todo esto. Pero por un tiempo odié Mayapore. Me preguntaba qué demonios había hecho viniendo a este lugar horroroso. Incluso sospeché que la tía Lili me tenía aquí únicamente porque yo era inglesa y hospedar a una blanca en su casa era un motivo de presunción. (¿No es vergonzoso?) Y hasta llegué a recordar aquel viaje en tren y a sentirme menos crítica respecto de aquellas dos brujas.

Después de todo, pensé, ¿cómo podían haber sabido que Lili no haría algo que les *repugnase!* Y en el hospital caí en la cuenta de que era mucho más fácil hablar con otra inglesa, aun cuando estuvieras en desacuerdo con todo lo que ella dijera. Las personas de la misma nacionalidad usan una especie de taquigrafía en su conversación, ¿verdad? Gastas menos esfuerzo en expresar más, y estás tan acostumbrada a esta facilidad que todo lo que requiere esfuerzo es mental y físicamente fatigoso, y te enrabietas, y luego te sientes más cansada y malhumorada a fuerza de intentar que no se vea tu malhumor.

Creo que por eso no *conseguí mantener mi determinación de no ir nunca al club. Tomé esa decisión originalmente porque era imposible que Lady Chatterjee viniera conmigo.* Nunca me ha gustado el club, pero me divierte: es tan celoso de su exclusividad y a la vez tan vulgar. Siempre hay alguien borracho y la mayor parte de la conversación es calumniosa, y sin embargo sus socios conservan de un modo u otro, Dios sabe cómo, una apariencia exterior de rectitud, casi como si hubiese *normas* inviolables de cotilleo despiadado y de comportamiento intolerable. Fue una semana o dos antes de percatarme de que casi todas las mujeres que conocía en el club me tenían aversión y muchos de los hombres se sentían incómodos conmigo a causa de que yo vivía en la casa MacGregor. El hecho de no haber notado esa aversión inmediatamente demuestra la magnitud del alivio que debí de sentir al principio *simplemente por estar entre mi gente.*

Mamá me dijo una vez: «Parece que te gusta *todo el mundo.* No es natural. Es incluso una desgracia. Vas a perder muchísimo tiempo hasta descubrir *qué gente vale la pena que conozcas.»* Yo creía que se refería a gente valiosa en *el* sentido ambicioso. Ahora me pregunto si no se referiría a personas interesantes en el sentido de favorecer *mi intimidad, mi tranquilidad de espíritu y sentimiento de seguridad.* Pero de cualquier modo estaba equivocada, ¿no crees? Estoy segura de que ese ansia de seguridad y de paz es errónea y de que deberíamos ejercitar nuestra paciencia una y otra vez hasta casi el extremo de perderla, ponernos adrede en una situación precaria y atrevernos a sacar a otros de ella, sean quienes sean, blancos o negros.

Pero no es fácil, ¿verdad? La noche en que volví a casa después de cenar con Ronald Merrick pensé, mientras subía las escaleras, que arriba iba a tropezar con algo desagradable y quise dar media vuelta y bajar corriendo a *buscarle precisamente* a *él. De hecho, me detuve, a* mitad de camino, y miré al vestíbulo y allí estaba aquel criado, un chico llamado Raju, mirándome fijamente. Dios santo, sólo estaba cerciorándose de que no apagaba la luz antes de que yo llegase al rellano, sólo estaba haciendo su trabajo, pero yo me dije: «¿Qué *estas* mirando?» Llevaba puesto mi vestido de noche verde, ése que te gusta y que enseña mis hombros horribles. Sentí... bueno, ya sabes lo que sentí. Él estaba muy lejos para que le viese la expresión. Era simplemente una mancha marrón con pantalones y camisa blancos, y entonces apareció en el lugar donde estaba su cara una cara imaginaria, la de alguien a quien nunca había visto. Dije en voz alta: «Buenas noches, Raju», y le oí responder: «Buenas noches, señora.» (Es un cristiano del sur de la India y por eso dice «señora».) Entonces seguí subiendo y cuando llegué al descansillo creo que esperé encontrarme con nuestro fantasma permanente, Janet MacGregor. Pero no había nada. No la he visto *todavía.* Me sentí aliviada y al mismo tiempo estafada.

Un día tengo que hablarte de Hari Kumar. Hasta ahora no ha pasado de ser un mero nombre en mis cartas, ¿no es cierto? Y tengo que hablarte de una curiosa mujer que se llama Hermana Ludmila y que viste como una monja y recoge a los muertos. Ojalá estuvieras aquí para poder hablarte en cualquier momento. Acaba de sonar el gong de la cena. Está lloviendo a mares y los lagartos juegan al escondite y hacen ese ruido peculiar de chapoteo. Esta noche Lili y yo cenamos solas y supongo que después jugaremos al majong. Mañana espero visitar el templo hindú con Kumar.

Con amor, Daphne.

Ojalá hubiera estado aquí en la estación de lluvias (dice Lady Chatterjee) y así hubiera visto esto como a Daphne le gustaba más. Pero comprendo. Tiene que viajar y la estación húmeda no hubiese sido la mejor época para hacerlo. El jardín ya empieza a tener un aspecto seco, cansado y pardo. A mí me encantan todas las estaciones, sin embargo. Y especialmente de noche, como ahora. Siempre me siento en la galería de delante porque aquí no llega el olor del río —que yo nunca noto, pero sé que los huéspedes ingleses sí—, y de todas formas se puede ver el sendero, que es bonito, y recordar a las personas que antiguamente lo atravesaban y anticiparse a quienes podrían subirlo ahora, y cuando tenemos la luz encendida en la galería, como en este momento, se distinguen justo los arriates de cañacoro. Cuando hay luna es mejor con la luz apagada, pero cuando dé la fiesta para usted las tendremos todas encendidas, incluso las del jardín. Ahora las he encendido para que usted vea el efecto, pero nos han pedido que ahorremos todo lo posible a causa de la guerra con China, y supongo que también habrá que ahorrar electricidad.

Déjeme seguir, entonces, hablando de Miss Crane. Era una inglesa liberal de la vieja escuela en el sentido en que llegué a entender el término, una persona que probablemente no posee el don de hacer muchos amigos. En el caso de Miss Crane creo que era más grave. Creo que no servía para la amistad de ningún tipo. Amaba la India y a todos los indios, pero no amaba a ningún indio en particular. Odiaba las tácticas inglesas, y por lo tanto detestaba a todos los británicos que no acataran las mismas reglas por las que ella regía su conducta. Supongo que lo que estoy diciendo es que casi siempre hacía amistades en su cabeza y rara vez en su corazón. Para castigar a alguien cuyo comportamiento no coincidía con sus nociones preconcebidas de lo que ese alguien representaba descolgó su retrato. Qué gesto más ineficaz fue. Pero qué revelador, qué sintomático de su debilidad. Como gesto careció incluso del patetismo absurdo de poner contra la pared el cuadro de la oveja negra de la familia. Pero por lo menos hubo en ese arranque —y habría aún, si alguien lo tuviera hoy día— una cólera humana, un rasgo positivo. Ella era valiente. Las Miss Crane de este mundo suelen serlo, y pienso que a la postre la razón de su locura era que ella tenía valor para ver la verdad, aunque no para vivir con ella y ver que todas sus buenas obras y sus pensamientos nobles habían caído en el vacío. Tengo la teoría de que vio claramente, pero demasiado tarde, que nunca se había manchado las manos, que nunca se había ensuciado en pro de la causa que siempre había creído que abrazaba, y de que eso explica por qué Poulson la encontró de aquel modo, sentada bajo la lluvia al borde de la carretera, sosteniendo la mano de Chaudhuri, el maestro muerto.

Daphne, en cambio, Daphne era distinta. ¿No le parece a usted? ¿Ha leído ya esas dos cartas? No se moleste en hacer copias. Lléveselas. Devuélvamelas el día en que haya terminado con ellas. Me las sé casi de memoria. Lo único que me hubiera gustado es haberlas leído en aquel tiempo. Me hubiera gustado, pero me pregunto, bueno, ¿qué hubiera adelantado leyéndolas, qué hubiera podido hacer después de leerlas? Ella tenía que cometer sus propios y maravillosos errores. He dicho maravillosos. *Ella* nunca tuvo miedo de mancharse las manos. Se entregaba a las cosas con ardor. Cuanto más le acobardaba algo, tanto más resuelta estaba a

experimentarlo. Al final nos tenía a todos en ascuas. Temíamos por ella, incluso la temíamos *a* ella, pero más aún nos asustaba lo que parecía-haber descerrajado, como una Pandora que hubiese subido al desván y forzado con una palanca la tapadera de la caja.

¿Quizá por eso me siento siempre aquí, en la galería delantera? Ésa es la escalera, ¿sabe? Bueno, por supuesto que lo sabe. No ceso de mirarla y de mirar al sendero, casi como si esperara ver a alguien que viene corriendo en la oscuridad desde Bibighar. Aquella noche yo estaba en el vestíbulo con Merrick, justo junto a la entrada de la sala. Desde allí no veíamos la escalera. Su coche estaba aparcado lejos de ella, a la sombra. Al pensar más tarde en ello, me pregunté si no lo había dejado allí para que no fuese inmediatamente obvio para el mundo exterior que él estaba aquí, en la casa MacGregor, mientras toda la colonia inglesa de Mayapore hervía de rumores sobre los disturbios en las subdivisiones y rumores sobre Miss Crane, que estaba ya en el hospital.

En cuanto entró me dijo: «¿Se encuentra usted bien, Lady Chatterjee?», lo que me hizo verdadera gracia, porque por primera vez desde que nos conocíamos parecía tratarme como a uno de ustedes, como si yo fuera Lady Green o Brown o Smith, y viviera sola en una casa, en el límite mismo de la seguridad. Le ofrecí una copa y él dijo que no disponía de mucho tiempo pero se la bebió con ganas, lo que me extrañó, porque era un hombre más o menos abstemio. Recuerdo que pensé: «Cuando estás inquieto, preocupado, cuando hay vida en tu cara, estás realmente guapo.» Dije: «Supongo que viene a ver a Daphne, pero está en el club», y él contestó: «Sí, en el hospital me han dicho que había ido directamente al club, pero no está allí.» «¿Ah, no?», dije yo, y también me preocupé, pero procuré ocultarlo, y dije: «Estoy segura de que está bien.»

Y entonces él preguntó bruscamente: «¿Está con Hari Kumar?» «No, creo que no», le respondí. No se me había ocurrido que pudiera estar con él. Incluso tenía la impresión de que la amistad contra la que Merrick la había puesto en guardia había terminado. Yo no sabía que Merrick le había propuesto matrimonio. Ella no me lo había contado. Pero no había podido ocultarme sus sentimientos hacia Kumar ni el hecho de que no le había visto desde hacía una semana por lo menos, y, de hecho, desde hacía más de tres semanas. Así que cuando Merrick me preguntó si ella estaba con Kumar, yo le respondí, con la mayor franqueza: «No, creo que no.» Y luego reflexioné. Pero no dije nada. Nadie mencionaba voluntariamente el nombre de Kumar a Merrick. Él dijo: «¿Pues dónde puede estar a esta hora de la noche?» «Oh, seguramente con algunas amigas», contesté, y fui al teléfono y llamé a varios sitios donde podía estar. Tardé siglos. Las líneas de Mayapore estaban sobrecargadas de llamadas oficiales. Merrick iba a la galería y volvía cada vez que yo terminaba de hablar. «Vendrá en seguida», le dije. «Venga a tomar otra copa», y nuevamente, para mi sorpresa, dijo que aceptaba. Llevaba todavía el uniforme. Tenía un aire terriblemente cansado.

«¿Es serio?», le pregunté. «Parece serlo», me contestó, y de repente exclamó: «Qué puñetero embrollo», y pareció como si estuviese a punto de pedirme perdón por el juramento. «Algunas de las personas que conoce», dijo, «están encarceladas». Asentí. Sabía quiénes. No quería hablar de ellas. «Y aquí estoy yo tomando una copa con usted», dijo. «¿Le importa?» Yo reí y le dije que ni lo más mínimo, con tal de que cuando hubiese terminado su trago no me embarcase en un coche celular bajo sospecha de ser una revolucionaria secreta. Él sonrió pero no dijo nada, y yo pensé: «Oh, ¿corro

ese riesgo?» Entonces él soltó la gran noticia: «Le he pedido que se case conmigo. ¿Se lo ha dicho a usted?» Fue una conmoción. Le dije que no, y por primera vez comprendí lo terriblemente peligrosa que era toda aquella situación. «¿Está bien Miss Crane?», le pregunté. No quería hablar con él de Daphne, ni de Hari Kumar. Ni de dónde podrían estar. A Merrick siempre le había desagradado el joven Kumar, y debo confesar que mis propios sentimientos hacia Kumar eran ambiguos. Siempre me había parecido que Kumar abrigaba un resentimiento. Y una vez estuvo en aprietos. Merrick le había detenido para interrogarle. Por entonces yo no conocía al chico de nada, pero una amiga —Anna Klaus, del hospital *purdah*— me telefoneó en una ocasión y me dijo que la policía, al parecer sin motivo, había detenido al joven. En fin, usted ya me conoce. Hice preguntas al juez Menen al respecto. Hasta donde alcancé a comprender resultó que todo había sido una tormenta en un vaso de agua, y que no había sido arrestado en absoluto, sino solamente citado para un interrogatorio. Resultó que mi viejo amigo Vassi conocía al chico. Es Srinivasan, que todavía vive aquí, y a quien debería conocer. En resumen, invité a Kumar una noche a casa porque se me había despertado la curiosidad, y fue así como él entró en mi vida, o mejor dicho en la de Daphne. Se había educado en Inglaterra. Su padre había concebido unos planes grandiosos para él, pero los planes se vinieron abajo cuando el padre murió arruinado y el pobre Hari fue enviado de vuelta a Mayapore, sólo que aquí no había hogar para él. Tenía dos años cuando su padre le llevó a Inglaterra y dieciocho cuando regresó. Hablaba como un muchacho inglés. Actuaba igual. Pensaba igual. Dicen que cuando llegó a la India deletreaba su nombre del mismo modo que su padre lo había hecho. Coomer. Harry Coomer. Pero posiblemente su tía lo corrigió. Era su pariente más próxima, y creo que a su manera hindú, bastante ortodoxa, fue muy buena para él, pero eso significó no disciplinarle lo suficiente y dejarle que anduviera perdiendo el tiempo, lo que también quería decir dejarle tiempo para rumiar su mala suerte. Me preocupó un poco la manera en que Daphne parecía encariñarse con él, me preocupaba porque no podía estar segura de que Kumar sintiese exactamente lo mismo por ella. Daphne sabía que yo tenía mis reservas. Y lo sabía Kumar. Quizá debería haberlas expuesto claramente. Pero no lo hice. Y creo que fui la responsable de que se introdujera un toque de clandestinidad en lo que Merrick llamaba la relación entre Kumar y Daphne. Y cuando Merrick estuvo aquí aquella noche y dijo que le había pedido a Daphne que se casara con ella y yo comprendí que la situación podía ser muy peligrosa, me acordé de que esa mañana ella me había parecido especialmente feliz, no especialmente feliz con respecto a la Daphne que yo conocía, sino con respecto a la Daphne que llevaba días pensando en las musarañas y apenas salía de casa salvo para ir al club y fingía, muy típico de ella, que no pasaba nada malo, y de repente me pareció que no había ninguna duda de que *estaba* con Kumar, de que se había mostrado feliz porque habían decidido volver a verse. Ninguna duda en mi cabeza y creo que tampoco en la de Merrick. Y al pensar que sabía con certeza que ella estaba con Kumar creí saber también dónde, y cometí el error de pensar que si *yo* lo sabía, Merrick podría igualmente adivinarlo, cosa que yo no quería que ocurriera. De hecho, resolví que cuanto menos dijera, mejor, porque el sitio donde suponía que estaban era también el lugar donde Merrick había conocido al joven Kumar y le había detenido para interrogarle, de modo que la situación entera era un círculo cerrado y sentí que se avecinaba un desastre inevitable. Por eso desvié la conversación lejos de

Daphne y pregunté por la pobre Miss Crane, que había sido trasladada al hospital. Pregunté: «¿Está bien Miss Crane?», y él me respondió que sí, por lo que él sabía, y luego consultó su reloj y se levantó y preguntó si podía usar el teléfono para llamar a la comisaría. El teléfono sonó antes de que él lo descolgase. Era el subcomisario. Merrick había dicho a sus hombres dónde estaría. Le recuerdo contestando a la llamada y diciendo a Robin White que él había pasado revista personalmente a las patrullas y que la ciudad en sí estaba tranquila por el momento, ya que casi todas las tiendas del bazar habían cerrado y la gente parecía haberse recluido en sus casas, casi como si hubiera un toque de queda oficial. Luego dijo: «No, estoy aquí porque Miss Manners ha desaparecido.» Hizo que sonara como si yo hubiera *dado parte* de su desaparición, y me pareció que la palabra que había usado era ridicula y, no obstante, cierta. Habló un poco más, luego me tendió el auricular y dijo que Robin quería decirme unas palabras y que le disculpara por no esperar y marcharse inmediatamente. Robin dijo: «Lili, ¿qué pasa con Daphne?» Yo respondí que no lo sabía exactamente, que creía que había ido al club directamente desde el hospital, pero Merrick me había dicho que no estaba allí, o sea que ahora yo también estaba inquieta. Pregunté: «¿Van mal las cosas, Robin?», y él contestó: «Pues mira, Lili, no lo sabemos. ¿Te gustaría venir a pasar la noche con nosotros?» Yo reí y le pregunté: «¿Por qué? ¿La gente está escondiéndose ya en las madrigueras?»

Como probablemente sabe, había un plan para trasladar a las mujeres y niños ingleses a lugares como el club, el hotel Smith y el bungalow del subcomisario si la conjura se ponía realmente en marcha, y por último a los cuarteles si las cosas se ponían tan feas como en la insurrección, que algunos gafes dijeron que se pondrían. Robin había tenido que elaborar el plan con el general Reid, pero era la primera vez que le oía hablar seriamente al respecto. Él dijo: «No, todavía no, pero una o dos de las mujeres cuyos maridos están fuera del acantonamiento han ido al club.» «Bueno», le dije, «es un sitio adonde yo no puedo ir, ¿no es así, Robin?». Él me dijo después que no había sabido muy bien cómo tomárselo, nunca me había oído decir nada agrio. No fue mi intención que sonara así. Se me escapó, simplemente. No fue más que un impulso automático de exponer mi situación. El dijo: «Bueno, telefonéame cuando Daphne vuelva. ¿Me llamarás quizá dentro de media hora en cualquier caso?» Le dije que lo haría. Cuando me separé del teléfono el coche de Merrick ya se había ido. Eran cerca de las nueve. Daphne siempre telefoneaba si en el último momento surgía algo que le impidiese volver a la hora habitual. Pensé, bueno, a lo mejor ha intentado llamar pero no ha conseguido comunicar. Pero en realidad no lo creía. Tenía una sola imagen clara en la cabeza, y era la de Daphne y el joven Kumar en el lugar al que solían llamar el Santuario. Yo nunca había estado allí, lo cual era absurdo. Me horrorizaba, supongo, a pesar de lo que Anna Klauss decía, y me inspiraba horror la mujer que lo dirigía, que se llamaba a sí misma Hermana Ludmila y recogía gente a la que encontraba moribunda en la calle. Resumiendo, fui a la parte de atrás para ver lo que hacían los criados, porque de repente noté que no había ninguno a mano. Habían estado muy taciturnos todo el día. No había ninguno en la cocina; nadie se ocupaba de la cena. Desde la puerta de la cocina grité al otro lado del patio y al cabo de un rato apareció Raju. Dijo que el cocinero no se sentía bien. Yo dije: «Quieres decir que está borracho. Dile que la cena es a las nueve y media o de lo contrario todos tendrán que buscarse un trabajo, tú incluido. *Tu* ocupación está en la parte frontera de la casa, Raju.»

Volví a la sala y me serví un trago, y luego oí a Raju en la parte delantera. Pensé: «Está borracho también *e* inservible. Por el ruido que ha hecho, ese chico estúpido se ha caído de bruces.» Así que salí a reprenderle. No era Raju. Al principio no lo comprendí. Ella estaba a gatas, sobre las manos y las rodillas. Se había caído y herido en las escaleras, pero la caída fue porque ya estaba herida y agotada de correr. Levantó los ojos y dijo: «Oh, tía.» Todavía llevaba su uniforme caqui del hospital. Estaba desgarrado y manchado de barro, y tenía sangre en la cara. Ni siquiera cuando dijo: «Oh, tía», caí en la cuenta de que era Daphne.

En honor del extraño, las luces están encendidas en el jardín de la casa MacGregor. Los arbustos, artificialmente iluminados por la manipulación de una batería de interruptores sobre la pared de la galería, ofrecen un aspecto sorprendentemente teatral. No sopla brisa, pero la inmovilidad de las hojas y ramas no es natural. Al mismo tiempo que esas zonas de resplandor, los interruptores han generado grandes charcos de oscuridad negra como tinta. En ocasiones los hombres y las mujeres con los que hablas, y que se desplazan de un grupo a otro en el césped, aparecen en silueta; si bien el giro de una cabeza revela a veces un destello en un ojo de transparencia líquida y el movimiento de un brazo la estructura del esqueleto de una mano que sostiene un vaso que contiene luz y líquido en igual medida. Pueblan la oscuridad también, extrañamente estáticas y, de forma asimismo extraña, súbitamente galvanizadas, las luciérnagas de las puntas de cigarrillos.

Las personas del jardín son los herederos. En algún lugar, más lejos en el tiempo que en la distancia, el fuego que consumió a Edwina Crane llamea inadvertido, lame y prende. En esta oscuridad iluminada podría percibirse ese fulgor suplementario y oírse, por encima de la charla y el zumbido de conversación intrascendente de la fiesta nocturna, el inquietante chisporroteo de leña.

Había una choza en el terreno trasero del bungalow de Miss Crane. Según el genuino hábito inglés, ella guardaba allí los utensilios de jardinería. Qué típico de ella elegir (un día sin viento en que los primeros calores que siguen al monzón habían secado la madera y la habían preparado para una estación crepitante de contracción y tibieza precursora del clima fresco) un emplazamiento donde un incendio no hubiera amenazado el bungalow mismo. Se encerró dentro, empapó las paredes de parafina, les prendió fuego y murió, debe esperarse, en los pocos segundos que el aire violentamente calentado necesitó para abrasar la respiración de sus pulmones.

La historia cuenta que para este acto de *suttee* favorecedor (que Lady Chatterjee define como una *sannyasa* sin el viaje) se puso por primera vez en su vida un sari blanco, el sari por su país de adopción, el color blanco por la viudez y el luto. Y cuentan que Joseph, al volver con las manos vacías de un recado vano que ella le había encargado, cayó de rodillas en el terreno del patio y gritó a la pira ardiente: «Oh, señora, señora», del mismo modo que, varias semanas antes, Miss Manners, al caer de rodillas, había levantado los ojos y dicho: «Oh, tía.»

De igual manera los seres humanos piden explicaciones de las cosas que les acontecen y del mismo modo se exponen para su análisis escenas y personajes, como juguetes desplegados por niños que se arrodillan, absortos en la ejecución de sus juegos tristes pero necesarios.

Capítulo 3

LA HERMANA LUDMILA

Sus orígenes eran oscuros. algunos decían que estaba emparentada con los Romanov; otros, que había sido una campesina húngara, una espía rusa, una aventurera alemana, una novicia francesa desertora. Pero eran puras conjeturas. Lo que estaba claro, al menos para los europeos de Mayapore, era que, por muy santa que pudiese parecer ahora, no tenía derecho a autotitularse hermana. Las iglesias católica y protestante le negaron el reconocimiento, pero aceptaron su existencia porque ella había ganado hacía mucho tiempo la batalla del hábito, al declarar al airado sacerdote católico que se presentó para exorcizar aquella abominación particular que ella misma había diseñado las ropas que llevaba y que, a pesar de que una religión genuina tuviese una categoría superior y mayores pretensiones en la vida eterna, no podía arrogarse el privilegio exclusivo del recato ni de una vulnerabilidad especial a la insolación: de ahí que ella luciese la larga túnica liviana de fino algodón gris (sin adorno de cruz ni cordón penitencial, y atada a la cintura por medio de un cinturón ordinario de cuero asequible en cualquier bazar), y la toca de ancho vuelo y de lino almidonado que resguardaba del sol su cuello y sus hombros y se distinguía en la noche más oscura.

—Pero usted misma se. llama Hermana Ludmila —dijo el sacerdote.

—No. Son los indios los que me llaman así. Si tiene usted algún reparo, comuníqueselo a ellos. De todos modos, hay un refrán que dice: De Dios nadie se burla.

En aquellos tiempos (1942), todos los miércoles por la mañana, la Hermana Ludmila emprendía la marcha a pie desde el racimo de edificios viejos donde alimentaba a los hambrientos, atendía a los enfermos y limpiaba y consolaba a quienes, privados de su nocturna expedición de recogida, hubieran muerto en la calle.

Llevaba una bolsa cerrada de cuero atada a su cinturón por una cadena. Detrás de ella caminaba un indio joven y dormido que enarbolaba una vara.. Rara vez era el mismo al cabo de más de un mes o dos.

El señor Govindas, director de la sucursal que tenía en Mayapore el Banco Imperial de la India en el acantonamiento, y que era el lugar adonde

ella se dirigía en aquellas excursiones de los miércoles, le preguntó en una ocasión: «Hermana Ludmila, ¿de dónde sale ese chico?»

—Del cielo, supongo.

—¿Y el que le acompañaba el mes pasado? ¿También venía del cielo?

—No —respondió la hermana Ludmila—. Salió de la cárcel y hace poco ha vuelto a entrar.

—Es precisamente lo que estoy advirtiendo —señaló Govindas—: el peligro de confiar en un muchacho simplemente porque es lo bastante fuerte para protegerla.

La Hermana Ludmila se limitó a sonreír y le entregó el cheque para hacerlo efectivo.

Semana tras semana iba a ver a Govindas para cobrar doscientas rupias. Los cheques iban extendidos contra el Banco Imperial de la India en Bombay. El Banco Imperial hace mucho que se ha convertido en el Banco Nacional, y hace mucho que Govindas se ha jubilado. Conserva, sin embargo, una memoria puntual. Puesto que ella nunca pagaba en metálico y Govindas sabía que también pagaba con cheque sus transacciones, solamente pudo presumir que o bien era dueña de una gran fortuna o bien recibía regularmente abonos en cuenta de alguna otra parte. En la orden que desde hacía muchos años llegaba de la sucursal de Bombay autorizando el pago en efectivo en Mayapore figuraba el nombre de Sra. Ludmila Smith, y los talones estaban firmados en conformidad con dicho nombre. Sonsacando a un amigo de Bombay, Govindas descubrió finalmente que el dinero procedía de un pequeño principado y podía considerarse como una especie de pensión, porque el marido de Ludmila Smith, de quien se decía que había sido ingeniero, había muerto cuando figuraba en la nómina del soberano. Cobraba las doscientas rupias del modo siguiente: cincuenta en billetes de 5 rupias, cien en billetes de una y cincuenta en calderilla. Govindas calculaba que la mayor parte de las monedas sueltas y una proporción considerable de los billetes de una rupia eran distribuidos a los pobres, y el resto destinado a sueldos de sus ayudantes y a compras ocasionales en el mercado. Sabía que mayoristas de la zona le suministraban la carne, los cereales y las verduras según cuenta saldada mensualmente, y que las medicinas las compraba en la farmacia del Dr. *sahib* Gulab Singh con un descuento comercial del 12 %, más un 5 % por liquidación mensual. Sabía que la Hermana Ludmila bebía únicamente un vaso de zumo de naranja al día y hacía una sola comida de arroz o legumbres por la noche, con requesón de postre, salvo los viernes, en que comía un modesto curry de verduras, y las festividades religiosas cristianas, en que tomaba pescado. Sus ayudantes y el yantar de los famélicos consumían el resto de los alimentos. Sabía de ella muchas cosas de este género. A veces pensaba que si se decidiera a poner por escrito todas las cosas que sabía o había oído decir de ella llenaría varias páginas de los pliegos que utilizaba el banco. Pero aun sabiendo todo esto seguía creyendo que no conocía nada de importancia. En Mayapore, en 1942, Govindas no era el único en sustentar esta creencia.

Su edad, por ejemplo. En fin... ¿qué edad tenía la Hermana Ludmila? Debajo de los pliegues, dobleces y vuelos monjiles de su lino almidonado, habitaba su cara, que algunos describían como inescrutable, una perenne luz aséptica y reverente. Poseía las manos de una mujer que siempre había dirigido el trabajo de otros. El tiempo apenas las había alterado. Un anillo sencillo, un aro de oro, decoraba su dedo anular. Un babero de cuello alto y de lino blanco almidonado protegía su garganta y le cubría asimismo el

pecho y los hombros. Tenía ojos oscuros y hundidos, y sus pómulos daban impresión de ser prominentes: una prueba, quizá, de sangre magiar. Su voz, igualmente grave y oscura, casaba con sus ojos. Su inglés era suelto, aunque algo entrecortado, y hablaba un hindi infame de bazar. Govinda había oído decir a los ingleses que su inglés tenía acento germánico. Se decía también que estaba en posesión de un pasaporte francés y otro británico. A simple vista se le calculaban unos cincuenta años, cinco arriba o abajo.

Una vez cobradas las doscientas rupias, y después de haberlas guardado en la bolsa de cuero atada con una cadena a la cintura, la Hermana Ludmila deseaba un buen día al señor Govindas, le daba las gracias por acompañarle personalmente desde lo más profundo de su santuario hasta la puerta y emprendía el regreso a casa, escoltada por el joven de turno, que había pasado los aproximadamente diez minutos que ella tardaba en cobrar su cheque sentado en cuclillas fuera, en la calle, de palique con cualquiera que por azar estuviera también esperando o matando el tiempo. La conversación que mantenían el guardaespaldas y sus fortuitos interlocutores era, por lo general, soez. Los otros hombres querían saber si la loca-de piel blanca no le había invitado todavía a compartir su lecho o cuándo planeaba exactamente largarse con los cuartos que ella le pagaba por proteger. Este desenfado no escondía malicia, pero por detrás podría haberse detectado siempre una nota de negra incertidumbre. Para un hombre saludable, la actividad de la Hermana Ludmila guardaba una relación demasiado estrecha con la muerte para resultar cómoda.

Desde la sucursal del Banco Imperial en Mayapore, situada en la calle Victoria, cuyos soportales eran el principal centro comercial del acantonamiento europeo, el trayecto de regreso de la Hermana Ludmila al Santuario la obligó a atravesar el barrio euroasiático, pasar por delante de la iglesia de la misión y cruzar el paso a nivel cuya apertura, al igual que Miss Crane —a quien ella había saludado con la cabeza, pero con quien jamás había hablado—, a veces tenía que esperar antes de proseguir a través del concurrido puente de Mandir Gate. Traspasado el río, hizo un alto a la puerta del templo Tirupati y repartió dinero a los mendigos y a los leprosos sentados con las piernas cruzadas, que exhibían en el tronco las ronchas rosas de su enfermedad y levantaban brazos podados como ramas de árbol. En aquel lado del río el sol parecía golpear más feroz e indiscriminadamente, como si los hedores de la pobreza y la suciedad se malgastaran a la sombra. El color era despojado de la ventaja de su singularidad, su sorpresa. A ras de suelo, el espectro se contraía en gamas de grises y amarillos desteñidos. Hasta la flor escarlata en una trenza de mujer, a falta de un verde complementario que lo moderase, se diluía en un marrón insípido. Aquí, la toca blanca almidonada de la Hermana Ludmila parecía un pájaro prehistórico milagrosamente alzado y que flotase, cabrillease y se balancease, visible desde lejos.

Más allá del templo, la calle se bifurca en dos más estrechas. En el vértice un árbol sagrado cobija un altar, vacas que rumian, ancianos y mujeres que se llevan los dedos a las ventanillas de la nariz. Al principio de la calle que se desvía hacia la derecha, en dirección a la cárcel, el cine Majestic anuncia una historia épica del Ramayana (entonces como ahora). El brazo izquierdo de la bifurcación es más angosto, más oscuro y conduce, a través de las tiendas con la puerta abierta, al bazar Chillianwallah. Por esta calle avanzó, hace tantísimo tiempo, la Hermana Ludmila, con el muchacho a su zaga y

una docena de niños corriendo a su lado y hacia ella, con la esperanza de recibir un *anna.* Caminaba erguida, con la bolsa cerrada en sus brazos cruzados, y sin hacer caso de los gritos de los tenderos exhortándole a comprar *pan,* telas, agua mineral, melones o jazmín. Al final del camino giró a la izquierda y entró en el bazar Chillianwallah por el arco abierto en el alto muro de hormigón que lo rodea.

En el centro de la zona amurallada hay mercados de carne y de pescado: amplios almacenes abiertos por un costado, con suelo de cemento y techo inclinado de láminas de chapa ondulada, sostenido por columnas de hormigón. Al aire libre, alineadas a lo largo de los muros que cierran el recinto, unas mujeres han extendido sobre esteras su arco iris de verduras y especias, y sentadas entre ellas sostienen sus ociosas balanzas, como otras tantas figuras apiñadas de justicia mercantil, con los penetrantes ojos sin vendar. A una de ellas la Hermana Ludmila le compró chiles verdes, y siguió su camino hasta alcanzar la salida, al otro lado de la plaza tapiada. Aquí, antes de franquearla, se desvió y subió un tramo de trastabillantes escaleras de madera hasta una puerta abierta en la planta superior de un edificio —un almacén, evidentemente— cuyo flanco, en este punto, forma parte de la muralla del bazar. En la fachada del edificio un letrero en caracteres azules sobre un descolorido fondo blanco anuncia: «Romesh Chand Gupa Sen, mayoristas.» Su guardaespaldas esperó al pie de las escaleras y fumó un *bidi,* nuevamente en cuclillas, impaciente por esta interrupción inusual en el trayecto a casa. Al cabo de diez minutos, la Hermana Ludmila salió por la puerta, bajó las escaleras y encabezó la marcha hacia la salida del bazar, a través de otro laberinto de callejuelas y callejones de viejas casas musulmanas con los postigos de las ventanas cerrados arriba y las puertas cerradas al ras de la calle; hasta que, bruscamente, las viviendas dieron paso a un terreno abierto donde estaban (y aún están) las chozas y las cabañas desperdigadas de los intocables. Allende las chozas hay un depósito de agua estancada sobre cuya orilla más distante han puesto a secar los largos saris de colores y los andrajos lúgubres que pertenecen a mujeres de piel oscura, con pulseras y las piernas desnudas, que se bañan y bañan sus ropas con el agua a la altura de los muslos. Hay tres árboles, pero por lo demás la tierra parece un erial desolado. Los cuervos graznan, aletean y giran en vuelo hacia el río, que no es visible desde el sitio por donde caminaba la Hermana Ludmila, pero puede olerse y percibirse, pues detrás de un montículo la tierra desciende y reaparece un poco más lejos. En la ribera opuesta están los hangares y las instalaciones que pertenecen al ferrocarril. El camino que la Hermana Ludmila había seguido corre más o menos paralelo al curso serpenteante del río y lleva a una abertura sin puerta en una pared derruida que rodea a una explanada. En ella, agazapadas, hay tres construcciones de una sola planta, reliquias de principio del siglo xix, antaño donadas pero recompuestas, de un color blanco al temple, tranquilas, silenciosas, desnudas, funcionales y acompañadas (en estos tiempos) de un cuarto edificio de diseño moderno. Era el Santuario, rebautizado desde entonces.

¿Hermana Ludmila? ¿Hermana? (Una pausa.) Lo he olvidado. No, lo recuerdo. Ponte las prendas del pudor, dijo Él. El sacerdote que vino estaba muy enfadado. Le ahuyenté. Cuando el cura se marchó pregunté a Dios si había obrado juiciosamente. Juiciosamente y bien, dijo Él. Y se rió. Le gustan los chistes. Si Dios no es feliz nunca, ¿qué posibilidades de felicidad

tenemos nosotros? Esas caras largas, dolorosas, que ponemos. Nunca una sonrisa cuando oramos. ¿Cómo se puede soportar la idea de la eternidad si en el cielo está prohibido reír? ¿O, si vamos a eso, si está permitido llorar? ¿No es nuestra capacidad de reír y llorar la medida de nuestra humanidad? No importa. No ha venido usted por eso. No se lo he agradecido. Así que lo hago ahora. En estos tiempos hay pocas visitas, y a las que vienen no puedo verlas. Cuando se han ido, Él me las describe. «Lamento lo de tus ojos», dijo Él, «pero no puedo hacer nada, a menos que quieras un milagro». «No», dije yo, «un milagro no, gracias. Me acostumbraré y espero que Tú me ayudes». En definitiva, cuando has vivido muchos años y apenas puedes moverte con ayuda de bastones, y pasas casi todo el día en cama, los ojos no sirven de mucho. Harían falta tres milagros; uno para los ojos, otro para las piernas y un tercero para quitarme veinte años de encima. ¡Tres milagros para una anciana! ¡Qué desperdicio! «Además», le dije, «los milagros son para convencer a los incrédulos. ¿Por quién me tomas? ¿Por una descreída?».

Será interesante, cuando usted se haya ido, descubrir quién es y qué aspecto tiene. Quiero decir desde Su punto de vista. Casi es un alivio haber perdido la vista. Ahora me siento más cerca de Dios. En estos tiempos es divertido hacer que me describan el día primero uno de los ayudantes y después Él mismo. «Está lloviendo», dicen; «Hermana, ¿no oye la lluvia sobre el tejado?». «Hoy ha hecho un tiempo caluroso y seco», me dice Él cuando ellos se han marchado y he rezado mis oraciones para llamarle. Siempre atiende mis rezos. Por muy ocupado que esté, encuentra tiempo de hacerme una visita antes de dormir. Habla sobre todo de los viejos tiempos. «Hoy, con el calor y la sequedad, has ido al banco», me dice, «¿verdad que te acuerdas? ¿Recuerdas qué alivio cuando Govindas te ha aceptado el cheque y se lo ha dado al empleado y éste ha venido con las doscientas rupias? ¿Y te acuerdas de que me has dado las gracias? ¡Gracias a Dios!, has dicho con una voz que sólo yo he podido oír, no han retenido el dinero; y has recordado aquellos días de Europa y a tu madre diciendo: "Han retenido el dinero, voy a morirme de hambre, mi destino no es la opulencia."». Amaba a mi madre. Me parecía hermosa. Cuando estaba de suerte, daba dinero a las Hermanas. Van vestidas así, me dijo, en respuesta a mi pregunta, porque son las prendas del recato que Dios les ha ordenado que se pongan.

Un día las Hermanas pasaron por delante. «Hermana», dijo mi madre a una de ellas, «aquí tiene algo para su hucha». Pero ellas siguieron andando. Mi madre las llamó. Hacía poco que había tenido una racha de suerte. La recuerdo diciéndome: «Esta semana he tenido una racha especial de suerte.» Compró unos guantes y sabrosa carne roja. Hubiera dado dinero a las Hermanas, pero pasaron de largo. Ella les gritó: «¿No somos todas criaturas del azar? ¿Hay una moneda más corrompida que otra?»

¿Comprende...? Sí, usted comprende. Lo que le estoy contando fue en Bruselas. Recuerdo que había un apartamento confortable y otro pobre. Pronto volveremos a San Petersburgo, solía decir mi madre, pero otras veces decía que volveríamos a Berlín, y otras a París. ¿Dónde vivimos realmente, me preguntaba yo, de dónde somos? Había en nuestra vida una sensación de provisionalidad. Hasta una niña de seis años podía captarla. Desde entonces siempre la he sentido. Soy seis años mayor que el siglo. Era 1900. Recuerdo a mi madre diciendo: «Hoy es el primer día del nuevo siglo.» Fue un momento emocionante. Teníamos guantes, abrigos calientes y zapatos sólidos. La magia de la Navidad reinaba todavía en las calles. En la cara de todo el mundo veía un aire de satisfacción por el principio de un nuevo siglo.

Mi madre dijo: «Éste será nuestro año de suerte.» ¡Oh, el calor de nuestras manos enguantadas juntas! Nuestro cálido reflejo en los escaparates de las tiendas, mi madre inclinándose para susurrarme una promesa o una ilusión, su dedo enguantado en el cristal, señalando una caja de frutas escarchadas en un nido con papel de flecos. Un caballero con un abrigo de cuello de piel levantó el sombrero para saludarnos. Mi madre hizo una reverencia. Recorrimos la calle concurrida. Había un parque, y un lago congelado, y un puesto que vendía castañas asadas. Quizá eso fue otro invierno, otro lugar. Todas las cosas bonitas que me ocurrieron de niña parecen juntarse y apretarse, y las recuerdo como si hubieran sucedido aquel primer año de nuestro nuevo siglo de fortuna; nuestro nuevo año de suerte después de unas Navidades calientes y con buena comida en que un caballero que fumaba un puro me regaló una muñeca de pelo rubio y brillantes ojos azules. Las cosas ingratas que me sucedieron las recuerdo como si hubieran ocurrido el día en que las monjas se negaron a aceptar la limosna de mi madre. Creo que yo era entonces algo más mayor. Seguramente fue en la época del apartamento pobre. Con el dinero que las Hermanas habían rechazado, mi madre me compró azúcar cande y peladillas. La observé dando las monedas corrompidas al dependiente y cogiendo las bolsas a cambio. Ella me las sostuvo en una de sus manos enguantadas. Las golosinas me dieron miedo porque habían sido compradas con dinero que las monjas habían rechazado, y era lo mismo que dinero rechazado por Dios, porque yo pensaba que las monjas estaban en comunicación directa con Él. ¿Por qué van vestidas así? Era la pregunta que yo había hecho. Y mi madre dijo que iban vestidas así porque Dios les había ordenado que se pusieran las prendas del recato. Cualquier cosa que hicieran las Hermanas tenía el sello de la especial autoridad divina. Yo no conocía plenamente el significado de corrompido, pero si el dinero para pagar las golosinas estaba contaminado, entonces había contaminado los dulces y los guantes de mi madre. Mi propio guante sujeto por el suyo también se habría corrompido, y la contaminación rezumaría a través del cuero blando hasta mi palma. Pero lo peor era el sentimiento de que Dios no quería saber nada de nosotras. Las Hermanas eran Sus instrumentos especiales. Las había utilizado para darnos la espalda.

¡Ah, pero de repente entendí la verdad! ¿Cómo podía haber sido tan ciega? ¡Qué enfadado tenía que estar Él con ellas por haber rechazado el dinero que mi madre les había ofrecido! No estaba segura de lo que era el recato, pero si había habido un momento en que El no había tenido más remedio que ordenar a las monjas que llevaran esa ropa, ¿no había sido una señal más de castigo que de gracia? ¿No era también la ropa de la penitencia? ¿Qué habían hecho para que las obligaran a ponérsela? ¿Qué ropas aún más horribles les mandaría Dios que se pusieran ahora, como nuevo castigo? Habían rechazado el dinero. El dinero era para ayudar a las personas a quienes Él decía que había que ayudar, los pobres, los hambrientos. ¡Y qué pobre, qué hambrienta tenía que ser aquella gente si era más pobre que nosotras y pasaba hambre todo el tiempo! Y las monjas, que iban por la calle con un vestido que delataba una culpa anterior, habían condenado a aquellas personas a una indigencia aún mayor y a un hambre más aguda. ¿Les pondría Él ahora una fea marca roja en la frente para que los pobres pudieran apartarse de su camino al verlas acercarse? ¿O les haría vestirse de tal modo que no se atrevieran a mostrarse por miedo a que se rieran de ellas o les lanzaran piedras? Aferré la mano de mi madre. Le dije:

«Mamá, ¿qué va a hacerles Él?» Ella me miró fijamente, sin comprender, por lo que repetí: «¿Qué hará? ¿Qué les hará Dios esta vez a las monjas?» Ella no respondió nada, pero echó a andar de nuevo, apretando mi mano firmemente. Pasamos por delante de una mendiga. Yo me quedé atrás. «Tenemos que darle parte del azúcar», dije. Mi madre se rió. Me dio una moneda. La deposité en la mano sucia de la mujer. Ella dijo: «Dios te bendiga.» Yo estaba asustada, pero teníamos buenos zapatos, guantes y abrigos calientes y la bendición de Dios, y le habíamos resarcido de la mala acción de las monjas. El fuego estaría encendido en la parrilla de casa y todavía no habíamos comido el azúcar cande y las peladillas. Pregunté a mi madre: «*¿Éste* es nuestro año de suerte?» Por primera vez sentí que sabía lo que significaba suerte. Era un calor en el corazón. Sin darte cuenta descubrías que estabas sonriendo y no recordabas lo que te había hecho sonreír. Yo había visto muchas veces esa clase de sonrisa en los labios de mi madre.

¿El Santuario? Sí, ha cambiado. Ahora es para niños huérfanos. Hay un edificio nuevo y una junta directiva de indios caritativos. Quedan pocos que recuerden aquel nombre antiguo, el Santuario. Por la gracia de Dios me han permitido quedarme, acabar mi vida en esta habitación. A veces los niños vienen a la ventana y miran a través de ella, medio asustados y medio divertidos por la anciana que ven postrada en la cama. Oigo sus susurros y puedo imaginarme cómo levantan la mano de repente para taparse la boca y ahogar una risa. Oigo cuando uno de los ayudantes les llama, y luego el correteo de sus piececitos descalzos y después, más lejos, sus gritos, que me indican que ya se han olvidado de una imagen que les ha parecido tan cautivadora y tan graciosa. Hay una chiquilla que me trae las caléndulas de olor agridulce y cuyas hojas y tallo son ligeramente pegajosos al tacto. Sus padres murieron de hambre en Tanpur. No los recuerda. Le cuento historias del Ramayana y cuentos de Hans Andersen, y percibo el modo en que sus ojos permanecen fijos y maravillados, viendo más allá de mí el universo de leyenda y fantasía, la realidad detrás de la ilusión. Qué bendición es la ceguera para los viejos. Ahora se la agradezco a Dios. Hubo una época en que lloré, porque siempre había amado contemplar el mundo, aunque sequé mis lágrimas y no Le molesté con ellas, sino que Le sonreí y Le dije «¡Buena suerte!» cuando entró en la habitación a decirme que lo lamentaba. «Buena suerte», le dije, «el mundo que has creado es un lugar maravilloso. ¿Cómo es el cielo?». «Pues igual que esto, Hermana Ludmila», dijo Él. Ha cogido la costumbre de llamarme así para recordar el pasado y quizá por Su propio gusto. «¿Estoy perdonada?», le pregunté. «¿Por qué?», quiso saber Él. «Por llamarme Hermana yo misma, por permitir que me lo llamasen, por ponerme las prendas del recato.» «¿Qué disparates son ésos?», preguntó Él. «Mira, imagínate que hoy es miércoles. Ha hecho un día caluroso y seco y Govindas te ha aceptado el cheque. ¿Por qué crees que Govindas iba a aceptarlo y yo negarme a pagártelo?» Ya ve usted, Él es un importante Hombre de mundo.

Pero usted no ha venido a hablar de esto. Perdóneme. Permita, con todo, una observación a una anciana ciega. Su voz es la de un hombre para quien la palabra Bibighar no es un fin en sí mismo ni describe un caso que puede abrirse a tal y tal hora y cerrarse tal y tal día. ¿Me permite otra observación? ¿Que, dadas las pruebas materiales, usted posee también el entendimiento de que un suceso histórico concreto no tiene un principio definido ni un final satisfactorio? ¿Que es como si el tiempo fuera encastrado? ¿Es ésa la

palabra correcta? ¿Como si el tiempo fuera encastrado y el espacio ensamblado? Casi como si Bibighar no hubiera ocurrido todavía, y sin embargo ha ocurrido, de forma que al instante el pasado, el presente y el futuro están contenidos en el hueco de la mano. El itinerario por el que ha venido, la puerta por la que ha entrado, los edificios que ha visto aquí en el Santuario son para mí, a pesar del cuarto edificio nuevo, el mismo itinerario que seguí, los mismos edificios a los que regresé cuando traje el cuerpo fláccido del joven Coomer al Santuario. Coomer. Harry Coomer. A veces se deletreaba Kumar. Y Harry se deletreaba Hari. Era un muchacho moreno y de piel marrón oscuro, una criatura de la oscuridad. Guapo. Cuánto vigor. Le vi sin camisa, lavándose en la bomba. La antigua bomba. Ha desaparecido. ¿Se imagina dónde estaba, debajo de los cimientos del nuevo edificio, que sé por las descripciones que la gente hace que parece una fantasía de Le Corbusier?

... Pero en los viejos tiempos, antes de Le Corbusier, solamente la bomba... y el joven Kumar lavándose allí, a la mañana siguiente de haberle encontrado tendido como un muerto en el erial cerca del río y haberle traído a casa en la camilla. Llevábamos siempre la camilla en nuestras expediciones nocturnas. Cuando volvió en sí le examinó De Souza. Y se rió. «Éste está borracho, hermana», me dijo. «Todos los años que llevo trabajando con usted me he dicho: una noche tumbaremos en la camilla y llevaremos a casa a un borracho.» De Souza. ¿Es un nombre nuevo para usted? Era de Goa. Había sangre portuguesa en algún recodo de sus venas, pero de muy antiguo. Una de cada dos familias se apellida De Souza en Goa. Era moreno, uno o dos tonos más moreno que el joven Kumar. Usted prefiere que lo pronuncie Kumar. ¿Y por qué no? Oyéndole hablar a él hubiera pensado que se llamaba Coomer. Pero si le veía, en fin, era imposible que se apellidase así. Y su apellido exacto era Kumar, desde luego. Una vez me dijo que se había vuelto invisible para los blancos. Pero yo vi cómo le miraban a hurtadillas mujeres blancas. Era guapo al estilo occidental, a pesar de su piel oscura.

Y así fue con el policía. El policía también le vio. Siempre recelé de aquel policía. Rubio, también bien parecido, también vigoroso, con los brazos rojos y cubiertos de pelillos rubios y ojos azules, de ese azul pálido que tienen las muñecas de juguete; tenía buena presencia, pero no olía bien. Para mí, que conocía el mundo, olía mal todo él. «¿Y quién es ése?», preguntó. «¿También es uno de sus ayudantes? ¿Aquel chico? ¿El que se está lavando en la bomba?» Fue la mañana en que el policía vino al Santuario; seis meses antes del caso de Bibighar. Estaban buscando a un hombre. No me pida que recuerde quién era o qué había hecho presuntamente. Publicado un libelo sedicioso, incitado a los obreros a la huelga o a la insurrección, resistido a la detención, huido de la cárcel. No lo sé. El *raj* inglés podía hacer cualquier cosa. La provincia estaba otra vez al mando del gobernador inglés porque el ministerio del Congreso había dimitido. El virrey había declarado la guerra. Entonces el Congreso dijo: No, nosotros no declaramos la guerra, y se había retirado del ministerio. Todo lo que ofendía era un delito. Podían encarcelar a un hombre sin juicio. Incluso era delictivo que los tenderos cerraran su comercio a una hora no designada para ello. Ahora produce incredulidad oír estas cosas, leerlas, analizarlas. Entonces no era así. Nunca es así.

Y allí estaba aquel Merrick, el policía de brazos rojos y velludos y ojos azules de porcelana, observando a Kumar en la bomba del mismo modo que

más adelante vi a Kumar observado en otras ocasiones. No lo entendí totalmente. Y aun si me hubiera dado perfecta cuenta, ¿qué podría haber hecho? ¿Prever? ¿Intervenir? ¿Ordenar las cosas de manera que el asunto de Bibighar, seis meses después, no hubiera ocurrido?

Para mí el caso Bibighar comenzó la noche en que encontramos al joven Kumar en el erial cerca del río, tumbado como si estuviese muerto. A cierta distancia estaban las chozas y las casuchas de los parias, pero era tarde y no había luces encendidas. Lo encontramos por casualidad, al volver del rastreo nocturno del bazar por el camino del templo Tirupati y la orilla del río, un trayecto que nos llevó por el otro lado del depósito donde lavan sus ropas las mujeres intocables, como usted habrá visto al venir aquí. Intente vernos como íbamos siempre, De Souza delante con una linterna, detrás yo y detrás de mí el chico con una camilla plegada al hombro y una vara sólida en la mano libre. Sólo nos atacaron una vez, pero echaron a correr en cuanto el chico tiró la vara al suelo y corrió tras ellos, haciendo girar la camilla enrollada por encima de la cabeza como si no pesara nada. Pero era un buen muchacho. Al cabo de un mes, la clase de chico que yo necesitaba para cargar la mayor parte del peso de la camilla se hartaba, y cuando un muchacho así se aburría, normalmente, empezaba a maquinar alguna diablura. Nunca les prometía más que cuatro o cinco semanas de trabajo. Hacia el final de ese plazo yo comenzaba a mantener los ojos abiertos en busca de otro joven que vagabundease por el bazar, robusto y recién llegado de su pueblo o algún distrito remoto, un mozo que buscara trabajo en un lugar donde creía que la fortuna estaba al alcance de la mano. A veces se presentaba él mismo, porque le habían dicho que se podía ganar dinero fácil con la loca de piel blanca que merodeaba de noche por las calles recogiendo a los muertos y a los moribundos. En ocasiones el chico anterior estaba celoso del nuevo y tramaba maldades contra él, pero por lo general el viejo estaba deseando irse, con una gratificación en el bolsillo y una nota dirigida a quien pudiese interesarle ensalzando su diligencia y probidad. Al ver a los soldados de los cuarteles algunos de los muchachos se alistaron, otros se hicieron criados de los oficiales, uno fue a la cárcel y otro a la capital de la provincia para convertirse en agente de policía. La policía iba con frecuencia al Santuario. El chico que ingresó en su cuerpo había visto y admirado el uniforme y el aire de autoridad. Los policías de los pueblos son vecinos del lugar. No tienen tanto encanto para un joven como la policía de la ciudad. Algunos de esos muchachos me enviaron cartas para contarme cómo les iba. Siempre me conmovían esas cartas porque todos ellos eran analfabetos y habían pagado una buena suma a un escriba para mandarme unas líneas. Uno solo de los chicos volvió al Santuario para mendigar.

Caminábamos en la oscuridad.

—Allí —grité a De Souza—, encienda la linterna, allí, en la zanja. Yo tenía una vista más aguda que nadie en aquella época. Conocía cada pulgada del camino, dónde había un montículo o una sombra, dónde no había ninguno o ninguna. Hay imágenes que se te quedan fuertemente grabadas, aun después de muchos años; imágenes emparejadas con el sentimiento que experimentaste al mismo tiempo. A veces sabes que esa imagen ha sido seleccionada para acompañarte siempre en la memoria entre centenares que ves todos los días. Ah, piensas, me acordaré de esto. Pero no. No es del todo exacto. No lo piensas. Es una sensación, no un pensamiento, una sensación como un cambio de temperatura para el que no hay explicación, y solamente algún tiempo después, al olvidar la sensación, piensas: supongo que siempre

me acordaré de esto. Así fue, mire, aquella primera noche con el joven Kumar. Su cara a la luz de la linterna; nosotros dos arrodillados en la zanja. Encima de nosotros, el chico con la camilla plegada oblicuamente sobre el hombro, un joven gigante, oscuro contra las estrellas. Yo debí de alzar los ojos y pedirle que tuviese las parihuelas preparadas. El olor del río era muy intenso. En una noche silenciosa, cuando la tierra ya se ha enfriado, el agua sigue caliente y el olor es fuerte cerca de las orillas. Cuando hay viento ese olor llega al Santuario. El caudal fluye río abajo desde el templo y pasa por delante del lugar designado para los parias. Al entrar en el río por cualquier razón en este punto, los parias no contaminarán el agua en que se bañan los hindúes de casta, pero esto prescindiendo de la contaminación de otras ciudades que se encuentran aguas arriba de Mayapore. En el erial donde nos arrodillamos, en la zanja, el olor del río se mezcla con el del estiércol. Al amanecer, los intocables evacuan allí los intestinos. Si no cuentas con la bendición de Dios, ese lugar es terrible. Pobre Kumar. Allí tendido. En un sitio de degradación humana. La India es un país donde los hombres morían, y todavía mueren, a la intemperie, por falta de socorro, de refugio, por falta de respeto a la dignidad de la muerte.

—¿Quién es, señor De Souza? —pregunté. Era la pregunta usual. Él conocía a mucha gente. Era el primer paso en el proceso de identificación. A veces él conocía. A veces conocía yo. A veces el chico de la camilla. En ocasiones se trataba, por ejemplo, de un hombre de quien se sabía que se estaba muriendo de inanición o agonizando a causa de una enfermedad, un hombre que no iría al hospital ni vendría voluntariamente al Santuario, un hombre cuya familia había muerto o se había perdido o desperdigado, y que ya no esperaba nada del mundo, sino únicamente una reencarnación más feliz o una eternidad de olvido. Pero por lo general sabíamos dónde encontrar a esos hombres —o a esas mujeres—, y llegaría la noche en que serían tendidos sobre la camilla, más allá de la protesta, más allá de la derrota, y trasladados al Santuario. Los sacerdotes bramanes, mediando un estipendio, se ocuparían de proporcionar un reposo conveniente a esas personas en cuanto hubiesen muerto. Los hindúes se llevaban a sus muertos, los mahometanos los suyos, el Estado los suyos. Los del Estado eran los que encontrábamos moribundos y que no eran identificados. Esos cadáveres se llevaban al depósito y, si nadie los reclamaba, al cabo de tres días se entregaban a los estudiantes de los hospitales. Todas las mañanas venían al Santuario mujeres cuyos maridos, hijos y, a veces, supongo, amantes, no habían ido a casa la noche anterior. Y a menudo también la policía. Pero todo aquello no era de mi incumbencia. Dejaba esos trámites en manos de De Souza. Yo me ocupaba de los moribundos, no de los muertos. Por los muertos no podía hacer nada. Por los moribundos, lo poco que ni yo ni las monjas habíamos podido hacer por mi madre: una cama limpia, una mano que aferrar, una palabra a través de capas de inconsciencia que alcanzara y entibiara el frío centro declinante del alma que partía.

—¿Quién es? —pregunté a De Souza. Era un hombre de buen corazón y de talento, un antiguo católico que no percibía del santuario más que la cama, el sustento y la ropa.

—No lo sé —dijo. Volteó al joven Kumar para ver si tenía heridas en la espalda. Le habíamos encontrado tendido parcialmente de costado, que no es la postura habitual de un borracho. Alguien, por lo visto, se nos había adelantado y le había registrado los bolsillos; fuera quien fuese la persona de las chozas que le había visto trastabillar por la orilla del río, había vuelto ya

a su casa, tras apropiarse de su cartera, había apagado la luz y fingía dormir. Desde las casuchas montaban vigilancia, reinaba en ellas un silencio anómalo.

Y dimos nuevamente la vuelta a Kumar y le alumbramos otra vez la cara con la linterna. Y eso es lo que recuerdo. Ésa es la imagen. La cara inmutable a pesar de que habíamos volteado el cuerpo una, dos veces. Los ojos cerrados, el pelo negro ensortijado sobre la frente, que incluso en aquel estado de insensibilidad del joven parecía arrugada por la cólera. ¡Oh, qué determinación de rechazo! Era una expresión que en aquellos tiempos se veía muchas veces en la cara de los indios jóvenes. Pero en Kumar cobraba una fuerza insólita. Le tumbamos en la camilla. Guié a la comitiva en el trayecto hasta aquí. Le trajimos a esta habitación donde yo estoy acostada y usted está sentado. Antiguamente era el despacho de De Souza. Yo tenía una habitación en el edificio contiguo, donde estaba la clínica y donde está ahora la enfermería delos niños. Y aquí, en esta misma habitación, De Souza, al inclinarse sobre el joven Kumar, se rió de repente.

—¡Éste está borracho, hermana! —dijo—. Es lo que he estado esperando en todo este tiempo que llevo con usted. Descubrir que sólo habíamos traído a casa el desecho inútil de un hombre borracho.

—Éste —dije yo— no es más que un muchacho. Para haberse emborrachado así tiene que ser muy infeliz. Déjele descansar.

Y el chico descansó. Antes de acostarme recé por él. Todas las noches, al ir a la cama, me llevaba conmigo el recuerdo de la cara de uno de los recogidos, y casi me complació que por una vez fuese la de un joven que no estaba agonizando ni herido. íbamos, ¿sabe usted?, a sitios donde la policía nunca iba por miedo a que la atacasen, y por eso traíamos a veces a personas heridas o lastimadas. En tales casos dábamos parte a la policía. Algunas veces venían por iniciativa propia, como a la mañana siguiente de haber recogido al joven Kumar. Pero hasta ese día no había venido nunca el superintendente del distrito. Si hubiera venido la víspera o el día después, quizá no hubiese habido nunca Bibighar. Usted podría haberme mencionado ese nombre, Bibighar, y yo no habría tenido una impresión más intensa que la de unas ruinas y un jardín. Pero Merrick vino esa mañana en manga corta, enseñando sus brazos colorados y con aquella claridad en sus ojos azules, la resolución de no perder detalle, una locura, una intención de encontrar pruebas. Ah, ¿pero de qué?

—Quiero ver —dijo— a la mujer que se llama a sí misma Hermana Ludmila.

Y De Souza contestó:

—Somos nosotros los que la llamamos así.

De Souza no tenía miedo a nadie. Yo estaba ahí, en el cuartito de al lado, donde ahora amontonan la ropa de los niños, los libros, el material de escritorio, los juegos, las pelotas de goma y los bates de cricket, pero entonces guardábamos bajo siete llaves las medicinas especiales del doctor *sahib* Gulab Singh y la caja de caudales para el dinero que yo sacaba todas las semanas de la sucursal del Banco Imperial de Mayapore, caja de la que De Souza tenía también una llave. El dormía aquí, donde estoy acostada, y su escritorio estaba ahí, donde usted está sentado, y la mesa ahí, junto a la ventana por donde los niños fisgan, bajo la bombilla que de noche ya no me deslumbra. Fue donde pusimos la camilla al entrar. A veces hacíamos más de un viaje. Merrick estaba de pie ahí, a primera hora de aquella mañana de miércoles. Yo estaba abriendo la caja para sacar la bolsa y el talonario, y por

la puerta abierta le oí decir esto: «Quiero ver a la mujer que se llama a sí misma Hermana Ludmila.»

—Somos nosotros los que la llamamos así —dijo De Souza—. Ahora mismo está ocupada. ¿En qué puedo servirle?

—Merrick dijo

—¿Quién es *usted?*

De Souza sonrió, pude oír la sonrisa en su voz.

—Yo no soy nadie. Apenas digno de su consideración.

En lo que llaman una transcripción policial estas palabras pudieran parecer serviles. A mí me parecieron desafiantes. Así que salí y dije:

—Está bien, señor De Souza —y vi a Merrick allí, con un bastoncito, vestido con pantalones cortos y una camisa de manga corta, y un cinto Sam Browne con una funda y una pistola en la funda, y sus ojos azules de porcelana captándolo todo.

—¿La señora Ludmila Smith? —preguntó. Asentí con un gesto. Él prosiguió—: Me llamo Merrick. Soy el superintendente de policía del distrito.

Cosa que yo sabía, porque le había visto a caballo, al mando de la policía que controlaba a las muchedumbres en época de festividades, y conduciendo su camión por el puente de Mandir Gate. Con él estaba Rajendra Singh, el subinspector local que aceptaba sobornos y robaba los relojes de los hombres que arrestaba. Rajendra Singh llevaba uno de aquellos relojes de pulsera. Era más bonito que el que llevaba Merrick en la muñeca, pero quizá menos práctico. Los indios siempre tenían predilección por lo relumbrante, los ingleses por lo aparentemente sencillo, lo manejable. Pero no había un ápice de sencillez en Merrick. Funcionaba en el sentido opuesto, como un reloj que camina hacia atrás, de forma que al mediodía, para quienes sabían, marcaba la medianoche. Quizá nadie hubiera podido torcer el destino disponiendo las cosas de manera que Merrick y Kumar no se hubieran conocido. Pero lamento que fuera aquí, aunque probablemente también era el destino, estaba escrito en las paredes cuando llegué y vi los edificios en ruinas y decidí que servirían para mi propósito.

—¿En qué puedo serle útil? —le pregunté, y con un gesto despedí a De Souza, porque sabía que le agradaría a Merrick. Pero al mismo tiempo esto confirmaba que era yo la que daba las órdenes. Con mi toca blanca, las prendas del recato. Para estar a la altura del uniforme de Merrick. No se vive en balde en el mundo de los negocios. Se aprenden las normas, las leyes tácitas, los pequeños caminos secundarios del laberinto del protocolo. Ofrecí a Merrick la silla de De Souza, pero prefirió quedarse de pie. Me dijo que quería practicar un registro. Nuevamente asentí con un gesto, o por lo menos indiqué que era consciente de que no valía la pena oponerse, en realidad que el registro mismo erala única molestia, que era él, Merrick, quien se la estaba tomando malgastando su tiempo. Ni siquiera pregunté qué o quién era el objeto del registro. Podrían decirse muchísimas cosas en tales circunstancias. Con menos experiencia de la intromisión oficial quizá yo las hubiera dicho todas. Y él era inteligente Me miró y me dio a entender solamente con los ojos que había adivinado instintivamente las razones deque yo me aviniera sin protesta. Adivinó que yo no sabía nada que debiese ocultar, pero también que yo era una mujer cuya suerte había sido a menudo mejor que su juicio, pero que tal vez no lo fuera siempre.

—¿Entonces por dónde empezamos? —preguntó. Le dije que por donde quisiera. Cuando salimos vi su camión en la puerta del terreno y a un guardia apostado en ella, y luego, cuando ya habíamos rebasado los dos

primeros edificios y caminábamos hacia el tercero, recuerdo la figura del joven Kumar, sin la camisa, metiendo la cabeza debajo de la bomba. Se enderezó. Estábamos a cien metros de él. Miró en torno. Y Merrick se quedó inmóvil. Y le miró.

—¿Y quién es ése? —preguntó—. ¿También uno de sus ayudantes?

Desde esa distancia miró a Ruinar fijamente. Yo llamé a De Souza, que venía detrás de nosotros.

—Ha pasado aquí la noche —dije a Merrick—. Quizás el señor De Souza sepa su nombre.

Verá usted, en aquel momento yo todavía no había hablado con Kumar, pero aquella mañana De Souza me había dicho únicamente que el chico estaba bien, aunque con resaca y nada comunicativo y no especialmente agradecido de que le hubiéramos traído al Santuario, y que hasta entonces callaba su nombre. Pensé que, quizá, mientras Merrick efectuaba su registro, De Souza podría haberse acercado al chico y haberle dicho: «Escucha, la policía está aquí; ¿quién eres?», y haberlo averiguado.

—Señor De Souza —dije—, ¿el chico que ha pasado aquí la noche...?

Y De Souza dijo, como sin darle importancia:

—Como puede ver, está perfectamente y se dispone a marcharse.

—Me temo que nadie puede marcharse hasta que yo lo diga —dijo Merrick, no a mi sino al subinspector, evitando inteligentemente, como ve usted, un compromiso directo.

—¿O sea que estamos todos detenidos? —pregunté yo, pero riendo, e indiqué que detenida o no quería guiarle hasta el tercer edificio. Él sonrió y dijo que estaban buscando a alguien, como sin duda yo habría adivinado, y siguió caminando conmigo y De Souza, dejando atrás al subinspector. Alguna seña de Merrick había ordenado al subinspector que no se moviera y no perdiera de vista a Kumar. Al llegar al tercer edificio Merrick se detuvo en los escalones de la galería y se dio media vuelta. Yo también lo hice. El subinspector estaba donde le habíamos dejado. Miré a Merrick. El también estaba observando al chico. Formaban un triángulo, Merrick, Kumar y Rajendra Singh: equidistantes uno de otro. Componían ese tipo de modelo, esa especie de disposición geométrica peligrosa de personalidades.

—Este edificio donde estamos ahora —dijo él, pero sin mirarme, mirando todavía a Kumar—, ¿es lo que llaman la casa de los muertos?

Yo reí. Dije que creía que a veces la gente que nunca había estado en el Santuario lo llamaba así.

—¿No hay ningún muerto esta mañana? —preguntó.

—No, esta mañana no. Hace varios días que no hay.

—¿Gente sin hogar?

—No, yo no hospedo a gente sin hogar.

—¿Famélicos?

—Los famélicos saben qué días hay arroz. Hoy no es ese día.

¿Enfermos?

—La clínica recibe sólo por la tarde. Solamente gente que no puede permitirse perder una mañana o una jornada de trabajo viene a nuestra clínica.

—¿Y su titulación médica?

—El señor De Souza está a cargo de la clínica. Renunció a un empleo pagado como médico sin título para trabajar conmigo por nada. Las autoridades sanitarias de la junta municipal vienen a vernos a veces.

Aprueban lo que han visto. Como superintendente de policía usted tendría que saber estas cosas.

— ¿Y los moribundos?

—Contamos con los servicios voluntarios del doctor Krishnamurti y también con los de la doctora Anna Klaus, del hospital *purdah.* Puede, por supuesto, examinar asimismo el título de propiedad de la tierra y los edificios.

—Es un sistema curioso —dijo Merrick.

—Es un país curioso.

Entramos en el tercer edificio. Teníamos seis camas en una habitación y cuatro en otra. En el año de hambre siempre estaban ocupadas. Igualmente en el año de cólera. Ahora no había una hambruna general ni una epidemia vigente de cólera. Pero rara era la semana en que no se ocupaban dos o tres de las camas. Aquella mañana, sin embargo, estaban vacías. Las sábanas blancas resplandecían. Él no dijo nada, pero pareció asombrado. Tanta limpieza. Tanto confort. ¿Cómo? ¿Para los moribundos? ¿Para los agonizantes depauperados y sucios? ¡Qué desperdicio! Vaya al bazar, eche una ojeada y en pocas horas encontrará ocupantes para cada una de las camas; ocupantes que las aprovecharán, que se pondrán bien. El mundo tiene un interés personal en quienes tienen posibilidad de reponerse. En un momento dado giró como si fuese a decir algo, pero lo pensó mejor. El Santuario rebasaba su capacidad de comprensión. Todavía no había reparado en que en aquella civilización tan eficientemente organizada quedaba un solo servicio que yo pudiese ofrecer, el servicio que en un país como la India no había tiempo oficial ni energía sobrante para atender. El servicio que una mujer como yo podía brindar con rupias indeseadas, inmerecidas y gratuitas. Porque en esta vida, viviéndola, no hay dignidad, salvo quizá en la risa. Cuando el mundo ha hecho lo peor que puede a un nombre y un hombre ha hecho lo peor que sabe al mundo, que por lo menos saboree entonces la dignidad. Que se vaya con limpieza y con la paz que la limpieza y la comodidad pueden ofrecerle. Que es bastante poco.

Quizás en sus huesos, en su alma, Merrick era consciente del significado de la habitación en la que estaba, con sus pantalones cortos, su camisa de manga corta, su cinto y funda de la pistola. Miró al suelo encerado y a continuación, con una especie de grosería infantil, mis manos. Sí, siempre habían sido tersas y blancas.

— ¿Quién hace este trabajo? —preguntó.

— Cualquiera que necesite ganar unas rupias —respondí.

¿Por qué iba a hacerlo yo misma si tenía rupias inmerecidas y gratuitas que ayudarían a llenar el puchero de una de las mujeres intocables que usted ha visto en el camino hasta aquí, lavándose en el depósito estancado?

—¿Dónde están hoy esos ayudantes? —preguntó. Le llevé hasta el terreno detrás del edificio donde estaba el alojamiento de los ayudantes. Quizá también la vio allí; la distinción entre el lugar de los vivos y el de los muertos: la cocina humeante, el barro y el techo de paja y los hombres y mujeres que ganaban rupias y vivían en medio de lo que entre los vivos pasaba por limpieza, pero que comparado con las habitaciones de los moribundos era suciedad. Les hizo salir de su alojamiento y esperar en el terreno, y entró solo en aquellas chabolas y salió con las manos vacías, sin haber encontrado a nadie escondido.

Señaló a la gente con el bastoncito.

— ¿Son sus ayudantes fijos? —preguntó, y yo le respondí que en el Santuario nadie era fijo, que yo contrataba y despedía sin escrúpulos, con idea de repartir la ganancia que estaba en mi mano dar—. ¿También De Souza? —preguntó.

—No —contesté—, porque el Santuario es tan suyo como mío. Comprende su sentido. A esta gente sólo le interesan las rupias.

—En la vida, las rupias son de gran importancia —dijo él, y siguió sonriendo. Pero la sonrisa de un hombre que lleva un cinto y una funda de pistola es siempre especial. Fue en la gran guerra cuando me fijé por primera vez en que un hombre armado sonríe de un modo que te excluye de sus pensamientos. Y lo mismo pasaba con Merrick. Una vez convencido de que la casa de los muertos no ocultaba secretos, dijo:

—Así que sólo queda su visitante nocturno —y volvió a la galería delantera, a aquella peligrosa situación geométrica. Hizo un alto arriba de los escalones y miró hacia donde el subinspector continuaba vigilando y luego a Kumar, que seguía junto a la bomba, abotonándose la camisa. Sonriente —me refiero a Merrick—, sonriente y quieto allí.

—Gracias, Hermana Ludmila — dijo—. Ya no necesito robarle más tiempo.

Me saludó tocando con la punta del bastón la visera de su gorra, no hizo el menor caso a De Souza, que estaba esperando a nuestra espalda, y bajó los escalones. Y cuando echó a andar el subinspector se puso también en marcha. Y de este modo convergieron hacia el joven Kumar, que seguía de pie, abrochándose la camisa, arreglándose los puños. Esperando. Habiéndoles visto, pero sin hacer ningún intento de evitarlo. Sin moverme, pregunté en voz baja a De Souza: —¿Quién es ese chico?

—Se llama Coomer.

—¿Coomer?

—Kumar, en realidad. Un sobrino político, creo, de Romesh Chand Gupta Sen.

—Oh —exclamé, y me acordé de haber oído algo. ¿Pero dónde? ¿Cuándo? — . ¿Porqué Coomer? —pregunté.

—Ah, ¿por qué? —dijo De Souza—. Sería interesante, si no lo mejor, ir a ver.

De modo que fuimos, caminando a unos metros detrás de Merrick, y así oímos las primeras palabras, las primeras en el asunto que ocasionó Bibighar. Cuando nos acercábamos. Merrick. Con una voz clara. Como hablando a un criado. Aquel tono. Aquel lenguaje. El urdú de los ingleses. *Turnara nam kya hai?* ¿Cómo te llamas? Usando el coloquial *tum* en vez de la forma cortés. Y Kumar. Con aire de sorpresa. Fingiendo una sorpresa que no sentía, pero entregándose a las exigencias de la misma. Porque era un lugar público.

— ¿Qué? —dijo. Y fue la primera vez en que le oí hablar. *En un inglés perfecto. Con mejor acento que Merrick—.* Me temo que no hablo indio.

Aquella cara. Oscura. Y guapa. Incluso al estilo occidental, guapa, mucho más que la de Merrick. Y entonces el subinspector Rajendra Singh empezó a gritar en hindi, diciéndole que no fuera insolente, que el *sahib* que le hacía preguntas era el superintendente de policía del distrito y que más le valía responder correctamente, ¡y volando!, cuando se le hablaba. Cuando hubo terminado, Kumar miró otra vez a Merrick y le preguntó:

—¿No ha comprendido este hombre? No tiene sentido hablarme en indio.

—Hermana Ludmila —dijo Merrick, pero sin dejar de mirar al joven Kumar—, ¿hay una habitación donde podamos interrogar a este hombre?

—¿Interrogar? ¿Por qué interrogar? —preguntó Kumar.

—Kumar —dije yo—, estos hombres pertenecen a la policía. Están buscando a alguien. Es su deber interrogar a cualquiera que encuentren aquí y de quien yo no pueda responder. Te trajimos aquí anoche porque te encontramos tendido en una zanja y creímos que estabas enfermo o herido, pero solamente estabas borracho. ¿Qué hay de terrible en eso? Aparte de la resaca, claro.

Yo intentaba limar las asperezas para hacer reír o por lo menos sonreír de una manera diferente a la de Merrick.

—Vamos —dije—, vamos al despacho.

E hice ademán de encabezar la marcha, pero el asunto Bibighar ya había ido demasiado lejos. Había comenzado en aquellos segundos, yno podía detenerse a causa de quién era Merrick y quién era Kumar. ¡Oh, si nunca se hubieran conocido! Si el joven Kumar no hubiera estado borracho o no le hubiéramos traído; si no hubiese existido aquella procesión nocturna: nosotros cuatro, yo abriendo la marcha con la linterna, De Souza y el chico transportando la camilla y Kumar sobre ella, pero ahora repuesto, junto a la bomba del terreno, encarando a Merrick.

—¿Te llamas así, *Kumar?* —preguntó Merrick.

—No, pero servirá.

Y Merrick, sonriendo de nuevo, dijo:

—Ya veo. ¿Y tu dirección?

Y Kumar apartó la vista de Merrick y me miró a mí, fingiendo sorpresa todavía, y dijo:

—¿Qué es esto? ¿Todo el mundo tiene derecho a molestarme?

—Vamos —dije—. Al despacho. No seas tonto.

—Creo —me dijo Merrick— que no vamos a hacerle perder más tiempo. Gracias por su colaboración.

Hizo una señal a Rajendra Singh, que se adelantó e intentó agarrar al chico del brazo, pero fue rechazado bruscamente. No con un movimiento violento, sino más bien encogiendo los hombros para rehuir un contacto desagradable. En aquel momento, Merrick quizás hubiera podido detener aquello. Pero no lo hizo. Rajendra Singh no era hombre que tolerase un gesto de resistencia si tenía a Merrick para respaldarle. Y era más grande que Kumar. Le cruzó la mejilla con el revés de la mano. Una bofetada suave, sesgada, con propósito de insultar y herir el amor propio. Yo me enfadé. Grité:

—Ya basta con eso. —Mi grito les detuvo. Salvó a Kumar del acto fatal del desquite—. Están en mi propiedad. Aquí no toleraré ese comportamiento.

Aquel subinspector… era un cobarde. Ahora tenía miedo de haber ido demasiado lejos. Cuando pegó a Kumar también había echado la mano a la pistolera, pero la soltó.

—Y tú —dije a Kumar—, deja de hacer el idiota. Son la policía. Contesta a sus preguntas. Si no tienes nada que ocultar, no tienes nada que temer. Vamos.

Nuevamente hice ademán de precederles hacia el despacho. Pero no, Merrick no iba a optar por la vía pacífica. Ya había escogido la retorcida, la trágica. Dijo:

—Parece que hemos traspasado la fase en que una conversación en su despacho hubiera sido un preliminar satisfactorio. Voy a detenerle.

— ¿Con qué acusación? —preguntó Kumar.

—Con ninguna. Mi camión está esperando. Recoge tu equipaje.

—Yo sí tengo una acusación que hacer —dijo Kumar.

—Entonces hazla en el *kotwali.*

—Agresión por parte de este tipo de barba.

—Obstruir o resistirse a la acción de la policía es también un delito —dijo Merrick, y se volvió hacia mí—. Hermana Ludmila. ¿Tiene este hombre alguna pertenencia que devolverle?

Miré a Kumar. Él se llevó la mano al bolsillo de la cadera. Sólo ahora pensaba en buscar su cartera. Respondí:

—No hemos encontrado nada. Le revisamos los bolsillos, ya sabe, con objeto de identificarle.

Kumar guardó silencio. Quizá, pensé, cree que le hemos robado nosotros. Hasta que no deslizó la mano hacia el bolsillo no tuve la certeza de que le habían robado mientras yacía tendido la noche anterior, en medio del campo, cerca de la orilla del río. Pero en cualquier caso un hombre de menos entereza hubiera gritado: «¡Mi cartera!» o «¡Ha desaparecido! ¡Mi dinero! ¡Todo!», desviando o intentando desviar la atención. Ah, un hombre peor hubiera exclamado algo parecido, si no como maniobra de diversión, como expresión, al menos, de dolor por una pérdida súbita que siempre, y sobre todo en aquellos tiempos, le parecía a un indio el fin de su limitado y pequeño universo. Y Kumar era indio. Pero no había gritado. Dejó caer la mano, en cambio, y dijo a Merrick:

—No, no tengo nada. Excepto una cosa.

—¿O sea? —inquirió Merrick, todavía sonriendo, como si ya lo supiera.

—Una declaración. Voy con usted contra mi voluntad.

Y todo el tiempo con aquel acento mucho más inglés incluso que el de Merrick. Y a los ojos de Merrick era algo en su contra. Porque la voz del superintendente poseía un tono distinto, un tono regulado más por el esmero y la ambición que por la educación. ¡Era un enigma! ¡Un enigma fascinante! Sobre todo para mí, una extranjera que había conocido mejor al tipo de inglés más parecido a Merrick que a Kumar, y había oído a ese inglés clamar muchas veces contra el acento brusco y cortante del privilegio y el poder. Y allí, a pesar de la inversión que suponían los colores de la piel, los viejos resentimientos seguían en acción, complicando aún más el conflicto. Kumar se encaminó espontáneamente hacia la entrada y el camión que esperaba. Pero Merrick no dio indicio de preocupación, porque el subinspector trotaba detrás del detenido. Otro indio. Emparejando de este modo lo negro con lo negro y, nuevamente, tocando con la punta del bastón la visera y agradeciéndome mis servicios, Merrick me distrajo con su charla mientras yo observaba, cada vez de más lejos, el litigio entre Kumar y el subinspector, que consistió en alcanzarle, luego empujarle y sujetarle y, por último, en lo que, desde donde yo estaba, me pareció un violento encuentro entre Rajendra Singh, Kumar, un guardia y la trasera del camión, en introducir al preso de un empujón, una sacudida o quizá un puñetazo, de modo que más bien entró en el vehículo de bruces que trepando a su interior. Y el guardia subió detrás de él. Y el subinspector esperaba a Merrick.

—¿Por qué consiente que le traten así? —pregunté. No estaba sorprendida. Solamente dolorida. Porque eran tiempos violentos, difíciles. Pero Merrick ya me había dado la espalda, se dirigía hacia el camión y fingió no haberme oído. Al llegar al camión habló con Rajendra Singh y éste entró también en la parte trasera. Bueno, así fue. Esas cosas pasaban todos los días. Y usted

comprenderá que en aquel momento no había manera de que yo supiese de qué era Kumar sospechoso, y mucho menos de juzgar de qué podía ser presunto culpable. Únicamente había visto la oscuridad en él y la oscuridad en Merrick, el hombre blanco. Dos negruras semejantes en oposición pueden generar una luz cegadora. Y contra una luz así los mortales ordinarios deben taparse los ojos.

Qué amable por su parte que haya vuelto tan pronto. ¿Todavía no ha visto Bibighar? ¿Las ruinas de la casa y el jardín en estado salvaje, como les gustan los jardines a la mayoría de los indios? Me dicen que no ha cambiado, que incluso ahora, a veces, hay familias indias que hacen picnics allí, y niños que juegan. Los europeos iban rara vez, salvo a mirar, burlarse y acordarse de aquel otro Bibighar de Cawnpore. Y de noche estaba siempre desierto. La gente decía que estaba encantado y que no era un buen sitio, ni siquiera para amantes. Lo construyó un príncipe y lo destruyó un inglés. Perdone. Tiene razón en corregirme. Un escocés. Disculpe mi olvido momentáneo. Qué bonitas precisiones.

Bibighar. Significa la casa de mujeres. Allí albergaba a sus cortesanas. El príncipe, me refiero. ¿Ha visto el hospital *purdah* de la ciudad, en la vieja ciudad negra, como solían llamarla? ¿Más allá de Chillianwallah? ¿Rodeado ahora de casas? Y cambiado. Pero era un palacio en los tiempos en que Mayapore fue la sede de un soberano nativo y el único punto donde los ingleses habían asentado el pie lo habían conquistado mediante el comercio, la necesidad, la avaricia, una inquietud de abrir el mundo que Dios les había dado, como una ostra que supuestamente contiene una perla. Aquí todas las perlas eran negras. Raras. Oh, infinitamente deseables. Pero tuvo que hacer falta tanto valor como codicia para cosecharlas. Entre ahora en el antiguo palacio, en el hospital *purdah,* y mire lo que queda del viejo edificio, la estrecha galería de diminutas habitaciones sin aire, el tipo de aposento donde aquellos mercaderes ingleses tenían que entrar para cerrar tratos, y que dan una impresión de crueldad —por el tamaño de las habitaciones—, de algo despiadado. Y debió de haber sido igual en el Bibighar. No podemos saberlo con certeza porque sólo subsisten los cimientos y nunca hubo una descripción artística del lugar tal como era antes de que el escocés lo destruyese. El puente Bibighar fue una construcción posterior, y por tanto, para visitar a sus mujeres, el príncipe debía de cruzar el puente de Mandir Gate o desplazarse en palanquín y barca, lo mismo que su padre para visitar a la cantante en la casa que él también había construido en ese lado del río, la casa que el escocés reconstruyó y rebautizó con su nombre. Efectivamente, sí, la casa donde usted se hospeda. Antes de que el escocés la reedificara y cambiara de nombre, ¿fue también la casa MacGregor un laberinto de habitaciones minúsculas y galerías bajas y oscuras? ¿O tenía la cantante un espacio inusual, sitio para extender su voz y ensanchar su ánimo?

Vaya al hospital *purdah.* Lady Chatterjee le llevará. Pida que le lleven a la habitación más alta de la antigua torre. Desde allí se ven los tejados de la ciudad negra al otro lado del río y se divisa el tejado de la casa MacGregor. Me gustaría saber cuántas veces el príncipe que amaba a la cantante subió los escalones de la torre para contemplar la vista. Y me pregunto si su hijo también subiría a la torre para ver Bibighar en la otra orilla del río. En aquella época debió de haber sido posible ver igualmente desde el Bibighar la casa de la cantante. Sólo hay una milla de distancia. No es mucho, pero más que de sobra para una muchacha que corre en la noche.

En aquellos tiempos, cuando Mayapore era un reino, en este lado del río no había otras construcciones, de manera que aquellas dos casas eran hitos del paisaje, monumentos al amor, el amor del padre por la cantante y el amor del hijo por las cortesanas, el hijo que despreciaba al padre por una devoción que, según cuenta la historia, nunca fue consumada. Pienso que día tras día el hijo subía a la torre del palacio o a la habitación más alta del Bibighar para contemplar aquella otra casa, la de la cantante, para enorgullecerse de su decadencia, y decirse a sí mismo: *Éste es el destino del amor jamás manifestado.* Y noche tras noche se corría una juerga en el Bibighar, su burdel privado, consciente de la ruina que desmoronaba piedra tras piedra a una milla de distancia. Ahora es Bibighar lo que no es nada y la casa de la cantante lo que aún perdura, uno destruido y la otra reedificada, en ambos casos por el mismo hombre, el tal MacGregor.

Déjeme explicarle algo. En 1942, el año de Bibighar, llevaba en Mayapore más de siete años y sabía poco de Bibighar y poco de MacGregor. Era el caso de la mayoría de la gente. Bibighar. MacGregor. Eran meros nombres para nosotros. Coge la calle, decíamos, que sale del puente Bibighar, cruza los jardines Bibighar y luego gira hacia la calle MacGregor y la sigues hasta que llegas a la casa MacGregor, que está en la confluencia de las calles MacGregor y Curzon, y la calle Curzon te llevará derecho a la calle Victoria y el bazar del acantonamiento.

Éste hubiera sido el camino más corto hasta el banco; hay poca distancia desde aquí hasta el puente Bibighar. Pero yo solía coger el otro camino, a través del Bazar Chillianwallah y pasando por el templo Tirupati. La verdadera vida de Mayapore está en el lado del puente de Mandir Gate. Yo cruzaba el puente, pasaba por la iglesia de la misión y la escuela de chicas, atravesaba el barrio euroasiático y seguía por la calle de la Estación, las zanjas del ferrocarril, la avenida Hastings y la calle Victoria desde este lado.

Pero luego, después de aquel día de agosto del cuarenta y dos, los nombres de Bibighar y MacGregor se volvieron especiales. Cobraron nuevos significados en nuestro lenguaje. ¿Qué es ese Bibighar?, preguntamos. ¿Quién era MacGregor?, quisimos saber. Y al parecer no escaseaban las personas capaces de respondernos. Respecto a MacGregor: se decía de él que era temeroso de Dios, favorecía a las mezquitas y a los musulmanes y temía los templos, y quemó el Bibighar porque era una abominación, lo incendió y demolió lo que quedaba en pie, dejando sólo los cimientos, los jardines y el muro que los cercaba. Se decía también que lo hizo a resultas del envenenamiento de un inglés en la corte del príncipe, suceso que el gobierno británico, la antigua Compañía de la India, utilizó como pretexto para anexionarse el reino. Pero MacGregor no quemó el Bibighar tan pronto. La primera noticia de MacGregor en Mayapore data de 1853, justo cuatro años antes de la insurrección, pero casi treinta años después de la anexión. En 1853 Mayapore no era la capital del distrito. MacGregor no era funcionario. Era un mercader particular, de aquel tipo de comerciantes que comenzaron a prosperar después de que la Compañía de la India cesó de comerciar pero siguió gobernando. Amasó su fortuna gracias a las especias, cereales, telas y sobornos. Su antigua fábrica y su almacén estaban donde ahora se encuentran los hangares del ferrocarril, y todavía hay allí un apartadero que lleva su nombre, apartadero MacGregor. El ferrocarril no llegó a Mayapore hasta diez años después de su muerte, por lo que evidentemente su influencia se sentía aún, su memoria era reciente. Puede usted representarse sus camionetas cargadas circulando por el camino que se convirtió en la calle

Grand Trunk, y representarse el Mayapore de aquel tiempo, antes del ferrocarril. En este lado del río todavía no había muchos edificios, no había cuarteles ni sector civil. Había, me parece, una capilla donde ahora está St. Mary, y un tribunal de distrito donde el juzgado actual. El juez de distrito vivía entonces en Dibrapur. Se alojaría en el tribunal cuando venía a Mayapore a ver casos, fallar pleitos y recaudar impuestos. Me pregunto cuántas veces tendría que atender sutiles demandas que, una vez desenredadas, resultaban ser demandas contra MacGregor. Me lo imagino con cara colorada y mejillas devastadas por venas rotas, virtual gobernador de Mayapore, chasqueando los dedos ante la autoridad, aterrorizando por igual a oficinistas, comerciantes, terratenientes, jueces de distrito y funcionarios subalternos; corrupto, violento y, sin embargo, sacando a Mayapore en pocos años del letargo en que se había sumido después de la anexión que debería haberla transformado, de un viejo remanso feudal, en una floreciente comunidad moderna, segura y dichosa bajo la férula del *Raj.* Creo que era la clase de persona a quien entenderían los comerciantes y los terratenientes con quienes trataba. Se dice que hablaba el lenguaje de la mano untada, y es un idioma internacional. Creo que ellos siempre sabrían a qué atenerse con MacGregor. Pero no con el austero, incorruptible, tan perfecto y tan inglés juez de distrito.

¿Ve cómo estos hechos relacionados con MacGregor no encajan en la historia de que quemó el Bibighar porque era una abominación? Pero ésta era la versión europea del cuento. Quizás es también la historia que él contó a su mujer, con quien se casó y a la que trajo a Mayapore sólo después de haber consolidado su fortuna y reconstruido la casa de la cantante, y después de haberla bautizado con su nombre. Para entonces ya había incendiado Bibighar, no, según la versión india, porque fuese una abominación a sus ojos y a los ojos del Señor, una abominación incluso al cabo de veinte o treinta años sin ser habitada, sino porque se enamoró de una muchacha india que le arrebató un joven cuya piel era del mismo color que la de ella. Hay dos versiones del relato indio del incendio de Bibighar. La primera es que descubrió que la muchacha y su amante se veían en el Bibighar, y que entonces lo destruyó en un arranque de furiosos celos. La segunda es que le dijo a la chica que tendría que abandonar la casa MacGregor y vivir en el Bibighar. La llevó allí y le enseñó las reparaciones que había hecho y los muebles y ropas que había comprado para su bienestar y su disfrute. Cuando ella le preguntó por qué tenía que irse de la casa MacGregor, él le respondió: «Porque voy a Calcuta a traer a una esposa inglesa.» De modo que aquella noche ella se marchó furtivamente con su verdadero amante. Cuando él descubrió que se había ido, ordenó que quemaran el Bibighar hasta los cimientos, y lo arrasó totalmente.

Y estas historias parecen más verídicas, ¿no cree? Más que el cuento de que incendió Bibighar porque era una abominación. ¡Pobre MacGregor! Me lo imagino como un hombre de violentas pasiones, y cuyas emociones carecían de la menor sutileza. Si no hubiera incendiado el palacio como un niño que destruye un juguete con el que le han dicho que no puede jugar... ¿habría sobrevivido a la insurrección? Los ci-payos sublevados asesinaron a sus oficiales en Dibrapur y luego vagaron por el campo, y finalmente emprendieron la marcha hacia Mayapore con idea de llegar a Delhi o de unirse a destacamentos más numerosos de insurrectos. Parece que no se sabe dónde mataron a MacGregor, quizás en las escaleras de su casa o con su criado musulmán Akbar Hossain, cuyo cuerpo hallaron en la puerta. La

historia ha dejado la impresión de que nada hubiera podido salvar a MacGregor porque los cipayos sabían que había quemado el Bibighar y que se rumoreaba que su amante india y el amante de ésta habían muerto en el incendio. Cabe preguntarse: ¿conocía Janet esas historias? ¿Era feliz con MacGregor o fue su vida en Mayapore un tormento constante? ¿Es únicamente su hijo muerto lo que viene a buscar su fantasma? ¿O quiere advertir a los blancos de que la casa MacGregor no es buen lugar para ellos?

Es curioso. Pero siempre ha existido este vínculo especial entre la casa de la cantante y la casa de las cortesanas. Entre la casa MacGregor y el Bibighar. Es como si a través de la milla que las separa hubiesen discurrido las corrientes oscuras de un conflicto humano, incluso después de la destrucción de Bibighar, una corriente cuya dirección pudiera rastrearse siguiendo la ruta que siguió la muchacha en su carrera nocturna de la una a la otra. Una corriente. El caudal de un río invisible. Jamás se ha tendido sobre él un puente duradero. ¿Comprende lo que quiero decir? ¿Que la casa MacGregor y Bibighar son el lugar de los blancos y el lugar de los negros? Para ir de uno a otro no se podía cruzar un puente, sino que había que armarse de valor y entrar en el torrente y dejarse llevar adondequiera que llevase. Miss Manners tuvo ese coraje.

Creo que al principio no estaba enamorada de Kumar. Sí sentiría una atracción física, y eso es siempre un impulso poderoso. Pero yo veía el modo en que miraban a Kumar otras mujeres blancas. Aunque, bueno, les resultaba fácil vencer la tentación porque le veían como si estuviera en el lado erróneo de un agua en que tan sólo mojarse los dedos les habría llenado de horror. Tal vez hubo momentos en que la chica también sintió ese horror, pero superó ese sentimiento porque sabía que estaba en contradicción con lo que había sentido la primera vez que vio a Kumar. Y luego rechazó completamente la noción de horror, dándose cuenta de que era inútil esperar a que tendieran un puente, de que había que entrar en la corriente y reunirse *en ella,* dejando que les llevara a ambos. Es como si ella se hubiera dicho: bueno, la vida no es una cuestión de estar pisando suelo seco y mojarse los pies de vez en cuando. Que unos estemos en una ribera y otros en la otra es una mera ilusión. Mientras estamos así, no vivimos en absoluto, simplemente soñamos. Así que salta, lánzate dentro, y que la conmoción nos desperece. Aunque nos ahoguemos, al menos habremos vivido, antes de perecer, unos momentos despiertos y vivos.

Ella vino varias veces al Santuario. Con él. Con Kumar. Ella le había dicho un día (o por lo menos supongo que le había dicho): «¿Sabes algo de esa mujer, esa mujer que se llama a sí misma Hermana Ludmila?» Haciéndose eco de algo que le había dicho Merrick. O Lady Chatterjee. Y el joven Kumar probablemente sonrió y le dijo que sí sabía; incluso que una vez yo le había encontrado, dado por muerto y transportado borracho en una camilla al Santuario. A menos que lo callara. Creo que lo hizo. Pero vinieron. Y lo miraron todo. Cogidos de la mano. Lo que se había vuelto natural para ella, pero creo que no para él. Quiero decir que él parecía consciente del efecto que ese gesto podía causar en quienes lo observaban. Pero ella no parecía darse cuenta. Vino también varias veces sola. Trajo fruta y manos serviciales. Tenía pensado ayudar. En una ocasión ofreció dinero. Su madre había muerto el año antes de la guerra y su padre y hermano habían muerto en ella. Tenía una pequeña herencia, pero todo el dinero de su tía, el dinero de Lady Manners, sería suyo cuando la anciana muriera. Le dije que no, no necesitaba dinero, siempre que siguiera recibiéndolo. Si alguna vez no

llegaba, le dije, entonces se lo pediré. Ella preguntó: «¿Hay otra manera de ayudar?» Y yo le pregunté por qué quería hacerlo. Le dije que indudablemente había una infinidad de otras buenas causas que ella podía respaldar. Recuerdo cómo me miró entonces. Cuando estaba a solas conmigo muchas veces llevaba gafas. No creo que *él* la viera con las gafas puestas. No ponérselas ante él era una vanidad. Ella respondió: «No he pensado en defender buenas causas.» Yo lo admití con una sonrisa, pero no lo entendí totalmente. Más tarde comprendí. Sí, creo que lo comprendí más tarde. Ella no dividía la conducta en partes. Estaba buscando siempre la integridad. Cuando hay integridad no existen causas. Sólo existe el acto de vivir. La aportación de la totalidad de nuestra vida, la totalidad de nuestros recursos, al mundo en general. Esto, como el coraje de saltar, es una integridad que yo nunca tuve.

¿Conoce usted, por supuesto, la estatua de Siva bailando? ¿El dios de dos piernas y cuatro brazos, que baila y salta dentro de un círculo de fuego cósmico, con un pie levantado y el otro plantado sobre la ignorancia y el mal para mantenerlos en su sitio? Ahí, detrás de usted, en la pared, puede ver, tallado en madera, mi Siva danzante. El baile de la creación, la conservación y la destrucción. Un ciclo completo. Una totalidad. Es un concepto difícil. Hay que captarlo con el corazón, no con el intelecto. Ella también miró mi pequeño Siva de madera. Con los ojos entornados. Poniéndose las gafas. Era una chica grande. Más alta que yo. Con esa grandeza de huesos septentrional. Yo no la llamaría bonita. Pero poseía gracia. Y alegría. A pesar de una cierta torpeza. Era propensa a pequeños accidentes. Una vez rompió una caja que contenía frascos de medicamentos. Varias veces se reunieron aquí. Ella y el joven Kumar. Ella venía de su trabajo en el hospital y mientras esperaba echaba una mano en la clínica de noche. En una ocasión, él llegó tarde. Salimos de la clínica y le esperamos en mi habitación hasta que él llegó. Presentí que él había decidido no venir y luego cambió de idea. Así que les dejé solos. Y aquella otra noche, la noche de Bibighar, él no apareció. Ya había anochecido cuando ella se fue sola. La acompañé hasta la entrada del Santuario. Cogió la calle hacia el puente Bibighar; iba en su bicicleta. Le supliqué que tuviera cuidado. La ciudad estaba aún tranquila, pero no el campo circundante. Fue el día, ¿se acuerda?, de los primeros desórdenes en Dibrapur y Tanpur. Ese día había ingresado en el hospital la mujer de la misión a quien encontraron sujetando la mano de un hombre muerto. Miss Manners vino derecha del hospital, donde la había visto, al Santuario, seguramente para ver a Kumar. Pero él no vino. Estábamos sentadas en mi habitación y ella me habló de la mujer de la misión que había contraído una neumonía por haber estado así en la carretera, bajo la lluvia, sosteniendo la mano de un muerto. Crane. Se llamaba Crane. Miss Crane. Llovía también mientras estábamos sentadas y hablando, esperando a Kumar, que no apareció, pero al crepúsculo escampó y salió el sol. Recuerdo su luz en la cara de Miss Manners. Parecía muy cansada. Cuando empezó a oscurecer dijo que tenía que volver a casa. Y se marchó en bicicleta. Por el trayecto de Bibighar. La misma bicicleta. Quiero decir la misma que encontraron en la cuneta del Chillianwallah Bagh, cerca de la casa de la señora Gupta Sen, donde vivía Han Kumar. Merrick. La encontró Merrick. Eso dijeron. Pero si Hari fue uno de los que la violaron, ¿por qué le robó la bicicleta y la dejó allí, cerca de su casa, como prueba?

Y, fíjese, cuando ella se marchó, después de hacer rodar la bicicleta desde la puerta, darse la vuelta para decir adiós con una mano y luego montar e

internarse en las penumbras, sentí que se perdía donde yo no podría ayudarla, y recordé al joven Kumar bruscamente introducido, pocos meses antes, en la trasera del camión de Merrick, rumbo a un lugar donde también estaría fuera de mi alcance el ayudarle. Aquel día, cuando el camión de Merrick ya se había ido, transportando a Kumar para interrogarle, dije a De Souza: «¿Kumar? ¿Kumar? ¿El sobrino de Romesh Chand Gupta Sen? ¿Usted cree?» Y luego volví con él al despacho para acabar la tarea que Merrick había interrumpido: prepararme, puesto que era miércoles, para ir al banco y pedirle a Dios que a mi llegada Govindas no pusiera expresión de embarazo y me llevara aparte para decirme: «Hermana Ludmila, esta semana no hay dinero. Nos han comunicado que Bombay suspende su asignación.»

Pero cuando llegué al banco y dejé al chico esperando fuera, Govindas salió de su despacho interior y sonrió como de costumbre y me invitó a pasar, a sentarme y a hablar mientras hacían efectivo mi cheque de doscientas rupias.

—Hermana Ludmila —me dijo—, ese chico de ahí fuera. ¿De dónde ha salido?

Era una broma entre nosotros.

—Pues del cielo, supongo.

—¿Y el chico anterior? ¿También salió del cielo?

—Bueno, no —respondí—. Salió de la cárcel y hace poco ha entrado otra vez.

—Es lo que quiero advertirle. Que no confíe en un chico simplemente porque es lo bastante fuerte para protegerla.

Pero yo lo sabía, naturalmente. Sabía que al cabo de un par de semanas el chico se hartaba, y que cuando eso ocurría comenzaba a planear alguna diablura. El muchacho de aquel día ya se había aburrido. Cuando salí con las doscientas rupias y la bolsa cerrada con llave y atada con una cadena a mi cintura él estaba chismorreando con gente que no tenía nada mejor que hacer, y se resistía a dejar la charla. Pero... Me siguió. Conocía su deber. Y así volvimos, por el barrio euroasiático, la iglesia de la misión y el puente de Mandir Gate, hasta el templo Tirupati. Nunca he entrado en ese templo. El dios que hay dentro se llama Señor Venkataswara y es una manifestación de Vishnú. Y en el patio del templo hay un altar y una estatua de Vishnú dormido. Miss Manners y yo estábamos hablando de la imagen de Vishnú durmiente la noche de Bibighar. Kumar la había llevado allí dos o tres semanas antes. Aunque él no creía en nada parecido. Pero ella quería ver el templo. El tío de Kumar lo había arreglado con el sacerdote brahmán. Y los dos habían ido juntos y ahora ella me lo estaba contando a mí, que nunca había entrado. Dejó de llover y salió el sol. Le iluminó la cara, la fatiga, su deseo de dormir. Yo había podido imaginar lo que me contaba gracias a su cara fatigada y porque había visto una estatua de Vishnú dormido en el templo de un lugar llamado Mahabalipuram, un templo al borde del mar, en el sur, no lejos de Madras. También hay en el sur, ya sabe, un templo muy famoso que se llama Tirupati. En lo alto de una colina. El templo de Mayapore recibe su nombre de él. Se dice que originalmente los habitantes de Mayapore procedían del sur, que un maharajá de Mayapore se casó con una muchacha sureña y construyó un templo para honrarla y honrar al dios que ella adoraba. Desde entonces ha habido tanta asimilación que es imposible dividir y ubicar.

Pero en Mayapore está el templo Tirupati. Mandir significa templo. Es una palabra que proviene del norte. Y así tenemos la reunión del sur y el norte. El

templo Tirupati, el Mandir Gate. Antiguamente la ciudad estaba amurallada. De noche cerraban las puertas. El Mandir Gate entonces se abría sobre las escaleras del mismo nombre. Viniendo del norte había que cruzar el río en barca y subir las escaleras hasta el Mandir Gate. Más tarde edificaron el puente de ese nombre. Las escaleras han sobrevivido, pero se convirtieron simplemente en las que usted ve que llevan al templo Tirupati. Había otras puertas hacia el sur. Nunca hubo una puerta Bibighar. Las murallas no estaban ya, me parece, cuando construyeron el Bibighar. El puente Bibighar fue construido después de muerto MacGregor. ¡Vaya una mezcla! Bibighar, Mandir y Tirupati.

Al salir del banco aquel día, con el chico que me seguía armado con su vara, atravesé el barrio euroasiático y pasé por delante de la iglesia de la misión, cuyos feligreses eran la gente de ese barrio. Una pequeña iglesia anglicana en miniatura. Y esperé en el paso a nivel, porque estaba cerrado para que pasara un tren. Y al final avanzamos, crucé con el gentío el puente de Mandir Gate e hice un alto al otro lado para dar algún dinero a los mendigos y al leproso que siempre se sentaba allí, con los brazos talados como los de un arbusto que hay que podar para que florezca. Y luego cogí el ramal izquierdo a partir del árbol sagrado, recorrí las tiendas de escaparate abierto, haciendo oídos sordos a las ofertas de *pan,* tela, agua mineral, melones y jazmín, crucé el arco abierto en la muralla que rodea al Bazar Chillianwallah, paré a comprar chiles a los que De Souza era aficionado, fui hasta el otro lado de la plaza del mercado, entre la carne llamativa y el pescado fétido y las figuras acurrucadas de las vendedoras con sus balanzas ociosas, como reptiles de metal dormitando, y subí la escalera hasta las oficinas de Romesh Chand Gupta Sen, donde la señora Gupta Sen, viuda de su difunto hermano, vivía en una de las casas de hormigón construidas sobre la restauración del Chillianwallah, en el Chillianwallah Bagh.

— ¡Detenido! —dijo. El tío político. Romesh Chand—. Ese chico —dijo—. Ese chico me va a llevar a la tumba. ¿Quién se ha creído que es? ¿Por qué no aprenderá los hábitos de honor y de obediencia, las normas que convienen a un joven indio?

Y llamó, tañendo una campanilla de cobre, como si la oficina fuera un templo, por lo que entendí mejor la desobediencia del joven Kumar al acordarme de su voz aquella mañana, su britanismo y aquellos nervios norteños, aquella belleza. ¿Comprende? ¿Comprende lo extraño que era aquel ambiente, aquel laberinto de habitaciones pequeñas y sucias de los almacenes del mayorista? Para él. Extraño para él, para Kumar. Que hablaba inglés con lo que ustedes llaman acento de un colegio privado. Que había sido trasladado a Inglaterra por su padre cuando era demasiado pequeño para recordar el sitio donde había nacido y que vivió allí, vivió en Inglaterra, hasta los dieciocho años. Pero cuyo tío de la India era un *bania,*[5] sentado ante un escritorio con el *achkan,* la chaqueta de cuello alto, y con empleados a sus órdenes, acuclillados en pequeñas celdas divididas por tabiques, entre papeles mugrientos, y uno de ellos incluso con billetes entre los dedos de los pies. Durante una temporada, después de la muerte de su padre y su retomo a la India, al joven Kumar le obligaron a trabajar allí. Pero se había rebelado y ahora hacía algún trabajo para el *Mayapore Gazette.* Es

[5] *Bania, banyan o banian:* Miembro de la casta hindú de comerciantes del norte y del oeste de la India.

todo lo que averigüé. No hice preguntas. Me limité a ir a ver al tío para contarle lo que había hecho Merrick. Para que tomara alguna medida. Yo no sabía cuáles. Pero tocó la campanilla llamando al empleado jefe y le envió con una tarjeta, una nota para que viniera de inmediato un abogado. No había teléfono en la oficina. Podría decirse que Romesh Chand era un hombre que no creía en teléfonos, en la necesidad de los teléfonos, o en actuar de algún modo que pudiera tacharse de «moderno» o extranjero. Pero que creía en su propio poder, en su propia importancia. Preguntó que cómo se explicaba que su sobrino estuviese en el Santuario. No le dije toda la verdad. Dije únicamente que había pasado la noche allí, que la policía había venido por la mañana buscando a un hombre y se había llevado a Kumar para interrogarle porque era la única persona de fuera que estaba presente.

—Es muy amable por su parte tomarse la molestia de informarme —dijo. Yo le dije que no era una molestia y me marché. Pero durante todo el día no pude quitarme a Kumar de la cabeza. Esa tarde envié a De Souza al bazar para que averiguase lo que pudiera y fui yo misma al hospital *purdah* para hablar con Anna Klaus, una médico de Berlín que había venido a la India para huir de Hitler y que era buena amiga mía. Después de haber oído mi opinión sobre la clase de chico que era el joven Kumar, ella telefoneó a Lady Chatterjee, que formaba parte del comité del hospital. Y después de telefonear me dijo:

—Bueno, no puedo hacer más. Lady Chatterjee hablará con el juez Menen o el subcomisario. Quizá. Y ese Merrick tendrá a su vez que responder a preguntas. Lo que está muy bien, por cierto. Pero depende, ¿no?, depende de lo que haya hecho ese joven Kumar, ¿no? Si es algo remotamente subversivo pueden meterle entre rejas sin la menor explicación.

Cosa que yo sabía. Y volví aquí, y encontré a De Souza, que había vuelto antes.

—Todo resuelto —dijo—. La policía sólo le ha retenido un par de horas. Cuando el abogado que mandaba Romesh Chand ha llegado a la comisaría ya le habían soltado.

Pregunté a De Souza cómo lo sabía. Dijo que había hablado con el empleado jefe de Romesh Chand, que teóricamente no tenía por qué saber lo que pasaba, pero lo había averiguado cotilleando con el pasante del abogado. Así que todo resuelto, dijo De Souza, y podemos olvidarnos de Kumar. Sí, dije yo. Todo resuelto. La doctora Klaus vino también esa noche. Y se lo comuniqué. Ella dijo:

—Bueno, pues no pasa nada. Se acabó la historia.

Y otra vez dije que sí. Pero no lo creía. Cuando salimos esa noche con la camilla no pude apartar de la cabeza el pensamiento de que sí pasaba algo y que no había acabado la historia. Me pregunté: «¿Entonces he hecho mal avisando a Romesh Chand? ¿Haciendo que Anna Klaus haya pedido a personas importantes que se interesen por el caso?» El joven Kumar había sido interrogado y luego puesto en libertad. Y después de haberse marchado llegó el abogado de su tío. Merrick posiblemente supo esto, pero no se dio por enterado. Un abogado indio no era nadie. Pero quizá más tarde, cuando quizá, por lo que a Merrick respectaba, el caso del joven Kumar había quedado resuelto y olvidado, había recibido una llamada del juez o del subcomisario, o de alguien que llamaba por orden del subcomisario o del juez, y le habían preguntado: «¿Quién es ese chico, ese Kumar a quien ha llevado a la comisaría para interrogarle?» Y Merrick habría respondido: «Ya no está aquí, ¿por qué me lo pregunta?» Y fuera quien fuese el que llamaba habría

dicho: «Bueno, probablemente eso es bueno. Nos han preguntado qué ocurría. Su joven sospechoso parece que tiene cantidad de amigos influyentes.»

El hecho de haber tenido que responder después a las preguntas de personas encumbradas podría deshacer todo lo que el buen Kumar acaso hubiera hecho por sí mismo contestando correctamente a las preguntas en cuanto llegó a la comisaría; el hecho sería otra cosa en contra en la lista de Merrick, en su lista negra, donde Kumar figuraba ya como un muchacho que hablaba el inglés mejor que él y donde figuraría ahora como un chico que tenía amigos que podían hablar con el juez Menen o el subcomisario, como si fuera un joven blanco en vez de un joven negro. Y le había mirado arrogantemente y dicho: «¿No ha comprendido este hombre que no tiene sentido hablarme en indio?»

Y más tarde, sí, más tarde, paseaba en público, aquí en el Santuario, a la vista de cualquiera que se molestara en observar, cogido de la mano de la chica blanca, Miss Manners. Y quizá paseaba así por otros sitios en donde Merrick pudiera enterarse o verlo. Supe demasiado tarde que Merrick conocía también a Miss Manners. Todos los europeos se conocían entre ellos, pero la suya, la manera en que se conocían Merrick y Miss Manners, era especial, al parecer. Y la noche de Bibighar comprendí cuál era esa manera especial. Merrick vino cuando ya había oscurecido. En su camión. Solo. Dijo:

—Tengo entendido que usted conoce a una chica llamada Daphne Manners. Acabo de estar en la casa MacGregor. No ha llegado todavía. ¿La ha visto usted?

—Sí —respondí—. Ha estado aquí. Pero se ha marchado justo antes de anochecer.

No pensé que hubiese ningún interés personal en su pesquisa. Había disturbios en el distrito. Y él era policía. Sólo pensé en la chica. En lo que podría haberle ocurrido. Supuse, ¿comprende?, que Lady Chatterjee había telefoneado a la policía porque Miss Manners aún no había vuelto a casa.

Él preguntó:

— ¿Por qué ha venido aquí?

Le contesté que a veces venía a ayudar en la clínica. Pareció sorprendido y dijo:

—No lo sabía. Sabía que había venido una vez porque ella me lo dijo. ¿Viene a menudo?

—Rara vez —dije. Porque de repente me volví cautelosa. Y entonces me preguntó si había venido sola, si esa noche había estado sola, si yo sabía adonde planeaba ir cuando se marchó al anochecer. Sí, sola, contesté, ha estado sola esta noche y, que yo supiera, a casa, a la casa MacGregor. «¿Por qué trayecto?»

—Bueno, desde aquí es más corto por el Bibighar —dije—. ¿Usted no ha venido por ahí desde la casa MacGregor?

Al parecer no lo había hecho, sino que desde la casa MacGregor había ido primero al *kotwali,* en el lado del puente de Mandir Gate, y luego se había acordado de que ella una vez le había hablado de una visita al Santuario y había venido aquí desde aquella dirección.

—Así que es probable que no la haya visto —dije, y Merrick replicó:

—Pero usted dice que se ha ido al anochecer. He estado en la casa hasta cerca de las nueve, más de una hora después de anochecido, y no había vuelto.

Y entonces, porque estaba preocupada por ella y momentáneamente me olvidé de Merrick y de Kumar, dije lo que no tuve intención de decir, dije algo que inevitablemente le hizo pensar en el nombre de Kumar. Dije:

—Quizás haya ido a casa de la señora Gupta Sen.

Al ver la cara que puso lamenté haberlo dicho. Fue como si mencionando a Gupta Sen hubiera pronunciado realmente el nombre de Kumar. Él dijo:

—Entiendo.

Había una sonrisa en el fondo de sus ojos. Y todo encajaba, todo encajó de nuevo en aquella peligrosa disposición geométrica de la que yo había tenido ya un aviso, con Merrick y Kumar como dos puntos de un triángulo cuyo tercer punto no era esta vez Rajendra Singh, sino Miss Manners. Tuve esa sensación que a veces tenemos todos, la de revivir una situación que ya se había resuelto en alguna ocasión anterior, la de verme nuevamente implicada en una secuencia trágica, sin haber aprendido nada de la otra vez o de las otras veces en que Merrick y yo pudimos haber estado así, en esta habitación donde estoy postrada y usted hace preguntas, con el nombre de Kumar en nuestra mente y el nombre de una muchacha que se había extraviado y que había que encontrar. La revelación de que Merrick estaba inquieto como algo más que un policía y mi propia traición al chico, a Kumar, al haber hablado de la casa de Chillianwallah Bagh, haber hablado de la señora Gupta Sen, esos dos son los muelles que habría que tocar cada vez que nuestra vida completase una revolución y alcanzara de nuevo el punto en que Merrick y yo estábamos en la habitación. Y cada vez los muelles se *tocaron,* se tocaron con tanta certeza como que la noche sigue al día, se tocaron antes de poder reconocer exactamente lo que eran. Debería haber sabido que Merrick conocía a la chica. Fue una estupidez por mi parte. Fue el precio que pagué por consagrarme a los intereses de los moribundos en lugar de atender los de los vivos. No debería haber sobreentendido que simplemente porque ella era amiga de Han Kumar no podía ser también amiga de Merrick. Si yo no hubiera sido tan estúpida podríamos haber escapado del círculo ineluctable y Merrick no se habría marchado, como hizo, persuadido de que sólo Kumar podía resolver el misterio de la desaparición de la muchacha.

Pero yo no sabía que Merrick conocía a la chica o que, a su curioso modo, se hubiera encariñado de ella. Pero lo adiviné entonces, después de haber dicho: «Quizás haya ido a casa de la señora Gupta Sen», y haber visto la excitación detrás de sus ojos de porcelana azul, por lo demás inexpresivos, pero reveladores. Porque había elegido desde mucho antes a Hari Kumar, lo había elegido como víctima, al haberle observado en la bomba y haberle llevado posteriormente para interrogarle y contemplar más de cerca la oscuridad que atraía a su oscuridad propia. Una oscuridad distinta, pero al fin y al cabo oscura. Por parte de Kumar, una oscuridad del alma. Por la de Merrick, de la mente, el corazón y la carne. Y una vez más, pero en un contexto anormal, la atracción que el blanco ejercía sobre el negro, la atracción de un opuesto, de alguien esta vez que quizá nunca se había precipitado en las profundidades de su propio impulso personal, y mucho menos en las de la vida o las del mundo en general, sino que había permanecido en suelo alto y seco sobre las riberas estériles, encostrado en su propia intimidad y asimismo en el prejuicio que había adquirido porque era uno de los hombres blancos que controlaban el país de un hombre negro.

Merrick sabía desde mucho tiempo antes lo de Miss Manners y Kumar. Comprendo que, por lo tanto, pensaba ya en Kumar como en la persona que podría saber dónde estaba ella. Pero hay algo que tal vez usted no sepa aún. Algo que vislumbré cuando ella vino aquella noche de Bibighar, la noche en que Kumar no vino, algo que supe más plenamente en una ocasión posterior, cuando vino a despedirse porque se iba al norte a pasar una temporada con su tía, Lady Manners, hasta que todo hubiera terminado. Estaba embarazada. No lo ocultaba. Me asombró mucho su calma. Era la calma de una mujer hermosa. Y, sin embargo, no era una mujer hermosa, como usted sabe, como cualquiera con quien haya hablado le habrá dicho, como habrá podido comprobar usted mismo al ver su fotografía. En un momento dado las dos guardamos silencio. Era el silencio de dos personas que sienten comprensión y afecto y que en aquel momento estaban inseguras de hasta qué punto podían permitirse hacer uso de su amistad. Fui yo quien tomó la decisión. De hablar de Kumar. Dije:

—¿Sabe dónde está?

Y me refería a dónde estaba encarcelado. No necesité pronunciar su nombre. Ella me miró y la expresión de su cara me reveló dos cosas: que no lo sabía pero que esperaba, durante los segundos en que tardó en desvanecerse esa esperanza, que yo lo supiese. Ella negó con la cabeza. Lo había preguntado. Pero nadie con autoridad se lo había dicho. También había ido a la casa de Chillianwallah, confiando en que lo supiese *la tía de Kumar.* Pero ella no se tomó siquiera la molestia de salir de su cuarto para hablar con Daphne. Más aún, creo; de momento no se había atrevido a hacerlo por miedo a que ella le hiciese daño a él. Kumar había sido detenido, esa noche de Bibighar, junto con otros muchachos. Recordará usted que ese día varias personas habían sido detenidas horas antes por motivos políticos. Se decía que habían sido introducidos en vagones cerrados de tren y trasladados nadie sabía adonde. Se decía también que las detenciones de cinco o seis jóvenes la noche del caso Bibighar habían ocasionado los disturbios en la ciudad. Pero los desórdenes, sin duda, estaban ya planeados. Quizá fueron peores debido a los rumores de las cosas terribles que les estaban ocurriendo a los chicos detenidos después de Bibighar. O quizá parecieron peores porque entre los ingleses reinaba la creencia de que después de Bibighar ninguna de sus mujeres estaba a salvo. Dijeron que fue por causa de Bibighar por lo que el subcomisario fue persuadido de que juzgara la situación descontrolada y llamara a los militares antes de que fuese realmente necesario. Tal vez nunca se conozca la verdad de estos hechos. Antes de que Miss Manners viniera a despedirse se me había ocurrido pensar que acaso pesaba sobre su mente la convicción de haber sido, contra su voluntad, el centro mismo de todos aquellos trastornos. Pero cuando vino tenía ese aire de sosiego, de concentración, el aire, pienso, de todas las mujeres que por primera vez están embarazadas y descubren que el mundo que las rodea ha perdido relativamente su importancia. Puse mi mano en la suya y pregunté:

—¿Llegará usted *al final?* —y sonrió, de forma que supe que iría hasta el final. Dije:

—¿Han intentado disuadirla?

Ella asintió. Sí, lo habían intentado. Dijo:

—Hacen que parezca terriblemente sencillo. Como un deber.

Pero, por supuesto, no era tan sencillo. Para ellos quizá sí. Una obligación, incluso. Deshacerse. Abortar. Arrancar del útero el embrión

repugnante y arrojárselo a los perros. Es lo que oí decir a una mujer. Una mujer blanca. «¿Es verdad», preguntó otra, «es verdad que esa joven Manners está embarazada y se ha ido a Cachemira a *tener* el hijo?» Estaban comprando cosméticos en la farmacia de Gulab Singh. Por entonces las cosas habían vuelto a la normalidad. Y cuando le respondieron que, al parecer, era cierto, ella dijo:

—En fin, ¿qué podemos pensar? ¿Que le ha *gustado?*

Pobre Miss Manners. Qué poco tiempo tardó en convertirse en «esa joven Manners». Quizás antes de Bibighar la habían llamado a veces así. Pero inmediatamente después de Bibighar los europeos pronunciaban su nombre con la reverencia que habrían empleado para hablar de los santos y los mártires. Pero ahora... esa joven Manners. Y aquel feo comentario: «A lo mejor le ha gustado.» Y luego la mujer sonrió y dijo en voz alta:

—Personalmente, si me hubiera ocurrido a mí, yo habría tenido un aborto público a la puerta de su puñetero templo y hubiera echado a los perros la inmunda basura. O hubiera hecho que se lo metieran por la garganta a sus sacerdotes.

Y continuó eligiendo lociones y polvos para su piel blanca, y consiguió, como siempre conseguían esa clase de mujeres, y todavía consiguen, hablar al hombre que le estaba atendiendo sin mirarle una sola vez ni poner las manos a una distancia en que podría haber habido contacto con las de él. Una de las mujeres, tal vez, a quienes yo había visto meses antes observando al joven Kumar cuando él me acompañó a la farmacia, después de haberme encontrado en el camino, haberse parado a hablar un momento y haberse ofrecido a llevar al Santuario las medicinas que yo iba a comprar, ofrecido porque aquel día no me acompañaba ningún chico. Kumar y yo nos habíamos hecho amigos. Por lo menos yo notaba que él lo era de mí y yo de él a pesar de que todavía él rumiaba en su cabeza la idea de que no tenía ningún amigo. Cuando salió de la farmacia dijo:

—Como ha podido ver, me he vuelto invisible para los blancos.

Quizá había notado la forma en que le miraban las mujeres blancas. Quizá tan sólo había notado la manera en que le empujaban o le daban la espalda, o llamaban al dependiente con quien él ya estaba hablando. Por ese motivo odiaba entrar en los comercios del acantonamiento. Y, sin embargo, yo sé que para él debía de ser terrible el ansia de entrar en ellos, de ser nuevamente parte de ellos, a causa de su britanismo, a causa de que Inglaterra era el único mundo que él conocía, y odiaba la ciudad negra de este lado del río tanto como la odiaría cualquier hombre blanco recién salido de Gran Bretaña. La odiaba más, pues la ciudad negra era para él el lugar donde tenía que vivir, no el lugar por donde de vez en cuando tenía que pasar, tapándose la nariz con el por el puente al sector civil y el universo del club donde los blancos se reunían.

Pero Kumar es otra historia, ¿no? Una historia que sabrá después. Le diré un nombre que podrá ayudarle, del que posiblemente nadie más que yo ha oído hablar o ha olvidado hace mucho. Colin. Colin Lindsey. Kumar me habló de Colin cuando le vi borracho por segunda vez. Se había emborrachado por culpa de Colin Lindsey aquella primera vez, la noche en que le encontramos y trajimos al Santuario. Colin Lindsey era el amigo íntimo de Han Kumar en Inglaterra. Iban al mismo colegio. Colin intentó que sus padres cuidaran de Han cuando el padre de éste murió y Hari se vio obligado a regresar a la India. Cuando aún no había cumplido dieciocho años. Con su britanismo. Con aquella voz inglesa, y su porte inglés, y su nombre inglés. Harry Coomer.

Que no hablaba ningún idioma de la India. Un inglés de piel negra que en Mayapore se convirtió en lo que él denominaba invisible para los blancos.

Pero no para las mujeres de la farmacia. O para Miss Manners. O para Merrick. Pero le estaba diciendo algo. Algo de Merrick y de lo que él ya sabía sobre la relación entre la chica y Kumar. Le dije a ella, el día en que vino a despedirse:

—Miss Manners, tengo que hacerle una confesión. Me ha remordido muchísimo la conciencia.

Y le conté que Merrick había venido al Santuario la noche de Bibighar. Y que en aquel momento yo no sabía que ella y Merrick se conocían más que de la manera en que una persona blanca podía conocer a otra en una colonia civil o militar. Pero que me había dado cuenta de que el interés de Merrick no era sólo el de un policía que había sido informado de la desaparición de una muchacha blanca. Y que entonces olvidé, en mi preocupación por lo que hubiera podido ocurrirle, que era peligroso mencionarle el nombre de Kumar, aun indirectamente, en cualquier clase de relación con ella. Y que le había dicho: «Quizás haya ido a casa de la señora Gupta Sen.»

— ¿Por qué le preocupa? —quiso saber ella— ¿Por qué le remuerde la conciencia? Sé que Merrick vino aquí y que al marcharse fue a casa de Hari.

Yo dije: pero después volvió. Se marchó de aquí, fue a la casa de Chillianwallah Bagh, preguntó por Hari y le dijeron que no estaba allí. Y entonces volvió en el camión a la casa MacGregor. Y descubrió que usted había vuelto. En aquel estado. E inmediatamente convocó a las patrullas y rodeó toda la zona de Bibighar, y detuvo a los cinco chicos que encontró en las inmediaciones. *Y volvió a la casa de Chillianwallah Bagh.* Y subió con guardias y encontró a Hari. Con marcas en la cara, dicen, limpiándoselas, intentando encubrir las pruebas. Y fuera, en la cuneta, su bicicleta.

Sí, dijo ella. Es verdad. ¿Cómo se ha enterado?

Por De Souza, le dije. Tiene muchos amigos y descubre cantidad de cosas. Algunas son ciertas, otras simples rumores. Esto, evidentemente, es cierto. Y me remuerde la conciencia. Porque si yo no hubiera mencionado la casa de Chillianwallah Bagh, Merrick no habría ido a buscar a Hari Kumar. Porque *usted* no dijo nada. Todos nosotros sabemos que usted no dijo nada. Que usted dijo que no había visto quién era el que le había atacado. Sabemos que no ha acusado a nadie. Lo sabemos por lo que Lady Chatterjee ha dicho. Lo sé por Anna Klaus. Sabemos que usted se negó incluso a intentar identificar a los otros chicos porque insistió en que no los había visto bien en la oscuridad. Yo me hago realmente la siguiente pregunta; si Merrick no hubiera vuelto a la casa MacGregor y la hubiera encontrado a usted así, ¿le hubiera contado usted lo que le había ocurrido?

Al cabo de unos instantes ella respondió:

—¿Por qué ocultarlo? Se ha cometido un delito. Fueron cinco o seis hombres. Cuatro de ellos me violaron. ¿Qué está intentando decirme? ¿Que usted también cree que Hari estuvo involucrado?

No, le respondí. No, no es eso. Únicamente estoy intentando exculparme. Pidiéndole que me ayude a exculparme. Verá, hay otra cosa que recuerdo. De aquella noche de Bibighar, cuando usted vino al Santuario a esperar a Kumar. Mientras le esperaba me habló de la visita al templo. Mientras usted hablaba tuve una impresión. La impresión de que usted no le había visto desde entonces. No le había visto desde hacía dos semanas o más. De que el día de la visita al templo había habido algún desacuerdo entre ustedes. Una riña. De que le decepcionaba pero no le sorprendía que al atardecer él no

hubiese venido todavía a reunirse con usted en el Santuario y que tuviese que marcharse sola. Cuando se marchaba, se me ocurrió pensar que pasaría por la casa de él antes de volver a la suya. Para verle. Para remediar la desavenencia que hubiese entre ustedes. Y ésa es la razón de que cuando Merrick estuvo interrogándome yo dije que usted quizás hubiera ido a la casa de Chillianwallah Bagh. Y eso le hizo pensar al instante en Kumar, porque él sabía dónde vivía Kumar. Lo habría recordado claramente del día en que le llevó a la comisaría para interrogarle. Yo no pude ordenar todos estos datos en palabras en ese momento, en el momento en que Merrick estuvo aquí, en esta habitación, la noche de Bibighar. Pero las palabras estaban ahí, a la espera de salir. Y salieron más tarde, cuando me enteré de que Kumar estaba entre los chicos detenidos, Kumar entre los que habían sido trasladados, y entonces recordé cómo había cambiado la expresión de Merrick cuando le dije que usted quizás hubiera ido a casa de Gupta Sen. Y recorrió la habitación con la mirada. Como si pudiese decir que usted y Kumar habían estado en ella otras veces, se habían esperado uno a otro aquí, y que esta tarde usted también había estado esperando a Kumar. Como si por fin hubiera descubierto uno de los sitios donde usted y Kumar se reunían. Vi lo importante que era el descubrimiento para él, y que no sólo era un policía haciendo preguntas sobre una chica desaparecida. Yo lo había intuido unos momentos antes, cuando pareció sorprendido al oír que usted venía algunas veces a ayudar en la clínica. Era la sorpresa de un hombre que se creía con derecho a conocer todos y cada uno de sus movimientos. ¿Me equivoco?

No, contestó ella. Él parecía creer que tenía ese derecho.

¿Y sabía él lo de usted y Kumar?

Todo el mundo lo sabía en esta parte del río, dijo ella. Merrick me hizo una advertencia respecto a nuestra relación.

¿Y fue quizá después de esta advertencia, dije yo, cuando usted y Kumar tuvieron esa disputa, en el momento de visitar el templo? ¿Y no habían vuelto a verse desde entonces? ¿De forma que Merrick pensaba que usted había tomado su advertencia en serio?

Sí, respondió ella. Supongo que las cosas ocurrieron así. Que así fue como pudieron parecerle a él.

O sea que, ya ve usted, ella no podía exculparme. De censura, de culpa, de haberle dicho pérfidamente a Merrick: «Quizás haya ido a casa de la señora Gupta Sen.» De haber contribuido a revivir en él la excitante sospecha de que Miss Manners y el joven Kumar seguían viéndose en secreto, aquí en el Santuario. De brindarle una vía para *castigar* a Kumar, a quien ya había elegido, elegido como víctima. Porque Merrick era un hombre incapaz de amar. Sólo era capaz de castigar. Siento en mi corazón que lo que digo es cierto. Merrick quería a Kumar. No a Miss Manners. Y probablemente fue la relación de ella con Kumar la que en principio hizo que Merrick se fijase en ella. Yo lo veo así. Y también veo otra cosa.

Esto.

Que el joven Kumar estuvo en el Bibighar aquella noche. O alguna otra noche. Porque el hijo que ella llevaba en el vientre era sin duda el hijo de Kumar. ¿Por qué, si no, ella parecía, al llevarlo dentro, una mujer en estado de gracia? ¿Por qué, si no, ella se negaba a deshacerse, se negaba a abortar, a arrojar el embrión repugnante a los perros callejeros? ¿Por qué, si no? ¿A menos que, después de dado el salto, ella aceptase la lógica de su acto y todas sus consecuencias? Sin descontar la agresión en la oscuridad de una pandilla

de canallas. ¿Y que creyese que a raíz de esa agresión portaba a la India en su vientre? ¿Pero encajaba esto en el cuadro que yo me hacía de ella mientras estuvo aquí sentada, tranquila, concentrada, criando ya al niño en su imaginación, pensando que en tanto lo tuviera no había perdido totalmente a su amante?

Había una pregunta que yo ardía en deseos de hacerle. No se la hice en parte porque creía saber la verdad y en parte porque pensé que era una pregunta que ella se negaría a responder. En atención a Kumar. Hay maneras de que una persona pueda imponer a otra su propio silencio, ¿verdad? Y ella se había envuelto a sí misma, y había envuelto la memoria de Kumar en este silencio. La odiaban por eso, los europeos. Del mismo modo que criticaron a aquella mujer de la misión —Miss Crane—la criticaron porque no había podido describir a los hombres que asesinaron al maestro. Pero en el caso de Daphne Manners la situación era peor, porque por un tiempo, después de la violación, ella había sido para ellos una inocente muchacha blanca agredida y ultrajada por negros vandálicos, y sólo de un modo gradual se percataron de que la venganza pública iba a serles negada. Porque ella no identificó a ninguno. Porque en un momento de la investigación se supo que ella había dicho que, por lo que ella sabía, podían haber sido soldados ingleses con la cara ennegrecida como comandos. Porque ella preguntó si los chicos detenidos eran todos hindúes, y al haberle respondido que sí dijo que debía de haber algún error, porque al menos uno de los hombres que la violaron era circunciso, lo que significaba que probablemente era musulmán. Dijo que sabía que era circunciso y que les diría por qué lo sabía si ellos realmente querían que lo dijera. Lo dijo en presencia de testigos en la audiencia privada que celebraron en la casa MacGregor. La audiencia se celebró porque los blancos estaban deseando hacer un juicio. ¿Pero qué clase de juicio iban a hacer cuando parecía como si la víctima misma fuese a levantarse en la sala y a proyectar sospechas sobre sus propios soldados? ¿Y comentar abiertamente detalles tan impúdicos como la circuncisión de un hombre? Así que no hubo juicio. ¿Pero qué necesidad tenían de él? Los chicos a los que habían detenido no tenían que ser declarados culpables de nada, sino simplemente encerrados y trasladados, Dios sabía adonde, con un número incontable de otros. Y entre ellos Kumar.

Y luego, por supuesto, se volvieron en contra de ella. Oh, no públicamente. No delante de Miss Manners. Entre ellos. No hubiera sido bueno que los indios supieran lo que estaban pensando. Pero por primera vez se podía oír a los ingleses haciéndose entre ellos las preguntas que los indios se habían estado haciendo todo el tiempo. ¿Qué estaba haciendo ella de noche en los jardines Bibighar? Evidentemente había entrado en los jardines por su propia voluntad, ya que en ningún momento se había dicho nada de que ella hubiese sido descabalgada de la bicicleta cuando pasaba por allí. Y en caso de que la hubieran desmontado de la bicicleta, ¿no habría visto a uno por lo menos de los chicos que la desmontaron? ¿No había una farola en el borde de la carretera, enfrente del Bibighar? ¿Y no había también, a menos de cien metros, en la entrada del puente Bibighar, el paso a nivel y la caseta donde el guardabarrera vivía con su familia, de cuyos miembros se dice que juraron que no habían visto ni oído nada hasta que irrumpieron las patrullas de Merrick y les pusieron en fila para interrogarles?

Le contaré la historia que prevaleció al final, que finalmente todos los chismorreos de la colonia inglesa de Mayapore aceptaron como la ingrata

verdad. No hay que buscar muy lejos su origen. No más lejos, pienso, que en el mismo Merrick. Dijeron que Miss Manners había ido a Bibighar porque Kumar se lo había pedido. Todo el mundo veía qué clase de chico era Kumar. El peor tipo de negro educado. Vano, arrogante, engreído. Sólo podía satisfacer su vanidad emparejándose con una mujer blanca. Y solamente una chica fea como Miss Manners podía haberse dejado engatusar para una relación así. Tanta seguridad había adquirido en que ella haría cualquier cosa que él le pidiera que a veces tenía el descaro de rehuirla durante unos días, incluso semanas enteras, la insolencia de concertar una cita y no aparecer, de reñir públicamente con ella, de humillarla. Y luego le concedía el placer de estar otra vez con él durante un par de horas. Y en todo instante planeando la mayor humillación de todas, que coincidió, y es más probable que no por azar, con el momento elegido por aquellos indios que se proponían demostrar a los ingleses quién era el amo. La eludió desde días antes del alzamiento proyectado, forzándola a incubar un deseo muy intenso de verle, y luego le envió el mensaje de que se reunieran en el Bibighar. Ella corrió a la cita y encontró no sólo a Kumar, sino a una banda de brutos que la violaron sistemáticamente uno tras otro. Fueron su vergüenza y su humillación las que la movieron a guardar silencio. ¿Qué muchacha inglesa hubiera admitido la verdad de un hecho semejante? Pero el joven Kumar no era tan inteligente como pensaba. Esa clase de indio supuestamente educado nunca lo era. Tan arrogante y estúpido se había vuelto que le robó la bicicleta y no tuvo el sentido común de dejarla siquiera a una corta distancia de su propia casa. Quizá pensó que este hecho carecía de importancia porque esperaba que a la mañana siguiente los ingleses estarían luchando por su vida. Porque otra cosa era cierta. Un muchacho fatuo como él, por muy supuestamente ingleses que fueran sus modales, desempeñaba casi con certeza un papel de traidor en el alzamiento. Ah, no, no malgastes piedad con el joven Kumar. Se merecía lo que le hubieran hecho mientras estuvo en manos de la policía. Y no malgastes piedad con ella tampoco. Ella también recibió su merecido.

Esto es lo que dijeron los ingleses. Yo hablé del asunto con Anna Klaus. Anna sentía cariño por Miss Manners. Fue Anna Klaus la que la atendió después de la agresión. Yo no le pregunté acerca de la verdad del otro rumor que circulaba. Que Anna Klaus había dicho al subcomisario que en su opinión Miss Manners, antes de la violación, no había sido *intacta.* ¿Porque qué probaba esto, en un caso u otro, respecto al asunto de Bibighar? El subcomisario tuvo indudablemente sus motivos para pensar que debía hacer esta pregunta a la doctora Klaus.

Si es que él la hizo. Hubo en Mayapore, ya ve usted, en cuanto todo fue agua pasada y los ingleses hubieron restablecido su control, hubo por un tiempo, antes que otros temas de murmuración lo desalojaran de sus mentes, un deseo de destruir a Miss Manners, su reputación y su memoria.

Y quizá lo hubieran conseguido, de no ser por este hecho: que Mayapore es una ciudad india. Y al cabo de un tiempo, cuando los ánimos se habían enfriado y los ingleses habían olvidado la efímera estela del caso Bibighar, los indios seguían recordándolo. No lo comprendían. Tal vez a causa de los castigos que la gente dijo que habían sido exigidos, ellos también hubieran preferido olvidarlo. Pero los indios creían que de todo ello, de todos los misterios de aquel caso, afloraba al menos una cosa, quizá no claramente, pero insistentemente, como una antigua herida que hubiese cicatrizado. Que Daphne Manners les había amado. Y que no les había traicionado, ni siquiera

cuando pareció que ellos la habían traicionado a ella. Pocos indios dudaban de que efectivamente ella había sido violada por hombres de su propia raza. Sin embargo, no creían que entre los chicos detenidos estuviese siquiera uno solo de los responsables. Y juzgaban que este hecho era una convicción que compartían con ella. Una cruz, si prefiere, que soportaban juntos. Y así, después del suceso, la honraron por las cosas que se dijo que ella había dicho y que les escandalizaron entonces tanto como a los ingleses. Y particularmente se acordaban de esta frase suya: «Por lo que yo sé, podrían haber sido soldados ingleses con la cara ennegrecida.»

¡Caray! ¡Qué valor hada falta para decir eso! ¡En aquellos tiempos! Cuando el acantonamiento estaba lleno de soldados blancos y los japoneses estaban aporreando las puertas allí abajo, en Birmania, y los ingleses tenían tendencia a considerar traición todo lo que no pudiera llamarse patriótico. Y no olvide usted esto. Que aquélla era una época especial. Que los ánimos estaban caldeados porque las conciencias estaban al desnudo. ¿Qué clase de poder imperial blanco era aquel al que un ejército de hombres amarillos podía expulsar de Malasia y perseguir a través de Birmania? Era una pregunta que los indios formulaban abiertamente. Los ingleses únicamente respondían en el silencio desacostumbrado de su propio corazón. E imploraban tiempo, estabilidad y lealtad, que no son cosas que se cosechen normalmente sin haber sido sembradas primero.

Quizá, con todo, su súplica fue escuchada. Porque ustedes son un pueblo curioso. Por lo general muy conscientes, cuando caminan al sol, de la brevedad o la largura de las sombras que proyectan.

Capítulo 4

UNA VELADA EN EL CLUB

Mayapore es un distrito de la provincia que todavía es administrado en cinco subdivisiones, igual que en la época de la dominación inglesa. Abarca un área de 6.075 kilómetros cuadrados. En 1942 su población ascendía a un millón doscientas cincuenta mil almas. Ahora, en 1964, alcanza el millón y medio de habitantes, 160.000 de los cuales viven en la ciudad de Mayapore y unos 20.000 en el suburbio de Banyaganj, donde está el aeropuerto. Desde él hay un vuelo diario de la Viscount a Calcuta y dos servicios semanales de la Fokker Friendship a Agrá para enlazar con el vuelo a Delhi. Las inmediaciones del aeropuerto se han convertido en el centro de un conjunto de fábricas de industria ligera. Entre Banyaganj y Mayapore se encuentran las viviendas modernas de la nueva colonia inglesa, casas de hormigón encaladas y de factura económica, y a continuación, todavía más cerca de la ciudad, la antigua fábrica de la Eléctrica Anglo-india, recientemente ampliada pero controlada aún por capital inglés. Desde la Eléctrica Anglo-india el viajero que hubiera conocido el Mayapore de los viejos tiempos y llegara en avión se sentiría en un terreno más familiar al pasar sucesivamente por la Universidad Técnica de Mayapore, la institución de ladrillo rojo fundada y financiada por Sir Nello Chatterjee, y el instituto superior del gobierno, un edificio de estuco color crema. Justo después del instituto el ferrocarril traza un giro a la izquierda, siguiendo la curva del río, y desde aquí la calle —la Grand Trunk— conduce directamente al antiguo acantonamiento y al sector civil.

Desde el bazar del acantonamiento, que es todavía el centro comercial elegante de Mayapore, y por la calle Mahatma Gandhi, antaño calle Victoria, el viajero dejará a su izquierda el cuartel principal de la policía y luego, a su derecha, el juzgado y el enjambre adyacente de edificios, bien sombreados por árboles, que albergaban y aún albergan a sede central de la administración del distrito. Cerca, pero sólo vislumbrable desde la puerta, situada en una pared alta de estuco, parejamente sombreada, está el bungalow en un tiempo conocido como la residencia donde vivían, cuando no estaban de inspección por las zonas del distrito que les habían asignado, tres o cuatro de los funcionarios de subdivisión solteros del subcomisario White, por lo general indios de la administración pública no vinculada por un convenio. Más allá del bungalow, a ambos lados de la calle, hay otros cuyo estilo y aspecto espacioso revelan que también son vestigios de la era británica, y el más grande de ellos es el que ocupaba con su mujer John Poulson, comagistrado y subcomisario adjunto. Casi enfrente de la antigua vivienda de los Poulson está el bungalow del superintendente de policía del distrito. Un cuarto de milla más adelante, la calle Mahatma Gandhi cruza el ángulo sureste del amplio y cuadrado espacio abierto conocido como el *maidan,* cuya hierba aterciopelada y bien segada es verde durante y después de las lluvias, pero parda en esta estación. Si se prosigue en dirección norte por la calle Hospital, se llega finalmente al hospital general de Mayapore y a la clínica Greenlawns. Si se gira a la izquierda, es decir, hacia el oeste, y se recorre la calle Club, se llega por último al club Hípico. Tanto los edificios del club como los del hospital se

ven a distancia desde la confluencia en forma de T de las calles antigua Victoria, Hospital y Club. Y en esta última calle, enfrente del *maidan,* todavía se encuentra el bungalow del subcomisario, en un aislamiento amurallado y arbóreo.

A las seis y media de la tarde el sol se ha puesto y realza la desnuda silueta de los árboles que cobijan los edificios del club, en el lado occidental del *maidan.* El cielo de encima, descolorido durante el día, como si el calor hubiera consumido su pigmento, sufre ahora una transformación notable. El azul emerge por fin, pero con tonos ya invadidos por la refracción amarillenta del sol, de suerte que lo inunda de un verde sorprendente y luminoso que se diluye en un violeta más sombrío en el este, donde la noche ha caído ya, y se enrojece en el oeste, donde aún no ha oscurecido. Hay algunos árboles desperdigados en el lindero del *maidan,* el hogar de los cuervos revoloteantes y carrasposos de los que Lady Chatterjee dice que una mujer americana llamó en una ocasión «esos malditos pájaros». Ciertamente, en la India, son omnipresentes. Descendiendo lentamente la calle Club con Lady Chatterjee, en un Ambassador gris que pertenece a un abogado llamado Srinivasan, a quien uno no conoce todavía pero está a punto de hacerlo, uno podría permitirse la fantasía de una proyección de lo ahora demostrable sobre lo venerado entonces, entre lo cual el único vínculo animado y seguro lo proporcionan los cuervos, espíritus familiares de los *sahibs* blancos fallecidos e igualmente de sus vivientes herederos negros. A esta hora pulula por el *maidan* una clase media india que disfruta del fresco relativo del atardecer. Hay incluso mujeres y niños. Ellas pasean o, sentadas en cuclillas, hablan, y los niños juegan. Pero la impresión global esde blancura en la ropa de los hombres, las tocas y las camisas de los chicos, una blancura que, como el marrón de la hierba, ha sido transfigurada por la luz vespertina en un rosa tan sutil como el de esa ave extraordinaria, el flamenco. Reina quietud, los que toman el fresco emanan un sentido de su... bueno, sí, ¿un sentido de su qué? ¿De su propia cohibición por haber rebasado una raya antigua e invisible? O quizás una sensación que únicamente un inglés percibe, fruto de la conciencia remanente que posee de un privilegio racial ahora oficialmente extinto, de forma que, transportado hacia el club a invitación de un abogado brahmán, una tarde de sábado, por un chófer musulmán, en compañía de una dama *rajput,* a través de la luz rápidamente declinante que mantiene al viejo Mayapore encantadoramente suspendido entre el día y la noche, privado de responsabilidades y, por tanto, de todo sentido de dignidad aparte del que pueda albergar en sí mismo en tanto individuo, es posible que se sienta similarmente suspendido, enredado en la historia de su propia patria y el ímpetu de una corriente que simplemente no habría de esperar a que ellos comprendiesen plenamente su fuerza, y es posible que entonces recuerde sentimentalmente, al pasar, que el *maidan* fue en otro tiempo sacrosanto para los colonos civiles y militares, y que experimente, fugazmente, la tracción de un vago pesar generalizado porque el *maidan* ya no posee el aspecto que tuvo antiguamente, cuando a esta hora del día estaba vacío y tan sólo lo cruzaban unos pocos jinetes tardíos cabalgando a medio galope hacia su casa.

No es que el *maidan* no se encontrase en aquellos tiempos —en determinadas ocasiones— incluso más densamente poblado que esta tarde. Los ingleses celebraban aquí su exhibición hípica anual y su exposición floral, y era el espectáculo de actos como los que organizaba el ejército, con su banda de música y demás, en ayuda de la Semana Bélica, lo que Daphne

Manners presenciaba con otras muchachas del hospital general de Mayapore y varios oficiales jóvenes del sector militar, que, al igual que la iglesia de St. Mary, se divisa al fondo del *maidan.* Lady Chatterjee me dice que la exposición floral se sigue celebrando; de hecho, hasta hace cinco años ella también exhibía sus flores; pero las rosas que cultivaban mujeres inglesas que se sentían lejos de la patria y abrigaban inciertas esperanzas de un destino en Europa ya no son las que eran, y arbustos florecientes y verduras gigantescas ocupan ahora la mayor parte del espacio de las grandes tiendas de lona. La exhibición hípica, a su vez, sigue celebrándose anualmente porque Mayapore es todavía un puesto militar, esto es, un puesto con un cierto respeto formal por la tradición. La semana de cricket atrae al público más numeroso, más incluso que en los viejos tiempos, pero en cualquier caso todo acontecimiento que se celebra ahora en el *maidan* es siempre más concurrido, pues a pesar de que también los indios asistían a la hípica, las exposiciones florales y las semanas de cricket inglesas, su asistencia estaba regulada por invitación o mediante pago de una entrada, y *el maidan* era entonces cercado por una valla exterior de estacas y cuerdas y otra barrera interior de postes y esparto (excepto en el caso del cricket, en que había que prescindir del esparto en beneficio tanto práctico como estético del juego), cercas que indicaban al transeúnte fortuito la celebración de algo privado en el recinto. Hoy día no hay más vallas que aquéllas —como, por ejemplo, en la hípica—, cuyo propósito es separar a los espectadores de los participantes, y en Mayapore hay indios influyentes, los herederos del orgullo cívico, que opinan que es un error abrir el *maidan* de este modo a la invasión de cualquier don nadie. La hípica del año pasado (explica Lady Chatterjee) la echó a perder gente que merodeaba por las zonas del *maidan* donde no se estaba celebrando el espectáculo, pero que se mezcló con las personas que habían pagado sus asientos y hasta invadió las tiendas donde se servía un refrigerio creyendo que estaban abiertas a todo el mundo. Tan grande fue la confusión que el secretario del club, el señor Mitra, presentó su dimisión, pero fue disuadido de medida tan drástica cuando la junta directiva votó, por un escaso margen, a favor de reimplantar el antiguo sistema de vallado doble en el futuro. En cuanto al cricket, en fin, en dos ocasiones en los últimos cinco años, los jugadores abandonaron el campo como protesta por el alboroto que armaban los espectadores enzarzados en una refriega, y la última vez en que esto sucedió el público invadió el campo en protesta por la actitud arbitraria de los jugadores. Siguió una batalla campal que la policía tuvo que disolver con cargas de *lathi* [6], exactamente igual que había hecho en los tiempos en que los desórdenes eran de carácter más serio.

Los ingleses que viven actualmente en Mayapore se mantienen naturalmente al margen de este tipo de problemas; es, al menos, lo que se puede colegir de lo que dice Lady Chatterjee (que, cuando se le interroga respecto a materias tan delicadas, tiene la costumbre de erguirse muy derecha en su asiento, responder brevemente y cambiar de tema). Es raro (o es lo que uno deduce de la reluctancia de Lady Chatterjee a jurar que no lo es) ver a algún miembro de la colonia inglesa en un acto público celebrado en el *maidan.* Ya no participan en la exposición floral. No compiten en el torneo hípico. No juegan al criket allí. Se diría que existe entre ellos un acuerdo tácito en el sentido de que el *maidan* ya no es cosa de su incumbencia, no es ni siquiera

[6] Varas largas y pesadas de madera que utiliza la policía en la India.

algo de lo que se habla, excepto como un atajo para describir una cosa mutuamente reconocible como extraña. Podríamos, en efecto, preguntar a uno de ellos (a esa inglesa, por ejemplo, que está sentada con otra en el salón del club Hípico, pasando las páginas de un ejemplar nada reciente del *Sunday Times Magazine,* actual equivalente de moda del *Taller* o el *Onlooker)* si ha ido a la exposición floral del mes pasado y recibir a cambio una mirada de incomprensión total, ver la pregunta repelida como una pelotita mugrienta que ha perdido su capacidad de bote, y ser interpelados, a modo de réplica, como si le hubiéramos hablado en un idioma extranjero que ella hubiese estudiado, pero por el que no mostrara aptitud especial ni sintiese particular cariño: «¿Exposición floral?», y el hecho de explicar, de responder: «Pues sí... La exposición floral del *maidan»,* no provocaría nada más que un tirón de las cejas hacia arriba y un tic de la boca hacia abajo, lo cual, en definitiva, es sobradamente elocuente como indicación de que hemos abordado un asunto ridículo.

Aparte de esta inglesa y de su compañera hay varios ingleses más en el salón. Pero Lady Chatterjee es la única india y se ha sentado donde está sentada (en compañía de su huésped) únicamente porque la primera persona que ha encontrado, al entrar en el club y comprobar que Srinivasan no había llegado aún, ha sido un inglés que se llama Terry, que ha estado jugando al tenis y la ha saludado alegremente, reprochándole que venga al club tan pocas veces y diciéndole que tiene que tomar una copa con él mientras ella espera a su anfitrión oficial, y por eso él ha llevado a Lady Chatterjee y a su acompañante a la mesa ante la cual ya estaban sentadas las dos inglesas, y ha ido a ducharse y a cambiarse, dejando a la mujer india envuelta en su sari y al desconocido envuelto en su ignorancia, y a la mesa en un silencio incómodo puntuado tan sólo por los intentos de Lady Chatterjee de explicar a su invitado el entorno y sus tentativas de entablar con las mujeres que aguardan a Terry una chachara que se vuelve cada vez más espaciada y preñada de *lacunae,* por falta de mera cortesía.

Una pregunta surge mentalmente sobre la magnitud de los cambios que el club ha sufrido desde la época de Daphne Manners. Los criados todavía lucen turbantes blancos; con un ribete a juego de las fajas anchas que ciñen la cintura de la casaca blanca hasta la rodilla. Los pantalones blancos son de vuelo holgado sobre los pies descalzos y morenos, y remueven antiguos recuerdos de servidumbre dócil y sigilosa. Tal vez en el decorado de este salón particular puedan apreciarse cambios de carácter efímero: el mostrador con superficie de fórmica en vez de la madera vieja que precisaba encerado; cortinas lustrosas de zaraza decoradas con arabescos espirales en lugar de rosas de color col, y sillas cuya austera acogida escandinava devuelve a la memoria, con gratitud, el antiguo confort de mimbre almohadillado.

Pero sería insensato suponer que esa contemporaneidad es una manifestación de algo especialmente significativo, o sacar alegremente la conclusión de que la evidente preferencia que siente por esta sala el puñado de socios ingleses presentes demuestra, en sí misma, la determinación inconsciente de esos socios de identificarse exclusivamente con lo que es progresista y, por ende, superior. Este salón, que da a una galería desde donde puede contemplarse el tenis, fue siempre el favorito de las señoras de Mayapore, y de momento, en todo caso, las únicas mujeres que están en el club, aparte de Lady Chatterjee, son inglesas. Si las mujeres indias en conjunto se sienten todavía más a gusto en sus casas, ¿quiénes, si no ellas, tienen la culpa de que este salón parezca estar reservado a los europeos?

Pero entonces, ¿por qué no hay tampoco hombres indios en la sala? ¿Y por qué algunos de los ingleses no están sentados con sus propias mujeres en el salón del bar, sino de pie en la otra sala donde sirven bebidas, hablando con indios? ¿Y por qué se las ingenian para transmitir (incluso a distancia, en lo que uno alcanza a vislumbrar de ellos entre columnas cuadradas que jalonan el pasillo y a través de amplias puertas abiertas sobre la antigua sala de fumar) una sensación de decoro casi mojigato, de remilgos físicos impropios de varones en compañía de personas de su mismo sexo? ¿Por qué, cada vez que un hombre sale, cruza el pasillo y entra en el salón para reunirse con su mujer, hay en seguida una risa de volumen más bien excesivo por parte de él y un encogimiento de hombros y una sonrisita secreta por parte de ella? ¿Por qué ahora él exuda la agresiva y consciente masculinidad que parecía contenida en la sala de fumadores?

La llegada al salón de un hombre de cabellos grises y de tez morena pálida, de unos sesenta y pico años, pone fin temporalmente a tales especulaciones privadas. Srinivasan es un señor de estatura media, delgado, de modales puntillosos. Tiene piel muy lustrosa. Es de una pulcritud inmaculada. El traje ligero, el cuello y la corbata, revelan otra diferencia interesante. Los herederos vienen correctamente vestidos, pero el inglés enseña un grueso cuello desnudo y brazos fornidos. Srinivasan expresa con formalidad anticuada sus excusas por haberse retrasado y no haber podido llegar antes para recibir a sus invitados. Hace asimismo un chiste (antiguamente usual entre los ingleses) sobre la hora de Mayapore, de la que, al parecer, se reconoce aún generalmente que lleva media hora de retraso con respecto al horario indio. Uno se levanta para estrecharle la mano y tropieza con una mirada suave pero penetrante que revela una disposición a soportar el insulto más sutil que una sensibilidad aguzada por la experiencia sea capaz de detectar. Lady Chatterjee, que se dirige a él llamándole Vassi, le dice:

—Usted conoce a la esposa de Terry Grigson, por supuesto.

Y Srinivasan hace una reverencia hacia la mujer inglesa, que, inmersa aún, protectoramente, en el embrujo superficial del *Sunday Times,* ejecuta un simbólico acto de presencia levantando ligeramente la cabeza (lo que sería una mirada a Srinivasan si los párpados no descendiesen simultáneamente) y realizando un movimiento de los labios (lo que podría ser un «Buenas tardes» si realmente se abrieran más que una fracción viscosa). Su acompañante, así presentada, hace un gesto de saludo con la cabeza y, como es más joven y quizás está menos inhibida por antiguas distinciones, da la impresión de que estaría dispuesta a participar en la conversación general, pero la señora Grigson, con un sentido perfecto de la sincronía, gira hacia ella el *Sunday Times y* le señala algún detalle extraordinario de la catedral de Coventry, de forma que en seguida las dos se han enfrascado en las complejidades ilustradas del arte moderno anglosajón; y surge el poco caritativo pensamiento de que el arte, en definitiva, siempre ha poseído para los ingleses un valor ocupativo y oportuno.

Y a uno podría ocurrírsele pensar, asimismo, que Srinivasan no está a gusto en el salón, que si al menos hubiera conseguido despachar sus asuntos con arreglo al horario indio en vez de la hora de Mayapore, él habría estado esperando en la puerta a que su segundo mejor coche, el Ambassador, aparcara y depositara a sus pasajeros, y entonces les habría conducido al viejo salón de fumar y no les habría dejado con el jovial Terry Grigson, cuya mujer no encuentra nada de que reírse, pero con quien Srinivasan y sus invitados están de momento plantados, por pura cortesía, por lo menos hasta

que Terry vuelva de las duchas y el vestuario... cosa que hace, radiante y con la cara fresca, una camisa arrugada de color arbusto y pantalones grises y amplios igualmente arrugados, pero no antes de que Srinivasan, con un dedo flaco, casi tuberculoso, haya llamado a un camarero nativo y haya preguntado a todo el mundo qué quiere beber y enviado al camarero a buscarlo, tras haber sido respondido incluso por la señora Grigson y por su compañera, que, al captar una señal de aquélla, ha contestado también: «Yo nada, gracias.» Terry regresa en el lapso que transcurre entre la marcha del camarero con su pedido abreviado y su retorno con una bandeja de tres gin-tonics solitarios, momento en el cual Terry ya ha sido preguntado por Srinivasan qué va a tomar, le ha dado las gracias y le ha respondido: «Una cerveza.» Cuando los gin-tonics llegan y Srinivasan dice al camarero: «Y una cerveza para el señor Grigson», la mujer de éste empuja su vaso vacío hacia Terry y le dice:

—Pídeme otro, Terry, ¿quieres?

Cosa que él hace, con un ademán breve y casi íntimo dirigido al camarero. La otra mujer, que carece del valor de la señora Grigson para el insulto calculado, se habría quedado sin beber nada de no ser porque Terry le pregunta, mientras Srinivasan conversa con Lady Chatterjee:

— ¿Y tú qué tomas, Betty?

La pregunta permite a Betty encogerse de hombros, hacer una mueca y responder:

—Bueno, creo que yo también tomaré otro.

Puesto que no circula dinero y todavía no se ha presentado la nota para que la firmen, uno se pregunta quién va a pagarla de hecho, pero confía —porque Grigson parece de fiar, a su manera casi tímida— que él se encargará después de que no carguen en la cuenta de Srinivasan una deuda que, al parecer, su mujer y la amiga preferirían morir antes de consentir que un indio salde.

Y ahora, tal vez acatando otra ley no escrita, tal vez habiendo incluso recibido alguna señal secreta convocando al clan, una inglesa regordeta de una mesa contigua se inclina sobre ella y formula a la señora Grigson una pregunta que hace que ésta gire su cuerpo anguloso uno o dos grados y que, gracias a este giro, modifique mínimamente la posición de la silla, de tal manera que por un margen escaso pero perceptible logra disociarse de las personas con las que realmente compartía una mesa. Es difícil oír lo que tanto despierta su interés, porque Lady Chatterjee, Sr hablando también animadamente, y el forastero sólo puede observar y hacer deducciones posiblemente erróneas: posiblemente erróneas, aunque probablemente no lo sean. No hay nada tan interiormente claro como el repudio social; rechazo que en este caso también se aplica al forastero porque ha llegado al club con una mujer india como invitado de otro indio.

Y en el paréntesis momentáneo en que no sabe exactamente de qué está hablando cada cual, uno puede observar la cara de Terry Grigson, que no es hermosa, y ver esa vieja y familiar expresión de tirantez, de reserva inveterada que define su sonrisa y pone de manifiesto su propósito diplomático; un propósito que, si se le da un poco más de tiempo, quizá no prevalezca sobre la perseverancia de su mujer hosca y segregacionista. Y esto quizá sea una lástima, teniendo en cuenta todo lo que se habla en Inglaterra sobre la importancia del comercio y las exportaciones y de producir una

buena impresión en el extranjero.

—Pues no —dice Terry Grigson, en respuesta a la pregunta que Srinivasan, simplemente por guardar las apariencias, le ha hecho sobre si él y su mujer se unirán para la cena en el club al trío compuesto por él mismo, Lady Chatterjee y el huésped de ésta—. Es muy amable por su parte, pero vamos a la despedida de Roger y tenemos que volver a cambiarnos.

El Roger a quien alude es, uno imagina, el director de la Eléctrica Anglo-india que se jubila. Casi todos los meses un miembro más de esta población europea transeúnte se marcha, se jubila, vuelve a Inglaterra o se traslada a otro puesto colonial. Por cada despedida, sin embargo, hay una fiesta de inauguración de una casa o una fiesta para celebrar el acontecimiento de la llegada de una esposa que se reúne con su marido en el lugar donde el año próximo o los dos próximos años él se ganará la vida. Sea cual sea esa forma de sustento —en la Eléctrica Anglo-india, en una de las restantes instalaciones industriales o enseñando una materia abstrusa en la Universidad Técnica de Mayapore—, lo ganará una persona a quien se considera en posesión de dotes superiores para dirigir, guiar, ejecutar o mandar. Será un miembro de esa nueva raza de *sahibs.* Será, en el campo que fuere, un experto.

—De hecho, hay una historia muy interesante pero indudablemente apócrifa sobre la actual posición social de los expertos ingleses en la India —dice Srinivasan con su voz de abogado, algo aguda pero melodiosa, cuando el grupo del salón ha sido disuelto por la rapidez con que Terry Grigson ha apurado su cerveza y las mujeres consumido su gin-fizz, y por su partida para cambiarse y ponerse ropa más apropiada para la intención de desear buena suerte a Roger. En cuanto se ha producido esta partida, Srinivasan ha conducido a Lady Chatterjee y al visitante forastero, a través del salón, el pasillo de columnas y las puertas abiertas, a la antigua y confortable sala de fumar, que tiene sillas del club, palmeras en tiestos, cuadros de caza cochambrosos y —a pesar de los olores de curry picante que la acción de ventiladores girando pausadamente en el techo transporta desde el comedor adyacente— un aire de algún modo evocador de salsa recalentada y cordero frío. En el interior de esta sala queda ahora solamente un inglés. Mira de soslayo al grupo de Srinivasan, pero conserva la pálida máscara de su anonimato, una máscara que parece ostentar como una defensa contra los jóvenes y probablemente inexpertos indios que forman la comitiva de la que él esta vez es el centro reprimido, negado, interrogado y de quien se habla. Es por causa de que uno ha preguntado a Srinivasan quién es este hombre blanco, y a causa de que él ha respondido que no lo sabe, pero que supone que es uno de esos «visitantes expertos», por lo que refiere la interesante pero quizás apócrifa historia.

—Había un inglés que tenía que volver a la patria —dice Srinivasan—. Un turista corriente. Trabó conversación con un industrial hindú que llevaba meses intentando obtener un préstamo del gobierno para ampliar su fábrica. Un amigo le había dicho al industrial: «Es imposible que te concedan un crédito del gobierno porque no das trabajo a ningún consejero técnico inglés.» Así que el industrial se hizo esta pregunta: «¿Dónde puedo conseguir un consejero así y cuánto me costaría teniendo en cuenta que él exigiría como mínimo un contrato garantizado de dos o tres años?» Entonces encontró a aquel turista inglés que se había quedado sin rupias. Y el caballero hindú le dijo: «¿Me equivoco, señor, si pienso que le interesa ganar cinco mil rupias?» El turista inglés accedió inmediatamente. «Entonces lo único que tendrá que

hacer, le dijo el industrial, es postergar dos semanas su partida mientras yo escribo a ciertas personas de Nueva Delhi.» Y telegrafió al gobierno diciendo: «¿Qué me dicen de ese préstamo? Aquí estoy ya metido en el gasto de emplear un experto técnico de Inglaterra y ustedes no me responden nada.» A lo cual recibió en el acto una respuesta telegráfica comunicándole que representantes del gobierno realizarían una visita de inspección a su fábrica tal y tal día. Él volvió entonces adonde el turista inglés, le dio cinco mil rupias y le dijo: «Esté, por favor, en mi fábrica el lunes. ¿Sabe usted por casualidad algo de las piezas que componen una radio?» A lo que contestó el turista inglés: «No, desgraciadamente sólo sé de monumentos antiguos.» «No importa», dijo el industrial hindú. «El lunes, cada vez que yo le dé un codazo, usted limítese a decir: "Así hacemos las cosas en Birmingham."» De modo que el lunes, en la suite ejecutiva de la fábrica, se celebró la imponente reunión entre el industrial hindú que lo sabía todo sobre las piezas componentes de una radio, el turista inglés que no sabía una palabra al respecto y los representantes del gobierno, que también eran legos en la materia. Antes de almorzar recorrieron las instalaciones y de vez en cuando uno de los funcionarios preguntaba al inglés: «¿Cómo van aquí las cosas?» El industrial hindú daba un codazo al turista, y éste, que era un hombre de honor, un hombre en cuya palabra se podía confiar, decía: «Así las hacemos nosotros en Birmingham.» Y después de un festivo almuerzo los representantes del gobierno tomaron el vuelo de regreso a Nueva Delhi y el turista inglés reservó su pasaje de primera clase a Inglaterra en un vuelo de la BOAC, y al cabo de una semana el hombre de negocios hindú recibió un sustancioso préstamo del gobierno junto con un mensaje de buena voluntad del primer ministro Nehru en persona.

Y uno observa, como nota original, que la nueva ola de sátira ha arribado también a la costa india y embocado sus aguas secundarias hacia el interior, hasta tierra tan adentro como Mayapore.

Srinivasan es el hombre de más edad de la sala de fumar.

—Sí, desde luego —dice, hablando de los indios más jóvenes presentes—. Todos son hombres de negocios. Ningún joven sensato en la India entra en la administración pública o en la política. Esos chicos son todos ejecutivos en ciernes.

Varios de los ejecutivos en ciernes llevan camisas de color arbusto, pero hermosamente lavadas y planchadas. Sus correas de reloj son de chapa de metal dorada. Uno de ellos se acerca y pregunta cómo está a Lady Chatterjee. Declina una invitación de Srinivasan a tomar una copa y dice que tiene que salir pitando para llegar a una cita. Es un chico resuelto y de aspecto vigoroso. Se llama Surendranath. Cuando se ha ido, Srinivasan dice:

—Su caso viene de perlas. Su padre pertenece al campo jurídico de la ICS[7]. Pero el chico es ingeniero eléctrico, o mejor dicho un muchacho con un diploma en ingeniería eléctrica que trabaja como ayudante personal del jefe de ventas adjunto de la Eléctrica Anglo-india. Obtuvo su título en Calcuta y ha estudiado técnicas de venta en Inglaterra, lo que supone una inversión del antiguo orden de cosas, en que se obtenía el título en Londres y la técnica comercial se pasaba por alto o se adquiría en la práctica, a medida que uno pasaba a trompicones de una fase insegura de prestigio e influencia a la siguiente. Es comercialmente astuto y un joven muy avanzado en todo menos

[7] Indian Civil Service: Administración pública india.

en su vida privada, es decir, su próxima boda, cuya preparación ha dejado muy contento en manos de sus padres, porque confía en su juicio en esos asuntos de relativamente menor importancia.

—Ese chico delgado y de aspecto estudioso —prosiguió— también viene al caso. Se llama Desai. Su padre estuvo encarcelado conmigo en 1942 porque los dos éramos dirigentes destacados del subcomité del partido local del Congreso. Su padre, una vez que coincidimos por azar en Nueva Delhi, me dijo que el joven Desai le había dicho en una ocasión: «¿Simplemente porque estuviste en la cárcel te crees con derecho a pensar que lo sabes todo?» Estaban discutiendo sobre Nehru, a quien ese chico de apariencia suave había llamado megalomaníaco porque ya había dejado de ser útil hacia 1948, pero seguía viviendo desastrosamente en el pasado y arrastrando a la India a condiciones peores que en los tiempos de la dominación británica porque no sabía nada de la estructura y las presiones de la economía mundial. Mi viejo amigo Desai fue secretario del ministro de educación y servicios sociales en el ministerio provincial del Congreso que tomó posesión en 1937 y dimitió en 1939. Antes de ser secretario ministerial estuvo en la administración pública y ejercía de abogado como yo. Pero su hijo, ese muchacho de allí, es un experto en potencia de bombas centrífugas y dice que la gente como nosotros es la responsable del atraso de la agricultura y la industria indias, porque en vez de aprender todo lo que hubiéramos podido sobre las cosas realmente importantes malgastamos el tiempo jugando a la política con un poder imperial que hasta el más idiota nos hubiera dicho que nos vencería en ese juego con las dos manos atadas. Esas acusaciones son una experiencia saludable para viejos como yo, que en aquella época creían que estaban haciendo lo más conveniente. Me figuro que también habrán notado que en esta sala no hay más hombres de edad que yo. ¿Dónde están mis viejos cómplices de la subversión? Lili, por favor, no pongas tu cara inescrutable de princesa *rajput*. Tú sabes la respuesta. Muertos, desaparecidos, jubilados o escondidos en sus madrigueras, moviendo las tuercas de la administración con lentitud extrema pero no siempre con extremo acierto. Podríamos encontrar un par de ellos en el otro club. ¿No sabía usted que hay otro? Oh, bueno, es una historia interesante. Estamos sentados con una señora cuyo marido fue uno de los socios fundadores.

—Nello puso dinero pero fue muy pocas veces —dice Lady Chatterjee.

—Y también eligió el nombre, ¿no es así?

Uno podría sospechar a veces que Srinivasan se parodia adrede a sí mismo. Lady Chatterjee explica:

—Querían llamarlo el MHC. Y Nello les convenció de que suprimieran la H.

—De modo que MHC se convirtió en MC, que significa simplemente Mayapore Club. Con la H hubiera sido el Mayapore Hindú Club. Da igual. Un guasón inglés lo apodó, de todas formas, el «Indian Club», que creo que es un instrumento para desarrollar los músculos.[8] Los indios ingeniosos, por su parte, le llamaban el Mayapore Chatterjee Club o, en abreviaturas, el MCC. Por supuesto que originalmente pretendió ser un club de estilo inglés para indios aficionados a los clubs, pero la H de hindú no se sugirió porque sí. Se convirtió en un lugar donde la palabra hindú era realmente más importante que la palabra club. E hindú no quería decir Congreso. No, no. Por favor, advierta la diferencia. En este caso hindú significaba Hindú Mahasabha. Nacionalismo hindú. Estrechez de miras hindú. Significaba *banias* ricos y poco

[8] *Indian Club,* es decir, maza de gimnasia.

instruidos, terratenientes que hablaban peor inglés que el ansioso pero titubeante hindi que hablaba el más joven oficial inglés de subdivisión. Significaba sentarse descalzos y con los pies recogidos sobre la silla, comer únicamente horribles platos vegetarianos y beber nauseabundo zumo de fruta. Mayapore, comprenda, no es Bombay, y por consiguiente el club de Mayapore no era como el club Willingdon, que fue fundado por su virrey Lord Willingdon en un arranque de rabia al enterarse de que los indios a quienes había invitado —por ignorancia— a un banquete privado en el Royal Yacht Club eran rechazados en las puertas con sus Roll-Royces antes de que él maliciara lo que estaba ocurriendo. Ah, bueno, quizás el pobre Nello se imaginó un pequeño Willingdon en Mayapore. ¿Pero qué sucedió? Uno tras otro, el tipo de indio que hubiera adorado el club porque era el sitio entonces más a su alcance donde poder gozar los frutos de lo que el pueblo inglés le había enseñado a considerar como un aspecto, aunque importante, de la vida civilizada, uno tras otro, decía, de este tipo de indio dejó ir al Mayapore, y a cada nueva abstención los pies de los *banias* se instalaban más firmemente bajo cuerda o, mejor dicho, encima de la silla...

—Creo que podemos pasar al comedor.

—El caso es que —dice Srinivasan, tras haberse disculpado por la ausencia de carne de vaca y la omnipresencia de cordero— que esos hombres de edad, mis iguales, mis antiguos camaradas de delito y adversidad, los que no han muerto, los que viven todavía en Mayapore, ahora se sienten de una forma u otra menos llamativos en el club Mayapore que en el Hípico. Fíjese en las caras jóvenes que nos rodean. Muchos de esos chicos nos están diciendo que no podemos esperar que nos paguen una cena por contar historias de cómo combatimos y expulsamos a los ingleses, que algunos ni siquiera cenamos nunca a cuenta de eso, menos entre nosotros, como veteranos evocando sus batallas remotas. Y cuando se trata de pasar unas horas en un club, la mayoría —aunque yo no— prefiere la compañía de hombres cuyos laureles son de otro género, con quienes es más fácil identificarse que con los socios de aquí, que son todos gente emprendedora y que critica nuestro pasado. Quiero decir, por ejemplo, que para nosotros es más fácil identificarnos con personas como Romesh Chand Gupta Sen, que es ahora un venerable caballero de casi ochenta años y que todavía va todas las mañanas a su oficina encima del almacén del Bazar Chillianwallah. Para disgusto de sus hijos y nietos, habría que añadir. Y que una noche a la semana va al club Mayapore a charlar de posibles negocios con hombres que no se interesaban por la política entonces y que ahora tampoco se interesan por los expertos técnicos ni las teorías de la expansión industrial, sino sencillamente, como siempre hicieron, por ganar dinero y ser buenos hindúes.

Han servido cócteles de gambas. Ahora traen el cordero al curry. El maítre se acerca para supervisar el servicio, pero interrumpe esta tarea para ir a saludar a un grupo de ingleses, dos de los hombres y dos de las mujeres que estaban en el salón del bar. El maítre les señala la mesa que les ha reservado, pero ellos no le hacen caso y eligen otra más a su gusto. Los dos hombres llevan pantalones cortos. Tienen las piernas desnudas hasta las rodillas. Los brazos de las mujeres son regordetes y moteados, y llevan vestidos rectos de algodón sin mangas. Sin las chaquetas de punto que uno presume que se pondrían para una velada en casa sobre esos vestidos de

verano, su piel parece pelada y cocida. Son jóvenes. Se sientan una junto a otra —enfrente de sus maridos—, un acto de segregación involuntaria que a estas alturas probablemente se está volviendo familiar para los indios a medida que se van acostumbrando a una nueva raza de *sahibs* y *memsahibs* de Stevenage y Luton, pero puede que les desconcierte todavía cuando recuerdan cómo los ingleses del viejo estilo censuraban la costumbre india de mantener a hombres y mujeres tan bien separados que una reunión mixta casi representaba una escena insoportable para un anfitrión y una anfitriona ingleses.

El comedor, al igual que la sala de fumar, probablemente ha cambiado poco desde la época de Daphne Manners. Es una habitación cuadrada, con suelo de baldosas blancas y negras y paredes revestidas de madera de roble hasta la altura del hombro y encaladas más arriba. Tres columnas cuadradas, similarmente recubiertas hasta la misma altura, sostienen el techo en puntos aparentemente decididos al azar, pero seguramente estratégicos. Hay alrededor de veinte mesas, algunas redondas y otras rectangulares, cada una con su mantel almidonado, su cubertería galvanizada y su bandeja de condimentos, sus servilletas dobladas en ángulo recto, su esbelto florero de cromo que alberga un par de ásteres, su jarra de cristal llena de agua y protegida por una tapadera de muselina lastrada. Hay una amplia chimenea de estilo Tudor cuya cavidad negra oculta en parte un biombo de armazón tapizado. Encima de la chimenea hay un retrato de Nehru cuyo semblante sereno posee una especie de aire perplejo. Uno supone que, cuando Daphne Manners cenaba aquí, el marco contenía un retrato en color de Jorge VI con una expresión parecida. Del techo penden cuatro ventiladores sobre tubos delgados que bailan inestablemente con el movimiento de las cuchillas giratorias. Hay dos puertas en forma de arco, una que conduce a la sala de fumar y otra que lleva a la entrada principal. Hay una tercera salida, pero que únicamente lleva a las cocinas. Contra la pared, cerca de esta puerta, se encuentra un aparador o carrito monumental de roble. En la plancha de arriba hay servilletas sueltas, cuchillos, tenedores y cucharas, jarras de agua, y, en la de abajo, cestas de pan, fruteros, frascos de salsas y vinagreras sobrantes. La luz procede de rechonchos apliques de pared, con bombillas que parecen velas, y un par de lámparas colgantes de madera con pantalla de pergamino, y, durante el día, de las ventanas que dan a la galería porticada de la fachada frontera del club, ventanas cuyas cortinas están ahora descorridas y que están abiertas para que entre el aire nocturno.

Bien: es posible imaginar cómo era esto durante todos aquellos años, sobre todo una noche de sábado, con el estruendo de una orquesta en el salón del bar, de donde se han retirado las antiguas mesas y sillas de mimbre, y el comedor reordenado para el servicio de una cena fría. En el patio de baldosas de atrás, que bordea las pistas de tenis, hay luces de colores colgadas de los árboles, y las parejas se sentaban ahí fuera para airearse entre baile y baile, a la espera del siguiente *foxtrot o quickstep.* Algunos nadaban en la pequeña piscina iluminada que se halla detrás de los vestuarios y las duchas, la piscina que, esta noche, está a oscuras y necesita una limpieza (dice Srinivasan mientras guía a sus invitados en una gira de inspección después del helado que ha seguido al cordero), y se usa raramente porque es de acceso libre para todos y a ninguna raza parece agradarle particularmente la idea de usarla cuando no se puede garantizar que la última persona que se ha bañado en ella estaba limpia. Circula la historia de

que dos o tres años antes un inglés vació en la piscina todos los orinales de los urinarios.

—Pero les estaba diciendo hace un rato —dice Srinivasan, que encabeza la marcha a través del salón del bar ahora desierto hacia la sala de fumar, que se ha llenado e incluso hospeda a unas señoras con saris que son, una conjetura, esposas de militares—, les estaba hablando de la clase de hombre con el que a los viejos como yo, criados entre expedientes y ficheros, y nutridos por la política, les resulta más fácil hacer migas ahora que con los que hay aquí, en el club Hípico.

Srinivasan levanta el dedo, aparece un camarero y encarga café y brandy.

—Y he mencionado a Romesh Chand Gupta Sen —prosigue—. Viene muy a propósito. Para Romesh Chand siempre ha sido cuestión de los negocios primero y la política después. Bueno, ni siquiera después. La política nunca. Ha amasado tres fortunas, la primera en los viejos tiempos de paz, la segunda durante la guerra y la tercera desde la independencia. No consintió a ninguno de sus hijos seguir estudios después del instituto de segunda enseñanza. Yo le pregunté por qué, y me contestó: «Para triunfar en la vida es necesario leer un poco, escribir menos, saber hacer una multiplicación sencilla y desarrollar un ojo infalible para velar por tus propios intereses.» Se casó con una muchacha que ni siquiera sabía escribir su nombre. Tampoco sabía gobernar una casa, pero su madre le enseñó a hacerlo, que es para lo que sirven las madres hindúes. Cuando el hermano menor de Romesh se casó con una chica que se llamaba Shalini Kumar, Romesh profetizó que la unión fracasaría, porque ella provenía de una familia partidaria de la instrucción, aun cuando no creyera totalmente en ella, y en consecuencia el hermano de Shalini se fue a vivir a Inglaterra y Shalini misma escribía un inglés excelente. Se quedó viuda a temprana edad. Puede que le resulte difícil creerlo, pero a la muerte de su marido las mujeres de la familia de Romesh Chand hicieron lo posible por convencerla de que desafiara a la ley y se hiciera *suttee.* Ella se negó, naturalmente. ¿Qué mujer en su sano juicio quiere quemarse viva en la pira funeraria de su marido? Y también se negó a abandonar la casa de su difunto marido en la Chillianwallah Bagh. Le cuento esto porque tal vez usted lo considere de interés. Fue Romesh Chand el que insistió en que aquel sobrino anglicanizado de ella, Hari Kumar, fuese repatriado de Inglaterra, donde el hermano de Shalini, el padre de Hari, había muerto dejándole sin hogar y sin un céntimo. En realidad, sospechamos que el padre de Hari se había suicidado al percatarse de que había llegado al fin de una serie de especulaciones insensatas. Pero fuera como fuese, cuando Shalini, señora de Gupta Sen, oyó la noticia de la muerte de su hermano, fue a ver a Romesh y le pidió dinero que le permitiera a Hari quedarse en Berkshire, terminar sus estudios en el colegio e ingresar en la universidad. ¿Qué año sería? 1938. Ella casi no tenía recursos propios. Vivía como una viuda, sola en la casa de Chillianwallagh Bagh, sobre todo de la caridad de su cuñado Romesh Chand. Fue porque siempre había deseado tener un hijo, un hijo propio, por lo que aceptó la contraoferta que le hizo Romesh en el sentido de que había que traer a Hari a la India para que viviese con ella y aprendiese a ser un buen hindú. Para provocar este satisfactorio estado de cosas, Romesh se brindó incluso a pagar el pasaje de Hari y a aumentar la asignación mensual de su cuñada. Ella llevaba mucho tiempo viviendo sola, y rara vez salía de casa. Casi se había convertido también en una hindú.

»Vivía con gran simplicidad. El joven Hari debió de sufrir una conmoción. La casa de Chillianwallah parecía moderna por fuera. Supongo que todavía lo parece. Lo que creo que ustedes llamaban un lugar expuesto al sol. Todas las casas de la modelación y urbanización de Chillianwallah se construyeron a fines de los años veinte. Antes de eso era un erial, y se llamaba Chillianwallah Bagh porque la tierra era propiedad de un parsi[9] que se llamaba Chillianwallah. Los parsis también se han dedicado siempre a los negocios, pero son mucho más occidentales, apenas son indios. La tierra fue comprada a los herederos del parsi por un sindicato de hombres de negocios de Mayapore encabezados por el bueno de Romesh Chand, que jamás hubiera vivido en aquella casa de moderno estilo europeo que iban a construir allí, pero que no vio nada innovador en las ganancias anticipadas. De hecho, fue para asegurarse de las comodidades de la urbanización, como la luz, el agua y el sistema de desagüe y una subvención del gobierno, por lo que se ocupó de que su hermano menor, que por lo demás dejaba bastante que desear —el que se había casado con Shalini Kumar—, obtuviera un escaño en el consejo municipal. De modo que en su día edificaron esas monstruosidades de hormigón muy soleadas; soleadas tan sólo en cuanto al estilo, porque con tanto sol alrededor es necesario impedirle el paso en lugar de atraerlo, y tener ventanas muy pequeñas, a menos que haya miradores amplios como los de antes. Y a una de esas casas, en la número doce, se mudó el hermano de Romesh con su mujer Shalini, a la misma casa en que el joven Hari fue a vivir casi diez años después y que debió de sobresaltarle, porque el interior es oscuro y sin aire, de habitaciones pequeñas, escaleras empinadas, ningún plan interno y cuartos de baño al estilo indio. Y en la número doce casi no había muebles porque si bien el marido de Shalini Kumar había comprado muchos para amueblar la casa, Romesh se los pagó con un préstamo, y desde entonces los había vendido casi todos para cobrarse la deuda. La vivienda le pertenecía también en hipoteca. Sé todas estas cosas porque yo era entonces lo que en Inglaterra llamarían un abogado de familia.

»Sí, está usted en lo cierto. Lili me dijo que usted lo adivinaría. En efecto, sí. Fui yo. Yo fui el abogado que Romesh Chand envió aquella mañana en que la Hermana Ludmila fue a su oficina y le dijo que la policía se había llevado a Han Kumar. Creyeron que estaba detenido. Esto, por supuesto, ocurrió unos seis meses antes de que me detuvieran a mí. A Romesh nunca le importó que yo tuviera un compromiso político. Entendía los usos de la política de la misma manera que entendía la ley de los réditos decrecientes. Después de haber ido a la comisaría y haber descubierto que Han ya estaba en libertad, volví a mi despacho, envié un mensaje a Romesh por medio de mi pasante y fui a la casa de Chillianwallah Bahg para averiguar qué había ocurrido.

»Hari no quiso salir de su habitación para verme. Pero la viuda Gupta Sen y yo éramos buenos amigos. Hablábamos siempre en inglés. Con Romesh yo tenía que hablar hindi. Ella me dijo: "Ha sido un error contárselo a Romesh. No es nada que deba preocuparle." Le pregunté si era cierto lo que me había dicho la policía, que Han se había emborrachado y que aquella mujer loca le había llevado a lo que ella llamaba su santuario. Yo no tenía noticia de que nunca hubiese bebido tanto. El chico daba grandes

[9] Miembro de una religión monoteísta que tuvo su origen en Zoroastro y ahora se practica en el oeste de la India.

quebraderos de cabeza a su familia, pero siempre se le había tenido por un joven de costumbres sobrias. Ella no sabía si se había emborrachado. Me dijo: "Pero sí sé que su vida aquí, y por lo tanto la mía, se está volviendo inaguantable."

»Mire usted, el joven Hari Kumar era el prototipo de muchacho que Nello tenía en mente cuando financió y fundó el club Mayapore. Pero por la época de Hari ya estaba hasta los topes de *banias* apoltronados como budas, meditando los misterios del beneficio y la pérdida. Y, por supuesto, no había mujeres. No estaba previsto que fuese un club exclusivamente para hombres, pero en eso se había convertido y eso sigue siendo. Lo cual es uno de los motivos por el que soy la excepción de la regla, ¡un inquebrantable defensor del Hípico! La mujer de allí es la esposa del coronel Varma. Es encantadora. Tiene que conocerla. El general Mukerji y su mujer no han venido esta noche, sin duda porque están invitados a la despedida de Roger. El sábado próximo habrá otra despedida y hasta yo estoy invitado.»

—Y yo también —dice Lady Chatterjee—. Tenía que haber asistido a esta primera con los otros directivos de la Universidad Técnica, pero dije que no podía, o sea que también estoy invitada a la segunda.

— ¿Entonces iremos juntos? Estupendo. Entretanto supongo que usted, querido amigo, habrá observado que todos los ingleses se han marchado ya del club.

—¿Para ir a la fiesta de Roger?

—Oh, no. De sus compatriotas que han estado aquí esta noche solamente los Grigson y la mujer que estaban con ellos irán a la despedida de Roger. Los Grigson son veteranos. Los demás ingleses que ha visto eran nuevos. Roger les llama capataces. Incluso le han oído apodar al Hípico el Club del Capataz. Fue uno de los señores a los que Roger les ha puesto ese mote el que vació los orinales en la piscina. Después de haberlo hecho, uno de sus amigos tuvo la idea de hacer un pequeño Diwali, una parodia de nuestro espectáculo de luces. Así que se agenciaron unas velas, las metieron en los orinales, las encendieron y los echaron a flotar en el agua. Uno de los socios indios que estaba presente se quejó al secretario, y uno de nuestros socios más jóvenes y fuertes incluso protestó directamente ante los caballeros que se estaban corriendo una juerga a nuestra costa. Pero ellos le amenazaron con lanzarle a la piscina, y usaron un vocabulario que no puedo repetir. En mi calidad de espectador inocente aquella situación me pareció muy interesante. Era una muestra del tipo de payasadas de club que habíamos oído contar de segunda o tercera mano, y una persona como yo no pudo evitar el acordarse de las novatadas estudiantiles en los tiempos de universidad. Aquella broma en particular no tenía mucho de novatada estudiantil, sin embargo. Claro que estaban borrachos, pero *in vino ventas:* Obraban sin inhibición. Discúlpame, Lili: el tema te resulta desagradable. Reunámonos con el coronel Varma y con su esposa.

El coronel es un hombre alto y correoso, y su esposa una mujer pulcra y correosa que parece vestir el tradicional atuendo indio más por su efecto teatral que por su comodidad o por convicción. El rudo y pequeño caparazón de masculinidad epidérmica que endurecía la apariencia externa de las mujeres de los militares ingleses también la recubre a ella. ¡Qué terror debe inspirar en el corazón tierno del suboficial que acaba de recibir sus galones! Tiene un ingenio afilado, probablemente tan capaz de herir como la espada ornamental de su marido. Esta noche viste de paisano. Van a ir al cine, la función de las diez; a la película inglesa del Eros, no a la india del Majestic.

Durante un rato se habla de París, porque la película trata de París —se dice que el film en sí no vale nada, pero que la fotografía es interesante—, y luego los Varma se despiden; el grupo de Srinivasan se disuelve y Lili va a empolvarse la nariz.

—Mientras la esperamos —dice el abogado—, permítame enseñarle una cosa.

Y lleva a su invitado al vestíbulo de baldosas blancas y negras donde hay, entre dos cabezas de búfalo adosadas, una puerta de caoba cerrada, con chapa de protección y pomo de cobre. Tanto las cabezas como la puerta ostentan inscripciones; esta última sobre esmalte y aquéllas sobre marfil. El primer búfalo fue un obsequio del comandante W. A. Tyrrell-Smith en 1915, y el segundo del civil Brian Lloyd en 1925. La placa de esmalte sobre la puerta contiene una sola palabra: Secretario.

Srinivasan llama, y al no obtener respuesta abre la puerta, enciende la luz y al hacerlo ilumina un reducido despacho, que tiene un escritorio de tapa corrediza y aire de estar en desuso.

—Como primer secretario indio del Hípico, de 1947 a 1950, tengo cierto derecho a entrar aquí —dice, y se dirige a una librería donde unos cuantos volúmenes mohosos señalan las etapas de la historia administrativa del club. Entre ellos hay libros encuadernados como libros mayores, en cuyo lomo figuran las palabras «Libro de socios» en letras de molde doradas y los números en negro de los años que abarca cada tomo.

—Esto le interesará —dice, y saca el libro que lleva inscrito: «1939-1945.»

Las páginas tienen una raya horizontal en azul y otra vertical de color rojo, formando columnas para la fecha, el nombre del socio y el nombre de su invitado.

—Si recorre las páginas verá la firma de uno o dos socios indios. Pero todos ellos eran, naturalmente, oficiales del rey-emperador. En general, a aquellos caballeros les resultaba cómodo jugar al tenis aquí y después volvían a su alojamiento. La junta directiva se vio en un dilema cuando empezaron a aparecer en Mayapore los oficiales indios. Era costumbre aceptada que todo oficial de la guarnición debía hacerse automáticamente socio. En efecto, la subscripción era para él obligatoria, entrara o no alguna vez en el club. Y al mismo tiempo no era posible negar el ingreso a un militar indio porque hubiera sido un insulto al uniforme del rey. En los años treinta se habló de fundar otro club y de reservar el Hípico para los oficiales superiores, lo que hubiera hecho muy improbable el ingreso de un oficial indio del destacamento. Pero la cosa es que no hubo dinero. En cualquier caso, los mismos oficiales indios solucionaron más o menos el problema limitando sus visitas exclusivamente a las pistas de tenis. No se bañaban nunca en la piscina, rara vez entraban al bar y jamás cenaban aquí. Ambas partes disponían de cantidad de pretextos para salvar las apariencias. Los indios podían alegar que eran abstemios, que no les apetecía venir al club y que no compartían plenamente la vida del mismo. Los ingleses lo consideraban una forma verdaderamente cortés y muy caballerosa de no aludir directamente al hecho de que su sueldo era inferior al de sus colegas blancos y de que, en consecuencia, no podían permitirse abonar lo que creo que todavía se llama la cuota. Si el oficial nativo estaba casado, la situación se simplificaba. Los ingleses daban siempre por sentado que a las mujeres indias les resultaba desagradable estar públicamente en compañía mixta, por lo que había el entendimiento tácito de que un oficial indio casado frecuentaría aún menos

el club que sus colegas solteros, porque prefería quedarse con su mujer en casa.

»Y realmente todas estas cosas no provocaban un gran malestar en ninguna de las partes. Un indio que aspiraba a ser oficial y llegaba a serlo, sabía de antemano el género de problemas que debería afrontar. Normalmente le bastaba con saber que no podían negarle el acceso al club Hípico por e] mero hecho de ser indio, y los ingleses se contentaban con saber que era improbable que sus visitas fuesen más prolongadas o embarazosas de lo previsible. Y, naturalmente, siempre cabía esperar que los mandos superiores del ejército británico allanasen las dificultades que pudieran surgir en casos individuales. Hasta que empezó la guerra y esta plaza militar comenzó a llenarse no sólo de mayor número de oficiales indios, sino también de oficiales ingleses del servicio de emergencia, no fue necesario que la junta directiva se reuniera para dictar una *norma.* Pero entonces, afortunadamente, un análisis realista de la situación fue suficiente para encontrar una solución. En primer lugar, la afluencia de oficiales a la guarnición provocó, evidentemente, un gran exceso de usuarios del club. En segundo lugar, los nuevos oficiales no sólo eran mandos temporales, sino que tendían a ser temporales ellos mismos, quiero decir que podían destinarles a otro sitio prácticamente en cualquier momento. Y claro está, entre ellos seguramente había hombres llamados a filas desde todos los sectores de la vida civil, hombres que, bueno, no se sentirían a gusto en la atmósfera del club. Así que por una vez la junta tuvo que ponerse a pensar en formas de excluir a algunos de sus compatriotas, aparte de a los indios. Nosotros, que no éramos admitidos, seguíamos todo este asunto con gran interés desde fuera. La norma que dictó la junta fue un espléndido acomodo inglés. Tomó la decisión de que mientras durase la guerra sería necesario adoptar disposiciones especiales para extender la hospitalidad del club a tantos oficiales de la guarnición como fuera posible. Con este fin se revocó la suscripción obligatoria para casi todos los oficiales de carrera, y se crearon dos nuevos tipos de socios. Los oficiales enrolados en un servicio temporal o de emergencia podían acogerse tanto a una modalidad llamada "socio especial", que exigía el pago de la suscripción y tenía por objeto, desde luego, atraer a oficiales de buena educación, que supuestamente sabrían comportarse, como a otra denominada "socio temporal privilegiado", que autorizaba a sus titulares a utilizar las instalaciones del club determinados días de la semana, pero que podían ser expulsados sin previo aviso. Aparentemente esta medida de exclusión sin aviso parecía encaminada a proclamar que la junta directiva era consciente del carácter interino de los destinos bélicos en la guarnición. Lo que significaba realmente era que a un oficial de emergencia que se comportase mal una vez podría negársele la entrada en adelante. Los socios temporales privilegiados tenían que pagar sus cuentas en el acto. Igualmente tenían que abonar un suplemento de cobertura si utilizaban el servicio de comedor y lo que se denominó una "suscripción de mantenimiento del club" si usaban la piscina o las pistas de tenis. Sólo podían invitar a la vez a una sola persona "aprobada", y tenían que pagar por invitarla un nuevo suplemento de cobertura. Se anunció oficialmente que "aprobada" quería decir aprobada por la junta directiva, pero también implicaba la aprobación del superior castrense del socio en cuestión, superior que sin duda se encargaba de explicar con toda claridad a aquellos jóvenes ingenuos, que se habían puesto el uniforme con una finalidad específica y limitada, qué clase de invitado sería admitido. Oficialmente se

dijo que esta medida era una garantía de que un joven no llevase al tipo de mujer *inadecuada.* Oficiosamente significaba no llevar a una mujer india o anglo-india, y no invitar a un indio o angloindio que no fuese un oficial del ejército de su majestad. De todos modos, normalmente se estimaba que habían aumentado el precio de una velada en el club hasta un punto que ningún oficial provisional de tiempo de guerra podría costeárselo durante más de un mes, a menos que fuese un hombre adinerado. Fue en este período cuando realmente prosperó el hotel Smith. De igual prosperidad gozó el restaurante de la guarnición y, naturalmente, el club indio de Mayapore conoció una afluencia insólita. El restaurante chino del bazar del acantonamiento hizo una fortuna, y para conseguir una butaca en el cine Eros había que reservarla con dos o tres días de antelación. En cuanto al viejo club Hípico, en fin, tuvo sus altibajos, pero en general logró mantener su atmósfera de superioridad social exclusivamente blanca.

»La curiosa anomalía, con todo, era que ni siquiera en aquellos tiempos de expansión que los intransigentes consideraban un avance, ni los funcionarios indios de la administración pública ni tampoco los que pertenecían a la administración pactada, eran admitidos como invitados y mucho menos como socios. Lo que suponía que el juez de distrito y audiencia, el bueno de Menen, un hombre tan eminente, no podía entrar, ni aunque le invitara el mismo subcomisario. No había una norma escrita al respecto. Era simplemente una norma no escrita que la junta aplicaba rigurosamente, y que, si tomamos a Menen como destacado ejemplo, los excluidos nunca desafiaron.

»Aquí, sin embargo, en este libro, verá usted que en fecha tan temprana como el 22 de mayo de 1939, el subcomisario, Robin White, tuvo la temeridad de llevar *al* y la suerte de hacer entrar *en* el club a no menos de tres indios que no lucían sus galones del ejército de su majestad: el ministro de educación y de servicios sociales de la provincia, el secretario de este ministro —mi viejo amigo Desai— y yo mismo. Ésta es la letra de White, por supuesto. ¿Quizá sabe usted descifrar el carácter por medio de la escritura? Bueno, pero todo esto es una larga historia. Tenemos que dejarla por esta noche. Lili nos estará buscando.»

Antes de que se cierre el libro, un rápido repaso de las páginas concernientes a 1942 revela nombres familiares. El club siempre ha tenido por norma que un socio firme en su primera visita y lo vuelva a hacer cada vez que lleva a un invitado. En una fecha de abril aparece la firma casi ilegible del general Reid; la de Robin White figura en un par de ocasiones como anfitrión de hombres que Srinivasan identifica diversamente como miembros del secretariado, inspectores de Hacienda, el comisario y —una vez— el gobernador y señora. Y figura asimismo varias veces una firma curiosamente redondeada y pueril en la que fácilmente se descifra el nombre de Ronald Merrick, superintendente de policía del distrito, y, con la misma letra, el nombre de su invitada, Miss Daphne Manners.

Y un día de febrero de 1942 firmó este libro un tal capitán Colin Lindsey, probablemente en su primera visita como socio temporal privilegiado del club Hípico de Mayapore. La firma del capitán Lindsey es de trazo seguro y sobrio, a diferencia de la que, en realidad, no está en el libro, pero que uno ve, junto a ella, con la imaginación: la firma de su antiguo amigo Harry Coomer, que por esta época fue encontrado ebrio por la Hermana Ludmila en el erial donde los intocables de la ciudad vivían en la pobreza y la suciedad.

La zona del antiguo acantonamiento, el área al norte del río, todavía produce de noche una sensación de espacio que acaba de empezar a sucumbir a la invasión del ladrillo y el mortero, a las teorías civilizadoras de la urbanización colonial necesaria, aunque discreta. Desde el *maidan* ahora oscuro y desierto, a través del cual las ininterrumpidas corrientes de aire cálido —incluso voluptuoso— forjan un ímpetu que choca contra la mejilla como un soplo débilmente perceptible de viento más enervador que refrescante, brota una oscuridad del alma, una cierta pesadez que la penetra y depara una tristeza como la que embarga y abruma (año tras año, hasta que el fardo se vuelve al mismo tiempo intolerable y querido) al cuerpo de una persona que se ha acostumbrado al propósito y a los avatares del exilio, pero que nunca los ha aceptado enteramente, y que ve, en la existencia de este espacio, por lo demás sin sentido, tan curiosa y, sin embargo, tan poéticamente denominado *maidan,* la huella del esmero y la intención de quienes le precedieron, de su preocupación por lo que recordaban como algo de una forma u otra típico del hogar; el silencio y las penumbras que bendecían un acre perdurable de terreno comunal sin cercar que, cuando menos, ilustraba espontáneamente el humor cambiante de las estaciones. Con aquí una casa. Y allí una torre. Y por doquier el cielo. De un azul suave. O desfilando con nubes acorazadas. Ó gris, para armonizar con la piedra gris de una iglesia normanda. U oscuro: un receptáculo volcado, de acero negro, de desperdigadas chispas magnéticas de luz o, según el talante extrovertido o introvertido, un ciclorama asombroso exclusivamente iluminado por los puntos nocturnos y parpadeantes de una geometría precisa pero incalculable.

Y se produce, de noche, una intensificación de aquel olor especial: una mezcla seca, que provoca escozor en las ventanillas nasales, de polvo del suelo y humo de las hogueras de boñiga: un olor al que cuesta un poco acostumbrarse, pero que, con el tiempo, se torna parte inseparable de cualquier noción que el viajero, el exiliado, el veterano pueda tener de la India como un país de belleza primitiva y quizás hasta trágica. Es un olor que parece no tener una fuente visible. No es sólo el olor de paraje habitado. Es, tal vez, el olor de los siglos de experiencia que este pueblo posee de su tierra. Se percibe tanto en las vastas llanuras como en la ciudad. Y porque es también el olor de las llanuras, percibirlo —quizá con uno o dos grados más de intensidad—, cuando el automóvil dobla una esquina y sobrepasa un puesto iluminado por una lámpara de nafta al borde de la carretera, incrementa la sensación de que lo impregna todo, de que es ubicuo, extenso, inmenso, la sensación de que inacabables, interminables acres de tierra y de piedra se extienden allende el territorio bañado por la luz de la lámpara.

Es el coche grande, el Studebaker. Recorre el trayecto más largo hacia casa: rumbo al norte a lo largo del lindero oeste del *maidan* y dejando a la izquierda el viejo hotel Smith, con su estilo de chalet suizo y alumbrado tenue, como corresponde a una construcción que tiene años a la espalda pero aún no está acabada. Ésta es la calle Iglesia. Conduce a St. Mary y al sector militar. Es la calle que la anciana Miss Crane recorría en bicicleta todos los domingos, con sol o con lluvia, y no puede haber cambiado mucho, aunque los banianos que le prestan sombra durante el día y cuyas ramas se abrazan arriba, formando de noche un túnel verde teatralmente iluminado, deben de haber hundido algunas raíces más en el curso de los últimos veinte años. La calle Iglesia es una prolongación del puente de Mandir Gate, y a

esta hora frena la circulación del automóvil el trabajoso desfile de carretas tiradas por bueyes blancos y cheposos que avanzan pesadamente hacia el hogar, de retorno a los pueblos de los llanos, al norte de Mayapore. Las campanillas que llevan al cuello se oyen por las ventanillas abiertas del Studebaker, insistentes, pero amortiguadas por el viento cálido que el movimiento mecánico genera. Los carros regresan vacíos de carga. Los productos se han vendido en el bazar Chillianwallah. Ahora transportan el cargamento más ligero de las compras personales y los hijos de los labradores, la mayoría de los cuales viajan acurrucados y dormidos, aun cuando están sentados muy derechos, mirando a los faros con la fijeza de los sueños despiertos.

Por un momento, mientras el Studebaker circunda la mitad de la plaza circular y enfila la calle de la derecha por la extremidad norte del *maidan,* la aguja de la iglesia de St. Mary puede, a su vez, inducir al forastero a un sueño despierto: tan inglesa es. Tan perfecta. Tiene que ser muy similar, sin duda, a la iglesia de un distrito del Punjab en la que Miss Crane entró hace ya tantos años, en busca de una imagen más reconfortante de sí misma. La misma piedra gris. El mismo aspecto seguro y confortable de que alberga al protector personal del espíritu de Inglaterra. Pero pocos ingleses asisten ahora a los oficios. Se ha convertido en la iglesia de la comunidad anglo-india. El pastor es el reverendo A. M. Ghosh. ¿Habrá algún chiste de sus feligreses sobre su santidad?

Cerca de St. Mary y de su patio está la casa del pastor. Como la iglesia, ahora, de noche, está en la oscuridad. Unos bungalows continúan a la izquierda la hilera de edificios que va desde la esquina de St. Mary hasta el comienzo del sector militar, enfrente del *maidan.* Desde el aire, de día, se revelan como un conjunto geométrico de calles y grupos de antiguas y nuevas construcciones: los cuarteles rojos, Victorianos, rodeados de árboles, que están más próximos a la carretera por la que circula el Studebaker; los bloques bajos y más recientes de hormigón al fondo. Pero desde la calle, de noche, la impresión es de espacio, de escasas viviendas señaladas por puntos de luz. Hasta más adelante no se hace visible la espaciosa mansión de estilo paladio del viejo refectorio del cuerpo de artillería, y no se ven los primeros *jawans* [10]*:* dos soldados de guardia ante una barrera blanca que impide el libre acceso mediante una señal de giro a la izquierda, hacia la oscuridad. El antiguo refectorio de la artillería es actualmente el cuartel general de la zona. En 1942 era la sede de la brigada al mando del general Reid. Más allá, la sensación de espacio disminuye. Paredes de estuco con un tras-fondo de árboles, y callejuelas alumbradas por farolas dispersas indican el pulcro suburbio de bungalows de los oficiales superiores. Y luego, delante, está el pabellón principal del hospital general de Mayapore, iluminado como un trasatlántico. El Studebaker gira a la derecha y entra en la calle Hospital, la calle que transita por la extremidad este del *maidan* y desemboca en la confluencia en forma de T de la calle Hospital, la calle Club y la Mahatma Gandhi —antigua calle Victoria—, la arteria principal del sector civil.

—Hagamos un recorrido un poco más largo —dice Srinivasan —. No es muy tarde.

Indica al chófer que baje por delante de la residencia de funcionarios solteros, el juzgado y el cuartel de la policía, rumbo al bazar del

---

[10] *Jawan::* soldado indio.

acantonamiento, y que después gire a la derecha para seguir el itinerario que acostumbraba a recorrer la Hermana Ludmila, hacia y desde el Banco Imperial (ahora Nacional) de la India, a través de las calles más estrechas donde los euroasiáticos vivían en pequeños bungalows cuya trasera da a las instalaciones del ferrocarril, y de nuevo, tras un giro a la izquierda, hacia la calle del puente de Mandir Gate, pasando la escuela principal y la iglesia de la misión (ambas florecientes todavía) hasta el paso a nivel donde el automóvil se detiene para esperar al tren correo que viene del oeste y que va a llegar de un momento a otro.

Al otro lado del paso a nivel está el puente, y detrás del puente la ciudad indígena, llena aún de luces, aún bulliciosa. Un poste de neón baña de luz las escaleras que suben desde el río hasta el templo Tirupati. Unos hombres las suben y las bajan, salen del templo y entran en él por la puerta del río. El olor fluvial que flota en el aire cálido se cuela por las ventanillas abiertas del coche inmóvil.

—Siempre cierran el paso a nivel —se queja Srinivasan— en el preciso momento en que se espera la llegada oficial del tren, aunque sepan perfectamente que viene con media hora de retraso. Permítame que entretenga la espera contándole la historia del modo en que Robin White nos metió en el club al ministro de educación, a mí y a mi viejo amigo Desaí en mayo de 1939.

—Estábamos todos en el bungalow del subcomisario, y a las seis de la tarde, después de tres horas arduas de reunión, Robbie nos dijo: «¿Qué tal una copa en el club?» Pensamos, naturalmente, que se refería al club Mayapore, pero él dijo: «El Hípico.» Nos quedamos de piedra. El ministro se excusó. Quizá creyó que era una broma. Pero White no aceptó excusas. Dijo: «Está todo preparado, el coche espera fuera. Es sólo una hora.» Así que fuimos. Era la primera vez que yo entraba en el club, la primera vez que había entrado un civil indio. También fue la última, porque la junta directiva impidió que White repitiera su indiscreción social. ¡Pero aquella noche tendría que haber visto la cara del portero cuando abrió la puerta del coche y nos vio a nosotros! Robbie le dijo: «Hossain, diga al secretario que he venido con el ministro de educación y sus acompañantes.» ¡Fue algo memorable! Desai y yo entramos despacio, detrás de White y el ministro, despacio porque evidentemente Robbie estaba dando tiempo al portero para que fuera a buscar al secretario. Nos paramos todos en la galería, y a pesar de que casi había oscurecido, Robbie hizo mucho ruido para delatar nuestra presencia y nos señalaba los esparcimientos del club, y de hecho nos tuvo en la galería hasta que estimó que el portero habría encontrado y avisado al secretario. Comprenderá usted que para entonces yo ya me había dado cuenta de que la visita no había sido organizada en absoluto, que únicamente se había estudiado su posibilidad. El subcomisario había esperado, con típica reserva inglesa, a ver qué clase de hombre era el ministro antes de embarcarse en la arriesgada empresa de llevarle al club. Pero todo fue bien. El ministro había resultado ser Wellington y Balliol, y el subcomisario vio que compartía con él un amor a Shakespeare, a Dryden y al novelista Henry James, así como la inquietud por el instituto de enseñanza superior del gobierno y las escuelas regentadas por los consejos de distrito. También discreparon acerca de Rudyard Kipling, de quien White tenía un pobre concepto, pero al que el ministro apreciaba, anticipándose a T. S. Eliot. Siempre es necesario que haya una oposición mutua, es la mejor manera de medir la rudeza de la fibra individual.

»Y entonces salió el secretario. Un tal Taylor, un ex oficial chusquero de caballería que se había aupado al rango de hombre respetable al obtener galones de teniente de intendencia, y que había conseguido su cargo en el club porque lo que él no supiese sobre la organización del concurso hípico anual cabía escrito en una moneda de tres peniques. Yo le vi salir al vestíbulo desde su despacho. Robbie White tenía un gran talento para ver a través de la nuca. Se dio media vuelta y exclamó: "Hola, Taylor, tenemos el honor de recibir a representantes de nuestro gobierno provincial. Permítame, ministro, presentarle a nuestro socio más importante, nuestro secretario, el teniente Taylor." Maniobra que colocó a Taylor en una situación imposible, porque odiaba a los indios, pero adoraba al subcomisario y adoraba que le considerasen importante. Y Robbie lo sabía. Robbie era un miembro antiguo de la junta directiva, pero había sido lo bastante perspicaz para esconder sus cartas durante meses, a la espera de la ocasión propicia. Me refiero a la ocasión de invitar al club a hombres a los que no era socialmente inadmisible calificar de honorables. Hasta un ministro provincial de estado es, en definitiva, un ministro de estado, y por muchos reparos que el inglés colonial vulgar y corriente pusiera al color de su piel, era innegable que el ministro había sido nombrado a raíz de una elección democrática, una elección celebrada con la plena autoridad y aquiescencia del gobernador general del rey-emperador. Y todo ello de conformidad con la estrategia *oficial* inglesa de promover a su imperio indio, mediante pacíficas etapas, a un status de dominio autónomo.

»De todas maneras, Robbie White estaba dando la cara. Un club era un club, una sociedad privada en la que no podía entrar ningún intruso, ni siquiera un invitado del subcomisario, si no lo autorizaba un funcionario del club. ¡Acuérdese de Lord Willingdon y su fiasco en el Royal Yacht Club de Bombay! Pero Robin conocía a su hombre. El secretario estaba lívido, pero tuvo miedo de hacer una escena. Intentó conducirnos por el pasillo a la pequeña antesala, pero Robbie sabía que ya había logrado introducirnos en el local, y se encaminó derecho al salón de fumar, sin prestar la menor atención al silencio que cayó como una piedra.

»Mi querido amigo, ¿olvidaré alguna vez mi turbación? Tanto más aguda porque era un desconcierto agravado por un orgullo que no acertaría a describir. Allí estaba yo, un hombre recién entrado en la madurez, que jamás había pensado en poner el pie en aquel recinto sagrado.

¿Sabe lo que más me sorprendió? Su aspecto de lugar cochambroso y anticuado. No me acuerdo de lo que esperaba encontrar. Pero fue una conmoción. Permítame definirla. Al decir conmoción me refiero a la clase de sobresalto que uno siente al reconocer algo. Supongo que, al excluirnos, los ingleses nos habían inducido con demasiada facilidad a imaginar que el club era un sitio donde se manifestaba de algún modo tremendamente insidioso, el lado peor de su carácter. Pero lo cierto era lo contrario. Y lo contrario era lo que uno reconocía y lo que comprendía en el acto que debería haber esperado realmente. Quizá lo entienda mejor si le describo a Robin White tal como yo le recuerdo. Era un hombre bastante joven, todavía en la treintena, muy alto, y con una de esas caras inglesas tensas que nos horrorizaban cuando las veíamos por primera vez porque parecían incapaces de expresar una emoción. Y nos preguntábamos: "¿Será que este hombre es muy inteligente y potencialmente propicio, o será que es un idiota? Si lo es, ¿es un idiota útil o un idiota peligroso? ¿Cuánto sabe? ¿Qué demonios piensa? Cuando sonríe, ¿lo hace por una de nuestras bromas o por una de las suyas? ¿Es aversión

hacia nosotros o es timidez lo que le impulsa a erigir esa barrera helada?" Era casi más cómodo tratar con el otro tipo de cara inglesa, la extrovertida, aunque sabíamos que las posibilidades de que se mantuviera abierta y amistosa durante más de seis meses eran remotas. En esta clase de cara no había, por lo menos, misterio que resolver. Las fases de su transformación no sólo eran claras, sino también previsibles. Pero se tardaba mucho en estar a gusto con la cara tensa, introvertida. Muchas veces un hombre con un rostro así aparecía y desaparecía sin que llegáramos a conocer la verdad sobre él. A veces no volvíamos a tener noticias suyas. En otras ocasiones nos enterábamos de que había accedido a un cargo importante, y entonces al menos comprendíamos que no era un idiota, aunque su reputación ulterior quizá demostrase igualmente que tampoco había sido amigo nuestro. »Con Stead, por ejemplo, el predecesor de White, todos sabíamos a qué atenernos. Algunos miembros del subcomité local del Congreso preferían el régimen de Stead porque Stead era casi una caricatura del tradicional recaudador colérico. Siempre decíamos que castigaba al distrito para vengarse de lo que él consideraba un trato injusto por parte de sus superiores en el servicio. Si en 1937 no hubiera estado rondando la edad del retiro, nuestro primer ministro provincial de asuntos internos habría intentado que le nombrasen para el cargo relativamente inofensivo de comisario de división, y habría presionado para que un indio le sucediera en el antiguo puesto. En cuyo caso no hubiéramos tenido a Robin White. Podríamos haber tenido algo peor, pero creo que nada mejor. Es mi opinión personal. No todos mis compañeros la compartían. Algunos de nosotros, como he dicho, preferían a Stead porque proporcionaba a nuestro comité numerosos motivos de queja ante el Congreso de Nueva Delhi, donde se formularían preguntas en la llamada asamblea central legislativa, y muchos motivos para que los consejos de municipio y de distrito se quejaran ante el ministerio provincial. Muchísimos de los nuestros preferían roer el hueso de la contención a corto plazo que desarrollar una política a largo plazo que nos permitiera pasar de la cooperación a la autonomía.

»Stead, ya sabe, era un amante de los musulmanes, si amante es la palabra adecuada para describir a un hombre que básicamente consideraba inferiores a todos los indios. No ocultaba esta preferencia, y ello sólo servía para añadir leña a aquella ridícula hoguera de comunidades. Dos de los funcionarios de subdivisión eran musulmanes. Cuando el ministerio del Congreso entró en funciones trasladó a uno de ellos desde una región de fuera a Mayapore mismo, lo que significaba que aquel hombre estaba actuando en realidad como ayudante del subcomisario y magistrado adjunto de la ciudad. Aquel musulmán, Syed Ahmed, era por desgracia de corte militante. A todos sus correligionarios juzgados en su tribunal les imponía penas ligeras o les declaraba absueltos. Los hindúes recibían un trato muy severo. Como represalia, el consejo de distrito, de mayoría hindú, decretó que todos los alumnos musulmanes de las escuelas rurales tenían que cantar canciones del partido y saludar a la bandera del Congreso. Las diferencias entre comunidades siempre han tendido a crecer como una bola de nieve. Hubo disturbios en Tanpur, que se hallaba en la jurisdicción del otro funcionario musulmán de Stead, un hombre llamado Mohammed Khan. Nuestro comité elevó una protesta al ministerio alegando que Mohammed Khan y Syed Ahmed estaban incitando a la comunidad mahometana a crear desórdenes. Los ministerios no poseían autoridad sobre la administración, pero en determinadas circunstancias podían ejercer presiones, sobre todo si era

posible aportar argumentos convincentes. El comisario de división ordenó finalmente a Stead que trasladase a Syed Ahmed a Tanpur. Mohammed Khan fue destinado a otro distrito y Stead se encontró con un joven ayudante llamado Tupton, enviado a Mayapore desde otro distrito, que no representó una gran diferencia, porque el tal Tupton también consideraba a los musulmanes más viriles que los hindúes, así que Stead se estaba riendo para sus adentros... hasta que se jubiló y nos mandaron a Robin White. Y Robin no tardó en medir las armas con Tupton y conseguir que le sustituyera un hombre elegido por él, el joven John Poulson.

»Puedo asegurarle, de hecho, que fue la manera de deshacerse de Tupton y de traer a Poulson lo que primero nos hizo pensar que detrás de aquella cara no precisamente hostil, pero curiosamente inexpresiva había algo más de lo que se apreciaba a simple vista. En primer lugar, al prescindir de Tupton reveló que comprendía claramente lo que significaba una aspereza innecesaria. Cuando también fue patente que no avanzaba en dirección contraria, distanciándose de los musulmanes para aproximarse a los hindúes, vimos que era una persona estrictamente imparcial. Y poseía asimismo ciertas dotes de estadista. Solicitó, en términos muy diplomáticos, que los consejos de municipio y de distrito reconsiderasen el decreto que habían dictado sobre el saludo obligatorio de la bandera del Congreso en las escuelas primarias. Recuerdo las palabras textuales de una parte de la carta. "Estimo que el Congreso suscita la lealtad no sólo de una mayoría de hindúes, sino de un número considerable de musulmanes. Sugiero, no obstante, que si bien el Congreso es fundamentalmente un partido nacional indio y es correcto inculcar en los niños del país un sentimiento patriótico del deber nacional por medio de prácticas rituales, es quizás imprudente grabarles en la memoria una impresión del género de exclusión que el Congreso mismo se esfuerza en erradicar."

»Bueno, ya ve usted que nos tenía cogidos, o por lo menos nos había atrapado a quienes apreciaban la sutileza del idioma inglés. Como miembro del subcomité —y él había tenido la previsión de enviarnos una copia de su carta a los consejos de municipio y de distrito—, como miembro del subcomité que estudió su sugerencia, discutí durante una hora sobre el significado de las palabras "impresión" y "exclusión".

»Tal vez para usted el Congreso sea sinónimo de hindú. Para nosotros —originalmente— fue siempre el Congreso de toda la India, fundado, dicho sea de paso, por un inglés. Pero puesto que siempre ha habido más hindúes que musulmanes en la India, huelga decir que siempre ha habido y hay una gran mayoría de militantes hindúes. Este hecho en sí no lo convierte en un partido de estrategia hindú. Desgraciadamente, siempre existe un margen indeterminado de falibilidad peligrosa entre una estrategia y su consecución. ¿No está de acuerdo? Bueno, en cuanto inglés, miembro de una raza que nos gobernó en un tiempo, ¿no debería estar de acuerdo? ¿No existió acaso un margen indeterminado de falibilidad peligrosa entre las directrices liberales de Whitehall para la India y su puesta en práctica aquí, sobre el terreno? ¿Qué iba a hacer Stead con la política oficial inglesa sino violarla irrevocablemente a causa de sus prejuicios y pasiones personales? ¿No está de acuerdo en que los Stead de su país pataleaban y despotricaban contra toda consigna del parlamento y de Whitehall que les pareciese censurable? ¿Tan censurable como sería que los defensores de un fuerte sitiado ondearan la bandera blanca cuando todavía les quedaba cantidad de munición? ¿No se arrogan siempre esas personas la condición de cifra descartada de la ecuación oficial,

de depositarios oficiosos pero muy activos de las viejas cualidades genuinas que piensan que los políticos han perdido de vista o jamás poseyeron? ¿No está de acuerdo, mi querido amigo, en que esos compatriotas a quienes ha observado esta noche viven todavía, en general, un proceso traumático que les convence de que deben desoír las consignas de su gobierno en el sentido de que hay que exportar o morir? ¿No cree usted que deberíamos mantener mejores relaciones con los rusos y los americanos?

»Bien, pues eso ocurría, ¿comprende?, con los miembros del Congreso. Quizá incluso en mayor grado, porque la política oficial del Congreso oscilaba entre los extremos de aquel curioso hombre espiritual y nuestro sofisticado cachemir Pandit, que siempre comprendió y tal vez todavía comprende que media tarta es mejor que nada en absoluto.

»¿De modo que por qué esperar que el Congreso obrara conforme a normas que nadie más había respetado? En incontables lugares como Mayapore el partido se volvió mezquinamente exclusivo. Del mismo modo que Stead se volvió mezquinamente impenetrable y sus compatriotas del bar se han vuelto mezquinamente insulares, que necesitan el dinero que ganan, el dinero que estamos totalmente dispuestos a pagarles, pero fingen despreciar al pueblo que se lo paga.

»Perdone. Lili me está diciendo por señas que me calle. Pero ya soy viejo. Tengo derecho a decir lo que pienso, ¿no? Y a divagar, desde luego. Le estaba hablando de la carta del subcomisario y de la perfecta flexibilidad inglesa de esta frase: "Es quizá imprudente grabarles en la memoria una impresión del género de exclusión que el Congreso mismo se esfuerza en erradicar."

»No sólo nos estaba exhortando a reafirmar la línea oficial del partido, que sostenía que el Congreso era un cuerpo representativo de toda la India, sino señalando muy sutilmente lo que en el fondo sabíamos, que muchas de nuestras actividades locales eran contrarias a esa línea oficial, si uno la juzgaba en su más alto punto de partida, sobre todo cuando dichas actividades iban dirigidas a los niños. "Es quizá imprudente grabarles en la memoria una impresión." Esto nos hizo pensar en la clase de memorias en las que grabábamos una impresión. Memorias de niños. En cuanto tuvimos que afrontar el hecho de que estábamos obrando como adultos que conocían la batalla de la política cotidiana del partido, pero que obrábamos en un universo de niños que no la conocían, tuvimos igualmente que afrontar el hecho de que aquellos niños habían identificado desde hacía mucho tiempo al Congreso con el hinduismo, y que habían equiparado el canto de canciones del Congreso y el saludo a su bandera con un acto de desafío no sólo del *raj* inglés, sino de las aspiraciones nacionales hindúes. Puesto que éramos nosotros, sus mayores, quienes habíamos simplificado los problemas de un modo tan oportuno.

»Por desgracia, mis argumentos en favor de apoyar la sugerencia del subcomisario, mis argumentos en favor de suprimir el ritual matutino en nuestras escuelas, fueron derrotados por cinco votos contra dos. Y, a modo de ejercicio disciplinario, me encomendaron redactar la respuesta del comité a Robin White. Sólo recuerdo una frase porque el resto de mi borrador fue roto en pedazos, y únicamente perduró esta frase mía. Permítame repetirla. Casi no tiene sentido fuera de contexto, pero lo interesante es que el subcomisario reconoció a su autor. La siguiente vez que nos vimos me la recitó: "El saludo de la bandera del Congreso Nacional Indio no debiera ser susceptible de ninguna interpretación comunitaria y estrecha." Me dijo: "Estoy totalmente de acuerdo, señor Srinivasan. En un punto, por lo menos,

su comité ha respondido a mi carta." A partir de ese momento fuimos amigos, y por eso, cuando se enteró de que yo estaba almorzando con Desai y el ministro de educación, me invitó a que les acompañara cuando fueran a su bungalow para estudiar la ampliación de la enseñanza primaria en su distrito. Para entonces, como usted probablemente sabe, nuestros ministerios provinciales habían superado sus problemas de crecimiento. Claro que estábamos ya en 1939, aunque ninguno de nosotros hubiera podido adivinar aquella noche en que nos llevó al club que a finales de ese año el ministerio habría dimitido a causa de una ridícula cuestión de orden suscitada por la declaración de guerra del virrey contra Alemania. Ni tampoco adivinar que después nos veríamos nuevamente sometidos a la antigua férula autocrática personal de gobernadores ingleses con un consejo designado a dedo. La noche en que entramos en el Hípico nos pareció como si se nos abriera el mundo entero.

»Pero esto es lo que tortuosamente estoy intentando expresarle. Hasta que entré en el club con Desai, el ministro y White, no comprendí realmente qué representaban hombres como Robin White, y lo representaban contra toda suerte de ruin oposición. No me refiero a la oposición de Whitehall. Sino a la que había aquí. Sobre el terreno. En Mayapore. Entonces vi lo bien que él *casaba* con el club. Y lo bien que el club armonizaba con él. El club era igual que él: no tenía una expresión fácilmente analizable. Era cochambroso y confortable. Pero impresionaba. Supongo que por la gran importancia que los ingleses, como clase dominante, atribuían a esa institución. Y, sin embargo, la mayoría de las personas que había allí dentro... en fin, se veía que, por mucho que creyeran que estaban hechos para el club, el club no estaba hecho para ellos. En su interior, en el salón de fumar, para ser exacto, vi por primera vez la cara que escondía el rostro de Robin White. Parecía armonizar enormemente con las raídas butacas de cuero que no tenían un aspecto muy atrayente, pero resultaron ser increíblemente cómodas. Y Robin, fíjese usted, *miraba* a los criados cuando les hablaba. Se notaba que ellos le inspiraban una conciencia breve pero clara de que eran hombres como él. No se sentía superior a ellos, sino solamente más responsable. Era este sentido de responsabilidad el que le permitía aceptar dignamente su situación privilegiada. Ésa es la clase de actitud que inspira confianza. En un momento deslumbrante —perdón por el dramático adjetivo—, en un momento deslumbrante sentí que entendía realmente lo que los ingleses imaginaban que había, pero sólo raramente lograban mostrar que *en efecto* había detrás de todo ese camelo de su poder y su influencia. Y por eso he amado el club desde entonces...»

— ¿Incluso ahora?

—Oh, bueno... Lo amaba por lo que era, e incluso ahora no es distinto si uno sabe lo que busca. Yo siempre he visto y veo a través de la apariencia. Sólo que ahora que su responsabilidad ha terminado ya no hace falta que el inglés medio aparente. Y ahí tenemos también esa situación tan interesante en la que vaciar orinales en la piscina puede asimismo interpretarse como un gesto de sus antiguos compatriotas privados de privilegios, contra las fuerzas sociales que ya no siguen vigentes pero entonces les mantenían en su sitio. Quiero decir, en fin, dispénseme, que muchísimos de esos expertos actuales no son lo que los socios del club de hace veinte años hubieran llamado caballeros, ¿no cree? ¿No son lo que las damas de Mayapore hubieran

llamado BOR, ingleses de segunda?[11] Verá, usted manda hoy a Mayapore a un muchacho así para enseñamos el funcionamiento de esas máquinas complicadas y por supuesto que le tratan como a un miembro de una raza superior, pero no creo que, por lo general, él tenga mucho sentido de la *responsabilidad* de enseñar, sino una mera necesidad de ganarse el sustento en un entorno relativamente agradable, y la sensación de que lo que a él le parece tan sencillo a otras personas también debería parecerles sencillo, por lo que es probable que al final se impaciente. Asimilamos en seguida los aspectos superficiales de la maquinaria, pero no su lógica interna. Es lo que quieren decir los jóvenes como Desai y Surendranath cuando dicen que malgastamos el tiempo jugando a la política. De todas formas, nuestras deficiencias dan al experto una sensación de superioridad considerable, y también le produce placer, un placer del que al mismo tiempo quizá se avergüenza un poco, el hecho de tener derecho automáticamente a ser socio del Hípico. Se ríe de lo que el club representaba antiguamente —esa fatuidad y esa ostentación anticuadas de la clase alta inglesa—, y me figuro que por eso viene vestido con pantalones cortos y camisas de manga corta y utiliza expresiones groseras. No sabe casi nada de la historia de la dominación inglesa en la India, y por lo tanto, descalifica todo lo que le parezca relacionado con ella como un ejemplo del esnobismo británico de viejo cuño. Lo que significa también que en un sentido nos descalifica también a *nosotros.* Y claro está que por debajo de todo esto existe lo otro, su recelo natural hacia nosotros, su aversión natural hacia las personas de color, la aversión que puede pensar que no siente, pero que pronto descubre que sí existe cuando ha estado fuera una temporada, el recelo y la repugnancia que comparte con sus antecesores de otro tiempo, aunque él tiene el crudo valor de expresarlo mediante la acción física, como vaciar orinales en la piscina. Existe, además, una complicación más sutil. En el fondo también comparte con aquella antigua clase gobernante inglesa a la que finge despreciar un deseo de ser respetado en el extranjero, y comparte con ella asimismo un sentimiento de privación porque no ha podido heredar el imperio que siempre ha considerado una institución exclusiva de esa clase encumbrada. Si usted le dijera algo de esto abiertamente, es casi seguro que no entendería y que negaría lo que haya entendido. Pero nosotros lo entendemos. Para nosotros es algo muy claro. Pero lo más claro de todo, ahora que no hay política oficial de un gobierno extranjero o mística de caudillaje forastero que exija apariencias públicas y privadas, es el hecho de que detrás de nuestro fingimiento había en nosotros un miedo y una aversión que tenían sus raíces en la cuestión del color de la piel. Incluso cuando más amábamos persistía el miedo, y cuando sólo había miedo y no había amor surgía la aversión. En este extraño asunto del amor y el odio siempre salíamos peor parados que ustedes porque verá —tal como era el mundo, y como es—, *nosotros* reconocíamos y todavía reconocemos con absoluta claridad que ustedes estaban, que están aún, muy por delante de nosotros en los usos prácticos del conocimiento práctico, y seguimos identificando la piel blanca con la inteligencia superior. Incluso la identificamos con la belleza. El sol es demasiado fuerte aquí. Nos oscurece y nos mina. La palidez es sinónimo del éxito mundano, porque la palidez es el sello del esfuerzo intelectual, no del

[11] *British Other Rank;* literalmente, ingleses de otra categoría.

físico, y el éxito mundano rara vez se obtiene con los músculos. Bueno... ya está aquí el tren.

Y en seguida, con una precisión mecánica que patentemente no ha sido forjada por la inventiva local, sino por la instrucción extranjera, las cancelas del paso a nivel retroceden y dejan el camino libre hacia el puente, el templo y la ciudad negra. El Studebaker (también importación extranjera, vendido por su propietario americano, con pingüe beneficio, a un amigo brahmán de Srinivasan en Calcuta) avanza suavemente y abajo está la curva del río, que refleja el brillo de joyas artificiales del alumbrado nocturno. Obstruyendo el tráfico que ha estado aguardando para recorrer el trayecto inverso, de la ciudad indígena al sector civil (las viejas usanzas descriptivas tardan en desaparecer), hay otra procesión más corta de carros tirados por bueyes blancos y de lomo corcovado. Sus ojos redondos despiden un fulgor rojo a la luz delos faros.

— ¡Pare! —grita de repente Srinivasan—. ¿Le gustaría ver el templo? ¿No es demasiado tarde? Oh, no, Lili, vamos... Por lo menos esta noche vamos a enseñarle una cosa *verdaderamente* india.

Y ordena al chófer musulmán que aparque en cualquier parte donde encuentre un sitio.

En la boca del puente situada en la ribera de la ciudad negra, con el templo Tirupati a la izquierda, la calle se ensancha hasta formar una plaza cuyo otro extremo cierran el árbol sagrado y el altar al borde de la calzada. A la derecha, casi enfrente del templo, está el cine Majestic, donde se proyecta la épica del Ramayana a un público nutrido. Más allá de la plaza —quizá lo recuerden—, la calle se bifurca a la derecha en dirección a la cárcel y a la izquierda rumbo al Bazar Chillianwallah. Ilumina la plaza un poste único cerca del árbol sagrado, pero no está oscura porque las tiendas de escaparate abierto todavía no han cerrado, siguen abiertas a los clientes, y tienen bombillas sin pantalla o cegadoras lámparas que hacen daño a la vista. De algún lugar próximo —sí, del café— llega el sonido amplificado de música de tocadiscos, una canción popular de una civilización de celuloide: una voz de muchacha, nasal, débil, acompañada por instrumentos de cuerda, de percusión y de metal. Hay una o dos vacas, varias bicicletas estacionadas, mucha gente y varias mendigas que convergen sobre el Studebaker con niños dormidos en sus brazos con ajorcas. Sus ojos y los aros en los orificios de la nariz captan, pierden y recapturan esquirlas de luz astillada.

Dan alcance al coche y lo rodean, lo escoltan, a medias corriendo y a medias andando. Cuando el automóvil se detiene entran sus manos por las ventanillas abiertas. Al final es necesario que Srinivasan les amenace con llamar a la policía. Ellas se retiran, pero a la distancia justa para que los pasajeros puedan apearse. Dejan en paz al chófer, que se queda con el coche, pero las más tenaces de las mujeres siguen al cortejo que ahora se encamina hacia el templo. A veces, mientras se abre camino entre la multitud, uno cree que han desistido. Una mano que te toca ligeramente la manga y luego tira de ella prueba lo contrario. Mirar a la mujer directamente a los ojos sería fatal. En la India hay que apartar la cabeza con demasiada frecuencia. «No les dé nada», dice Srinivasan. Un observador de la escena advertiría que desde que han abandonado el automóvil las mendigas se han abalanzado sobre el flanco más vulnerable del trío que camina hacia el templo: el hombre blanco. El observador quizá también repararía en que la mujer que formula su súplica muda mediante ese gesto, ese breve contacto con la manga del hombre, y que ahora baja la voz hasta un tono de susurro y limita su

vocabulario mendicante a la repetición urgente de una sola palabra: *«Sahib, sahib»,* es la última en darse por vencida y acompaña a los visitantes casi hasta la entrada del templo.

—Me temo que tendrá que quitarse los zapatos —dice Srinivasan—. Pero si quiere puede conservar los calcetines.

¿Los calcetines? Ah, bueno, ¡corramos el riesgo!

La puerta abierta es bastante estrecha, pero es profunda porque la puerta se encuentra en la base de la alta torre de piedra que asciende en gradas decrecientes de esculturas cuyos detalles no se ven de noche.

Dentro del pasaje a través de la torre hay un criado del templo en cuclillas junto a un quinqué, rodeado de *chappals* y de zapatos. Hace una marca con tiza en las suelas y entrega a Srinivasan un pedazo de papel. El suelo de piedra del pasaje está caliente y parece bastante arenoso al tacto de los pies descalzos. El descenso al patio principal del templo se hace por un tramo de cuatro escalones bajos. Los pies entran en contacto con arena. Hay personas que caminan, gente que reza y grupos sentados en el suelo que parecen estar de cotilleo. La iluminación es tenue. En el centro del patio está el edificio cuadrado del santuario interior, con peldaños que conducen arriba, y columnas talladas que soportan un techo ornamental. Alrededor de las paredes del patio hay otros santuarios. Algunos están en la oscuridad; otros, iluminados para mostrar que el dios o la diosa velan. Las estatuas, en muchos casos no más grandes que una muñeca, están pintadas y llevan guirnaldas. Suena una campana en el santuario principal: la ha tocado un devoto del Señor Venkataswara para avisar a la deidad de que solicita la admisión. Los tres visitantes rodean lentamente el patio hasta que ven la entrada al santuario del Señor Venkataswara. Cerca de una columna hay un hombre de cabeza rapada, pecho desnudo y la cuerda del hilo sagrado enrollada sobre su hombro de color moreno claro. Es uno de los sacerdotes del templo. El devoto de piel oscura y taparrabos permanece ante las puertas abiertas del santuario en postura de rezo: con los brazos levantados por encima de la cabeza y las palmas de las manos juntas. Todavía se mueve el corto cabo de cuerda atado al badajo de la campana de hierro colgada del techo. Sólo es posible vislumbrar el interior del santuario: un destello de oro, plata y ébano en el corazón de la piedra. Hay en el aire un olor agridulce. El tacto de arenisca debajo de los pies cobra una suavidad de terciopelo. Por la puerta del río llega el tufo del agua.

Hay árboles en el patio. De día, procuran cierta sombra. Detrás del santuario principal se halla el de Vishnú dormido. La piedra del pavimento está negra y brillante por el roce. Dentro, a la débil luz de los quinqués insertos en las paredes, la estatua del dios yacente duerme una eternidad de sueños aparentemente gratos. Es más largo de lo que sería un hombre acostado. Forma parte de su propio jergón de piedra, tallado en él, emanando de él, inseparable de él. Está desnudo, y es terso, de hombros cuadrados y labios llenos cuyas comisuras se curvan en una sonrisa. Sus párpados cerrados parecen siempre a punto de abrirse con un aleteo voluptuoso. Una vez que este inminente despertar ha producido su efecto, los miembros rígidos empiezan a insinuar una flexibilidad oculta, como si pudiera esperarse que, al menos, el dios desperece el entumecimiento de un largo sueño. La mano delicadamente esculpida pero poderosa caería entonces de la almohada de piedra sobre el pecho. Y entonces quizá se separarían los labios carnosos y él pronunciaría una palabra en voz baja, como en sueños, pero revelando un arcano que permitiría a cualquier mortal, hombre o mujer,

allí presente aprender el secreto del poder en la tierra y la paz de ultratumba.

—Lamento que no podamos llevarle al sanctasanctórum —dice Srinivasa—, aunque podría arreglarlo si consigo convencer al sacerdote de que usted es budista. Quizás en otra ocasión. Lili parece cansada. No sólo cansada, sino extrañamente fuera de lugar.

—Actualmente —explica Srinivasan, mientras les restituyen el calzado, los calcetines emergen de unos bolsillos y se entrega una moneda al custodio de los zapatos— el gobierno controla todos los templos. En realidad, podría decirse que los sacerdotes se han convertido en funcionarios públicos. Cobran sueldo y reciben honorarios según escalas oficiales. De este modo, se ha reducido mucho toda aquella extorsión que había antes. Es una de las cosas en que los viejos congresistas insistimos… en que la India tenía que ser un estado democrático laico, no una autocracia dominada por los sacerdotes.

Antes de llegar al coche les asalta la misma mendiga. Ya acomodados y a salvo en el Studebaker, Srinivasan dice:

—Bueno, supongo que ahora estamos santificados. Lo propio es ser caritativos.

Arroja unas monedas por la ventanilla, las mujeres se agachan a buscarlas en el polvo y el coche, libre de ellas, arranca, tomando el ramal izquierdo desde la plaza, por donde la Hermana Ludmila caminaba con su bolsa de cuero atada con una cadena a la cintura. La calle es angosta, mal iluminada y concurrida. El capó del Studebaker es como la proa de una embarcación que surca una vía marítima atestada. El chófer acciona el embrague y la bocina. Al fondo del camino, donde la calle desemboca en la plaza amurallada del mercado del Bazar Chillianwallah, la ciudad se vuelve de repente oscura y muerta. El mercado está cerrado. Las casas tienen echados los postigos. Se ven pocas luces. Los faros crean sombras densas y angulosas. El olor que despide el río se cuela por las estrechas aberturas entre edificios desiertos.

Al doblar una esquina se vislumbra el viejo palacio, el hospital *purdah:* un muro alto, una puerta de hierro en el muro, follaje en el interior del recinto, una luz que asoma detrás de las hojas. Un perro de pintas blancas y amarillas cruza la calle por delante del coche. El cielo arriba se expande y despliega sus estrellas como si ejerciera una atracción contraria a los artículos que estaban expuestos a la venta en los comercios. En algún punto, a la izquierda, se encuentra el lugar antaño conocido como el Santuario, y a mano derecha la remodelación del Chillianwallah Bagh.

—Murió hace años, dicen —explica Srinivasan, hablando de la señora Gupta Sen, que de soltera había sido Shalini Kumar.

El coche penetra en una zona de calles de buen trazado, pero mal iluminadas y sin grava, a lo largo de las cuales se agrupan, en espacios tapiados, las casas flageladas por un sol inclemente donde viven los comerciantes ricos, y hay unas cuantas luces encendidas detrás de ventanas con barrotes. Aquí aparecen las siluetas negras y aladas de los cocoteros, que se inclinan altos y ebrios entre intervalos de las casas. El Studebaker gira dos veces. Pero cada calle, cada grupo de viviendas, ofrece el mismo aspecto. La número doce es un oscuro volumen anónimo. Un nieto de Romesh Chand la habita unos meses al año, en la estación fría. A una orden de Srinivasan, el automóvil se detiene ante la puerta de hierro cerrada con candado. No se percibe más que el calor de la noche, y no se ve nada más que las sombras del terreno cercado, y la alcantarilla que va desde la calle hasta la puerta y

atraviesa la zanja monzónica en la hierba circundante donde la bicicleta fue encontrada.

¿Y el joven Kumar? ¿Dónde está ahora? Srinivasan se encoge de hombros. Muerto, quizá. Romesh Chand se desentendió de él cuando fue detenido después de la violación en el Bibighar. Quizá también el joven Kumar repudió a su familia. Bueno, este país es grande. Es fácil perderse en él. Y de nuevo la sensación de inmensidad (de peso y lisura, y ausencia de rasgos orientadores) infunde en el pensamiento la noción de una amplitud tan ilimitada que lo embota. Aquí, en el suelo firme, nada es probable, todo es posible. Sólo desde el aire puede rastrearse lo que parece un diseño, un dibujo, una intención humana fracasada. El Studebaker rueda con cuidado, perdido, acorralado, pero a impulsos de un avance automático; sale a la calle de prolongación del Chillianwallah, que hacia el sur lleva a la hoy día inexistente puerta meridional de la antigua ciudad amurallada, y hacia el norte el puente Bibighar.

El puente tiene un parapeto bajo de piedra y está arqueado, como en tensión perpetua contra el doloroso reumatismo de haber tenido tanto tiempo sus soportes hundidos en el agua. Y el vehículo enfila hacia su extremo norte, después de haber llevado al viajero nuevamente, a través del agua invisible (que en estos tramos menos alumbrados no brilla), hasta el segundo paso a nivel: después de haber regresado de lo eterno a lo transitorio, de las aguas que tienen su fuente en las nieves de montañas remotas a las líneas paralelas de acero que transportan a los trenes hacia el este, hacia la costa inimaginable.

Y ahí está la caseta del guardabarrera, que actualmente ilumina un poste de neón. La excelente amortiguación del automóvil hace que rebote sensualmente sobre la superficie desigual de las traviesas de madera colocadas transversalmente entre los raíles. No es difícil imaginar la sensación de cruzar este paso en bicicleta, con el sistema de señales en verde y, procedente de la izquierda, el olor a metal y a humareda del ferrocarril, un olor que es el mismo en cualquier parte del mundo, y que indudablemente no era distinto hace veinte años, por lo que es posible aspirar una honda bocanada de aire y pensar: esto es lo que ella olió cuando volvía en bicicleta del Santuario de la Hermana Ludmila.

Pero más adelante hay un cambio. Están repavimentando la carretera. El viajero se acuerda de que Lili Chatterjee lo ha mencionado. Hay ahora lámparas de advertencia, montículos de piedra picada y extremos de caballetes en forma de X que sostienen largos postes de barricada: una imagen familiar de obras en la vía pública. La obra desvía el coche hacia el lado derecho de la calzada, unos pocos centímetros más cerca del muro de los jardines Bibighar.

Un muro ordinario, como puede encontrarse en cualquier lugar de la India, un poco más alto que un hombre, y estucado, grisáceo, descascarillado. Viejo. Hay árboles a su espalda, resguardando un terreno interior. El automóvil se desliza junto al muro y nadie pronuncia una palabra, pero el silencio es suficiente comentario.

Bibighar.

Al cabo de un tiempo, hasta el nombre más trágico adquiere un aura de belleza.

Desde aquí el coche sigue el itinerario recorrido por la muchacha en su carrera por la oscuridad. Sí. Esto es lo que debió de haber sentido: que más allá de la oscuridad de las viviendas y los edificios se extendía el espacio, el

territorio sin límites. Al atravesar caminos tan ordinarios, avenidas tan poco vistosas y tan mal iluminadas. Y percibiendo continuamente el curioso olor —ya no del ferrocarril, sino de la tierra— que tal vez había aprendido a aceptar o a no advertir, cuando no a amar, a necesitar.

Capítulo 5

EL JOVEN KUMAR

Cuando el padre de Hari Kumar murió en Edimburgo de una sobredosis de somníferos y los abogados le comunicaron que no había dejado siquiera suficiente dinero para pagar la totalidad de lo que debían al matrimonio Cárter, que regentaba la casa de Berkshire, Hari telefoneó a los Lindsey y les preguntó qué pensaban que debía hacer. Aunque los abogados insistieron en que se quitase semejante idea de la cabeza, él tenía el concepto

anticuado de que era responsable de las deudas de su padre, si de hecho eran deudas. A los Lindsey les resultó tan difícil como a él mismo creer la historia de bancarrota que los abogados inventaron. Le dijeron que tenía que ir a Didbury inmediatamente y quedarse con ellos. Y que no se preocupara, porque el señor Lindsey vería a los abogados y averiguaría la verdad del asunto.

La muerte del padre aconteció en mitad de las vacaciones de Pascua de 1938, unas semanas antes de que Hari cumpliera dieciocho años. Los Lindsey estaban en París cuando murió. Si hubieran estado en Inglaterra, Hari habría estado probablemente con ellos y sin duda habría contado con su apoyo en el entierro. Pasaba la mayor parte de sus vacaciones con la familia Lindsey. Su hijo Colin era su amigo más antiguo. Hari había estado con ellos hasta la víspera del día en que tomaron el tren a París. Si su padre no le hubiera escrito desde Edimburgo para avisarle que proyectaba bajar a Sidcot y quería hacer planes para el futuro, él también habría ido a París, confiando, como de costumbre, en contar con la autorización de su padre *in absentia.* Pero había recibido la carta y volvió a casa y encontró que su padre no había llegado y que el ama de llaves y su marido, el señor y la señora Cárter, estaban de un humor de perros. Los Cárter no le esperaban, y le dijeron que no sabían nada de que su padre planease abandonar Edimburgo. Hari no tenía un cariño especial al matrimonio. Era raro que la servidumbre se quedase mucho tiempo en Sidcot. Los Cárter llevaban en la casa un par de años, lo que constituía casi un récord. No se acordaba de cuántas amas de llaves distintas y jardineros factótum había contratado su padre. En los viejos tiempos, antes de que fuese a la escuela preparatoria y luego a Chillingborough, había habido una sucesión de institutrices y profesores particulares desagradables, así como de empleados domésticos, algunos de los cuales expresaron claramente que preferían trabajar para caballeros blancos. La casa nunca había sido para él lo que, desde que conoció a los Lindsey, había aprendido a considerar un hogar. Veía a su padre tres o cuatro veces al año y raramente durante más de una semana seguida. No recordaba a su madre. Tenía entendido que había muerto en la India al nacer él. Tampoco se acordaba de la India.

La razón por la que le resultó difícil creer lo que le dijeron los abogados era que siempre había tenido la impresión de que en su casa abundaba el dinero. Cuando tuvo edad para apreciar los diversos grados de la opulencia, comprendió que la casa de Sidcot era consistente, más grande y más lujosamente amueblada que la de los Lindsey; y además de la casa de Sidcot había una serie de apartamentos en Londres de los que su padre entraba y salía, de conformidad con algún principio que Hari no entendía y por el que no se tomaba más interés del necesario a fin de consignar con exactitud el cambio de dirección y número de teléfono, con objeto de que sus cartas no se extraviaran y de poder estar seguro de que iba al sitio correcto si su padre telefoneaba al colegio y le proponía almorzar en la ciudad cuando Hari volvía a casa al final del trimestre. En tales ocasiones Hari solía llevar a Colin. Y Colin dijo una vez, al inspeccionar el apartamento suntuoso pero poco acogedor: «Tu padre tiene que estar podrido de dinero.» Y Hari se encogió de hombros y contestó: «Supongo que sí.»

Posiblemente fue en aquel momento cuando él empezó a ser conscientemente crítico con su padre, que hablaba inglés con aquel espantoso sonsonete, deletreaba el apellido como Coomer y pedía a la gente que le llamase David porque el nombre Duleep trababa la lengua. Duleep había

elegido el nombre de Hari para su solo vástago superviviente e hijo único (el hijo que había anhelado, cuya llegada había implorado al cielo y cuya vida había ahora planeado hasta en sus últimos detalles) porque era un nombre fácil de pronunciar y en realidad sólo se diferenciaba en la ortografía del diminutivo del sajón Harold, que había sido rey de los ingleses antes de que llegaran los normandos.

El caso es que Duleep Kumar, contra los deseos de sus padres, y con tan sólo el permiso que ellos le otorgaron a regañadientes, fue a Inglaterra a estudiar Derecho justo por la época en que Miss Crane abandonó su empleo con los Nesbitt-Smith e ingresó en el pleno servicio de la misión, y por la época, igualmente, en que murió, en una penuria tan grande, aunque no tan espectacular como la de Duleep, la madre de una muchacha que luego entró en un orfanato y años más tarde se llamó a sí misma Hermana Ludmila.

Los Kumar eran terratenientes en un distrito de las Provincias Unidas. Eran ricos, según los criterios indios de riqueza, y leales a una corona extranjera que parecía dispuesta a respetar las leyes de propiedad. Había muchos Kumar, pero Duleep empezó a advertir desde joven que por mucho respeto que inspiraran a personas con su mismo color de piel, el más imberbe muchacho de piel blanca, que cumplía su primer año de trabajo en la administración pública, podía hacerles el desaire de tenerles esperando en la galería del pequeño bungalow sagrado cuyas habitaciones ventiladas con abanicos colgantes despedían un aire de fácil superioridad. El poder, pensó Duleep, no residía en el dinero, sino en aquella mágica combinación de conocimiento, educación y raza. Su padre —uno de los hombres a los que hacían esperar frecuentemente— discrepaba.

—Al final lo que cuenta es el dinero — dijo—. ¿Qué es un desaire? ¿Qué es un insulto? Nada. No cuesta nada injuriar y nada recibir la injuria. El calor de un bolsillo bien lleno pronto cura el orgullo herido. Ese joven que me hace esperar es un imbécil. Rechaza obsequios porque le han enseñado que un regalo de un indio es un soborno. En su país no sena tan remilgado. Pero dentro de cuarenta años será pobre, vivirá de su pensión en el clima frío de su tierra.

—Pero en esos cuarenta años —señaló Duleep— habrá ejercido el poder.

—¿Qué poder es ése? —preguntó su padre—. Habrá dirimido unos cuantos pleitos de tierras, velado por el mantenimiento de las obras públicas, prolongado una carretera, construido un desagüe, recaudado impuestos en nombre del gobierno, multado a unos cuantos miles de hombres, azotado a una veintena y enviado a unos cientos a la cárcel. Pero tú serás un hombre relativamente rico. Tu poder será material, podrás contemplarlo con tus ojos cuando mires la tierra que posees. Tendrás un solo problema: él ligero inconveniente de que te haga esperar uno de los sucesores de ese joven, que también rechazará regalos y a su vez ejercerá lo que tú llamas poder y morirá rico solamente en recuerdos coloniales.

Duleep se rió. Se rió del humor retorcido de su padre. Pero sobre todo se rió porque lo veía de otro modo. Cuando su padre muriese, las tierras que tan orgullosamente poseía se dividirían entre sus hijos, y más tarde entre los hijos de sus hijos, y después entre los hijos de los hijos de sus hijos, y al final no quedaría nada y el poder habría disminuido campo a campo, pueblo a pueblo. Y un joven de piel blanca seguiría sentado en el bungalow sagrado, preparándose para escuchar, con una expresión benevolente pero en

absoluto comprometida, historias de desgracias, de pobreza e injusticia: pensando sin cesar en su propia carrera, planeando seguir por sus pasos contados el ascenso social de sus antecesores hasta un despacho en el secretariado, un escaño en el consejo del gobernador general o un puesto en el estrado del Tribunal Supremo.

Duleep Kumar era el hijo más pequeño de una familia de cuatro varones y tres hembras. Quizás el número de siete hijos se consideraba favorable, porque después de su nacimiento (en 1888) pareció durante varios años que sus padres estaban satisfechos y no tenían intención de engendrar más. Era el benjamín, el niño mimado. Pudiera ser que sus hermanos y hermanas llegaran a concebir celos de la atención y el afecto prodigados con él. Ciertamente, andando el tiempo, los hermanos de Duleep que le sobrevivieron no mostraron interés ni prestaron ayuda en el asunto del bienestar de su hijo Hari. A la larga, las cosas quizás hubieran ido mejor de no haber habido ningún Kumar superviviente que se tomase un interés por él; pero estaba Shalini, la niña que su madre había dado a luz cuando Duleep tenía once años. Parece probada la existencia de un lazo especial entre el hijo más pequeño y la hija más pequeña, un vínculo que con toda probabilidad tenía su origen en la sensación de aislamiento de Duleep con respecto a sus hermanos y hermanas más mayores, cuando hubo amainado la primera oleada de mimos por parte de sus padres, y que le movió, en edad tan temprana, a dirigir una mirada crítica al mundo que le rodeaba y una mirada inquieta al universo exterior. Duleep fue el único de los cuatro hermanos que terminó los cursos de enseñanza superior e ingresó en la universidad estatal. Su familia pensaba que los estudios universitarios eran una pérdida de tiempo, pero acabó cediendo. Años más tarde, Duleep se complacía recitando cifras del censo provincial realizado por aquella época, que calculó una población de veinticuatro millones y medio de varones y veintitrés de hembras. Millón y medio de esos hombres sabían leer y escribir; y menos de cincuenta y seis mil mujeres, cifras en las que no figuraban sus tres hermanas mayores. Su padre y hermanos sabían leer y escribir la lengua vernácula, pero manejaban pobremente el inglés. Como Duleep había adquirido de joven un buen conocimiento del idioma de los administradores empezó a acompañar a su padre en las visitas que hacía el funcionario de subdivisión para formular una solicitud, y en ellas tuvo los primeros atisbos de los secretos ocultos bajo el rostro benigno de la autoridad blanca. Concibió una triple determinación: romper con la tradición familiar de atadura a la tierra, convertirse en un hombre que en vez de solicitar favores los concediera, y salvar a Shalini de la ignorancia y la tiranía doméstica que no sólo sus otras hermanas, sino también las dos esposas de sus hermanos parecían aceptar sin protesta, como si fuera todo lo que las mujeres podían esperar de la experiencia humana. Cuando Shalini tenía tres años, comenzó a enseñarle las primeras letras de hindi. A los cinco años, ella sabía leer en inglés.

Duleep tenía entonces dieciséis años. La universidad del gobierno en la que había conseguido plaza estaba al otro lado del mundo: a cien millas de distancia. Su madre lloró su marcha. Sus hermanos se burlaron. Sus hermanas mayores y sus cuñadas le miraron como si se estuviera embarcando en una empresa vergonzosa. Su padre no comprendió, pero le dio su bendición la noche antes de su partida y por la mañana le acompañó a la estación de tren en un *doolie* [12] tirado por bueyes.

[12] Litera india que se emplea como camilla de campaña.

Y quizá fue entonces cuando empezó lo que podría llamarse la tragedia de Duleep Kumar. Era un muchacho cuya pasión por triunfar fue siempre mucho más grande que su aptitud para el triunfo. Y era una pasión que se había acostumbrado a los escollos constantes del hogar. Muy lejos de él, en compañía de chicos de diversa procedencia pero similares ambiciones, el sentimiento original de frustración que había alimentado esas pasiones comenzó a decrecer. Allí todo el mundo estaba en la misma barca, pero a medida que avanzaba el curso de letras adquirió la incómoda conciencia del proceso que separaba a los alumnos despiertos de los empollones. Por primera vez en su vida no tuvo más remedio que admitir que otros chicos, aunque no más inteligentes, podían ser sin duda más rápidos. Al analizar este hecho encontró en seguida una explicación. Los estudiantes rápidos provenían indudablemente de hogares progresistas en los que se hablaba continuamente inglés. En el claustro universitario predominaban los profesores ingleses. En el instituto de enseñanza superior, la docencia, aun cuando se impartiese en inglés, había estado en manos de indios. Él siempre había entendido exactamente lo que los maestros indios estaban diciendo, y muchas veces había pensado que era posible decirlo mejor. Pero ahora le costaba cada vez más seguir en las clases no tanto las palabras como el pensamiento que escondían. Y no se atrevía a hacer preguntas. Nadie las hacía. Todos escuchaban atentamente. Llenaban los cuadernos de notas meticulosas sobre lo que creían que se había dicho. Hacer preguntas era admitir la ignorancia. En un mundo competitivo como aquél admitir tal cosa hubiera sido probablemente fatal.

Sin embargo, estaba descubriendo un nuevo obstáculo: las frustraciones no ya de una reaccionaria familia india ortodoxa, sino del idioma inglés. Escuchando a sus compañeros le maravillaba su aparente incapacidad de apreciar la diferencia entre el modo en que ellos hablaban y la manera en que hablaban los ingleses. No era solamente una cuestión de pronunciación o de modismos. Él era demasiado joven para poder enunciar el problema. Pero era consciente de haberse aproximado al corazón de otro secreto importante. Descubrirlo podría depararle la comprensión de lo que en el funcionario de subdivisión parecía ser simple arrogancia y en los profesores ingleses desprecio intelectual.

Llegó un tiempo en que pudo decir a su hijo Hari: —No sólo se trata de que cuando *tú* contestas al teléfono un desconocido al otro lado del hilo pensará que está hablando con un chico inglés de la clase alta. Es también que tú *eres* ese chico en tu mentalidad y en tu comportamiento. A la inversa, cuando yo tenía tu edad, no sólo era que yo hablaba inglés con un acento *babu* incluso más fuerte que el que tengo ahora, sino que todo lo que decía, todo lo que pensaba, era una imitación consciente de las personas que nos gobernaban. No lo admitíamos necesariamente, pero es lo que ellos tenían en mente cuando nos escuchaban. Por lo general les divertía. A veces les irritaba. Todavía les irrita. Nunca podían olvidar al escucharnos que éramos hombres sometidos, inferiores. Cuanto más coloquiales procurábamos ser, más ingenuo parecía nuestro pensamiento, porque estábamos pensando en una lengua extranjera que nunca habíamos examinado cabalmente en relación con la nuestra. El hindi es parco y hermoso. Es un idioma en el que podemos pensar cosas que tienen el mérito de la simplicidad y la verdad. Y transmitirnos mutuamente esos pensamientos con sus correspondientes imágenes sobrias, simples y veraces. El inglés no es parco. Pero es hermoso.

No se le puede considerar veraz porque sus sutilezas son infinitas. Es la lengua de un pueblo que posiblemente se ha ganado su reputación de hipocresía y perfidia porque su mismo idioma es tan flexible, tan a menudo poblado de afirmaciones ligeras que un año parece querer decir una cosa y al siguiente otra distinta. Es así, en todo caso, el inglés escrito, y los ingleses normalmente han confiado al papel sus aspiraciones e intenciones más nobles. Escrito, parece un modo de ganar tiempo y cobrar confianza. Pero el inglés hablado pocas veces es hermoso. Entonces es parco, como el hindi, pero más cruel. Nosotros aprendimos inglés en los libros, y los ingleses, sabiendo que los libros son una cosa y la vida otra distinta, simplemente se reían de nosotros. Y lo siguen haciendo. Se reían de mí, ¿sabes?, en la universidad india en la que estuve antes de venir aquí, aquella primera vez desastrosa, a estudiar leyes. En la universidad aprendí la importancia de obtener una comprensión profunda del lenguaje, una auténtica familiaridad con la lengua hablada y la escrita. Pero la obtuve, por supuesto, principalmente en los libros. Un capítulo de Macaulay era muchísimo más fácil de entender, y realmente más interesante, que una frase de Croft, nuestro profesor de historia. Al final hasta acabé intentando hablar una prosa macaulayesca. Más tarde descubrí que los profesores ingleses llamaban un «kumarismo» a todo camino tortuoso hacia una hipótesis sencilla. Y más tarde aún comprendí verdaderamente que un kumarismo no era algo admirable, sino algo más bien estúpido. Pero creo que esta notoriedad me ayudó a aprobar exámenes. Ocupaba los últimos puestos de las notas. Pero para mí era un triunfo.

Y fue en el calor de este triunfo cuando, a los diecinueve años, volvió a casa, no por primera vez desde el trayecto a la estación de trenes el *doolie* —había vuelto también en vacaciones, desde luego—, si no por primera vez como un joven de valía demostrada y de ambiciones que ahora apuntaban a la necesidad de cruzar el charco e ir a Inglaterra para presentarse a los exámenes de la administración pública india, que en aquellos tiempos era el único sitio donde los candidatos podían examinarse: una norma que reducía eficazmente el número de indios en condiciones de competir.

Encontró a sus padres menos jubilosos por su éxito académico que preocupados por su incumplimiento de una función primordial: contraer matrimonio, reproducir, asegurarse al menos un hijo que pudiese oficiar a la postre sus ritos funerales y ponerle en camino, con honor, hacia otro mundo.

La muchacha en la que habían pensado, que se llamaba Kamala y cuyo horóscopo, según los astrólogos, estaba en confluencia favorable con el suyo, tenía ya quince años; de hecho, le dijeron, casi dieciséis.

— ¡Kamala! —exclamó él—. ¿Quién, qué es Kamala?

Y ni siquiera quiso oír la respuesta.

El hogar de los Kumar era una caótica aglomeración rural de construcciones bajas edificadas en torno a un patio central, amurallada dentro de un extenso recinto cercado, en las afueras del pueblo principal en el conjunto de sus posesiones, a cinco millas de la ciudad donde el funcionario inglés de subdivisión tenía su cuartel general. Cinco millas de camino en carreta de búfalos hasta la más próxima avanzada de la civilización, pensaba Duleep. ¡Ah, qué prisión! Jugaba con Shalini y en los intervalos del juego le repetía las lecciones y comprobaba, complacido, que ella no las había olvidado en los tres meses transcurridos desde la última vez que la había visto. Los dos hermanos ahora se adoraban: ella era para él una niña hermosa, inteligente y de carácter dulce; él era, a los ojos de Shalini, un hermano guapo y juguetón,

una especie de dios milagrosamente terrenal cuya sabiduría no conocía fin y cuya amabilidad ningún límite inexplicable de silencio súbito o mal genio; no había malhumor entre ellos cuando estaban juntos. Pero ella le oía gritar a sus hermanos, reñir con su padre. E incluso una vez en que él creía estar solo, ella le oyó llorar; y recogió flores para disipar su desdicha y para que volviera a sonreír y le contara historias de Rama, el rey dios.

Él decidió, por último, hacer un trato con sus padres. En principio accedía a casarse con Kamala. Pero la boda era impensable hasta que él hubiera terminado sus estudios en Inglaterra y pasado los exámenes. Solamente aceptaría unos desposorios formales.

¿Y cuánto tiempo, quiso saber su padre, estaría en Inglaterra?

Dos o tres años quizá. El padre movió la cabeza. Para entonces Kamala tendría dieciocho o diecinueve años y seguiría viviendo con sus padres. ¿Quería Duleep que su esposa fuera el hazmerreír antes de haberse acostado en su lecho? ¿Y había pensado en lo que costaba estudiar en Inglaterra? ¿De dónde creía que salía aquel dinero? Duleep estaba preparado para esta objeción. Cedería a sus hermanos mayores la proporción de su herencia que se calculase que cubría los gastos de estudios en el extranjero.

—Hay un límite de dineros en el arca, y no puedes ceder lo que todavía no es tuyo —indicó su padre—. Además, es tu herencia la que te hace un pretendiente atractivo a los ojos de tus futuros suegros.

— ¿Mi educación, mi carrera, no significa nada para ellos? —preguntó Duleep.

Su padre movió la cabeza.

—Lo que llamas tu carrera todavía no ha empezado. ¿No habrás pasado por alto el provecho que la dote de tu mujer traería a esta casa? Con esta dote podríamos encontrar dinero para mandarte a Inglaterra. Pero primero tendrías que casarte. Ya tienes diecinueve años. Y todos tus hermanos estaban casados antes de esa edad. Tu futura esposa cumplirá pronto dieciséis. A esa edad todas tus hermanas se habían casado. Hasta ahora he tenido que pagar tres dotes. No soy un hombre con un bolsillo sin fondo. Y dentro de pocos años habrá que darle otra dote a Shalini.

Los asuntos familiares eran la única cosa para la que siempre había tiempo. Las negociaciones con su padre se prolongaron durante muchos días. Hacia el final de las mismas, Duleep fue a verle y le dijo:

—Muy bien. Me casaré con Kamala. Pero inmediatamente después me iré a Inglaterra.

Mantenían estas entrevistas en la habitación que su padre, en los últimos años, había reservado para la meditación: era un acto que podría haberles servido de advertencia de lo que habría de acontecer más tarde. En la habitación no había mobiliario. Se sentaron sobre esteras de junco, en el suelo de azulejos. En las paredes enjalbegadas no había más adornos que una litografía de colores chillones de Ganesha, el dios de la Fortuna, en un pequeño marco de palisandro, y, en el alféizar de la ventanilla sin cristal y con barrotes, una jarra de peltre que normalmente contenía un ramillete de caléndulas o franchipanes.

—No quiero que entres en la administración —le dijo su padre ahora, poniendo un nuevo reparo—. Si no te contentas con cuidar tu propiedad, te propongo que seas abogado. Creo que se puede estudiar eso en Calcuta.

—¿Qué tienes contra la administración? —preguntó Duleep.

—Es la administración de un gobierno extranjero. Me avergonzaría que mi hijo sirva en ella. Más vale que se oponga a sus disposiciones en los tribunales para ayudar a su propio pueblo.

—¿Avergonzarte? —dijo Duleep—. Pero no te avergüenzas de que te hagan esperar en la galería del pequeño *burra-sahib.* Tú mismo lo has dicho: «¿Qué es un insulto? ¿Qué es el orgullo herido?»

—Me avergonzaría —respondió el viejo Kumar— que el pequeño *burra-sahib* fuese mi propio hijo.

Era una objeción sutil. Duleep necesitó dos días para digerirla y para enjuiciar la veracidad de la repentina antipatía de su padre por el *raj,* que, aun en el caso de que no fuera repentina, había estado siempre bien oculta.

—De acuerdo —le dijo Duleep al cabo de unos días—. Lo he pensado. Estudiaré Derecho. Pero para eso tengo que ir a Inglaterra.

—¿Y primero te casarás con Kamala?

—Sí, padre. Primero me casaré con Kamala.

De sus familiares próximos, sólo su madre y una tía habían visto a Kamala Prasad, su futura esposa. Para ello habían hecho una visita a la casa de los Prasad. Complacidas por lo que vieron y por lo que se sabía de la educación de la muchacha, informaron al padre de Duleep. Tranquilizados por los astrólogos y satisfechos con la dote ofrecida, lo único que quedaba, desde el punto de vista de los Kumar —obtenida la obediente sumisión de Duleep a sus deseos—, era sellar el acuerdo con desposorios formales y a continuación fijar la fecha de la boda.

Kamala Prasad vivía a unas veinte millas de distancia. Solamente los Prasad varones hicieron el viaje a la casa de Kumar para la ceremonia de los esponsales: el padre y tíos de Kamala y dos de sus hermanos casados. Llevaron dulces y pequeños donativos en metálico, pero el motivo principal de su visita era cerciorarse de que la casa en que Ka-mala viviría estaba a la altura de lo que les habían inducido a esperar. Duleep, que había visto a sus hermanos ejecutar el mismo ritual, hizo una reverencia a su futuro suegro y luego se arrodilló para tocarle los pies en un gesto de humildad. El suegro en ciernes hizo en la frente de Duleep una marca con el *tilak:* el signo de los buenos auspicios. Durante un rato los huéspedes mantuvieron una conversación formal, tomaron un refrigerio y finalmente volvieron a la estación, en la primera etapa de su regreso a casa. La ceremonia no impresionó mucho a Duleep; le había parecido más bien absurda, pero para Shalini, con su hermano predilecto como centro de atención, había sido mágica.

—¿El día de la boda llevarás una espada y montarás a caballo, lo mismo que un rey? —preguntó ella.

—Bueno, supongo que sí —respondió él, y se rió, y se dijo para sus adentros: «¡Vaya farsa!» Lo que más le interesaba eran los trámites que había emprendido, con la ayuda y consejo del rector de la universidad, para viajar a Inglaterra en septiembre y asistir a la inauguración de lo que se denominaba, fascinantemente, el trimestre de San Miguel.

La ceremonia de los esponsales tuvo lugar en enero, y casi inmediatamente surgieron dificultades para determinar la fecha de la boda. Los astrólogos anunciaron que el momento ideal era la segunda semana de marzo. Kumar propuso la primera de septiembre. El barco en que había reservado un pasaje, por medio de un agente de Bombay, zarpaba a la segunda semana de ese mes. Los astrólogos sacudieron la cabeza. Si la boda

no podía celebrarse la segunda semana de marzo habría que posponerla hasta la cuarta semana de octubre.

—Todo eso es absurdo —insistió Duleep—. Lo único que quieren decir es que por abril hará demasiado calor, y que de junio a octubre es probable que el tiempo sea demasiado lluvioso.

No tenía intención de vivir casi seis meses de vida conyugal antes de embarcar para Inglaterra. En realidad no tenía intención de dormir con una muchacha de dieciséis años escasos, por muy bonita y nubil que fuera. Llevaría a cabo toda la ceremonia. Incluso pasaría una o dos noches con la chica para que no se sintiera deshonrada. Pero no haría el amor con ella. La besaría y sería amable, y le diría que cuando volviese de Inglaterra como un joven diplomado en una profesión honorable, habría tiempo de sobra para que ella asumiese sus deberes de esposa y los fardos de la maternidad. Casi deseó que ella fuese una joven desprovista de atractivo.

A veces se despertaba en mitad de la noche y pensaba que cada paso que había dado desde que dejó la universidad había sido un error. Había renunciado a su proyecto de ingresar en la administración. Había acatado las exigencias de sus padres para que se casara. Se había comprometido a estudiar una carrera por la que no sentía inclinación. Lo único en que había conseguido ser perseverante era su determinación de ir a Inglaterra. Cuando despertaba, por las mañanas, la perspectiva de aquel viaje bastaba para comenzar el nuevo día con humor radiante y alegre, y no podía evitar corresponder al calor de aprobación paterna que ahora le rodeaba. En una ocasión oyó a su padre decir a un viejo amigo: «Después de la boda, por supuesto, Duleep continuará sus estudios en Inglaterra», como si esto hubiera sido el deseo de su padre, y no el suyo, y estimó que el orgullo paterno podía crecer como buena simiente en el terreno menos propicio siempre que ese suelo estuviera previamente regado por el sudor del deber filial. En la oscuridad de la duermevela, sin embargo, buscaba sin éxito una interpretación práctica de aquella única y desafiante palabra: Inglaterra; una interpretación que le tranquilizase, que le procurase un consuelo que, más allá de su deseo general, afectase a su propósito particular. El poder —en el sentido en que él lo entendía— parecía haber sido potencialmente reducido por su asentimiento equívoco y precipitado a estudiar abogacía, actividad que interpretaba y acaso desafiaba al poder, pero nunca lo ejercía directamente. Posiblemente hay en mí un defecto fatídico, pensaba, la raíz oscura de las concesiones, que jamás producen flor que no sea maloliente; y, dándose la vuelta, seguía durmiendo, con la mano sobre el pecho firme de la muchacha sumisa y amorosa que ahora siempre poblaba sus sueños.

Se salió con la suya. Los astrólogos descubrieron una conjunción inesperada de estrellas propicias. Concertaron que la boda habría de celebrarse la primera semana de septiembre.

—Ya ves, Shalini —dijo a su hermana pequeña—, todo aquello era absurdo, como yo dije. —Pero se abstuvo de añadir: «Como los Kumar, los Prasad tienen la carga de demasiadas hijas, y están deseando librarse de Kamala, aunque sea al final del monzón húmedo.» Al mirar a Shalini se sorprendió valorando el fardo que ella, a sus nueve años, ya representaba a causa de la complicada suma de su dote necesaria, y debido al deseo de sus padres de que fuese feliz y convenientemente emparejada, transferida a un hogar que les depararía honra a ellos y buena fortuna a ella, entregada a un marido que la bendeciría con su trato amable y con quien ella posiblemente

podría ser afectuosa y servicial, y de este modo darle satisfacción a él y a su familia, a sí misma y a los suyos.

«Espero», se dijo, pensando en su futura esposa, «que pueda descubrir en mi corazón que no la odio.»

La primera lista de invitados del novio que confeccionó su padre comprendía casi trescientos nombres. Después de negociarlo con la familia Prasad la lista quedó reducida a poco menos de doscientos. Los invitados de la novia doblarían esa cifra. El gasto para su familia sería abrumador. Los Prasad empezaron a reunirse a mediados de agosto. Los Kumar también se congregaron. Vinieron del Punjab, de Madras, de Bengala, de Lucknow, de la provincia misma y de Bombay, desde un lugar tan distante coma Rawalpindi. Duleep era el último de los hijos del viejo Kumar. Solamente habría otra boda en esta generación concreta: la de Shalini. La casa estaba llena. La casa de huéspedes que había sido erigida fuera del recinto vallado para las bodas de las hermanas de Duleep estaba también llena.

El viaje a Delali se hizo a primera hora de la mañana del día de la boda. Las lluvias, milagrosamente, habían terminado pronto, lo que fue interpretado como un buen augurio. En casa de Kamala las primeras ceremonias se habían prolongado durante dos días. Tres vagones del tren a Delali fueron reservados para la comitiva del novio. Una delegación de Prasads se hallaba en la estación para recibirles. Duleep y su familia fueron conducidos a la casa de un hermano del padre de la novia. Allí vistieron a Duleep al estilo de un rey guerrero, con pantalones blancos y ceñidos, chaleco bordado, espada, capa y turbante con lentejuelas sobre el que le colocaron una corona de oropel de la que pendían guirnaldas de rosas y jazmín, y que le ensombrecía a medias la cara y le llenaba los orificios nasales con su dulce fragancia narcótica. Al atardecer le llevaron donde estaba el caballo engualdrapado sobre el que montó, con su padrino, un joven primo suyo, a su espalda en la silla. La procesión hasta la casa de la novia comenzó a las seis y media. La acompañaron hombres con faroles, tambores, trompetas y fuegos de artificio. El ruido y las explosiones de su paso ensordecieron la tarde. A Duleep le dio dolor de cabeza. Siguieron al cortejo las gentes de Delali que querían ver por sí mismas la clase de esposo que la hija más pequeña de Prasad había logrado atrapar. Gritaron insultos bonachones, y los adalides de Duleep les replicaron en el mismo tono.

Tras desmontar en la entrada de la casa de la novia, le guiaron a través del recinto hasta el patio de las mujeres casadas, donde se sentó y fue sometido a la primera de las pruebas.

—De modo que la semana próxima te vas a Inglaterra —dijo una de las mujeres—. ¿Tan pronto te cansas que necesitas huir?

—Oh, no —contestó Duleep, entrando en el espíritu de sondeo—. Pero es más prudente que un marido joven acepte la verdad del refrán: «Moderación en todo.»

—Quizá la novia tenga otras ideas —dijo otra mujer.

—El tarro de miel sabe mejor después de una larga abstinencia —replicó Duleep.

— ¿Y si la miel se amarga? —preguntó una mujer aún más audaz.

—Para un diente fiel hasta la miel más amarga tiene sabor dulce.

Las mujeres rieron y se taparon la cara. Duleep era un hombre. La noticia fue rápidamente transmitida a la novia, que llevaba horas sentada en su alcoba íntima, después del baño ritual de purificación, atendida por mujeres

cuyo trabajo consistía en ponerle las túnicas rojas y pesadas alhajas, henna en manos y pies y kohl en los ojos.

—Guapo como un príncipe —le dijeron—, y, por eso, descarado. ¡Ah, qué ojos! Y también amable. Sí, ciertamente, eres afortunada. Maridos así no crecen en los árboles. Valdrá la pena esperarle después de haberlo probado.

La segunda prueba era la ceremonia en sí, que estaba previsto iniciar en el momento favorable de media hora antes de medianoche, en el patio principal, y que duraría horas, de acuerdo con los ritos védicos. Se sentó junto a la novia y frente al fuego sagrado, al otro lado del cual estaba sentado el *pandit.* Ella llevaba un espeso velo y mantenía la cabeza agachada. Duleep no se atrevió a mirarla. Pero captó su fragancia, su aspecto menudo y su magnificencia transitoria. El velo que cubría la cabeza de Kamala estaba atado al pomo de la espada de Duleep, espada con la que en tiempos antiguos habría tenido que cortar la rama de un árbol para demostrar su vigor. Ya estaban unidos, indisolublemente, para toda la vida y quizá más allá. Y él no había visto todavía su cara. Ella no había mirado aún la suya. En caso de que ella viera algo de él sería, a lo sumo, sus babuchas de oro bordadas y sus piernas enfundadas en pantalones ceñidos. A menos que le mirara a hurtadillas. Él no creía que lo hubiera hecho. El *pandit* estaba entonando *mantras.* Arrojaron incienso a las llamas del fuego. Duleep y Kamala dieron la vuelta a la hoguera, primero él delante y luego, invirtiendo el orden, Kamala. Ella recibió arroz en sus manos ahuecadas y lo vertió en las de él, que lo arrojó a las llamas. Dieron juntos los siete pasos de augurio propicio, y después el *pandit* recitó sus nombres y el de sus antepasados, y a continuación se llevaron a Kamala, a quien él no volvería a ver hasta la noche después de la noche siguiente en que la madre de Duleep conduciría a Kamala a la habitación de su hijo en la casa. Pero ya había amanecido. Mañana, pues, Kamala viajaría a la casa de su esposo, vestida con prendas que los Kumar le habían regalado.

Duleep durmió hasta tarde, se levantó, quebrantó su ayuno e inspeccionó la dote expuesta sobre mesas de caballete colocadas debajo de toldos, por si una lluvia inesperada y aciaga estropeaba los actos. Había ropa para él y su mujer, joyas, pequeñas arcas con monedas de plata y billetes de cien rupias, trajes ceremoniales de familia, vajilla, utensilios domésticos y, en una caja, títulos de propiedad de tierra. Se acostó temprano, asombrado de tanta riqueza personal, de lo que costaba al padre de la chica un marido para ella, y por la mañana se puso de nuevo su vestimenta de rey, estorbado por la espada con vaina de terciopelo, y montó el caballo engualdrapado para encabezar la procesión de culis hasta la estación de tren. La figura menuda de su esposa, todavía con velo, vestida de escarlata y recargada de joyas, fue ayudada por sus padres a entrar en el palanquín. A él le pareció que ella titubeaba y lloraba en el momento de entrar, y que sólo unas palabras de consuelo y de aliento que le dijo su madre lograron persuadirla de que entrara.

Una vez que estuvieron cerradas las cortinas del *doolie,* los portadores lo levantaron en andas y las mujeres que seguían al palanquín empezaron a cantar la canción de la novia, la raga matutina, la canción de la muchacha que abandona la casa de su infancia y se traslada al hogar de su marido.

Dooliya la aó
re more babul ke kaharwa.
Chali hoon sajan ba ke des.

Prácticamente la población entera salió a su encuentro a las afueras del pueblo, al que llegaron en desfile desde la estación del tren. Las mujeres casadas se aproximaron al *doolie* (un *doolie* provisto por los Kumar para reemplazar al que se había quedado con los Prasad en Delali), abrieron las cortinas y examinaron a la novia. Por el modo en que le miraron después a él, Duleep supuso que no le habían encontrado ningún defecto importante. De toda la familia, únicamente Shalini se había quedado en casa. Salió corriendo del recinto cercado y agarró la brida del caballo que, al igual que el *doolie* nuevo, había estado esperando en la estación.

—Duleep, Duleep —gritó—, oh, qué hermoso estás. ¿Por qué te has casado con ella? ¿Por qué no me has esperado a mí?

Y caminó orgullosa, posesivamente, llevando el caballo hacia el recinto. Pero más tarde, mucho después de la hora en que debería haber estado acostada, fue a la habitación en la que él se estaba preparando y le dijo:

—Lo siento, Duleep.

—¿Por qué lo sientes? —preguntó él, sentándola en sus rodillas.

Ella le rodeó el cuello con sus brazos.

—Porque —contestó ella—, porque la he visto.

—¿Y entonces por qué vas a sentirlo? —preguntó Duleep, con el corazón latiéndole tan fuerte que apenas podía soportar el dolor y la incertidumbre.

—Porque es como una princesa —le dijo Shalini—. ¿Has combatido por ella? ¿Has matado a espíritus malos y la has rescatado? ¿Has hecho, eso, Duleepji? ¿Lo has hecho? ¿Lo has hecho?

—Supongo que sí —respondió él, y la besó y la despidió, y luego esperó en el dormitorio al que su madre pronto llevaría a Kamala para entregársela.

El problema fue, le dijo a Hari años después, que, cuando quitó el velo a Kamala y la vio, se enamoró de ella. Tal vez esto era cierto y explicaba el hecho de que sus estudios de Derecho en Inglaterra fueran un fracaso desde el principio. Su regreso final, derrotado, fue una dura prueba, porque su padre no pronunció una sola palabra de reproche por los años perdidos ni por el dinero malgastado. Al volver a la India, soportó el peso de muchas aflicciones: la de saber que su mente era incapaz de adaptarse al ritmo impuesto por hombres mejores, y la de saber que en Inglaterra le habían hecho repetidas concesiones porque era un indio que había realizado un viaje largo y bastante costoso y evidentemente no había regateado esfuerzos para superar por sí mismo la situación de desventaja en que había nacido. Y además estaba la congoja de saber que no podía culpar a sus padres de que en Inglaterra hubiese tenido muchas veces frío y se hubiera sentido infeliz y cohibido, ni de que con frecuencia le hubiera consternado la suciedad, la sordidez y la pobreza, la visión de niños descalzos, mendigos harapientos, mujeres borrachas y las muestras de crueldad con animales y seres humanos: pecados que en la India sólo indios eran presuntamente capaces de cometer o culpables de consentir. Podía culpar a sus padres de haberle obligado a contraer un matrimonio prematuro que trastornó el complicado esquema de sus pretensiones académicas, pero no podía echarles en cara esta consternación ni podía acusarles de la prueba constante que había tenido de que entre los ingleses, en su propia casa, era un extranjero. Le trataban invariablemente con amabilidad, incluso con respeto, pero siempre con reserva; la clase de reserva que iba de la mano con una inmejorable —y por lo tanto incómoda— conducta. Se sorprendió aflorando la vida cotidiana

de su tierra. Comprendió que para aprender el secreto del britanismo de los ingleses había que crecer entre ellos. Para él era demasiado tarde. Pero no lo era para su hijo. Nunca esperó herederos en plural. Un hijo bastaba. Un hijo le sucedería en lo que él había fracasado, con tal de que tuviese las ventajas que él nunca había conocido.

Lo malo era, pensaba Duleep, que la India le había dejado su marca y que ninguna experiencia ulterior podría borrarla. Por debajo de las finas capas de anglicanización había una espesura de indianidad que el matrimonio concertado había únicamente confirmado y fortalecido. «Y para un indio *indio»,* le dijo a Hari, «sencillamente no hay ningún futuro en un mundo anglo-indio». De una cosa estaba seguro Duleep: los ingleses, por mucho que afirmasen lo contrario, iban a aferrarse a su imperio durante bastante más tiempo del que él viviese y durante buena parte, si es que no era toda, de la vida de Hari. De tener alguna teoría sobre la marcha final de los ingleses era que estaban esperando a que hubiera chicos indios que fuesen tan ingleses, si no más, que ellos mismos, de forma que al entregar las riendas del poder no sintieran un dolor más grande que el que podría sentir un hombre al poner en manos de un hijo adoptivo un negocio creado de la nada a lo largo de un período alternativo de fortuna y desastre.

Para Duleep, la independencia de la India era tan simple como eso, una cuestión más bien de evolución que de política, de la que no sabía nada. Creía en una superioridad intelectual de los ingleses. Era manifiesto que no gobernaban un imperio mediante la fuerza física. Lo gobernaban porque contaban con armas de inteligencia civil que hacían que el comparable arsenal indio pareciese primitivo a su lado. Testimonio de ello era el ejemplo del muchacho blanco que se sentaba en la galería del bungalow del funcionario de subdivisión. Y a él nadie le había obligado a casarse con una muchacha de dieciséis años. Para él no era de fundamental importancia el hecho de si se iba a la tumba con o sin descendencia masculina o femenina. A él nunca le había distraído de su deber o su ambición la abrumadora sensación física de encontrar-se delante de una muchacha empujada hacia su habitación por su propia madre, una muchacha que, despojada de su velo, le había inspirado el impulso de poseer, de olvidar, de expulsar a los espíritus de la disciplina, el saber y el celibato, y de penetrar, con pleno vigor, en la segunda etapa de la vida, servida por espíritus de una naturaleza completamente distinta.

—El hecho de que me enamorase de tu madre —le dijo a Han— probaba una cosa que por sí sola demostraba otras muchas. Probaba mi sangre india. No se trataba simplemente de que un joven tuviera la oportunidad de satisfacer su sexualidad en los términos en que tú la entenderías. ¿Qué joven, en definitiva, hubiese resistido la emoción de arrancar el velo y no sentirse defraudado por la cara, la de saber que la muchacha plantada tan dócilmente delante de él estaba a su disposición para hacer con ella lo que le apeteciese? No, no era tan sencillo. En aquel momento entré automáticamente en la segunda etapa de la vida, según el código hindú. Me convertí en marido y en cabeza de familia. En mi corazón, pues, todas mis ambiciones quedaban reservadas para mi familia, mi aún inexistente familia de hijos e hijas. ¿Lo entiendes? ¿Comprendes esa fuerte contracorriente psicológica? Oh, sí, claro, naturalmente que también tendría placer, placer físico. ¿Pero podía ser el objeto de ese placer otro que la felicidad y la realización de los de mi misma carne y sangre? Ciertamente no debería haberle seguido otro largo período de celibato, de saber y de educación. Yo

había sobrepasado en un solo instante aquella etapa. En el código hindú ya no era un estudiante sino un hombre, un hombre con responsabilidades y deleites de hombre, que no son los mismos que los de un estudiante. Y sin embargo, a los ojos del mundo occidental, como aprendí de él, yo seguía siendo un chico, un estudiante. Como en ese antiguo dicho de la clase media baja inglesa: estaba viviendo en la mentira. ¿No es así?

De este modo Duleep Kumar disculpaba su fracaso, si realmente lo era, pero se torturaba porque su padre o su madre no se lo reprochaban. Quizá se lo reprochaba su mujer, Kamala, que también había entrado en la segunda etapa al haber sido ella misma penetrada, desgarrada, y luego abandonada, a solas con sus recuerdos de aquella extraordinaria y dolorosa transición de niña a mujer, y que vivía con sus padres en algunas estaciones del año y pasaba otras en compañía de Duleep; y que le había recibido a su regreso con una humildad que se había tornado un poco agria, o así la sintió él, y Duleep decidió, al mirar la situación cara a cara, que había conseguido obtener lo peor de ambos mundos. Después de todo, no traía un cántaro de oro, atuendo principesco ni recursos para liberar a Kamala de la tiranía de régimen matriarcal, cosa de la que probablemente la ausencia de Duleep en Inglaterra le había hecho a ella concebir la esperanza. Aunque Kamala no hubiera tenido una noción clara de la ambición que motivaba la partida del marido, sí tuvo, ciertamente, conciencia del fracaso que supuso su regreso.

—Me marché —dijo Duleep— como un marido hindú, temido y adorado al mismo tiempo. Volví como un semi-hombre; impuro según el hábito y los criterios hindúes tradicionales porque había cruzado el agua negra. Pero la había cruzado sin provecho evidente. Me convencieron de que me purificara consumiendo los cinco productos de la vaca. Entre ellos la boñiga y la orina. Aunque no, por supuesto, la carne.

En Inglaterra nunca confesó a la gente que estaba casado. Le daba vergüenza. Durante cosa de un mes había esperado y temido la noticia de un embarazo de Kamala. Su alivio fue equiparable a su decepción. No hubiera podido tolerar la distracción que le supondría ser padre, pero sólo con una conciencia culpable acerca de su virilidad pudo disfrutar la libertad de descubrir que no lo era. Esperaba con ansia la llegada de cartas cuya lectura le sumía en el desencanto y hasta en la desesperación. Su padre le escribía en hindi y ponía las señas de los sobres en inglés, en mayúsculas como las que trazarían los niños de un parvulario. Cada carta era un sermón, un comunicado formal de padre a hijo. Las pocas cartas que recibía de Kamala eran de una ingenuidad pueril, fruto de horas de esfuerzo e instrucción. Duleep sabía que tenían que leerle en voz alta sus cartas. Solamente eran placenteras las que él escribía a Shalini y las que recibía de ella.

Devuelto a su esposa, todavía sin haberse diplomado en los estudios en los que no había puesto ahínco, se entregó a la tarea de enseñarle a escribir. Ella se sometió de mala gana. No quería aprender más de lo que ya sabía. Le parecía una pérdida de tiempo, una afrenta a su estado de mujer casada. Sus cuñadas se reían de ella al verla con libros.

—Te comportas de ese modo estúpido simplemente porque Shalini es más inteligente —dijo él, cuando ella fingió que había olvidado la lección recibida el día anterior.

La vieja casa caótica era una colmena de inactividad. Las mujeres reñían entre ellas. La voz de su madre, acallándolas todas con su tono y con su autoridad, imponía tan sólo una tregua rencorosa. El padre consagraba horas solitarias a la meditación. Sus hermanos holgaban todo el día,

entregados al juego y a las peleas de gallos. Incluso Duleep sucumbió por un tiempo a un estadio similar de inercia. No necesitaba mover un dedo. No necesitaba trabajar. Jugaba con Shalini, que ahora tenía casi doce años. Estamos esperando, se dijo a sí mismo, que nuestro padre muera. Y después nos daremos el gusto de disputarnos la herencia. Nos pelearemos tres o cuatro años, y para entonces los hijos de mi hermano tendrán edad de casarse, y el dinero tan minuciosamente acumulado empezará a despilfarrarse, se venderá y dividirá la tierra y mi profecía se habrá cumplido.

Había acariciado la idea de continuar sus estudios en la India, y más tarde el proyecto de solicitar un puesto en la administración provincial. También había pensado en llevarse a su mujer e instalar una casa propia, pero no quería abandonar a Shalini. Sus padres no le consentían ir a la escuela. El intentó procurarle una maestra de la misión de Zenana,[13] una organización que enviaba maestras a los hogares indios ortodoxos para dar a las mujeres clases particulares, pero la misión perdió el interés en cuanto supo que una sola muchacha recibiría los cursos. Duleep comprendió que la educación de Shalini sería una sería una responsabilidad suya durante dos o más años. Y entonces Kamala quedó embarazada y él empezó a hacer planes para el futuro de su hijo: un futuro que a veces no parecía nada probable que tuviese los perfiles que él quería que tuviera. Era impensable convencer a Kamala de que cruzara el agua negra. Era impensable vivir con ella en Inglaterra. En todo caso, sabía que allí se avergonzaría de su esposa. En Inglaterra ella sería el hazmerreír. En la India era él el blanco de las burlas. El problema parecía insoluble. Su hijo crecería exactamente con las mismas rémoras que él había sufrido. Podría haberse culpado a sí mismo por haberse casado con aquella muchacha. O podría haber culpado a sus padres por haberle obligado a casarse con ella. Podría haber culpado a la India y a la tradición hindú. Era más sencillo echar la culpa a Kamala. Ella se había vuelto chillona y exigente. Reñían con frecuencia. Él ya no estaba enamorado de ella. De vez en cuando la compadecía.

Su primer hijo, una niña, sobrevivió dos días. Un año después, en 1914, el primer año de la guerra que enfrentó a Inglaterra y Alemania, nació otra niña: sobrevivió un año. Una tercera hija nació muerta en 1916. La pobre Kamala parecía incapaz de concebir un bebé saludable, y mucho menos un hijo. La relación conyugal, aciaga también en este aspecto, se tornó agria. El descubrió que ella le hacía responsable de su fracaso. Engendrar un varón fuerte era su deber, y estaba resuelta a cumplirlo.

— ¿Pero cómo puedo hacerlo sola? —preguntó—. Es culpa *tuya.* Todos esos años estudiando libros han agotado tu virilidad.

Duleep, furioso, se marchó de casa con algún dinero y el propósito de no regresar nunca. Tenía la vaga intención de alistarse en el ejército, pero se acordó de Shalini y volvió después de haberse gastado las últimas rupias. Regresó sin un céntimo y deshonrado. En el mes que había estado ausente, Shalini había sido prometida a un tal Prakash Gupta Sen. Los Gupta Sen estaban previamente emparentados por vía de matrimonio con la rama Lucknow de los Kumar.

Shalini le expresó su queja: no por sus desposorios, sino por su ausencia durante el ceremonial.

—¿Por qué te marchaste, Duleepji? —quiso saber ella—. Si hubieras estado aquí podrías haber ido a Mayapore con mi padre y mis hermanos. Y

[13] Harén indio.

si hubieras ido podrías haberme dicho con sinceridad qué clase de chico es ese Prakash. *Ellos* dicen que es inteligente y guapo. ¿Por qué no sé lo que opinas *tu?* Te habría creído.

— ¿Es lo único que sabes decir? ¿Es lo único que cuenta para ti? ¿Su aspecto físico?

Pero ella era ya una mujer.

— ¿Qué otra cosa puede contar, Duleepji? Además, tengo quince años. No se puede ser una niña eternamente.

La boda de Shalini se celebró casi un año después, en 1917. Nuevamente se llenó la casa. A Duleep le asombró la calma con que ella aceptaba la situación e incluso florecía al calor del halago externo siempre otorgado a la novia. Cuando conoció al joven Prakash Gupta Sen se quedó aterrado. Era gordo, vado, engreído, lascivo. Al cabo de unos años se vería todo esto. Duleep rehuía a Shalini. «He perdido el valor», se dijo. «¿Por qué no armo un escándalo? ¿Por qué consiento que se lleve a cabo esta boda terrible?». Y sabía la respuesta. «Porque estoy ya derrotado. El porvenir no me reserva nada. Estoy britanizado sólo a medias. Mi mitad más fuerte sigue siendo india. Me agrada pensar que el futuro tampoco les reserva nada a los demás.»

La noche de la boda de Shalini se acostó de nuevo con su mujer. Kamala lloró. Los dos lloraron. E intercambiaron promesas de que en adelante serían mutuamente amables, indulgentes, comprensivos. Por la mañana él observó desde la puerta la partida ritual de Shalini. Ella entró en el palanquín sin vacilación.

Y Duleep entendió finalmente una cosa: que al ayudarle a abrir su pensamiento y ensanchar sus horizontes le había enseñado la lección que él jamás había asimilado: el valor del coraje moral y también del coraje físico. Sólo volvió a verla en dos ocasiones: la primera durante la semana que ella pasó con Prakash en la casa paterna, después de la boda, y la segunda cinco años más tarde, cuando, la víspera de su viaje a Inglaterra acompañado de su hijo Han, que entonces tenía dos años, la visitó en Mayapore durante el festival de *Rakhi-Bandan,* llevándole prendas de vestir como regalo y recibiendo de ella una pulsera de pelo de elefante: el festival en que hermanos y hermanas reafirman el lazo que les une e intercambian votos de consideración y afecto. Por entonces, Kamala había muerto dos años antes y la pobre Shalini no había engendrado. Duleep sabía que su marido pasaba la mayor parte del tiempo en compañía de prostitutas. Murió unos años después de un ataque en casa de su favorita.

«Figúrate», escribió Shalini a su hermano en esa ocasión, «¡las hermanas de Prakash han llegado a aconsejarme que me convirtiera en *suttee* para honrar a un hombre así y adquirir méritos!».Y Duleep le contestó desde Sidcot: «Deja Mayapore y ven a vivir con nosotros.»

«No», replicó ella. «Mi deber, tal cual es, está aquí. Presiento, Duleepji, que nunca volveremos a vernos. ¿No lo crees tú también? ¡Los indios somos muy fatalistas! Gracias por enviarme libros. Son mi mayor placer. Y gracias también por la fotografía de Hari. ¡Qué chico más guapo es! Le considero mi sobrino inglés. Quizás algún día, si alguna vez viene a la India, se digne visitar a su vieja tía para que le conozca. ¡Piénsalo...! ¡No volveré a tener treinta años! Duleepji... Me alegro tanto por ti. En la foto de Hari vuelvo a ver al buen hermano en cuyas rodillas me sentaba. Bueno. Basta de tonterías.»

Eran historias que Duleep refirió a la postre a Hari. Cuando su padre murió, en las pocas semanas de juventud inglesa que le quedaban, Hari, a su vez, se las contó a Colin Lindsey. Las consideraba historias que no poseían la menor trascendencia sobre su propia vida; y pensaba así incluso cuando aquella tía de nombre tan curioso, la tía Shalini, le reservó y pagó el pasaje a la India.

Había otra historia más. También se la contó a Colin. A ambos les pareció increíble, no porque no pudieran imaginar que cosas así ocurrieran, sino porque ninguno de los dos podía creer que ocurrieran en la familia de Harry Coomer.

Sucedió así: dos semanas después del regreso ritual de Shalini a la casa de sus padres, y una semana después de su partida definitiva a Mayapore, acompañada de su marido, el viejo Kumar anunció su intención de renunciar a todos sus bienes terrenales, separarse de su familia y sus responsabilidades y vagar por el campo: su decisión de convertirse, finalmente, en un *sannyasi.*

—He cumplido mi deber —dijo—. Es necesario reconocer que ha terminado. Es necesario no convertirme en una carga. Ahora sólo tengo un deber para con Dios.

Su familia estaba consternada. Duleep le imploró que no lo hiciera, pero la determinación del anciano era inquebrantable.

—¿Cuándo vas a dejarnos? —preguntó Duleep.

—Me iré dentro de seis meses. Tardaré ese tiempo en ordenar mis asuntos. La herencia se repartirá a partes iguales entre vosotros cuatro. Legaré la casa a tu hermano mayor. Tu madre podrá vivir aquí el tiempo que quiera, pero tu hermano mayor y su mujer serán los dueños. Todo se hará como se haría si yo hubiese muerto.

Duleep gritó:

— ¿Llamas a eso bueno? ¿Llamas a eso santo? ¿Dejar a nuestra madre? ¿Enterrarse en vida sin *nada?* ¿Mendigar el pan cuando eres lo bastante rico para alimentar a cien mendigos hambrientos?— ¿Rico? —dijo el padre—. ¿Qué es ser rico? Hoy tengo riquezas. De un plumazo en un documento puedo deshacerme de lo que llamas mis bienes. ¿Pero qué firma y en qué documento me asegurará la liberación del fardo de otro tiempo de vida después de esto? Esa liberación sólo puede esperarse, sólo puede ganarse renunciando a todos los bienes terrenales.

— ¡Ah, muy bien, sí! ¡Qué bonito! —dijo Duleep—. ¿De qué modo podrías avergonzarte ahora de que tu hijo fuese un *burra-sahib?* ¿Qué te importaría ahora lo que soy o dónde estoy? ¿Para eso di mi brazo a torcer? ¿Te obedecí para que ahora te desentiendas y te separes de mí, de mis hermanos y de nuestra madre?

—Mientras hay deber tiene que haber obediencia. Mi deber contigo ha terminado. Tu obediencia ya no es necesaria. Ahora tienes obligaciones distintas. Y yo tengo un deber de otro género.

— ¡Es monstruoso! —gritó Duleep—. ¡Monstruoso, cruel y egoísta! Me has estropeado la vida. Me he sacrificado para nada.

Como había descubierto tiempo antes, era más fácil culpar a otro que culparse uno mismo, pero lamentó el ataque. Le dolía enormemente recordarlo. Intentó hablar del asunto con su madre, pero ella se limitaba aquellos días a cumplir sus tareas cotidianas, inaccesible y muda. Cuando se acercaba la hora de que su padre partiera, Duleep fue a verle y le pidió perdón.

—Siempre has sido mi hijo predilecto —confesó el viejo Kumar—. Era un pecado sentir más cariño por uno que por los otros. Más te habría valido no tener ambición. Más te habría valido ser como los demás. No tuve más remedio que ejercer mi autoridad más firmemente sobre el único hijo que siempre pareció dispuesto a desafiarla. Y me avergonzaba de mi preferencia. El ejercicio de mi autoridad traspasó quizá los límites de la razón. Un padre no pide a su hijo que le perdone. Tan sólo está en sus manos bendecirle y encomendarle que cuide a esa buena mujer, tu madre.

—No —dijo Duleep, llorando—. Esa tarea no es para mí. Eso corresponde a tu hijo mayor. No me impongas esa carga.

—Una carga recaerá en el corazón más dispuesto a aceptarla —dijo el viejo Kumar, y se arrodilló y tocó los pies de su hijo menor, para humillarse.

Incluso en su propósito de hacerse *sannyasi* el viejo Kumar pareció haber tomado la determinación de no escatimar vejámenes a su orgullo. No ejecutó rito alguno. No se puso la túnica larga. La mañana de su partida apareció en el cercado vistiendo solamente un taparrabos y empuñando un bastón y un cuenco de mendigo. Su mujer, impertérrita, depositó en el cuenco un puñado de arroz. Y el anciano franqueó la entrada, salió al camino y se alejó del pueblo.

Le siguieron un trecho, desde cierta distancia. El no miró atrás. Duleep y sus hermanos desistieron de seguirle, y su madre continuó. Ellos la observaron, pero no se dijeron nada unos a otros mientras esperaban a la madre, quien, al cabo de un rato, se sentó al borde del camino y permaneció sentada hasta que Duleep fue a su encuentro, la instó a levantarse y la sostuvo en el trayecto de regreso a casa.

—No debes sucumbir a la tristeza —le dijo ella más tarde, acostada en la cama, en una habitación ensombrecida de la que había ordenado retirar los objetos de lujo y bienestar—. Es la voluntad de Dios.

La madre vivió a partir de entonces la vida de una viuda. Entregó las llaves de la casa a la mayor de sus nueras y se trasladó a un aposento de la parte trasera, que daba a las viviendas de la servidumbre. Cocinaba su propia comida y comía sola. Nunca abandonaba el recinto cercado. Al cabo de un tiempo, sus hijos y nueras aceptaron el hecho inevitable. Dijeron que mediante aquella conducta estaba adquiriendo méritos. Parecieron, pues, contentos de olvidarla. Duleep iba todos los días a su cuarto, se sentaba un rato con ella y la observaba hilar *khadi.* Para comunicarse con su madre tenía que decirle cosas que no exigiesen respuesta o hacer preguntas sencillas que ella pudiese responder con un gesto o un movimiento de cabeza.

De este modo le comunicaba las noticias: el fin de la guerra entre Inglaterra y Alemania, los negocios por los que él había empezado a interesarse, el último embarazo de su mujer Kamala, el nacimiento de otra hija muerta. En una ocasión le participó el rumor de que el viejo Kumar había sido reconocido por uno de los Kumar Lucknow, que viajaba por Bibar y le había visto, pero no le había hablado, en el andén de una estación de tren, con su cuenco de mendigo. La madre ni siquiera hizo una pausa en su labor. En 1919 le contó algo de los disturbios en Punjab, pero no le mencionó la matanza de indios desarmados que las tropas *gurkha* al mando de los ingleses habían perpetrado en Amritsar. El mismo año le llevó la noticia de que Kamala estaba otra vez encinta, y en 1920, pocas semanas después del festival de Holi, la noticia de que era padre de un hijo. Para entonces la anciana había adquirido el hábito de murmurar mientras hilaba.

No miró a su hijo cuando él le habló de Hari, ni tampoco lo hizo dos días más tarde, cuando él le informó que Kamala había muerto, que ahora tenía un hijo fuerte y saludable pero se había quedado viudo. Ella no le miró siquiera cuando él se echó a reír. Se reía porque no tenía lágrimas: por Kamala, por su hijo, por su padre o por su madre loca.

—Ya ves, madre, lo ha cumplido —le gritó histéricamente en inglés—. Ella conocía perfectamente su deber. ¡Vaya que sí, Dios mío! Conocía su deber y al final lo ha cumplido. No importaba que le costase la vida. Todos conocemos nuestro deber, ¿verdad? Igual que yo conozco el mío. Por fin tengo un hijo y obligaciones con él, pero también estás tú, y padre me encomendó la tarea de cuidarte. Fue una tarea cuyo cumplimiento requirió otros dieciocho meses. Una mañana entró en la habitación de su madre y encontró la rueca abandonada y a la anciana en la cama. Duleep le habló, y ella abrió los ojos, le miró y le dijo:

—Tu padre ha muerto, Duleepji. —Su voz era ronca y cascada después del largo mutismo—. Lo he visto en un sueño. ¿Ya está la hoguera encendida?

— ¿La hoguera, madre?

—Sí, hijo. Hay que encender la hoguera.

Se quedó dormida. Despertó al atardecer y le preguntó de nuevo: —Hijo, ¿está la hoguera encendida? —La están preparando. —Despiértame cuando hayan terminado.

Se quedó otra vez dormida hasta la mañana, y luego abrió los ojos y le preguntó:

— ¿Están altas las llamas, Duleepji?

—Sí, madre —respondió él — . La hoguera está ardiendo. —Entonces es la hora —dijo ella. Y sonrió, cerró los ojos y le dijo—: No tengo miedo. Y no volvió a despertar.

La madre de Duleep murió en octubre de 1921. Un año más tarde, después de haber vendido su propiedad a sus hermanos y haber hecho una visita a Shalini en Mayapore, fue con su hijo a Bombay y allí se embarcaron para Inglaterra. Al zarpar era un nombre relativamente acomodado, y a lo largo de los dieciséis años siguientes consiguió de cuando en cuando aumentar su capital y su renta con inversiones felices e iniciativas afortunadas. Quizá fuese cierto que había en él lo que una vez había llamado un defecto fatídico, pero, de haberlo, no era una imperfección que le llevase a la transigencia, como él había pensado. Había hecho concesiones en su juventud, ciertamente, pero había cumplido su deber en la primera madurez. Era quizá más probable que el defecto se encontrase en la calidad de su pasión. Podía ser que hubiera habido impurezas en ella desde el principio, o que las impurezas hubiesen aparecido más tarde, con las frustraciones que, en otro hombre, podían haber diluido fácilmente la pasión, pero que en él la avivaron y fortalecieron hasta el punto de que solamente ella guiaba sus pensamientos y sus actos, y los centraba todos ellos en Hari.

Un desconocido que observase la vida, las épocas y el carácter de Duleep Kumar —o Coomer, como se llamó después— vería a un hombre, una carrera y un pasado que, en sí mismos, separada o combinadamente, no tenían sentido. Su único sentido residía en Hari: la salud, la felicidad, las perspectivas, el poder de Hari en un mundo donde los chicos como él normalmente no podían esperar ninguno: tales eran las muescas en la regla

que Duleep usaba para medir el éxito o fracaso propio: y ésas eran las que buscaba como resultado final de cualquier empresa en que se embarcase.

Cuando el padre de Colin Lindsey cumplió su promesa de ver a los abogados e intentar averiguar lo que había de cierto en el informe aparentemente absurdo de que Duleep Kumar había muerto arruinado, el socio mayoritario del bufete le dijo:

—En su país, Coomer posiblemente hubiera amasado una fortuna y la hubiera conservado. Una vez me dijo que de joven sólo había querido ser funcionario o abogado, y que jamás se le había ocurrido pensar en los negocios. Lo curioso es que realmente tenía olfato para la especulación económica. Me refiero a un olfato en sentido europeo. Era lo más inglés que tenía, en resumidas cuentas. En su propio país podría haber dejado chiquitos a los empresarios medios. Miraba las cosas con una visión amplia, no estrecha. Al menos, yo diría que siempre que acometía una empresa la miraba de este modo, aunque luego la reducía a una cuestión de ganar dinero lo más rápidamente posible para que ese hijo suyo pudiera convertirse en algo que él no era. ¡Qué lástima! En los dos últimos años, cuando sus negocios comenzaron a ir cuesta abajo, le hice constantes advertencias para intentar disuadirle de especulaciones insensatas. Y supongo que ahí fue donde... en fin, la sangre, el origen, esa clase de cosas empezaron a contar. Se asustó. Al final acabó perdiendo totalmente la cabeza, a juzgar por el embrollo que ha dejado. Y por supuesto no pudo afrontarlo. No creo que se haya suicidado porque no se atreviese a afrontar las consecuencias, sino porque no tuvo valor para enfrentarse a lo que esas consecuencias iban a significar para su hijo. Volver a la India, en otras palabras, con el rabo entre piernas. Verá usted, Coomer pudiera haberse visto en serios aprietos. No se ha dicho nada de esto a su hijo. Seguramente es mejor que no llegue a saberlo. Pero hay un aspecto del negocio que el banco afirma que parece un caso claro de falsificación.

Lindsey mostró su sobresalto. El abogado, al ver su expresión, le dijo:

—Puede estar contento de no haber invertido en ninguno de los negocios de Coomer.

—No he tenido nunca dinero para eso —contestó Lindsey—. Y en realidad apenas le conocía. Nos daba pena el chico, eso es todo. Me sorprende, de hecho, saber que su padre le quería tanto. A juzgar por nuestra información, creíamos lo contrario. Supongo que somos una familia de buenos sentimientos. Inclusive mi hijo. Hace algunos años invitó a Harry a pasar las vacaciones de verano con nosotros en cuanto se enteró de que esos meses estaría solo. Desde entonces siempre lo hemos hecho. El abogado dijo:

—Mire usted, señor Lindsey, mantenerse a distancia de Harry era la forma que tenía Coomer de consagrarse a los mejores intereses de su hijo. No quiero decir que procurara adrede dar la impresión de que su hijo estaba abandonado para que la gente le invitara a su casa y él creciera conociendo realmente el modo de ser de los ingleses. Se apartaba del camino de Harry porque sabía que si el chico crecía como él quería que lo hiciese, llegaría un momento en que se avergonzaría de su padre. Por ejemplo, la cuestión del acento de Coomer. A mí me parecía bastante pasable, pero desde luego *era* un acento indio. Indudablemente no quería que Harry lo adquiriera. No quería que Harry aprendiera absolutamente nada de él. Me lo dijo. Me dijo que estaba esperando el día en que viese que su hijo no apreciaba mucho su compañía. No quería que el chico se avergonzase de él y se viera obligado a

la deferencia de no manifestarlo. Lo único que quería para Harry era la mejor educación y ambiente ingleses que el dinero pudiese comprar.

Y no sólo el dinero, pensó Lindsey. La amarga simiente había sido sembrada. Fue probablemente esto, más que nada, lo que finalmente disipó las dudas que podía haber tenido acerca de si era o no razonable rechazar la imposible propuesta fantástica que su hijo Colin le había hecho en el sentido de que Harry fuese a vivir con ellos permanentemente, si era posible arreglarlo; esto, aún más que el escándalo de su espíritu instruido al saber que el padre del joven Coomer había estampado en un documento la firma de otra persona, que la situación de soledad del joven Harry no había sido fruto de la negligencia paterna, sino una estrategia deliberada que había perseguido un objetivo especial y no particularmente honrado: el ingreso en una sociedad que estaba fuera del alcance de su padre conquistar para él enteramente por sus propios medios.

Ahora Lindsey recordó —o más bien permitió que regresara desde el desván de la mente donde estaba archivado a la plena luz de la conciencia— los comentarios que habían hecho amigos en cuyo juicio confiaba, excepto cuando entraban en pugna con sus convicciones liberales (encaramadas, un tanto inestablemente, sobre los hombros robustos de sus instintos naturales de clan). No recordaba exactamente las palabras de esos comentarios, pero sí ciertamente las ideas que expresaban: que en la India se podía confiar en que los nativos, con tal de mantenerlos ocupados, obraran muy a menudo en pro del interés común; que el indio auténtico, el más digno de confianza, probablemente era tu criado, el hombre que se ganaba el pan que comía debajo de tu techo, y a continuación el campesino sencillo que odiaba a las sanguijuelas de su propia raza, no se interesaba en absoluto por la política pero sí se preocupaba, en cambio, como una persona sensata, por el clima, el estado de las cosechas y el juego limpio; que representaba la imparcialidad y representaba la mayoría de esta nación simple que, por lo demás, estaba siendo corrompida por un contacto demasiado estrecho con las ideas sofisticadas de la moderna sociedad occidental. Esas personas decían (y, maldita sea, ellas sabían, porque habían estado allí o tenían parientes que habían estado) que el último hombre en quien se podía confiar era el indio occidentalizado, porque en realidad no era indio en absoluto. Las únicas excepciones a esta regla se encontraban entre los maharajás y gente por el estilo, que habían nacido en las esferas cosmopolitas de los llamados a la tarea de ejercer autoridad y estaban interesados en mantener el antiguo *statu quo* social.

Su hijo Colin había creído por un tiempo que el padre de Harry era un maharajá o un raja; o, al fin y al cabo, un rico terrateniente de los que ocupaban el rango siguiente en importancia al de los maharajás. Esta impresión se había ido corrigiendo poco a poco a lo largo de los años (a veces por mediación de aquellos mismos amigos que afirmaban que el padre de Harry era posiblemente el hijo de un pequeño *zamindar,* fuera lo que fuese un *zamindar).* ¿Pero alguna vez se había ajustado a la verdad esta impresión inicial? ¿No había sido todo ello una impostura? Lindsey detestaba pensarlo. Pero lo pensó ahora, y volvió a su casa después de la visita altruista a los abogados pensando que en términos generales él y su hijo habían sido engañados, pérfidamente implicados en un asunto turbio por su excesiva disposición a creer en el lado bueno de las personas y a descartar el peor, y por haber desoído las advertencias de quienes habían enjuiciado la adopción de Harry Coomer por parte de los Lindsey con expresiones que indicaban

claramente su creencia en que nada bueno podía esperarse de aquella iniciativa.

Esa noche, en la cena, oyendo hablar a su hijo Colin, rubio y bien parecido, con su amigo Harry, moreno y de cara oscura, se sorprendió pensando: «¡Es extraordinario! Si cierro los ojos y escucho, no noto la diferencia. Y parece que hablan en exactamente la misma longitud de onda.»

Pero no mantendría más tiempo los ojos cerrados. Llevó a Harry aparte y le dijo:

—Lo siento amigo mío. No puedo hacer nada. Los abogados me han convencido de que no hay nada que hacer.

Harry asintió. Parecía desilusionado. Pero dijo:

—Gracias de todos modos por intentarlo —y sonrió y se quedó como esperando el brazo que Lindsey tenía por costumbre posar cariñosamente en los hombros del chico.

Pero esa noche Lindsey se sintió incapaz de hacer ese gesto afectuoso.

Sus recuerdos más vividos eran de montones de hojas, mojadas y frías al tacto, como una helada a primera hora de una mañana de finales de octubre. Para Hari, Inglaterra era un frío dulce y un aroma fresco, limpio, acre; aire que se desplazaba, colmando huecos y barriendo la cima de colinas; aire no estancado, pesado, vehículo conductor de pestilencia. E Inglaterra era el parque y los pastos detrás de la casa de Sidcot, los gabletes de la casa, las ventanas emplomadas de cristal de rombos y la benéfica glicina.

Al despertar en mitad de la noche en la angosta cama de cuerdas de su dormitorio en el número 12 de Chillianwallah Bagh, lanzaba golpes a los mosquitos, se taponaba los oídos con los puños para no oír el ruido de sierra de las ranas y el chillido cortante de los lagartos en celo en las paredes y el techo. Entraba en la mañana sacudiéndose sueños de su hogar inglés, y se deslizaba inmediatamente en la pesadilla despierta, en su repugnancia por todo lo que ofrecía el país extraño: los cuervos que graznaban fuera y las cucarachas de color ámbar que avanzaban torpemente, con su caparazón pesado, pero agitando alegremente sus finas antenas, desde el dormitorio hasta el cuarto de baño contiguo, donde no había bañera: tan sólo un grifo, un cubo, una cuchara de cobre, un suelo de hormigón donde apoyar los pies y un arroyo viscoso por donde corría el agua sucia, a través de un agujero en la pared, hasta caer y salpicar el barro recocido del cercado; aquel entorno le despojaba capa tras capa de su britanismo, le despojaba también de la esperanza de descubrir que todo eran imaginaciones suyas desde el día en que llegó la carta de su padre pidiéndole que se reunieran en Sidcot para hablar del futuro. ¿Qué futuro? Nunca se había realizado aquel encuentro, y por lo tanto, quizá no existiese ese futuro. Su padre no había llegado ni abandonado Edimburgo, sino que había muerto en su habitación de hotel.

A veces, cuando le llegaba una carta de Colín Lindsey, miraba la letra del sobre como para confirmar a un espíritu más recóndito que el suyo, más neciamente esperanzado y crédulo, que la carta no era de su padre diciéndole que todo había sido una equivocación. Ansiaba las cartas de Inglaterra, pero cuando llegaban y rasgaba el sobre y las leía enteras, primero rápidamente y después despacio, por segunda vez, descubría que el día se había oscurecido de tal modo que le impulsaba a rumiar algún acto de violencia inmotivado y sin objeto, salvo en la medida en que era un acto calculado para transportarle milagrosamente de vuelta a su aire natal, a su

brezo natal y a las personas cuyo comportamiento no le producía náuseas. En ese estado de ánimo nunca contestaba a una carta. Esperaba hasta que había remitido el dolor más agudo de recibirla y, al cabo de uno o dos días, hacía un primer intento de redactar una respuesta donde no manifestase cobardía, porque de nada valdría; sería algo ajeno a la escala de valores a la que consciente-mente debía aferrarse si quería que la pesadilla llegara a su fin inimaginable, imprevisible, pero probablemente lógico.

Colin Lindsey nunca tuvo, por tanto, ocasión de adivinar el pesado yugo del exilio bajo el que su amigo se debatía. Escribió a Hany en una carta: «Me alegro de que te estés adaptando. Estoy leyendo mucho sobre la India para tener una idea más clara de cómo estás allí. Parece fantástico. Ojalá pudiera ir. ¿Has degollado últimamente algún puerco? Si lo haces, no dejes el pellejo delante de una mezquita, porque los devotos del Profeta te cortarían los cojones. ¡Consejo de un experto! Empatamos el partido con Wardens el sábado pasado. Echamos de menos aquel toque Coomer, los giros elegantes de su noble pierna y sus arrancadas lentas y vistosas. Se me hace raro pensar que tu cricket empezará casi al mismo tiempo que la temporada de fútbol aquí en la escuela. Aunque este año yo no voy a verlo. ¿Todavía no has decidido lo que vas a hacer? Yo me voy seguro al final del trimestre de verano. Papi dice que aflojaría la mosca para que empolle si quiero matricularme (algunas esperanzas), pero he decidido aceptar la oferta de mi tío para entrar en la oficina de Londres de esa compañía petrolífera con la que él tiene algo que ver.»

A esto respondió Hari al cabo de varios días: «Recordarás que la idea siempre fue que yo empollara para los exámenes del ICS[14] al salir de Chillingboroug, y que los haría en Londres y luego vendría aquí a ponerme al tanto. Actualmente también puedes examinarte aquí, pero no creo que lo haga. El cuñado de mi tía tiene un negocio de algo en Mayapore y me parece que quieren que trabaje con él. Pero supone que antes tengo que aprender el idioma. Aunque mi tío político cree que mi propia lengua podría ser útil, dice que a él no le sirve de mucho si no entiendo una palabra de lo que me estén hablando el noventa por ciento de las personas con las que tendré que tratar. Estos días está lloviendo a cántaros. A veces escampa, sale el sol y toda la ciudad humea. Pero me han dicho que la lluvia dura hasta septiembre y que luego empieza a refrescar, aunque sólo unas semanas. El calor empieza otra vez bastante pronto, a primeros de año, y para abril y mayo me figuro que ni siquiera sudas. Estoy con diarrea y sólo me atrevo a comer fruta, aunque me despierto pensando en huevos con tocino. Dales, por favor, recuerdos a tu madre y a tu padre, y saludos a Connolly y Jarvis, y, por supuesto, al bueno de Empanada.»

Una vez, al cerrar el sobre de una carta así tuvo la tentación de romperla y escribir otra que diese a Colin una idea de lo que había significado para él la nueva vida en la ribera mísera del río en una ciudad como Mayapore. Entonces le habría dicho: «No hay nada que no sea feo. Las casas, la ciudad, el río, el paisaje. La gente que los habita lo transforma todo en una inmundicia uniforme y sórdida. Si hay alguna excepción, sin duda se encuentra al otro lado del río, en lo que llaman el sector civil. Y quizás a la larga tú te acostumbrarías a ese barrio y hasta acabaría gustándote, porque *tú* estarías en ese sector civil; *tu* refugio. Pero yo vivo en el Chillianwallah Bagh. Es lo que llaman un barrio moderno. A sus ojos eres alguien si vives en uno de estos asfixiantes monstruos de hormigón. Pero todo el inmueble

[14] Indian Civil Service: Administración pública india.

apesta a cloaca. En mi habitación —si se le puede llamar así: con ventanas sin cristal y con barrotes parece más una celda— hay una cama (un armazón de madera con una malla de cuerdas), una silla, una mesa que la tía Shalini ha cubierto con una tela púrpura horrorosa, bordada con hilo de oro, y un ropero que llaman *almirah,* con una puerta que no funciona. Mi baúl y mis maletas han enmohecido. Hay un ventilador en medio del techo. La mayoría de las veces se para durante la noche y te despiertas ahogándote. Mi tía y yo vivimos solos. Tenemos cuatro criados. Viven en la parte de atrás, en el recinto cercado. No hablan inglés. Cuando estoy en una habitación de abajo me miran desde la puerta y por las ventanas porque soy el sobrino de "Bilaiti". Mi tía es una buena mujer, supongo. No ha cumplido los cuarenta, pero aparenta más de cincuenta. No nos entendemos. Ella se esfuerza más por entenderme de lo que yo me molesto en comprenderla. Pero, por lo menos, es soportable. Detesto a los demás. Desde su punto de vista soy impuro. Quieren que beba pis de vaca para purificarme de la mancha de haber vivido en el extranjero después de atravesar el agua prohibida. ¡Purificarme! He visto a nombres y a mujeres defecar el aire libre, en un erial cerca del río. De noche entra en mi cuarto el olor del río. En el baño, que está en un rincón, hay un agujero en el suelo y dos salientes en forma de suelas para poner los pies antes de acuclillarte. Siempre hay moscas en el cuarto de baño. Y cucarachas. Acabas por acostumbrarte, pero sólo a costa de degradar tus instintos civilizados. Al principio te da horror. Terror, incluso. Al principio es un purgatorio evacuar los intestinos.

»Pero la casa es un remanso de paz y limpieza comparada con lo que hay y lo que sucede ahí fuera. Tenemos leche pura de vaca. La tía Shalini la hierve, gracias a Dios. El lechero viene por la mañana y ordeña a su vaca fuera de la casa, cerca de un poste de telégrafos. A este poste ata un ternero muerto y disecado al que la vaca hocica. Por este procedimiento ella conserva su leche. El ternero murió de inanición porque el lechero vendía la leche de su madre a buenos hindúes. Desde que lo supe tomo solamente el limón o lima con el té cuando la tía Shalini los encuentra en el bazar. He estado en el bazar una sola vez. Fue durante mi primera semana aquí, hacia finales de mayo. Hacía una temperatura de 43 grados. Todavía no había asimilado lo que me estaba ocurriendo. Fui al bazar con la tía Shalini porque quería ser atento con ella y parecía tener muchas ganas de que yo fuese a verlo. ¿Qué era aquello? ¿Una pesadilla? El leproso, por ejemplo, . que merodeaba por la entrada del bazar y a quien nadie parecía prestar una atención especial. ¿Existía realmente? Sí, existía. Extendió hacia mi manga lo que quedaba de su mano. La tía Shalini depositó una moneda en su platillo. Conoce a los leprosos. Son parte de su experiencia cotidiana. Y cuando puso la moneda en el platillo me acordé de aquella historia que mi padre me contó y que luego te conté a ti y que ninguno de los dos creyó del todo: la manera en que dicen que mi abuelo se marchó de su casa y se fue a mendigar para adquirir méritos y hacerse parte del Absoluto. ¿Acabaría también él como un leproso? ¿O consiguió comunicar con Dios?

»Todas aquellas cosas que mi padre me contó; al principio me parecieron simples cuentos. Hasta un poco románticos. Para sentir todo su sabor hay que imaginarlos sucediendo aquí, o en algún sitio parecido, algún sitio aún más primitivo. Miro a la tía Shalini y trato de verla como la muchachita a la que casaron con todo aquel gasto con el tipo que murió de sífilis o algo por el estilo. Que murió en un burdel, de todos modos. Ojalá mi padre no me lo hubiera contado. Me sorprendo observándola en la mesa, esperando que no

toque nada más que el borde mismo del plato. ¡Pobre tía Shalini! Me pregunta cosas de Inglaterra, esas preguntas que no se pueden contestar porque nadie las hace en casa.

»Casa. Todavía se me escapa. Pero esto es mi casa, ¿verdad, Colin? Es decir, ¿verdad que mañana no voy a despertar en Chillingborough o Sidcot, o en la que siempre llamábamos "mi" habitación de Didbury? Despertaré aquí, y el graznido de los cuervos será lo primero de lo que tendré conciencia. Despertaré a las siete y hará por lo menos una hora que toda la casa está ya en danza. Del cercado llegará el olor de algo cocinado en *ghi.* La idea del desayuno me revolverá el estómago. Oiré a los criados gritándose unos a otros. En la India todo el mundo grita. Habrá un buhonero o un mendigo en la puerta principal. Y estará gritando. O puede ser que esté el hombre que chilla. La primera vez que le oí pensé que era un loco recién salido de la loquera. Pero es un demente que nunca ha estado encerrado. Han decidido que su locura es un signo de que Dios se ha fijado en él. Es, por lo tanto, más santo que cualquiera de las personas supuestamente cuerdas. Quizá por debajo de esta idea de que es un santo se esconde la idea de que la única cosa juiciosa para un indio es estar loco, y es lo que todos ellos quisieran ser.

«Probablemente hará sol por la mañana. Hace daño a los ojos mirar por la ventana. No hay graduación de luz. Simplemente un resplandor deslumbrante y una sombra repentina cuando pasa una nube. Más tarde lloverá. Si la lluvia es lo bastante recia no se oirán los gritos de la gente. Pero al cabo de un rato el sonido de la lluvia te enloquece también. He empezado a fumar desde que llegué aquí. Pero los cigarros están más húmedos. A eso de las once llega un nombre que se llama *sahib Pandit* Baba, teóricamente para enseñarme hindi. Mi tía paga las clases. El *pandit* tiene un turbante sucio y barba gris. Huele a ajo. Su aliento me da náuseas. Las clases son una farsa porque él habla un inglés incomprensible. A veces no aparece o se presenta una hora más tarde. Ellos no tienen noción del tiempo. Para mí siguen siendo "ellos".

»Me preguntas qué pienso hacer. No lo sé. En este momento estoy a merced de los parientes políticos de mi tía. Al parecer todavía quedan algunos Kumar en Lucknow, y un hermano de la tía Shalini y su mujer en la vieja casa de los Kumar en las Provincias Unidas. Pero no quieren saber nada de mí. La tía Shalini les escribió al recibir la noticia de la muerte de mi padre. No les interesó. Mi padre cortó las relaciones con todo el mundo menos con la tía. Vendió la tierra a sus hermanos antes de emigrar a Inglaterra. Ese hermano suyo que todavía vive tiene miedo —eso piensa la tía Shalini— de que yo tenga intención de reclamar parte de la propiedad. Ella propone recurrir a un abogado para ver si la venta original estaba en orden. En eso es como todos los indios. Parece que no están contentos si no entablan un pleito largo y costoso. Pero yo no quiero saber nada de esas cosas. Así que dependo de ella y de su cuñado, Romesh Chand Gupta Sen, hasta que pueda ganarme la vida. ¿Pero cómo puedo ganarme decentemente la vida sin ninguna clase de título reconocido? La tía Shalini me dejaría ir a una universidad india, pero ella no puede decidir, porque Romesh Chand es el que maneja los cuartos. (Después de todo, los Gupta Sen son *los propietarios* de la tía.) Aquí hay una Universidad Técnica que fundó un indio rico que se llamaba Chatterjee. A veces pienso que podría estudiar ahí para sacar una licenciatura o un diploma de ingeniero, o lo que se pueda sacar en un centro así.

»¿Sabes qué es lo peor para mí? Bueno, no lo peor, sino lo que me inspira una verdadera hostilidad. Ni la tía Shalini ni Romesh Chand, ni ninguno de sus amigos y parientes, conocen a ningún inglés, no, por lo menos, en el sentido de tratarlo, ni a nadie influyente. La tía Shalini no conoce a ninguno porque no tiene la menor vida social. Para los demás es una cuestión de principios no intentar siquiera conocerlos. Es una sociedad hindú hermética, cerrada, seudo ortodoxa. Estoy empezando a ver contra qué exactamente se rebeló mi padre. Si conocieran a algunos ingleses no pasaría mucho tiempo sin que alguien se tomase cierto interés especial por mi futuro. No es posible que no signifiquen nada los cinco años que he pasado en Chillingborough, y tiene que haber toda clase de ayudas y becas a las que podría optar. Pero la tía Shalini no sabe nada al respecto y parece que le asusta hablar de eso con cualquiera y está claro que los Gupta Sen no quieren saberlo. Romesh Chand dice que le seré útil en su negocio. He visto sus oficinas. Creo que me volvería loco si tuviera que trabajar ahí. La oficina principal está encima de un almacén que da al Bazar Chillianwallah, y hay una sucursal en los apartaderos del ferrocarril. Es un mayorista de cereales y verduras frescas para el puesto militar del otro lado del río. También vende cereales por su cuenta. Y la tía Shalini dice que tiene puestas las manos en otras muchas empresas. Es propietario de la mayor parte del Chillianwallah Bagh. Ésa es la India de la que no te hablarán tus libros sobre el degüello de cerdos. Es la India comerciante de la clase media adquisitiva, que guarda el dinero debajo de las tablas del suelo y acumula trigo y arroz hasta que haya carestía en algún sitio para soltarlos con pingües beneficios, aunque para esa época estén rancios. Entonces se lo venden al gobierno y sobornan al agente del gobierno para que no se fije en que están llenos de gorgojos. O bien se lo venden mientras todavía están en buen estado y no hay hambruna, y el gobierno, a su vez, los deja pudrirse, siempre, por supuesto, que no les roben el trigo y el arroz de sus silos para que alguien lo compre barato y lo almacene a la espera de poder sobornar otra vez al funcionario y volver a venderle todo el cargamento. La tía Shalini me cuenta estas cosas. Es muy ingenua. Me las cuenta para hacerme reír. No se da cuenta de que está hablando de personas por las que se supone que siento un afecto de pariente, hombres como su marido, por ejemplo, el difunto Prakash Gupta Sen. Tengo que abrirme camino de algún modo para salir de esta situación inaguantable. Sí, pero ¿abrirme camino hacia dónde?»

En efecto, ¿hacia dónde? No era una pregunta a la que Colin hubiera podido ayudarle a responder, porque Hari nunca se la formuló a nadie más que a sí mismo, y tardó varios meses en formulársela él mismo tan directamente, en términos tan inequívocos. No se había hecho la pregunta antes porque no podía aceptar la realidad de su situación. En aquella situación había un poderoso elemento de fantasía que a veces era risible, aunque la mayoría de las veces no lo era; pero era una fantasía siempre contraria a la idea de un futuro que emanara directamente de ella. En atención al futuro, había que destruir primero la fantasía. Tenía que atacarla y destrozarla algo proyectado desde el mundo real externo. Durante este período se aferró a su britanismo como si fuese una especie de coraza protectora, se aferró a él con la convicción apasionada, la misma que su padre había profesado antaño, de que vivir en Inglaterra bastaba probablemente para transformar la vida. Y puesto que ahora pensaba que su britanismo era el don único y precioso que su padre le había hecho, le

complacía olvidar que en un tiempo le había censurado y año tras año se había avergonzado cada vez más de él. Cogió la costumbre de decirse a sí mismo, cada vez que descubría un nuevo horror: «Mi padre odiaba esto y se volvió loco tratando de evitar que me dañara.» La locura era la única explicación que encontraba para el «suicidio» de su padre. Y tenía, además, edad suficiente para suponer que la soledad había aumentado el grado de demencia. Si Duleep Kumar no hubiera estado solo, quizás habría encontrado el valor de afrontar el desastre económico de cuya existencia los abogados habían conseguido convencer a su hijo, pero cuya explicación no le había satisfecho. En Mayapore, Han concebía aquel desastre como la obra del mismo espíritu maligno que ahora le deparaba una vida desdichada.

Durante casi toda su primera experiencia de las lluvias estuvo crónica y deprimentemente indispuesto. Sus intestinos transformaban en agua cualquier cosa que comiera. En tales circunstancias un ser humano pierde los arrestos. Su indisposición y su repugnancia por lo que había fuera del número 12 de Chillianwallah Bagh le mantenían días enteros encerrado en casa. Pasaba las tardes húmedas durmiendo como un drogado, y temía el momento en que su tía Shalini solicitara su compañía o le propusiera un paseo porque la lluvia había amainado y el atardecer era, a su juicio, fresco. Entonces iban hacia el río pestilente y llegaban hasta el puente Bibighar por la calle de prolongación de Chillianwallah Bagh, pero allí daban media vuelta, como si lo que había al otro lado estuviera vedado o fuera, si no prohibido, indeseable. En todo aquel tiempo, desde mayo hasta mediados de septiembre, no cruzó nunca al sector civil. Al principio no lo hizo porque no había motivo; pero más tarde no cruzó el puente porque la otra ribera del río se convirtió en sinónimo de libertad, y no le parecía el momento propicio para comprobarlo. No quería tentar al espíritu maligno.

Franqueó el río la tercera semana de septiembre, en 1938, cuando las lluvias habían cesado, se había repuesto de su enfermedad y ya no podía encontrar ninguna excusa para negarse a complacer a su tío, Romesh Chand Gupta Sen; cuando, de hecho, había decidido complacerle tanto como estuviese en su mano, porque había hablado con el abogado de su tío, un hombre llamado Srinivasan, y ahora tenía esperanzas de persuadir a Romesh Chand de que le enviase a la Universidad Técnica de Mayapore o a la universidad de la capital de la provincia.

«Llegaré a ser exactamente lo que mi padre quería que fuese», se dijo Hari, «y así le ajustaré las cuentas al espíritu maligno. Me convertiré en un indio al que los ingleses darán acogida y reconocimiento».

La muerte de su padre había suscitado la cuestión del endeudamiento moral.

Llevó ciertos documentos que Romesh Chand le dijo que necesitaba un tal Nair, el encargado del almacén próximo a las vías muertas del ferrocarril. Fue en ricksha-bicicleta. Poca de la ropa que había traído de Inglaterra le servía en Mavapore. Su tía le había ayudado a abastecer de camisas y pantalones hechos aprisa por el sastre del bazar. Los pantalones que llevaba hoy eran blancos y de culera amplia. Les acompañaba una camisa blanca de manga corta y un salacot amarillo de sola. Sólo sus zapatos eran ingleses: hechos a mano y muy caros. Uno de los criados de la tía Shalini se los había lustrado hasta darles un brillo que él nunca había conseguido.

El tráfico estaba atascado en el puente de Mandir Gate. Inmediatamente delante de la *ricksha,* obstruyendo la vista, había un camión con un

cargamento de sacos de cereal al aire libre. Un culi sudoroso, medio desnudo y sentado encima de los sacos fumaba un *bidi.* Delante de la *ricksha* había otra; detrás, un autobús. La *ricksha* se había detenido enfrente del templo. Había mendigos acuclillados en la calzada próxima a la puerta del templo. Él miró a otra parte por si acaso veía al leproso. Oyó el estrépito metálico del tren en la ribera opuesta, pero no pudo verlo porque el camión se lo tapaba. El tráfico empezó a moverse cinco minutos después del paso del tren. El puente tenía un pretil de piedra blanqueada. Vislumbró brevemente el agua y la extensión abierta, y las orillas que serpenteaban en calas y promontorios fangosos, y luego las tres ruedas de la *ricksha* traquetearon sobre las planchas de madera del paso a nivel y Hari fue transportado a aquella otra mitad del mundo.

Su desencanto fue tan intenso como había sido su ilusión. La calle que unía el puente de Mandir Gate con la estación ferroviaria estaba flanqueada de edificios que le recordaron los de la prolongación de Chillianwallah Bagh, pero antes de que el chico de la *ricksha* girara a la derecha, tocando el timbre y dando un grito de aviso a un viejo que perseguía a un búfalo de agua enloquecido, vio una panorámica de árboles e intuyó, detrás de ellos, una extensión de espacio y aire. Cuando el chico detuvo su vehículo en el antepatio del depósito de mercancías de la estación, que tenía el mismo aspecto funcional y sin gracia de todos los depósitos, Hari le dijo que esperara. El chico no pareció muy conforme, pero el joven Kumar no entendió lo que le dijo y se alejó sin pagar, la única forma segura de retenerle allí. Entró en el almacén que ostentaba en la fachada el rótulo *Romesh Chand Gupta Sen y Com., mayoristas.* En el interior reinaba el olor fibroso a nuez de todos los lugares parecidos. Estaba oscuro y relativamente fresco. Al otro extremo del almacén, unos trabajadores recogían sacos de cereal de una pila, los sacaban a un apartadero iluminado por el sol y los cargaban en un vagón de mercancías. Polvo y barcias de trigo gravitaban en el aire. En la pared más cercana a Hari había una puerta abierta y una hilera de ventanas asomadas a la vasta caverna del almacén. Era la oficina. Estaba iluminada por bombillas desnudas. Entró. El encargado no es-taba. Había dos o tres jóvenes con *dholis* y camisas de algodón hiladas en casa, sentados ante unas mesas de caballete, escribiendo en libros de contabilidad. Permanecieron sentados. Los jóvenes empleados de la oficina de su tío, encima del almacén del Bazar Chillianwallah, se levantaban siempre que Hari entraba en sus dependencias mohosas y mal alumbradas. Le resultaba engorroso. Sin embargo, sospechando que aquellos empleados del depósito de la estación sabían quién era, no pudo evitar advertir la diferencia en su conducta y momentáneamente se sintió menospreciado. Preguntó dónde estaba el encargado. El hombre a quien se lo había preguntado le respondió con bastante soltura en inglés, pero con un tono que evidentemente pretendía ofender.

—Entonces le dejo estos papeles —dijo Kumar, y los depositó encima de la mesa. El joven los recogió y los arrojó a un cesto de alambre.

—Son urgentes, por cierto —señaló Kumar.

— ¿Entonces por qué me los deja a mí? ¿Por qué no se los lleva y busca al señor Nair en el despacho del jefe de estación?

—Porque eso es cosa de usted, no mía —respondió Kumar, y dio media vuelta como para irse.

—Estos documentos se los han confiado a usted, no a mí.

Se miraron fijamente el uno al otro.

—Si no es capaz de hacerse cargo de ellos en ningún sentido, déjelos en ese cesto. Yo soy simplemente un recadero.

Cuando ya estaba en la puerta el otro le llamó:

—Oiga, Coomer.

Hari se volvió, molesto al comprobar que el otro sabía quién era.

—Si su tío quiere saber a quién le ha entregado estos papeles dígale que a Moti Lal.

Era un nombre que esperaba olvidar, pero que de hecho tendría motivos para recordar.

Cuando salió del almacén el chico de la *ricksha* se había enfurruñado. Quería que le pagase. Kumar subió al vehículo y le dijo que fuese al bazar del acantonamiento. Había aprendido a decirlo en hindi. El chico se negó con la cabeza, y Kumar repitió la orden, pero elevando la voz. El chico agarró los manillares, dio la vuelta a la *ricksha,* corrió con ella unos metros y se sentó de un salto en el sillín. Kumar tuvo que chillarle otra vez cuando empezó a enfilar el camino por el que habían venido. Discutieron de nuevo. Kumar adivinó la razón de los reparos del chico. No quería hacer un trayecto tan largo con un pasajero indio. Los clientes indios muy pocas veces pagaban más que la tarifa mínima.

Finalmente el chico se resignó a su mala suerte y viró hacia el acantonamiento, y entonces Kumar emprendió su recorrido por avenidas amplias y bungalows bien separados. Allí había sombra y una sensación de quietud como la que reinaba en casa a media mañana, entre el desayuno y el almuerzo de los días festivos en Didbury. La calzada era de grava, pero las aceras de *kutcha* [15] En el súbito silencio oía el rítmico clic del pedaleo. Encendió un cigarro porque ahora se notaba más el olor del almohadón de cuero y el del sudor rancio del nativo.

El chico tomó una serie de desvíos a derecha y a izquierda y Kumar se preguntó si se estaba extraviando deliberadamente, pero en seguida vio —donde la calle que estaban recorriendo salía a un cruce en forma de T— un tramo de tiendas bajo soportales, y un comercio con un letrero que rezaba: Dr. Gulab Singh Sahib (P)[16] Ltd: Farmacia. Habían llegado a la calle Victoria. Dijo al chico que girase a la izquierda, y le fue indicando con un brusco chasquido de dedos, cada vez que el otro le miraba por encima del hombro, como sugiriendo que ya era hora de parar, que continuase el trayecto. Quería ver lo que había más allá del bazar. Quería ir hasta un sitio que sabía que se llamaba *maidan.*

Había mujeres inglesas en las arcadas de la calle Victoria. Qué pálidas parecían. Sus coches estaban aparcados a la sombra, en uno de los lados del bazar. Había aquella zona de penumbra porque el sol estaba proyectando sombras a las diez y media de la mañana. Había también tongas tiradas por caballos. Los carruajes estaban pintados de colores alegres, y medallones plateados y plumas rojas y amarillas decoraban las bridas de los caballos. Algunas de las inglesas llevaban pantalones. Por un momento tuvo la impresión de que les afeaban, pero fue tan fugaz que no sobrevivió a la cálida sensación de que por fin estaba nuevamente en compañía de personas a las que entendía. Miró a ambos lados de la calle: aquí había un comercio llamado Darwaza Chand, sastre civil y militar; ahí el Banco Imperial de la India; allí las oficinas del *Mayapore Gazette,* que le interesaba ver porque la

[15] De sal. El Rann of Kutch es una vasta extensión de sal situada en el oeste de la India y sur del Pakistán.

[16] Probablemente, abreviatura de *Pandit,* que en hindi significa hombre instruido

tía Shalini se había empeñado en encargar el periódico expresamente para que él pudiera leer en inglés las noticias locales. Todas las tiendas del acantonamiento anunciaban la *Gazette.* Sus nombres le eran familiares. Pensó que ojalá tuviera cantidad de dinero para poder decirle al chico de la *ricksha* que parase delante del Banco Imperial, entrar *y* cobrar un cheque y luego cruzar la calle y encargar algunos trajes y camisas decentes en la sastrería de Darwaza Chand. Ojalá también tuviera el valor de entrar en la Cafetería Inglesa, tomar una o dos tazas, fumar un cigarro y charlar con las dos atractivas chicas blancas que en ese momento entraban. Y le hubiera gustado dar una palmada en la espalda huesuda del chico de la *ricksha,* apearse en la tienda *Deportes Mayapore* y verificar el peso y la elasticidad de los bates ingleses de cricket que vendían a un precio único. La visión de los bates en el escaparate le despertó el ansia de extender los hombros y golpear a una pelota suelta. Después de haber elegido un bate habría cruzado la calle y entrado a comer un almuerzo digno en el restaurante chino *El dragón amarillo;* y, por la tarde, habría ido al cine Eros, donde a las 7.30 y a las 10.30 de la noche proyectaban una película que había visto meses antes con los Lindsey en el Cari ton de Haymarket. Le hubiera gustado que los Lindsey estuvieran en Mayapore para verla otra vez con él. Al pasar por el cine —un edificio con fachada blanca de estuco y una puerta plegable de acero cerrando la cavidad oscura del foyer al aire libre, y emplazado al fondo, en un antepatio con piso de arena— sintió más vivamente que nunca el dolor del exilio.

Dijo al chico que siguiera en dirección al *maidan.* El cine era el último edificio del bazar del acantonamiento; o el primero, según por donde se viniera. Desde allí arrancaba un tramo de calle arbolada, con tapias bajas en los dos arcenes y, al otro lado de las tapias, las casetas y almacenes del departamento de Obras Públicas. El chico cogió cierta velocidad en este trecho, rebasó los cruces formados por la calle Victoria y la Grand Trunk, y fue dejando atrás el juzgado, los cuarteles de la policía, el cuartel general del distrito, la residencia de los funcionarios solteros, el bungalow del superintendente y el que los Poulson habrían de ocupar en 1939.

Hari Kumar llegó al *maidan* por este camino. Ordenó al chico que parara. El extenso espacio estaba casi vacío. Había dos jinetes: niños blancos montados en ponies. Sus criados corrían detrás. Los cuervos revoloteaban y graznaban, pero ya no le parecieron aves de rapiña. Había paz. Y Hari pensó: Sí, es hermoso. A lo lejos, en la otra punta del *maidan,* divisó la aguja de St. Mary. Se apeó de la *ricksha* y, cobijándose a la sombra de los árboles, observó y escuchó. Entornando los ojos casi logró imaginarse en el parque público que había cerca de Didbury. Las lluvias habían impreso su huella verde en el césped, pero él no lo sabía porque era la primera vez que veía el *maidan* y nunca lo había visto en mayo, cuando la hierba abrasada poseía una tonalidad ocre.

Quiso montar, cabalgar, sentir el soplo del aire en la cara. ¿Se podía alquilar un pony en alguna parte? Se volvió hacia el chico. Imposible preguntar. No conocía las palabras con que hacerlo. Quizá no necesitaba saberlas o no necesitaba preguntar porque se podía adivinar la respuesta. El *maidan* era el coto de los *sahib-log.* Pero pensó, sin embargo, que con sólo hablar con uno de ellos sería reconocido y admitido. Subió a la *ricksha* y dijo al chico que volviera al bazar del acantonamiento. Compraría un par de cosas en la farmacia del Dr. Galub Singh; pasta de dientes y jabón. Palpó

subrepticiamente su cartera. Tenía quince chelines. El chico de la *ricksha* le pediría tres, pero se conformaría seguramente con dos.

En el viaje de regreso constató que había pocas *rickshas* por la calle. Había automóviles, bicicletas y coches de caballos. Todos los pasajeros de las *rickshas* eran indios. Uno de los pasajeros había plantado las sandalias en una caja de madera llena de pollos vivos. Sintió que por el hecho de viajar en *ricksha* le contaminaba la deshonra, delatando que procedía de la ciudad negra, puesto que todas las *rickshas* venían de la otra orilla del río.

Al llegar a la tienda de Gulab Singh ordenó al chico que se detuviera y se apeó, subió el bordillo doble y entró en los soportales sombreados. En el escaparate de Gulab Singh había artículos nuevos tan familiares, tan anglosajones, que sintió ganas de gritar de alegría. O de desesperación. No hubiera sabido decirlo. Entró. La tienda estaba oscura y fresca, con los objetos expuestos en largas vitrinas rectangulares, sobre patas de mesa, como en un museo. Olía débilmente a pimienta y fuertemente a ungüento. En un extremo había un mostrador. Varias mujeres inglesas daban vueltas por la tienda, cada una de ellas acompañada por un dependiente. También había un hombre que se parecía un poco a Lindsey padre. Las ropas del inglés pusieron de manifiesto la pobreza de las suyas. Prendas *babu*. Trapos de bazar. Las mujeres estaban hablando. Si prestaba atención podía oír cada palabra. El hombre que se parecía a Lindsey estaba diciendo:

— ¿Por qué no ha llegado? Usted dijo que el martes y hoy es martes. Bueno, deme lo otro y envíeme el resto cuanto antes.

Kumar esperó en el mostrador a que el dependiente terminara de despachar al inglés. Éste le lanzó una mirada de soslayo y concentró de nuevo su atención en lo que el dependiente estaba haciendo: envolver una caja de cartón inidentificable.

—Bien —dijo el inglés, cogiendo el paquete—. Espero lo demás para las seis de la tarde.

Cuando el inglés se marchó, Kumar dijo:

— ¿Tiene jabón Pears?

El dependiente, un joven varios años mayor que él, meneó la cabeza de un lado a otro y se alejó. Kumar no estuvo seguro de que le hubiese entendido. Salió otro dependiente por una puerta con el letrero: «Dispensario», pero traía un paquete que entregó a una mujer que estaba examinando los artículos expuestos en una de las vitrinas. En el otro extremo de la tienda había un estudio fotográfico. Kumar esperó. La siguiente vez que vio a su dependiente el hombre estaba abriendo otra de las vitrinas para un grupo de mujeres blancas.

Kumar se apartó del mostrador desatendido y se colocó en una posición desde la que estimó que llamaría la atención del dependiente. En efecto. Así fue. Pero la expresión del empleado era la de alguien que no se acordaba de que le hubieran hablado de una marca de jabón. Kumar pensó que ojalá los nuevos clientes hubieran sido hombres, porque entonces habría podido interrumpir su conversación sin temor a incurrir en descortesía. Se vio, pues, reducido al papel ignominioso de observador al margen, en una situación de la que otro hombre se estaba aprovechando: escondiéndose, como se dijo para su coleto, detrás de las faldas de un grupo de mujeres. Miró alrededor y vio al hombre que había salido del dispensario dirigirse de nuevo hacia su puerta. Le dijo:

—He preguntado si tienen jabón Pears.

El hombre se detuvo: quizá porque las inflexiones de *sahib* que tenía la voz de Kumar le produjo un efecto automático. Por un momento no supo qué hacer, sopesando el testimonio de sus ojos con el testimonio de sus oídos.

—¿Pears? —dijo por fin—. Oh, sí, sí tenemos. ¿Para quién es?

Era una pregunta tan inesperada que Kumar no la comprendió inmediatamente. Pero luego entendió. ¿Quién se había creído aquel tipo que era? ¿Algún *babu* de compras para su amo?

—Pues para mí, naturalmente —respondió.

— ¿Una o dos docenas?

Kumar tenía la boca seca.

—Una pastilla —dijo, procurando que su voz sonara digna.

—Sólo lo vendemos por docenas —explicó el hombre—, pero supongo que lo encontrará también en el bazar.

A continuación añadió algo en hindi que Kumar no entendió.

—Lo siento. No hablo hindi —dijo—. ¿Qué intenta decirme?

Y ahora fue consciente de que había elevado la voz porque estaba irritado, y de que las demás personas presentes en la tienda estaban mirando y escuchando. Sorprendió la mirada de una de las inglesas. Ella la apartó lentamente, con una sonrisa a la que él sólo pudo aplicar dos adjetivos: amarga, despectiva.

—Estaba diciéndole —contestó el hombre— que si sólo quiere una pastilla de jabón Pears la encontrará más barata en el Bazar Chillianwallah, porque allí no hacen caso de los precios de venta al por menor.

—Gracias —dijo Kumar—, ha sido usted muy amable.

Y salió de la tienda.

El despacho del Bazar Chillianwallah donde Kumar trabajaba era más grande que los demás. Lo compartía con otros empleados que hablaban inglés. Ellos le temían por sus modales y por su parentesco con el patrón. Orgullosos de su soltura en lo que entre ellos pasaba por ser inglés —idioma que por lo general no se usaba en el almacén de Romesh Chand—, estaban ofendidos por su intrusión, pero asimismo perversamente halagados por la sensación de que la presencia de Hari les daba mayor realce. Eran muchachos que, si podían evitarlo, no hablaban nunca su lengua materna, y por consiguiente miraban por encima del hombro a los empleados de las celdas pequeñas, tabicadas y sin aire, oficinistas viejos que despachaban sus tareas y la correspondencia en lengua vernácula. La aparición de Kumar había confirmado su superioridad, pero amenazado su seguridad. Delante de él ya no se atrevían a criticar a Romesh Chand o a los jefes, por si acaso uno de los cometidos de Kumar era hacer de espía para la familia. E incluso cuando se tranquilizaron en este sentido siguieron preguntándose cuál de ellos podría perder su puesto por culpa del muchacho anglicanizado, que no sabía nada del negocio pero tenía el porte de un *burra-sahib.* Le trataban con una mezcla de sospecha, admiración, envidia y servilismo.

Le enfermaban. Le parecían blandos, peores que un grupo de chicas, que un día ríen tontamente y al siguiente ponen morros. Le costaba entender lo que decían. Encabalgaban todas las palabras. Cantaban las frases. Tenían una pronunciación rara. Al principio procuró entenderles, pero luego vio el peligro de esforzarse demasiado. Se preguntaba cuánto tiempo podría trabajar con ellos sin que le contagiaran su misma forma de hablar, sin adquirir hábitos ajenos al pensamiento que presidía su habla. De noche, solo en su habitación, a veces hablaba en voz alta, intentando detectar

cambios de tono, de acento y de resonancia para corregirlos. Mantener la sonoridad inglesa de su voz y el britanismo de sus costumbres se le hizo cada vez más importante. Siguió siéndolo incluso después de la desastrosa visita a la farmacia de Gulab Singh. Recordó lo que su padre le había dicho: «Si contestas tú al teléfono la gente creerá que le habla un inglés.» No había teléfonos en la oficina de su tío. No había teléfono en el número 12 de Chillianwallah Bagh. Y aunque los hubiera habido no habría habido ningún inglés que llamara o a quien llamar. Pero consideraba que esta ausencia de britanismo en su vida exterior pública era una proyección lógica de la fantasía que informaba su existencia privada.

Fue en esta época, después de la visita a la farmacia, cuando se le metió por primera vez en la cabeza la idea de que se había vuelto invisible para los blancos, aunque tardó algún tiempo en formularla exactamente de este modo. Una vez que se hubo acostumbrado a cruzar el río desde el bazar hasta el almacén de la estación, y habituado a la manera en que los ingleses parecían mirar directamente a través de él, si su mirada coincidía con la suya, el concepto de invisibilidad perdió en seguida su desmesura, pero aún más tiempo hizo falta para que la absurda idea produjera su lógico corolario mental: que su padre había conseguido hacer de él un paria, un paria en la ciudad negra, en el acantonamiento y hasta en Inglaterra, puesto que allí no era más que un recuerdo, una firma familiar pero posiblemente irreal al final de cartas sin sentido a Colin Lindsey; sin sentido porque, a medida que pasaban los meses, las cartas se desviaban más y más de la verdad. De hecho, se transformaron en ejercicios del joven Kumar para conservar fresca su educación inglesa. Él lo sabía. Sabía que sus cartas eran insatisfactorias. Reconocía los síntomas de distanciamiento que podían descifrarse en las respuestas de Colin. Pero su amistad seguía siendo preciosa para él. La firma de Colin al término de una carta era la prueba que necesitaba para cerciorarse de que su experiencia inglesa no había sido imaginaria.

¿Dónde poner punto final a la historia de Hari Kumar, Harry Coomer; la historia de su vida anterior a Bibighar?

La Hermana Ludmila dijo que para ella Bibighar comenzó la mañana en que Merrick se llevó a Kumar en el camión de la policía; por tanto, hay que llevar a Kumar hasta ese punto, llevarle, al menos, hasta el momento en que su cuerpo fue volteado en la oscuridad por De Souza y su cara alumbrada por una antorcha. Una cara tan oscura, dijo la Hermana Ludmila; la clase de expresión con la que estaba familiarizada en la cara de los jóvenes indios, pero que en el caso de Kumar era especialmente significativa.

¿Y dónde buscar pistas de la historia de Kumar antes de Bibighar? Bueno, está el abogado Srinivasan. Está la Hermana Ludmila. Ya no existe Shalini Gupta Sen; ningún Gupta Sen que sepa o que admita que sabe. Hay otros testigos; y, específicamente, hay la certeza de aquella firma en el libro de socios del Club Hípico de Mayapore. Hay también la firma de Harry Coomer en el libro de socios de 1939 del Club Indio Mayapore. El Mayapore Club Chatterjee. El MCC. El otro club. El malo. Y se puede encontrar en un libro mayor un poco parecido a los que se usaban en el club bueno, con una fecha de mayo de 1939, que extrañamente coincide, sobre poco más o menos, con el día en que el subcomisario desafió una tradición y forzó la entrada de unos invitados en el Hípico.

—Inscribí al joven Kumar en el club Indio —dijo Srinivasan— porque allí había algo que me pareció que él necesitaba. Nos vimos pocas veces. Me

temo que yo no le gustaba. Desconfiaba de mí porque yo era el abogado de su tío Romesh Chand. Aparte de aquel aire inglés, que me parecía despótico, a mí me gustaba bastante como persona, aunque no como tipo. Si nos hubiéramos entendido mejor, si hubiera confiado en mí, quizá yo habría podido hacer algo por él, le habría llevado a casa de Lady Chatterjee, por ejemplo, e introducido en algunos círculos mixtos ingleses e indios. Pero para cuando entró en lo que llamaban el grupo de la casa MacGregor era demasiado tarde. Ya se había ganado la inquina de Merrick, el policía, y le habían interrogado. La tarde de 1939 en que le llevé al club Indio no fue un éxito. Allí estaban los *banias,* con los pies encima de las sillas. Detestó el sitio. Creo que no volvió a pisarlo, y unas semanas después dejó la oficina de su tío. Se había olido el matrimonio que los Gupta Sen estaban pensando en prepararle, y había perdido la esperanza de que su tío accediese a su ingreso en la Universidad Técnica. Puedo asegurarle que, de no haber sido por su tía Shalini, el muchacho se habría visto en apuros cuando se marchó de la oficina de Romesh Chand. El viejo estaba dispuesto a desentenderse de él. Recuerdo cómo ella le suplicó y le mendigó que siguiera pagándole la asignación que le pasaba. Pues bien, Romesh la mantuvo, pero redujo la cantidad. Ella economizó, racaneó y se privó de todo para que Hari tuviera algo en el bolsillo; y, por supuesto, le daba de comer, casa y ropa. Le dije que mientras lo siguiera haciendo le estaba impidiendo valerse por sí mismo. Tenía ya diecinueve años. La edad de un hombre, según nuestro criterio. Pero ella se negaba a oír cualquier crítica acerca de Hari. Y no me entienda usted mal. Hari no se pasaba el día tumbado. Recuerdo, por ejemplo, que pidió un empleo en la Eléctrica Anglo-india. Le hicieron dos o tres entrevistas y por un tiempo pareció que iban a admitirle. Estaban interesados, desde luego. Su educación en un colegio privado inglés tenía su peso. No les importaba que no tuviera títulos. Podrían haberle enseñado lo que necesitaba saber y proporcionado una formación administrativa. Pero chocó con uno de los ingleses de la empresa, según me contó Shalini Gupta Sen. No era difícil adivinar por qué. En aquellos tiempos, ¿sabe?, los comerciantes eran considerados el peldaño más bajo de la vida anglo-india. Hasta los maestros ocupaban un escalón superior en la escala jerárquica colonial. El hombre que se le atravesó a Hari probablemente hablaba inglés con acento de Midlands, y le humilló el hecho de que un indio lo hablara como un director gerente.

»Después de la catástrofe en la Eléctrica, intenté hacerle comprender a Romesh que las dotes del chico se estaban malogrando. Pero voy a confesárselo. No era un problema que me quitase el sueño. Usted quiere que sea sincero. Y sinceramente no me preocupé mucho por la clase de indio en que Duleep Kumar había transformado a su hijo. Recuerde, por favor, que en aquella época yo andaba sólo por los cuarenta años, y que lo que más me interesaba era la política. Y yo no respondí ante Hari Kumar como un animal político. Su padre le había enseñado indudablemente que la política india era un completo disparate, pura fachada. Hari no se la tomaba en serio. No tenía un auténtico conocimiento al respecto, ni noción, por ejemplo, del paso adelante que el poder provincial había representado para el Congreso. Apenas se daba cuenta de que la provincia en que vivía había sido gobernada en un tiempo por un gobernador inglés y un consejo designado a dedo. Daba la democracia por sentada. No tenía experiencia de la autocracia. Políticamente era un inocente. Casi todos los ingleses lo eran. En aquellos días yo no tenía tiempo para esa gente. Hoy, por supuesto, yo también soy

políticamente inocente. Es el destino que nos aguarda a todos, en definitiva a todos los que, como nosotros, han tenido criterios fuertes sobre asuntos políticos cuando eran jóvenes. Y es la suerte que en especial aguarda a aquellos de nosotros que pagaron con la cárcel sus ideas. La cárcel nos dejó su desagradable huella. Nos hizo conceder demasiada importancia a las cosas que nos llevaron a ella.

Cuando Hari dejó el empleo con su tío dijo también a *sahib Pandit* Baba que no quería más clases de hindi. Lo hizo para que su tía Shalini no gastara dinero inútilmente. Había aprendido suficiente hindi para dar órdenes, aprendido de hecho lo que el inglés medio en la India consideraba que valía la pena molestarse en aprender. La serie de entrevistas con la Compañía Eléctrica Anglo-india tuvo lugar en la primera parte de la estación lluviosa de 1939. El rechazo fue un verdadero golpe para Han, aun cuando lo había esperado desde la última entrevista. Por primera vez escribió una carta a Colin que dio al joven Lindsey —o debería haberlo hecho— una idea más clara de los obstáculos con que tropezaba Hari Kumar.

«Había grandes probabilidades de que me enviaran a Inglaterra a aprender las mañas técnicas», escribió a su amigo de Didbury. «Primero en Birmingham y después en la oficina de Londres de la casa matriz. Las cosas fueron a las mil maravillas en la primera entrevista con un tipo que se llama Knight y que había estado en Wardens desde 1925 hasta 1930. Jugó en el encuentro Chillingborough-Wardens de 1929, cuando parece ser que nos ganaron por veintidós carreras. No hablamos del trabajo en absoluto, aunque fue él quien me habló de Londres y de Birmingham y me hizo concebir esperanzas. Parecía como la respuesta a una oración, una oración que había estado en mi boca todos aquellos meses. Le conté toda la historia, lo de mi padre y demás. Se mostró bastante comprensivo. La siguiente entrevista fue con el director gerente, y resultó más espinosa, probablemente porque, como Knight había dejado caer, era un estudiante de segunda enseñanza con un mero barniz universitario. Pero aun así pensé que estaba saliendo bien, incluso cuando lanzó un jarrito de agua fría sobre la idea de mandarme a Inglaterra para los cursos de formación. Dijo que había una especie de entendimiento con la Universidad Técnica de aquí para buscar primordialmente entre sus licenciados jóvenes indios con dotes de ejecutivos, pero que también estaban elaborando con la universidad un programa de cursos libres para los "hombres prometedores" de la empresa, un plan consistente en algo así como media jornada de instrucción en la fábrica y media jornada de clases en las aulas. Si obtenía algún diploma en la universidad entonces quizá fuera posible enviarme a Inglaterra para una formación más intensiva. Cargó las tintas negras en el hecho de que yo no estuviese matriculado y dijo: "Desde luego, Coomer, a su edad casi todos los indios jóvenes tienen una licenciatura en artes o en ciencias." Me dieron ganas de decirle: "Bueno, más o menos", pero no se lo dije porque supuse que de todas maneras él conocía la diferencia entre un licenciado en ciencias de Mayapore y un estudiante de clásicas de Chillingborough. Al fin y al cabo, la segunda entrevista terminó con una nota optimista. Vi a Knight después durante unos minutos y me dijo que en el mes que había transcurrido desde nuestra charla había escrito a alguien de la oficina de Londres que había estado en contacto con el viejo Empanada, y que le había dado buenas referencias mías.

»Tuve que esperar otras dos semanas para la tercera entrevista, sobre la cual tanto Knight como el director gerente me habían puesto en guardia, pero dándome la impresión de que se trataba de una mera formalidad, una entrevista con un tipo al que llamaban director de formación técnica, un tipo que se llama Stubbs y a quien se le podría describir como un bocazas... Empezó por enseñarme directamente un pequeño cilindro, desde el otro lado de su mesa enorme, y pedirme que le dijera qué era y para qué servía. Le dije que no lo sabía, pero que tenía pinta de ser una especie de válvula, y entonces él me lanzó una sonrisa afectada y me dijo: "¿De dónde sales, señorito? ¿Te acabas de caer de un árbol?" Luego cogió una hoja impresa y leyó en voz alta una lista de preguntas. Mucho antes de que hubiese terminado le dije: "Ya le he dicho a Knight que no sé nada de electricidad." Él no se inmutó. Seguramente no debería haber mencionado a Knight. Siguió leyéndome las preguntas hasta que yo le dije "No lo sé" por última vez. Entonces me miró furioso y dijo: "¿Eres una especie de cómico o así? ¿Me estás haciendo perder el tiempo adrede?" Yo le dije que eso lo decidiera él. Se recostó en su silla giratoria y nos miramos fijamente un rato que pareció una eternidad. Luego me dijo: "No estamos más que tú y yo en este despacho, Coomer o como te llames. Voy a decirte una cosa. No me gusta tener a negros izquierdosos en mi departamento de trabajo." Me levanté y me fui. Que era lo que él quería que yo hiciera y lo que no pude dejar de hacer si no quería arrastrarme a sus pies.

»Así que ahora ya sabes lo que soy, Colin, un señorito negro. (¿Te acuerdas de aquel bastardo de Parrot, en nuestro primer año en Chillingborough?) Soy un negro izquierdoso porque sé traducir a Tácito pero no tengo ni idea de lo que me estaba preguntando Stubbs. Y ahí no acabó todo. Unos tres días después recibí una carta de Knight pidiéndome que fuera a verle. Me dijo que de momento no había ninguna vacante. Esta vez fue una persona completamente distinta. Perplejo y molesto, haciendo lo que se debe por un ex alumno de Chillingborough, pero en el fondo puñeteramente hostil. Stubbs debía de haberles contado una trola. Y como Stubbs era blanco pensaron que tenían que creerle. A fin de cuentas, para el puesto al que yo aspiraba, probablemente había dos docenas de estudiantes de artes y de ciencias, suspendidos o no, que muy a gusto se pondrían a brincar cuando Stubbs les dijera que brincasen.

»Lo que más me intrigó fue la razón de que dejaran a Stubbs llevar la voz cantante. ¿Por qué él? Seguramente Knight sabía la clase de fulano que era. Pero ni siquiera me insinuó que le gustaría conocer mi versión de nuestra entrevista. No aludió para nada a ella. En realidad, al marcharme me pregunté por qué se habría tomado la molestia de llamarme. Podría haberme comunicado mi eliminación por carta. Más tarde comprendí que posiblemente quiso echarme otra ojeada: como si quisiera mirarme con los ojos de Stubbs y teniendo bien presente lo que él les había dicho. Y entonces caí en la cuenta de que en mi segunda entrevista con Knight difícilmente hubiera podido causarle una buena impresión, aunque no fuese en absoluto culpa mía, porque en cuanto me senté delante de él supe que la cosa no marchaba, y me sentí muy desanimado. Es probable que al tratar de ocultarlo pusiera una expresión de que me importaba un bledo. Me importaba muchísimo, Colin. Al cabo de un rato la conversación se atascó, porque él no tenía nada más que decirme y yo no tenía nada que decirle, aparte de algo como: "Por favor, señor, déme una oportunidad." Quizás él estaba esperando que yo le dijera "señor". No creo que se lo dijera una sola

vez en la primera entrevista, pero, si no lo hice, él no se enteró. Pero desde que había hablado con Stubbs posiblemente estaba alerta a ese tipo de cosas. En resumen, de repente dejó de mirarme y yo me levanté y le dije "gracias". Dijo que apuntaba mi nombre por si acaso surgía algo, y también se levantó, pero se quedó atrás de su mesa y no hizo ademán de estrecharme la mano. Pienso que tenía la intención de darme una especie de consejo sobre que recordara que esto no era Chillingborough y que debería empezar a aprender cómo hay que comportarse con los hombres blancos. De todos modos había esa atmósfera en el despacho. Había aquella mesa entre nosotros. Estar allí con él se había convertido de pronto en un privilegio para mí. Un privilegio que debía aprender a respetar. No me acuerdo de cuándo me fui; sólo recuerdo que me encontré en la puerta principal de la fábrica y que monté en la bici y volví pedaleando por la calle Grand Trunk y el puente Bibighar a mi orilla del río.»

Después de lo que Srinivasan denominó la catástrofe en la Eléctrica, Hari no hizo nada durante una temporada. Lamentaba haber escrito aquella carta a Lindsey, lo lamentaba cada vez más a medida que iban pasando las semanas y no recibía respuesta. Otras cosas encajaron en su mente: la actitud del padre de Colin con él hacia el final de las últimas semanas que estuvo en Inglaterra, actitud que él siempre había atribuido a su malestar por no haber sido capaz de hacer algo por él, algo económicamente positivo; la experiencia del barco, a bordo del cual, una vez pasado el canal de Suez, los ingleses que le habían hablado con bastante libertad desde Southampton en adelante empezaron a congregarse en grupitos exclusivos, de modo que en los últimos días de la travesía los únicos ingleses con quienes consiguió conversar fueron los que hacían el viaje por primera vez. Había compartido un camarote con otros dos muchachos, dos estudiantes indios que regresaban a la patria. No se había entendido muy bien con ellos porque descubrió que no tenían nada en común con él. Le preguntaron su opinión sobre materias a las que nunca había dedicado un pensamiento. Eran estudiantes de economía política y tenían intención de llegar a ser profesores universitarios. Le habían parecido increíblemente obtusos y bastante melindrosos. Tuvo la impresión de que les escandalizaba durmiendo desnudo y vistiéndose y desvistiéndose en el camarote en vez de en los lavabos.

Y de esta forma Hari llegó a comprender, paso a paso, dolorosamente, que los planes de su padre para él tenían un fundamento ilusorio. En la India, un indio y un inglés nunca podrían tratarse en pie de igualdad. Lo que contaba no era la forma en que un hombre pensara, hablara y obrara. Quizá esto también había sido cierto en Inglaterra y los Lindsey habían sido excepciones a la regla general. No culpaba a su padre. Dirigía su cólera contra los ingleses por haber alentado la ilusión que generó los esfuerzos de su padre. Si Hari hubiera sentido más simpatía por sus compatriotas, habría podido, en esta etapa, abrazar su causa, buscar una ocasión de desquitarse de los colonos ingleses. Pero no apreciaba a ningún indio de los que había conocido y lo que sabía o leía acerca de sus métodos de resistir a la dominación británica le parecía pueril e inepto. En cualquier caso *ellos* no confiaban en él. Ni tampoco, al parecer, los ingleses. Advirtió que para el mundo externo se había convertido en un paria. Pero interiormente no se sentía tal. Aunque estuviera completamente solo en el mundo no podía ser un paria. Y no estaba totalmente solo. Todavía le quedaba Colin, en In-

glaterra, y la tía Shalini, en Mayapore. El afecto que sentía por ella, de mala gana al principio, cuando descubrió que era afecto, se había tornado auténtico. En la abnegación de su tía vio la prueba de una preocupación por su bienestar tan grande, o acaso mucho mayor, como la que la señora Lindsey le expresaba de forma tan efusiva, abierta y cálida. No tenía más remedio que reconocer que la tía Shalini, a su modo extraño y retraído, le tenía cariño. Lo malo era que este cariño no alcanzaba ni estimulaba a Hari fuera del pequeño universo interiorizado que era el único que ella conocía y que a él le asfixiaba y muchas veces le horrorizaba. Le resultaba difícil entrar en él siquiera brevemente para manifestar a la tía Shalini que devolvía afecto por afecto. Para entrar en ese mundo tenía que protegerse de él cultivando su desprecio y mostrando su repugnancia. No podía evitar que ella pensara a menudo que aquel desprecio y aquella repugnancia iban dirigidos a ella. Cuando ella le daba dinero él no podía agradecerlo debidamente. Era dinero de Gupta Sen. Quizás ella comprendía la repulsión de Hari ante aquel dinero, y que esta repulsión aumentaba a tenor de su necesidad creciente; o quizás él la había herido con sus bruscas palabras de agradecimiento. La tía Shalini cogió la costumbre de meter el dinero en un sobre y dejarlo en la mesa del dormitorio de Hari. A él le conmovía que al poner su nombre en el sobre siempre lo escribiese como «Harry».

También le emocionaba el que ella diera muestras de considerarle el cabeza de familia, cabeza en el sentido hindú de la familia, porque era un hombre; el sostén, el marido y el padre en potencia; el procreador. Él no podía hacerse a la idea de convertirse en un hombre casado. Las muchachas indias no le atraían. Las inglesas que veía en el acantonamiento parecían moverse dentro de los pliegues de un *purdah*[17] invisible que tornaba sus cuerpos irreales, asexuados. Sus apetitos se centraban en un ser antropomórfico cuyo sexo era evidente por la hechura de los muslos y los senos abultados, pero cuyo color era ambivalente; torpe, ciego e inmóvil debajo de su propio cuerpo, que, de noche, bajo la tensión de la vigilia o el sueño, a veces penetraba el vado y se deshacía del peso muerto de su impulso ardiente, pero sin destinatario.

Cuatro semanas después de la última entrevista con Knight, Hari solicitó otro empleo. Había dedicado el intervalo transcurrido a descifrar la lógica de una situación que ahora aceptaba como real y no ilusoria. El don precioso recibido de su padre, su britanismo, era claramente, en muchos sentidos, un estorbo, pero seguía considerándolo fundamentalmente una ventaja. Era la única cosa que le confería distinción. Era un muchacho fuerte, saludable y no mal parecido, pero había incontables jóvenes así. En lo que les sobrepasaba era en su dominio de la lengua inglesa. La lógica dictaba una explotación de esta ventaja. Se le ocurrió que también podía ganar dinero dando clases particulares y enseñando a chicos que quisieran mejorar su inglés; pero ese género de vida no le atraía. Dudaba de que fuese lo suficientemente activa o de que él tuviera la paciencia que exigía, y mucho menos la aptitud. La otra posibilidad, y quizá la única restante, era mucho más interesante.

Al cabo de más de un año de leer la *Mayapore Gazette,* vio cuál era el punto en que su historial académico podía poner el pie. El periódico, propiedad de un indio, dirigido por un indio, también estaba obviamente escrito y redactado por indios. Sus artículos de fondo y de información general eran de bastante calidad, pero sus crónicas de los sucesos locales

[17] Velo que usan las mujeres hindúes de casta alta.

resultaban muchas veces involuntariamente cómicas. Han supuso que la reputada popularidad del periódico entre los ingleses de Mayapore obedecía al hecho de que les proporcionaba un blanco de las burlas y asimismo la ocasión de ver sus nombres impresos en los ecos de sociedad y las páginas de deportes. Un periódico de propietario indio era, en efecto, juiciosamente inofensivo. Dejaba el compromiso político para los diarios locales en lengua vernácula, de los que había varios, y al periódico oficial en lengua inglesa, que se titulaba el *Mayapore Hindú* y que algunos de los funcionarios ingleses leían como una obligación y otros compraban con objeto de comparar sus informaciones con las del *Statesman* de Calcuta y el *Times of india,* pero que la mayoría despreciaba. Lo habían cerrado en más de una ocasión.

En cuanto Hari hubo decidido pedir trabajo al *Mayapore Gazette,* pasó varios días copiando de ejemplares antiguos muestras de sintaxis y modismos particularmente malas, y reescribiéndolas. Cuando estuvo convencido de su capacidad para la tarea que pensaba proponerle al director, le escribió y le pidió una entrevista. Redactó la carta varias veces hasta cerciorarse de que la había reducido a sus términos esenciales. Según el encabezamiento que figuraba encima del editorial, en la página central de la *Gazette,* el director se llamaba B. V. Laxminarayan. Le dijo que estaba buscando trabajo. Le dijo su edad y le informó brevemente de algunos detalles de su educación. Le dijo que para ahorrarle la molestia de contestar le telefonearía al cabo de dos o tres días para saber si podía ir a verle. Titubeó, pero al final decidió añadir que el señor Knight, de la Compañía Eléctrica Anglo-india, seguramente estaría dispuesto a cederle las referencias que habían sido obtenidas del director de Chillingborough. Firmó la carta «Hari Kumar» y estampó en el sobre «Personal», para disminuir las posibilidades de que fuera abierta y destruida por algún empleado temeroso de perder su propio puesto. No en vano había trabajado en la oficina de su tío. Dudaba de que Laxminarayan conociera a Knight, o de que le conociera lo bastante para telefonearle, o —si se equivocaba en estas dos suposiciones— de que Knight tuviera el valor de contarle a un indio otra historia que no fuese la de que Kumar y él habían mantenido varias entrevistas, pero no había vacantes. Igualmente confiaba en el concepto que Knight tuviera de la caballerosidad al dar informes a otro, en su calidad de empleador posible, acerca de un joven contra cuyo antiguo colegio había jugado al cricket.

Hari acertó en la segunda de sus conjeturas. Laxminarayan conocía a Knight, pero no lo suficiente para telefonearle, a menos que quisiera pedirle confirmación de un rumor sobre las actividades de la Eléctrica Anglo-india. En ningún caso le hubiera llamado a propósito de la carta de Kumar. A Laxminarayan no le gustaba Knight, a quien personalmente conceptuaba un profesional hipócrita de la seducción, cuyas inclinaciones liberales habían sido sofocadas mucho tiempo antes por su temor moral a las consecuencias sociales de decir sin rodeos lo que pensaba. «De Knight», le dijo a Hari más tarde, «sólo se puede decir ahora que es un peón». Hacía estos comentarios ásperos sobre Knight para no tener que pensarlos de sí mismo.

A Laxminarayan le interesó la carta escrita por Hari Kumar, pero cuando le contestó («No deje de telefonear, aunque de momento no tengo plazas libres») no tenía intención de contratarle. De hecho, el propietario ausente, Madhu Lal, que vivía en Calcuta, le había ordenado reducir los gastos generales y obtener un porcentaje más racional de ganancias con respecto al capital invertido. El punto de vista personal del director era que se podía

aumentar la tirada de la *Gazzette* si el periódico se comprometía visiblemente con la causa del nacionalismo indio. Sabían que los miembros del subcomité local del Congreso odiaban el periódico, y que para los ingleses era motivo de chirigota. Creía que era posible aumentar sus ventas entre los ingleses si lograba subirles la tensión arterial. La empresa no perdería la masa de sus lectores actuales —indios tímidamente occidentalizados e ingleses esnobs—, porque eran corderitos por definición. Pero calculaba que en el curso de doce meses se podría aumentar en cinco o diez mil ejemplares la tirada semanal si Madhu Lal accedía a convertir el periódico en un foro local y nacional de opinión informada y polémica: no hindú, no musulmana, no inglesa, sino, en su mejor sentido, india.

Laxminarayan creía religiosamente en su periódico. Creer en él era un medio de continuar creyendo en sí mismo, y la crítica franca de sus deficiencias era una ocupación más remuneradora que criticarse a sí mismo. Había descubierto una manera de reemplazar la acción negativa por el pensamiento positivo; lo que quizá venía a ser lo mismo. Estaba demasiado comprometido con las concesiones del principio de la edad madura para poder reavivar —en un sentido práctico y sensato— la chispa rebelde de su juventud. Ciertamente venía a ser lo mismo desde el punto de vista de Hari. Cuando Laxminarayan le conoció, bastaron unos minutos de conversación para que el demonio sofocado en el hombre de más edad pataleara, intentara —impotentemente— asumir el control de su juicio. El demonio sintió aversión por Kumar: el aire, la voz, el modo en que se sentaba, con la cabeza erguida, las piernas cruzadas, una mano negra descansando en el otro extremo de la mesa; un *sahib* negro en embrión, hablando con el aplomo de un *sahib,* la clase de seguridad en sí mismo que se traducía en superioridad sutilmente reprimida en provecho de la entrevista inmediata. El demonio sólo dejó de patalear porque los flancos interiores de Laxminarayan estaban habituados al aguijón diabólico y porque vio en Kumar una baza potencial, una baza con respecto al tipo de publicación que Mandhu Lal quería que fuese la *Gazette.* Y cuando Kumar le entregó unos papeles, prueba escrita de sus talentos de redactor —párrafos y columnas que reconoció como extractos de ejemplares atrasados, ahora transformados en el inglés simple, claro, correcto, que en momentos de agobio ni siquiera lograba redactar el director, sobrecargado de trabajo— , supo que le ofrecería empleo y que probablemente se desharía de uno de los chicos que le fastidiaban pero por quien sentía un gran cariño, uno de los chicos con poco talento pero un gran corazón, y que con toda probabilidad resultaría a la larga un estorbo.

Laxminarayan. Actualmente vive en un bungalow que en un tiempo perteneció a una familia euroasiática que abandonó Mayapore en 1947: un bungalow de la calle Curzon. Ahora es un anciano. Está escribiendo una historia de los orígenes del nacionalismo indio que probablemente nunca acabará, y mucho menos publicará: su apología de muchos años de pacto personal. Reconoce que la estrategia de Madhu Lal fue a la postre rentable porque el *Mayapore Gazette* ha gozado de una existencia ininterrumpida. Puesto en sus manos, en las de Laxminarayan, el periódico hubiera sido condenado a muerte en 1942, año en que cerraron el *Mayapore Hindú* por tercera o cuarta vez. Pero ahora le divierte la base nacional-hindú de la *Gazette:* sus ínfulas de haber apoyado siempre las causas cuya defensa se ha vuelto popular en el ámbito local. Su nuevo propietario es un brahmín refugiado de Pakistán. Su nuevo director es primo del propietario. Con

respecto a la política en el centro concede más espacio a los discursos y actividades de Morarji Desai. El año que viene proyectan publicar una edición hindú simultánea, como primer paso encaminado a prescindir por completo del inglés. Esto, más que otra cosa, entristece a Laxminarayan, que a lo largo de su vida ha mantenido una relación de amor y odio con el idioma inglés. Es el idioma en que aprendió a pensar sus ideas revolucionarias, y la lengua que tan de buena gana se prestó al designio de hacer que la precavida línea evasiva que había adoptado disfrazase de sentido común lo que era simple miedo.

—¿Qué soy ahora? —te preguntará, si vas a verle a su casa, donde vive rodeado de nietos cuyas voces agudas parecen salir de cada habitación y del jardín soleado que, como dirían los ingleses, es pasto de la incuria—. Pues le diré. Soy un viejo que ha vivido una de las agitaciones más grandes de la historia moderna; el primero, y creo que el más apasionado, de toda una serie de levantamientos, rebeliones contra la dominación del hombre blanco, que ahora se han vuelto tan tópicas que casi son aburridas. Y he salido de la epopeya sin un solo rasguño. Un verdadero vicario de Bray, ya me entiende. Ahora jubilado con una pensión. Socio honorario vitalicio del club Mayapore, donde se reúnen los buenos hindúes. Vienen a verme jóvenes periodistas cuando se enteran de que goberné el timón de la *Gazette* a través de aquellas aguas procelosas de la preindependencia, y me dicen : «Sir, díganos por favor cómo eran realmente las cosas en la época de los ingleses.» Igual que dirían ocasionalmente los jóvenes de su país: «¿Cómo se vivía en los tiempos de Hitler y Mussolini?» Ya ve, la antigua colonia inglesa se ha convertido en un mito. Nuestros jóvenes conocen a los nuevos ingleses y se dicen: «¿Qué fue todo aquel jaleo? Estos tipos no tienen pinta de monstruos, y sólo parecen interesarles las cosas que nos interesan a nosotros. No les interesa el pasado y tampoco a nosotros, salvo en la medida en que nos preguntamos qué fue todo aquel barullo, y no estamos seguros de que nuestro gobierno lo esté naciendo mejor, o ni siquiera de que este gobierno nos represente. El gabinete actual parece más un matrimonio incómodo entre la vieja ortodoxia y los antiguos revolucionarios, y esa gente no tiene nada interesante que decirnos.» »Le di trabajo a Kumar y más tarde me deshice de un muchacho que se llamaba Vidyasagar y que fue detenido en 1942, junto con varios miembros más de la redacción del *Mayapore Hindú, y* posteriormente encarcelado. Me pidieron que hiciera algunas gestiones en aquel asunto desagradable en que se vio envuelto el joven Kumar por la época de Bibighar. Me temo que me negué. Nadie me pidió que usara mis buenos oficios en el caso del pobre Vidyasagar, que recibió quince bastonazos por infringir las normas de la cárcel. No es que pudiera haber hecho algo por ninguno de ellos. Pero se me atragantó, por distintos motivos, la detención de los dos jóvenes, aunque Kumar tenía gente que intercedió por él, gente que me telefoneaba y me decía: "¿Puede sacar a Hari de prisión? Usted fue su patrón. ¿No puede hacer algo por él? ¿No puede *demostrar* que no estaba en las inmediaciones de Bibighar?" Gente como Lady Chatterjee. Y aquel tipo, Knight, de la Eléctrica Anglo-india, a quien seguramente le remordía la conciencia. Hasta el ayudante del subcomisario, el señor Poulson, me mandó a buscar y me hizo preguntas sobre la verdadera filiación política de Hari Kumar. Yo le contesté: "Señor Poulson, Hari es como yo. No tiene ninguna. Es un pelotillero del *Raj."* Yo estaba furioso. No veía por qué tenía que levantar un dedo para ayudarle. Si los ingleses no eran capaces de ver por sí

mismos que era inocente, ¿por qué iba yo a intervenir? Hari Kumar era más inglés que ellos.»

Una semana después de haber conseguido empleo en el *Mayapore Gazette,* Hari recibió una carta de Colín Lindsey. Estaba fechada hacia finales de julio de 1939. Colin se disculpaba por no haber escrito durante tanto tiempo. «Hace unos meses me alisté en el ejército de reserva y tu última carta me llegó al campamento de instrucción», explicaba. «Estamos muy ocupados. Si hay guerra —y hay posibilidades de que haya— me nombrarán oficial; de lo contrario, me lo pasaré en grande siendo simplemente un cabo interino y sin sueldo. (Me han dado los galones en el campamento este verano.) Espero que tú también estés pensando en alistarte, ¿verdad, Harry? Quiero decir si sucede algo. Me han dicho que el ejército indio está bien pertrechado, y que ya no solamente tiene oficiales ingleses. ¡Quizá nos encontremos en una trinchera, como final de viaje! Siento que hayas tenido una experiencia tan desagradable en aquella fábrica o lo que fuera. No entiendo por qué los parientes de tu tía no sueltan la pasta para que puedas ingresar en el ICS. Papá me dice que un amigo suyo le ha dicho que los indios pueden llegar a ser magistrados del Tribunal Supremo, o sea que el ICS parece ser lo acertado. Eso o el ejército. Yo te recomiendo esto último. Es una vida magnífica. Y francamente, Harry, serías un fabuloso jefe de pelotón, que es lo que yo quiero ser si la guerra estalla. Entonces podrías hacerle un corte de mangas al tal Stubbs, que evidentemente no es más que material de segunda. ¡Como yo en este momento! Tengo la sensación de que para cuando recibas esta carta estaré en Francia. ¿Por qué diablos tiene que ser siempre Francia? En mi compañía piensan que los teutones tendrían que avanzar directamente sobre ella. En cuyo caso podríamos darles un par de lecciones. El comandante Crowe, nuestro oficial jefe, calcula que con ese régimen de mantequilla y cañones los pobres diablos están medio muertos de hambre y que no tienen fuerza para echarse al hombro un fusil, y no digamos manejar su artillería. ¡Querido Harry. Ojalá estuvieras aquí. Podríamos ir juntos. Porque mi dinero es lo único que se va en estos tiempos. Mis padres te envían cariñosos saludos.»

«Una vez me habló de una carta de aquel amigo suyo, Lindsey» (dijo la Hermana Ludmila). «¿Por qué me trataba como a su confesora? No me lo merecía. Me habló con aquel aire suyo de no creer en nada, que no era natural en él, pero que había adquirido. "Hermana", me dijo, "¿qué habría hecho usted si hubiera recibido una carta de un viejo amigo que le demostrase que de pronto estaban hablando un lenguaje distinto?" No recuerdo lo que le contesté. A menos que dijera: "Sólo existe el lenguaje de Dios." Queriendo decir, ya sabe, la verdad: que la verdad es el único lenguaje que importa. Él no era totalmente inocente de lo que había ocurrido, ya que al escribirle no le dijo a Lindsey lo que sentía por dentro. Quizá no se lo dijo porque no pudo. Porque ni siquiera lo sabía él mismo.»

Hari recibía del *Mayapore Gazette* sesenta rupias al mes, el equivalente de un poco más de cuatro libras. Daba la mitad a su tía Shaliniporque Romesh Chand le había rebajado su asignación el día en que Hari empezó a trabajar para Laxminarayan. Le pagaban sesenta rupias por su trabajo de redactor. Si Laxminarayan publicaba alguna de las crónicas originales de

Hari tenía que pagarle a una tarifa de una *anna* por línea. Por dieciséis líneas, por tanto, Hari ganaba una rupia.

Le contó todo esto a Colin cuando contestó a su carta. Tal vez intentó encontrar un medio de mostrar a Lindsey que en Mayapore la amenaza de las ambiciones alemanas parecía muy remota, y que la actitud heroica de Lindsey, curiosamente similar a la prebélica de 1914, estaba en flagrante contradicción con lo que Hari pensaba acerca de sus obligaciones inmediatas y con sus claros recuerdos del desprecio por la guerra que Colin y él habían compartido o al menos habían profesado compartir. Algo le había ocurrido a Colin. El qué intrigaba a Hari. Había habido una época en que los dos convinieron en que podría ser necesario adoptar una línea de escrupulosa oposición a lo que llamaban violencia física forzosa en interés de los objetivos políticos y económicos de una nación. Y ahora Colin le hablaba nostálgicamente del final de viaje. ¿Corrompía tanto a un hombre el uniforme? ¿Y qué, de todos modos, había impulsado a Colin a ponerse voluntariamente uno? Colin había afirmado en una ocasión que el patriotismo, como el fervor religioso, era una perversión del instinto humano de supervivencia. Chillingborough era un invernadero de administradores, no de soldados. Para un administrador, un soldado representaba la última defensa de una estrategia: una ante la cual, en conjunto, era vergonzoso retroceder.

«Me alegro», escribió Hari, «de que no consideres demasiado agobiante la vida en el ejército...».

¡Aquella sutileza del inglés! Le pareció, incluso en el momento de escribirlas, que aquellas palabras podían leerse como reticencia varonil o crítica malévola.

«... Y supongo que si las cosas llegan a ese punto, la India también entrará en guerra. Lo que significará que yo entraré con ella.»

Se sentó y pensó un momento. No sentía en absoluto que él fuera a entrar en la guerra.

«Es difícil aplicar una teoría cuando se afronta una situación que exige algún tipo de reacción activa», prosiguió. «Supongo que tú has afrontado una de un modo muy parecido a como yo lo he hecho.»

Recordó la época en que el señor Lindsey había definido a Adolf Hitler como un puñetero pintor de brocha gorda, para más tarde decir que era un hombre que «al fin y al cabo, ha hecho cosas». También se acordó de que, durante los sucesos de Munich, que habían coincidido con su propia acción de apaciguamiento del tío Romesh Chand, Colin le había escrito una carta en la que expresaba alivio por el hecho de que el sentido común de Chamberlain hubiese eludido las hostilidades. Para Hari, en Mayapore, Munich no había significado nada. Retrospectivamente, juzgó que para los ingleses de Mayapore, arropados como estaban en el calor de su invulnerable dominio racial, tampoco había significado nada. No dudaba, sin embargo, de que el tono de la última carta de Colin era un reflejo exacto de un estado de ánimo que ahora compartía el conjunto de ingleses, tanto en Inglaterra como en el extranjero. Trató de sentirlo él, pero no pudo. La inspiración para ellos no se encontraba en el Chillianwallah Bagh, en el acantonamiento, en el tribunal de magistrados, en las audiencias y tribunal de apelación del juez de distrito, o ni siquiera en el *maidan,* lugares con los que Hari se había ido familiarizando a raíz de su trabajo para la *Gazette.* No se podía encontrar en ellos porque él entraba en esos lugares como un indio. Entraba con permiso, no por derecho. No le gustaba lo que veía. No le

gustaba lo que sentía: la envidia de los ingleses y sus instituciones, envidia que venía a llenar el vacío creado por la pérdida de su propia identidad inglesa. Con deprimente facilidad podía imaginarse a Colin en el lugar del joven británico que actuaba como magistrado —no precisamente con poder de vida o muerte (porque sus poderes judiciales estaban restringidos) —, pero sí con el de enviar a la cárcel por un año a un hombre con edad suficiente para ser padre; con facilidad deprimente porque en aquel joven era posible ver a Colin mismo, siquiera fuese simbólicamente, a una luz desagradable. Por otra parte, no lograba ponerse mentalmente en el lugar del magistrado indio que apareció un día en sustitución del inglés, y que ejercía su cargo con no menos acritud o seguridad. Hari se preguntó por primera vez: ¿Qué hace un indio ahí sentado, multando a aquel hombre, encarcelando a esa mujer, remitiendo este caso a la audiencia? Experimentó una resistencia insospechada a la idea de que un indio realizase la tarea de un inglés. Cuando se puso a analizar esta resistencia comprendió que había reaccionado como un miembro de una raza sojuzgada. Este pensamiento le alarmó.

«Qué alboroto», escribió a Colin dos meses más tarde (cuando muy lejos, en Europa, la guerra ya había empezado), a propósito de la dimisión de aquellos ministerios provinciales que habían estado controlados por el Congreso. «Claro que los dos puntos de vista son comprensibles. El virrey tenía que declarar la guerra en nombre de la India porque es el representante del rey-emperador, y los alemanes se han erigido en enemigos del rey. Pero dado que desde hace algún tiempo la política inglesa con respecto a la India ha sido la de tratarla como un dominio embrionario que no tardará en devenir autónomo, el virrey podría al menos haber cumplido la formalidad de consultar a los dirigentes indios. Algunas personas afirman que la ley de 1935 le obligaba a efectuar esta consulta, pero aunque no fuese así, hubiera sido mucho más efectivo formular la declaración de guerra junto con un comunicado simultáneo indio proclamando su intención de cooperar libremente. Y es comprensible también que después de haberse hablado tanto sobre los objetivos bélicos ingleses, los indios opinaran que uno de ellos debería ser la independencia de la India inmediatamente después de finalizar la guerra. El hecho de no haberlo citado como objetivo concreto, con una fecha concreta, había inducido a creer a muchísimos indios que debían insistir en reclamar la independencia *ahora*. Dicen que sólo un país libre combate con entusiasmo. Y temen que después de la guerra se repitan todas las evasivas que se han producido en estos últimos diez años o más. Pero yo creo que ellos mismos son en gran parte responsables del retraso. El Congreso dice que representa a la totalidad de la India, pero no es cierto. Todas estas disensiones sobre lo que representa cada cual simplemente favorecen a los ingleses que no quieren entregar la India: la clase de gente que según mi padre se saldría con la suya. Creo que en conjunto es probable que tuviese razón. Por ejemplo, ahora que todos los ministerios del Congreso han dimitido, casi todas las provincias se hallan nuevamente sometidas a la dominación de un gobernador y un consejo, lo cual me parece exactamente algo que un partido sensato hubiera procurado evitar, porque políticamente les retrasa años. Pero nunca he podido y creo que nunca podré entender el sentido de la política india. En cuanto al efecto que la guerra ha causado sobre los ingleses de aquí, que yo sepa no ha habido ninguno. Sinceramente, es como si fuera algo que está sucediendo casi en otro mundo, si puede afirmarse que está sucediendo en alguna parte. A juzgar por las noticias no

ocurre gran cosa, ¿no? Los ingleses de aquí dicen que Hitler se da cuenta ahora de que ha abarcado más de lo que puede apretar, y que acabará siendo un chico juicioso y llegará a un acuerdo con Francia e Inglaterra. Algunos indios dicen que sus propios dirigentes, Nehru en especial, han estado años advirtiendo a Occidente de la amenaza que Hitler siempre ha representado.»

Aparte de una breve carta escrita en Navidades de 1939, una Navidad que Colin había pasado en su casa, después de terminar un curso de instrucción de cadete, Hari no tuvo noticias de él durante casi un año. Una nota de su padre, en la primavera de 1940, le informó de que Colin estaba «en algún sitio de Francia», y que le había expedido la última carta de Hari. Le comunicaba que lo mejor que podía hacer era escribir a Colin a Didbury, para que pudieran enviarle las cartas dondequiera que se hallara en aquel momento.

Hari no pudo esquivar el recuerdo de la actitud que el padre de Colin había adoptado en 1938, y que él había empezado a considerar, durante los dos últimos años, como una prueba de que el hombre ya no confiaba en él. «¿Qué hará con mis cartas?», se preguntó. «¿Las leerá? ¿Las censurará? ¿No se las enviará si digo algo que a su juicio podría disgustar a Colin, o si digo algo que no le guste a él personalmente?»La sombra del señor Lindsey caía sobre el papel cada vez que escribía. Era una perturbación más del flujo regular de pensamientos dirigidos a su viejo amigo. Ahora se había apoderado de él la convicción de que él y Colin se estaban distanciando cada vez más como consecuencia no sólo de las circunstancias, sino también de la intervención de la fuerza poderosa de aquel espíritu maléfico que había conducido a su padre a la muerte y a él al exilio, pero la carta que recibió por fin de Colin en agosto de 1940 pareció indicar que nada había cambiado fundamentalmente entre ellos. La estructura de una amistad rara vez se somete a análisis hasta que se ve sometida a prueba; y cuando Hari probó a analizar su amistad con Colin descubrió que era saludablemente clara. Era una atracción entre iguales que largo tiempo atrás había superado toda curiosidad inicial, mórbida o pueril, que hubiera habido por los colores de la piel y la magia de los genes. La carta de Colin remontaba los años. Era la auténtica voz de su amigo Lindsey. Leyendo entre líneas, Hari comprendió que Colin no había recorrido un camino de rosas. Eso restablecía la igualdad. La carta le proporcionaba escasa información general. El joven Lindsey había estado en Dunquerque y desde entonces «en el hospital una temporada, no porque me hirieran seriamente, sino porque llevó mucho tiempo conseguir el tratamiento y los vendajes adecuados, y las cosas me sentaban mal, pero ahora ya se han arreglado». Le escribía esta carta desde casa, durante un permiso entre la salida del hospital y la reincorporación a su unidad.

«Fue una carnicería horrible, por si quieres saberlo. Me divierte oír a mi padre diciendo a la gente que su hijo estuvo en Dunquerque, como si fuera algo de lo que enorgullecerse. El sentimiento que perdura es el de rabia, pero de una rabia sin destinatario, porque no se puede hacer a una persona o a un grupo más responsable que a otros. Supongo que fue nuestra vieja amiga Némesis ajustando por fin las cuentas con nosotros. Perdí a un buen amigo. El otro día fui a ver a su hermana. Es ridículo verse envuelto en una de esas situaciones triviales de melodrama. Las dos detestamos la nuestra. Cuando salí del hospital papá me entregó dos cartas tuyas que había guardado. Tuvimos un pequeño altercado al respecto. A mí me preocupaba lo que

estarías pensando al no recibir contestación. Al principio me dijo que no había querido molestarte, y que de todas formas comprenderías que yo estaba ocupado en otras cosas. Luego confesó que las había leído y que estaban llenas de reflexiones políticas "exaltadas". Hari, te lo digo únicamente porque si me escribes otra vez a casa debes tener presente que pueden leerlas. Me ha prometido no volver a hacerlo y sabe que está mal hecho, pero últimamente se le han metido ideas raras en la cabeza. No quiero herir al viejo, pero en muchos sentidos me parece un desconocido. Y ésta es otra situación típica, ¿verdad? Tan típica que a veces no me fío de mis propias reacciones. Pero muchísimas cosas que dice y hace me crispan los nervios. Tiene un mapa de pared del *Times* y clava en él alfileres como un general. El alfiler clavado sobre Dunquerque tiene una banderita inglesa. Tengo la impresión de que me representa a mí. Escribe y dime cosas sensatas.»

¿Sensatas? El día en que Hari recibió esta carta había estado en el juzgado de distrito para seguir la vista de apelación contra un hombre acusado y declarado culpable por el tribunal de magistrados de Tanpur de haber robado la vaca de otro hombre y habérsela vendido a otro que la había entregado como parte de la dote de su hija. Los acusados dijeron que la vaca había pasado a ser de su propiedad porque su dueño se negó a impedir que siguiera pastando en su tierra, y el animal se había alimentado gratis en el pasto ajeno y había consumido forraje por un valor superior al precio de la vaca en el mercado. La apelación se sustentaba en el argumento de que el magistrado de Tanpur no había aceptado la prueba aportada por dos testigos que estaban dispuestos a jurar que el condenado había advertido repetidas veces al dueño de la vaca de su intención de venderla. El juez Menen desestimó la apelación y Hari salió del juzgado porque el caso siguiente y último era un recurso contra una condena de prisión dictada de acuerdo con el artículo 188 del código penal indio, y el director de la *Gazette* nunca publicaba crónicas de asuntos tan controvertidos.

«¿Sensatas?», escribió Hari a Colin. «Supongo que, especialmente en tiempo de guerra, es sensato, aunque no sea justo, encarcelar a un hombre por expresar sus ideas. Pero no se trata simplemente de una medida de tiempo de guerra. Es una costumbre que data de antiguo y que deriva de un artículo de la ley de enjuiciamiento criminal. El artículo 144 faculta a la autoridad civil para decidir por sí sola que fulano de tal es una amenaza potencial para la paz pública y, por lo tanto, para *ordenarle* que guarde silencio so pena de detención y encarcelamiento. Si desobedece esta orden, se le juzga y se le sanciona de conformidad con el artículo 188. Creo que puede apelar, si tiene intención de hacerlo, hasta el tribunal supremo provincial. Yo estaba en el juzgado de distrito el día en que recibí tu carta. Me marché justo antes de que el juez (un indio) viera una apelación así, y en consecuencia no sé nada de los procesos mismos. Pero al salir vi al acusado, esperando con dos agentes, y le reconocí. Era un tal Moti Lal; él también me reconoció y me dijo: "Hola, Coomer", y entonces le obligaron a cruzar la puerta por la que entran los presos. La última vez que había visto a ese hombre estaba trabajando como empleado de mi tío en el almacén del apartadero. Investigué al respecto cuando volví a la oficina. Mi tío, por lo visto, le había despedido unos meses antes, al parecer por ineficiencia. Pero de lo que me dijo el director de mi periódico deduzco que la verdadera razón fue que mi tío se enteró por alguien de que Moti Lal colaboraba con lo que se podría llamar el brazo clandestino del partido del Congreso. Pregunté al abogado de

mi tío, un brahmín que se llama Srinivasan, por qué habían detenido realmente a Moti Lal. Parece ser que estaba siempre «incitando» a los trabajadores y a los estudiantes a ir a la huelga o a provocar disturbios, y que había desobedecido una prohibición expresa de hablar en un mitin de los estudiantes mayores de la Universidad Técnica. Sospechaban también que era el cabecilla de un grupo de jóvenes que imprimían y distribuían escritos sediciosos, pero no encontraron pruebas. De todos modos, le impusieron seis meses. Y su apelación fue desestimada. Un ex colega de la *Gazette* — Vidyasagar, que ahora trabaja para un periódico radical, el *Mayapore Hindú*— me lo contó cuando me encontré con él ayer en el juzgado.

»Vidyasagar es un tipo majo que me cae bastante bien, pero tengo mala conciencia por su causa. Las primeras semanas que trabajé en la *Gazette* el director me mandó con él prácticamente a todas partes, y luego le despidió. Vidya se lo tomó bien. Dijo que había adivinado la intención del director cuando le encargó que me enseñara los gajes del oficio. Dijo: "No te culpo a ti, Kumar, porque tú no sabías nada." Me pincha un poquito cada vez que nos encontramos por casualidad, y me dice que con el tiempo podría aprender a ser un buen indio.

»Pero no sé con certeza lo que significa *ser* un buen indio. ¿Es el que se enrola en el ejército (porque es tradición familiar alistarse), o el que es lo bastante rico y ambicioso para aportar dinero a los fondos bélicos del gobierno, o el rebelde que va a la cárcel como Moti Lal? ¿O es el buen indio el Mahatma, a quien todo el mundo aquí llama Gandhiji, y que el mes pasado, después de que Hitler había mostrado a Europa para qué servía su ejército, elogió a los franceses por haberse rendido y escribió al gabinete británico pidiéndole que adoptase una forma de lucha más noble y valiente" y que permitiese la entrada en Inglaterra de los poderes del Eje? La forma más noble y valiente significa seguir su método prescrito de no-cooperación pacífica. Eso, por lo visto, es un "buen indio". Pero luego está Nehru, que evidentemente piensa que esta actitud es una locura. Aparentemente, quiere combatir a Hitler. Dice que las dificultades de Inglaterra no son la oportunidad de la India. Pero a continuación añade que esas dificultades impiden detener la lucha de la India por la libertad. En ese caso quizás el buen indio sea ese exmiembro del Congreso, Subhas Chandra Bose, que afirma que la libertad es prioritaria y que ahora está en Berlín, dando coba a Hitler y diciéndonos por radio que tenemos que romper nuestras cadenas. ¿O el buen indio es ese Jinnah, que ha simplificado por fin el problema de las comunidades exigiendo un estado autónomo para los musulmanes si el Congreso con mayoría hindú logra deshacerse de los británicos? ¿O es uno de los príncipes indios que tienen un tratado con la corona inglesa por el que se respetan sus derechos soberanos, y que no tienen intención de perderlos simplemente porque un montón de políticos radicales indios obtengan el control de la India? Este problema es en realidad más grave de lo que yo pensaba, porque los príncipes detentan casi un tercio de la totalidad del territorio nacional. ¿Y no deberíamos, por otra parte, olvidar todos estos aspectos complicados del problema de quién es o no es un buen indio y definirlo como el campesino sencillo a quien sólo le interesa librarse del yugo del prestamista local y adquirir la propiedad plena de lo que cultiva? ¿Y qué pintan los ingleses en todo esto?

»La respuesta es que realmente lo ignoro, porque aquí no me consideran uno de ellos. Sólo les trato superficialmente, en mi calidad de miembro de la

prensa, en esa clase de actos sociales en que tú, en la Inglaterra sitiada y racionada, te morirías de risa o de rabia. Y además, si les dirijo la palabra, me miran asombrados porque hablo igual que ellos. Si alguno me pregunta (alguno de los hombres, nunca una mujer) cómo he aprendido a hablar inglés tan bien y se lo digo, pone una expresión atónita, casi ofendida, como si le estuviera gastando una broma y esperase que se la creyera.

»Una de las cosas que supongo que les molesta en este momento es el intento de los americanos (que aún no están en guerra, si es que llegan a estarlo) de inmiscuirse y obligarles a hacer concesiones a los indios, a quienes, por supuesto, los británicos consideran propiedad privada suya. Los ingleses dan saltos de alegría por la elección de Churchill, ya que es el único político británico que siempre se ha pronunciado públicamente en contra de cualquier medida de reforma liberal en la administración del imperio indio. Su reciente tentativa, después de la derrota de la fuerza expedicionaria inglesa en Francia, de acallar las ambiciones indias con más promesas vagas de otorgarles una participación mayor en el gobierno de su propio país (lo que, en suma, no supone mucho más que la inclusión de unos cuantos indios seguros o aceptables en el consejo del virrey) solamente ha conseguido hacer reír a los radicales. Éstos no han olvidado (según me dice mi director) todas las promesas que les hicieron en la gran guerra, una guerra en la que el Congreso prestó toda la ayuda posible en la creencia de que valía la pena apoyar a la corona, porque después la monarquía inglesa les recompensaría reconociendo sus reclamaciones de un cierto grado de autonomía. Tales promesas nunca se cumplieron. Se adoptaron, en cambio, medidas aún más rigurosas para reprimir la agitación, y el triste asunto de las promesas hechas en la primera guerra mundial acabó en 1919 con el espectáculo de la matanza en el Jallianwallah Bagh de Amritsar, cuando aquel general Dyer ordenó abrir fuego sobre una multitud de civiles desarmados que no tenían medio de escapar y murieron a centenares. La aparición de Churchill como jefe del gabinete británico en guerra (recibida con tanto júbilo por los ingleses de aquí) ha deprimido a los indios. Presumo que esta reacción es emotiva. No tenía idea de que el nombre de Churchill apestara hasta ese punto. Le llaman el ultraimperialista. Es curioso que lo que parece bueno para Inglaterra sea exactamente lo mismo que resulta malo para la parte del imperio que Disraeli llamó en una ocasión la joya más brillante de la corona inglesa. Los liberales indios, por supuesto, dicen que Churchill ha sido siempre un realista —incluso un oportunista— y que será lo suficientemente astuto para cambiar de chaqueta una vez más y hacer concesiones liberales. Como prueba de ello, aducen el hecho de que ha incluido en el gabinete a miembros de la oposición laborista para prestar al gobierno británico una apariencia de solidaridad nacional.

»Pero me pregunto cuál será el resultado. Creo que no hay duda de que en los últimos veinte años —sea deliberadamente o no— los ingleses *han* conseguido dividir y reinar, y el género de conversación que oigo en esos actos sociales a los que asisto —reclutamiento de guías, ventas benéficas, partidos de cricket anglo-indios (normalmente suspendidos por la lluvia y que acaban con una batalla de bollos en una serie de tiendas de campaña señaladas con letreros invisibles: "Solamente europeos" y "otras razas") — me revela lo mucho que los ingleses parecen depender ahora de las divisiones de opinión política entre los indios para perpetuar su dominación hasta por lo menos después de la guerra, si es que no se prolonga un tiempo más allá. Afirman abiertamente que es "absurdo abandonar este puñetero

país porque no hay un partido indio lo suficientemente representativo a quien entregárselo". Prefieren los musulmanes a los hindúes (debido a que existe una afinidad más estrecha entre Dios y Alá que entre Dios y Brahma), tienen una predisposición física hacia los príncipes indios, les afecta emocionalmente la idea de los intocables y están locamente prendados de los campesinos que consideran todo tipo de *Raj* como un don divino. Lo que les repugna es un reflejo negro de su propio radicalismo blanco, que siglos atrás dio origen a la Carta Magna. Detestan recordar que en Europa se alzaron una vez en armas contra el *statu quo* feudal, porque un levantamiento armado aquí constituye realmente una muestra de *mala educación.* Estiman que la India es un país al que llegaron y sojuzgaron cuando estaba desorganizado, y por consiguiente piensan que no se les puede reprobar que aún siga en desorden.

»¿Pero doscientos años no dieron tiempo de sobra para unificar? Aceptan el mérito por todas las mejoras que han realizado. ¿Pero es posible reclamar el mérito por lo uno sin aceptar la culpa por lo otro? ¿Quién, por ejemplo, había oído hablar hace cinco años de la idea de hacer de Pakistán un estado musulmán independiente? No creo que ese proyecto llegue a ser una realidad, pero, si es así, se deberá a que los ingleses han maniobrado desde hace mucho para consentir que una minoría religiosa favorecida disponga de una oportunidad política.

»Cuánto debe sorprenderte esto: que un problema aparentemente doméstico tenga prioridad en nuestro pensamiento sobre lo que acaba de ocurrir en Europa. Los ingleses —puesto que están en guerra— llaman sedición al reconocimiento de esta prioridad. Los americanos consideran el conflicto resultante como una tormenta en una taza de té que los ingleses harían bien en pacificar si pretenden seguir tomándolo todos los días a las cuatro de la tarde (cosa que sólo hicieron después de abrir comercialmente Oriente). Pero, naturalmente, los americanos ven que la amenaza más próxima contra su seguridad procede del lado del Pacífico, no de su costa del Atlántico. Quieren, por supuesto, una India fuerte y unificada, a fin de que si sus enemigos potenciales (los japoneses) llegan a ponerse pendencieros tengan que proteger al mismo tiempo la puerta trasera y la principal.

»Mi trabajo en el periódico me ha obligado a observar el mundo y a tratar de entenderlo. Pero después de haberlo observado sigo preguntándome qué puesto ocupo yo en él, y este dilema me desconcierta ahora. ¿Puedes comprenderlo, Colin? En este momento parece no existir ningún país al que me una un deber indivisible. Quizás esto sea realmente la pauta de mi porvenir. No sé si me estimula o me inquieta. Si no hay ningún país, ¿qué queda sino la distinción antropológica del color de la piel? Sería un conflicto terrible, porque las cuentas pendientes que hay que dirimir en este terreno son desesperadas. No estoy seguro, sin embargo, de que no sea un conflicto que la raza humana merece sufrir.»

De modo que Hari no estaba en condiciones de decir «cosas sensatas» a Colin, pero quizá a los dos amigos les bastó con saber que a pesar de la gran distancia, tanto de tiempo como de espacio, seguía siendo posible establecer contacto. Entre los jóvenes indios circulaba el proverbio de que la amistad trabada con hombres blancos rara vez superaba el obstáculo de la separación, y nunca la prueba aún más ardua del reencuentro en el suelo natal del indio.

«¿Qué haría usted», preguntó a la Hermana Ludmila, «si recibiese una carta de un viejo amigo que le demostrase que de pronto estaban hablando un lenguaje distinto?» Quizá parezca raro que Kumar hubiera de acordarse de aquella carta anterior de Lindsey en que le mencionaba el «final de viaje», acordarse lo suficientemente bien para tenerlo presente cuando hizo esta pregunta, como si la carta que le escribió Colin después de su bautismo de fuego, y en la que le pedía que le dijera cosas sensatas, fuese menos importante que la escrita con el nostálgico talante neopatriótico que había desconcertado a Hari. Pero el perfil insospechado de la personalidad de un hombre es más memorable que el testimonio que puede aparecer de cuando en cuando de que no ha cambiado ni cambiará nunca. La imagen de Lindsey hablando un nuevo lenguaje había impreso su huella en Kumar, y eso explica que más tarde dijera a la Hermana Ludmila:

«Debería haberle puesto a prueba entonces. Debería haberle contado lo que había representado para mí la nueva vida en Mayapore. Debería haberle dicho: "Los dos hemos cambiado, tal vez ya no tengamos nada en común. Probablemente sea tan absurdo creer que si yo volviera a Didbury ahora nos sentiríamos a gusto juntos como creer que si tú vinieses a Mayapore estarías dispuesto siquiera a que te *viesen* conmigo." Sí, debería haberle dicho eso. No lo hice porque yo mismo no quería pensarlo. Continuamos intercambiando cartas cuyo único propósito era cerciorarnos de que había existido una época en que fuimos inmunes a todas las presiones salvo a las de la inocencia.

»Cuando Colin vino a la India en 1941 y me escribió desde Meerut, sentí una especie de júbilo loco. Pero duró muy poco. Me resigné a lo que sabía que iba a ocurrir. Si hubiera venido directamente a Mayapore quizá habríamos tenido una oportunidad. Pero Meerut estaba muy lejos. Había pocas probabilidades de que le destinaran a una plaza militar lo bastante cercana a Mayapore para que fuera posible un encuentro. Y cada semana que pasaba únicamente podía ensanchar el abismo que él había comprendido que separaba a un hombre de su color y a otro del mío que no era funcionario, que era simplemente un indio que vivía y se ganaba la vida en una ciudad indígena. Él notaría que el abismo se ensanchaba hasta un punto en que comprendiese que no había modo de franquearlo, porque el deseo de hacerlo también había desaparecido. Recordé mí propia repulsión, mi horror ante la suciedad, la miseria y la pestilencia, y supe que Colin experimentaría una repugnancia similar. Pero en su caso habría un lugar adonde huir. El tener sitios donde ir y cosas que hacer le brindaría un refugio. Aprendería a necesitarlo, y luego a aceptarlo como si fuera un deber que conservar, que proteger contra los ataques, que ver finalmente como la India auténtica: el club, el comedor militar, el bungalow, las flores inglesas en el jardín, los criados limpios y uniformados, las instalaciones de recreo, la prioridad de servicio en los comercios, estafetas, bancos y trenes; todas las cosas que nacen de la necesidad de proteger la cordura propia y acaban afirmando el ego y alimentando los prejuicios.

»Y aunque Colin hubiera tenido la fuerza de voluntad necesaria para resistir esas tentaciones físicas y espirituales y venir a buscarme a Mayapore, ¿dónde hubiéramos podido vernos y charlar más de un par de horas? Desde el comienzo de la guerra, la ciudad indígena había sido vedada incluso a los oficiales del ejército que no tuvieran que pisarla a causa de alguna misión oficial. Yo no podía entrar en el Hípico. ¿Y qué hubiera pensado él del otro club cuando hasta a mí mismo me resultaba odioso? Si

nos hubiéramos visto en el hotel Smith la escena habría podido ser embarazosa. Al propietario anglo-indio no le gusta la presencia de los indios plebeyos. En el restaurante chino, los oficiales sólo utilizan teóricamente el comedor de arriba, y el acceso a la planta superior está prohibido a cualquier indio que no ostente galones del ejército de su majestad. Podríamos haber ido al cine, pero a él le hubiera disgustado sentarse en los asientos que yo tendría derecho a ocupar. Está la Cafetería Inglesa, pero no en vano se llama de ese modo. Si él estuviera destinado en Mayapore podríamos vernos durante un par de horas en su cuartel. O tal vez pudiera conseguir el permiso para cruzar el puente y visitarme en el Chillianwallah Bagh. Estudié todas estas posibilidades porque era preciso pensar en ellas. Y, por supuesto, vi que el único factor constante no era tanto el lugar del encuentro como la determinación de encontrarnos. ¿Y qué amistad puede sobrevivir en circunstancias semejantes?

»De Meerut le trasladaron a Ambala, y luego a un puesto cercano a Lahore. En su primera carta me decía que en el mapa Meerut no parecía muy lejos de Mayapore. En su segunda dijo que se preguntaba si alguna vez estaría lo bastante cerca para que el encuentro fuera posible. En su tercera no mencionaba en absoluto la posibilidad de encuentro. Y entonces adiviné lo que había sucedido en solamente tres meses. Él había visto lo que únicamente podría llamar *mi* India. Y estaba horrorizado. Incluso asustado. ¿Cómo podía él saber que yo también había estado horrorizado, también asustado? ¿Cómo podía saber que durante tres años yo había esperado, había anhelado que me rescataran, y que había confundido la idea del rescate con la de mi britanismo y la de mi amistad con un inglés? ¿Cómo podía saber todo esto? En un sentido yo era más inglés que él. Como inglés que era, él podía confesar su horror, si no su miedo. Por mi parte, como indio anglicanizado, la última cosa que me hubiera atrevido a hacer en mis cartas a *él* era confesar ambos, por temor a ser tachado de "histérico". Y así entendí el espanto de lo que había sucedido: que al ver lo que él hubiera tenido que llamar *mi* India, la sospecha de que yo había retornado a mi elemento natural había sido confirmada.

»Digo que lo entendí, pero veamos, ¿es cierto? ¿No seguí forjando excusas para Colín y excusas para mí? Cuando no había carta de Lahore, ¿acaso no me decía: "No importa, él no es un civil sin nada más que hacer que despertarse, comer, ir al trabajo y volver a casa para ver lo que ha traído el cartero"? Y más tarde, cuando se acercó la guerra, cuando los japoneses bombardearon Pearl Harbor, invadieron Siam, Malasia y Birmania y hasta retemblaron los palomares ingleses de Mayapore, ¿acaso no me dije: "Bueno, el pobre Colin está otra vez en plena batalla"? ¿Y no llegué a sentir remordimientos de conciencia por no haber tenido la hombría de defender algo que por lo menos era seguro, mi educación inglesa, y de alistarme en el ejército y combatir por la gente con la que en un tiempo había tenido afinidades, a pesar deque evidentemente aquí ellos no se sentían afines a mí? ¿Y acaso no había visto el maldito desperdicio en que había transformado mi vida desde 1938, cultivando un humor tan sombrío como el de aquellos pobres oficinistas a quienes despreciaba, sin hacer nuevas amistades y sin corresponder a la bondad y al afecto de la tía Shalini con algo que ella interpretase como amor o gratitud siquiera?

»Y entonces les vi. Soldados ingleses en el acantonamiento, con aquel nombre familiar del regimiento en las hombreras. En enero de 1942. Familiar por las cartas de Colin, primero desde Meerut, después desde

Ambala y después desde cerca de Lahore. Capitán C. Lindsey, luego el nombre y el número de la unidad, seguido de la dirección, y finalmente las palabras Mando Indio.»

«Fue», dijo la Hermana Ludmila, «la segunda vez que le vi borracho cuando me habló así de Colin. Ya le dije que había habido esa segunda vez. Después de haber estado en el templo, con ella, con la muchacha. Entonces fue cuando me contó todas estas cosas. Él nunca se las contó a ella. Yo le pregunté, aquella vez que ella vino al Santuario para despedirse: "¿Conoce usted a Lindsey?" Ella pensó un momento y respondió: "No, dígame quién es."

»Pero yo le dije: "No tiene importancia." No la tenía entonces. Para usted quizá sea importante ahora. Tanto tiempo después. "Le vi", me dijo el joven Kumar, "o por lo menos me pareció verle, saliendo del Banco Imperial y subiendo a un camión del ejército que tenía en la tabla trasera la misma insignia que los soldados ingleses llevaban en la manga". Pero no estaba seguro. E incluso entonces intentó disculpar a Colin. Ya en aquella época, en que los japoneses nos habían traído la guerra hasta la misma puerta de casa, la India había cambiado. Había un ambiente de ajetreo y secreto militares; y el día en que creyó ver a Colin fue a casa esperando encontrar una carta que dijera: "Mira, estoy acuartelado cerca de Mayapore y a veces voy al acantonamiento. ¿Dónde podemos vernos?" Pero nunca llegó esa carta. Así que a medida que pasaban los días pensaba: "No, el soldado que vi no era Colin. Colin no estaría cerca de Mayapore sin avisarme. La India no hubiera podido cambiarle tanto. Eso no. ¿Cómo iba la India a cambiar tanto a alguien, y no digamos a Colin?"

»¿Se lo imagina? ¿Se imagina a Kumar con el presentimiento cotidiano de que si el correo no le llevaba una carta habría un encuentro fortuito en alguna parte de la zona al norte del río? Todos los días iba en bicicleta desde el Chillianwallah hasta la oficina del *Mayapore Ga-zette,* y algunos días salía a la calle y asistía a algún acto sobre el que le habían pedido que informara. Y había otra cosa, otra cosa que me dijo. Que incluso como reportero era invisible para la gente blanca. Se presentaba en las reuniones más dispares. El concurso hípico, la exposición floral, el desfile de guías, los deportes del instituto, la entrega de diplomas y el torneo de cricket de la Universidad Técnica, la fiesta del hospital. Conocía de vista y de nombre a casi todos los civiles ingleses importantes y de vista y de nombre a cada indio eminente, pero ellos no le conocían, porque en esos actos siempre había lo que ustedes llaman un jefe de prensa y solamente él era accesible al joven Kumar, y a veces ni siquiera él, porque a los actos de cierta trascendencia asistía también Laxminarayan. Aquella segunda vez —me refiero a la segunda vez que estuvo borracho— me dijo: "...pensar que hubo un tiempo en que creí que me labraría un nombre. Que la gente leería la *Gazette* y diría: "¡Qué buen inglés! ¡Excelente! ¿Quién es este Kumar?" Pero ni siquiera saben mi nombre. Como mucho soy "el chico de la *Gazette".* Nunca publican mi nombre. Nadie sabe realmente que existo. Soy una cara vagamente familiar. Pero... me lo tengo merecido. Me utiliza. Laxminarayan. A veces me tiene encadenado a la mesa, transformando inglés *babu* en inglés decente. A veces me envía a la calle. Pero me mantiene como una pieza anónima de su máquina anónima. Una vez oí que un inglés le decía: "Oiga, Laxminarayan, ¿qué le pasa a la *Gazette?* Aparte de la *Actualidad* que firma ese *Paseante,* ya no tiene frases graciosas." El director se limitó a reír. No le explicó por qué

ya no había esas frases. Me castiga, créame, por Vidyasagar, por todo, por sus propias deficiencias.»

«Fue en uno de esos actos», dijo la Hermana Ludmila, «donde vio a Lindsey por segunda vez. Le vio y le conoció sin ninguna duda. No estaba muy lejos, lo bastante cerca para no confundir las facciones, la expresión, los gestos, la postura, todo lo que había quedado grabado indeleblemente en la memoria de Kumar como la figura auténtica de Lindsey. ¿Qué acto? No me acuerdo. Pero recuerdo que fue en febrero, a finales de febrero. Y que él mencionó el *maidan.* Veo incluso el momento, no mío sino de Kumar. Lo heredé de él. Y casi siento como si yo hubiera estado allí. Estoy allí. Hacia el atardecer. En el cuerpo de Kumar. Una cara morena entre el público. ¿Era un partido de cricket? No sabría decirlo. No entiendo ese deporte. Pero sí entiendo que al atardecer las razas se juntaban confusamente en el *maidan,* en una breve mescolanza que desde arriba, a los ojos de Dios quiero decir, parecía menos informal que a ras de suelo, porque desde arriba se podía ver el caudal blanco y el caudal oscuro; como se ve desde un acantilado el mar, deshilachándose ola a ola y corriente a corriente, pero sin dejar de ser para Dios la totalidad de una masa de agua.

»Y Kumar ve a Lindsey. Y bueno, de niños, ¿qué secretos del cuerpo y de la mente compartieron? Él me habló del otoño en Inglaterra. Eso también lo veo y lo siento. Y tengo una imagen del joven Kumar y del joven Lindsey siendo niños, corriendo a casa por los campos hela-dos para tostarse las manos al calor del fuego, del mismo modo que recuerdo la delicia de los guantes en el frío invierno, y que el aliento podía transformar un escaparate y bañar el corazón con una especie distinta de calor. Ah, qué seguridad. Qué microscópico poder. Trasladar, reducir, hacer que desaparezcan con el solo vaho del aliento las frutas escarchadas en su nido de papel con flecos. Saber que están ahí y que, sin embargo, no están. Es una magia del alma, Pero Kumar no pudo ejecutarla en el *maidan,* aquel atardecer caluroso, para hacer que Lindsey desapareciese. Lindsey le miró y luego apartó la vista sin reconocerle, sin entender que en aquellas ropas *babu,* debajo del salacot de bazar, había una cara negra que tenía que haber visto que era distinta de las demás.»

Soy invisible, dijo Kumar, no sólo para los blancos porque son blancos, sino también para mi amigo blanco, porque ya no me distingue en medio de la gente. Piensa... sí, eso es lo que piensa: «Todos parecen iguales.» Me hace desaparecer. No existo. No es culpa suya. Tiene razón. No soy nada, nada, nada. Soy el hijo de mi padre, cuyo padre, a su vez, se marchó de su casa con un cuenco de mendigo en la mano y un taparrabos en el vientre, después de haber bendecido a sus hijos y haberles confiado el cuidado de su madre. Ella le siguió durante un trecho y luego se sentó al borde del camino y volvió a casa para acabar sus días ensoñada en su fantasía personal.

Así que me alejo del *maidan* con mis pantalones y mi camisa de bazar y mi salacot anglo-indio, sabiendo que soy irreconocible porque no soy nada y no sería bien recibido si me reconocieran. Y me encuentro con Vidyasagar, que también se marcha. Él tampoco es nada. No recuerdo más. Hubo claridad hasta un cierto momento. Bebiendo licor barato en una habitación enrarecida de una casa en una callejuela de nuestro lado del río. Y Vidyasagar riéndose y diciendo a los demás que yo pronto sería un buen indio porque el licor era de contrabando y lo estábamos bebiendo a cuenta

del gobierno. Los otros eran jóvenes como Vidya y estaban vestidos como Vidya, con camisa y pantalón como los míos. Pero me acuerdo que les ayudé a destrozar mi salacot porque era el distintivo de todos los lameculos del gobierno. También recuerdo que me llenaban una y otra vez el vaso. Querían emborracharme. En parte era maldad y en parte broma. En aquel cuchitril había desesperación y había también fervor.

La Hermana Ludmila dijo: «Más tarde supo que le habían llevado al Chillianwallah Bagh, directamente hasta la puerta de su casa para que no le robaran ni le detuviese la policía, y que le dejaron allí creyendo que entraría, pero él salió a la calle otra vez y regresó hacia el río y el erial. Y debió de tropezar, caer en la zanja y perder el conocimiento, y alguien que le había visto y le había seguido le robó la cartera.

»"¿Quién es?", pregunté a De Souza. "No lo sé", me respondió, y le dio la vuelta para ver si tenía heridas en la espalda, y luego le volteó de nuevo y le alumbró la cara con la linterna. Es lo que recuerdo del comienzo de Bibighar. Los ojos cerrados, el pelo negro ensortijado sobre la frente. ¡Ah! ¡Qué oscuridad! Qué determinación de repudiar.

»Le pusimos en la camilla y le trajimos al Santuario. "Éste está borracho, hermana", dijo De Souza. "Hemos traído a un simple borracho." "Para estar tan borracho siendo tan joven", dije yo, "tiene que ser muy infeliz. Acuéstele." Y le dejamos acostado. Y antes de acostarme recé por él.»

Capítulo 6

CIVILES Y MILITARES

I

Militares

Fragmentos publicados de las memorias inéditas del general de brigada A. V. Reíd, DSO, MC[18] *«Una vida sencilla»*

A finales de marzo de 1942, cuando todavía estábamos en Rawalpindi, e inmediatamente después de recibida la noticia de que Alan, nuestro hijo único, había desaparecido en Birmania, me llegó la orden de trasladarme a

[18] DSO *Distinguished Service Order:* Medalla de servicios distinguidos. MC: *Military Cross:* Cruz militar.

Mayapore y asumir el mando de la brigada de infantería que se estaba formando en aquella zona. El general «Tubby» Cárter me dio por teléfono la noticia de este nombramiento. Tenía que partir de inmediato y Tubby sabía que yo desearía un poco de tiempo para comunicárselo a Meg, que aún estaba indispuesta y no podría acompañarme. No me agradaba la idea de dejarla sola en un momento en que esperábamos con angustia nuevas noticias de Alan y al mismo tiempo temíamos recibirlas. Después de hablar con Tubby fui directamente a la clínica e informé a Meg de la misión que me habían encomendado.

Ella sabía que en circunstancias normales yo hubiera acogido con agrado la oportunidad de reanudar un verdadero servicio activo. Había empezado a temer que me pasaría el resto de la guerra con los pies debajo de una mesa, y como nuestro hijo también vestía el uniforme, supongo que casi habíamos llegado a resignarnos a esta perspectiva y aceptado el hecho de que la edad y la experiencia debían a la postre dejar paso a la impaciencia juvenil. Pero ahora que la suerte de Alan era incierta parecía que una deidad comprensiva hubiese intervenido para enderezar la balanza y me hubiera llamado para desempeñar un papel que —si las noticias eran las peores que podían ser cuando llegaran— al menos me daba la satisfacción de saber que podría asestar un golpe de desquite al enemigo.

Meg respondió como siempre había hecho en momentos de crisis y penalidades: sin dar la menor señal de que pensara en sí misma. Al ver lo enferma y pálida que estaba lamenté que no estuviera en mi mano traer a Alan a su habitación, sano y salvo, con su alegría habitual, para que devolviera el color a las mejillas de su madre. Me alegro de que ella se ahorrase la noticia de que Alan había muerto trabajando en la abominable línea férrea entre Birmania y Siam, noticia que me amargó los días de nuestra Victoria, pero tengo el consuelo de que ella vivió lo suficiente para compartir conmigo la esperanza reanimada por la nueva de que Alan era prisionero de guerra y no había muerto, como habíamos temido. Cuando me despedí de Meg la víspera de mi partida a Mayapore, pesaba sobre mí asimismo la conciencia de que eran tiempos aciagos para nuestro país. Nos esperaba una tarea ardua.

Llegué a Mayapore el 3 de abril de 1942, y emprendí inmediatamente la primera fase de mi misión, la de convertir la (n.°) brigada de infantería india en una máquina eficiente de combate a la que lanzar sin reparo al campo de batalla para que interpretase su papel en un teatro de guerra en que los japoneses habían demostrado ser de momento los amos. No iba a ser empresa fácil. La mayoría de las tropas estaban aún verdes, y el campo de los alrededores, aunque asaz adecuado para la instrucción rutinaria, difería mucho del terreno en que más tarde deberíamos batirnos.

Yo había estado en Mayapore muchos años antes. La recordaba como una plaza encantadora, con lagos en un lugar llamado Banyaganj, un paraje excelente para la caza de patos. La antigua cantina de artillería era una hermosa muestra de la arquitectura anglo-india del siglo xix, con una vista preciosa del *maidan.* Solía hacer un calor incómodo a partir de marzo, pero normalmente podías irte a Mussoorie, al sur, o a Darjeeling, al norte. Por tren tampoco estaba muy lejos de Calcuta, por lo que había muchas posibilidades de recreo si el servicio lo permitía.

Ahora no abrigaba ninguna ilusión de esparcimiento. Evidentemente, había una gran diferencia entre la plaza militar que había conocido en otros tiempos un joven suboficial que acababa de conocer a la muchacha a quien

estaba pensando seriamente en proponerle matrimonio, y el puesto, aunque fuese el mismo, al que regresaba casi treinta años después como oficial superior en un momento en que la patria se hallaba en un punto bajo de la rueda de la fortuna, y en que el país al que había consagrado su vida, y que representaba la piedra angular del Imperio, había conquistado un grado considerable de autonomía y se encontraba prácticamente en el umbral de la independencia, una independencia que había sido pospuesta temporalmente en provecho de la totalidad del mundo libre.

Fui a Mayapore con absoluta confianza en las tropas y un deseo ferviente de que mi actuación no pecase de ineptitud. Me alegró saber por Tubby que había un jefe de puesto disponible que relevaría el estado mayor de la brigada de la administración militar general del distrito, y saber también que el recaudador —llamado subcomisario en esta provincia «no reglamentada»— era un tipo bastante joven que estaba bien considerado tanto por los europeos como por los indios. Como oficial de más alta graduación en el distrito, sin embargo, yo sabía que en última instancia sería el responsable de la paz civil y del bienestar de soldados y civiles, y lo que quería evitar a toda costa era verme metido en alguna situación que me distrajera de mi trabajo principal y ocasionara el empleo de tropas en tareas que podrían haberse ahorrado con un poco de previsión.

En vista de la intranquilidad creciente que reinaba en la India en aquella época, una de las primeras cosas que hice al llegar a Mayapore fue ver al subcomisario, que se llamaba White, para oír lo que tuviera que decirme sobre el estado de cosas en su distrito y para decirle francamente que podríamos ahorrar cantidad de tiempo y energía si acordábamos actuar con mano firme a la primera señal de disturbios. Yo había decidido ya traer a Mayapore al batallón inglés de la brigada —los (n.°) Berkshires— y trasladar a los Fusileros Pankot 4/5 fuera de la ciudad, donde los había encontrado, a la vecindad de Banyaganj, donde los Berkshires habían estado acuartelados. Mi motivo era doble. Las tropas británicas acababan de llegar de Inglaterra, y tras mi primera inspección de ellas estimé que distaban mucho de estar contentas en los cuarteles bastante primitivos que eran los únicos que podía ofrecer Banyaganj. Cerca había un aeródromo en construcción (que advertí que había ahuyentado a los patos de los lagos), y una milla escasa separaba al batallón del menos que salubre campamento de culíes. Se estaban construyendo más cabañas, pero muchos de los hombres se albergaban bajo techo de lona, y eso en abril no era una broma. Consciente del problema que entrañaba lo que podría parecer favoritismo, pensé, no obstante, que los pieles rojas, por así decirlo, estarían menos incómodos en Banyaganj que los rostros pálidos. Además, al trasladar a los Berkshires a los cuarteles de Mayapore yo tenía el convencimiento de que su presencia en la ciudad actuaría como un nuevo factor disuasorio de la revuelta civil, que yo quería evitar a cualquier precio. En todo caso, yo había resuelto utilizar a soldados ingleses en primera instancia si el poder civil solicitaba la ayuda militar.

Al traer a los Berkshires a Mayapore también era consciente del buen efecto que causaría en nuestra gente, hombres y mujeres que vivían allí y realizaban trabajos difíciles en un tiempo de especial crisis. Fue también con esta idea que ordené preparar una Semana Bélica o del Ejército —con banda militar y todo— para finales de abril, y que se celebró en el *maidan* con un gran éxito. Creo que puedo afirmar sin inmodestia (porque la idea fue mía, pero su realización fue mérito de quienes la organizaron o tomaron parte en ella) que la emoción y los«ánimos» que la Semana Bélica reportó a Mayapore

distrajeron la atención del hecho de que la delegación del gobierno que Sir Winston —entonces señor Churchill— había enviado a Delhi, para salir del punto muerto en que se hallaban las negociaciones entre el gabinete inglés y los políticos indios que decían representar al pueblo indio y estaban exigiendo concesiones aún mayores de autonomía, no había logrado llegar a ningún género de acuerdo razonable. Fue la embajada conocida como delegación Cripps, por el nombre de quien la encabezaba, Sir Stafford Cripps, el ministro laborista que al final llegó a ser ministro de Hacienda cuando, después de la guerra, nuestro pueblo insular rindió su peculiar homenaje al arquitecto de nuestra victoria expulsándole del cargo. Después del fracaso de la delegación Cripps, en abril de 1942, Gandhi desencadenó su famosa campaña de «Fuera de la India», ¡que por supuesto nosotros entendimos como una invitación al emperador del Japón para que entrara a tomar las riendas del gobierno!

Desgraciadamente, no me pareció que White —el subcomisario— fuese plenamente consciente de la situación en que a mi juicio podríamos vernos si se consentía a los dirigentes indios seguir hablando en contra del esfuerzo bélico y agitando a las masas para que adoptaran una estrategia que Gandhi denominó de no-cooperación pacífica y que podía ocasionar una paralización de todo el país. White parecía convencido de que cuando el Congreso Nacional Indio hablaba de no-cooperación pacífica realmente quería decir pacífica. Obviamente tenía más fe que yo en la capacidad de una multitud de manifestantes para resistir a la histeria que podía transformarla en una chusma rugiente y empeñada en vengarse de algún acto imaginario de brutalidad perpetrada por los militares o la policía. No parecía, de hecho, prever la posibilidad de que se produjesen manifestaciones de importancia, salvo las organizadas simplemente con el propósito de efectuar la *satyagraka,*[19] en desafío de las Leyes de Defensa de la India, para que las autoridades no tuvieran más remedio que detener a los manifestantes y tener las cárceles abarrotadas. Mi primera entrevista con White tuvo lugar antes de que Gandhi hubiera desencadenado su campaña de «Fuera de la India», pero en un momento en que estaba claro que la delegación del gobierno encabezada por Cripps iba a fracasar en la consecución de un acuerdo sobre la manera de que los dirigentes indios participaran más intensamente de los asuntos de la nación. White parecía confiar aún en que en el último momento llegarían a un convenio básico. Yo no tenía semejante esperanza. Desde el mismo comienzo de la guerra contra Alemania nuestras relaciones con los indios se habían ido deteriorando progresivamente. Al comienzo de aquella guerra, miembros del Congreso habían abandonado la asamblea central para protestar contra el envío de tropas indias a Singapur y a Oriente Medio, y los ministerios del Congreso en las provincias habían dimitido ¡porque el virrey había declarado la guerra sin consultarles! Fueran las que fuesen nuestras faltas pasadas, yo, como simple soldado con criterios políticos tan sólo rudimentarios, no pude evitar pensar que los sinceros esfuerzos que hicimos en los años anteriores a la guerra por entregar más poder a los indios revelaron con meridiana claridad que no habían alcanzado la madurez política que hubiera hecho fácil la tarea de otorgarles la autonomía. La ley de 1935, que proyectó un gobierno federal en el centro, representando a todos los sectores de la vida india, y que erigió gobiernos del estado en las provincias, a un hombre como yo (que lo perdía

[19] Término hindi que designa el movimiento de resistencia pacifica propugnado por Mahatma Gandhi desde alrededor de 1919 para oponerse a la dominación británica

todo y no ganaba nada con la independencia de la India) le pareció una idea de estadista, un concepto realmente noble, un plan que Inglaterra podía haber considerado con orgullo como un broche digno de un capítulo glorioso de su historia imperial. Por desgracia, sólo originó una lucha por el poder, y la idea de un gobierno federal central quedó en nada. Retrospectivamente es inevitable pensar que los conmovedores gritos en pro de la libertad sonaban a hueco cuando uno observaba esta batalla y escuchaba las disputas que estallaron entre hindúes, musulmanes, sijs, príncipes y demás contrincantes. El Congreso, por ejemplo, reconoció abiertamente que en 1937 había aceptado los ministerios de provincias para demostrar que el proyecto federal era inviable en el centro, y que ellos solos representaban a la India. Infortunadamente, su aplastante victoria en las elecciones celebradas antes de tomar posesión de sus cargos provinciales pareció confirmar, al menos sobre el papel, su convicción de que eran la mayoría democrática. Sea como fuese, se hubiera podido pensar que dos años de poder provincial, con escasa o nula interferencia de los gobernadores, que conservaron menor vigilancia en nombre del gobierno central y la corona, habrían bastado para forjar estadistas, pero las dimisiones subsiguientes a la declaración de guerra —que no dejaron a los gobernadores más opción que la de asumir el control personal— demostraron a mis compatriotas, a la sazón principalmente preocupados por la seguridad de nuestra tierra natal y la lucha contra la tiranía, que los indios no habían aprendido en absoluto la responsabilidad política, y que por lo tanto ya no podíamos contar con «inducirles» a adoptar una visión amplia de las cosas que verdaderamente estaban en juego en el mundo libre.

Creo que se puede afirmar verazmente que llegamos a comprenderlo de mala gana, y que una prueba de nuestra esperanza constante en la libertad india y de nuestra disposición a ejercitar la paciencia hasta su punto extremo la constituyó el hecho de que incluso en nuestra hora más negra —la derrota de nuestras armas en el sureste asiático— tuviéramos una vez más la manga ancha por iniciativa de Churchill y nos esforzáramos por encontrar un medio de dar a los indios una oportunidad de participar, que era más de lo que hubiera hecho Hitler y más de lo que sabíamos que podía esperarse de los nipones. Veíamos claramente, sin embargo, que la gente como Gandhi nos había descubierto el juego y procuraba acosarnos, sin prestar atención a la voraz jauría amarilla que iba tras *ellos,* que en realidad nos perseguía a todos nosotros. El 6 de abril cayeron sobre Madras unas cuantas bombas. Ni siquiera esto logró que los indios recobraran el juicio: ¡nos lo reprocharon más a nosotros que al enemigo! Se habían aferrado a la idea, inspirada por Gandhi, de que no había litigio entre la India y Japón, y de que si los ingleses huían, los japoneses no atacarían a la India. Bien es verdad que un poco más tarde Gandhi propuso muy gentilmente que el ejército británico pudiera quedarse en la India y utilizarla como base para combatir a los japoneses, y hasta pudo prometer que en puertos como Bombay y Calcuta ¡no habría ningún disturbio que entorpeciera el tránsito de armas y de material de guerra!... ¡con tal, naturalmente, de que le hubiésemos dejado gobernar el país a él y a sus colegas! Si se analizaba la situación desde el punto de vista del alto mando japonés, ¡no era fácil saber qué diferencia estratégica suponía el dejar de gobernar si se seguía utilizando la India como una base! Para la mayoría de nosotros resultaba evidente que sus extrañas teorías estaban por fin revelándose como lo que eran: los sueños poco prácticos de un hombre que creía que todo el mundo

era —o debería ser— tan simple e inocente como él. Hubo épocas, desde luego, en que nos costó trabajo detectar esta buena voluntad en sus discursos y escritos.

Cuando contemplaba el *maidan* desde la ventana de mi habitación en la antigua cantina de artillería de Mayapore, o cuando recorría el acantonamiento, no podía evitar el sentirme orgulloso de los años de dominación inglesa. Incluso en aquellos tiempos turbulentos, el encanto del acantonamiento ayudaba a tener presentes las cosas sosegadas, prudentes y duraderas. Basta con cruzar el río y entrar en la ciudad indígena para darse cuenta de que en nuestras guarniciones y sectores civiles habíamos sentado un ejemplo para que otros lo siguieran y trazaran un proyecto de vida civilizada que los indios habrían de heredar un día. Se hacía raro pensar que, en la batalla inminente para impedir que todo aquello cayera en manos de los japoneses, los indios no estaban en nuestro bando.

Recordé vividamente las horas que había pasado de joven entrenando a *Raja* en el *maidan* de Mayapore y practicando tiros de polo con Nigel Orme, que era ayudante de campo del general Grahame y ganó póstumamente una cruz de la victoria en Passchendaele. *Raja,* como los lectores pueden recordar de un capítulo anterior, fue mi primer pony de polo, y Nigel Orme, aunque mi superior en graduación y mando, uno de los mejores y más auténticos amigos que he tenido nunca. Tenía la sensación de que el destino me hubiese llamado de nuevo al lugar donde por primera vez «sentí» la India y comprendí que, fueran los que fuesen los éxitos y fracasos que me reservaba la profesión que había elegido, siempre poseería un sentimiento de unidad con este país y siempre me identificaría con nuestras aspiraciones al respecto. Recordé a Meg como había sido en mis pensamientos entonces, hacía tantos años, tan sosegada, tan recogida, amable y generosa, con su perenne sonrisa... la más hermosa muchacha del mundo para mí. Y pensé en Alan, nuestro hijo, y en nuestra hija Caroline, a salvo ahora del terror nazi o japonés, gracias al cielo, con su tía Cissie en Toronto. Esas tres personas eran realmente los rehenes de mi fortuna, y parecía que nos habían arrebatado ya a nuestro magnífico hijo como pago parcial. Lo que más deseaba en el mundo era la victoria para nuestras armas, salud y felicidad para Meg y reunirme con ella, con la querida Caroline y con el joven Alan. No creo que se nos pueda reprochar a nosotros, los soldados de más edad en activo, que sintiéramos más amargamente el hecho de que el país que en tantos sentidos se había beneficiado de la dominación inglesa hubiera decidido entorpecer nuestros esfuerzos por salvarlo de la invasión en el momento en que más falta hacía reservar la fuerza. Al reflexionar sobre estos asuntos en la medida en que me afectaban personalmente, no tuve más remedio que pensar que ojalá me dejaran concentrarme en mi labor principal y que los políticos «se las apañaran» con sus recursos misteriosos. Pero yo sabía que no era posible. La brigada era responsabilidad mía, pero también la seguridad de nuestras mujeres y niños y la paz del distrito en conjunto. Quienes estábamos en contacto con «esferas más altas» sabíamos que pensaban que teníamos que estar preparados para hacer frente al peligro más grande tanto en el interior del campamento como fuera de él; al peligro del enemigo en la tienda de lona y del enemigo en la puerta; y que no desbordaba los límites de lo posible que el Congreso planease una rebelión abierta que, transmitiéndose en cadena, podía convertirse en una campaña de terror, derramamiento de sangre y guerra civil como no se había visto en la India desde los días de la Sublevación. Como los acontecimientos

demostraron más tarde, nuestras inquietudes a este respecto estaban más que fundadas. Antes de que el verano terminase, el país conoció la insurrección, y en Mayapore los disturbios tuvieron el peor de los comienzos. Fue en este distrito agradable donde se perpetraron, con pocas horas de diferencia, dos cobardes atentados contra dos mujeres inglesas; la primera contra una anciana maestra de la misión, la señorita Crane, y la segunda contra una muchacha, Daphne Manners, que fue brutalmente asaltada en los llamados jardines de Bibighar.

Aunque, en un primer contacto, el comisario White y yo no hicimos buenas migas, como dicen actualmente, no tardé en admirar su tenacidad. Nunca puse en duda su valor físico, y estimé, certeramente, según se vio después, que nunca consentiría que ninguna clase de reservas personales que pudiese abrigar sobre las directrices oficiales del gobierno le influyese en la puntual aplicación de las mismas en su propio distrito. Por poner un ejemplo, cuando le pregunté bastante bruscamente qué haría si recibía órdenes de arrestar a los dirigentes del subcomité local del partido del Congreso (yo sabía que a los oficiales del distrito se les había advertido que no perdieran de vista a aquellos de los miembros cuyo rápido encarcelamiento podría detener la rebelión), me contestó, con toda simplicidad:

«Pues arrestarlos, desde luego», pero añadió a continuación: «Aun cuando sepa que es lo peor que podemos hacer.»

Le pregunté por qué pensaba de ese modo. Respondió:

—Porque los hombres a quienes tendría que arrestar son los que creen sinceramente en la no violencia y tienen poder para instigar a la multitud a la abnegación antes que al ataque. Meta a esa gente en chirona y entregará al pueblo a otra clase de cabecilla completamente distinto.

Yo no podía estar de acuerdo, pero reconocí la sinceridad de las convicciones de White. Para mí, por supuesto, la *satyagraha* era casi tan nociva como una insurrección abierta. Le pregunté, naturalmente, qué sabía o qué se proponía hacer respecto a la clase de cabecilla que podría suplantar a los miembros del Congreso en los que tenía tanta fe. Me dijo:

—Oh bueno, es como buscar una aguja en un pajar. Conocemos a unos pocos. Podemos detenerles. Pero los otros seguirán en libertad y entre ellos los más eficientes, porque lo han sido hasta el punto de no darse a conocer. Podríamos pasarnos la vida confeccionando una lista secreta y todavía nos faltarían los individuos clave, porque el Congreso no los conoce y nosotros no los conocemos. No tienen nada que ver con el Congreso. Son fanáticos jóvenes o de mediana edad que piensan que el Congreso es el pelotillero del *Raj.* Y bien, ¿quién dispone de toda la vida para localizar esa clase de agujas en esa clase de pajar? ¿No es mejor dejar en libertad a los que no tienen nada que ganar con la violencia, para que controlen a la multitud y la dirijan hacia una verdadera *satyagraha?*

Le dije que lo que decía probablemente tenía su sentido, siempre que se pudiera confiar originalmente en el concepto de la no-violencia, que personalmente yo consideraba una pura patraña. Presionado un poco más, White confesó que había encomendado lo que él llamaba «agujas en el pajar» a su superintendente de policía, un nombre llamado Merrick, a quien yo había conocido en una ocasión anterior y que me había gustado instintivamente.

Aun cuando la actitud de White no disipó por completo mis dudas sobre el grado de determinación que cabía esperar del poder civil en caso de

conflicto en el distrito, confiaba en que podríamos contar con la policía a la hora de actuar rápida y eficazmente si era necesario.

El modo de pensar de White era totalmente «moderno», típico del nuevo estilo de administración de los años treinta, que tenía que tomar en cuenta cada idea inmadura que fuese pertinente para la solución factible de un problema. El juez, Menen, era un indio de la vieja escuela a quien me alegró conocer, aunque era un tanto reservado al auténtico estilo jurídico. De este triunvirato, sólo el joven Merrick, el superintendente de policía del distrito, me pareció que había agradecido la mayor libertad de acción que la guerra y las dimisiones del Congreso en las provincias habían proporcionado al gobierno del distrito.

Mantuve una entrevista especial con Merrick y le dije que confiaba en que actuaría con discreción, sobre todo respecto a lo que el subcomisario había llamado «las agujas del pajar». Le expliqué francamente que tenía una brigada que mandar e instruir para utilizarla contra el enemigo en la puerta y no, si podía evitarlo, para usarla contra el enemigo en el campamento. Le dije que le agradecería que me hablase sin rodeos de vez en cuando. No me había equivocado de hombre. Era todavía lo suficientemente joven para responder a las cuestiones sencillas con la mezcla exacta de probidad y diligencia. No pude evitar admirarle, igualmente, por su franqueza. Era un hombre que procedía de lo que denominó «un origen de clase media muy modesta». Pensaba que su tarea en la policía india era el único trabajo que podía hacer. Comprendí lo que quería decir, y me gustó su absoluta falta de ostentación. La labor policial era siempre desagradable, pero había que hacerla. Ahora que estábamos en guerra con las potencias del Eje lamentaba las circunstancias que le habían empujado a emprender el servicio en un cuerpo que le impedía vestir otro uniforme. Me preguntó, de hecho, qué posibilidades había de mover resortes para relevarle en el cargo y poder así alistarse, «aunque fuese de soldado raso». Pensando en Alan —a quien físicamente se parecía un poco—, aprecié su patriótica escala de valores, pero no pude darle ninguna esperanza de traslado. En cualquier caso yo comprendía que en la situación presente era más útil a su país como jefe de la policía local de lo que sería como suboficial sin instrucción, y no digamos como soldado raso. Me prometió cumplir mi petición de mantenerme informado, *sub rosa,* del humor del distrito según su valoración del mismo.

Después de haber visto y haber hablado con White y Merrick, pensé que había hecho todo lo que podía hacerse de momento para ganar el tiempo de concentrarme en mi tarea sin tener que estar constantemente atento a una amenaza local contra nuestra seguridad. De todos modos, la llegada de mi tercer batallón, el (n.°) de Ranpurs, me dio ocupación de sobra. En principio me habían prometido un batallón de sijs, ¡pero huelga decir que uno de mi antiguo regimiento me levantó mucho más la moral! Transferí una compañía de Ranpurs a los cuarteles de Mayapore (descargando así a los Berkshires de algunas de sus funciones de vigilancia del puesto) y envié las restantes y el cuartel general del batallón a la zona de Marpuri, al noroeste de Mayapore, un área que yo ya había elegido como el mejor de los dos emplazamientos posibles seleccionados por mi estado mayor. ¡Ahora que mis tropas estaban completas podía ponerme a trabajar en serio!

Los Berkshires se estaban adaptando bien. El traslado desde Banyaganj al acantonamiento ciertamente había resuelto el problema. Los viejos cuarteles, cerca del de artillería, eran espaciosos y frescos, y los hombres

disfrutaron del lujo insólito de utilizar, dentro de límites razonables, los servicios de criados nativos contratados para los cuarteles, muchos de los cuales eran los hijos de hombres que habían atendido a una generación anterior de soldados ingleses. Ahora tenían más a mano los esparcimientos caseros tan prontamente proporcionados por nuestras damas. Hacía muchos años, dicho sea de paso, que no había habido un regimiento de artilleros acuartelado en Mayapore, pero la cantina de artillería había sido famosa en su tiempo y naturalmente había conservado el nombre. En los últimos años, Mayapore había sido la sede de una escuela de suboficiales y la plaza de los Pankots en la estación fría. Desde el comienzo de la guerra se había convertido prácticamente en el estacionamiento de una brigada. Por desgracia, desde el punto de vista de mi estado mayor, el coronel al mando de la escuela, que también había actuado como jefe de puesto, se hallaba de baja por enfermedad cuando llegué —baja que pasó a ser permanente porque la escuela fue trasladada al Punjab—, por lo que heredé, sobre el papel al menos, la función de jefe de puesto. El oficial de estado mayor (a quien conseguí retener) tenía que hacer la mayor parte del trabajo que normalmente hubiera recaído en los hombros del jefe de puesto, pero era un reenganchado veterano y un trabajador infatigable.

Había elegido vivir en el cuartel de artillería, en lugar de mudarme al alojamiento que me habían reservado, no sólo porque mi pobre Meg no podía reunirse conmigo e instalar un hogar, cosa que había hecho antes tantas veces, en muchas partes distintas de la India, sino porque deseaba estar constantemente disponible y en condiciones de mantener alerta a mis hombres. Las habitaciones que ocupaba, en la antigua suite de huéspedes con vista al *maidan,* eran espaciosas pero sencillas. Allí, en el pequeño cuarto de estar que yo había transformado en un despacho privado, pude encontrar un refugio de la tensión de la rutina para reflexionar sobre las mejores soluciones de los muchos problemas que se me presentaban. Pero fue en este cuarto donde recibí, a finales de junio, cuando las lluvias acababan de empezar, una llamada de Tubby Cárter con la noticia de que Alan había sido hecho prisionero de guerra. De una manera u otra, siempre había mantenido la esperanza de que él arribara a la India sano y salvo, con una de las expediciones de tropas y civiles que habían logrado regresar con muchas penalidades y en condiciones de gran privación para reunirse con aquellas personas que más profundamente les habían añorado. Le pregunté a Tubby si comunicaría la noticia a Meg. Y una vez más Tubby se comportó como un buen y verdadero amigo que, a pesar de ser mi superior, estaba siempre dispuesto a usar su graduación en beneficio de su antiguo compañero de armas. Me envió a Rawalpindi para que yo mismo pudiese darle la noticia. Menos de treinta y dos horas después de la llamada telefónica de Tubby estuve a la cabecera de Meg.

Ni ella ni yo nos hacíamos ilusiones sobre lo que significaba ser prisionero de los japoneses, pero hallamos consuelo en el hecho de saber que Alan estaba vivo y —conociendo a nuestro hijo— coleando. Al hablar de él con Meg, sentí el alivio que representaba hacerlo sabiendo que por lo menos podía pensar en Alan en presente más que en tiempo pasado. Tubby vino esa noche a la clínica con una botella de champán. En circunstancias normales habría podido parecer incongruente beber champán mientras nuestro hijo posiblemente pasaba penurias, pero Tubby puso las cosas en su perspectiva justa levantando la copa e invitándonos a brindar por el retorno de Alan. Me enorgullecí de Meg cuando alzó su copa y dijo simplemente: «Por

Alan», y sonrió como si él estuviese en la habitación y el momento del brindis fuese un momento feliz. En las pocas y largas semanas que habíamos estado separados, parecía haber empeorado de un modo alarmante. Había perdido más peso y sus ojos ya no centelleaban. Comprendí de repente que Tubby no sólo me había ordenado regresar a Rawalpindi para que comunicase a Meg la noticia de la captura de Alan, sino para que afrontara el hecho más grave que finalmente debería asumir.

Después de haber deseado buenas noches a Meg, Tubby me llevó al despacho del coronel «Billy» Aitken y me dejó a solas con él. Billy dijo:

—Me temo que no hay duda. Meg tiene cáncer.

Conocíamos a Bill desde hacía años. En la vida civil hubiera podido llegar a la cumbre de su profesión y hacerse rico, pero, como decía muy a menudo, prefería dedicar su tiempo a cuidar de los compatriotas, hombres y mujeres, que vivían una vida ordinaria de trabajo con frecuencia insulso y poco gratificante en el extranjero, que recetar píldoras de azúcar a las mujeres «elegantes» pero histéricas de Harley Street.

—¿Hasta cuándo? —le pregunté. Por un momento nos miramos uno a otro. Él supuso que yo preferiría saber la verdad.

—Quizá seis meses —dijo—. Quizá tres. Tal vez menos. Operaremos, pero al final vendrá a ser lo mismo. Me dejó solo un rato, detalle que le agradecí. Me costaba creer que en unos pocos minutos tendría que resignarme a aceptar que un destino aún más cruel que el que me había arrebatado a Alan habría de quitarme también a Meg. Alan, al menos, había tenido la satisfacción de asestar un par de golpes. Creo que mientras estuve sentado a solas en el despacho de Billy Aitken comprendí que tampoco volvería a ver a mi hijo.

Billy y Tubby volvieron juntos y me llevaron al domicilio del primero. Tubby me preguntó si quería renunciar al mando y regresar a Rawalpindi. Insinuó que había un puesto libre que sería mío con sólo pedirlo, y que el nombramiento conllevaba la gorra de general de división. Le pedí que no me apremiara a darle una respuesta hasta haber tenido tiempo de pensarlo. Me habían reservado una habitación en el club. Me llevaron allí en coche y procuré conciliar el sueño para poder tomar mi decisión con la cabeza más despejada al despertar. Por la mañana pregunté a Billy lo más importante de todo, que había olvidado preguntarle la noche anterior: si Meg sabía lo enferma que estaba. Respondió que él no le había dicho nada, pero que estaba seguro de que ella no lo ignoraba. Le dije: «Billy, *no* se lo digas.» Entonces conoció mi decisión: volver a mi brigada y hacerlo lo antes posible, para que ni Meg ni yo tuviéramos que fingir más tiempo del necesario. Yo sabía que era mi deber. Sabía también que era lo que Meg hubiera querido que hiciésemos los dos. No se puede adoptar un género de vida sin aceptar cada una de sus responsabilidades. Fue difícil aceptarlas en aquel momento, pero encontré fuerzas en mi convicción de que ella lo entendería y hallaría asimismo fortaleza en mi decisión. A pesar de ello, nuestra separación no fue nada fácil. Más tarde, en el avión a Calcuta, para el que Tubby me había agenciado un billete, pensé que habría sido más sencillo si Meg me hubiera pedido que no regresara a Mayapore. Me pareció que había entre nosotros una enorme cantidad de cosas que jamás nos habíamos dicho. Antes de partir, Tubby me aseguró que enviaría a buscarme para que estuviera con Meg en los últimos momentos, pero no resultó posible. No volveré a escribir el nombre de mi mujer. Adiós, querida Meg, adorada esposa y madre de mis hijos. Si dios quiere, volveremos a reunimos en un lugar más feliz.

Yo había programado que al comienzo del monzón húmedo nuestra instrucción debía proseguir ininterrumpidamente hasta donde fuera posible. Mediante presión constante en los lugares indicados había logrado que la última compañía de los Pankots abandonara las tiendas de campaña de Banyaganj y se instalara en cabañas antes de que las lluvias comenzaran. Los Ranpurs de Marpuri tuvieron menos suerte, ¡pero aunque tendieran a estar físicamente mojados tenían el ánimo bien fogoso!

En julio comenzó a progresar nuestra instrucción, y me alentó el ardor con que todas las tropas respondieron al desafío de lanzarse al terreno, incluso cuando el «enemigo» era imaginario. Mi comandante, el joven Ewart Mackay, demostró que valía su peso en oro. Militar de carrera, su entusiasmo era contagioso. Lo transmitía a todo el estado mayor del cuartel general de la brigada. Alegre, eficiente y un deportista completo (descollaba sobre todo en el tenis), era también un soldado ejemplar y podía ser un riguroso partidario de la disciplina. Posteriormente ostentó en la guerra, con valor y distinción, el mando de la 2.ª compañía de guías Muzzafirabad, su antiguo regimiento. Christine, su atractiva esposa (la hija mayor del general «Sporran»[20] Robertson), estaba con él en Mayapore y desempeñaba el papel de anfitriona con encanto y gracia. Christine y Ewart pusieron «a mi disposición» el delicioso bungalow que ocupaban en Fort Road, y era Christine quien organizaba las cenas que, en otras circunstancias, hubieran sido cometido de otra mujer para mí más querida.

Animado como estaba en las dos ocasiones de julio en que sacamos a la brigada «fuera» para poner a prueba su movilidad y su grado de cohesión, seguía sin poder perder de vista el papel que la misma representaba como fuerza de orden local. Al sacar la brigada no perdí de vista el hecho de que el alarde resultante de fuerza militar (¡más impresionante para quienes no estaban al corriente que para quienes lo estaban!) no podía dejar de impresionar a una población crecientemente sometida a la propaganda del Congreso en contra de la guerra. Uno de los aspectos más despreciables de esta propaganda era el infundio de que en la retirada de Birmania y Malasia las autoridades se habían mostrado indiferentes hacia el bienestar de la población y las tropas indias. Para alguien como yo, que conocía el afecto que el oficial inglés sentía por sus cipayos y suboficiales nativos, el cuadro imaginario en que el Congreso pintaba a los soldados indios abandonados a su suerte y sin sus superiores, para que los capturaran o mataran, o a grupos de tropas indígenas sin mando y a aldeanos presa del pánico expulsados de las carreteras, vías férreas y transbordadores para dar prioridad a los «blancos en fuga», era irrisorio.

A mediados de julio, mi jefe de división (y de zona) me dijo que las autoridades civiles del lugar habían recibido órdenes secretas de los gobernadores provinciales para combatir por todos los medios a su alcance el veneno de la propaganda insidiosa y mendaz del Congreso Nacional Indio. Fue entonces cuando concerté una entrevista con el subcomisario.

Desde mi punto de vista, White era en gran medida la incógnita. Yo confiaba en la policía y estaba seguro de la lealtad de nuestras tropas indias. Cada hombre de los Berkshires había sido adiestrado en sus deberes de ayuda al poder civil, y las patrullas y brigadas antidisturbios estaban preparadas para entrar en acción a la primera señal de desórdenes. Aunque aquellos jóvenes ingleses (muchos de ellos civiles poco más de un año antes,

[20] Bolsa que llevan los escoceses encima del *kilt* o falda escocesa.

y con sólo una idea esquemática de los problemas que suponía administrar las posesiones imperiales en el extranjero) consideraban las instrucciones «de ayuda» bastante grotescas, por no decir enigmáticas, cuando se acordaban de aquellos compatriotas que ya habían ofrendado su vida por proteger a la India de la tiranía nazi y de la japonesa, se avinieron muy rápidamente a aceptar el papel que quizá tuvieran que representar como una misión más que cumplir. Cuando dirigí la palabra a este batallón de muchachos ingleses «modernos» sobre el tema de la ayuda militar a las autoridades civiles, comencé citando los versos inmortales del poeta soldado Rudyard Kipling:

«*... dicen "Recluta, haz esto y haz lo otro",*
y *dicen "Atrás, soldado",*
pero dicen "Por favor, señor, vaya delante"
cuando la lucha es inminente...»

¡Y me figuro que un psicólogo hubiera dicho que no podría haber elegido un mejor modo de exponerles la situación!

Cabría afirmar que el pensamiento básico que late en el método militar de eliminar los disturbios civiles es tan simple como esto: que si la muchedumbre no se retira delante de una fuerza armada aun mayor que la de la policía, el que un cabecilla pierda la vida supone la salvación de muchas otras. Ha habido momentos en nuestra historia en que esta simple ecuación no pareció, sobre el terreno, tan sencilla como aparece en los manuales. Estoy pensando, por supuesto, en la *cause célebre* del general Dyer en Amritsar en 1919, que se encontró en una situación que yo mismo tuve que prever en 1942.

En 1919, al igual que en 1942, el país hervía de agitación, y todos los indicios presagiaban una rebelión abierta de la misma magnitud que la Sublevación de 1857. Enviado a Amritsar, Dyer llegó a la conclusión de que los historiadores —fortificados por la visión retrospectiva que tienen la suerte de poder aducir en su provecho— calificaron de funesta: la de que Amritsar era el centro mismo de una inminente revuelta armada que bien podría ocasionar la destrucción de nuestro pueblo y nuestra propiedad y el fin de la dominación imperial. Al tener conocimiento de que una muchedumbre se proponía congregarse a una hora determinada en una explanada vasta, pero cercada, que se llamaba Jallianwallah Bagh, Dyer, de conformidad con las leyes promulgadas, prohibió la reunión por medio de un bando verbal y escrito. El bando fue desafiado y sus advertencias desoídas. Él ostentó personalmente el mando de las tropas enviadas para dispersar a los manifestantes. Habiendo sido desobedecidas igualmente sus órdenes *in situ* de que se dispersaran, ordenó a las tropas que abrieran fuego. El Jallianwallah Bagh, desde un punto de vista militar, era una trampa mortal, y murieron muchos civiles, entre ellos mujeres y niños.

Desde el caso Dyer, que los «reformistas» enarbolaron como un bastón con que fustigarnos, el ejército, naturalmente, se había vuelto hipersensible a las consecuencias posibles, y ahora nos veíamos en la desventurada situación de estar sujetos por lo que prácticamente venía a ser una camisa de fuerza.

En primer lugar, a menos que la autoridad civil se hubiera derrumbado o fuese, por alguna razón, inoperante —a la hora de decretar la ley marcial—, los militares carecían de poder para intervenir si no eran requeridos por

escrito, a tales efectos, por el poder civil, normalmente la más alta autoridad de la zona. Tal petición de ayuda era, en un sentido, realmente un llamamiento al combate.

Por ejemplo:

A la atención del oficial al mando de las tropas.

He llegado a la conclusión de que las autoridades civiles son incapaces de controlar la situación y de que se ha hecho necesaria la asistencia de los militares. En consecuencia solicito dicha asistencia.

Lugar:
Fecha: Hora:
Firma:

Cargo.

Imaginemos ahora que, habiendo recibido una petición así, yo tuviera un pelotón de infantería dispuesto para la acción. La autoridad civil podría entonces pedirme que le prestara apoyo en un punto donde los disturbios eran inminentes o hubiesen estallado ya. Pongamos por caso (por elegir uno de los numerosos incidentes que acontecieron en Mayapore en agosto de 1942) que una multitud amenazadora se hubiese congregado a la puerta del principal templo hindú, en la plaza en que desembocaba, tras haber cruzado el río por el puente de Mandir Gate, la calle que arrancaba del sector civil.

El pelotón de Berkshires, que había llegado precipitadamente en camión desde la sede central del distrito, se apeó a unos doscientos metros de la multitud que estaba cruzando el puente y rápidamente formó en la carretera un cuadrado hueco (ya que a ambos lados de la calle había tiendas y edificios cuyos tejados o escaparates representaban una amenaza para los flancos y la retaguardia). En el centro del cuadrado hueco así formado por las secciones del pelotón se encontraban las personas siguientes:

Jefe del pelotón
Representante de la policía
Magistrado
Clarín
Abanderados
Ordenanza médico
Sargento del pelotón
Ordenanza de transmisiones
Diarista

El significado de la palabra «ayuda» adquiere una perspectiva más clara al tener en cuenta que aparte del jefe del pelotón había también un magistrado presente. En aquella ocasión en que la muchedumbre cruzaba el puente de Mandir Gate, el magistrado en cuestión era un tal Poulson, que era el ayudante del subcomisario.

En el caso que estamos estudiando había tres fases de actuación distintas. La primera era lo que podríamos llamar fase de sondeo, la segunda fase de decisión y la tercera fase de la acción que lógicamente seguía a la decisión.

El sondeo consistía primeramente en la orden dictada por el jefe del pelotón para que se emitiera un toque de clarín, recordando de este modo a la muchedumbre la existencia de una fuerza de oposición legalmente constituida. Una vez dada la nota de advertencia, el primero de los abanderados levantaba la pancarta en la que había escritas órdenes en inglés y en lengua vernácula. Eran órdenes de dispersarse. A veces bastaba con enseñar esta pancarta para que la multitud obedeciera. Después de mostrar la primera pancarta, sonaba un segundo toque de clarín y, a continuación, si el jefe del pelotón consideraba que la situación lo requería, se levantaba la segunda enseña. En ella estaba escrita, nuevamente en inglés y en lengua vernácula, una clara advertencia de que si la aglomeración no se disolvía la tropa recurriría al uso de la fuerza. Como los manifestantes solían organizar una barahúnda espantosa, no cabía esperar que se oyesen los avisos verbales: de ahí el recurso de las pancartas.

Fue en el momento en que fue levantada la segunda enseña advirtiendo de la intención de disparar cuando el jefe del pelotón y el magistrado se percataron de que se encontraban en la tierra de nadie relativa de tener que tomar una decisión que los manuales dejaban necesariamente al arbitrio del hombre en la situación real. Afortunadamente, en el caso del primer disturbio del puente de Mandir Gate, el magistrado presente, el señor Poulson, no vaciló en entregar al jefe del pelotón la nota firmada en que le pedía que abriese fuego en cuanto fue evidente que la muchedumbre no pensaba retroceder ni dispersarse. Para cuando estuvieron terminadas las formalidades de rigor, tan sólo unos metros separaban a la cabeza del populacho y la primera fila de fusileros, y los rebeldes estaban arrojando trozos de ladrillo. En la ciudad, al otro lado del río, una cortina de humo reveló que ya habían perpetrado un incendio intencionado. (Era el *kotwali o* comisaría, cerca del templo.) Al mismo tiempo, inadvertido por las tropas situadas en la calle del puente de Mandir Gate, un destacamento de los amotinados se encaminaba a lo largo de las vías, desde el paso a nivel donde la policía no había podido contenerlos, hacia la estación de ferrocarril, y otro pelotón de los Berkshires se dirigía apresuradamente hacia esa zona desde los cuarteles para reforzar a la policía (al mando en ese momento de Merrick, el superintendente del distrito).

Entretanto, volviendo a nuestro pelotón en la calle del puente de Mandir Gate: como hacía tantas veces, la chusma había colocado a mujeres ancianas en la cabeza de la comitiva para cohibir a los soldados. Era incumbencia del jefe de pelotón elegir como blancos a uno o dos de los sublevados, que, a juzgar por sus acciones, le pareciesen ser los cabecillas. Hay ocasiones en que sólo se hace entrega de munición real a uno de los soldados, un hombre que se haya distinguido como tirador, pero los desórdenes de Mayapore habían rebasado con creces el límite en que se consideraba prudente una garantía de esta clase contra un elevado porcentaje de bajas. Sin embargo, en este caso concreto, el suboficial encargado habló individualmente con cada hombre de la primera fila, les asignó dianas específicas y dijo a los demás que disparasen por encima de las cabezas de la multitud cuando él diese la orden de abrir fuego. Hacía falta una notable serenidad y dominio de uno mismo para cumplir pacientemente estos requisitos en pleno ataque, pero el suboficial así lo hizo, pese a haber sufrido una fuerte contusión en el hombro por impacto de una piedra. ¡Tenía que acordarse de no mencionar a ninguno de los soldados por su nombre para evitar que le oyera alguno de los insurrectos y le fuera

posible identificar al tirador! En la andanada que siguió, los tiradores no fallaron su blanco y la muchedumbre titubeó, pero sólo el tiempo que tardaron nuevos dirigentes en adelantarse y en exhortarla con el lema que había acuñado el Mahatma: «Actuar o morir.» Esta vez el suboficial no tuvo más alternativa que ordenar una segunda ráfaga que causó la muerte de dos civiles e hirió a cinco personas, y entre ellas quiso la suerte que hubiera una mujer. Apoderándose de la iniciativa, el jefe del pelotón ordenó a sus hombres que avanzaran sin dejar de disparar, pero por encima de la cabeza de la multitud ahora en desbandada. La mujer herida fue la primera en recibir la atención del ordenanza médico. La herida resultó superficial porque, sin duda, el soldado cuya bala la había alcanzado había estado apuntando a un hombre que se había movido en el momento crucial.

En estas acciones siempre estaba presente un hombre, normalmente un miembro del batallón o de la sección de inteligencia de la brigada, cuya función era la de «diarista»: es decir, debía observar y tomar notas para su posterior inclusión en el diario bélico de la unidad o formación. Era un informe desapasionado de los hechos que no tomaba en cuenta los procesos mentales conducentes a las decisiones específicas consignadas en el informe del propio suboficial. También el magistrado tenía que presentar una crónica del incidente a la autoridad civil. El representante de la policía (un inspector o subinspector) haría lo mismo para su oficial superior. De este modo, habría una serie de informes sobre el mismo incidente para el caso de que los exigiera un tribunal constituido para investigar acusaciones de brutalidad o abuso de fuerza. Debo hacer hincapié, no obstante, en que no siempre era posible cumplir al pie de la letra todos los requisitos establecidos para la actuación de las tropas en estos menesteres. Como quizá pueda sospechar hasta el lector menos imaginativo, podían surgir situaciones en que no estuviesen presentes todas o ni siquiera varias de las personas «necesarias», ¡y tan sólo presente de modo innegable la urgencia de acción inmediata!

Al entrar en los detalles arriba mencionados no sólo soy consciente de que estoy haciendo digresiones, sino de que he adelantado mi relato, tal cual es, hasta el punto que el lector se encuentra en medio de la acción sin conocer las etapas que han conducido a ella. De modo que me remontaré ahora al día de julio en que mantuve una nueva entrevista con White, el subcomisario, quien, como yo sabía, había recibido recientemente órdenes de combatir la propaganda antibélica del Congreso Nacional Indio, y cuya actitud estimé necesario evaluar de nuevo y, llegado el caso, comunicar a mi superior de división que, en su calidad asimismo de jefe militar de la zona, tenía prácticamente bajo su jurisdicción a la provincia entera.

Encontré que White había modificado un poco su análisis de la situación. Personalmente, yo abrigaba pocas dudas de que sería inevitable una confrontación de un tipo u otro, y me animó en cierta medida comprobar que el subcomisario también parecía creer ahora que la situación había sobrepasado probablemente el punto en que aún era posible enmendarla. Sin embargo, todavía estaba convencido de que los «desórdenes», de haberlos, serían de carácter «no-violento», siempre que los dirigentes del Congreso no fueran enchironados, en cuyo caso dijo que no podía garantizar la paz civil. Yo me abalancé sobre este comentario y le pregunté a quemarropa: —Si esas detenciones se producen, ¿creería usted aconsejable pedirnos que estemos preparados para intervenir?

Él respondió de inmediato que había tomado sus palabras «demasiado literalmente». Se mostró inquieto y vi que no tenía sentido presionarle, a pesar de que me hubiera gustado llegar a un claro entendimiento con él. Con respecto a la propaganda del Congreso, me dijo que había hablado con los directores de los diversos periódicos locales y formulado advertencias a aquellos cuya tendencia reciente había sido apoyar la línea «antibélica». Su actuación en este sentido parecía satisfactoria. Le pedí que fuese tan amable de tener presente lo más a menudo posible la situación desde mi punto de vista, que era el de un hombre interesado por las condiciones existentes en Mayapore ante todo en la medida en que afectaran o no a mi programa de instrucción, y en segundo lugar en la medida en que afectaran a nuestra gente.

Fue en este encuentro cuando White dijo algo que se me quedó grabado desde entonces como una indicación del auténtico sentido vocacional que siempre han tenido nuestros más sobresalientes administradores coloniales.

—General —me dijo—, por favor, tenga usted, a su vez, presente una cosa si mi actitud le produce algún motivo de descontento. Si llega el caso de solicitar su ayuda, sé que puedo confiar en ella y en su eficacia. Para usted, posteriormente, habrá sido una tarea ingrata pero eficazmente cumplida, y figurará por tanto en su escala de valores como uno de sus éxitos. Para mí, en la mía, el hecho de haber requerido su asistencia nunca podría figurar más que como uno de mis fracasos personales.

Yo objeté que decir fracaso *personal* era exagerar la valoración del hecho, pero él sonrió y movió la cabeza. Muchos de los hombres cuya detención debería decretar si llegaban órdenes del gobierno eran amigos personales suyos.

Luego añadió:

—Pero no se alarme, general. También soy realista. Empleo la palabra «fracaso», pero no soy hombre que se regodee en él.

Con lo cual tuve que darme por satisfecho, y en conjunto lo estaba, porque como he dicho antes había llegado a respetar a White por su sentido de la responsabilidad, que al cabo de varias entrevistas no pude dejar de deducir de su mismo comportamiento, que era reservado, algo «intelectual», pero muy realista y práctico en términos de acción. Constato que White era bastante típico de la nueva raza de funcionarios de distrito que alcanzaron la madurez en el preciso momento en que nuestro imperio indio debía llegar a su mayoría de edad y recibir de nuestro gobierno insular «la llave de casa», quizá prematuramente, pero como un símbolo de nuestra paciencia, buena voluntad y logros históricos. Después del fracaso de la delegación Cripps y el subsiguiente comienzo de la campaña de Gandhi bajo el lema «Fuera de la India», recuerdo que la cuestión principal en la mente de la mayoría de los ingleses era si Gandhi lograría o no llevar al Congreso Nacional Indio (indudablemente la fuerza política más fuerte de la India) al punto de que se identificase con su curiosa doctrina y de este modo le prestase la fuerza y el ímpetu de un movimiento organizado y de alcance nacional. Yo nunca había sido un observador próximo de los altibajos de los políticos, pero sabía que Gandhi había estado «en la cresta» y «en desgracia» en el Congreso, a veces defendiendo unas directrices que el Congreso respaldaba y otras veces posturas que desaprobaba. A Nehru, que era el líder actual del Congreso, le habíamos considerado durante algún tiempo un moderado más sensato que conocía el lenguaje internacional de los políticos y de quien cabía esperar cordura. Había pasado muchos años de su vida en la cárcel, pero recuerdo

que le habían liberado para que tomase parte en las negociaciones con la delegación del gabinete, y, todavía en libertad, seguía siendo una gran fuerza a tener en cuenta. Para nosotros era evidente que consideraba a Gandhi un estorbo, y por un tiempo depositarnos nuestras esperanzas en la posibilidad de que triunfara su postura más práctica y de auténtico estadista.

A estas alturas quizá convendría enumerar exactamente lo que sabíamos que estaba en juego y lo que pensábamos que la oposición representaba. En primer lugar, estábamos acorralados en el Extremo Oriente y todavía no habíamos podido recobrar la iniciativa y/o poner fin al punto muerto en Europa y norte de África. Esperábamos que los japoneses iniciasen de un momento a otro las operaciones contra el bastión oriental de la India. Una victoria japonesa en la India hubiese sido desastrosa. Perder la India y la aportación territorial británica a lo que se había convertido en una guerra global sería vernos virtualmente limitados a las islas de la patria y a la acción en el norte de África, y delegar en las Américas el principal peso de la resistencia al totalitarismo. Considerábamos que sería una locura (como Gandhi nos pedía) llevar a cabo en la India ¡«una retirada ordenada»! Aparte de la necesidad estratégica de conservar esta colonia, estaba también, por supuesto, la cuestión de su riqueza y sus recursos.

Esto en cuanto a lo que estaba en juego. En cuanto a la oposición, la alternativa era, en primer término, acceder a las exigencias (inspiradas por Gandhi) de abandonar la India «a Dios o a la anarquía» o afrontar el desafío de retenerla en contra de una campaña masiva de «no-cooperación pacífica», lo que en realidad significaba que la población autóctona se declararía en huelga y no nos ayudaría de ninguna manera a mantener el país como una eficaz plataforma desde la que adiestrar, equipar, abastecer y lanzar un ejército para expulsar a los nipones del archipiélago oriental. Ciertamente, pensábamos que hombres como Nehru se opondrían a ese proyecto suicida.

A principios de agosto pareció una conclusión inevitable que Nehru nos había, como quien dice, traicionado por razones que sólo él conocía. No poseía la fuerza política para resistir al Mahatma en aquel momento. Todo dependía ahora del voto que el comité del Congreso de toda la India emitiese sobre la propuesta de Gandhi acerca de su campaña «Fuera de la India». El comité votó el 8 de agosto. Los historiadores han intentado demostrar desde entonces que la aprobación de esta propuesta no fue más inquietante que unas meras palabras escritas, y que Gandhi ni siquiera había bosquejado mentalmente el curso preciso que habría de seguir la estrategia refrendada de la no-cooperación pacífica. Yo tenía y tengo la convicción de que este movimiento no violento estaba perfilado hasta el último detalle por miembros clandestinos del Congreso según instrucciones de quienes deseaban presentar una imagen pública como la de aquel famoso trío de monos que «no oían el mal, no lo decían ni lo veían».

De lo contrario, ¿cómo explicar la violencia que estalló en mi distrito al día siguiente mismo de aprobada la propuesta de Gandhi y de las detenciones al amanecer de miembros del partido del Congreso? Una violencia que inmediatamente recayó sobre una mujer europea, Miss Crane, la maestra de la misión, y esa misma noche fue dirigida contra la persona indefensa de una muchacha inglesa, la sobrina de un hombre famoso que había sido gobernador de la provincia unos años antes; una joven que fue atacada y vejada por una pandilla de vándalos en el lugar conocido como los jardines de Bibighar. Esos dos incidentes fueron presagios de un gravísimo peligro para nuestra gente, y al haber llegado uno detrás de otro, pisándose

los talones, no pude por menos de sacar la conclusión de que la seguridad de los ciudadanos ingleses, y en especial la de las mujeres, corría un grave riesgo.

Sucedió que yo estaba en Marpuri con los Ranpurs cuando recibí un mensaje de mi capitán de estado mayor a primera hora de la noche del 9 de agosto comunicándome que había habido agitación civil en dos subdivisiones periféricas del distrito, Dibrapur y Tanpur, y que un destacamento de la policía había salido de Mayapore hacia dichos lugares, acompañado de Poulson, el ayudante del subcomisario, a última hora de la tarde, y que había rescatado a una patrulla de la policía y a un grupo de especialistas telegráficos que habían sido encarcelados por una banda de revoltosos en la comisaría de un pueblo llamado Candgarh. Al seguir ruta por la carretera Tanpur, Poulson había encontrado primero un automóvil incendiado y, un poco más lejos, a la maestra inglesa de la misión custodiando el cuerpo de un indio muerto, uno de sus subordinados en las escuelas misionales que había sido apaleado hasta la muerte por, seguramente, la misma turba incontrolada. Como Poulson me confesó luego, fue la visión de la maestra sentada al borde de la carretera bajo el aguacero lo que le indujo a creer que los disturbios en Mayapore iban a revestir mayor gravedad de lo que él o White habían previsto. Yo había pasado la noche en Marpuri con los Ranpurs, y no conocí la noticia del voto del Congreso ni de las detenciones de algunos de sus dirigentes hasta que el capitán me telefoneó a media mañana del día 9. Había recibido un aviso de la división, y el subcomisario le había informado a su vez del arresto preventivo de una serie de congresistas locales del distrito. En su primera llamada telefónica el capitán me había dicho que de momento no había motivo de alarma. Yo había decidido, en consecuencia, quedarme en Marpuri para presenciar las maniobras del batallón. Pero al recibir, hacia el atardecer, el comunicado posterior sobre el incidente acontecido cerca de Tanpur, resolví volver inmediatamente y ordené al capitán que se reuniera conmigo en el bungalow del subcomisario.

Llegué al bungalow del subcomisario en Mayapore a eso de las nueve. Ahora había más problemas en perspectiva. White acababa de recibir la noticia de que aquella joven inglesa, Miss Manners, había «desaparecido». Merrick, el jefe de la policía, la estaba buscando. White me comunicó que a causa de los rumores de violencia en Tanpur y el ataque a la maestra de la misión, varias de las inglesas que vivían en el sector civil se habían trasladado al club Hípico, uno de los lugares de reunión previamente acordados en caso de amenazas graves a la vida y a la propiedad. Llevando a White aparte le pregunté si no le parecía juicioso que efectuásemos un despliegue combinado de fuerza —patrullas de la policía y militares conjuntamente— aquella noche o a primera hora de la mañana. Dijo que no lo creía porque la ciudad estaba en calma. Casi todas las tiendas del bazar habían cerrado. Ello atentaba contra las ordenanzas, pero él consideraba que lo mejor era permitir a la población que se recluyera en sus casas y no provocarla. Le interrogué sobre la violencia de bandas en Dibrapur y Tanpur. Me dijo que en su opinión era producto de una «reacción espontánea» a la noticia de las detenciones por parte de hombres que tenían el tiempo y la inclinación de armar un poco de jaleo. Entretanto, se habían restablecido las comunicaciones con ambas localidades y la policía estacionada en ellas había informado de que controlaban nuevamente sus subdivisiones. Varios

hombres habían sido detenidos en Tanpur, y se pensaba que entre ellos estaban uno o dos de los que habían atacado a la maestra de la misión y asesinado a su compañero indio. La maestra estaba en el hospital general de Mayapore aquejada de conmoción y de un serio resfriado.

Más tarde, cuando yo ya me iba, entró el joven Poulson. Había realizado una visita de inspección al acantonamiento hasta el puente de Mandir Gate, y luego había cruzado el río y recorrido la calle Jail hasta la cárcel para supervisar el traslado de los congresistas encarcelados a la estación, donde habían sido introducidos en un vagón especial y enviados de viaje hacia un destino que habría de mantenerse en secreto. Intercambié unas palabras con Poulson, que evidentemente era menos optimista que su jefe respecto al futuro inmediato. Estaba muy preocupado por su mujer, ya que estaba embarazada. Tenían una niña que vivía con ellos en Mayapore. Los dos hijos de White, dos hermanos gemelos, habían regresado a Inglaterra para seguir sus estudios el año antes de que empezara la guerra. Sin duda, la señora White debía de sufrir bastante aquella separación en las vigentes circunstancias, pero era una mujer incansable y directa, de «presencia» bastante más imponente que la de su marido, que era la imagen misma del «pensador». Ella nunca mostró el menor indicio de que se compadeciese de sí misma por la perspectiva de no ver a sus hijos hasta que se hubiese ganado la guerra, pero yo sabía lo mucho que este hecho debía pesar sobre su ánimo.

Yo había esperado también ver a Merrick, pero había salido en busca de la muchacha desaparecida — Miss Manners—, que vivía con una mujer llamada Lady Chatterjee en una de las viejas mansiones próximas a los jardines de Bibighar. Lady Chatterjee había sido amiga de Sir Henry Manners y de su esposa cuando el primero fue gobernador de la provincia. Sir Henry había muerto, pero yo había conocido ligeramente a Lady Manners en Rawalpandi y recordaba haber visto a su sobrina en una ocasión u otra en Mayapore y en 'Pindi. Había vivido en 'Pindi con su tía y desde su llegada a Mayapore para hospedarse en casa de Lady Chatterjee había estado trabajando voluntariamente en el hospital general de la ciudad. Había escandalizado un tanto a las mujeres del acantonamiento por su apego a un joven indio. Yo recordaba haber oído a Christine Mackay, la mujer del comandante de mi brigada, decir algo al respecto. En general, durante mi estancia en Mayapore, había estado demasiado ocupado para prestar mucha atención a los chismes de la colonia, pero al caer en la cuenta de quién era la «desaparecida» no pude evitar una seria premonición de conflictos.

Después de pedir a White que me mantuviese informado, regresé al cuartel y telefoneé al jefe de zona. Me alivió enterarme por él de que, en conjunto, la provincia —de hecho todo el país— parecía tranquila y en calma. El gobierno había prohibido los comités del Congreso y detenido a muchos de sus miembros, aplicando, como medida de precaución, las Leyes de Defensa de la India. El general dijo que, a su juicio, los arrestos habían cortado de raíz la revuelta del Congreso, y que ahora podríamos consagrarnos a la tarea de instruir y equipar a nuestras tropas. Yo le referí las cosas que habían sucedido aquel día en mi propia esfera de mando, pero él dijo que le parecían incidentes aislados que se habían producido con precipitación porque los hombres que supuestamente debían de haberlos organizado estaban a buen recaudo bajo siete llaves. Me acosté relativamente tranquilo y dormí profundamente, constatando lo fatigado que estaba a consecuencia de mi visita de veinticuatro horas a los Ranpurs.

Mi ordenanza me despertó a las siete, como le había mandado, y me dijo que el superintendente de policía estaba esperándome para hablar conmigo. Intuyendo que ocurría algo, di la orden de que le pasaran a mi habitación en el acto. Al entrar, unos minutos después, Merrick se disculpó por venir tan temprano y por invadir mi intimidad. A pesar de su traje flamante, deduje de su aspecto de tensión y fatiga que no había dormido en toda la noche. Le dije:

—Dígame, Merrick, ¿qué le aflige esta mañana?

Me respondió que la chica desaparecida, Miss Manners, había sido asaltada la noche anterior en los jardines de Bibighar y violada por una pandilla de canallas. Afortunadamente, él se había presentado en casa de Lady Chatterjee, por segunda vez aquella noche, pocos minutos después de que la pobre muchacha hubiera regresado corriendo, en un estado de considerable angustia, por calles desiertas y mal iluminadas. Merrick había vuelto de inmediato a la comisaría en su vehículo, reunido una patrulla e ido precipitadamente al área de Bibighar. No muy lejos, al otro lado del puente Bibighar, había encontrado a cinco hombres bebiendo alcohol de destilación casera en una choza. Los había detenido al instante (en cualquier caso, la destilación y consumo de ese tipo de licor eran ilegales), y luego tuvo la suerte de encontrar la bicicleta de Miss Manners, que había sido robada por uno de los culpables, en una cuneta a la puerta de una casa de Chillianwallah Bagh. Al entrar en la vivienda descubrió que allí vivía el joven indio que mantenía relaciones con Miss Manners. Este joven, que recuerdo que se llamaba Kumar, tenía cortes y rasponazos en la cara. Merrick le arrestó inmediatamente y luego encerró a los seis sujetos en las celdas de la comisaría.

Le felicité por su rápida acción pero le pregunté por qué había venido personalmente a verme tan temprano. Me contestó que por varias razones. En primer lugar, quería asegurarse de que yo recibía cuanto antes la notificación del «incidente» que él consideraba sumamente grave. En segundo término, quería saber si obtendría mi permiso para trasladar a los detenidos al calabozo de los Berkshires si juzgaba que sería prudente confinarlos en un lugar más seguro. Por último, deseaba expresarme que a su entender el subcomisario se estaba equivocando seriamente al enjuiciar la gravedad de la situación, una situación que en el plazo de unas horas había registrado ataques violentos sobre *dos* mujeres inglesas y el asesinato de un maestro indio de una escuela cristiana. A continuación me recordó que a principios de aquel verano yo le había pedido que «hablara sin rodeos» si lo estimaba necesario.

No tuve más remedio que preguntarle de qué manera creía estar siendo franco ahora. Respondió que estaba persuadido de que los hombres a quienes había detenido la víspera eran los que habían atacado a Miss Manners, pero que quizá resultara difícil demostrarlo. Yo dije:

—Bueno, la pobre chica seguramente podrá identificarlos.

Él lo dudaba. Le había preguntado a ella si conocía a alguno de sus agresores, pero ella dijo que no porque todo había «ocurrido a oscuras» y no les había visto con suficiente claridad para poder identificarlos. Puesto que uno de los individuos arrestados era el joven con quien ella mantenía relaciones, Merrick creía que por el momento ella no estaba diciendo la verdad en absoluto, pero que confiaba en que lo haría cuando se recobrase de la conmoción y comprendiese quiénes eran sus verdaderos amigos. Mientras tanto, tenía a los responsables entre rejas y había pasado casi toda

la noche interrogándoles. Todavía protestaban de su completa inocencia en el asunto, pero él estaba convencido de su culpabilidad, sobre todo en el caso del tal Kumar, que evidentemente había robado la bicicleta de Miss Manners y que fue sorprendido en el acto de lavarse la cara para encubrir o anular la prueba de cortes y rasponazos recibidos cuando la chica forcejeaba antes de ser dominada.

Le pregunté a Merrick si se sabía cómo Miss Manners había ido a parar a Bibighar. Él dijo que se temía que hubiese ido a reunirse allí con Kumar, un aspecto del caso que él esperaba que no se hiciese público en beneficio de la chica. Él había estado con ella en varias ocasiones y se consideraba amigo suyo, lo bastante amigo, por lo menos, para haberle advertido no hacía mucho tiempo que su relación con el muchacho indio era de esas amistades a las que sería aconsejable poner fin. Pero ella parecía totalmente hechizada por Kumar. Merrick dijo que Kumar había sido conducido a la comisaría para ser interrogado en una ocasión en que la policía estaba registrando la ciudad en busca de un preso que se había escapado de la cárcel. En el curso del interrogatorio salió a relucir que Kumar conocía al evadido, un hombre que se llamaba Moti Lal, pero en aquel momento no existían pruebas de que se conociesen más que superficialmente. Aunque «occidentalizado», Merrick consideraba que Kumar era un personaje bastante indeseable, consciente de sus atractivos físicos y muy capaz de seducir a una mujer blanca por el placer de humillarla de sutiles formas. Trabajaba en un periódico local y no se metía en líos, pero se sabía que había mantenido tratos con jóvenes sospechosos de actividades anarquistas o revolucionarias, jóvenes de la índole de los otros cinco detenidos. Varios de ellos habían sido vistos con Kumar otras veces y todos ellos realizaban actividades que la policía había sometido a vigilancia. Merrick opinaba que aquel Kumar y los otros cinco habían tramado juntos sacar partido de la relación del primero con Miss Manners. Cuando ella fue a Bibighar aquella noche, esperando encontrar solo a Kumar, no solamente se encontró con él, sino con otros cinco hombres, que arremetieron contra ella del modo más cobarde y despreciable.

La triste historia me conmovió profundamente, y convine con Merrick en que lo mejor sería decir lo menos posible sobre el afecto que la muchacha sentía por uno de los sospechosos, especialmente si el caso llegaba a verse en un tribunal público. Mientras tanto, admití que él parecía tener suficientes motivos para retener a los hombres bajo sospecha de este solo delito, que a mi modo de ver era providencial porque una vez que se divulgase la historia de que una muchacha inglesa había sido forzada no habría un solo hombre ni mujer blancos en todo el país que no se regocijara de que los sospechosos ya hubiesen sido capturados. Saber que esta clase de cosas no quedaban impunes causaría asimismo un efecto ejemplar en la población india.

Merrick dijo que se alegraba de que yo aprobara sus acciones. Creía que los sucesos de la víspera eran simplemente el preludio de una violencia que, si no llegaba a peor, ciertamente habría de ensancharse y exigiría todos nuestros esfuerzos conjuntos para contenerla. Se había enterado de mi sugerencia a White en el sentido de que ese día sacásemos a la calle tanto a patrullas de la policía como militares en estado de alerta, y lamentaba que esta propuesta hubiera sido desestimada.

Invité a Merrick a desayunar conmigo, pero él declinó la invitación y dijo que tenía que volver al trabajo. Antes de irse le dije que, si las circunstancias lo justificaban, uno de los prisioneros o todos ellos podían ser trasladados a

la mayor seguridad del calabozo de los Berkshires, con tal de que la policía proporcionara sus propios guardias y los Berkshires fueran eximidos de una responsabilidad directa sobre los presos. Merrick temía obviamente un ataque contra las celdas de la comisaría por parte de una multitud empecinada en «actuar o morir», y dispuesta a liberar a los detenidos por la violación. Él no tenía la menor duda de que para esa misma mañana toda la ciudad estaría enterada del incidente. En la India era casi imposible mantener algo en secreto. Los cuchicheos de los criados nativos iniciaban los rumores que en seguida se extendían al resto de la población. Pero una muchedumbre atraída por la idea de rescatar a sus «héroes» tendría que exhibir una enorme determinación para intentar penetrar en el baluarte de los Berkshires, porque ello supondría un ataque directo contra una instalación militar, cosa que, en general, las turbamultas indias solían evitar. Por muy fastidioso que me resultara a veces no asumir un control inmediato de esta situación explosiva —lo que un ataque contra los militares me hubiese autorizado a hacer sin permiso firmado del poder civil—, quería evitar a toda costa una iniciativa tan drástica, y por eso condicioné mi permiso para trasladar a los prisioneros a las instalaciones militares con la frase «si las circunstancias lo justificaban». Pero compartía, indudablemente, la opinión de Merrick de que había que aplicar a los presos un régimen de máxima seguridad. Había que evitar a cualquier precio su liberación por la fuerza, para que una vez libres no se jactaran de su asalto a una mujer inglesa.

Después de desayunar telefoneé al subcomisario y le dije que había hablado con Merrick y que Merrick me había informado de la agresión a Miss Manners. Reiteré mi ofrecimiento de cooperar por medio de patrullas militares como una medida de propaganda disuasoria, pero él me dijo que el distrito estaba en calma y que estaba esforzándose por mantener una atmósfera de normalidad. Casi todos los cuarteles generales de distrito utilizaban los servicios de quienes me figuro que debemos llamar espías o confidentes. Los de White le habían informado de que la población estaba más desconcertada que furiosa, dubitativa respecto a lo que realmente esperaban de ella los dirigentes del Congreso detenidos. Estaba convencido de que provocarlos ahora era la última cosa que debía hacer un hombre cuerdo. Afortunadamente, al menos de momento, las comunidades hindú y musulmana estaban conviviendo en términos de amistad, y si bien este hecho podía considerarse un mal augurio —puesto que insinuaba una alianza en contra de los ingleses—, por otra parte era una buena señal, ya que existía escaso o nulo peligro de que un conflicto entre comunidades desembocase en algo peor.

Como de costumbre, cuando hablé con el subcomisario, me impresionaron su serenidad y su equilibrio. Le pregunté qué opinaba del ataque a Miss Manners y si no veía en él un preámbulo de agresiones contra los europeos en general. Dijo que bien podría haber sido un incidente aislado como el de Tanpur, obra de vándalos, de hombres que probablemente habían llegado a Mayapore desde una de las aldeas alejadas, confiando en encontrar la ciudad en plena agitación civil, y que, al sufrir un desengaño, habían procedido a desquitarse con la primera persona indefensa que topó con ellos por azar. Dije que la impresión que me había dado Merrick era de que los culpables no procedían de fuera, sino que eran jóvenes anarquistas que residían en Mayapore. Él no contestó inmediatamente a esto, por lo que le pregunté si pensaba que los detenidos no eran los verdaderos

responsables. Dijo que no debía tener ideas preconcebidas al respecto y que gran parte dependía del propio testimonio de la muchacha en cuanto se hallase en condiciones de prestarlo. Pensaba que Merrick podía haberse equivocado, pero no se atrevía a criticarle su rápida acción, no, al menos, en función de lo que el propio Merrick le había contado acerca de las circunstancias que rodearon a las detenciones.

Después de haber hablado con el subcomisario convoqué a mi estado mayor y expuse la situación tal como la veía (a) Merrick, (b) White y finalmente (c) yo mismo, a saber, como una situación grave en potencia, pero de momento controlada por las personas cuyo deber consistía en controlarla. En otras palabras, les dije que para nosotros se trataba de un «asunto normal», y ordené que tuvieran preparado mi automóvil oficial a las diez en punto, a fin de realizar una visita inesperada a los Pankots estacionados en Banyaganj. Ewart Mackay me llevó aparte cuando los demás se habían marchado y me dijo que él y su mujer estaban ya al corriente del ataque perpetrado contra Miss Manners, y que la opinión personal de su esposa era que la pobre chica se lo había buscado, aunque naturalmente Christine y él estaban sobresaltados y apenados. Lo importante, empero, era que Christine Mackay pensaba que yo debía saber que ella no estimaba que la agresión a Miss Manners constituyera una prueba de que las mujeres europeas en general estuviesen en peligro. Christine había preguntado si Kumar estaba involucrado en el caso y Ewart dijo que estaría más que contenta de saber que de hecho había sido detenido.

Dicho de otro modo, por intermedio de esta fuente privada obtuve la confirmación de que las sospechas personales del joven Merrick eran razonables, pero que también lo era la actitud impersonal y más amplia del subcomisario. Por consiguiente, me puse camino hacia Banyaganj totalmente confiado en que por lo menos se nos concedía un respiro para consagrarnos a tareas más importantes. La construcción del aeródromo progresaba en Banyaganj. Mi corazón se enterneció al ver a aquellos trabajadores pobres y sencillos, hombres y mujeres, que necesitaban cada *anna* que pudiesen ganar y no abandonaban a la ligera sus utensilios y sus cestos de piedras para acudir a la llamada caprichosa de cualquiera. No pude esquivar el pensamiento de que si cada una de las mujeres que trabajaban tan duramente en el calor y la humedad de aquella mañana de agosto, con su sari andrajoso desgarrado y salpicado de barro, hubiera seguido las recomendaciones del Mahatma y hubiera vuelto a casa para hilar algodón, le habría costado grandes sudores alimentar a sus hijos, niños para cuyo bienestar, y el de sus madres, nuestras mujeres habían organizado un comité, aquella mañana representado justamente por la joven Mavis Poulson y la esposa del oficial de estado mayor, que estaban haciendo todo lo posible para atender con escasos recursos las necesidades clamorosas de bebés hindúes y musulmanes de ambos sexos y de mujeres embarazadas que se habían desplomado bajo el peso de los cestos. Por suerte había por las inmediaciones algunos miembros de la RAF, muchachos de aspecto fornido, por lo que pensé que la señora Poulson y la señora Brown no tendrían excesivos problemas y continué mi trayecto hacia el cuartel general de los Pankots. Allí pasé una jornada agradable observando su instrucción de combate.¡Fue en realidad la calma antes de la tormenta! Volví a Mayapore a eso de las cinco de la tarde, y transporté en mi vehículo a las esposas de Poulson y de Brown para ahorrarles la incomodidad del regreso al acantonamiento en el autobús de la RAF. La señora Poulson también parecía compartir el criterio de

Christine Mackay sobre la suerte que había corrido Miss Manners. Dijo que todo aquel asunto debía de ser sumamente ingrato para Lady Chatterjee, que probablemente se sentía en cierta medida responsable de lo que había ocurrido, no sólo porque Miss Manners era su huésped, sino porque ella misma era india. Pregunté a la señora Poulson qué concepto tenía de Kumar y me respondió en el acto, al informarle yo de que había sido detenido:

—Pues ya tienen a su nombre. Un alborotador como he visto pocos.

Ella pensaba que si la pobre Miss Manners no hubiera sido tan «inocente» con respecto a la India, no habría sucedido nunca un hecho tan angustioso, y añadió que resultaba extraordinario y, sin embargo, totalmente lógico que los dos europeos que hasta aquel momento habían sufrido daños en los desórdenes presentes hubiesen sido mujeres, y ambas de ideas radicales y pro-indias. Constaté que la señora Brown era menos categórica al respecto, pero lo atribuí a su timidez. Su marido, como los lectores podrán recordar, había comenzado su carrera militar como soldado raso. Me creí especialmente obligado en insistir para que participase en la conversación. Yo sentía un gran respeto por las aptitudes de su marido como oficial de estado mayor. Estoy seguro, no obstante, de que opinaba de un modo muy similar al de la señora Poulson, es decir, que las dos pensaban que la muchacha había sido imprudente pero, por supuesto, deploraban su mala fortuna y estaban dispuestas a salir en su defensa. Estimé, conmovido, que esto era una prueba más de nuestra solidaridad. Armados de este modo era posible afrontar cualquier crisis.

Dejé a la señora Brown en el bazar del acantonamiento, donde tenía que hacer algunas compras, y llevé a la mujer de Poulson a su bungalow. Tras rechazar su amable invitación de que entrara a beber algo, la dejé cumpliendo su tarea de supervisar la operación de acostar a su hija, que creo que se llamaba Anne, y ordené al chófer que me llevara al cuartel de la brigada. La lluvia había amainado otra vez y había salido el sol de última hora de la tarde. El *maidan* presentaba un aspecto apacible y me acordé de aquellos tiempos remotos en que yo era un joven sin una sola preocupación en el mundo. Esa noche, después de cenar, escribí algunas cartas personales y me retiré temprano para trabajar en un programa de instrucción que mi estado mayor había redactado para someterlo a mi consideración. Al leerlo entero y encontrar poca cosa que censurar, sentí una punzada de confianza. ¡Si aquel programa hubiera sido algo más que un programa! ¡Los japoneses no habrían estado esa noche durmiendo tranquilamente en sus camas! Fue, sin embargo, la última noche de sueño tranquilo que yo habría de disfrutar durante una temporada.

En el diario personal que yo llevaba en aquella época, el espacio correspondiente al día siguiente —11 de agosto— está en blanco, pero hay una breve nota del día 12, fechada a las 2 de la tarde, que reza: «Un momento de reposo después de una jornada de disturbios generalizados en todo el distrito. Recibí a las 8 de la noche (del 11 de agosto) una petición de ayuda por parte del subcomisario. Flaco consuelo para nuestras tropas de Assam y Birmania saber que aquellos cuya misión es abastecerlas y, en definitiva, reforzarlas, están encontrando obstáculos en su camino.»

Al evocar aquel día de agosto que señaló el comienzo de las hostilidades por todo el país, y al rememorar —a medida que empezaban a llegar de hora en hora informes de agitación, desórdenes, incendios y sabotaje— la sensación creciente de que finalmente nos enfrentábamos a lo que habíamos

temido y tratado de frenar, no puede menos que desconcertarme la opinión todavía mantenida en ciertos sectores de que la revuelta era efectivamente una expresión espontánea de la ira nacional por el encarcelamiento de sus dirigentes. En mi opinión, la prueba concluyente de lo contrario, si hiciera falta alguna, reside en las palabras dichas por el Mahatma a sus seguidores en el momento de su detención: «Actuar o morir.» Me parece que nada podría ser más evidente. No conocí estas palabras hasta el día 11, en el cual las multitudes que se congregaron y atacaron comisarías y oficinas de telégrafos y que sabotearon tramos de las líneas férreas, las vociferaban como su lema.

Los disturbios se localizaron nuevamente en Tanpur y Dibrapur, y la policía de esas poblaciones fue seriamente hostigada. Durante la tarde del día 11, la policía de Mayapore, al mando de oficiales a caballo, estuvo plenamente ocupada en dispersar una y otra vez a los revoltosos que intentaban reunirse. Varios agentes resultaron heridos. Una veintena de hombres fueron detenidos e ingresados en prisión. En un pueblo justo al sur de Mayapore, un funcionario indio de subdivisión, integrado en la administración pública, fue atacado y hecho prisionero en la comisaría, y no fue liberado hasta el día siguiente, en que nuestras patrullas batieron la zona. Izaron en el pueblo la bandera del Congreso y también en el juzgado de Dibrapur, localidad que permaneció incomunicada durante varios días. La estafeta de correos de Dibrapur, que había sido asaltada el 9 de agosto (el día de la agresión a la maestra inglesa), fue esta vez pasto de las llamas. Hasta el 17 de agosto, en que nuestras tropas recuperaron el control, la situación en Dibrapur —a 70 millas aproximadamente de Mayapore— estuvo en manos del populacho. ¡Uno de sus cabecillas llegó incluso a proclamarse subcomisario y decretó que la sede central del distrito había sido trasladada de Mayapore a Dibrapur! El funcionario de subdivisión, que era legal y constitucionalmente el responsable de la misma (asimismo indio), fue primero encarcelado y posteriormente liberado e instalado en el juzgado como «juez de distrito y audiencia». Más tarde sostuvo que había sido obligado a colaborar con el hombre que se nombró a sí mismo subcomisario, y que había escondido la mayor parte del dinero del tesoro local para impedir que cayera en manos de los insurrectos. La restitución de ese dinero y su buen historial anterior posiblemente le salvaron de sufrir el castigo de su aparente deserción al bando de los amotinados. Hubo, por desgracia, varios casos, repartidos por todo el país, de magistrados y hasta altos funcionarios indios de distrito que obedecieron las órdenes de los cabecillas de la revuelta, y fueron incautadas considerables sumas de dinero del gobierno. En algunos lugares, los nuevos funcionarios autonombrados «multaron» a ciudadanos y campesinos y se guardaron el dinero en su bolsillo junto con los impuestos que habían recaudado «en nombre de la India libre». Creo que no se produjo ningún caso de coacción a un funcionario público inglés, y no hubo, gracias a Dios, prácticamente ninguna pérdida de vidas europeas. La única que recuerdo fue el asesinato de dos oficiales de las fuerzas aéreas (no en nuestro distrito) por una chusma que creyéndoles pilotos de un avión que recientemente había participado en una incursión punitiva contra un pueblo amotinado de las cercanías inmediatamente les atacó de una manera vil y los hizo pedazos.

Pero volviendo a Mayapore y al día 11: el superintendente de policía demostró a lo largo de ese día una notable habilidad táctica. Era imposible para Merrick apostar hombres en todos los lugares requeridos, pero había tres áreas principales de peligro: la de la calle de prolongación del

Chillianwallah Bagh, que iba desde el sur de la ciudad directamente hasta el puente Bibighar; la «plaza» situada enfrente del templo Tirupati y que conducía al puente de Mandir Gate; y la calle que llevaba hasta la cárcel, al oeste (la prisión del lado del río de la ciudad indígena, no las celdas de la comisaría en el sector civil, donde estaban retenidos los seis sospechosos de la violación). Se había previsto que habría dos objetivos principales de ataque: la cárcel y el sector civil.

El día habla comenzado con bastante normalidad hasta que la policía informó de que se estaban observando indicios de *hartal*[21] en la ciudad. A las 8 de la mañana, sin embargo (hora que más o menos coincidió con la reanudación del alzamiento en Dibrapur), se supo que se estaba formando una muchedumbre en la calle de prolongación del Chillianwallah Bagh. Hacia las 9,30 fue dispersada, pero de inmediato se verificó que la dispersión había servido solamente para que un nuevo gentío se aglomerase en las proximidades de la calle Jail. Por fortuna, Merrick había previsto los movimientos que podrían efectuarse en el caso de un desafío organizado a los agentes de la ley y el orden, y ya había ordenado el despliegue de sus fuerzas. Hubo varias escaramuzas. La oficina de correos de la calle Jail se vio amenazada, pero fue reforzada. Entretanto, habían empezado a afluir informes de actos «aislados» de violencia en zonas remotas del distrito. A las 12 horas, el subinspector de policía al cargo del *kotwali* cercano al templo Tirupati recibió un «ultimátum» para unirse a las huestes de «la India libre» y colaborar en la «liberación de los seis mártires de los jardines de Bibighar». ¡El ultimátum le fue entregado en forma de folleto impreso. El intento de identificar la rebelión de Mayapore con el caso de los jardines de Bibighar, como si se tratase simplemente de una cruzada para libertar a hombres a quienes la población consideraba injustamente encarcelados, fue, me pareció, no sólo una maniobra astuta, sino la prueba de que existían cabecillas clandestinos de notable inteligencia. Merrick estaba de acuerdo con esto. Nada más ver el folleto, había ordenado un registro inmediato de las oficinas de un periódico en lengua inglesa denominado el *Mayapore Hindú* y descubierto una imprenta que sugería que en aquellas prensas no sólo se imprimían periódicos, sino que también estaban equipadas para editar en lengua vernácula. El tipo de imprenta con el que se había impreso el folleto en inglés y en hindi ya había sido «repartido», pero Merrick creyó justificado detener a todos los miembros de la plantilla a la sazón presentes en el periódico y destruir la imprenta de la que podían haber salido octavillas similares a las distribuidas.

Esta operación había concluido a las 13 horas, tan sólo 60 minutos después de la entrega del folleto en el *kotwali* de la plaza del templo, lo que constituía un testimonio elocuente de la capacidad de Merrick para la acción rápida, así como de su inteligencia o sistema de «espías». Me dijo esa tarde, cuando visité el cuartel general del distrito, donde el subcomisario y su plana mayor estaban reunidos, que uno de los hombres detenidos en el *Mayapore Hindú* era íntimo amigo de Kumar, el principal sospechoso del caso Manners. Merrick consideraba muy probable que interrogando a este individuo (en mis notas de diario figura con el nombre de Vidyasagar) podría demostrarse la duplicidad de Kumar.

Confieso que sentí mareos al comprobar hasta dónde eran capaces de llegar aquellos jóvenes indios, supuestamente educados, en su voluntad de desafiar y de atacar al pueblo que les había ofrecido la oportunidad de hacer

[21] En la India, cierre de comercios o suspensión del trabajo como acto de protesta política.

algo útil con su vida. Me preocupaba también su capacidad para la violencia escondida bajo el nombre sagrado de *satyagraha.* Expresé estos sentimientos a Merrick, y él me recordó entonces que, en su trabajo, tenía que lidiar todos los días con sujetos de este pelaje. Si algunas veces se «saltaba las normas» y les pagaba con su misma moneda, creía que el fin justificaba los medios. Dijo que estaba casi «enloquecido» con sólo pensar que una muchacha decente como Daphne Manners, con todas las ventajas que brindaba la vida civilizada, hubiera sido encandilada por un tipo como Kumar, que había disfrutado del beneficio de una educación en un colegio de pago inglés. Me dejó atónito esta información sobre los antecedentes de Kumar, y sentí que mi propio sistema de valores había sufrido un rudísimo golpe.

Merrick definió a Gandhi en esta ocasión (mientras tomábamos juntos una taza de té apresurada) de «viejo loco» que había perdido por completo el contacto con el pueblo al que pensaba que todavía dirigía, y que por eso era el ingenuo que se tragaba el camelo de sus propios «sueños e ilusiones locas» y no se hacía idea de lo mucho que se reían de él la clase de jóvenes a los que él, Merrick, tenía que meter en vereda.

Esa tarde, en el cuartel general del distrito, encontré al subcomisario tranquilo y resuelto en sus reacciones ante los informes que iban llegando. Le dije que estaba preparado para ordenar al preboste al mando de la policía militar que prestase su ayuda en el traslado de los seis prisioneros al cuartel de los Berkshires. La noticia cogió a White por sorpresa, ya que por lo visto Merrick no había hablado con él de esa posibilidad. El subcomisario dijo que no tenía intención de agravar el sentimiento racial colocando a seis nombres sospechosos de la violación de una mujer inglesa ante las mismas narices de soldados ingleses. Yo me acaloré bastante ante lo que consideré una crítica injustificada de la capacidad de mis hombres para dominarse. Me aseguró entonces que no había pretendido decir tal cosa, sino simplemente que la labor de custodiar a semejantes presos sólo podía ser extremadamente ingrata y, por consiguiente, nociva para la moral de los Berkshires, que, en el caso de que se requiriese su ayuda, necesitarían ejercitar un alto grado de ecuanimidad y autodisciplina. Ya era bastante contrariedad, agregó, que la noticia del ataque a Miss Manners hubiera llegado a ser de dominio público. No quería que la presencia entre ellos de «los sospechosos recordara hora tras hora» a los Berkshires un asunto «que sólo puede excitar intensas emociones básicas».

A este respecto no estuvimos de acuerdo, y dimos por terminada la conversación de un modo bastante agrio. A las ocho de esa noche recibí la esperada petición de ayuda, ordené en el acto que lo que había dado en llamarse la patrulla antidisturbios se presentara en la sede central del distrito y que el resto de los Berkshires permanecieran en estado de alerta, y fui en coche al bungalow de White, al que ahora él había regresado y donde se encontraba conferenciando con el juez Menen y miembros de su plana mayor. El juez Menen parecía tan imperturbable como siempre. No pude evitar preguntarme si bajo aquella apariencia grave y jurídica no acecharía un corazón que latía al unísono con las esperanzas de «libertad» de sus compatriotas.

A partir de las cuatro era ya un hecho manifiesto para White que la policía disponible no contaba con los recursos suficientes para continuar su tarea de desalentar la formación de gentíos, sobre todo porque un destacamento de la policía de la ciudad había sido enviado para reforzar a la

de Tanpur e intentar restablecer la comunicación con Dibrapur, reduciendo en consecuencia su fuerza en Mayapore. Previendo que, a juzgar por el humor de la población, quizá se efectuaran al día siguiente determinadas tentativas de penetrar en el sector civil, y tras haber obtenido una valoración de la magnitud y naturaleza de la revuelta a partir de la confrontación que sus ayudantes habían hecho entre los informes del día de su propio distrito y los de otros distritos y provincias, el subcomisario decidió, alrededor de las 7,30, solicitar el apoyo militar. Llegué a eso de las 8,15 y se me agradeció mi pronta respuesta. Me dijo que todavía confiaba en que a la mañana siguiente no sería necesaria la plena colaboración de nuestras fuerzas. Acordamos mantener al pelotón de los Berkshires concentrados en el cuartel general del distrito y preparados para una intervención inmediata, y despachar de noche algunas tropas a Dibrapur, en compañía de un magistrado y un oficial de policía para averiguar qué sucedía allí y tratar de pacificar y reducir. Como deseaba conservar intactos a los Berkshires, resolví que el pelotón que fuese a Dibrapur procediera de los Ranpurs estacionados en Marpuri. Estaban bien situados para cruzar el río por un determinado punto, unas seis millas al oeste de Mayapore, y aproximarse a Dibrapur por una carretera local desde la que podrían sorprender a los rebeldes. Al momento impartí órdenes por teléfono al oficial de guardia de Matpuri.

Determiné estar presente en la cita entre los Ranpurs y los dos representantes del poder civil, y partí con los dos últimos en mi coche oficial a las 22 horas. Tras establecer contacto con los Ranpurs, les precedí hasta el puente de un pueblo llamado Tanipuram, donde encontramos a la policía local en estado de alerta. El subinspector al mando nos informó de que al oscurecer habían sido vistos unos hombres que se acercaban al puente y que habían huido al ver a sus agentes patrullando. El pueblo había conservado la calma durante todo el día a pesar de los rumores de que en Mayapore reinaba el tumulto. Después de dejar a los Ranpurs avanzando en dirección a Dibrapur, regresé al lugar de la cita: el apeadero de ferrocarril que servía a los pueblos circundantes. Telefoneé a Mayapore y logré establecer contacto con el cuartel general del distrito. Transmití el mensaje de que los Ranpurs habían emprendido la marcha sin novedad, y luego —pensando que aquella noche había hecho todo lo posible— volví a casa. Para entonces era ya la madrugada del 12, y caía una lluvia pertinaz; ¡pensé que contribuiría en gran medida a apagar el ardor de cualquier posible merodeador nocturno!

Por la mañana, después de dormir solamente unas tres horas, mi oficial de transmisiones me despertó con un mensaje del pelotón de Ranpurs que estaba en camino hacia Dibrapur, y en el que me comunicaban que una obstrucción en la carretera, en forma de un árbol caído, les tenía atascados a unas diez millas de la localidad. No era un obstáculo para los hombres, pero sí lo era, claro está, para el transporte. El árbol había sido apartado con cierta dificultad debido a la lluvia que seguía cayendo y al estado resbaladizo de la calzada y los arcenes de *kutcha.* El suboficial al mando del pelotón, un joven indio, había tenido intención de enviar a dos secciones a pie hasta el pueblo siguiente, a una milla de distancia, pero el magistrado y el oficial de policía que les acompañaban habían insistido en que el grupo se mantuviese íntegro hasta que se hubiese eliminado la obstrucción. Si el suboficial no se hubiera dejado disuadir de su buen criterio, es posible que hubiera podido evitarse la destrucción del puente más allá del pueblo: un puente sobre un

afluente del río principal que atravesaba Mayapore. El puente fue volado unos veinte minutos después de que el pelotón comenzara a despejar la carretera. Oyeron el ruido de la explosión. Al llegar al pueblo (en donde no había nadie más que un puñado de hombres y mujeres ancianos), el suboficial volvió a establecer contacto con el servicio de transmisiones de la brigada e informó de que la carretera a Dibrapur había quedado impracticable para el transporte. Solicitaba nuevas órdenes.

Tal era la situación a la que debí hacer frente inmediatamente la mañana del 12. Una rápida consulta del mapa me confirmó en seguida que no había otra ruta a Dibrapur que no supusiera desandar lo andado hasta un lugar tan al norte como el puente de Tanipuram, y el otro camino que partía de allí no era mucho mejor, desde el punto de vista del transporte mecánico, que una simple pista transitable con buen tiempo. ¡Sólo faltaba que volasen ahora el puente de Tanipuram y habría perdido temporalmente, según mis cálculos, el uso de dos camionetas de 3 toneladas, un camión de 15 quintales y valioso equipo de radio!

Afortunadamente, el oficial del servicio de información de mi brigada, un joven algo reservado pero sumamente competente que se llamaba Davidson, ya había visto el peligro y había previsto mis órdenes de que se pidiera a la policía que estableciese contacto inmediato con supuesto en el puente de Tanipuram, a fin de verificar la situación en el mismo y avisar de que permanecieran ojo avizor ante la posibilidad de saboteadores. Telefoneé al subcomisario y le dije que corría el riesgo de perder material valioso de transporte y equipo si no me concedía *carte blanche* para asegurar la carretera. Le expliqué por qué, y añadí que parecía claro que los rebeldes de Dibrapur eran dirigidos por hombres notablemente diestros, y que sin duda la localidad había sido elegida como punto fuerte de la rebelión en nuestro distrito.

White reflexionó unos instantes sobre la situación y luego dijo que en conjunto estaba de acuerdo conmigo y que me dejaba las manos , libres para dominar la carretera mientras los Ranpurs eran «retirados». Le respondí que no había pensado necesariamente en la posibilidad de su retirada, sino más bien en tomar la carretera durante el tiempo que se tardase en tender un nuevo puente sobre el río en el lugar donde el antiguo había sido demolido. Estábamos lamentablemente escasos del material necesario, ¡pero más valía tarde que nunca, aun en el caso de que transcurriesen varias horas antes de que los Ranpurs pudiesen proseguir!

Su respuesta me dejó atónito:

—No —dijo—. Opto por la retirada, pero accedo a que usted controle la carretera hasta que sus hombres hayan regresado a este lado del Tanipuram. Se lo confirmaré en el acto por escrito.

—¿Y si hubiesen volado el puente de Tanipuram? —le pregunté.

—En ese caso, tendríamos que reconsiderar la situación, pero si quiere que le diga la verdad, yo diría que entonces habría perdido el uso momentáneo de tres camiones y un equipo de radio.

Y colgó. Me vestí apresuradamente y desayuné, resuelto a ordenar a los Ranpurs que hiciesen sentir su peso en la zona, con o sin magistrado, si llegaba la noticia de que también habían volado el puente de Tanipuram. Pero poco después recibí con alivio una llamada del cuartel general de la policía diciéndome que el puente seguía intacto y no había señal de problemas.

Había decidido no ordenar la retirada de los Ranpurs hasta que me llegara del subcomisario la prometida petición por escrito. La recibí hacia las 8, y de inmediato notifiqué a Ewart que ordenase el regreso del pelotón y el transporte.

Acto seguido comenté la situación de Dibrapur con Davidson, el oficial de información, que dijo que se figuraba que el propósito del subcomisario, si Dibrapur *era* en efecto el centro de la insurrección en el distrito, consistía en dejar que la localidad se cociese un tiempo en su propia salsa, porque los rebeldes no tenían verdaderas «tropas» y Mayapore era de mayor importancia. A su modo de ver, el subcomisario había decidido que la pacificación del distrito había de extenderse desde Mayapore hacia el exterior. De todo mi estado mayor, supongo que Davidson había alcanzado el grado más grande de franqueza conmigo (con la excepción de Ewart, que pasaba por ser un amigo personal). Cuando asumí el mando, el oficial del servicio de información había sido un joven llamado Lindsey, a quien cogí cariño en seguida. Había estado en Francia con la infortunada fuerza expedicionaria inglesa. Su relación con los Berkshires se remontaba a una época anterior a la guerra, en los tiempos del ejército de reserva. Había venido a la India al mando de una compañía del nuevo batallón. Al llegar le habían adiestrado en las tareas del servicio de inteligencia, y al terminar el cursillo, habiendo expresado el deseo de servir en una formación que comprendía una unidad de su antiguo regimiento, le encomendaron inmediatamente el mando de nuestra sección de información de la brigada. A principios de abril, una semana después de mi llegada a Mayapore, fue destinado a un puesto de G 3 (I) en la división. Yo protesté, pero Ewart me convenció de que no entorpeciese el traslado. En su opinión, desde su llegada a Mayapore, Lindsey había mostrado síntomas de desasosiego e inseguridad, y Ewart sospechaba que había hablado con algún amigo del estado mayor de división para que le trasladaran. Davidson, el sucesor de Lindsey, no me pareció al principio un sustituto particularmente adecuado, y chocamos en varias ocasiones. De origen judío, tenía un barniz de susceptibilidad que no comprendí de inmediato.

Después de hablar con Davidson decidí visitar a White. Fui primero a su bungalow, y determiné esperarle cuando su mujer me dijo que estaba inspeccionando el acantonamiento y la ciudad, pero que volvería hacia las diez. Comenté la situación con ella y descubrí que su punto de vista constituía un perspicaz equilibrio entre el de su marido y el mío.

—Robin siempre ha intentado ver las cosas con un año de antelación por lo menos —dijo—. Sabe que la gente que nos hace frente ahora es la misma con la que tendremos que vivir y de la que nos sentiremos responsables después.

—Sí, siempre que los japoneses no ganen la guerra —dije yo.

—Lo sé. Es lo que yo pienso. Pero luego me pongo a pensar en los gemelos y en la idea de no volver a verlos. Robin también piensa en ellos, pero sabe que no le pagan por pensar en eso.

Vi al instante que entre White y su mujer existía el mismo fino sentido de compañerismo que yo había tenido la suerte de conocer con la mía en mi propia vida.

Cuando volvió White, acompañado del joven Jack Poulson, se disculpó al momento por cualquier molestia que hubiese podido causarme a primera hora de esa mañana respecto a los Tanpurs y el puente. Le pregunté si yo estaba en lo cierto pensando que había decidido que Dibrapur se cociese en

su propio jugo durante un par de días con la esperanza de que una disminución favorable de la intranquilidad en Mayapore la dejara aislada y en condiciones de pacificación. Pareció sorprendido, lo pensó un momento y respondió:

—Sí, supongo que es el modo de expresarlo en términos militares.

Le pregunté cuáles eran los términos civiles, y contestó de inmediato:

—La salvación de vidas y la protección de la propiedad.

Le pregunté si por lo tanto pensaba que los militares no eran de fiar.

—Sus hombres están armados —dijo—. Los míos tienen unas pocas armas de efecto retardado, como los explosivos, pero por lo demás tan sólo sus pasiones y las manos desnudas.

Me asombró que diese a los rebeldes el apelativo de «los míos», hasta que comprendí que del mismo modo que yo había asumido mi responsabilidad seriamente él había asumido la suya, y advertí la curiosa enemistad, así como la amistad, que podía surgir entre dos hombres del mismo origen por el simple hecho de que las esferas de su responsabilidad fueran distintas. Y sin embargo, pensé, a la postre los dos esperábamos el mismo resultado.

La noticia de aquella mañana desde el lado civil fue que los empleados de la Eléctrica Anglo-india habían declarado la huelga y que los alumnos del instituto de enseñanza superior del gobierno planeaban una *satyagraha* multitudinaria para esa tarde, en una marcha a través del puente Bibighar y a lo largo de la Grand Trunk hasta el aeródromo de Benyaganj, donde las obras también se habían interrumpido a consecuencia de los actos de intimidación contra los hombres y mujeres que al principio habían desoído el llamamiento del Congreso para el paro general.

A White le repugnaba la idea de actuar contra los estudiantes, cuyo temperamento voluble era imprevisible. Quizá se contentaran con desfilar ordenadamente, permitir que detuvieran a unos cuantos y luego dispersarse, satisfechos de haber creado problemas a las autoridades y de haber manifestado su adhesión a los ideales del Congreso. Pero el más ligero «soplo de viento desde otra dirección», como expresó White, podría inducirles a arremeter inermes contra la policía o los militares, en un movimiento de histeria colectiva que únicamente podía llevar a una trágica pérdida de vidas. Pidió, por consiguiente, que las tropas reforzaran a los efectivos de la policía y que el oficial al mando de las fuerzas se encargase de controlar las acciones tanto policiales como castrenses. White dijo que la policía tenía tendencia a ser «dura» con los estudiantes. Luego me dijo que la facilidad con que sus confidentes habían llegado a conocer los detalles de aquel plan le hacía suponer que la manifestación estudiantil era una maniobra para intentar que nuestras fuerzas se concentrasen principalmente en el puente Bibighar y la zona de la universidad. Esperaba otro ataque desde el puente de Mandir Gate, por parte de hombreé y mujeres de la población corriente, y un asalto a la cárcel, y creía que ambas cosas coincidirían con la agitación de los estudiantes.

No pude sino admirar su frío y, como pensé, sensato análisis. Sugerí que esa mañana podría ser un buen momento para que las autoridades civiles y militares proclamasen a toque de tambor que se prohibían las concentraciones de personas en los puntos principales de la ciudad. Él ya lo había pensado y lo volvió a pensar. Finalmente dijo:

—No, eso entra en el capítulo de la provocación y me recuerda demasiado los antecedentes de la matanza de Amritsar. También tiene que recordárselo

a *ellos.* No necesitan ese bando porque saben lo que está permitido y lo que no.

Creo que en esta conversación —iniciada en una atmósfera de frialdad que casi rayaba en desconfianza— aprendí más sobre la manera de pensar de los civiles que lo que había aprendido comparativamente en todo el tiempo de mi servicio en el país. Salí del bungalow con la honda y persistente impresión de que el subcomisario estaba plenamente resuelto a velar por el bienestar del conjunto de la población, con independencia de razas, credos o color de la piel. Debió de tener muchas dudas respecto a las diversas líneas de acción que adoptar, pero creo que tuvo que analizarlas todas teniendo siempre presente lo que su mujer había definido como la conciencia de que aquél era el pueblo con el que tendríamos que vivir en paz una vez terminaran los desórdenes. Creo que con posterioridad a los disturbios de Mayapore fue criticado por haber «perdido la cabeza». Si esto es cierto, me gustaría corregir esta versión. White «actuó por su cuenta» todo el tiempo que pudo, y yo, en los pocos días en que las circunstancias hicieron su tarea casi imposible, intenté sacar el mejor partido de una mala actuación. También debo dejar constancia de mi opinión de que White se habría «metido bajo tierra» antes de admitir su derrota si, la noche del 12 de agosto, no hubiera recibido órdenes directas del comisario (¡que se encontraba a doscientas millas de distancia!), quien, a su vez, cumplía instrucciones del gobernador de la provincia, de emplear «al máximo» las fuerzas militares a su disposición. Yo recibí una notificación similar de mi jefe de división y de zona. La noche del día 12, la provincia, considerada globalmente, se hallaba ciertamente en un estado tal de agitación violenta que sin dificultad podría calificarse de estado de rebelión, una situación en la que nuestros superiores inmediatos solamente podían albergar las más sombrías dudas sobre el futuro próximo.

La entrevista que mantuve con White la mañana del 12 fue prácticamente la última que mi memoria conserva claramente. Ya he descrito en páginas anteriores —como ejemplo del método de ayuda militar al poder civil— la acción de esa tarde en el puente de Mandir Gate, cuan-do, como White había previsto, creyendo que las autoridades estaban plenamente ocupadas reduciendo la manifestación estudiantil, el populacho intentó penetrar en el sector civil desde la plaza del templo, incendió el *kotwali* vecino y se desplegó hacia la estación de tren. Al mismo tiempo que nosotros actuábamos en este lado del puente de Mandir Gate, la policía defendía desesperadamente la cárcel. Dos agentes murieron y la multitud logró irrumpir en la prisión y liberar a un cierto número de presos antes de que una unidad de los Berkshires, presurosamente enviada al lugar, pudiera recobrar la iniciativa.

Como los lectores podrán recordar de mí detallada descripción anterior de nuestro comportamiento en el Puente de Mandir Gate, las tropas «de ayuda» efectuaron un avance aprovechando la ventaja que habíamos obtenido al desperdigar a la muchedumbre con sus disparos. De esta manera, el grueso de los revoltosos en fuga fue rechazado al otro lado del puente, aunque pequeños grupos consiguieron escapar por algunas de las calles laterales.

Haciendo un alto en el lado del puente que daba al sector civil, el jefe del pelotón preguntó a Poulson, el magistrado, si debía quedarse donde estaba o cruzar el puente y entrar en la ciudad indígena para dominar el templo de la plaza, en donde ya veía a nuevos «dirigentes» exhortando a los amotinados a rehacer las filas desbandadas. Poulson, decidido a mantener intacta la fuerza de la ley y el orden de acuerdo con el manual táctico, ordenó al

suboficial de los Berkshires que permaneciese en la boca del puente. Se oyeron disparos en la zona de la estación y Poulson conjeturó correctamente que al cruzar el puente la multitud se había escindido en dos partes, una de las cuales avanzaba por la calle del puente de Mandir Gate y la otra se infiltraba a través de las vías hacia la estación de tren. Dijo al suboficial que si las tropas entraban en la plaza podrían verse atrapadas entre la chusma que intentaba congregarse de nuevo y la que retrocedía ante el tiroteo en la estación. Y de este modo los hombres y mujeres que huían de la estación vieron al llegar al puente que los Berkshires les cortaban el único camino de retirada.

Desgraciadamente, a pesar de la rápida orden de Poulson y la no menos veloz respuesta del suboficial —de «dejar vía libre» en el puente a aquellos civiles desarmados y en fuga—, la población sucumbió al pánico cuando vio a las tropas, y erróneamente creyó que eran hostiles los movimientos del pelotón, que en realidad pretendía cederles el paso. Los que iban al frente de la muchedumbre retrocedieron y fueron pisoteados por los que venían detrás. Muchos se lanzaron orilla abajo hasta el río e intentaron vadearlo a nado, y me temo que algunos hombres y mujeres perecieron ahogados. Este incidente ocasionó un gran malentendido. Los indios nos acusaron posteriormente de haber tendido una trampa deliberada y de haber sido despiadados con quienes cayeron en ella. Intentaron aportar pruebas de que las tropas del puente habían disparado contra la multitud y consecuentemente, obligado a muchos de los rebeldes a arrojarse al río. Por lo que yo pude deducir, estas «pruebas» descansaban totalmente en el hecho de que cuando fueron recuperados los cadáveres se encontraron heridas de bala en algunos de los ahogados. Estas heridas sólo podían haber sido causadas en la refriega de la estación, cuando se desobedecieron las órdenes de dispersarse y el ataque a las tropas con piedras y ladrillos obligó a los soldados a lanzar una andanada. Como creo haber mencionado, el superintendente del distrito, Merrick, mandaba a la policía situada en la estación. Demostró una gran energía, determinación y desprecio por su propia seguridad. Montado a caballo, presionó constantemente para desperdigar a la turbamulta e impedir que formara un frente unido. Sólo cuando se vio forzado a retroceder impartió órdenes de disparar a sus pocos hombres armados y dio permiso para hacerlo a las tropas.

Fue una tarde aciaga, que alcanzó su punto culminante cuando nos llegó la noticia al cuartel general del distrito de que la cárcel había sido atacada y tomada. Para entonces llovía intensamente. Entre las cinco y las seis bramó una tormenta por encima de las cabezas, como si fuese un reflejo de la que asolaba el suelo. Fue en estas condiciones inclementes como se envió rápidamente a una nueva fuerza de Berkshires (a la que yo mismo acompañaba, junto con el subcomisario) que cruzó el puente en vehículos descubiertos y se aproximó a la cárcel. La lluvia y la alarma que cundió al divulgarse la noticia de que había fracasado la revuelta en el sector civil habían reducido el contingente de rebeldes en la calle Jail, y sin duda el espectáculo de varios camiones cargados de tropas armadas y la rapidez con que yo les había ordenado intervenir quebrantaron la determinación de los hombres y mujeres que todavía se encontraban en la zona. Hubo, no obstante, que despejar la zona de la vecindad inmediata de la cárcel apeando a las tropas y disparando repetidas ráfagas por sobre las cabezas de la multitud. En cuanto controlamos el área de acceso- a la cárcel misma, hubo que forzar con piquetes la entrada de estacas inserta en las viejas y enormes

puertas de madera. Los insurgentes se habían encerrado dentro. También habían irrumpido en el arsenal, pero afortunadamente su familiaridad con la clase de armas que encontraron resultó ser prácticamente nula, pues de lo contrario nuestros hombres hubieran tenido que forzar la entrada bajo un intenso tiroteo. Así y todo, uno de nuestros soldados fue herido cuando los Berkshires, al mando de su jefe de pelotón, entró en el patio de la cárcel.

La imposibilidad de defender la cárcel fue el revés definitivo para las esperanzas de los rebeldes aquel día, y, como sucedía normalmente al sufrir contratiempos de esta índole, la cólera se interiorizó. La noche del 12 al 13, cuando no se podía decir claramente quién se había llevado el gato al agua en cuanto al control civil, facciones de la muchedumbre utilizaron el tiempo que antes dedicaban a hostigarnos en ajustar cuentas pendientes entre ellas. Hubo pillaje e incendios en la ciudad, pero esta vez se dirigieron contra los comercios y las viviendas indígenas, e incluso contra personas. ¡Un cadáver encontrado por la mañana podía ser tranquilamente proclamado como el de un «mártir de la causa de la libertad» que había sido apaleado hasta la muerte por la policía o los militares! Hubo también unos cuantos incidentes en el acantonamiento, donde pequeños grupos de hombres que habían escapado por calles laterales y encontrado un lugar donde esconderse salieron después de anochecer y causaron leves daños en las líneas férreas. Aquella noche, igualmente, estalló un incendio en uno de los almacenes de las vías muertas del ferrocarril.

El subcomisario había recibido para entonces las instrucciones de sus superiores para hacer frente a la revuelta en su distrito con todas las fuerzas a su disposición, y mi jefe de zona me había informado de este despliegue. Mis instrucciones «privadas» eran que si en las próximas horas estimaba que la autoridad civil no era ya operativa, tenía potestad para asumir el mando pleno y declarar la ley marcial. Sin embargo, a juzgar por lo que yo había visto aquella tarde, creía que entre White y yo podríamos restablecer el orden con tal de que conviniéramos en que la situación se había deteriorado hasta un punto por debajo del cual ninguno de los dos podía responsabilizarse de que la réplica a cada incidente acatara las directrices del manual. Se lo dije a mi jefe de zona, y añadí que mi mayor inquietud era la situación en Dibrapur, que, después de las experiencias vividas esa jornada en Mayapore, me parecía cada vez más grave.

A última hora de la noche mantuve una breve entrevista con White. Fue uno de los encuentros que no dejaron un recuerdo preciso en mi memoria, porque ahora se producían de un modo apresurado y en una atmósfera de urgencia, pero recuerdo su semblante tenso y lo que me preguntó nada más verme:

—Bueno, supongo que usted toma el mando.

—¿Quiere usted que lo haga? —respondí. Él negó con la cabeza, pero accedió a que yo enviase a Dibrapur, a la mañana siguiente, un contingente de tropas por la carretera directa que salía de Mayapore hacia el sur. Pero el jefe de zona volvió a telefonearme esa noche desde su cuartel general y me pidió que me acercase a Dibrapur a pie desde el noroeste, desde el puente demolido que, entretanto, iba a ser rehecho lo más aprisa posible por los ingenieros a fin de restablecer las comunicaciones normales por carretera en cuanto Dibrapur fuese pacificada.

Los Ranpurs continuaban retenidos en aquel corto tramo de diez millas de camino, más allá del puente, por obstáculos viarios y «minas» de fabricación casera que les causaron varias bajas. De este modo se reforzó mi

creencia de que Dibrapur había sido elegido como plaza fuerte del conato de insurrección, y hasta la mañana del 16 no pude comunicar al subcomisario que la ciudad se hallaba de nuevo en manos de fuerzas legalmente constituidas. En ayuda de los Ranpurs tuve que enviar una compañía de los Pankots por la ruta directa hacia el sur que atravesaba Tanpur, y la operación vino a adquirir más o menos un carácter de ensayo general de ataque militar. Decreté la ley marcial en Dibrapur la noche del 13, cuando los Ranpurs entraron en la ciudad. Tardaron tres días en restaurar la ley y el orden. El día 17, un miembro del estado mayor del subcomisario reasumió el control en nombre de la autoridad civil, y aquellos de nuestros agentes que parecían haber colaborado con los rebeldes (el funcionario indio de subdivisión, un magistrado y varios policías) fueron trasladados a Mayapore para comparecer en primer término ante el subcomisario. En esta ocasión fue cuando el funcionario de subdivisión consigue evitar su procesamiento devolviendo el dinero que dijo que había escondido para que no cayera en poder de los rebeldes.

En este ínterin, la rebelión en todo el distrito había alcanzado, después de pasar por etapas crecientemente violentas de cariz prácticamente incontrolable, un punto en el que pudimos considerar que el ímpetu desencadenado había sido contrarrestado con éxito. En cualquier conflicto físico, el poder conductor inicial que es necesario para dar pasos activos siempre parece generar los recuerdos más vividos. La disciplina y la instrucción se reanudaron, volviendo a sus cauces y probando su utilidad, pero sin dejar en la memoria individual recuerdos particularmente memorables. Pero me acuerdo que el 14 de agosto se realizó un nuevo intento serio de penetrar en el sector civil en nombre de los «Mártires de Bibighar y el puente de Mandir Gate».

En esta ocasión era imposible no conmoverse ante el espectáculo de una turbamulta en la que tantas mujeres, jóvenes y viejas, se expusieron a la amenaza de heridas e incluso al peligro de muerte. En las tentativas realizadas ese 14 de agosto latía una adhesión más estrecha a los principios de la no violencia propugnados por el Mahatma. Fue como si, de la noche a la mañana, aquellos sencillos ciudadanos se hubieran desencantado de los dirigentes que les habían exhortado a empuñar cualquier arma que tuvieran a mano y creyeran posible derrotar a la policía y a los soldados por medios pacíficos. Ahora habían adoptado una actitud de desafío inerme, ostentando pancartas que nos conminaban a abandonar la India y a entregarles a las «víctimas inocentes» de los jardines de Bibighar. El gentío que intentó cruzar el puente de Bibighar estaba compuesto en gran parte por mujeres y niños, y ofrecían una estampa tan conmovedora que nuestros hombres se mostraron reacios a disparar, aun cuando las órdenes fueron de disparar al aire mientras las mujeres estuvieron al frente de la comitiva. Vi que un soldado de los Berkshires rompía filas para consolar a una niña que corría de un lado a otro buscando a su madre, sin duda una de las mujeres que se habían tendido en el suelo para que los soldados tuvieran que pisotearlas en el momento de avanzar hacia el puente para despejarlo.

Es indudable que el caso de la agresión a Miss Manners en los jardines de Bibighar suscitó un clamoroso grito «popular», pero nunca he tomado en serio los argumentos alegados para demostrar que fue la acción emprendida por la policía para «vengar» la violación la que desató los desórdenes en la ciudad. Tengo la certeza de que los rumores sobre el trato brutal administrado a los seis prisioneros carecían de todo fundamento, aunque

una vez más quiero recordar que los miembros de la policía, aparte de los oficiales superiores, como el superintendente del distrito, eran todos indios, y que —preciso es admitirlo— había habido casos en nuestra historia en que oficiales blancos habían sido injustamente acusados de actos cometidos por sus subordinados nativos, a quienes, «según los cánones», era responsabilidad suya controlar. Dudo de que los mismos indios, sin embargo, tomaran en serio el bulo de que uno o varios de los detenidos (todos ellos hindúes) fueran «obligados a comer carne de vaca». Es verdad que en las filas de la policía había una proporción bastante elevada de musulmanes, pero si el populacho hubiera creído realmente la historia de la ingestión por la fuerza de carne prohibida, ello habría dado pábulo inmediatamente al rumor de que los agentes de policía musulmanes eran los responsables, y en consecuencia habría originado el enfrentamiento comunal que en esta coyuntura tuvimos la suerte de ahorrarnos. Tales historias en relación con el caso Bibighar eran sin duda fruto de la murmuración después del suceso, cuando la paz se hubo restaurado. Ciertamente no llegaron a mis oídos en aquellos días rumores de este género, y cuando los oí me pareció que no tenía sentido investigarlos, lo que de todos modos no hubiera sido tarea de mi incumbencia.

Por desgracia, y creo que fue una desgracia, la gravedad de la insurrección en Mayapore, que exigió de todos nosotros cada pizca de energía para el combate, privó a las autoridades de la oportunidad de obtener y ampliar adecuadamente las pruebas contra los hombres encarcelados por la violación, y la incapacidad de la muchacha para ofrecer un testimonio que condujese a la identificación hizo que el caso quedase jurídicamente irresuelto. No llegó a existir motivo para el traslado de los sospechosos a la mayor seguridad del cuartel de los Berkshires, pero, si eran verdaderamente culpables (y sigo inclinado a considerarlo así), debieron de bendecir su buena suerte por salir tan bien parados. Lo único que se pudo hacer, teniendo en cuenta sus probadas actividades y relaciones anteriores, fue aplicarles las Leyes de Defensa de la India, y así se hizo. En cuanto al ataque perpetrado contra la maestra de la misión y el asesinato de su subordinado indio, aquí también la imposibilidad de identificar prestamente como responsable a alguno de los detenidos ese día en Tanpur ocasionó posiblemente un fracaso correspondiente por parte de la justicia, aunque finalmente uno o dos hombres sufrieron la pena capital.

Según los comunicados oficiales publicados más tarde, el número de veces en que la policía y/o los militares tuvieron que disparar sobre el populacho en todo el país ascendió a un total de 500. Más de 60.000 personas fueron detenidas, más de 1.000 resultaron muertas y más de 3.000 gravemente heridas. Las autoridades indias impugnaban estas cifras en lo referente al número de muertos ¡y lo elevan hasta 40.000! En el caso de mis propias tropas, las cifras son las siguientes: número de incidentes en que se abrió fuego: 23 (12 de ellos tuvieron lugar en Dibrapur); número de personas consideradas muertas por causa de los disparos: 12; número de heridos por la misma causa: 53. Creo que estas cifras prueban la contención de que nuestros hombres hicieron gala. No dispongo de cifras respecto a los detenidos, porque ese apartado compete a la policía. Tampoco conozco el número de los castigados en el distrito, por ejemplo a la pena de azotes, un tema sobre el cual los indios han sido siempre muy sensibles. Fueron graves los daños registrados en las ciudades y zonas alejadas del distrito, y varias semanas transcurrieron hasta que fue restablecido totalmente el orden en el

sentido en que una autoridad civil lo entendería mínimamente como tal, es decir: un sistema de comunicación ininterrumpido, libre y pleno acceso por carretera y ferrocarril de un punto a otro y comunidades locales completamente bajo el control de la policía y bajo la jurisdicción de jueces legalmente nombrados. Como White dijo, en definitiva fue el pueblo mismo el que padeció el trastorno de su estilo de vida normal y pacífico. Se dice, por ejemplo, que la hambruna de Bengala de 1943 podría haber sido evitada o, si no evitada, al menos aliviada, de no haber sobrevenido la «rebelión». Hubo muchos casos de destrucción irreflexiva de comercios, almacenes y tiendas de comestibles.

Soy consciente de que he escrito quizá demasiado extensamente sobre lo que a la luz del conjunto de mi vida fue un asunto que ni tuvo larga duración ni una importancia especial desde un punto de vista militar. Quizá la huella profunda y perdurable que ha dejado en mí pueda atribuirse al hecho de que sucedió en una época en que yo estaba encarando una de esas pérdidas personales de las que todavía es difícil hablar. Hubo momentos —conforme realizaba aquellas tareas cotidianas— en que sentí que mi vida, sencilla como había sido, me había ya concedido cruelmente la totalidad de sus recompensas; y, al ver la fuerza y la unidad de la marea que parecía fluir contra nosotros, no pude evitar preguntarme: ¿En qué hemos hecho mal? ¿En qué sentido he fracasado personalmente? El 18 de agosto, al día siguiente de haber podido informar al subco-misario de que Dibrapur estaba por fin bajo su autoridad, y cuando mis oficiales —para entonces desperdigados por muchas zonas distintas del distrito— creían que lo peor de la insurrección había pasado, recibí un telegrama de Tubby Cárter ordenándome que fuese inmediatamente a Rawalpindi. Los disturbios habían retrasado el telegrama, aun cuando llegó por cauces militares. Supe, por supuesto, que al darme esa «orden» estaba simplemente aconsejándome la necesidad de mi regreso. Hablé al instante por teléfono con el jefe de zona y me dio permiso para desplazarme inmediatamente por cualquier medio de transporte a mi alcance. Ya había oscurecido. Dejé la brigada en las manos capaces del joven Ewart Mackay y el oficial al mando de los Pankots, y viajé toda la noche rumbo a Calcuta en mi vehículo oficial, sin confiar en el ferrocarril y, lo confieso, con una pistola cargada en mi funda. Me acompañaban mi ordenanza y el chófer. Mi ordenanza era hindú, pero el chófer era musulmán. Me pareció una lección provechosa para quienes tanto se complacían en hablar de «diferencias» el hecho de que en aquel automóvil viajasen en perfecta armonía, un representante de cada uno de los tres principales «poderes» de la India: el hindú, el musulmán y el cristiano. El viaje mismo, sin embargo, se hizo interminable. En la oscuridad, con todas aquellas vicisitudes recientes a la espalda, medité sobre la inmensidad, la extraña e irresistible belleza de la India.

Incluso ahora, aquella noche ha quedado en mi memoria como un recuerdo totalmente irreal. No llegué a Calcuta hasta bien avanzada la mañana del 19, a pesar de que el chófer —intuyendo que me afligía un infortunio personal— condujo temerariamente. También armado, creo que, de haber sido atacados, él habría contribuido a la empresa de vender cara nuestra piel. Al llegar a Calcuta, fui sin dilación a ver a mi antiguo amigo «Pug» Jarvis, comandante de aviación, que había sido avisado por Tubby y había esperado mi llegada la mañana anterior. Era casi medianoche cuando el avión de la RAF en el que fui embarcado despegó de Dum Dum. Afortunadamente iba directo a Chacklala, con tan sólo una breve escala en

Nueva Delhi. Tubby vino a recibirme en Chacklala a primera hora de la mañana del 20. Me llevó en coche directamente a su bungalow, y de allí a la última morada a la que *ella* había llegado la víspera, demasiado pronto para que yo pudiera estar presente, lo que representó un alivio de la pena que dolorosamente yo había confiado en que me fuese concedido.

Regresé a Mayapore la segunda semana de septiembre, pero unas dos semanas después de mi regreso recibí órdenes de asumir el mando de una brigada que ya se encontraba en el frente, al este del Brahmaputra, preparada para el combate con el enemigo real. Acerca de esta brigada y de nuestros preparativos para la acción contra los japoneses, escribiré en otro capítulo. Pero en aquel traslado bienhechor a un puesto más inmediatamente activo, vislumbré la mano comprensiva de mi viejo amigo de Rawalpindi, que sabía que para mí ya sólo era posible este tipo de servicio.

II

Civiles

Transcripción publicada de comentarios verbales y escritos de Robín White, CIÉ (Ex-ICS)[22]

(1) Me interesó lo que usted me ha enviado de las memorias inéditas del difunto general Reid describiendo su relación con la autoridad civil en Mayapore en 1942. No he llevado un diario, como Reid parece haber hecho, y ha pasado mucho tiempo desde que medité intensamente acerca de los sucesos en cuestión, pero tengo la seguridad de que desde un punto de vista militar su relato es una reconstrucción bastante válida de lo que sucedió. Desde el punto de vista civil, hay, desde luego, algunas inexactitudes o en todo caso lagunas narrativas o interpretaciones opcionales que exigirían atención si hubiera que pintar un cuadro más general e impersonal.

Dudo, no obstante, de que yo pueda aportar gran cosa después de todo este tiempo. No he estado en la India desde 1948 y hace mucho que he perdido el contacto con los antiguos amigos y los viejos recuerdos. Puedo confirmar que Ronald Merrick logró, en efecto, que le relevaran de su puesto en la policía india, pero yo no tuve nada que ver al respecto y desconozco las razones oficiales por las que las autoridades accedieron, en su caso, a cursar su baja. Creo que fue destinado a un regimiento indio y que fue herido en Birmania en 1944 o 1945. Que yo recuerde, murió durante los desórdenes entre comunidades que reclamaban la escisión en 1947.

Me resultó de interés saber que ha visitado recientemente Mayapore y me alegra conocer que Lili Chatterjee todavía vive en la casa Mac-Gregor, un nombre que había olvidado por completo, si bien recuerdo la casa misma. Me alegra asimismo saber que Srinivasan vive todavía y se acuerda de nuestra relación. No volví a verle después de la mañana en que tuve que ordenar la detención preventiva de él y de otros miembros del subcomité local del partido del Congreso. No conocí bien el «Santuario» de la Hermana Ludmila, de quien tampoco me acuerdo, pero me complace la noticia de que ahora, como *Hospicio Conmemorativo Manners para niños y niñas indios,*

[22] CIE: *Companion of the Indian Empire,* condecoración inglesa.
ICS: *Indian Civil Service,* es decir, miembro de la administración colonial británica.

perpetúe la memoria de una familia que en un tiempo gozó de enorme prestigio en la provincia. Usted no dice de qué modo se fundó el hospicio. Posiblemente con dinero legado por Miss Manners o por su tía, Lady Manners. ¿Se sabe, por cierto, qué fue del niño, si sobrevivió?

Le devuelvo el manuscrito del general Reíd con gratitud. Me han conmovido varios pasajes del texto. Ni mi esposa ni yo conocimos la enfermedad de la señora Reid hasta que vimos una esquela de su muerte pocos días después de que el general fuese convocado a Rawalpindi. Sabíamos que su hijo era prisionero de guerra, por supuesto. Yo lo tenía constantemente presente en mis relaciones con Reid. En numerosas ocasiones él me producía desagrado (evidentemente, él sentía lo mismo por mí) y en otras me inspiraba respeto, pero en general no fue nunca la clase de persona con la que congenio. Tuvimos más bien la impresión de que su traslado al mando de una brigada en campaña fue una maniobra por parte de las autoridades militares para desembarazar a Mayapore de un hombre cuya reputación, después de los disturbios, había llegado a considerarse sumamente controvertida en el lugar. Me alegra pensar que Reid no tuvo por su parte esta impresión. Puesto que usted no me ha enviado los capítulos siguientes, ignoro cómo encajó su retorno final a un trabajo de escritorio. Creo que nunca alcanzó su objetivo de una «confrontación con el enemigo real». Por un tiempo, naturalmente, y hasta donde pude, seguí con cierto interés sus andanzas. Pero, como digo, de todo esto hace mucho tiempo y mi propio historial en la India llegó a su fin pocos años después.

Lamento no poder serle más útil.

(2) He recibido una carta de Lili Chatterjee, y presumo que ha obtenido mí dirección a través de usted. Me comunica que al término de su estancia en Mayapore este año, le hizo entrega, junto con dos cartas, de un diario escrito por Miss Manners durante el tiempo en que vivió con su tía en Cachemira, esperando el nacimiento de su hijo. Lili Chatterjee me dice que durante algún tiempo mantuvo secreta ante usted la existencia de dicho diario, y que no se lo hubiera confiado de no haber decidido finalmente que su interés en lo que usted llama el caso de los jardines Bibighar era genuino. Supongo que ella recibió el diario de manos de Lady Manners varios años después de los sucesos que relata, y que Lady Manners, sintiendo que la muerte se aproximaba, entendió que, de todas las personas que conocía en el mundo, Lili Chatterjee era la única que debía tomar posesión del documento. Lili me dice que el diario aclara lo que ocurrió exactamente.

Imagino que su interés por este asunto surgió de la lectura del libro inédito del general Reid, que llegó a sus manos como consecuencia de su conocida curiosidad por este periodo de la historia angloindia. Lili me informa que usted ha tenido algunos problemas para localizar a personas en condiciones de referir, por experiencia propia, o de comentar, sobre la base de una opinión personal informada, los sucesos de aquel año en Mayapore. Tengo entendido, por ejemplo, que en su tentativa de «reconstruir» la historia de Miss Crane, la superintendente de la escuela misional, usted visitó, entre otros lugares, la sede central de la organización de la que ella formó parte, y que fisgó entre sus pertenencias no reclamadas. Yo vi a Miss Crane un par de veces, y mi mujer la conoció bastante bien a través de su labor común en el comité local. También traté a Miss Manners una serie de veces, pero me temo que no conocí casi nada del famoso Kumar. A lo sumo, le vi por azar dos veces. Jack Poulson hubiera podido decirle más porque después de las

detenciones le confié la misión de dirigir las diversas pesquisas. Desgraciadamente, no puedo ayudarle a localizar a Poulson. Creo que emigró a Nueva Zelanda y no he sabido nada de él desde hace muchos años. Sin embargo, Lili me dice que usted ha localizado y hablado con un amigo de Kumar en Inglaterra, un hombre llamado Lindsey, ¿el mismo, quizá, que según el relato de Reid pidió el traslado al servicio de información de la brigada en Mayapore? Mi recuerdo es que Kumar fue en principio enviado a la cárcel de la capital provincial, pero si, como usted dice, su tía abandonó Mayapore hace años y ni siquiera su viejo tío ni Srinivasan han vuelto a tener noticias suyas desde entonces, parece como si después de su liberación hubiera emprendido una vida totalmente nueva en algún sitio de la India o tal vez en Pakistán.

En vista de lo que Lili Chatterjee me ha escrito, estoy dispuesto —siempre que partamos del entendimiento previo de que no se puede confiar absolutamente en mi memoria— a mantener una charla.

(3) Gracias por haberme dado la oportunidad, antes de vernos, de leer una copia del breve extracto del diario de Miss Manners en donde refiere lo que sucedió realmente en Bibighar, y la carta que escribió a su tía sobre la «proposición» de Merrick. Gracias igualmente por haberme dejado leer lo que usted llama la declaración de Vidyasagar. No conocí en absoluto a ese hombre, y a esta distancia su nombre no significa nada para mí. Recuerdo a Laxminarayan y su periódico. Es interesante saber que todavía vive en Mayapore, y me alegra que pudiera ponerle en contacto con Vidyasagar antes de que usted abandonara la India. Miss Manners cuenta evidentemente la verdad (es decir, escribe la verdad en su diario), y si la «declaración» de Vidyasagar es también cierta —y no parece haber razones de peso para dudarlo, puesto que apenas tendría sentido mentir a estas alturas—, sólo puedo expresar mi conmoción profunda. No es fácil sacudirse a la ligera la responsabilidad propia. Creo que quizá debería equilibrar cualquier descripción adversa explicando las razones por las que yo consideraba a Merrick un funcionario responsable y trabajador. No obstante, deduzco de lo que usted me dice, fundándose en los diversos documentos —las memorias de Reid, el diario y las cartas de Miss Manners y los recuerdos de la Hermana Ludmila, por no mencionar la declaración de Vidyasagar—, que usted ha llegado a forjarse una idea bastante clara de los personajes centrales del caso y en particular de la clase de hombre que era Merrick, y que mi propia aportación a sus investigaciones debería limitarse a aspectos más generales. La lectura de dichos documentos —que ahora le devuelvo— ciertamente ha producido en gran parte el efecto que usted indicó que podría causarme. Empiezo a recordar cosas en las que no había pensado durante años, por lo que quizá, después de todo, pueda serle de alguna utilidad.

(4) *Transcripción verbal*

¿Áreas de Habilidad peligrosa entre una estrategia y su aplicación? Sí, eso suena a Srinivasan. ¿Es esa clase de área peligrosa la que usted intenta precisar? ¿No sólo? Ya veo. Muy bien, analicemos las relaciones entre Reid y yo. Pero usted tendrá que hacer las preguntas.

Bueno, he tomado un par de notas sobre inexactitudes contenidas en el relato de Reid, pero la que me sorprendió a la postre fue que, completamente al margen de la actitud de Reid como simple soldado que nuevamente se enfrentaba a mí tanto sobre el papel como cuando nos vimos cara a cara, se

las había arreglado de un modo u otro para hacer que todo lo que sucedió pareciese lógico según sus concepciones, y recordé cada vez más claramente la sensación que me dominó en aquellos días de no ser capaz de enumerar la sucesión de acontecimientos que habían desembocado en una situación aparentemente lógica, pero que no lo era en absoluto.

Cada vez que Reid entraba en mi despacho con aquel aire de estar dispuesto y deseoso de enderezarnos a todos, yo me sentía como un hombre que hubiese estado tratando de pescar a un pez que luego podría resultar que era un pececillo o una ballena, y la entrada de Reid, o incluso una llamada telefónica suya o de uno de los oficiales de su estado mayor, era como si alguien me diese de pronto una palmadita en la espalda en mitad del río y me dijese, con la mayor inexactitud, lo que yo estaba haciendo mal. Poseía el don de asfixiar todos tus instintos menos los más embotados, y por eso una vez perdí la paciencia y le dije de un modo algo grosero que me dejase en paz. No ha mencionado esto en su libro, pero no estoy seguro de que esta omisión particular no pueda atribuirse al hecho de que tenía la piel dura como un rinoceronte y que mi arranque de mal genio le causaba tanto efecto como la picadura de un mosquito. Sé que su libro da la impresión de un hombre que no era insensible, pero era sensible, en general, únicamente a las *grandes* cuestiones y emociones. En su contacto diario con otros seres humanos tendía bastante a ejercer el peso proporcional de una almádena sobre un alfiler.

La primera vez que vi a Reid me pareció un hombre que iba a exigir mucha paciencia y energía. Como tantas veces ocurría cuando a un hombre le sacaban de detrás de una mesa, se había formado una opinión sobre lo que se obstinaba en llamar su tarea o su función, como si fuera algo perfectamente definido y claro y tuviera prioridad sobre la de cualquier otra persona, y pensé que habiéndose formado una opinión sobre su tarea estaba asimismo resuelto a llevarla a cabo *in toto,* por muy improcedentes que resultaran ser algunos de sus aspectos. Recuerdo haber dicho a mi mujer que si los indios no desataban una rebelión, Reid no tendría más remedio que inventar una, simplemente para poder pensar que había cumplido con su deber reprimiéndola. Ella me dijo que procurase tratarle amablemente porque, como todos sabíamos para entonces, su hijo había desaparecido en Birmania. Creo que esperé tanto como él que el pobre muchacho reapareciera, y recibí incluso con más inquietud que él la noticia de que el joven Reid era prisionero de los japoneses.

Usted podría alegar que mi relación con Reid era totalmente típica del conflicto entre los civiles y los militares, de modo que quizá yo no era menos culpable que él por el hecho de acatar un modelo generalizado de conducta.

No, tiene usted toda la razón en corregirme. No quiero decir en absoluto que los civiles fueran siempre progresistas y los militares reaccionarios. He caído en mi propia trampa, ¿no es eso? Permítame rectificar. El drama que Reid y yo interpretamos fue el del conflicto entre los ingleses que apreciaban y admiraban a los indios y les creían capaces de gobernarse a sí mismos y los ingleses que les detestaban, les temían o les despreciaban, o, lo que viene a ser lo mismo, sentían indiferencia por ellos como individuos y les consideraban ajenos a la cuestión de vivir y trabajar allí, excepto en su condición de criados, soldados o puntos del paisaje. En conjunto, los funcionarios civiles estaban mucho mejor informados de los asuntos indios que sus colegas militares. En las últimas etapas de nuestra administración hubiera sido rara en un civil la simplicidad política de Reid.

¿Pongo el dedo en la principal debilidad del análisis de Reid sobre la situación política india desde el principio de los años treinta...? No, porque análisis no es la palabra correcta. Él tenía una actitud, eso era todo. Todos teníamos la nuestra, pero la suya me parecía bastante pueril. Era emocional y nada analítica. Pero siempre me habían enseñado que la política trataba de personas, y cantidad de ingleses pensaban y sentían como Reid, razón por la cual incluso cuando él me estaba fastidiando con su cantinela de que los indios y los británicos tenían que zanjar sus diferencias para derrotar a los japoneses, yo reconocía la *fuerza* de su actitud. Al fin y al cabo, los japoneses estaban tirando la puerta abajo, y aun cuando lo que Reid daba a entender cuando decía que los indios y los ingleses tenían que arrinconar sus desavenencias era que los indios renunciasen a todo, postergando sus exigencias políticas, y que los ingleses mantuvieran su *statu quo* sin renunciar a nada, no había más remedio que admitir que la situación era muy similar a la de un hogar mal avenido si la familia mirase por la ventana y viera a unos ladrones intentando entrar o a una banda de gamberros disponiéndose a incendiar la casa. El cabeza de familia se vería obligado inmediatamente a empuñar la batuta y a no consentir ningún disparate de sus familiares.

Pero por muy transparente que esta situación pudiese parecer —simple cuestión de cesar las riñas y ofrecer un frente unido para repeler a los huéspedes japoneses—, su transparencia depende del carácter de las riñas en la casa, ¿no es así? Por lo general detesto las analogías, pero sigamos un poco con ésta. Imaginemos que los habitantes de la vivienda forman una bonita mescolanza, y que quienes menos voto tienen en el gobierno doméstico son los propietarios originales de la casa. El dueño actual, que se ha nombrado dueño por su cuenta, lleva años diciendo que a la larga, cuando se haya cerciorado de que los antiguos propietarios han aprendido a reparar el tejado, consolidar los cimientos y mantener el hogar en pleno funcionamiento, se marchará y les devolverá la casa, puesto que tal es su misión en la vida: enseñar a otros cómo regirse a sí mismos y sus bienes. Lo lleva diciendo tanto tiempo que ha acabado por creérselo él, pero dirige la casa con una mezcla lo bastante confusa de palabras alentadoras y medidas represivas para haber creado en el seno de su «familia» la sensación de que en general está bromeando, y de que el único lenguaje que comprende es el lenguaje que él usa: una combinación de presión moral y fisica. Hace tanto también que ha dicho que se marchará —pero ha seguido en su sitio— que se han creado facciones en las dependencias de la servidumbre entre las personas que esperan heredar o más bien recuperar la casa. El presente dueño no ha pretendido necesariamente crear dichas facciones, pero su existencia parece convenirle. Si niegas a la gente algo que desea, durante un período bastante largo, empezará a discrepar sobre lo que *realmente* desea. De modo que el dueño no pide nada mejor que mantener entrevistas privadas con delegaciones de esas facciones separadas y usar los argumentos de las minoritarias como palanca moral para debilitar las demandas formuladas por la mayoritaria. Se ha acostumbrado a encerrar en el sótano a los miembros excesivamente belicosos de todas las facciones y sólo les deja salir cuando emprenden una huelga de hambre como las de Gandhi.

Estábamos en la India por el provecho que podríamos sacar de ella. Nadie niega esto ya, pero creo que hay dos aspectos capitales de la cuestión angloindia que preferimos olvidar o pasar por alto. El primero era que

originalmente *pudimos* explotar a la India porque la primera confrontación —por usar la jerga de Reíd— se produjo entre una civilización antigua y cansada que estaba decayendo bajo los mogoles y una civilización comparativamente nueva y enérgica que había estado en auge desde la época de los Tudor. Los ingleses tienden a pensar que la India fue una adquisición victoriana, cuando en realidad fue originalmente isabelina. Y no hay más que ver la diferencia entre los tiempos isabelinos y los Victorianos para hacerse una idea de los cambios que se produjeron en nuestra actitud, para nuestra honra, y, por consiguiente, del segundo aspecto del asunto que olvidamos o pasamos por alto: la confusión en torno a la cuestión moral. Esta cuestión surge forzosamente a la larga, después crece y por último parece prevalecer en toda relación duradera entre seres humanos, especialmente si su posición social es desigual. La *responsabilidad* del liderazgo moral recae naturalmente sobre el pueblo que ocupa un rango superior, pero del mismo modo que un pueblo investido de un exceso de poder puede explicarlo como un don de Dios y empieza a hablar de la ética y de la necesidad especial de elevar a los pobres y a los ignorantes —la gente *sobre* la que ejerce su poder—, así también un pueblo que ha sufrido durante muy largo tiempo la experiencia de lo que hoy llamamos privaciones echa la culpa a *su* dios. Casi exactamente al mismo tiempo que los ingleses, para ayudarse a soportar el peso de su responsabilidad, estaban desarrollando sus teorías sobre la penosa obligación del hombre blanco, los hindúes y los musulmanes estaban repasando con una mirada larga y dura *sus* religiones, no para explicar su servidumbre sino en busca de ayuda para desembarazarse de ella. En fin, se ha dicho un montón de desatinos sobre el problema de las comunidades indias, como si nosotros hubiéramos estado esperando a lo largo de los siglos de nuestra influencia a que los hindúes y los musulmanes zanjaran sus diferencias, pero el problema comunitario no se convirtió realmente en un problema hasta que los recreadores y reformistas hindúes y musulmanes comenzaron a teorizar en el siglo xix, de un modo muy parecido a como lo hicieron los nuestros, para ver qué consuelo, respaldo y vías de progreso podían encontrarse en esas antiguas filosofías. Yo creo que los ingleses, si bien de un modo inconsciente y no intencionado, crearon la división entre la India musulmana y la hindú. Más recientemente, en Kenia hemos vociferado acusaciones de barbarie a los *kikuyu* [23]por su rebelión *mau-mau,* pero si abofeteas largo tiempo la cara de un hombre acaba por recurrir al socorro de la memoria racial y los dioses tribales. Los musulmanes y los hindúes recurrieron a los suyos. La conciencia *social* no fue el motivo por el que Gandhi se identificó con los parias de la religión hindú. El concepto de los intocables era extraño al hinduismo original y, en esta tentativa de retorno por parte de un pueblo sometido a la fuente de su inspiración religiosa, por fuerza tenía que ocurrir que eligiera el concepto de los intocables como la víctima deliberada de un renacimiento, y que la no violencia reapareciera como un dogma fundamental de su revitalización. La investigación de los musulmanes sobre su religión era más peligrosa, porque Mahoma predicó la guerra santa contra el infiel. Creo que a los ingleses les atrajo perversamente la idea de este peligro. Siempre me ha parecido interesante el hecho de que los ingleses en general concordaran más fácilmente con los musulmanes que con los

[23] *Kíkuyu:* pueblo negroide de África que habita principalmente en Kenia. Los *mau-mau* fueron una sociedad secreta, fundada en 1952 y compuesta sobre todo de kikuyus, para expulsar a los colonos europeos mediante actos terroristas

hindúes, pero es que en el fondo siempre nos ha resultado un poco molesta la «debilidad» del cristianismo. Veíamos la misma debilidad en el hinduismo, pero una especie de versión oriental de un cristianismo más vigoroso en la religión de Alá.

En aquellos tiempos me *desconcertaba* enormemente Gandhi. Por lo general desconfío de los grandes hombres. Creo que es preciso hacerlo. Ciertamente recelaba de Gandhi, pero no de la misma manera que recelaba Reíd, por ejemplo. Yo desconfiaba porque no entendía cómo un hombre con tanto poder e influencia podía evitar la cohibición resultante y tomar siempre las decisiones acertadas por las razones correctas. Y, sin embargo, siempre sentí el atractivo de Gandhi para mi conciencia, más allá incluso de mis más profundas dudas acerca de sus intenciones.

Hay un episodio de la vida de Gandhi que yo no conocía en aquella época, pero que me ha interesado especialmente desde entonces. ¿Quizá lo conoce usted también?

Sí. Eso es. ¿Le parece importante? Yo lo considero fundamental para la comprensión de un hombre. ¡Eso de que su comunidad le declarase paria simplemente porque expresó su intención juvenil de ir a Inglaterra a estudiar leyes! ¿Y sabía usted que los dirigentes de su comunidad anunciaron de antemano que quien fuese a despedirlo o a desearle buena suerte sería castigado con una multa? Algo así como una rupia. Y fíjese en todo el tiempo que estuvo en el extranjero entre su partida y su regreso. Casi un cuarto de siglo en total. Me pregunto qué pensaría de la India cuando por fin regresó al cabo de todos esos años en Inglaterra y en Sudáfrica. ¿Cree que se le cayó el alma a los pies? A pesar de que volvía como un héroe por todo lo que había hecho por los indios en Sudáfrica, donde puso en práctica por primera vez la *satyagraha.* A fin de cuentas, la India dista mucho de ser lo que el general Reid entendía por saludable. Quizá Gandhi echó una ojeada y pensó: santo cielo, ¿éste era el país al que quería volver con tal ansia? Menciono esto porque en seguida llegamos a la importante cuestión de la *duda* en la vida pública.

Supongo que es también revelador que regresara a la India precisamente en la época en que la cooperación amistosa entre los ingleses y los indios estaba alcanzando la cumbre de su última etapa notable: a principios de la primera guerra mundial. Si no recuerdo mal, zarpó de Sudáfrica rumbo a Inglaterra en el verano de 1914, y llegó allí justo por las fechas en que declaramos la guerra a Alemania. Dijo a estudiantes indios de Londres que la difícil situación de Inglaterra no era la oportunidad de la India —una sana opinión que Nehru tomó prestada veinticinco años más tarde—, y a lo largo de la gran guerra, en la India, se mostró partidario del alistamiento de jóvenes indios en la milicia. En términos generales, la India hizo realmente todo lo que pudo por ayudarnos y no entorpecernos en aquella guerra. Soplaba un fuerte viento de libertad para ellos, y de autonomía o medidas de autonomía que podían conquistar ayudando a combatir a los enemigos de Inglaterra, cosa que de todas formas parecían hacer gustosamente. ¿Fue en 1917, verdad, cuando declaramos concretamente que nuestro objetivo para la India era otorgarle la condición de dominio? Creo que Gandhi volvió a su patria a principios de 1915, y que más bien cruzó la espada —como hubiera dicho Reid— con personas como Annie Besant. Pero ya en fecha tan temprana dio muestras de ser casi un enigma. En su primer discurso público dijo que se avergonzaba de tener que hablar en inglés para que le entendiera un auditorio en su mayoría indio. Casi todos los dirigentes indios

tenían a mucha honra hablar inglés. Criticó a un príncipe que acababa de aludir a la pobreza de la India, y señaló sarcástica-mente el esplendor de los alrededores: estaban colocando la primera piedra de una nueva universidad. ¿Benarés? Sí, la universidad hindú de Benarés. Luego dijo que había mucho trabajo que hacer antes de que la India pudiera pensar en la autonomía. ¡Fue una pedrada en la frente de los políticamente satisfechos! Al mismo tiempo, delató a los detectives del gobierno mezclados entre el público y preguntó por qué se desconfiaba tanto de los indios. Eso fue un desaire al *Raj.* Mencionó a los jóvenes anarquistas indios y dijo que él también era anarquista, pero no de los que creían en la violencia, aunque admitió que sin violencia no hubieran conseguido que se revocase la decisión de dividir Bengala.¡Qué revoltijo de ideas parecía todo aquello! Annie Besant intentó interrumpirle, pero el público de estudiantes le pidió que prosiguiera. El organizador del mitin le dijo que se explicara más claramente, y él respondió que lo que quería era eliminar la espantosa suspicacia que rodeaba a cada movimiento realizado en la India. Quena amor y confianza, y quería libertad para decir lo que sentía sin temor a las consecuencias. Casi todas las personas que estaban en la tribuna se marcharon —supongo que se sintieron comprometidos, indignados o tan sólo públicamente avergonzados—, y entonces él dejó de hablar y después entraron los ingleses. La policía le ordenó abandonar la ciudad.

Debió de ser como si en un mitin político aquí, o en una entrevista por televisión, un hombre conocido se levantara o mirara a la cámara y dijera exactamente lo que pensaba, sin preocuparse del número de veces en que pareciese contradecirse y por supuesto sin pensar en su reputación, en un intento verdaderamente creativo de romper esa sensación que automáticamente despierta toda gran asamblea de gente: la de que las emociones y las reacciones están *prefijadas.* En la India esa sensación de algo prefijado era siempre particularmente intensa porque los indios suelen ser los hombres y las mujeres más corteses del mundo, lo cual explica probablemente que, llegado el caso, puedan ser los más histéricos y sanguinarios. Supongo que el uso extendido de una lengua extranjera ha exagerado su cortesía natural. Muchas veces me he preguntado si las cosas no nos habrían ido infinitamente mejor si hubiéramos obligado a todos nuestros funcionarios públicos a adquirir un dominio completo del hindi y de la lengua principal de su provincia y a ejecutar cada acción de gobierno en dicho idioma. Gandhi tenía razón, desde luego: era vergonzoso tener que usar una lengua extranjera al hablar a estudiantes universitarios. La razón por la que tenía que hacerlo no era solamente que todos los jóvenes habían alcanzado su posición social estudiando y aprendiendo en inglés, sino que posiblemente era el único idioma que *todos* tenían en común. No hicimos nada realmente por integrar a las comunidades, salvo construir vías férreas entre una y otra para transportar la riqueza de ambas más rápidamente a nuestros bolsillos.

Mire usted, Gandhi siempre me pareció el único hombre público del mundo que poseía un instinto y una capacidad sumamente desarrollados para pensar en voz alta: y eran un instinto y una capacidad raramente asfixiados por otros instintos. Estoy seguro de que esto provocó a la larga que fuera totalmente incomprendido. Las personas de la vida pública deben proyectar supuestamente lo que hoy día denominamos «imagen», y la imagen ideal tiene que ser constante. La de Gandhi no lo fue nunca. Las fases por las que atravesó entre los años de 1939 y 1942 fueron lo bastante veleidosas

para que la historia le haya etiqueta-do como un político de imagen tan confusa que lo mismo parecía arrimarse al sol más caliente o ser un quebradero de cabeza. Pero creo que en realidad estaba intentando exponer abiertamente el elemento de *duda* en las ideas y actitudes que todos padecemos, pero preferimos silenciar.

¿Y no le parece que puede atribuirse a la depresión que debió de haber sufrido en el siglo diecinueve, cuando no tuvo más remedio que abandonar su país como un paria? ¿No cree que el elemento de duda le asaltó muy vivamente en aquel momento, al igual que en el de su regreso? «¿Estoy obrando bien?», debió de preguntarse. Al fin y al cabo, sólo tenía unos diecinueve años. La única manera de ir a Inglaterra y estudiar leyes era siendo rechazado públicamente por su comunidad de castas. Es posible que la casta tuviera una auténtica importancia religiosa para él en aquella época. Ir a Inglaterra sólo era importante en lo referente a su ambición mundana. Ningún hombre carece de ambición, pero quizá pocos se han visto forzados como Gandhi a dudar del poder de hacer el bien que representa la ambición. Creo que al final estaba buscando continuamente una salvación personal en público. Y, por supuesto, la clase de duda que un hombre abriga sobre sí mismo, sobre sus acciones y su pensamiento, desempeña un papel primordial pero invariablemente secreto en los sucesos concretos del día. Por una vez fue acertado exponerlo abiertamente. Nunca temió decir francamente que había cambiado de opinión o que se había equivocado, o que estaba pensando el problema y sólo expresaría su punto de vista después de haber encontrado alguna solución.

¿Qué hubiera ocurrido, digo yo, si yo hubiera expresado públicamente mis dudas sobre la conveniencia de encarcelar a los dirigentes del Congreso en agosto de 1942? Dios sabe. No puedo haber sido el único funcionario del distrito que pensó que era lo menos conveniente del mundo ni el único que escribió largos memorándums confidenciales sobre el asunto a sus respectivos comisarios. Pero no tuve el valor de presentarme en público y enumerar los pros y los contra de hacer lo que me habían ordenado.

A veces pienso que ojalá aquel 9 de agosto hubiera ido a la plaza del templo, al otro lado del puente de Mandir Gate, con un megáfono, convocado a la gente y dicho: «Mirad, el gobierno me dice que encarcele a fulano y a zutano porque el Congreso Nacional Indio ha votado a favor de la propuesta del Mahatma exhortándonos a marcharnos de la India y a abandonarla a Dios o a la anarquía, es decir, por lo que a nosotros se refiere, a los japoneses. Pero si encarcelo a esos hombres, ¿quién os dirigirá? ¿Os alegrará libraros de ellos? ¿U os sentiréis extraviados? El Congreso habla de la no-cooperación pacífica, ¿pero qué significa eso? ¿No cooperar en qué sentido? ¿Cómo os negaréis a cooperar sin defenderos de nosotros cuando intentemos *obligaros* a colaborar? Intentaremos obligaros porque creemos estar luchando por nuestra propia vida. Cuando os defendáis, ¿cómo lo haréis sin violencia? Si tiro al suelo este megáfono y golpeo a uno de vuestros jóvenes en la cara, ¿qué haríais? ¿Qué haría él? Si no hace nada y vuelvo a golpearle, ¿qué pasaría entonces? ¿Qué si le golpeo una y otra vez, hasta dejarle la cara ensangrentada? ¿Hasta matarlo? ¿Os quedaréis ahí mirando? El Mahatma dice que sí, por lo visto, pero ¿lo decís también *vosotros!*»

Claro está que nunca fui a la plaza del templo con un megáfono. Con dudas y todo encarcelé a fulano y a zutano. Y creo que fue un error. Los hombres que me ordenaron encerrarlos probablemente tuvieron las mismas

dudas que yo antes de poner en práctica esta estrategia, pero una vez decretada a ninguno de nosotros nos quedó más alternativa que cumplirla.

Supongo que la verdadera anarquía en la vida pública es la inacción que emana del elemento de duda y que se opone a la acción que sigue al elemento de decisión. Y, naturalmente, supongo que entre la duda, la decisión, la acción y las consecuencias pueden encontrarse lo que Srinivasan llama las áreas de falibilidad peligrosa. Bueno, no es nada del otro mundo. Todos lo sabemos. Pero Gandhi tuvo el *coraje* de actuar abiertamente sobre la base de las áreas peligrosas, ¿verdad? ¿Es a lo que quiere usted llegar? Por muy sabios que seamos después de ocurrido algo, nadie en esa época supo señalar que eso era lo que él estaba haciendo. Si traspasaba muy visiblemente la línea tolerada, era encarcelado, pero liberado cuando se consideraba que sus dotes serían más útiles políticamente con la rienda suelta.

Lo que para mí no deja lugar a *ninguna* duda es que hicimos de él esencialmente un hombre perjudicial para nuestros propósitos cuando optamos por las medidas represivas de la Ley Rowlatt, inmediatamente después de la gran guerra, en un momento en que él y todos los indios tenían buenas razones para esperar un avance decisivo hacia la autonomía como recompensa por haber colaborado tan libremente en la guerra contra Alemania. ¿Estábamos aterrados? ¿O vulgarmente engreídos después de la victoria, intransigentes y resueltos a no ceder un ápice? ¿De qué demonios sirvió declarar en 1917 que nuestro plan para la India era convertirla en un dominio y, no mucho más de un año después, establecer el proceso sin jurado para delitos políticos y la facultad de realizar arrestos a escala provincial en aplicación de la Ley de Defensa de la India, aparentemente para luchar contra los supuestos anarquistas, pero en la práctica para convertir en técnicamente delictiva toda expresión de libre albedrío y libre opinión? ¿Qué clase de «dominio» era aquél?

Bueno, usted recuerda el resultado: disturbios, y luego lo del general Dyer en Amritsar y un retorno a la desconfianza, el miedo y la suspicacia, y Gandhi erigiéndose en el Mahatma,[24] el único hombre que podría proporcionar una respuesta; sólo que esta vez iba a ser una respuesta india, no inglesa. Lo siento. Todavía me acaloro cuando pienso en 1919. Y aún siento una profunda vergüenza, al cabo de todos estos años.

No, yo era demasiado joven entonces. Fui a la India siendo un joven civil, como nos llamábamos, en 1921. No tenía casi ideas en la cabeza. Había empollado, aprobado los exámenes y leído todos los mitos y leyendas. En aquellos tiempos no deseaba otra cosa que ingresar en mi primer cargo de subdivisión fumando una pipa debajo del viejo *pipul y* fantaseando sin fin sobre mi figura de administrador brillante que enderezaría a jóvenes y a viejos y sería recordado como el *sahib* White, un hombre que se había transformado a su vez en una leyenda y de quien todavía se hablaba, cincuenta años después de haberse ido, como el héroe que llevó la paz y la prosperidad a los pueblos.

Naturalmente, tuve que enfrentarme a la realidad inmediatamente. No estaba hecho para el paternalismo, pura y simplemente. Mis superiores eran los últimos ejemplares de esta fauna. Me desagradaba mi primer jefe de distrito. Probablemente no se lo merecía. Pero yo odiaba la India, la India real que había detrás del mito evocado por la pipa. Odiaba la soledad, la

[24] *Mahatma*, palabra hindi, significa sabio brahmán.

mugre, el olor, el aire consciente de superioridad que uno no tenía más remedio que adoptar, como una especie de velo protector, para resistir la prueba de una jornada india. Odiaba a los indios porque eran la diana más inmediatamente a mano y porque no podían desquitarse más que por medios sutiles que me hacían odiarles aún más.

Y llegó un día, lo recuerdo claramente, en que yo estaba recorriendo el distrito con el encargado de la colonización, de pueblo en pueblo. A caballo, al viejo estilo. Estaba hasta la coronilla de contables pueblerinos que se rebajaban y *tahsildars*[25] que se daban ínfulas y se humillaban al mismo tiempo, y critiqué al funcionario que me acompañaba porque evidentemente se sentía y actuaba como Dios que sale de paseo a la buena ventura, dando con la diestra y tomando con la siniestra. Luego se le averió algo al *bandobast* del ejército. Estábamos empantanados en una aldea dejada de la mano de Dios y tuvimos que pasar la noche en una choza de barro. Estaba a punto de llorar de frustración y de impotencia. Mi acompañante estaba bebiendo *toddy*[26] con los ancianos del poblado, jugando todavía a Cristo y sus apóstoles, y yo estaba solo en la choza. Tenía el estómago terriblemente revuelto y no podía probar bocado, y mucho menos *toddy*. Estaba tumbado en un *charpoy*[27] sin mosquitero y de pronto vi a aquella india, una mujer madura, de pie en la entrada, mirándome. Cuando nuestros ojos se encontraron ella hizo el *namaste*[28] y desapareció durante un momento, y luego volvió con una escudilla de cuajada y una cuchara.

Yo recobré mi dignidad al momento y le hice seña de que se marchara, pero ella se acercó a la cabecera, cogió una cuchara de cuajada, me la tendió y me hizo comer, como si yo fuera un sobrino o un hijo suyo que necesitara fortalecerse. No dijo nada y ni siquiera pude mirarla: sólo vi sus manos negras y la cuajada blanca. Después me quedé dormido y al despertar me sentí mejor y me pregunté si no lo habría soñado, hasta que vi la escudilla de cuajada sin terminar con una tela encima, en una bandeja junto a la cabecera del *charipoy* y una flor al otro lado del cuenco. Ya había amanecido y mi compañero roncaba en la otra cama. Sentí que una mujer india indescriptible me había restituido mi humanidad. Sentí que la cuajada y las flores eran una muestra de afecto, no un tributo, un afecto lo bastante grande para incluir una pizca de bondadosa crítica maternal, la sugerencia de que mi indisposición podía vencerse fácilmente en cuanto hubiese aprendido que yo no tenía enemigos reales. Me acuerdo de que me puse en la entrada abierta y respiré hondamente, y de que lo percibí: el aroma detrás del olor. Habían preparado ollas de cobre llenas de agua caliente para mi baño. Antes de bañarme me sentaron en una vieja silla de madera para que me afeitara el *nai,* el barbero, sin jabón, con tan sólo sus dedos, agua caliente y una navaja. La hoja me raspó toda la cara y la frente, e incluso por encima de los párpados. Contuve la respiración, a la espera del corte que me dejaría ciego. Pero fue una operación suave y eficaz, una especie de *puja* por la mañana temprano, y después sentí la cara fresca y fui al recinto del baño y con un cangilón saqué agua de las ollas de agua caliente que estaban esperando. Brocke encontrará la palabra justa. La bendición del agua caliente. Más tarde busqué entre las mujeres, pero no reconocí a la que

[25] Recaudadores nativos de impuestos en un tahsil o subdivisión territorial.

[26] Vino de palma, guarapo

[27] Catre indio.

[28] Saludo usado en la India.

había entrado en mi choza la noche anterior y me había alimentado como si yo fuera su propio hijo. Había otra flor en el pomo de mi silla de montar. Me sentí violento. Pero también feliz. Miré a mi acompañante. Él no tenía flor ni había visto la mía. Cuando nos alejábamos miré hacia atrás y saludé con la mano. La gente no respondió a mi saludo, pero capté su mensaje mudo: un mensaje de buena voluntad, de conminación a portarme bien con ellos y conmigo mismo. Nunca lo he olvidado. Supongo que después tuvieron que tirar la escudilla y la cuchara de las que había comido.

No. Normalmente uno se pasaba toda la carrera en la misma provincia, pero aquel pueblo no estaba en el distrito donde finalmente llegué a ser subcomisario. ¿Por qué? ¿Ha pensado que estaba cerca de Dibrapur?

(5) Gracias por enviarme la copia publicada de la grabación de nuestra entrevista. Veo que ha eliminado las inconsistencias y las repeticiones, pero que no ha logrado disfrazar mi tendencia a apartarme del tema. Obviamente, ha hecho bien en dar por terminada la entrevista cuando finalmente llegamos al asunto de Dibrapur, que probablemente necesita un examen más meticuloso del que hubiéramos realizado entonces.

No sé nada de María Tudor y Calais, como usted lo expresó, pero indudablemente *recuerdo* Dibrapur. Allí había una pobreza terrible, la que se vería en cualquier región donde ha ido escaseando cada vez más una antigua fuente de riqueza. En el siglo diecinueve fue la sede central del distrito. No recuerdo exactamente cuándo empezaron a extraer el carbón, pero poco a poco se agotaron las vetas y los distritos contiguos heredaron la prosperidad y la riqueza. Dibrapur seguía proporcionando mano de obra, pero en cantidades decrecientes.

En cualquier zona necesitada del mundo es previsible que se exageren las emociones y las actitudes. Reid tuvo razón en un sentido, y una fuerza organizada *operó* efectivamente en Dibrapur, pero nunca quedó claro en qué medida obedeció a un plan y en qué medida aprovechó inteligentemente una oportunidad. Estoy seguro de que Reid se equivocó atribuyendo la revuelta a una fuerza clandestina del *Congreso,* y creo que la declaración de Vidyasagar lo corrobora, y sospecho que yo acerté al creer que el Congreso podría haber controlado *cualquier* fuerza de la vida nacional india. La mayoría de los indios (exceptuando a los jóvenes salvajes como Vidyasagar) han respetado siempre la autoridad; de lo contrario, ¿cómo hubiéramos podido gobernar a millones con un puñado de miles? El Congreso era la autoridad en la sombra. Si no hubiéramos disuelto los comités del Congreso y encarcelado a sus dirigentes en el centro y en la mayor parte de las provincias, estoy convencido de que no se hubiese producido una rebelión como la que estalló. Gandhi no esperaba ser detenido esta vez. Políticamente, la campaña «Fuera de la India» era una especie de cometa que él lanzaba. Moralmente era un llamamiento parecido a un grito en la oscuridad. Pero aun en el caso de que en lugares como Dibrapur hubiese habido una revuelta, estoy igualmente persuadido de que para sofocarla hubiera bastado con apelar a un hombre como Srinivasan, por ejemplo, que habría ido a hablar con la gente y a proponerles que adoptaran métodos de no-cooperación pacífica. Huelgas, *hartal,* esa clase de acciones. Creo sinceramente que el indio es emocionalmente contrario a la violencia. Eso explicaría la histeria que normalmente le invade cuando sucumbe a ella. Luego sobrepasa todos los límites ordinarios, como una persona enloquecida porque está destruyendo también su propia fe. Nosotros, por nuestra parte, tenemos una

predisposición emocional *hacia* la violencia, y debemos esforzarnos mucho para controlarla. A ello se debe que al comienzo de nuestras guerras hayamos experimentado siempre una sensación de alivio y hayamos dicho cosas como ésta: «Ahora ya sabemos dónde estamos.» La otra cosa que es preciso recordar sobre los indios, hindúes, al fin y al cabo, es que su religión les enseña que el hombre, en cuanto tal, es una ilusión. No quiero decir que crean esto más de lo que los cristianos creen que Cristo era el hijo de Dios o estaba hablando en sentido práctico cuando dijo que debíamos ofrecer la otra mejilla. Pero del mismo modo que el ideal cristiano opera sobre nuestra conciencia cuando estamos enzarzados en una batalla a muerte unos con otros, o cuando nos reventamos mutuamente, de tal forma que sabemos que es una mala acción, pienso que los indios, cuando empiezan a apalearse unos a otros, en el fondo de su mente creen que ese combate no es del todo real. Creo que eso explica en parte por qué unas muchedumbres indefensas estaban siempre dispuestas a hacer frente a nuestras tropas y a la policía. Ellos mismos no eran reales, las tropas no existían, las balas nunca eran disparadas y la gente no moría más que en un mundo que era una ilusión en sí mismo. Estoy de acuerdo, en principio, en que esto no explica por qué entonces en ese mundo inexistente se consideraba que valía la pena enfrentarse a las tropas.

Para mí, desde luego, la gente de la subdivisión de Dibrapur *era* real. Eran malos labradores y tenderos pobres. No era culpa suya. Las minas de carbón conocieron su apogeo antes de la gran guerra, pero este auge empobreció permanentemente parte de la tierra y produjo campos sin arar y separación de familias. En algunos pueblos de aquella zona no había prácticamente jóvenes. Todos se habían ido a las cuencas mineras del distrito colindante. Usted conoce tan bien como yo estas cosas que ocurren. Realizamos un esfuerzo especial en aquella área —recuerdo que una vez hablé con Miss Crane al respecto, porque una de sus escuelas estaba cerca de Dibrapur—, pero había muchísima apatía y muchísimo rencor. El joven indio que tenía a mis órdenes en su propia sede central de subdivisión era un hombre sumamente inteligente y capaz. Era la subdivisión más dura del distrito. Tenía un montón de problemas pero también un gran *intelecto.* El tipo que se nombró a sí mismo subcomisario era uno de los *tahsildars* locales y a la vez un hacendado del lugar. Mi subordinado tuvo numerosos problemas con él. Reid, en su relato, deja una sombra de duda en la mente del lector/[7] acerca de la verdadera conducta del funcionario de subdivisión durante los desórdenes. Sé que por entonces la gente andaba diciendo que cuando todo acabó el muchacho se vino abajo en mi despacho y pasó horas llorando y pidiendo que le perdonásemos. No hubo nada de eso. Hablamos de la situación con absoluto desapasionamiento, y quedé persuadido de que, a trueque de sacrificar su vida —cosa que yo no hubiera esperado de un hombre en su sano juicio—, el funcionario de subdivisión había puesto a mal tiempo buena cara y conseguido refrenar un poco al subcomisario usurpador, a pesar de que en su calidad de supuesto juez fue más o menos mantenido preso. Y es verdad que salvó una importante suma de dinero del tesoro. Me figuro que el rumor de que había llorado nació del hecho de que cuando nos estrechamos la mano y nos despedimos *había,* en efecto, lágrimas en sus ojos, y la gente probablemente las vio cuando el joven salía de mi bungalow. Yo no había sido amable con él, simplemente justo, espero, pero los indios nunca se han avergonzado de responder a la equidad de un modo que sonrojaría a los ingleses.

Pero me estoy adelantando. Sé que nuestro sistema de información no logró descubrir con detalle y de antemano a los hombres que se erigieron en cabecillas locales de Dibrapur y lograron aislar la ciudad durante varios días. Supongo que utilicé la expresión «agujas en el pajar» cuando hablé con Reid de aquella gente, pero en realidad no recuerdo haberlo hecho. La policía de la subdivisión de Dibrapur —lo cual era de prever, en vista de la dureza de su trabajo— tenía la moral más baja que la de otros sitios. Algunos huyeron, y uno o dos agentes tomaron el mando y se pasaron a los rebeldes. Como usted habrá averiguado, todo sucedió muy rápidamente y los efectivos de nuestra policía —nunca numerosa— eran muy escasos en proporción a la zona y al volumen de la población. Accedí a que Reid enviara tropas la noche del 11 con la esperanza de que su rápida aparición en aquel momento concreto fuera tan intimidatoria como suele serlo la presencia militar. Reid infravalora las tentativas realizadas ese día por la autoridad civil para entrar en Dibrapur con policía y magistrados, y no dice nada de las obstrucciones en la carretera *principal.* No había puentes volados en ella, pero sí una serie de árboles caídos que impedían el libre paso de medios de transporte, y la policía descubrió que cuanto más se acercaba a Dibrapur menos dispuestos estaban los lugareños a ayudarles a despejar la carretera. El mensaje que yo había recibido de Tanpur la noche en cuestión informaba que un camión cargado de policías había «desaparecido». Más tarde resultó que estaban encerrados en el *kotwali* de uno de los pueblos próximos a Dibrapur. Todas las comunicaciones estaban cortadas, por supuesto, entre Dibrapur y Tanpur.

La noticia de que habían volado el puente en la carretera del flanco de Reid fue ciertamente inquietante, pero no pude evitar que me pareciera divertida porque él había alardeado de que usar esa ruta era una maniobra muy profesional e inteligente, y de repente corría el peligro de perder dos camiones de 3 toneladas, una camioneta de 15 quintales y su equipo de radio. Y estaba fuera de sí. Confío en que lo gracioso del asunto no influyera en mi decisión. Ordené la retirada de las tropas de aquella carretera porque pensé que si los rebeldes tenían la iniciativa y los medios de volar un puente (una ocupación totalmente inofensiva, ¡simplemente la destrucción de una tonelada más o menos de ladrillo y mortero!), su encuentro con unas tropas enardecidas podría desembocar precisamente en el choque sangriento que yo quería evitar. Sé que mi decisión es discutible, pero la tomé, la defiendo y creo que fue acertada. Si no hubiera recibido presiones desde arriba para la plena utilización de las tropas, sin duda habría dejado que Dibrapur se «cociese» un tiempo más. Aquel oficial de información, Davidson, estaba en lo cierto cuando sugirió a Reid que mi idea consistía en que la pacificación se extendiese desde Mayapore hacia fuera. Pero Reid estaba en ascuas. No lo digo a título de excusa, aunque tal vez lo menciono como un factor atenuante de toda decisión mía sobre la que todavía abrigue dudas. Cuando tienes detrás constantemente a un hombre como Reid es más fácil perder la concentración. Creo que habría soportado su actitud de cascarrabias si la autoridad civil de la provincia no hubiera empezado a presionar también. Es realmente difícil revivir la auténtica sensación de urgencia que surgió en cuestión de horas cuando empezaron a llegar informes señalando que la sublevación se nos iba de las manos. Hubo, en suma, la presión de Reid, la de la sede central de la provincia y la de mis propias dudas. Así que dejé que Reid se saliera con la suya respecto a Dibrapur. Su campaña particular allí no fue en absoluto incontrolada. No tengo quejas ni acusaciones en este

sentido. Pero no creo que la llevase a cabo con una prudencia *especial,* y creo todavía, como creí entonces, que en Dibrapur podían haberse evitado las muertes de hombres, mujeres y niños si a la ciudad se le hubiera dejado «cocerse» en su propia salsa hasta que la gente misma estuviera de humor (y nunca tardaban mucho en recobrarlo) para *reordenarse* (es la palabra exacta) como si fuese un quehacer más entre los del día. Quizá fue injusto que la acción de sus tropas en Dibrapur (actuación de la que no nos concede una descripición detallada en su libro) hubiera de ser la causa principal de la reputación que Reid tuvo después de persona muy controvertida en el distrito, «durante la fase actual de pacificación» (la jerga oficial para el «hagamos todos las paces»). Mi comisario me pidió que le diera una opinión confidencial sobre Reid. Como usted sabe, las quejas contra cualquiera de nosotros, civiles o militares, llegaban en seguida a las altas esferas. Le dije que Reid no se había excedido en sus funciones en ningún momento y que había sido hasta el final un apoyo constante para mí en la ejecución de las mías..,-Añadí que, de haber dependido de nosotros, y si no nos hubieran ordenado hacer uso pleno de los medios disponibles, en realidad podríamos haber utilizado menos fuerzas y el resultado habría sido el mismo o incluso mejor. No veía motivo para que Reid tuviera que pagar el pato por gente que había cedido al pánico en la sede central de la provincia. Creo que este comentario no agradó a ninguno de los jefes, del comisario para arriba. Durante un tiempo esperé mi traslado, pero la rueda de la buena o mala suerte se detuvo en Reid: a menos que fuese realmente cierto que su nuevo destino obedecía a la influencia de amigos suyos que pensaban que a raíz de la muerte de su mujer estaría más contento destinado en un puesto más activo. Es muy fácil —sobre todo cuando se busca un chivo expiatorio de una acción en la que has tomado parte — encontrar un incidente concreto y usarlo como prueba de que ya se ha descubierto una cabeza de turco, siendo así que, de hecho, las autoridades se han limitado a encogerse de hombros y una consideración puramente personal ha intervenido luego para establecer la consabida pauta de delito y castigo.

(6) Gracias por su respuesta a mis comentarios por escrito sobre la transcripción de nuestra entrevista. Sí, me disgusta de veras esa discusión del género «Sí, tú fuiste. No, no fui yo», que en seguida aflora. Reid tenía sus actitudes y sus opiniones y yo las mías. No se puede estar eternamente justificando las propias y refutando las ajenas con pasión; pero me temo que los puntos sobre los que he estado tomando notas los últimos días en respuesta a afirmaciones específicas que Reid hace en su libro no vienen a cuento ahora más que de forma marginal. ¿Puedo abordar uno de ellos, no obstante, y disipar toda impresión que Reid haya podido dejar sobre que Menen, el juez del distrito, simpatizaba con los rebeldes? Menen no simpatizaba con nada más que con el recto cumplimiento de la ley, en la que Dios sabe que no tenía una fe especial, pero a la que indudablemente consideraba un deber que había jurado. Estoy también ligeramente molesto por la sospecha que haya podido subsistir de que yo hubiera tenido un enfrentamiento con Merrick —o hubiera hecho la vista gorda— acerca del trato dispensado a los detenidos del caso Bibighar. Creo que debería permitírseme decir algo al respecto si la declaración de Vidyasagar va a publicarse. Creo que nada se pierde haciéndolo, puesto que el mismo Vidyasagar se confiesa infractor de la ley.

En su declaración se muestra extraordinariamente reticente sobre los nombres de sus cómplices. De modo que ninguno de nosotros está en condiciones de dictaminar exactamente en qué medida podemos dar crédito a su afirmación de que Hari Kumar no era uno de sus correligionarios. La versión que figura en el diario de Miss Manners (o mejor dicho, en la parte que usted me ha consentido ver) no es en sí misma *prueba* de la inocencia de Kumar en la clase de actividades que realizaba Vidyasagar, y es muy posible, al leer su declaración, deducir que éste diera a Merrick un motivo *auténtico* para no creerle durante su inte-rrogatorio. Lo que me molesta es que la gente llegara a pensar que yo, en cualquier momento, entonces o después, estuve informado del trato que Merrick dispensó a los hombres sospechosos de la *violación.* Me confesó que se había «saltado las normas» en los interrogatorios, con objeto de asustarles y obligarles a decir la verdad, por ejemplo amenazándoles con el castigo de la vara, y llegando en un caso a «preparar como para recibirlo» a uno de los muchachos; creo que lo dijo así. Me proporcionó esta información *voluntariamente* la mañana siguiente a la noche de las detenciones, y cuando Menen vino a verme más tarde y me dijo que corría el rumor de que los chicos habían sido azotados, yo pude ofrecerle mi opinión sobre el modo en que había nacido tal rumor, y que ya le había advertido a Merrick de que «se dejase de juegos». Más serio, a mi entender, fue el segundo rumor, el de que habían sido obligados a ingerir carne de vaca. Merrick dijo que iba a averiguarlo, y me dijo más tarde que era totalmente incierto, pero que el bulo podía ser consecuencia de un error cometido en las celdas, cuando enviaron la comida a uno de los guardias musulmanes que estaban custodiando a los presos. Reid tenía razón cuando dijo que la tarea de sofocar los disturbios distrajo nuestra completa atención de los jóvenes sospechosos del caso Bibighar, y que esto hizo finalmente imposible la obtención de pruebas concretas contra ellos en lo referente al asalto de Miss Manners. Menen prosiguió su investigación sobre los rumores acerca de los azotes y la carne. Le autoricé a ordenar que los chicos fueran interrogados al respecto. Me dijo que el abogado a quien encomendó que hablara con ellos le había comunicado que ninguno de los presos, entre ellos Kumar, se quejaba de que le hubiesen flagelado o forzado a comer carne de vaca. Y ninguno de ellos dijo una sola palabra de este asunto a Jack Poulson, que fue el encargado de interrogarles cuando estábamos preparando el proceso político. Pero durante todo el tiempo transcurrido desde entonces tengo la incómoda conciencia de no haber investigado los rumores más a fondo. Parece bastante claro que fueron maltratados. Sin embargo, no creo que hubiese realmente un error judicial. Evidentemente, Merrick se extralimitó, cegado por la pasión del momento, creyendo que eran culpables de atacar a una muchacha a quien él quería. No tardamos mucho en comprender que una acusación de violación no prosperaría, pero las pruebas disponibles sobre sus actividades políticas eran suficientes para que creyéramos justificado intentar que se les aplicaran las Leyes de Defensa de la India. El caso fue remitido al comisario de división, y llegó hasta el mismo gobernador. He olvidado los detalles de las pruebas, pero eran bastante concluyentes. De modo que todavía creo que los cinco chicos detenidos primero eran culpables de los delitos que dichas leyes sancionaban. Solamente Kumar sigue siendo un enigma para mí. Si le maltrataron tanto como dijo el «confidente» de Vidyasagar, ¿por qué no lo denunció cuando fue a verle el abogado de Menen? ¿Por qué no se quejó a Jack Poulson durante la instrucción del caso? Puede entenderse el silencio de los otros muchachos

si es verdad lo que Vidyasagar dice sobre las amenazas de la policía. Pero en Kumar se habían ya realizado, y posiblemente podía demostrarlo, y él estaba hecho de otra pasta que los demás jóvenes, ¿no? ¿No arroja quizás alguna luz sobre el asunto la parte del diario de Miss Manners que no me ha enseñado?

Presumo que es su silencio en esta ocasión lo que usted tiene en cuenta cuando me dice en su nota que «Kumar era un hombre que sentía que al final lo había perdido todo, hasta su britanismo, y que sólo podía afrontar cada situación —incluso la más dolorosa— en silencio, con la esperanza de extraer de ella cierto respeto por sí mismo».

Comprendo perfectamente, por lo que usted me ha contado sobre su «reconstrucción» de la vida de Han Kumar, y por lo que he leído en el diario de Daphne Manners, que es posible que Kumar hubiera reaccionado efectivamente de ese modo, pero si el informador de Vidyasagar estaba diciendo la verdad cuando dijo que la noche de su detención Kumar fue golpeado con varas por orden de Merrick «hasta que gimiese», yo aún seguiría pensando que Kumar habría aprovechado la oportunidad de formular acusaciones cuando el abogado de Menen se entrevistó con él y le preguntó a boca de jarro si era cierto. Quejarse de haber sido injustificable y salvajemente golpeado en el curso del interrogatorio no habría sido una traición de la súplica que Miss Manners le hizo a Kumar de «no decir nada». Es decir, ¿no hay un límite a la buena cara que podemos poner ante el mal tiempo?

Pero me figuro que mis objeciones al diagnóstico que usted ha formulado responden en realidad a mi resistencia interna a no aceptar la evidencia indemostrada de la conducta de Merrick; o mi negativa a admitir mi propio fracaso por no haberla sospechado en su momento. No tengo ningún comentario que hacer respecto a la cifra que usted cita de fuentes «oficiales», según la cual hubo, descontando las Provincias Unidas, 958 sentencias de flagelamiento después de la insurrección, salvo añadir que era la pena que las leyes decretaban para las personas sorprendidas participando en desórdenes. Si Kumar hubiera sido detenido en unos disturbios, podría haber sido igualmente azotado. Supongo que lo que usted insinúa es que ese tipo de castigo estaba «en el aire», y que Merrick aprovechó una oportunidad, se saltó las normas y quedó impune.

Dicho todo esto me limitaré ahora, como usted me pide, al tema más amplio, aunque antes de abandonar la cuestión de «Tú fuiste. No, no fui yo», señalaría —quizás innecesariamente— que no debería confundirse la incertidumbre que rodea a acciones y sucesos con las «áreas de falibilidad peligrosa» que se extienden *entre* las dudas, las decisiones y las acciones. Tomando como ejemplo lo de la administración de alimentos por la fuerza, o bien ocurrió o bien no ocurrió. Al intentar determinar el «área peligrosa», ¿no estamos manejando *hechos* cuya verdad, por muy inverificable que sea ahora, *fue conocida por alguien en aquel momento?*

He meditado mucho sobre la verdadera «área peligrosa» y tengo que reconocer, aunque de mala gana, que no poseo una visión de los problemas lo suficientemente firme para proponer algo que se parezca, siquiera remotamente, a una premisa de la que partir. Me remonto con demasiada facilidad al viejo planteamiento de afirmación, refutación y reafirmación. Por ejemplo, si tomamos el árido relato de Reid sobre el plan de federación de 1935 —y su comentario: «Sólo condujo a una lucha por el poder», que deja en el lector no informado la impresión de que habíamos hecho una bonita

oferta y luego nos habíamos sentado a observar, consternados, cómo los indios demostraban su total inmadurez para entender las cuestiones o para aprovechar su oportunidad—, lo único que acierto a captar son las interpretaciones alternativas que muestran por qué, como *estadistas,* los indios rechazaron el proyecto federativo y el cómo toda esta propuesta podía entenderse a una luz distinta: la de que nosotros ofrecíamos a los indios una constitución que sólo hubiera prolongado, y quizá incluso perpetuado, nuestro poder e influencia, aunque sólo fuese como arbitros imperiales.

De modo similar —y tomando nuevamente los comentarios de Reid como una especie de «referencia» — podría redactarse un extenso escrito para demoler su deducción superficial de que la delegación Cripps de 1942 fracasó debido a la intransigencia india, o enunciar la contrarréplica —igualmente superficial, incompleta e inexacta— de que se trató de una maniobra típica de Churchill con objeto de cubrir las apariencias, ganar amigos e influir a la gente en el extranjero después de la derrota en Asia, pero que en realidad no significaba nada más que una desganada repetición de antiguas promesas y reservas aún más antiguas.

Y eso no es lo que estamos buscando, ¿verdad? No lo es, aunque uno se vea tentado a derribar los conocimientos aparentemente inconmovibles del pequeño edificio cuadrado de simple causa y sencillo efecto que construye el general Reid, derribarlos para equilibrar la balanza y presentar el cuadro inverso, e igualmente inexacto, de un poder tiránico e imperialista restregando en el polvo la cara de sus súbditos de color.

De hecho, no estamos buscando en absoluto el recuento de la poli-y tica que golpe tras golpe desembocó en la acción. En realidad, un solo hombre sería incapaz de ofrecer ese recuento: si se limitara únicamente a los golpes. Hubo tantos que se morirían antes de haberlos consignado todos. Para que los preparativos de una rememoración así fuesen una tarea razonable, tendría que adoptar una actitud hacia el material disponible. La obra de dicha actitud se parece bastante a la de un cedazo. Sólo lo pertinente pasa la criba. El resto se desecha. La trascendencia y veracidad auténticas de lo que traspasa la malla dependen entonces de la veracidad y trascendencia de la actitud adoptada, ¿no es así? Si admitimos esto inmediatamente, nos hallamos en el terreno de la preferencia personal —y hasta del prejuicio— que puede tener o puede no tener algo que ver con la supuesta «verdad».

No obstante, supongamos (como usted servicialmente ha indicado en su nota) que estoy a punto de embarcarme en una historia de las relaciones angloindias. Tendría que adoptar una actitud ante la masa de material de que dispongo. ¿Cuál sería?

Creo que sería tan sencilla —casi tan pueril— como esto: partiría de la premisa de que los indios querían ser libres y de que nosotros también deseábamos que lo fuesen, pero que ellos lo habían querido durante mucho más tiempo que el que nosotros habíamos pensado o accedido a que lo fuesen; que, en esta situación dada, el conflicto surgió en parte por la falta de sincronización del momento de los dos deseos, pero asimismo porque, con el tiempo, llegó a producirse una falta de sincronización de los deseos mismos. Humanos, cuanto más se les negaba la libertad a los indios, tanto más querían ser libres según sus propios términos, y cuanto más querían ser libres según esos términos, tanto más nosotros —humanos también— insistíamos en que inicial-mente debían adquirir la libertad según los nuestros. Cuanto más duraba este conflicto, tanto más abstrusos se volvían por ambas partes los términos del probable acuerdo. El litigio se convirtió

entonces en una cuestión en que la mayor moralidad sobrevive y se impone a la menor. Lo que explica, por supuesto, que al final ganaran los indios.

Tras haberlo expuesto con estas simples palabras (que componen una malla por la que usted podría filtrar una ingente cantidad de sucesos detallados), me viene a la memoria lo que usted dijo en nuestra entrevista sobre «la corriente moral de la historia», y veo que quizás el ímpetu que impulsa a esa corriente nace sobre todo de nuestra conciencia, y que el área peligrosa es el lugar *natural* en que nuestra conciencia opera, con o sin nosotros, normalmente sin. Lo malo es que la palabra «peligroso» siempre sugiere algo ligeramente siniestro, como si hubiera un lazo inquebrantable *ab initio* entre «peligro» y «error». «Peligro» sí posee esta connotación, pero supongo que no la tiene si recordamos que solamente empleamos la palabra para comunicar nuestro temor de las consecuencias personales, el peligro que correríamos nosotros mismos si siguiéramos a nuestra conciencia en todo momento.

Recuerdo que durante nuestra conversación usted mencionó el «latido» y la «pausa», y creo que los describió como los momentos no registrados de la historia. Ojalá pudiera aplicar esta teoría a un suceso concreto de mi vida para ver si lograba salir bien librado en vez de maltrecho, u ojalá pudiese aplicarla a un suceso de la de Reid. Pero aun en el intento de aplicarla me encuentro de nuevo en el mundo de los sucesos descriptibles. Y cuando trato de aplicar la teoría a todos los sucesos de la vida de todas las personas relacionadas con la acción —sea directa o remotamente—, mi mente, en suma, no abarca el complejo de emociones, ambiciones y reacciones que provocó, pongamos por caso, cualquiera de las acciones singulares que formaron parte del modelo general descriptible. ¿Quizá, sin embargo, el pensamiento capta un concepto de justicia acumulativa e impersonal? ¿Capta esa justicia cuya importancia estriba no sólo en el rumbo manifiesta y abrumadoramente seguido, sino en el hecho de que revela los peligros aún en lontananza, amenazando con desviar una vez más la corriente?

III

(Apéndice de «Civiles y militares»)

Declaración de S. V. Vidyasagar

A los dieciséis años me suspendieron en el examen de ingreso y dejé el instituto de enseñanza superior de Mayapore con los reproches de mis padres y sin perspectivas de estudiar una carrera. Durante casi doce meses llevé una vida vergonzosa y depravada, yendo con mujeres fáciles y dañando mi salud. Tan inmoral me volví que mi padre me echó de casa. Mi madre me dio en secreto cien rupias que había ahorrado durante largos meses de los gastos domésticos. Lamento haber despilfarrado fornicando y bebiendo esta muestra de afecto y confianza materna. Pasé muchas semanas a las puertas de la muerte en mi sórdido ambiente, pero una vez repuesto reincidí en mi interés exclusivo por el alcohol y las chicas. Anhelé muchas veces poseer

una orientación y autodisciplina, pero en cuanto veía una muchacha bonita la seguía al momento y le hacía proposiciones deshonestas delante de todo el mundo, por lo que mi reputación sufrió un serio quebranto y las personas decentes me evitaban, y quienes se me acercaban eran muchachos de mi misma ralea, cuyos padres no querían saber nada de ellos o desconocían que sus hijos se comportaban de aquel modo hasta que se *lo* decían sus vecinos o amigos.

De esta suerte cumplí diecisiete años y por fin, asqueado de mi estilo de vida y tras haber resuelto enmendar mi conducta moral y física, regresé a la casa de mi padre y le supliqué que me perdonara. Mi madre y mi hermana lloraron por mi regreso, pero mi padre fue severo conmigo y me exigió cuentas de mi perversidad pasada. Le dije que sólo podría achacarla a locura, y que ahora confiaba en regenerarme merced a la gracia de Dios y a mi propia determinación. Al ver la tristeza y la humildad de mi semblante, mi padre me abrió nuevamente los brazos. Emprendí, pues, una vida nueva y recta, conseguí trabajo en una oficina con la ayuda y recomendación de mi padre y entregaba la totalidad de mi salario mensual a mi madre, aceptando de ella tan sólo unas pocas *anuas* para mis gastos diarios. Por entonces ya estaba lamentando amargamente la irresponsabilidad y el mal comportamiento que habían provocado mi fracaso merecido en el instituto. Por la noche me quemaba las pestañas leyendo en mi habitación hasta que mi madre me rogaba que cuidase más mi salud y no corriera el riesgo de dormirme en el trabajo y perder el puesto.

Tan resuelto estaba a no dar más disgustos a mis padres que confeccioné un gráfico que clavé en la pared encima de mi cama, y en el que programaba dedicar tantas horas libres al estudio, otras tantas al sueño y otras más al ejercicio saludable. Las tardes de buen tiempo iba paseando hasta la prolongación de Chillianwallah Bagh para contemplar las hermosas casas de nuestros vecinos pudientes y vagabundear por la orilla del río. Allí veía muchas chicas que me llamaban la atención, pero me retiraba antes de que la tentación de hablar con ellas o de seguirlas resultara irresistible. Esquivaba los sitios de la ciudad donde podría topar con mis antiguos compañeros, sobre todo la calle donde vivían muchas prostitutas cuyas miradas desde una habitación de arriba podrían representar la ruina de cualquier joven inocente y virtuoso que estuviera en el barrio por azar.

Había emprendido con pie firme un modo de vida físicamente sano y moralmente edificante, e incluso en mis paseos llevaba un libro conmigo y me sentaba a estudiar a la orilla del río, y sólo miraba un par de veces de reojo las trenzas negras y los saris de seda de las chicas cercanas. Un día conocí por casualidad a Francis Narayan, que era maestro en la escuela de la misión cristiana del Bazar Chillianwallah y un personaje muy popular en Mayapore, y que siempre andaba de un lado a otro en bicicleta y se paraba a hablar con todo el mundo. Después de trabar conversación con él empecé a contarle mi mala vida anterior, mi rectificación y mis esperanzas para el futuro. Al saber que yo trabajaba como un humilde oficinista y lamentaba agriamente mi fracaso en el examen de ingreso al instituto, dijo que me tendría presente si se enteraba de algún empleo conveniente. Sin esperar nada del amistoso encuentro, continué mi entrega cotidiana a mis quehaceres y al programa de perfeccionamiento personal y mayor educación. Ahora empezaba a sentirme un poco impaciente y a mirar con codicia los libros de la Librería Mayapore, en la calle próxima al templo Tirupati, por la que pasaba todos los días al volver a casa por la tarde. Mi padre era jefe de

personal de un mayorista y la oficina en la que yo trabajaba era propiedad de un amigo del patrón de mi padre, un comerciante con dos hijas casaderas. Un día me entretuve como de costumbre en la Librería Mayapore para curiosear entre sus muchos volúmenes. Con el pretexto de examinarlo simplemente, estaba leyendo capítulo por capítulo un libro sobre la Declaración de Autonomía de 1917. Había comenzado a interesarme por la política. Me moría de ganas de poseer aquel volumen, pero su precio superaba mis recursos, aunque sabía que mi madre me daría el dinero necesario con sólo pedírselo. Mientras estaba leyendo esa tarde el capítulo siguiente, vi que por un momento no me vigilaban el dueño ni el dependiente, y sin pensarlo dos veces salí del establecimiento con el libro debajo el brazo. Eufórico y al mismo tiempo temeroso de que me siguieran y me apresaran como a un vulgar ladrón, vagué sin fijarme por dónde iba y fui a parar a mi antiguo barrio. Oí que una voz me llamaba, y al mirar en su dirección vi a uno de mis antiguos amigos, un joven mayor que nosotros que solía hablar y mezclarse con nuestro grupo pero que no nos acompañaba en nuestras rondas alcohólicas y otros malos pasos. Se llamaba Moti Lal. Al ver el libro que yo llevaba debajo del brazo me lo cogió, miró el título y dijo: «Así que por fin te vas haciendo adulto.» Me invitó a un café en el local donde estaba sentado, y yo acepté. Me preguntó qué había sido de mi vida durante todos aquellos meses, y yo se lo dije. El también trabajaba de administrativo en el almacén de Romesh Chand Gupta Sen. Le pregunté si había visto a alguno de nuestros viejos amigos, pero me respondió que también se habían vuelto respetables como yo.

En esta ocasión empecé a darme cuenta de repente que mi antigua vida no había sido tan vergonzosa como mi conciencia me decía. Era una perversidad, sin duda, beber tanto licor nefasto y andar con mujeres libertinas sin el debido discernimiento, pero ahora veía que habíamos hecho esas cosas porque nuestras energías necesitaban un desahogo especial. Reconfortado por este descubrimiento, volví a la Librería Mayapore, devolví el libro robado a su legítimo dueño y le dije que me lo había llevado en un momento de distracción. Después de este incidente él me permitió pasar muchas horas en la trastienda del comercio, estudiando nuevos volúmenes que llegaban de Calcuta y Bombay.

Tenía dieciocho años cuando Francis Narayan, el maestro de la misión, vino a buscarme a mi casa y me dijo que el director del *Mayapore Gazette* estaba buscando a un joven dinámico y con un buen inglés para, un empleo de chico de oficina y aprendiz de periodista. Narayan me confesó que era él quien escribía los artículos de la sección «Temas de actualidad», firmados por «Un paseante» para la *Gazette,* y que lo hada para redondear sus ingresos como profesor. Mi padre se opuso a la idea de que yo dejase mi presente empleo. Declaró que a su debido tiempo, si cumplía escrupulosamente mis obligaciones, tema posibilidades de llegar a ser jefe de personal e incluso de casarme con una de las hijas del patrón si demostraba aplicación y diligencia. En los últimos meses había empeorado mucho la salud de mi padre. Todos los días iba andando al trabajo, sin retrasarse nunca ni siquiera un minuto, y muchas veces se quedaba hasta mucho después de la hora de cierre y volvía a casa para oír las quejas de mi madre porque la cena se le había enfriado. Desde que yo había adoptado una actitud más viril ante la vida, había aprendido a suplantar por respeto las antiguas críticas dirigidas a mi padre. Y sentía también afecto por él, en correspondencia a su amor indudable por mí. No quería disgustarle, pero a la vez deseaba

conseguir el trabajo que Narayan me había puesto en bandeja hablando al director de mí. Finalmente mi padre me dio su consentimiento para solicitar la plaza en la *Gazette.* Yo temía enormemente su muerte —que sobrevino seis meses más tarde—, y no quería darle un disgusto en el ocaso de su vida ni que creyese que abandonaba este mundo sin un hijo que oficiase en sus ritos funerarios. Por consiguiente, temía mi propio temperamento y el altercado resultante, y que me echase de casa otra vez. Doy gracias a Dios por haberle movido a ceder a mis deseos. En su momento me convertí en empleado del *Mayapore Gazette.*

A la muerte de mi padre pasé a ser el «cabeza de familia» y tuve que organizar el matrimonio de mi única hermana superviviente, que entonces tenía dieciséis años. Esas obligaciones familiares ocuparon gran parte de mi tiempo en los años 1937 y 38. Mi madre y yo vivíamos ahora solos. Ella siempre me estaba insistiendo en que me casara. En aquella época yo era algo inocente en estas cuestiones. Tenía miedo de que mis experiencias con mujeres inmorales hicieran peligroso mi estado de marido y padre, aun cuando —a Dios gracias— no había sufrido ninguna enfermedad con secuelas. Además estaba consagrando mi vida, después de la muerte- de mi padre, a la política y a mi trabajo como periodista «en alza».

Debido a mi profesión entraba todos los días en el acantonamiento, donde se encontraban las oficinas de la *Gazette,* y empezaba a familiarizarme con la vida de aquel lado del río. En mis tiempos de estudiante también había cruzado diariamente el río para ir al instituto, pero ahora, como «aprendiz de periodista» con Laxminarayan estaba aprendiendo cosas que antes no sabía o no me había molestado en conocer. Me fui familiarizando, por ejemplo, con la administración de la ley y el orden y con la vida social de los ingleses.

De este modo, siendo un joven indio insignificante, sufrí muchas vejaciones sociales, y el carácter se me agrió poco a poco al recordar el cuidado que mi padre había tenido que poner para dar cuenta de cada penique y para no faltar ni un solo día al trabajo. Me hice amigo de varios chicos de mi edad y también de Moti Lal, y a menudo hablábamos en mi casa de todas estas cosas hasta altas horas de la noche, mientras mi madre dormía. Pero hasta que Laxminarayan contrató en mi lugar a Hari Kumar, sobrino del comerciante rico Romesh Chand Gupta Sen, para quien Moti Lal trabajó durante un tiempo, y hasta que conseguí un nuevo empleo en el *Mayapore Hindú,* no empecé a relacionarme con grupos de jóvenes que pensaban como yo y que vivían a la deriva en un mundo donde sus padres temían perder una jornada de trabajo y hasta los políticos indios vivían en un plano de realidad distinto al nuestro. Decidimos estar alerta para aprovechar cualquier oportunidad que aproximase el día de nuestra liberación.

Para entonces los ingleses estaban en guerra con Alemania, los ministros del Congreso habían dimitido y lo único que podíamos pensar era que, una vez más, nuestro país se vería obligado a aportar una cuota desproporcionada del coste de una contienda que no habíamos buscado y de la cual no esperábamos ninguna retribución, sino sólo promesas que habrían de quedarse en nada. En aquellos tiempos teníamos que andar con mucho tiento para que no nos detuvieran, a menos, naturalmente, que alguno de nosotros buscase adrede la detención por clara infracción de las ordenanzas. También teníamos que tener mucho cuidado al elegir nuestras amistades o al tratar con conocidos fortuitos. Muchos tipos de aspecto inocente eran espías de la policía, y un par de amigos míos fueron

arrestados a causa de la información proporcionada a las autoridades por personas a quienes algunas veces sólo les interesaba ajustar cuentas pendientes, y que eran capaces de inventar infundios para convencer a la policía de que detuviese a uno de los nuestros y de este modo quitarnos de en medio. Moti Lal también fue detenido por desafiar la ley contenida en el artículo 144 y que prohibía hablar ante una asamblea de estudiantes. Fue ingresado en prisión, pero consiguió evadirse.

Cuando los japoneses invadieron Birmania y derrotaron a los ingleses, creímos que nuestra libertad era por fin inminente. Ni yo ni mis amigos temíamos a los japoneses. Sabíamos que podríamos causarles problemas si invadían la India y nos trataban tan mal como los ingleses. Muchos de nuestros soldados, abandonados por sus oficiales británicos y capturados en Birmania y Malasia, fueron puestos en libertad por los japoneses y formaron el «ejército nacional indio», al mando de Subhas Chandra Bose. Si los japoneses hubieran ganado la guerra, nuestros camaradas del ejército nacional indio habrían sido aclamados en todas partes como héroes, pero en lugar de eso fueron severamente castiga-' dos por los ingleses cuando acabó la guerra, y nuestros «dirigentes nacionales» se cruzaron de brazos y no movieron un dedo por salvarles.

En aquella época éramos conscientes de que únicamente los jóvenes dispuestos a ofrendar su vida y a sacrificar la ajena podrían hacer de la India una «gran potencia». No entendíamos los devaneos de nuestros jefes. Desgraciadamente, nos era difícil formar algo más que pequeños grupos. Nos decíamos unos a otros que si alguna vez el pueblo se alzaba contra los opresores, los jóvenes podríamos unirnos y dar un ejemplo de bravura y determinación que contagiaría a todos.

Así estaban las cosas por el tiempo de la rebelión de 1942. Junto con otros jóvenes, yo me había preparado para cualquier género de sacrificio. Después de mi detención fui interrogado para que suministrara información sobre un «sistema clandestino», pero de existir alguno yo no tenía noticias del mismo, y solamente conocía a chicos como yo que estaban dispuestos a ocupar la primera fila frente al enemigo. El mismo día en que me detuvieron, el 11 de agosto, yo y varios compañeros proyectábamos adherirnos y exhortar a la multitud que iba a congregarse a última hora del día para avanzar hacia el sector civil. La noticia de esos planes se extendió rápidamente de un extremo a otro de la ciudad. Un gentío que se había formado por la mañana en la calle de prolongación de Chillianwallah Bagh fue dispersado por la policía, que aparecía de repente en todas partes en un abrir y cerrar de ojos. Yo y mis amigos no nos encontrábamos entre los manifestantes porque en aquel momento estábamos imprimiendo panfletos para repartir entre la gente e incitarla a intentar la liberación de los jóvenes injustamente acusados de atacar a una mujer inglesa. Hicimos llegar una de las octavillas a la comisaría próxima al templo Tirupati, envolviéndola alrededor de una piedra y lanzándola por una ventana abierta para que el encargado de efectuar esta acción peligrosa tuviese posibilidades de huir sin ser visto. Hecho esto, nos separamos y cada uno fue a su respectiva casa o lugar de trabajo. Tan sólo una hora más tarde, el superintendente de policía del distrito y numerosos guardias se presentaron en las oficinas del *Mayapore Hindú,* donde yo estaba trabajando. Yo y los demás miembros de la plantilla presentes fuimos detenidos inmediatamente, porque la policía encontró en un trastero una imprenta manual que dijeron que había sido utilizada para la impresión de escritos sediciosos.

No era verdad, y únicamente yo entre los detenidos era culpable de ese delito, que yo supiera, pero lo negué. Entre los arrestados figuraba el director, que dijo a la policía que yo había faltado al trabajo esa mañana y que su imprenta manual sólo había sido usada para inofensivos fines publicitarios. No supe hasta más tarde lo que el director había declarado, porque nos mantuvieron separados, pero finalmente me enteré de que todos habían sido puestos en libertad, aun cuando el *Mayapore Hindú* fue cerrado y las oficinas precintadas por orden judicial. Yo perseveré en mi silencio, porque confiaba en guardar el secreto del auténtico destino de la imprenta y los nombres de mis cómplices. Me trasladaron desde el *kotwali* a los calabozos de la central de policía, en el sector civil, donde estaban presos los chicos capturados cerca de Bibighar, pero no vi a ninguno de ellos. Me encerraron en una celda incomunicada y, después del interrogatorio, me trasladaron a la prisión de la calle Jail. Yo estaba allí cuando la gente atacó el edificio, desbordó a los carceleros y a la policía e irrumpió en el interior. Libertaron a varios prisioneros, pero, por desgracia para mí, la liberación se produjo en un «bloque» distinto, y poco después los soldados atacaron la cárcel y pusieron fin a nuestras esperanzas efímeras de libertad. En esta ofensiva perdieron la vida muchas personas inocentes, pero las autoridades trataron de ocultarlo facilitando cifras muy bajas de muertos y heridos.

A última hora de la tarde del día 11 me habían trasladado del *kotwali* a las celdas del sector civil, y allí fui interrogado personalmente por el superintendente de policía. Me hizo preguntas muy inteligentes, pero yo había decidido guardar un absoluto silencio. Sabía que iban a encarcelarme de todas maneras, porque vi que él tenía una ficha sobre mis presuntas actividades. Conocía los nombres de muchos amigos míos y hasta de simples conocidos, y me pregunté quién sería el confidente infiltrado. Me hizo insistentes preguntas sobre Moti Lal. Y también sobre Kumar y los otros chicos detenidos después del «ataque» contra la mujer inglesa. De nada servía negar que conocía a Moti Lal y a la mayoría de los demás chicos, porque el superintendente tenía incluso una lista de las fechas y los sitios donde varios de nosotros habíamos sido vistos juntos o donde se sabía que nos habíamos reunido, empezando por la noche de febrero en que unos cuantos estuvimos bebiendo y Hari Kumar se emborrachó hasta el punto de que tuvimos que llevarle a su casa, pero luego supimos que había salido otra vez a la calle y le habían detenido e interrogado. Otros dos de los detenidos por la «violación» estaban presentes aquella noche de febrero, y me puse a pensar si Hari Kumar, después de haber sido interrogado, no habría accedido a espiarnos y si no sería él el culpable de nuestra adversidad actual. Posteriormente me avergoncé de haber pensado esas cosas, pero debo ser sincero y mencionar que por un tiempo albergué tales sospechas.

Ninguno de los detenidos por la «violación» había sido mi cómplice en ninguna de mis actividades ilegales, pero el superintendente también tenía «fichados» los nombres de tres de los compañeros que habían estado conmigo esa mañana en la imprenta clandestina que habíamos confiscado después del arresto de Moti Lal. La imprenta estaba en / la casa de una de las prostitutas. La policía visitaba a menudo esta vivienda, pero estaban demasiado absortos en otras pesquisas para descubrir indicio alguno de que allí se estuviera imprimiendo literatura subversiva. Cuando el superintendente mencionó los nombres de algunos de los compañeros con quienes yo había estado aquella mañana yo le dije (como habíamos convenido para el caso de que detuvieran a alguno) que no nos habíamos

visto desde hacía dos o tres días. No le confesé nada. Le dije que aquella mañana no me había sentido bien y por lo tanto había ido a trabajar tarde, y que en cualquier caso estaba preocupado por mi seguridad con toda la agitación que había en la ciudad.

Después de salir de la casa donde estaba nuestra imprenta secreta, con las octavillas que yo había «tirado» y que mis colegas iban a repartir ahora, había tomado la precaución de ir a mi casa y decirle a mi madre que dijera que me había encontrado indispuesto y no había salido de casa hasta ahora. Mi madre se asustó mucho, porque aquello era la prueba de que yo estaba haciendo cosas contra las autoridades, pero me dijo que contaría esta historia si le preguntaban. Era la primera vez que yo incumplía mis obligaciones laborales para hacer algo prohibido, y por eso tomé una precaución así. Cuando el superintendente me preguntó dónde había estado esa mañana, yo sabía que el director o alguno de mis compañeros de la plantilla del *Mayapore Hindú* había mencionado mi ausencia, pero le respondí que no me había sentido bien, y él pareció contrariado y comprendí que ya había interrogado a mi madre. Ojalá mis verdaderos cómplices se las hubieran ingeniado para contar historias verosímiles si también les habían interrogado.

Tuve mucho miedo en este interrogatorio porque habíamos oído hablar del trato horrible que habían administrado a los detenidos por el asalto a la mujer inglesa. Fue debido a este rumor por lo que yo y mis compañeros nos apresuramos a imprimir el panfleto y a repartirlo durante el día. La información sobre la conducta atroz de la policía con aquellos chicos nos había llegado por conducto de alguien que había hablado con uno de los ordenanzas de la central de policía, que le había dicho que los prisioneros habían sido golpeados hasta perder el conocimiento y luego reanimados y obligados a comer carne de vaca para que confesaran. Pero nosotros creíamos que no eran culpables y sospechábamos que la historia del ataque a la mujer inglesa había sido exagerada mucho o incluso que era una invención, porque Kumar había sido amigo de la chica y los ingleses le odiaban por ello. Yo no sabía nada de los movimientos de Kumar la noche en cuestión, pero un amigo de los otros chicos detenidos dijo que todos, menos Kumar, habían estado simplemente bebiendo alcohol de destilación casera en una vieja choza, y que no supieron nada del «ataque» hasta que irrumpió la policía y les detuvo. Este amigo también había estado bebiendo con ellos, pero se marchó un momento antes de que llegara la policía y vio las detenciones desde un escondrijo. Pensó que el guardavías del puente Bibighar les había delatado, porque el hombre sabía que utilizaban la choza para beber allí alcohol destilado y a veces se unía a ellos y les pedía un trago a cambio de guardar silencio sobre aquella actividad ilegal. Sé que es verdad lo de la choza y la bebida porque a veces iba yo también. No era el mismo sitio en donde bebimos la noche en que Hari Kumar estuvo con nosotros y se emborrachó. Para beber aquella porquería teníamos que buscar escondites distintos que despistasen a la policía. No nos podíamos costear un licor decente y por eso tomábamos aquel brebaje infecto.

En el interrogatorio el superintendente me preguntó:

—¿No es verdad que eres amigo íntimo de Hari Kumar y que la noche del 9 de agosto tú y Kumar y tus otros amigos estuvisteis bebiendo en la choza que hay cerca del puente Bibighar y que luego te marchaste porque empezaron a hablar soezmente de ir a buscar una mujer en el acantonamiento?

Vi que me estaba ofreciendo una oportunidad de congraciarme y prestar falso testimonio, y a pesar del mucho miedo que tenía a que me apaleasen, respondí que no, que no era verdad, que sólo era cierto que yo conocía a Hari Kumar y a algunos de los chicos a quienes él nombraba, pero que la noche del 9 de agosto me había quedado hasta tarde en las oficinas del *Mayapore Hindú,* trabajando de «sustituto» en los informes de los alborotos que se habían producido ese día en Dibrapur y Tanpur, y que el director del periódico sin duda lo confirmaría. Estaba diciendo la verdad y el superintendente estaba furioso porque sabía que la estaba diciendo. Dijo:

—Te pesará haber mentido antes de que haya terminado contigo. Entonces me dejó solo en la habitación. Busqué con la mirada algún medio de fuga, pero ni siquiera había una ventana por la que pudiese recobrar la libertad anhelada. Una bombilla eléctrica iluminaba la habitación. Había una mesa y una silla en la que se había sentado el policía, y el taburete en el que yo estaba sentado. En un rincón había un caballete de hierro.

Cuando constaté que no había escapatoria recé para encontrar la fortaleza de resistir la tortura sin denunciar a mis cómplices. Pensé que de un momento a otro vendrían a buscarme y que el *sahib* superintendente estaba incluso ordenando que preparasen las cosas. Pero volvió él solo, se sentó otra vez ante la mesa y empezó a hacerme las mismas preguntas. No sé cuánto tiempo duró todo esto. Yo tenía hambre y sed. Al cabo de un rato salió nuevamente de la habitación sin haber conseguido sacarme una información distinta, y entraron dos guardias, me metieron en un camión y me llevaron a la cárcel de la calle Jail. En el camino esperé que me rescatase nuestra gente, pero el camión circuló muy aprisa y no hubo ningún incidente. Estuve en esta prisión una semana, y luego me llevaron al juzgado y me acusaron de imprimir y/ publicar panfletos subversivos. Un confidente de la policía declaró que me había visto arrojar una octavilla al interior del *kotwali,* lo cual no era verdad, pero no pude demostrarlo. Habían descubierto también la imprenta ilegal, indudablemente como resultado de una delación, y detenido a todos mis cómplices. Me condenaron a dos años de prisión mayor. Para cumplir la sentencia me enviaron a la cárcel situada cerca de Dibrapur, y al principio me encerraron en una celda inmunda. Creí que el superintendente de Mayapore había dado órdenes de que me trataran con especial rudeza. A pesar de mi hambre, al principio no pude comer la comida nauseabunda que me daban. Un día perdí la razón y tiré el plato al suelo. Al día siguiente me sacaron de la celda y me dijeron que la pena por infringir las normas de la prisión eran quince golpes de vara. Me llevaron de inmediato a un cuartito y allí vi un caballete de hierro idéntico al que había visto en la habitación donde me había interrogado el superintendente. Me enseñaron la vara que iban a usar. Media unos cuatro pies de largo y media pulgada de ancho. Me quitaron toda la ropa, me encorvaron sobre el caballete, me ataron las muñecas y los tobillos y ejecutaron «la sentencia». Hacia el final no pude aguantar más el dolor y me desmayé.

Más tarde me trasladaron a otra cárcel. No me permitieron la comunicación con nadie, ni siquiera con mi familia. Un día me notificaron que mi madre había muerto. Lloré y supliqué a Dios que me perdonara por el sufrimiento que le había causado en virtud de la misión liberadora que me había sentido en el deber de realizar. No me rebelé contra ninguno de mis castigos porque era culpable de todos los «delitos» por los que me castigaban. No los consideraba delitos y en consecuencia mi castigo no era un castigo, sino una parte del sacrificio que me había tocado en suerte. Hacia el final de

mi condena, uno de los chicos acusados del ataque a la mujer inglesa fue trasladado a esta cárcel desde otra prisión. Habían encarcelado a estos presos en cárceles diferentes porque las autoridades habían querido mantenerlos separados, sin duda para impedir que dos de ellos confirmasen a los demás prisioneros el rumor de su castigo injusto. Cuando vi al muchacho di un grito de asombro porque había pensado que todos ellos habían sido juzgados y condenados mucho tiempo antes. Una vez había oído decir en la cárcel que los habían ahorcado. Pero este chico me dijo que nunca encontraron pruebas contra ellos. Él pensaba que todo había sido un «montaje» y que probablemente no hubo violación en Bibighar. Por último, las autoridades les habían enchironado por indeseables, siendo todos convictos o sospechosos de cometer actos subversivos. No tuvimos ocasión de hablar a menudo y él parecía tener mucho miedo de hablar de los rumores de tortura e ignominia que yo había oído.

Cuando me excarcelaron, ya no pude disponer de mi propia casa. Tenía que presentarme con frecuencia a la policía. Mi antiguo patrón, Laxminarayan, me encontró alojamiento y me dio algún trabajo para ir tirando. Tenía mala salud, pesaba sólo unos treinta y seis kilos y tosía mucho. Con el tiempo pude recuperar parte de mi salud y mi vigor. Sólo volví a ver a uno de los detenidos por el caso de Bibighar: un joven que regresó a vivir en Mayapore. Era el que había llegado a la prisión donde yo estaba. Al enterarme de que había vuelto fui a visitarle a su casa y le pregunté:

—¿Por qué te daba tanto miedo irte de la lengua?

Incluso entonces se mostró reacio a decírmelo. Había sufrido mucho y temía a la policía, que, según dijo, le tenía constantemente vigilado. Por entonces, los ingleses seguían detentando el poder y habían ganado la guerra, y nosotros nos interrogábamos acerca del futuro con cierta desesperanza, aun cuando la gente no cesaba de decir que esta vez los colonos se disponían realmente a partir.

Una tarde estaba hablando con este joven en Mayapore, hacia finales de 1946, y de repente me dijo: «Te lo voy a contar.» Habló durante largo tiempo. Dijo que la noche de Bibighar, cuando él y los otros cuatro que todavía seguían bebiendo en la choza fueron detenidos, les llevaron inmediatamente a la central de la policía y les metieron en una celda. De momento sólo sabían que les habían sorprendido bebiendo alcohol ilegal, y estaban bromeando y riendo. Entonces vieron que traían a Han Kumar. Tenía cortes y magulladuras en la cara. Pensaron que se los había hecho la policía. Uno de ellos le gritó: «Hola, Han», pero Kumar no le prestó la menor atención. Después de esto ninguno de ellos, salvo mi informante, volvió a ver a Kumar. Él me contó esta historia a título confidencial, de modo que prefiero respetar su deseo y no revelar su nombre. Hoy día todas estas cosas han sido olvidadas y llevamos una vida distinta. A los jóvenes actuales no les interesan en absoluto estas cuestiones. Así que llamaré a mi amigo «Sharma», que no es su verdadero nombre ni el de ninguno de sus compañeros. Sharma era un muchacho guapo y fuerte, que al igual que yo había sido de joven «un gran corredor de faldas», pero que también se había corregido bastante. Él y sus compañeros, todos menos Kumar, estaban encerrados en una celda de la que les fueron sacando uno por uno. Como los que iban saliendo no volvían, los que quedaban dentro ya no bromeaban ni reían. Tenían, además, dolor de cabeza y mucha sed debido al abuso de alcohol. Finalmente, sólo quedó Sharma. Cuando le llegó su turno dos

guardias le bajaron al sótano y le ordenaron que se desnudara. Mientras permanecía allí desnudo uno de los guardias llamó con los nudillos a una puerta que había al fondo de la habitación, la abrió y entró el superintendente. A Sharma le humilló mucho que le forzaran a semejante impudicia, sobre todo delante de un hombre blanco. Los guardias le sujetaron los brazos por detrás y entonces el superintendente —que llevaba un bastoncito— se acercó, alargó el bastón, levantó el miembro viril desnudo y lo contempló durante unos segundos. Sharma no comprendía por qué le estaban sometiendo a aquella vejación. Preguntó:— ¿Por qué hace eso, *sahib* superintendente?

El policía no le respondió. Después de inspeccionar las ropas de las que habían obligado a despojarse al preso —valiéndose asimismo del bastoncito para dar vuelta a las prendas y mirarlas—, el policía salió de la habitación. Más tarde, por supuesto, Sharma cayó en la cuenta de que estaba buscando pruebas de la violación perpetrada contra una mujer que había sangrado. Cuando el superintendente se marchó, los guardias dijeron a Sharma que se pusiera los calzoncillos, pero no le devolvieron el resto de la ropa. Le sacaron de la habitación por otra puerta que daba a una celda donde estaban sus restantes compañeros, igualmente sin más ropa que los calzoncillos. Kumar no estaba con ellos. Trataron de bromear de nuevo, diciendo que por qué el *sahib* mostraba tanto interés por determinadas partes de sus cuerpos, pero esta vez no tenían ganas de reír. Les sacaron nuevamente uno por uno, y no regresaban a la celda. Cuando le llegó el turno a Sharma —y esta vez también fue el último— le pasaron a la habitación donde había sido desnudado, y encontró al superintendente sentado detrás de una mesa. Creo que era la misma habitación en que me interrogó a mí dos tardes después. Pero a Sharma no le dieron un taburete para que se sentara. Tuvo que quedarse de pie delante de la mesa. Luego fue interrogado. No comprendía las preguntas porque pensaba que simplemente iban a acusarle de tomar alcohol destilado en casa. Pero de repente el superintendente preguntó:

—¿Cómo supisteis que ella iba a estar en los jardines Bibighar?

En ese momento Sharma empezó a entrever lo que podía esconderse detrás de aquel galimatías, a causa de la palabra «ella» y la humillación que acababan de infligirle. Pero aún no sabía lo que el policía trataba de averiguar, hasta que el superintendente dijo:

—Estoy investigando el ataque y la agresión criminal de esta noche contra la muchacha inglesa, la chica que creía que tu amigo Kumar era también amigo de ella.

Luego hizo numerosas preguntas como las siguientes:

—¿Cuándo propuso Kumar que fuerais todos juntos? ¿Estaba ella allí cuando llegasteis? ¿Cuánto tiempo la esperasteis? ¿Quién fue el primero que la atacó? Os dirigía Kumar, ¿verdad? Si no hubiera sido por Kumar no se os habría ocurrido ir a Bibighar, ¿no es cierto? ¿No fuiste tú el encargado de vigilar y no tuviste ocasión de gozarla? ¿Por qué ibas a pagar por otros si simplemente tuviste que vigilar? ¿Entonces cuántas veces la gozaste? ¿Cuántas la gozó Kumar? ¿Por qué tienes miedo? Después de haber trasegado una buena dosis de alcohol uno empieza a pensar además en pasarlo bien con una mujer, ¿no? ¿Por qué avergonzarte de una cosa perfectamente natural? No deberías haber bebido, pero bebiste, y mira lo que ha pasado. ¿Por qué no reconoces como un hombre que bebiste demasiado y sentiste lujuria? No eres un tipo delicado. Eres sano y fuerte. ¿Por qué avergonzarte de confesar tus apetitos normales? Si bebo demasiado también

yo siento esas fuertes tentaciones. No hay huellas de sangre en ti ni en tu ropa interior. Ella no era virgen, ¿verdad? Y tú fuiste el primero porque eras el más ardiente y no pudiste esperar. ¿No es así? ¿O quizá has tenido la precaución de lavarte? ¿O de cambiarte de ropa interior? Sabiendo que lo que habías hecho estaba mal. Sabiendo que te iba a costar caro si te atrapaban. Pues te han cogido y vas a pagarlo. Reconoce como un hombre que mereces un castigo. Si admites que mereces un castigo, tu pena será más leve porque yo entiendo estas cosas. Y ella no era virgen, ¿verdad? Iba con cualquiera que pudiera satisfacerla. Y le gustaban los chicos de piel oscura. Eso es lo que te dijo Hari Kumar, ¿no? ¿No es eso?

Sharma recordaba muy bien esto. Que el policía al final repetía una y otra vez «¿No es eso?, ¿no es eso?» y pegaba con el bastón en la mesa, porque le estaba irritando que Sharma respondiese todo el tiempo que no sabía nada de lo que el superintendente le estaba hablando.

Entonces el policía tiró el bastón sobre la mesa y dijo:

—Ya veo que sólo hay una manera de convencerte.

Llamó a los guardias, que llevaron a Sharma a la habitación de al lado y, a través de una puerta, a otra habitación. En esta última había una luz aún más tenue, pero vio a Kumar, desnudo y atado a uno de los caballetes de hierro. Sé que en esta postura es difícil respirar. Sharma dijo que no sabía cuánto tiempo llevaba así Kumar, pero que oyó el sonido que hacía intentando respirar. Al principio no supo que era Kumar. Lo único que vio fue la sangre en sus nalgas. Pero luego entró el superintendente y dijo:

—Kumar, ha venido un amigo tuyo a oírte confesar. Basta con que digas: «Si, yo soy el hombre que ha organizado la violación», y te soltamos de ese chisme y no recibirás más golpes.

Sharma dijo que Kumar se limitó a emitir «una especie de sonido» y que el superintendente dio entonces una orden y un guardia se adelantó con una vara y asestó varios golpes a Kumar. Sharma le gritó a Kumar que él no sabía nada y no había dicho nada. Y también gritó:

—¿Por qué le tratan así?

Dijo que los guardias siguieron azotando a Kumar hasta que él gimió. Sharma no pudo mirar aquel castigo terrible. Al cabo de un rato le sacaron de allí y le encerraron solo en una celda. Unos diez minutos después volvieron a llevarle a la habitación donde Kumar había estado. El caballete estaba ahora desocupado. Le ataron a él después de haberle quitado los calzoncillos. Dijo que luego le pusieron lo que le pareció un paño mojado en las nalgas y que le dieron nueve varazos. Dijo que el dolor fue tan espantoso que no comprendía cómo Kumar había podido soportar tantos. Le pusieron encima el paño mojado para evitar que la vara hiciera cortes en la piel y dejara marcas permanentes. En cuanto acabaron le llevaron otra vez a la celda. Más tarde le metieron en otra donde estaban sus compañeros. Kumar no estaba con ellos. Les dijo lo que le habían hecho a él y a Kumar. A los otros no les habían azotado pero también tenían miedo de que les llegase el turno. El más joven de todos se echó a llorar. No entendían nada de lo que estaba ocurriendo. Para entonces ya había amanecido. El superintendente bajó a la celda con dos guardias. Éstos recibieron la orden de enseñar a otros el efecto en las nalgas de nueve golpes de vara propinados sobre un paño húmedo. Agarraron a Sharma y le destaparon. Entonces el superintendente dijo que si alguno de ellos insinuaba tan sólo, en cualquier momento, a cualquier persona, durante su «próximo interrogatorio, juicio y condena», que alguno de ellos había sido «herido» o maltratado, todos sufri-

rían con mayor rigor aún la pena que Sharma podía explicarles por experiencia propia y por haber visto a otro hombre sufriéndola.

Media hora después les llevaron algo de comer. Estaban hambrientos, cansados y asustados. Empezaron a comer. Al cabo de unos bocados todos vomitaron. El «cordero» del curry era carne de vaca. Los dos carceleros musulmanes que les estaban mirando se rieron y dijeron que ahora se habían convertido en parias y que hasta Dios apartaba la mirada de ellos.

Capítulo 7

LOS JARDINES BIBIGHAR

Daphne Manners (Diario dirigido a Lady Manners)
Cachemira, abril de 1943

Lamento, tía, haberte causado todos estos problemas y molestias. Empecé a disculparme en una ocasión anterior, cuando la tía Lili me llevó de regreso a Rawalpindi, el pasado octubre, pero tú no quisiste escucharme. Así que me disculpo ahora, no por mi conducta sino por el efecto que ha causado en ti, que no hiciste nada para merecer nuestro exilio. Pero también quiero agradecerte tu desvelo amoroso y el hecho de haber asumido voluntariamente la responsabilidad de cuidarme y el de no haberme hecho sentir ni una sola vez que era una carga, aunque sé que debió de haberlo sido, y esto, donde apenas ves a nadie, es igual de malo que Pindi, donde tantos de tus antiguos amigos empezaron a esfumarse. A veces intento ponerme en tu lugar para entender lo que representa ser la tía de «aquella Manners». Sé que la gente habla y piensa así de mí, y que esto recae también

sobre ti. Y todas las cosas maravillosas que tú y el tío Henry hicisteis para que los ingleses tuvieran mejor concepto de la India caen en el olvido. A eso me refiero en realidad cuando te digo que lo lamento. Lamento dar la última palabra a las personas que te criticaron a ti y al tío Henry, porque así parece demostrado que todo lo que representabais tú y él era un error.

Lo terrible es que si alguna vez llegas a leer esto yo no estaré para sonreírte y hacer que mis disculpas parezcan humanas e inmediatas. Si consigo llegar hasta el final de lo que tengo que afrontar, probablemente continuaremos en el mismo estado en que nos encontramos en este momento, o hablando de los menos asuntos posibles que puedan recordarnos a cualquiera de las dos el motivo real por el que estamos aquí. En ese caso no leerás esto, porque lo escribo únicamente como una garantía contra el permanente silencio. Lo escribo porque tengo la corazonada de que no llegaré al final y sería odioso estirar la pata sabiendo que no he intentado aclarar lo sucedido y romper el silencio que ambas parecemos haber convenido en que está bien para los vivos, si no para los muertos. ¡Perdón por la nota morbosa! No me siento morbosa: simplemente preparada. Quizá me he sentido así todo este tiempo, desde que el médico de Londres me dijo que me tomara la vida con calma y dejara de conducir ambulancias durante los *black-out*[29] Posiblemente la sospecha de que tendría que condensar tanta vida como pudiese en el plazo de tiempo más breve posible explica las cosas que he hecho, y que la gente asentada en el carril confortable de la setentena juzgaría precipitadas e imprudentes.

Si no me equivoco, si mis premoniciones no son un puñado de fantasías morbosas, ¡que raro sería, ¿verdad?, que alguien de aspecto tan fuerte y saludable no fuera en realidad más que un revoltijo de cantidades fisiológicas mal sumadas! Después de morir mamá tuve miedo de contraer cáncer. Desde entonces he temido que un tumor cerebral fuera la causa de mi mala vista y mis dolores de cabeza recurrentes. Todas estas dolencias sofisticadas también afligen a los campesinos indios, pero son simples *estadísticas* en los registros de las tasas de natalidad y muerte y en los gráficos de expectativas de vida. Muchas veces pienso que ojalá pudiera sentirme y creerme igualmente anónima, destruida (si es que voy a serlo) por Dios y no por algo que los médicos saben explicar, algo de lo que saben todo y para lo que te preparan.

Pero quiero decirte algo; me parece que médicamente hay una sola cosa «averiada» en mí, y que posiblemente sea porque no tengo una constitución muy equilibrada. El Dr. Krishnamurti, lo mismo que el médico de Pindi, habla de una cesárea. Le he dicho que no quiero. Puede que sea una testaruda, pero no te haces idea de lo importante que para mí es tratar de alumbrar como es debido. No quiero que me abran en canal ni que me saquen al niño a tirones. Quiero darle a luz. Quiero darle la vida, no que unos médicos inteligentes salven la suya, la mía o la de los dos. Quiero hacer todo lo posible por terminar con buena conciencia lo que empecé con ella. Creo que el Dr. Krishnamurti casi lo comprende. Me mira de un modo muy raro. Y es otra de las cosas que te agradezco muchísimo, que ni siquiera hayas pensado en hacer distinciones entre un médico inglés y uno indio, y que no te hayas opuesto en absoluto a que consulte a uno indio. Hace mucho (bueno, parece mucho tiempo pero no puede hacer mucho más de un año) te escribí desde Mayapore diciéndote lo que me alegraba de haber

[29] Apagón de luces general en [a ciudad de Londres para entorpecer la acción de los bombarderos alemanes que realizaban incursiones aéreas durante la segunda guerra mundial

tenido la suerte de estar con alguien como tú en lugar de con los Swinson (a los que siempre recuerdo como «mis primeros colonos». ¡Y qué sobresalto fueron!). Si yo hubiera sido su sobrina, y en el caso de que no me hubieran enviado a paseo como si fuera un estorbo, jamás habrían consentido que se me acercase alguien que no fuera un médico blanco. Pero quizá si yo hubiera sido sobrina de los Swinson habría corrido una milla antes de ver al Dr. Krishnamurti. O nunca me habría metido en lo que los Swinson de fijo hubieran llamado «este lío».

Por muy raro que parezca, había un Dr. Krishnamurti en Mayapore, un colega de la Dra. Anna Klaus. Pregunté a nuestro Krishnamurti si tenía algún parentesco con el de Mayapore y me respondió que seguramente lo encontraría si se remontaba lo bastante lejos en la familia. Le dije que me alegraba que se llamase Krishnamurti, porque era un lazo con Mayapore. Pareció violento y sorprendido. No estoy segura de que no le escandalizara que yo dijese ese nombre, Mayapore, tan de pasada. Ha superado el embarazo de tener que tocarme, pero no el engorro que al parecer represento tanto para los indios como para los ingleses. Sea lo que sea lo que represento, ha pasado de la fase puramente conceptual a la agudamente física. En Pindi noté que las pocas personas que venían a vernos —o mejor dicho que venían a verte a pesar de mí— no podían apartar los ojos de mi cintura. Ahora, por supuesto, la deformación causada por el niño anónimo (anónimo, indeseado, amado, al parecer, por nadie más que yo) es la cosa más inmediatamente obvia sobre mí. Si iba al bazar y no me quedaba recluida en la casa y el jardín, sentía la necesidad de ir con una campanilla, como un leproso, ¡para que la gente pudiera meterse en casa y despejar el camino hasta que yo pasara! Si hubiera sido forzada por hombres de mi propia raza habría sido objeto de compasión. Las personas de convicciones religiosas probablemente me habrían admirado también por negarme a abortar. Pero no fueron hombres de mi raza. Y por eso hasta los indios de Pindi solían apartar la vista cuando yo entraba en el acantonamiento, como si temieran que yo les contagiase algún castigo atroz. Hasta tú, tía, pareces apartar los ojos de mí estos días.

Yo no era virgen, por supuesto. Anna Klaus me dijo más tarde que se lo habían preguntado y que había dado su respuesta. Quería que yo supiese que la cuestión se había planteado y resuelto. No me presionó para que hiciera un comentario. Yo no hice ninguno. Pero te lo digo, tía, para aclarar las cosas. Mi primer amante fue un amigo de mi hermano David. El segundo, un hombre que conocí en Londres en la época en que conduje ambulancias. Dos amantes que, en realidad, *no* lo eran. Hacíamos el amor pero no estábamos enamorados, aunque por un tiempo creí estar enamorada del primer hombre.

Hari ha sido el único a quien he amado. Casi más que nada en el mundo me apetece hablarte de él, aunque sólo fuera para decirte: «Oh sí, Hari dijo algo parecido», o: «Vi eso una vez en que estaba con Hari.» Simplemente pronunciar su nombre ante otra persona, restituirle en el universo ordinario de mi vida. Pero no puedo. Sé que pondrías una cara inexpresiva, y eso es algo que no podría soportar, que tú le excluyeras de esa forma. Ya le han excluido demasiadas personas. Si lloro —ya veces lo hago— es porque sé que yo también le cerré la puerta. ¿Es verdad, me pregunto, que tú sabes dónde está? Muchas veces pienso que lo sabes, que lo saben muchísimas personas a las que considero amigas, pero que no van a decírmelo. Y sin embargo no

te lo reprocho. Guardas silencio por lo que crees que es mi bien, y yo lo he guardado por lo que creo que es el de Hari. Dios sabe que ha habido idilios antes entre personas del color de Hari y personas del mío, y hasta matrimonios, e hijos y felicidad y también desdicha. Pero la nuestra ha sido una relación de un modo u otro condenada. He perdido la esperanza de volver a verle alguna vez.

Es por eso, sobre todo, que el niño que estoy gestando es importante para mí. Aunque no puedo estar segura de que el hijo sea suyo. Pero creo que lo es. Lo creo. Y si no lo es, sigue siendo un niño. Su piel puede ser tan oscura como la de Hari o tan blanca como la mía, o una mezcla de ambas. Pero sea del color que sea —él o ella—, es parte de mi carne y de mi sangre; ¡la ofrenda que con mi proverbial desmaña hago al futuro!

Un par de días sin escribir nada en este libro. Por lo general escribo de noche, acurrucada en tu piel de carnero, al lado del fuego de troncos mortecino. Este país posee maravillosos contrastes. Esta noche hará un calor espantoso en Mayapore. Allí estaría sentada debajo del ventilador, con todas las ventanas abiertas, y aquí, en cambio, si me acercara a la ventana enrejada y mirase por las cortinas de cretona vería la nieve en las montañas. Y, sin embargo, dentro de pocas semanas el valle se llenará de veraneantes. Nadarán en el lago y atestarán el río en sus *shikaras.*[30] ¿Nos iremos a Srinagar entonces, tía, y viviremos en una de esas casas-barco que llenaremos de flores, y nos dirán la buenaventura?

Caléndulas. ¡Cómo odiaba Bhalu que yo le usurpase su función y fuese a recogerlas por la mañana temprano para ponerlas en un jarrón sobre la bandeja del desayuno de Lili! Yo estaba en la lista negra de Bhalu por pisotear uno de sus arriates y cortar caléndulas el primer día en que Hari vino a la casa MacGregor. Como nunca he hablado contigo de Hari no sé lo que te habrá contado la tía Lili. Pero poco después de haber ido yo a su casa de Mayapore alguien le preguntó —concretamente fue Anna Klaus— si conocía a un tal Kumar o Coomer, como se deletreaba a veces, y si en cualquier caso podría preguntarle al juez Menen qué había hecho ese Kumar para merecer que la policía se lo llevase a empujones, que un subinspector le pegase en presencia de testigos y que le sometieran a «interrogatorio». Lili no me lo contó con muchos detalles, pero deduje que se había interesado por un joven indio que estaba en apuros simplemente por replicar o algo por el estilo. Que no me dijese mucho formaba parte de esa actitud suya que tú y yo conocemos tan bien. Como en Lahore, durante el viaje hacia Mayapore, cuando se quedó en el compartimento más fresca que una lechuga, fingiendo que la cosa no iba con ella mientras aquellas dos inglesas estaban acusándola en serio de haberles robado algo de su asqueroso equipaje. Como tú sabes, tía, es difícil conseguir que Lili hable de las cosas que los indios tienen que aguantar, pero eso no significa que no le pesen, ni que si puede ayudar a alguien en aprietos, como Hari estaba, se vaya a cruzar de brazos y no haga nada.

De hecho nunca conocí la historia completa de la «detención» de Hari hasta que él mismo me la contó mucho después, una noche en que habíamos ido juntos al templo Tirapati. *Ni siquiera supe entonces que el hombre que le había arrestado para interrogarle era Ronald Merrick.* Me sentó

[30] En la India, cacerías.

muy mal. Pensé que todo el mundo me lo había ocultado deliberadamente, la tía Lili, Anna Klaus, el juez Menen y hasta la Hermana Ludmila; sobre todo la Hermana Ludmila, porque parecía ser que el incidente había ocurrido en el Santuario, en su presencia. Me disgustó porque yo había salido con Ronald y Hari, y era como si todas las personas que me gustaban y en quienes confiaba se hubieran sentado a mirar y a esperar lo que podía ocurrir. Desde entonces he comprendido que en realidad no era así. Era solamente como creo que siempre ha sido en la India para la gente de ambas razas que intenta vivir fuera de sus pequeños círculos cerrados. Dentro de esos círculos la murmuración no cesa y todo el mundo conoce los asuntos de todos. Pero fuera de ellos es como si el suelo fuera tan inseguro que lo importante es no ceder ese terreno. Más vale olvidar los malentendidos o las injusticias del ayer. Aprendes de ellos, pero te guardas para ti sus enseñanzas y confías en que los demás también hayan aprendido. Lo importante es mantener los pies bien asentados en el suelo, y en cuanto empiezas a hablar de algo que no sea el *hoy* estás corriendo el peligro siempre presente de que la gente ponga los pies en polvorosa y vuelva corriendo al lugar seguro donde sabe que puede hablar por los codos porque en su pequeño círculo todos fingen que piensan igual.

Pero cuando supe por Hari que fue Ronald Merrick quien le había detenido y le había interrogado, y no había intervenido cuando un subinspector le golpeó, pensé que me había convertido en el hazmerreír. Siempre había supuesto que Ronald era demasiado importante y poderoso para haberse ocupado personalmente de un asuntillo local como el arresto y el interrogatorio de un «sospechoso». Estaba enfadada con Ronald por haberme hecho una advertencia acerca de mi relación con Hari (advertencia hecha unos pocos días antes de la visita al templo), sin tomarse la molestia de mencionar que le había detenido e interrogado *personalmente.* Estaba enfadada con todo el mundo, pero más que nada, supongo, conmigo misma. Pero lo que le dije a Han esa noche le indujo a pensar que yo estaba furiosa solamente con él, y que le acusaba incluso de engaño, lo que supuestamente es un defecto típicamente indio a los ojos de la buena mujer inglesa media, impasible y poco amiga de bromas. Supongo que mi reacción también le pareció típica a Hari, típica de la intransigente *memsahib* inglesa. Después de separarnos tuve intención de sincerarme con la tía Lili cuando ella volviese, pero llegó tarde y me fui a la cama. Estuve siglos despierta, pensando en las veces en que Ronald Merrick había estado en la casa MacGregor y las veces en que había estado Hari (aunque nunca en la misma ocasión). Llegué a la conclusión de que la noche en que Ronald vino a cenar, después de mi llegada para vivir en casa de Lili (recuerdo haberte mencionado en mi primera carta desde Mayapore que el superintendente de policía del distrito iba a venir esa noche y que yo tendría que ponerme mis mejores trapos), debió ser tan sólo uno o dos días después de que Anna Klaus hubiera telefoneado a Lili para pedirle que hablara con el juez Menen sobre «Kumar o Coomer», porque sé que eso ocurrió en los primeros días de mi estancia en la casa MacGregor. Quizá si yo hubiera estado más instalada habría hecho más preguntas sobre Hari, quién era y qué le había sucedido. Pero no las hice. La noche en que Lili invitó a cenar a Ronald, junto con otras personas, ella debía de saber que *él* había sido el responsable de la detención de Hari, y probablemente sabía que Ronald no había intervenido cuando el subinspector golpeó a Hari. Pero ella nunca le dijo nada al respecto, ni entonces ni más tarde, que yo sepa. Ni tampoco le dijo nada a

Hari en las pocas ocasiones posteriores en que él fue a la casa, al menos no en mí presencia.

Me pregunté por qué. Y por qué ella nunca me había contado la historia completa. Pero al preguntármelo comprendí que nadie que conociese esa historia me había dicho *nunca* nada. Lo único que yo sabía era que, después de la primera visita de Hari, Lili se había vuelto reservada acerca de él. Intuí que ella no le tenía mucho aprecio. Y esto me había hecho vacilar a la hora de contarle los detalles de lo que Ronald llamaba «mi relación con Kumar». Vi la *magnitud* del silencio que había rodeado a esta relación, y que yo había contribuido automáticamente a él. También había guardado silencio —con todo el mundo menos contigo— sobre la «proposición» de Ronald, y era la misma *clase* de silencio.

Fue entonces cuando supe que amaba realmente a Hari y que le quería cerca de mí todo el tiempo, y también como empecé a tenerle miedo. Daba la impresión de que había habido una conspiración, entre todas las personas a las que no conocía en absoluto bien, de no decir nada, sino esperar, casi como conteniendo la respiración; quizá querían que Hari me gustase por sí mismo, simplemente como hombre, pero les asustaban las consecuencias y también lo otro, que me atrajese la idea de hacer algo audaz por puro gusto, lo que, desde luego, le hubiera dolido a él más que a mí. Pero era una conspiración que parecía proceder tanto del amor como del miedo. Sentí que consideraban mi idilio con Hari como el final lógico pero aterrador de la tentativa que todos habían hecho para salir de sus grupitos aislados y aprender a vivir juntos; aterrador porque ni siquiera podían afrontar con ecuanimidad la transgresión de la ley más fundamental de todas: que si bien un hombre blanco podía hacer el amor con una muchacha negra, la relación de un hombre negro con una mujer blanca seguía siendo tabú.

Y por la mañana se había desvanecido mi firme determinación de aclarar las cosas con Lili. En parte porque en realidad no había nada que «aclarar», y en parte porque yo tenía miedo. No me imaginaba hablando con ella de nada de esto, porque hablar hubiera representado abordar aspectos de mi «relación» *que no tenían nada que ver con lo que sentía por Hari.* Pero al pensar en lo que sentía por él, y al mirarme en el espejo antes de acostarme pensé: «Bueno... ¿pero me ama él? ¿Qué *soy* yo? Simplemente una muchachota de piel blanca a quien su madre acusaba con razón de torpeza y con la que su padre y su hermano eran amables como suelen serlo los hombres de una familia con la hija o hermana que es una buena chica, pero poco más.»

Lo siento, tía. Por no tomarme la molestia de merecer *tu* amabilidad. Por limitarme a exponer la verdad, a explicar mis dudas espantosas, la sospecha de que quizá lo que la gente decía era cierto, que un hombre de color que sale con una chica blanca sólo lo hace por motivos especiales.

Cuando le conocí me pareció horriblemente susceptible. Se suponía que iba a venir con su tía Shalini, pero vino solo y no se sintió a gusto. Más tarde la tía Lili dijo que no le extrañaba que hubiera venido solo, porque su tía Shalini probablemente era una de esas mujercitas indias embarazosamente tímidas que nunca iban a ninguna parte o que aguaban la fiesta en todos los sitios adonde «iban. Yo había olvidado prácticamente lo que Lili me había dicho del tal «Kumar». Era por el mes de marzo, y ella había decidido organizar un pequeño cóctel. Cuando estaba haciendo la lista de invitados dijo:

—Y también invitaremos al joven Kumar para ver cómo es.

—¿Quién es Kumar? —pregunté.

—Oh, acuérdate. El chico por quien me pidieron que hablara con el juez Menen porque le habían detenido por error. —Y luego añadió—: Pero, por el amor de Dios, que no se te ocurra decirle algo de *eso.*

¡Ya me conoces! Siempre he tenido propensión a meter la pata con mi torpe franqueza. Antiguamente era mucho peor, porque era terriblemente tímida y consciente de ser torpe, y lo único que se me ocurría para no parecerlo era charlar con la gente y soltar lo primero que se me pasaba por la cabeza, que la mayoría de las veces resultaba ser una impertinencia.

He olvidado a casi todos los invitados a la reunión de esa noche. Sé que estaba Anna Klaus, porque fue esa vez cuando nos presentaron, aunque la había visto hablando con el Dr. Mayhew cuando ella venía al hospital para una consulta u otra. Y estaba la enfermera jefe. Y Vassi (Srinivasan, el abogado, que era amigo de Lili y también de la tía y el «tío» de Han). Lili había invitado también a Laxminarayan, el director del *Mayapore Gazette,* pero no se presentó, ¡seguramente porque descubrió que Han estaría en la casa y le pareció impropio de su rango codearse con un subordinado del periódico en la misma fiesta! Por lo menos eso dijo Han después. Sé que los White hicieron una visita fugaz de media hora, y que vinieron algunos profesores del instituto de enseñanza superior y de la Universidad Técnica.

Hari llegó tarde. No le apetecía venir, pero había hecho de tripas corazón. Estaba avergonzado de su ropa. No conocía a ninguno de los presentes, excepto a Vassi, y no hacían buenas migas. Me equivoco al decir que no conocía a nadie. Conocía de vista a muchos de los invitados, ya que era su cometido como reportero de la *Gazette.* Hablando con la tía Lili, se le escapó que se habían visto antes y que ella había respondido en una ocasión a una pregunta que él le había hecho cuando las rosas de Lili ganaron el segundo premio en la exposición floral. Yo estaba sentada al lado de ella cuando Hari se lo dijo. Sonó como si ella tuviera que acordarse de haber hablado con él. Lili fingió que se acordaba, pero por su modo de aparentarlo supe que le disgustaba el que le *obligasen* a fingir, cosa que hizo únicamente porque pensó que a él le ofendía que no le reconociese. Y él captó que ella fingía. Y de inmediato adoptó la actitud que llamo susceptible.

Ahí también metí la pata. Hari hablaba con un acento exactamente igual que el de un inglés. Así que le solté:

—¿Dónde has aprendido a hablar inglés tan bien?

El se limitó a mirarme y respondió:

—En Inglaterra.

Entonces me ganó el pánico, por supuesto, y expresé asombro e interés, y me desviví por mostrarme amistosa, pero sólo logré parecer inquisitiva. Entonces Lili me llevó con ella y me hizo hablar con otras personas, y la siguiente vez que le vi Hari estaba más o menos aparte, a la vera de un grupo de los profesores. Me acerqué a él y le dije:

—Ven a ver el jardín.

Estaba anocheciendo y estábamos *ya* en el jardín, de modo que el ofrecimiento era una completa estupidez. Pero fue esta vez que hablé con él cuando me fijé realmente en lo guapo que era. Y lo alto. Yo aventajaba en varios centímetros a casi todos los indios con los que solía hablar, y ese detalle agravaba normalmente mi histeria en una fiesta en la que me sentía tímida y torpona.

Pero vino conmigo para que le enseñara el jardín. Y por eso recuerdo que yo había tenido un tropiezo con Bhalu aquella mañana. Le enseñé a Hari el

arriate que había pisoteado recogiendo caléndulas. Le pregunté si había tenido un jardín bonito cuando vivía en Inglaterra y me contestó que suponía que sí, pero que nunca le había prestado especial atención. Entonces le pregunté:

—¿Pero lo echas de menos?

Y él respondió en el acto:

—Ya no. —E hizo ademán de marcharse y dijo que era la hora de irse. Volvimos a casa y nos reintegramos a la fiesta, que ya estaba terminando. Se despidió de Lili, le dio las gracias un poco bruscamente y a mí me hizo una simple señal de despedida. Y recuerdo que después, cuando ya se había ido y un par de invitados indios se quedaron a cenar, me sorprendió fuertemente que, aparte del color de la piel, Hari no era indio en absoluto... en el sentido en que yo lo entendía.

Cuando todo el mundo se había marchado y Lili y yo estábamos tomando una última copa, ella me preguntó:

—Y bien, ¿qué impresión has sacado del joven Coomer?

—Creo que es un hombre terriblemente triste —contesté. Fue lo primero que me vino a la cabeza y, sin embargo, hasta ese momento no tuve conciencia de haber reparado en ello. Y Lili dijo simplemente algo como esto:

—Vamos a terminar la copa y, acto seguido, a la cama.

Me alegro de poner por escrito todo esto, porque aunque nunca lo leyeras me ayuda a entender mejor las cosas. Creo que le he echado en cara a Lili que se indispusiera contra Hari. No, voy a ser sincera. No creo que se lo haya reprochado, creo que se lo reprocho. Y creo que no tengo razón. Al revivir aquel primer encuentro con él, entiendo que Lili, que era responsable de mí ante ti, probablemente observó la manera en que dejamos la fiesta para recorrer el jardín, y no lo interpretó mal, sino que oyó la campanilla de alarma que debe de haber aprendido, en el curso de su vida, a no desoír. Al recordar las maravillosas cualidades de Lili, *por fuerza* tengo que equivocarme al pensar que ella haya podido alguna vez guardarle rencor a Hari por la actitud crítica que él adoptó con ella en aquellos efímeros momentos de su encuentro en la fiesta. Y Lili, al fin y al cabo, también es una mujer. No puede haber sido totalmente insensible a la prestancia fisica de Hari. Y es normal que se inquietase, por mí y por el modo en que ese atractivo podría afectarme a *mí,* cuando nos vio salir juntos al jardín (¡solamente durante diez minutos!).

Yo pensaba que el hecho de que ella pareciese haberle «excluido» después de aquel primer y bienintencionado intento de incluirle en lo que llamaban el círculo de la casa MacGregor obedecía pura y simplemente al disgusto que le produjo la susceptibilidad de Hari o, en definitiva, a la rigidez increíble que en ocasiones ella sabe mostrar con personas que no se comportan exactamente con lo que ella considera personalmente «buenas formas». Y sabiendo que se había tomado la molestia de ayudarle cuando él era un perfecto desconocido para ella, pensé que estaba disgustada porque él no había dado la menor señal de gratitud al despedirse y ni siquiera le había sido dicho —como era tan capaz de decir, porque el lenguaje, el idioma y sus inflexiones eran naturales para él—: «Gracias por la fiesta *y por todo lo demás.»*

Tal vez esta grosería aparente aumentara sus reservas con respecto a Hari, pero ahora estoy segura de que si él y yo nos hubiéramos simplemente sonreído desde cierta distancia y nos hubiéramos cruzado sin hablar

palabra, ella habría dicho, al terminar el cóctel, alguna cosa así: «Ese pobre Kumar necesita que alguien le devuelva la confianza en sí mismo. Tenemos que sacarle esa espina que tiene clavada. Después de todo, no se la ha clavado él.» Pero ella había visto que la espina de Hari era insignificante comparada con el posible peligro que nos acechaba a mí y a él si aquel paseo torpe aunque inocente por el jardín generaba esa familiaridad que Lili, como mujer de mundo, vio en seguida que no era improbable.

¿Fue entonces cuando volvieron mis sueños? ¿Te acuerdas, tía, de los sueños que te conté una vez por carta? ¿Los sueños que tuve cuando llegué a la India y que volví a tener cuando me fui de Pindi a Mayapore? ¿Los sueños de caras, caras de *desconocidos?* Soñadas, imaginadas, elaboradas a partir de nada, pero con una exactitud aterradora porque eran enormemente reales. Las caras de extraños que yo reproducía hasta en mis sueños porque me sentía rodeada de desconocidos cuando estaba despierta.

Durante las dos o tres primeras semanas en Mayapore, cuando todo era nuevo para mí y estaba empezando a conocer el entorno, no tuve esos sueños. Pero como te dije en aquella carta, llegó un momento en que la sensación de novedad se había disipado y en que lo odiaba porque me daba miedo. Creo que la noche del cóctel marcó el comienzo de esta etapa. Quise hacer las maletas y volver a Pindi, una reacción interesante, porque cuando padecía esta añoranza en Pindi quería hacer las maletas y volver a Inglaterra. Y de igual modo que pienso que tú adivinaste algo de lo que me estaba sucediendo, creo también que lo adivinó Lili. ¿Pero qué proporción de mi desasosiego —que tan firmemente procuré ocultar— atribuyó ella al hecho de que yo pensara en Kumar? ¿Qué parte, en efecto, *era* el resultado de pensar en él?

Fue en esa época cuando violé mi promesa de no ir nunca al club porque Lili no podía acompañarme. Las chicas con las que trabajaba en el hospital siempre estaban insistiéndome para que fuéramos juntas. Y era comodísimo charlar con ellas. Era un alivio salir de la casa Mac-Gregor e ir en bicicleta al hospital, y una vez allí representaba un respiro no tener que preocuparme por lo que decía o cómo lo decía, y poder desplomarme sobre una silla y quejarme del calor, con esas expresiones y gestos coloquiales que sabes que los demás entenderán y en los que no tienes que pararte a pensar. El lujo, el desparpajo de ser totalmente natural. Pagando con la misma moneda si alguna se comportaba como un bicho o una bruja. Siendo tú también bicho y bruja. Desahogándote, como una válvula de seguridad.

Así que empecé a ir con algunas compañeras a tomar una copa en el club, de vuelta a casa. A eso de las cinco y media solían pasar a recogerlas oficiales jóvenes de los cuarteles. No había ningún idilio serio. Era simplemente una relación de chicos y chicas que salían juntos en sus horas libres y que quizá dormían en alguna parte si se terciaba. Solíamos ir al club en *tongas* o en camiones del ejército si los chicos lograban «agenciarse transporte», como decían ellos. Luego nos reuníamos en el bar, en el salón de fumar o en la terraza. O en la sala de juegos, donde tenían un tocadiscos portátil y un montón de discos viejos de baile, Víctor Sylvester, Henry Hall y algunos nuevos de Dinah Shore, Vera Lynn y los Inkspots. Por lo general, a eso de las seis y media llamaba a una *tonga* y volvía a casa. Me sentía horriblemente culpable por haber ido al club, porque le había dicho a Lili que no iría ni atada. Ella siempre me decía: «No seas tonta, pues claro que debes ir.» Y se lo confesé en el acto, que había estado un rato, a pesar de que

la primera vez, en el trayecto de vuelta, iba pensando todo género de excusas por llegar tarde. Pero en cuanto se lo dije resultó mucho más fácil ir al club otra vez. Me remordía cada vez menos la conciencia y me sentía cada vez más a gusto allí. Me quedé a cenar varias noches y no telefoneé a la tía Lili hasta el último momento.

Y, una vez, uno de los chicos, que estaba un poco borracho y se empeñó en acompañarme al teléfono, me dijo:

—No es tu tía de verdad, ¿a que no?

—No —le respondí—, ¿por qué?

Y él dijo:

—Pues porque no parece que tengas una pizca de color betún. He hecho una apuesta al respecto.

Y entonces encajaron los pequeños detalles; oh, no en lo referente a lo que los chicos y las chicas habían dicho, sino con respecto a la clase de cosas que algunas de las mujeres de los civiles habían dicho o, mejor, *no* habían dicho. El modo en que me miraban cuando yo decía «la casa MacGregor», respondiendo a su pregunta de dónde me alojaba. La manera en que varios de los hombres se habían inmiscuido para hacer preguntas sobre ti y el tío Henry, como queriendo comprobar (ahora me doy cuenta) si yo era de verdad sobrina del antiguo gobernador y no alguna bastarda de la familia de Lili Chatterjee.

Pero además hay esto, tía: creo que estas cosas me habrían resbalado como agua por el lomo de un pato si no hubiese habido en todo momento, por debajo del placer tranquilo de estar con los chicos y las chicas, una especie de aburrimiento progresivo, como una parálisis. Básicamente detestaba que todo lo que la gente decía después de un par de copas llevase implícita una especie de insinuación jovial y obscena. Al cabo de un tiempo empecé a darme cuenta de que la desenvoltura del compañerismo no lo era en absoluto, porque en cuanto llegabas a conocer a los otros y habías tenido que admitir que ninguno de ellos tenía realmente en común contigo más que lo que las circunstancias te habían impuesto, ese compañerismo mismo parecía forzado. Nos encadenaba a todos, y seguramente todos lo odiábamos, pero no nos atrevíamos a romper esa cadena. Llegué a quedarme simplemente sentada, escuchando las cosas que se decían y pensando: «No, hago mal. Y no puedo perder este tiempo. No puedo malgastarlo.»

La primera vez que lo *admití* yo misma fue la noche en que fui al club después de una visita a la exposición de la Semana Bélica en el *maidan.* ¿Fue pura coincidencia que hubiese vuelto a ver a Han esa tarde, por primera vez desde la fiesta? Supongo que no. Las dos cosas estaban relacionadas: el segundo encuentro con Hari y mi estancia en el club, escuchando y diciéndome: «No puedo perder este tiempo.» Y el otro hombre, naturalmente, también estaba en el club. Me refiero a Ronald Merrick. Quizá tampoco fue una coincidencia.

Fui a la exposición de la Semana Bélica hacia las cuatro de la tarde del sábado, con tres o cuatro chicas del hospital y dos o tres jóvenes suboficiales de los Berkshires. íbamos a ver el desfile y la banda militar, que eran el gran broche del programa de actos. También se celebraban las finales de boxeo y de lucha. Casi todos los boxeadores eran ingleses, pero la lucha era entre indios de uno de los regimientos indígenas. Una de las chicas dijo: «Oh, *eso* será insufrible», y por tanto fuimos al boxeo y vimos a los soldados zurrándose mutuamente y haciéndose sangrar por la nariz. Después

entramos en la tienda del té. El desfile estaba anunciado para las 5,30. No he visto nunca nada parecido a aquella tienda de lona. Flores por todas partes. Largas mesas de caballete cubiertas con deslumbrantes manteles blancos. Vasijas con baño de plata. Tartas heladas, pasteles de crema, jaleas, bizcochos. Uno de los chicos de nuestro grupo silbó y dijo que «un negrero estaba dando una función y ganando un dineral». Y no hay duda de que seguramente era verdad, y eso disipó en seguida la idea de que sólo los ingleses estaban de juerga, aunque no anuló la imagen que uno tenía de la gente corriendo a los comercios en Inglaterra con las deprimentes cartillas de racionamiento. Y tampoco canceló la idea de todas las personas que tenían prohibido el acceso a la tienda, no porque no pudiesen pagar el billete de entrada, sino porque era un lugar reservado exclusivamente a «Oficiales e Invitados». En el interior había unas cuantas mujeres indias, las esposas de los oficiales indios. Pero la inmensa mayoría de las caras eran blancas: excepto las de los criados que corrían de un lado para otro detrás de las mesas para servir de inmediato a todo el mundo. Y «oficiales» era en realidad una manera cortés de decir «europeos», porque allí había cantidad de civiles con sus mujeres, pero solamente civiles de raza blanca como el subcomisario y varios hombres de quienes sabía, por las fiestas de Lili, que eran profesores o ejecutivos de la Eléctrica Anglo-india.

El subcomisario estaba de pie hablando con el general de la brigada, y cuando pasamos por delante de ellos el señor White dijo: «Hola, Miss Manners. Usted conoce al general Reid, creo.» ¿Por qué me agradó tanto? Porque al instante los chicos con los que yo estaba se pusieron casi firmes y las chicas pusieron cara de mosquita muerta. Parece ser que el general Reid había estado anteriormente destinado en Pindi y nos habíamos visto un par de veces en algunas fiestas, pero sólo teníamos un vago recuerdo mutuo. Me preguntó por ti y después el subco-misario dijo: «¿Cómo está Lili?», y yo le respondí: «Muy bien», y sentí que de algún modo yo quedaba rehabilitada y dejaba de ser en nuestro grupito la chica rara que vivía con «esa mujer india». Ya que, aunque ella fuese «esa mujer india», el subcomisario la llamaba Lili. Sin embargo, después me sentí también molesta, porque el subcomisario no me había preguntado: «¿Dónde está Lili?» El sabía, sin necesidad de pensarlo, que era probable que no estuviese en el *maidan,* puesto que ella no iría a «la otra tienda».

De todos modos, presenté a los chicos y a las chicas, que así vivieron su gran momento pero también ayudaron a que yo tuviese el mío más tarde, cuando estábamos cruzando el *maidan* para ir al desfile y vi a Hari, me acerqué a él y hablamos unos cinco minutos mientras los demás esperaban donde les había dejado, y esperaban de buen grado porque no sabían con certeza quién podría ser Hari después de haber visto que yo me paraba a hablar amistosamente con el subcomisario y el general Reid. Cuando volví a reunirme con ellos uno de los suboficiales dijo: «¿Quién era?», y yo respondí simplemente: «Oh, un chico que estudió en Chillingborough», como si le conociera desde entonces y hubiera sido un amigo de mi hermano u otra clase de amistad masculina. Esto les tapó la boca, porque ninguno de ellos había estado en un sitio tan prestigioso. No me pesó lo más mínimo. Me refiero a lo de ser tan snob. Porque aquello era *su* arma, no la mía. Era su arma entonces, en Mayapore, aunque no lo fuese en Inglaterra. Disfruté de la breve sensación de haber puesto su mundo momentáneamente patas arriba.

Hari estaba en la exposición de la Semana Bélica como reportero de la *Gazette.* Al principio no le reconocí, en primer lugar porque no distingo muy bien a la gente sin las gafas, pero sobre todo porque él parecía distinto. Necesité varios encuentros para darme cuenta de que desde el cóctel había gastado dinero en ropa nueva: pantalones más estrechos y mejor ajustados (y no unos blancos «babu»). No obstante su torpeza en aquella fiesta, creo que después había esperado que le invitasen a más, y había hecho un gasto por encima de sus medios para no sentirse tan desplazado. En uno de nuestros encuentros posteriores le dije:

—Estoy segura de que tú fumabas. Tenías un cigarrillo en la fiesta. —Lo reconoció, pero dijo que lo había dejado. Ni siquiera entonces asocié inmediatamente las ropas nuevas con el dinero ahorrado al haber dejado de fumar, ni entendí lo que esas cosas representaban para él a tenor de las esperanzas que había despertado la invitación de Lili.

Había vivido toda su vida en Inglaterra, o por lo menos desde los dos años, cuando su padre vendió toda su tierra en las UP[31] y se fue a vivir allí. Su madre había muerto al darle a luz, y en cuanto estuvieron en Inglaterra su padre cortó las relaciones con todo el mundo menos con una hermana, la tía Shalini de Hari, a quien habían casado a los dieciséis años con un Gupta Sen, el hermano de un *bania* rico de Mayapore. El padre de Hari ganó un montón de dinero en el Reino Unido, pero después lo perdió todo y murió dejando a su hijo sin casa y sin un céntimo. Y Hari se quedó, en el último año de estudios en Chillingborough, completamente solo. La tía Shalini pidió dinero prestado a su cuñado opulento para pagar el pasaje a la India de su sobrino Hari. Éste trabajó una temporada en la oficina de su tío, en el bazar, pero al final consiguió un puesto en el periódico, gracias a su conocimiento del inglés. La tía Lili me explicó un poco esta historia (la conocía por medio de Vassi), pero durante muchísimo tiempo supuse que como el cuñado de su tía era rico, el dinero no significaba un problema para él, y pensé que trabajaba en un periódico por gusto y no por necesidad. También me costó algún tiempo comprender que todos los planes que su padre había concebido para él se habían quedado en agua de borrajas, porque su «tío» Romesh no había soltado un penique para que siguiera sus estudios, sino que lo puso a trabajar, y su tía Shalini prácticamente no tenía dinero propio. Y luego, por supuesto, al cabo del tiempo caí en la cuenta de que el britanismo de Han no le servía de nada en la India, porque vivía con su tía en una de las casas del Chillianwallah Bagh, que estaba en el lado malo del río.

Cuando me acerqué a él en el *maidan* aquella tarde le dije: «Tú eres Kumar, ¿verdad?», frase de la que tomaron buena nota las personas blancas que se encontraban cerca. Yo interpreté mal la razón del silencio de Hari y la desgana con que me estrechó la mano. Dije: «Soy Daphne Manners, nos conocimos en casa de Lady Chatterjee», y él dijo que sí, que se acordaba, y preguntó cómo estábamos ambas. Charlamos un rato de este modo, aunque yo llevé el peso de la conversación y me fui sintiendo cada vez más como la hija del hacendado que condesciende a conversar con el hijo de uno de los arrendatarios de su padre, porque así parecía *querer él* que me sintiera. Me pregunté por qué. Finalmente corté diciendo: «Ven a vernos una tarde. La casa está abierta», y él me lo agradeció con una expresión que significaba que no vendría ni en sueños si no le invitaban formalmente, y quizá ni

[31] UP: *Uttar Pradesh* (anteriormente *United Provinces.* Provincias Unidas). Estado de la India

siquiera en ese caso porque interpretaba la invitación como una forma de cortesía sin sentido.

Así que me marché, me reuní con el grupo y estuve una hora sentada, presenciando el desfile y escuchando a la banda. Y esa noche me quedé a cenar en el club y hablamos de los ejercicios y la parada militar. Todos los chicos estaban increíblemente orgullosos por lo del boxeo y la precisión del regimiento de los Berkshires. Se intuían banderas ondeando en todas partes. Cuando Ronald Merrick apareció vino directamente hacia mí, lo que no era en absoluto habitual. Desde la cena en casa de la tía Lili, donde no habíamos congeniado particularmente bien, sólo habíamos intercambiado unas palabras en el club. Él siempre parecía atareado y nervioso, y se sentía cómodo en el salón de fumar, con otros hombres y enzarzándose en discusiones. Tenía cierta fama de pendenciero, y excepto a una serie de chicas solteras que le perseguían, no caía muy bien a la gente. Pero aquella noche vino directamente hacia mí y me dijo:

—¿Le ha gustado el desfile? La he visto en el *maidan.*

Se sentó y tomó algo con nosotros, y luego me salió con aquella invitación a que fuese a escuchar una noche sus discos de música militar, por lo que las chicas me tomaron el pelo cuando se marchó, contando el viejo chiste de aguafuertes y de que nunca hay que fiarse de un policía. Una de ellas dijo:

—Es evidente que Daphne tiene el anzuelo para Merrick. Llevo años intentando pescar a *ese* pez.

Uno de los chicos hizo una broma sobre lo que ella había querido decir con «anzuelo», y de este modo volvimos al tema habitual. Como era sábado había también baile y las payasadas de costumbre en la piscina. Y en la terraza no sólo se *intuían* las banderas ondeando, entre las luces de colores. Reinaba una atmósfera de «Van a ver lo que es bueno». El chico con el que bailé dijo que la Semana Bélica había dado qué pensar a los puñeteros indios. Luego empezó a ponerse cariñoso y tuve que quitármelo de encima. Le dejé y entré en los lavabos, me senté en la taza y escuché la conversación zafia del otro lado de la puerta, y pensé: «Hago mal, mal.» Y más tarde, de nuevo en el bar, ensordecida por la ruidosa orquesta, pensé: «No puedo perder el tiempo. No puedo malgastarlo.»

Sentí como si el club fuera un trasatlántico, como el *Titanic,* con todas las luces encendidas y las orquestas tocando, que se internaba en la oscuridad, sin nadie a la vista en el puente.

Tía, prométeme una cosa: que si el niño sobrevive pero no puedes conservarlo a tu lado, procurarás que el dinero que dejo se emplee en proporcionarle medios decentes de vida. Miro alrededor, tratando de pensar a dónde podría ir mi hijo si sobrevive y yo no. No pretendo que tu afecto por mí se haga extensivo a lo que sólo es a medias mi carne y mi sangre y a medias las de un desconocido para ti; quizás un extraño incluso para mí, una persona deplorable. Me he acostumbrado a la idea de que no lo querrás bajo tu techo, y por favor no te preocupes a este respecto. Es inevitable que un niño tan *mal* concebido sufra un poco por *mi* culpa. En cualquier caso seamos sinceras: probablemente tú no vivirás tanto tiempo como el niño necesitaría si llegase a alcanzar una existencia plenamente consciente y rememorativa bajo tu techo. Pienso en Lili. Pero también dudo. Quizá cuando el niño crezca se haga visible cierto parecido con Hari. Tengo la gran esperanza de que sea así. Porque eso sería mi rehabilitación. Tengo pesadillas en que el niño crece y no se parece a nadie, con la piel oscura, un

ser irredento, una criatura de la oscuridad, un diminuto espejo viviente de aquella noche espantosa. Y, sin embargo, aun así será un niño. Una criatura de Dios, si existe Dios, y, aunque no existiera, merecedor de esa porción de cariño que podemos donar.

Supongo que el niño —si no vivo para alimentarle— tendrá que ir a un hospicio. ¿No podría ser también el mío en cierto modo? Está esa mujer a la que llaman Hermana Ludmila. Una vez le pregunté si necesitaba dinero. Dijo que no, pero prometió decírmelo si alguna vez le hacía falta. Quizá, según envejece (y no sé qué edad tiene) reserve un pensamiento para los recién nacidos, al igual que para los moribundos. Es una progresión lógica.

Por «medio decente de vida» no entiendo unos conocimientos o una educación, sino cosas mucho más sencillas como calor, bienestar, comida suficiente, amabilidad y afecto. En suma, todas las cosas derrochadas conmigo. Si es un chico, por favor llámale Harry, o Hari si su piel es lo bastante oscura para *honrar* esa ortografía. Si es chica… no lo sé. No lo he decidido. No he pensado en que «el niño» sea niña. Pero si lo es *no* la llames Daphne, por favor. ¡Es la muchacha que huía de Apolo y fue convertida en un laurel! En mi caso es justamente lo contrario, ¿verdad? Enraizada torpemente en la tierra, creyendo que corro libremente, persiguiendo al dios sol. Siendo yo una adolescente, mamá me dijo una vez: «¡Por el amor de Dios, ya basta, *manazasl»,* lo que me desconcertó y luego me dolió, pues, como era alta, tenía la idea de que era una especie de grácil Diana, esbelta y de piernas largas, que revoloteaba por el bosque. ¡Pobre mamá! Tenía un talento insuperable para echarte jarros de agua fría. Fue David quien me enseñó que ella lo hacía porque nunca sabía en cada momento lo que realmente deseaba, y por eso pensaba que todo iba mal alrededor, y tenía que arremeter contra el presunto culpable que tenía más a mano, que normalmente era papá, pero muchas veces yo. Adoraba a David, sin embargo, y probablemente ésa es la causa de que él la comprendiera mucho más fácilmente que papá o que yo, y de que pudiera explicarme cómo era ella. Con *él* nunca utilizaba sus defensas. Como al cabo de años de vivir cómodamente en Inglaterra seguía hablando de la India como si acabara de huir de ella un minuto antes, supongo que debido a eso llegué a sentir pena y después a amarla y a quererla por sí misma y también por papá. Cuando tuve edad suficiente para comprenderlas, él empezó a enseñarme fotografías y a contarme lo que a mí me parecían cuentos maravillosos del «país donde yo había nacido», de forma que cuando vine aquí por primera vez siempre estaba buscando la India que yo creía conocer porque la había visto en mi imaginación, como si fuera un espejismo, relumbrante en el horizonte, con brisas cálidas y perfumadas que soplaban desde colinas lejanas…

Es curioso que a pesar de lo que sabes de las lluvias antes de venir a la India te la imagines interminablemente seca y abrasada, un vasto desierto mogol con ciudades amuralladas y dispersas donde todos los edificios tienen forma de mezquita y arcos de piedra con grecas. De cuando en cuando, desde la ventana de un tren —en el que viajé a Pindi la primera vez que vine—, vislumbras cosas del país que has imaginado. Me alegro de haber venido antes y no en mitad de las lluvias. Es mejor sufrir el agotamiento del calor, el calor de abril y mayo que despierta a las flores escarlatas de los *gol mohurs,* las «llamas del bosque» (un árbol tan muerto, seco y aparentemente inánime antes de florecer), para conocer el gozo de las tormentas coléricas y

la furia de los primeros aguaceros que lo tornan todo verde. Ésa es mi India. La India de las lluvias.

Hay otro nombre aparte del de Hari que nunca mencionamos. Bibighar. Aunque residiste en Mayapore un tiempo, y quizá hayas visitado los jardines, no sé si conservas o no una imagen de ellos. Son todo verdor. Aun en los meses más calurosos, antes de las lluvias, ofrecen una impresión de verdor, un poco desvaído y fatigado, pero verdor, al fin y al cabo: exuberante y silvestre, un recinto amurallado de árboles y maleza, con senderos e imprevistos claros donde cien años atrás seguramente hubo fuentes y jardines cuidados. Todavía pueden verse los cimientos de la antigua mansión, el Bibighar mismo. En una de sus partes hay un suelo de mosaico con escalones que conducen hasta él, como si antaño hubiese sido la entrada. Posteriormente han construido columnas en derredor del mosaico y lo han techado entero para transformarlo en una especie de cobertizo o pabellón. Empleados de Obras Públicas vienen una o dos veces al año a podar los matorrales y las enredaderas. Al fondo de los jardines, el muro está derruido y roto, y da a un terreno yermo. En la parte delantera hay un arco abierto a la carretera, pero no tiene puerta. El jardín, pues, nunca está cerrado. Pero poca gente entra. Los niños creen que está embrujado. Los más valientes juegan allí por la mañana, y, en la estación seca, indios adinerados hacen a veces picnics. Por lo general, sin embargo, está desierto. La casa fue construida por un príncipe, según me contó Lili, y destruida por el tal MacGregor, que legó su nombre a su propia mansión, y de cuya esposa Janet se dice que es el fantasma del mirador que acuna a su bebé muerto. Fue Lili quien me llevó la primera vez a Bibighar. Hari había oído hablar de él, pero nunca lo había visto ni advertido que la larga muralla de la calle del puente Bibighar era la tapia que lo cercaba, y nunca había estado dentro hasta que yo le llevé un día. La primera vez que lo visité con Lili había niños jugando, pero echaron a correr cuando nos vieron. Me figuro que pensaron que éramos fantasmas de Bibighar diurnos. Y después de eso jamás vi a nadie allí.

Hari y yo adquirimos la costumbre de ir a Bibighar y sentarnos en el pabellón, porque era el único sitio de Mayapore donde podíamos estar juntos y ser totalmente naturales el uno con el otro. E incluso allí teníamos la sensación de que estábamos obligados a ocultarnos de los inquisitivos, los divertidos y los censuradores. Al entrar, atravesando el arco, o al levantarnos para volver al acantonamiento, era cuando sentíamos con mayor fuerza esta sensación de ir a escondernos o de salir del escondrijo para encarar la realidad. Y aun cuando estábamos allí, sentíamos a menudo la impresión de alerta por si acaso alguien entraba y nos veía juntos, pese a que no estábamos haciendo nada más que permanecer sentados uno junto al otro, al borde de la «plataforma» de mosaico, con los pies colgando, como dos niflos sentados encima de una tapia. Pero al menos teníamos casi la certeza de que ningún hombre ni mujer blancos entrarían en los jardines. Nunca lo hacían. Los jardines parecían poseer un cariz puramente indio, del mismo modo que el *maidan* poseía uno genuinamente inglés.

Quizá digas: pero si querías estar con Hari, y él quería estar contigo, no era ningún crimen, y sin duda había centenares de sitios adonde podíais haber ido juntos y felices. Sí, ¿pero adonde? ¿La casa Mac-Gregor? Sí. ¿Su casa en Chillianwallah Bagh? Sí, ¿y dónde más, tía, dónde más? ¿Dónde las miradas de la gente no nos hubieran cohibido, dónde no hubiéramos temido

la amenaza de un insulto o una escena vulgar? El club estaba excluido. Quedaba el otro club, pero Hari no iba a llevarme allí para que los *banias,* como él los llamaba, con los pies encima de las sillas, me devorasen con los ojos, esta vez a *mí.* La Cafetería Inglesa estaba descartada. El restaurante chino también, después de una visita en la que a Hari le impidieron seguirme al piso de arriba. Yo había estado antes con un oficial inglés... y automáticamente, sin pararme a pensarlo, empecé a subir las escaleras. Así que tuvimos que sentarnos abajo, donde me vi expuesta a las murmuraciones de la gente que subía al comedor de arriba y a las curiosas e incómodas miradas de los suboficiales británicos que compartían con nosotros la sala de abajo. Hasta el cinetucho del acantonamiento era prohibitivo, porque yo no hubiera tenido la insolencia de intentar introducir a Hari en el sacrosanto «anfiteatro» y él no me hubiese permitido sentarme en una de las butacas de madera del patio. Tampoco quiso llevarme al cine indio que había enfrente del templo Tirupati, a pesar de que yo se lo pedí. Me dijo:

—¿Cómo, estar sentados las cuatro horas del Ramayana, tapándonos la nariz, acribillados de pulgas y sudando la gota gorda?

En Mayapore, tía, no había ningún sitio para estar juntos en público que no exigiera algún tipo de preparativo o premeditación. Pasamos algunas noches en la casa MacGregor mientras la tía Lili estaba jugando al bridge fuera, y un par de noches con la encantadora tía Shalini, pero una amistad entre dos seres humanos no se puede limitar de esta manera, ¿verdad? Es imposible que no te influya el hecho de que sea una amistad que impone a las dos partes un enorme esfuerzo.

Y por supuesto fue una amistad que yo inicié en un estado de ánimo consciente. Naturalmente, como yo había previsto, él no se presentó en la casa abierta. Le dije a Lili que le había visto en el *maidan* y que le había invitado a venir cuando quisiera. Retrospectivamente, su reacción me parece la de una persona subconscientemente complacida, pero temerosa de las consecuencias para mí o, si no temerosa, llena de reservas. Me dijo más cosas sobre él. Quizá trató de advertirme, pero lo único que consiguió fue espolear mi celo reformista. Ella debía de haberme dicho, antes de encontrarme con Hari en el *maidan,* que él había estado en Chillingborough, porque estoy segura de que él no mencionó ese nombre en la fiesta. Pero por lo demás he olvidado exactamente cuándo y cómo él entró en mi pensamiento. Sólo sé —y lo admito— lo siguiente: que en el encuentro en el *maidan* tuve conciencia de que estaba haciendo una buena obra. Esta idea me repugna ahora. Me resulta insoportable recordar que alguna vez me mostré condescendiente, aunque no fuese intencionadamente, con el hombre de quien me enamoré.

Cuando habían transcurrido un par de semanas y él aún no había aparecido, le escribí una nota. Conseguí su dirección por medio de la tía Lili, que la tenía apuntada en su libreta. Como sabes, siempre he sido una nulidad al bridge, y Lili había ido a casa de los White a hacer pareja con el juez Menen, que tenía a su mujer en la clínica Greenlawns. De modo que me quedé sola la noche del sábado. Después de la agitación de banderas de la Semana Bélica no me apetecía ir al club. No sabía qué hacer. Pensé en Hari. Había pensado mucho en él. Era la mañana del sábado. Le escribí una nota y se la envié mediante un criado a Chillianwallah Bagh. El criado volvió diciendo que *sahib* Kumar no estaba en la casa pero que había entregado la

nota. No supe, por tanto, si Hari vendría o no esa noche, lo que agravó la silenciosa recriminación de Lili y fortaleció mi determinación de prepararlo todo. Le dije al cocinero que preparase una cena para dos, pollo *pulao* con montañas de arroz azafranado, cebollas en vinagre y montones de deliciosos *chappattis* calientes, y cantidad de cerveza helada, y de postre lo que yo llamaba mango en almíbar. Inspeccioné el mueble bar y envié al chico a la tienda de licores en busca de más cerveza Carew. Luego bajé yo misma al acantonamiento, al almacén de deportes, y compré un lote de discos que acababan de llegar y una caja de agujas, porque Lili no era muy cuidadosa a la hora de cambiarlas, utilizaba las mismas muchas veces y mezclaba las viejas con las nuevas. Teníamos un Decca portátil que ella había comprado la última vez que estuvo en Calcuta. ¡Y cuando volví saqué de quicio a Bhalu devastando el jardín para recoger brazadas de flores! ¡Me sentí un poco como Cho Cho San preparándose para Pinkerton! Lili se marchó a casa de los White a eso de las seis y media, mientras yo estaba todavía en el baño. Entró en el dormitorio y me gritó:

—Me voy, Daphne. Calculo que volveré alrededor de medianoche. Que lo pases bien.

—Oh, descuida. Besos.

—Espero que tenga la buena educación de aparecer.

Y yo le respondí:—Pues claro. Habría enviado una nota si no pensara venir.

Pobre Lili. Estaba segura de que él no vendría. Igual que yo. Me puse aquel espantoso vestido azul eléctrico que se vuelve de un verde fangoso a la luz artificial, pero advertí que me importaba un bledo mi apariencia. Sabía que nunca podría parecer otra cosa que yo misma. Y, por una vez, era una alegría no preocuparme lo más mínimo y contentarme con ser sólo yo misma.

Y él llegó, puntualísimo, en un *tonga* de caballo. Para conseguir este transporte tenía que haber ido a la estación, porque al otro lado del río sólo suele haber *tongasciclo.* O quizás había venido del bazar del acantonamiento, de la tienda de Darwaza Chand, donde había esperado a que le terminaran la camisa nueva que le confería un olor a algodón fresco y sin lavar.

Yo había trampeado un poco en mi nota al no dejar bien claro que estaría sola. Yo tenía la idea de que él era la clase de chico indio que juzgaría impropio cenar a solas con una mujer, o de que, si a *él* no le importaba, su tía le impediría venir si sabía que Lili estaría ausente. Noté que al principio Hari estaba sobre ascuas, esperando la aparición de Lili. Estábamos en la galería, y Raju nos servía las bebidas. Debió de ser en esta ocasión cuando Hari rechazó un cigarrillo y confesó que había dejado de fumar. El no hacerlo le puso aún más nervioso, y de repente yo también sucumbí a los nervios porque vi la trampa que me había tendido a mí misma. Probablemente él pensaba que Lili se había marchado para rehuirle, ya que no aprobaba la idea de que él viniese a cenar, o, lo que era igual de malo, que yo le había invitado a escondidas una noche en que ella estaba fuera, porque yo sabía que no lo aprobaría. Por tanto le dije la verdad antes de que la situación degenerase: que el sábado era una de las noches en que Lili jugaba al bridge, que yo odiaba el juego y que me había apetecido una cena tranquila en compañía de alguien con quien pudiese hablar de la madre patria, pero que había hecho trampa al escribir la nota por si él o su tía

consideraban extraño que una chica invitase a un chico a su casa una noche en que estaba sola.

Al principio pareció desconcertado. Debía de hacer unos cuatro años desde la última vez que un súbdito inglés le había hablado de un modo que en Inglaterra le hubiese parecido natural y no le hubiera sorprendido en absoluto. Aborrecí hasta la mera conciencia de este hecho, pero era consciente del mismo y, en definitiva, no tenía sentido fingir lo contrario.

Hasta en aquella primera noche tuvimos que esforzarnos por encontrar una base normal de relación humana, aunque probablemente era la primera vez que nos veíamos sin una sensación inmediata depresión y censuras externas. Unos minutos después de haberse hecho a la idea de que Lili no estaba, noté que empezaba a relajarse, a olvidarse de sí mismo y a mirarme y a observarme. Habíamos tomado unos tres *gin fizzes,* y luego entramos a cenar y nos sentamos muy próximos en un extremo de la mesa. Yo había previsto que si bien me hubiera agradado haberle dicho a Raju que trajera la comida y me dejara servirla, sería mejor para el ánimo de Hari que Raju nos sirviera a *ambos* de principio a fin. Raju, por supuesto, con idea de poner a Hari un poco en su sitio, le dirigió una palabra en hindi, ¡pero desistió en seguida al darse cuenta de que Hari ni siquiera lo hablaba mejor que yo! ¡Y cuánto me alegró ver cómo se relajaba después de haber bromeado ambos sobre su ineptitud para ese idioma, y ver que atacaba el festín! Lo mismo que yo. Los dos nos lanzamos sobre la comida como un par de crios. En las fiestas de Lili, yo había observado que los indios se retraían un poco, como si fuera ligeramente indelicado comer con buen apetito en una compañía mixta. Yo ordenaba una y otra vez a Raju que trajera más *chappattis* calientes, y Hari acabó por zampárselos sin pararse a pensar en la cantidad que se había comido. Más tarde, cuando me invitó a una cena parecida en casa de su tía Shalini, constaté que había una diferencia entre nuestra cocina y la suya, y comprendí mejor por qué Hari había comido como si hiciera semanas que no había probado un plato sabroso. Nunca he podido tragar nada cocinado en *ghi,*[32] que afecta a mi conducto biliar inmediatamente, y había *ghi* en algunos de los platos que nos sirvió la señora Gupta Sen.

Pero esto es ir demasiado deprisa. Después de haber hecho los honores al banquete, casi nos desplomamos en la sala y Raju trajo el brandy y el café, y Hari puso en marcha el gramófono. Durante toda la cena no habíamos parado de hablar de la «patria». Teníamos casi exactamente la misma edad y, en consecuencia, recordábamos las mismas cosas en relación con las mismas etapas de nuestra vida, como por ejemplo el haber visto el vuelo estruendoso de los *R101* por encima de nuestras cabezas. Aeroplanos y Jim Mollison, Amy Johnson y Amelia Earhart perdida en el mar Timor; películas como *Lluvia* y *Mata Hari.* Y cosas como el cricket y Jack Hobbs, Wimbledon y Bunny Austin y Betty Nuttall, carreras de coches y Sir Malcolm Campbell, Arsenal y Alee James, los conciertos en el pobre Queen's Hall bombardeado, aun cuando Hari nunca había estado en el local porque aparte del jazz y el swing no tenía una auténtica afición a la música.

En cuanto empezó a poner discos comprobé el gran placer que le causaban, pero vi también que le devolvían de pronto su inseguridad. Después de haber puesto dos puso un tercero, uno de Victor Sylvester, y juntó valor para decir:

[32] Ghi o ghee: mantequilla batida con leche de búfalo o de vaca

—Casi se me ha olvidado, aunque de todas formas nunca he sido muy bueno, pero ¿quieres bailar?

Yo le dije que una vez me habían definido como un elefante con zuecos, pero quizá juntos pudiéramos arreglarnos, y entonces nos levantamos y nos enlazamos de la mano y por la espalda. Al principio él me abrazó desde demasiado lejos para que la cosa funcionara, y los dos mirábamos constantemente los pies del otro, disculpándonos y tomándolo tremendamente en serio, y cuando el disco terminó creo que pensé que él se sentaría o me propondría salir a la galería, no sólo porque el baile no había sido un éxito, sino porque pensaba que quizá yo había accedido a bailar con él para que no pareciera demasiado obvio que me resultaba desagradable estar en brazos de un indio. Pero le pedí que buscase un disco concreto, *In The Mood,* que, como seguramente tú *no* sabes, es rápido y fácil, absolutamente natural, y esperé a Hari, le obligué a bailar de nuevo, y esta vez nos miramos uno a otro por encima de los hombros y notamos que los dos íbamos adquiriendo una especie de ritmo natural.

Si alguna vez lees esto, yo no estaré cerca para sentirme menospreciada por tu crítica. Puedo hacerme la ilusión de que estoy reviviendo esto para nadie más que para la única persona que sabe lo lejos que queda de una recreación perfecta un relato como éste. Además de ser una garantía contra el silencio permanente, es también quizá un premio de consolación para mí, al darme la oportunidad de volver a tenerle conmigo de un modo más sólido que el recuerdo sin trabas, aunque asimismo insatisfactorio. Pero lo segundo mejor supera a lo tercero: lo tercero son las divagaciones al azar. Oh, podría invocarle ahora, sin más que esta pluma vieja y rasposa, de una forma que tal vez consiguiera satisfacerte más, pero hacer flaca justicia a como él era en realidad. Podría hacerlo si pasara por alto la incertidumbre que yo sentía, la torpeza que ambos compartíamos; si afirmase que a partir del momento en que nos estrechamos en el baile sentimos la magia sencilla de la clara atracción física. Pero no fue un sentimiento sencillo. A menos que pudiera decirse que las complicaciones opuestas se anulaban entre sí: por su parte, la complicación de conocer que la posesión de una muchacha blanca podría ser un medio de reconfortar su ego, y por la mía la complicación del curioso y casi cosquilleante *miedo* al color de su piel. ¿Cómo, si no, explicar que durante el segundo baile miráramos (creo que fijamente) por encima del hombro del otro, como temerosos de mirarnos directamente a los ojos?

No hubo un tercer baile, pero al sentarnos después del segundo había desaparecido la sensación de repudio físico que habría existido si yo me hubiera negado a bailar o si hubiéramos desistido tras el primer torpe e impersonal arrastrar de pasos. Nuestra separación, el hecho de sentarnos, él en su silla y yo en la mía, fue una retirada mutua del terreno peligroso; una retirada ante el peligro para nosotros mismos pero también ante el riesgo para el otro, pues ninguno de los dos podía tener la certeza de que el otro viera perfectamente el peligro o comprendiera el papel que podría desempeñar la *atracción del peligro* en lo que sentíamos el uno por el otro.

Y así nos encontró Lili al volver, sentados como buenos amigos al final de una velada que ambos evidentemente habíamos disfrutado, porque seguíamos hablando con desenvoltura y con la tensión tan bien escondida que ni siquiera podíamos estar seguros de que el otro compartiese la nuestra.

Hari no se quedó más de diez minutos después de haber vuelto Lili; y sin embargo, en ese breve plazo, mientras yo hablaba con él, advertí que su coraza retornaba capa a capa y que Lili se mostraba levemente helada, luego amistosa y nuevamente glacial, como si un instante antes de que él se hubiese acorazado por completo ella hubiera visto el punto vulnerable que temía en Hari y por consiguiente alzado sus propios postigos, no para cerrarle el acceso a él, sino para intentar —levantándolos— impedirme la salida a mí, para mantenernos separados por el bien de todos.

No solemos ser sensibles al efecto que una persona causa en otra, a menos que una de ellas resulte ser alguien amado. En este caso, supongo, yo les amaba ya a los dos.

La Semana Bélica fue hacia finales de abril, o sea que la noche en que Hari vino a cenar a la casa MacGregor debió de haber sido en la primera quincena de mayo. Una o dos chicas del hospital fueron ese mes de vacaciones a sitios como Darjeeling. Hacía un calor terrible en Mayapore. La luna tenía esa curiosa forma torcida que creo que me dijiste que se debía a las partículas de polvo en la atmósfera. No había muchos permisos a causa de las crisis políticas que estallaban una y otra vez, remitían y volvían a surgir. La enfermera jefe me dijo que podía ausentarme un par de semanas, y creo que a Lili le habría gustado marcharse a pasar unos días en las colinas, pero la plantilla del hospital era bastante escasa y no me sentí con derecho a marcharme tan pronto después de haber empezado a trabajar. Le propuse a Lili que se marchase sola y que yo me arreglaría, pero se negó en redondo. Así que sudamos de lo lindo, como prácticamente todo el mundo, del subco-misario para abajo. Hacía realmente demasiado calor para organizar fiestas; un par de cenas fuera y algunas en casa con invitados, eso fue todo.

Al día siguiente de su visita, Hari me envió una nota, agradeciéndome formalmente la velada, y unos días después recibí una invitación de la señora Gupta Sen para cenar en su casa de Chillianwallah Bagh el sábado siguiente. Lili también fue invitada, pero dijo que era solamente un formalismo y que de todos modos tenía una nueva partida de bridge y no podía ir. Después de haber aceptado recibí otro mensaje, esta vez de Hari, diciendo que como la casa era difícil de encontrar (la numeración era un desbarajuste y el Chillianwallah Bagh era en realidad un sistema de calles, no una simple calle), pasaría a buscarme en una *tonga* a eso de las 7,15, si me parecía bien. Decía que confiaba en que la noche no me resultase demasiado insulsa, pues no había gramófono ni nada parecido. Pregunté a Lili si ella creía que era una insinuación de que le gustaría que yo llevase el nuestro, con unos cuantos discos, pero ella respondió que era una idea absurda, que no podía llevar una cosa como un gramófono porque la señora Gupta Sen podría no sólo juzgar inadecuado tener un artilugio semejante en casa (sobre todo siendo los discos de música europea, que probablemente le hacían daño al oído), sino que lo más seguro era que lo considerase un insulto, una crítica de la hospitalidad que podía ofrecer. Seguí, pues, el consejo de Lili, y pienso que estaba en lo cierto.

La tía Shalini era un encanto y hablaba muy bien inglés. Me dijo que se lo había enseñado el padre de Hari cuando era niña, y que era estupendo que Hari viviese con ella porque ahora podría recuperarlo y mejorar su acento. Me enseñó algunas fotografías de Hari sacadas en Inglaterra y que su hermano Duleep, el padre de Hari, le había enviado de cuando en cuando.

Varias de ellas, sacadas en un jardín, mostraban la casa de Berkshire en la que vivieron, que me pareció una pequeña mansión. Luego había fotos posteriores de Hari con algunos amigos ingleses que se llamaban Lindsey.

Me había puesto bastante nerviosa esta visita al Chillianwallah Bagh, y no me calmó precisamente que Hari llegara tarde a recogerme y el esperar su llegada sentada sola en la galería de la casa MacGregor. Lili ya se había marchado a su partida de bridge. Me había advertido de que tomara al menos un par de copas antes de que llegase Hari, por si acaso la tía Shalini era abstemia, y me achispé un poquito bebiendo más de lo necesario debido a los veinte minutos, más o menos, de espera suplementaria. Él se mostró enormemente avergonzado por llegar tarde, y creo que pensó que yo lo consideraría un defecto típicamente indio. Dijo que le había costado conseguir una *tonga* porque todas parecían ocupadas en transportar gente a la primera sala de cine. Cuando subimos al vehículo vi con alivio las formas de una botella de ginebra envuelta y otra de lima o limón en una bolsita de lona encima del asiento. Prácticamente había oscurecido en el momento de cruzar el puente Bibighar; fue justamente al pasar por delante del muro de Bibighar cuando pregunté a Hari su opinión sobre los jardines. Celebramos con risas su declaración de que ni siquiera sabía qué eran ni había sabido que estaban allí. Dije:

—Llevas en Mayapore cuatro años y yo sólo unos meses, y los conozco mejor que tú. Es como vivir en Londres y no haber ido nunca a la Torre.

Dejamos la calle de prolongación del Chillianwallah Bagh. Las calles estaban mal iluminadas y llegaba del río un olor fétido. Me pregunté por qué demonios me habría metido en aquel lío, y debo confesar que se me cayó el alma a los pies. Me recobré un poco cuando vi el tipo de casa que había en el barrio donde habíamos entrado: viviendas pegadas unas a otras, pero civilizadas y de aspecto moderno, todo cuadrados y ángulos. Me hizo gracia verle a Han repitiendo al conductor cosas como: *Dahne ki tarafaur ek dam sidhe ki rosta,* embrollándose, como yo hacía en un hindi macarrónico. Le tomé el pelo al respecto y él se relajó poco a poco.

Pero en cuanto nos paramos delante de su casa se azoró otra vez porque uno de los criados había cerrado la cancela de fuera. Gritó, pero nadie vino, y el *tonga-wallah* no parecía dispuesto a apearse y abrirla él mismo. Han tuvo que bajarse y abrir. Había unos pocos pasos entre la cancela y la explanada delante del pórtico, que estaba iluminado por una bombilla eléctrica sin pantalla, y podríamos haberlos recorrido a pie, lo que quizá hubiera sido lo mejor porque el *tonga-wallah* empezó a refunfuñar por el poco espacio que tenía para la maniobra de entrada, pero tuve que dejar que Hari se entendiera con él. Puesto que su hindi era tan malo como el mío, comprendí lo que pasaba y supe que Hari tenía que sobornar al tipo para que volviera a las *gyarah baje,* y se negó a pagarle hasta entonces.

De repente me harté de la desagradable situación en que el quisquilloso *tonga-wallah* le estaba poniendo a Hari, y estuve a punto de decir: «Oh, dile a este estúpido que prefiero volver andando a causarle molestias», pero me detuve a tiempo, porque eso hubiera sido tomar la iniciativa y hubiese empeorado las cosas, de modo que, en vez de esa frase, cuando Hari se salió con la suya y el hombre accedió a regañadientes a volver a las once, dije: «Qué jaleos arman», como si estuviese por mi parte acostumbrada, lo que probablemente él sabía que no era cierto y que dio la impresión de que yo me estuviese comportando como una *memsahib* que visita los barrios bajos.

Como si me divirtiera a costa de Hari. Al percatarme de lo que había hecho, sentí deseos de volver a casa en la *tonga* y tomarme una copa gigantesca.

Pero entramos en la casa, embargados por una especie de tristeza, una especie de trémula expectativa de desastre, o si no de desastre de espantoso aburrimiento, de malestar y de inquietud. Menos mal que la tía Shalini apareció en el pequeño vestíbulo como una princesa *rajput* en miniatura, hermosa y casi imperceptiblemente maquillada, con unsari color lila pálido, perfectamente sencillo y natural, de algodón simple pero de apariencia magnífica y fresca. Nos estrechamos la mano, y eso hizo que mis débiles y tímidos esfuerzos por ejecutar el *namaste* parecieran ridículos. Ella dijo: «Entre a beber algo», y nos condujo al cuarto de estar, pequeño pero bellamente desnudo y despejado, con una o dos alfombras, un diván y una minúscula pero muy confortable silla de mimbre en la que me hizo sentar mientras, como ella dijo, Hari «hacía los honores» en la mesa de bebidas: una bandeja amarilla de cobre de Benarés sobre un soporte de ébano tallado con incrustaciones de nácar, en la cual había exactamente tres vasos y las botellas que Hari había sacado de la bolsa de lona tan subrepticiamente como pudo. Mientras ella hablaba conmigo advertí su parecido físico con Hari, aunque naturalmente era más menuda. En su presencia me sentí un poco boba, grande, torpona, vestida sin gracia y enseñando una porción excesiva de piel desnuda. Hari vestía un traje de algodón gris, pero en seguida tuvo que quitarse el chaleco porque los ventiladores sólo funcionaban a mitad de su potencia.

Cuando habíamos tomado nada más una copa —y para entonces yo sentía que necesitaba realmente dos— ella preguntó: «¿Pasamos dentro?», y se levantó y nos precedió por la puerta contigua a un comedor reducido y con forma de caja. Llamó al criado para que pusiera en marcha los ventiladores y luego empezamos a cenar.

Se había tomado un gran trabajo con la mesa para que yo me encontrara a gusto. Había un cuenco de agua en el centro, con flores de fragipani flotando en ella. Y tapetes de encaje tejidos a mano para los tres comensales. Me explicó cada plato, pero he olvidado casi todos los nombres, y algunos de ellos me parecieron difíciles. Cuando llegó el segundo plato —pollo *tandoori*[33]—, ella dijo a Hari: «¿No hay cerveza fría?», y él se levantó, estuvo fuera un momento y volvió con botellas de cerveza, seguido del chico con vasos y una bandeja. Ella dijo: «¿No hay una jarra, Hari?», y él mandó al chico a buscarla y luego volvió a salir él con las botellas. El criado trajo la cerveza servida en una jarra. Los demás sirvientes estaban mirando desde las puertas y a través de las ventanas con barrotes que daban a las habitaciones adyacentes. La tía Shalini no bebió nada, ni siquiera agua, por lo que Hari y yo compartimos la cerveza. Mi vaso era un viejo cubilete con el dibujo de la «clave» romana, y el de Hari más pequeño y grueso. Era consciente, claramente consciente de la humildad de la mesa, que carecía de todo aquello a lo que en un tiempo había estado habituado y que pensaba que yo consideraría esencial, pero hacia el final de la cena, cuando yo le había estado observando sin darme cuenta de que lo hacía, él sorprendió mi mirada y creo que vio entonces que el hecho de que yo advirtiera los «fallos», fueran los que fuesen, tan sólo acrecentaba mi sensación de encontrarme «como en casa» y mi consideración por él y por su tía como personas que me agasajaban, expresando una especie de confianza insegura en que algún día

[33] Cocinado con carbón de leña en un *tandoor* u horno de arcilla

nuestras *usanzas* distintas no significarían nada, significarían tan poco como lo que representaban esa noche.

Fue después de la cena cuando ella me enseñó las fotos. Yo me moría de ganas de fumar un cigarrillo, pero no me atrevía a abrir mi bolso. De pronto ella dijo: «Hari, ¿no tenemos cigarrillos Virginia para Miss Manners?» ¡Qué sensible era a cada cambio de humor de sus invitados! Qué tolerante con cualquier hábito que ella estimaba personalmente *repulsivo,* como fumar y beber. Y creo que Hari estaba también asombrado de la espléndida aptitud que mostraba como anfitriona de una muchacha inglesa: el primer invitado inglés de su vida, según llegué a descubrir. Lo que me admiró de Hari fue su manera de no *insistir* en cosas como la bebida y los cigarrillos, sino de dejar a su tía ese cuidado en su propio hogar, cosa que probablemente no hubiera hecho un chico insensible y fanfarrón, deseoso de demostrar su britanismo. La otra atención que tuvo fue fumar conmigo un cigarro, para que yo no me sintiera la única pecadora de la habitación, aun cuando observé que se contentaba con dejar que se quemase sin fumarlo propiamente. Tenía miedo de aficionarse otra vez al gusto.

¡Lo único que salió un poco torcido fue la cuestión de ir al WC! Cuando nos levantamos de la mesa, Hari se ausentó unos minutos. Creo que le había dicho a la tía Shalini que procurase darme la oportunidad de ir, pero que ella había tenido reparo en decirme algo cuando llegó el momento. La siguiente vez que fui a su casa ella ya había superado estos apuros, pero esa noche concreta creo que el hecho de que Hari se diese cuenta de que yo no había «ido» le estropeó un poco la velada. Alrededor de las 10,30 empezó a estropeármela a mí. Empecé a preguntarme si *tendrían* un WC lo suficientemente digno de ese nombre para invitarme a usarlo. De hecho resultó que había una planta baja en la casa, aparte de lo que pudiese haber arriba. No había taza, pero ella había puesto previsoramente, encima de un pequeño taburete, un orinal que no me atreví a usar, y una palangana y una jarra de agua sobre una mesa que no tenía aspecto de estar siempre allí, y jabón, toallas y un espejo de mano. Fui al retrete después de haber oído que el *tonga-wallah* regresaba y de que Hari saliese a hablar con él. Me levanté y dije: «¿Puedo empolvarme la nariz?» Entonces ella me llevó al pasillo cerca de las cocinas, abrió la puerta, encendió la luz y me dijo: «Por favor, siempre que venga, ya sabe dónde está.» Había un par de cucarachas correteando, pero no me importó. Lili chilla como una loca con sólo ver una de lejos, y aunque al llegar a la India a mí me horrorizaba encontrarlas en sitios como retretes y cuartos de baño, ahora me traen sin cuidado.

Cuando me despedí de la tía Shalini tuve ganas de inclinarme y besarla, pero no lo hice por si se ofendía. Hari insistió en acompañarme durante el trayecto en *tonga,* pero no quiso entrar a tomar una última copa. Creo que estaba tratando de evitar cualquier acto que crease una atmósfera de *Bueno, ya se acabó, renace la calma.* De modo que en cuanto se marchó en la *tonga* me senté en la galería, tomé un *nimbo* largo y esperé a que Lili volviese a casa.

Al día siguiente envié a uno de los criados a la casa de la tía Shalini con un ramo enorme de flores que había arramplado en el jardín y un mensaje de gracias. Bhalu estaba muy enfadado conmigo, así que le di diez *chips y* le pedí que no se quejara a la señora para no ponerme en un compromiso, y él sonrió ladinamente, el viejo tunante. Después de lo cual me tuvo en sus manos. Quizá yo también le tenía en las mías y éramos los dos cómplices del

mismo delito; delito porque Lili pagaba más a todos los sirvientes cuando tenía algún huésped en la casa, y estaba sobreentendido que sus invitados no debían darles ninguna propina. Bhalu nunca volvió a protestar ante Lili porque yo cortaba las flores, pero alrededor del primero de mes, cuando ya había cobrado su sueldo, solía merodear haciendo saludos y sonrisitas hasta que yo le daba unos cuantos *chips.* Se compró un nuevo par de *chappals*[34] con el primer dinero que le di, y estaba muy elegante, pero curiosamente tenía más aspecto de tortuga que nunca, con sus pantalones cortos de color caqui y sus piernas desnudas, negras y nudosas, y aquellas sandalias enormes que parecían del ejército y producían un crujido sobre la grava. Era evidente que prefería ir descalzo, pero los *chappals* significaban rango. Había sido en un tiempo jardinero de un tal coronel James en Madras, y la casa de este oficial ha sido el modelo de la *vida pukka*[35] para Bhalu desde entonces,- aunque creo que sabe que el jardín de la casa MacGregor es muy superior a cualquier otro en el que haya trabajado, lo que puede ser el motivo de que quiera sentir que le pertenece todo entero, y de que lo cuide más para honra y gloria de *sahib* James que de Lili.

Estoy cotilleando, ¿verdad, tía? Postergando el momento en que debo escribir sobre lo que realmente deseas saber. Y sin embargo no es un cotilleo, porque no se pueden aislar las cosas buenas y felices de las malas y desdichadas. Y ya ves que en mí crecía el sentimiento de gozo, sintieran lo que sintiesen las personas que observaban y esperaban.

Fue entonces cuando Mayapore empezó a cambiar para mí. Ya no era simplemente la casa, la calle hasta el bazar del acantonamiento, la calle del hospital, el hospital mismo, el *maidan,* el club. Ahora abarcaba además el otro lado del río y, a causa de ello, todas las direcciones, a través de aquella enorme llanura que yo solía contemplar desde el balcón de mi dormitorio, poniéndome y quitándome las gafas para hacer lo que Lili llamaba mis ejercicios oculares. Era como si Mayapore se hubiera agrandado y por consiguiente me hubiera hecho más pequeña, como si hubiese dividido mi vida en tres partes. Estaba mi vida en el hospital, que también incluía el club y los chicos y chicas y todo aquel pasarlo bien que no era pasarlo bien en absoluto, sino la forma más fácil y la menos exigente, con tal de que olvidaras el hecho de que era solamente la más fácil para la parte menos admirable de nuestra naturaleza. Estaba mi vida en la casa MacGregor, donde vivía con Lili y trataba a los indios e ingleses que hacían un esfuerzo por trabajar juntos. Pero esta mezcla era tan timorata como la segregación. El club era territorio *vocinglero* y exclusivo. La casa MacGregor era silenciosa y decididamente neutral. Con Hari empecé a pensar que para mí era por lo menos un ambiente totalmente personal, donde yo podría aprender a hablar con mi propio tono de voz. Quizá por eso tenía la impresión de que Mayapore se había hecho más grande y yo más pequeña, porque mi relación con Hari —la única cosa que me permitía sentirme nuevamente una persona— estaba sometida a un cerco, a una restricción, a una presión tales que sólo haciéndote diminuto podrías escabullirte y, preso pero libre, quedar rebajado por todas las amenazas exteriores, *pero no rebajado por dentro;* y en eso precisamente consistía lo que denomino gozo.

Algunas veces, al saber lo mucho que había que estrujarse para entrar en aquel pequeño espacio restringido y peligroso, yo sentía miedo, como aquella

[34] Sandalias de cuero indias.
[35] En la India, sólida, segura y confortable

noche en que Ronald Merrick se me «declaró» y me acompañó a la casa MacGregor, y yo quise bajar corriendo las escaleras y llamarle, y tuve miedo de ver al fantasma de Janet MacGregor. Este episodio, el de su declaración después de la cena, mi regreso a la casa MacGregor y mi miedo, ocurrió a mediados de junio. Las lluvias se retrasaban. Todos estábamos exhaustos, física y mentalmente. Esto seguramente explica mi miedo de aquella noche. Esto y también mi sensación de que Ronald Merrick representaba algo que yo no comprendía enteramente, pero en lo que probablemente debía confiar. Ronald me pesa todavía enormemente en mi conciencia. Pienso que de igual manera que tú y los otros pueden saber dónde está Hari, hay cosas de Ronald que nadie está dispuesto a comentar en mi presencia. Pienso mucho en él. Es como una sombra oscura en el borde mismo de mi vida.

Tía, ¿hizo Ronald a Hari algún daño especialmente horrible? Yo creo que sí. Pero nadie lo dijo, al menos nadie me lo dijo a mí. Y no me atreví a interrogar a nadie a fondo. Yo formaba igualmente parte de la conspiración para mantenerme prisionera en la casa MacGregor después de aquella noche en Bibighar. Sólo salí dos veces, una para visitar a la tía Shalini, que no quiso verme, y otra la víspera del día en que Lili me llevó a Pindi, cuando fui al Santuario para despedirme de la Hermana Ludmila. Ronald Merrick pesaba también sobre su conciencia. Parece que no se había percatado de que él y yo nos conocíamos algo más que de vista, no se había dado cuenta de que yo quizá no supiera que fue Ronald quien se llevó a Hari para interrogarlo aquella mañana que le encontró en el Santuario. Pero para entonces me daba miedo sondear demasiado los hechos. No confiaba en nadie. Sólo en mi silencio. Y en el de Hari. Pero recordaba que después de Bibighar, la única vez en que me encontré brevemente cara a cara con Ronald Merrick, él no me miró directamente a los ojos, aquella vez en que el ayudante del subcomisario vino con el juez Menen y un joven funcionario de subdivisión inglés y celebraron una especie de «encuesta» en la que Ronald aportó pruebas y yo incomodé y hasta quizá enfurecí a todo el mundo con mis respuestas a sus preguntas.

Antes de contarte lo que sucedió realmente en Bibighar, tengo que decirte algo de Ronald y algo de la Hermana Ludmila. Creo que Ronald se fijó en mí de verdad por primera vez el día del *maidan,* cuando fui a la exposición de la Semana Bélica; se fijó en mí porque me vio acercarme a Hari y hablar con él, como me vieron otros muchos ingleses. Si él ya le había puesto el ojo encima a Hari como un individuo potencialmente subversivo (nada podía estar más lejos de la verdad, pero Ronald tenía que cumplir su trabajo), probablemente vio de ese modo el hecho de que yo abordara a Hari, es decir, como un policía, pero también como un inglés que no quería que una chica inglesa se mezclara con el «mal» tipo de indio. Quiero decir que esto explicaría que esa noche, cuando me vio en el club, hubiera venido directamente a mi encuentro y me hubiera dicho: «¿Le ha gustado el desfile? La he visto en el *maidan»,* siendo así que normalmente nos saludábamos con un movimiento de cabeza o alguna que otra vez tomábamos una copa si las circunstancias hacían embarazoso para él el no invitarme.

Seguramente pensaba que me hacía un favor disuadiéndome, pero por otra parte no estaba de más —puesto que era policía— considerarme una posible fuente de información sobre Hari: ¿recuerdas que te dije en una carta que con Ronald nunca sentí que hubiese una sinceridad auténtica entre él y la persona con la que estaba tratando? Tomaba su trabajo demasiado en serio, y creo que pensaba que tenía que de-mostrar

continuamente su valía, de manera que no hada nada naturalmente, nada espontánea, fácil ni *felizmente.*

Me pregunto *cuánto,* una vez hubo hecho la maniobra de mostrarse amistoso conmigo, queriendo disuadirme por mi propio bien, le atraje yo como persona, verdaderamente y de forma totalmente inesperada. Ciertamente empezó a cortejarme a partir de entonces. Y aunque en aquel momento no lo apreció, ahora veo que se convirtió en mi nuevo contacto con la clase de mundo que el club representaba, el pequeño mundo del ondear de banderas —pero a través de él ostentaba una señal más sutil—, los Henry Moore, los Debussy. Las únicas constantes de mi vida eran Lili y la casa MacGregor; las variantes eran Hari, por un lado, y Ronald, por el otro. Los dos parecían tan distantes uno de otro que no creo que nunca aludiese a uno en presencia del otro. Pero no estaban en absoluto alejados. Y por eso me enfadé tanto y me sentí tan idiota. Cuando descubrí la verdad, que ellos eran... ¿qué?, enemigos aquel día del Santuario en que Hari fue golpeado y arrastrado y la Hermana Ludmila presenció todo el incidente.

Iba vestida como una de esas hermanas de la caridad, con tocas de lino blancas, enormes y sueltas. Yo la había visto un par de veces en el bazar del acantonamiento, caminando delante de un chico armado de un bastón, con una bolsa de cuero que llevaba atada al cinturón en torno a la cintura. Yo estaba con una chica del hospital y pregunté: «¿Quién es ésa?», y ella me contestó: «Es esa rusa loca que recoge cadáveres y viste como una monja, pero no lo es.» Yo no estaba más que medianamente interesada, no sólo porque la India tiene su buena cantidad de excéntricos de todo pelaje, sino también porque me encontraba en aquel período de descontento y aversión por todo lo que me rodeaba. Unas semanas después volví a verla y se lo comenté a Lili, que dijo:

—Es inofensiva, y Anna Klaus le ayuda a veces y le tiene aprecio, pero a mí me da escalofríos eso de que ande por ahí recogiendo a gente que encuentra agonizando.

La tía Lili odia todo lo pavoroso o sórdido, ¿verdad? Una vez me contó que, de joven, había llorado la primera vez que fue a Bombay y vio las barriadas pobres. Creo que los indios privilegiados y pudientes como Lili tienen una especie de sentimiento de culpa profundamente arraigado que sepultan bajo capas de una aparente indiferencia, porque es muy poco lo que pueden hacer individualmente para mitigar el horror y la pobreza. Se suscriben a organizaciones benéficas y realizan trabajo voluntario, pero deben de pensar que es como tratar de detener el curso de un río con un puñado de ramitas. Y creo que en Lili existe también el terror a la muerte. Me ha contado que en una ocasión visitó el depósito de cadáveres de París con un estudiante de medicina, y que después tuvo pesadillas de cuerpos que se levantaban, volvían a caer y volvían a levantarse, ¡y que por eso detestaba que Nello alardease de sus relojes de cuco en la sala museo de la casa MacGregor! Es la sala donde Nello guardó la vieja pipa de brezo del tío Henry en un estuche de cristal; la pipa que le regaló el tío para que perfeccionara sus imitaciones.

Una vez enseñé esa sala a Hari, por el tiempo en que empezábamos a saber que nos gustaba estar juntos y por tanto debíamos afrontar el hecho de que casi no teníamos sitios donde estar, aparte de su casa o la de Lili. Bibighar llegó un poco más tarde. La vez que le llevé al museo del tío estuvimos bromeando sobre todo, pero ya existía esa sensación de engaño, de tener que

engañar y escondernos, ganar tiempo, conquistar intimidad, y lo pagábamos con afrentas a nuestro orgullo conjunto. Mientras recorríamos la sala pensé: «Bueno, Hari y yo somos también piezas de museo. Podrían ponernos aquí sobre una pequeña peana, con una tarjeta que dijese: *Muestras de opuestos,* ♂ *Indoinglesa, circa* 1942. *No tocar.»* De este modo, todas las personas que nos miraban en el acantonamiento, pero apartaban los ojos en cuanto les mirábamos a ellos, podrían venir y hartarse de mirar. Creo que también lo pensó Hari. No volvimos a entrar en la sala museo. Yo dije: «Vámonos, Hari. Es un sitio muerto», y le tendí la mano sin pensar, y luego caí en la cuenta de que, menos bailando y el contacto fortuito al subir o bajar de una *tonga,* nunca nos habíamos tocado, ni siquiera como amigos, y no digamos como hombre y mujer. Estuve a punto de retirar la mano, porque cuanto más tiempo la tenía extendida y más dudaba él en cogerla, tanto más lleno de significado se tornaba el gesto. No había sido mi intención hacerlo significativo; tan sólo natural, cálido y amistoso. Finalmente tomó mi mano. Entonces quise que él me besara. Besarme hubiera sido la única manera de legitimar el enlace de manos. Cogerse de la mano y no besarse parecía erróneo porque era incompleto. No lo habría sido si él hubiera cogido mi mano en el momento en que yo se la extendí. Cuando salimos de la habitación él la soltó. Me sentí abandonada, descubierta, sola frente a algo, como una vez en la escuela en que confesé una diablura banal que varias compañeras habíamos hecho y descubrí que era la única que confesaba, y en lugar de verme como una heroína me sentí como una idiota. Eran estas cosas con Hari —estas repetidas experiencias de encontrarme emocionalmente desplazada— las que me inducían a pensar a veces —como supongo que hice cuando subía las escaleras la noche de la proposición de Ronald Merrick—: «Seguramente no conduce a ningún sitio mi relación con Hari Kumar.» Es decir, lo pensaba *antes* de que Ronald lo expresase con tantas palabras. Y eran asimismo cifras de aquella otra suma inacabada que planteaba la cuestión: «Y bien, ¿qué siente de verdad por mí? ¿Por una grandullona blanca en cuyo favor podía decirse poca cosa?»

Y entonces llegaron las lluvias. Fueron frescas, limpias, tormentosas, indistintas. Y cambiaron el jardín, Mayapore, todo el paisaje. Desapareció del cielo el horrible y presagiante tono descolorido. Me despertaba de noche, porque la temperatura había descendido y escuchaba el azote del chaparrón sobre los árboles, el portentoso estruendo y estampido del trueno, y observaba cómo una especie de explosión iluminaba todo el dormitorio y los muebles proyectaban súbitas sombras llameantes, negras formas danzarinas petrificadas en mitad de un movimiento complicado: un movimiento de magia negra nocturna y secreta que reanudaban cuando la luz imprevista se apagaba e interrumpían unos instantes después, sorprendidos e inmovilizados por un nuevo fogonazo.

Yo estaba en el Chillianwallah Bagh la última noche de la estación seca. Durante dos noches había habido fucilazos y truenos lejanos. Era hacia finales de junio, alrededor de una semana o quizá menos después de mi cena con Ronald Merrick, cuando él había dicho, en las escaleras de la casa MacGregor: «Lleva algún tiempo acostumbrarse a ciertas ideas.» Sentada esta vez con Han y la tía Shalini, advertí lo irreal que mi vida se había vuelto porque no parecía existir para mí ningún futuro que yo desease y pudiera obtener. *¿Por qué?* Extendiendo una mano tanteante y tendiendo la otra hacia atrás, amarrada a la seguridad de lo conocido y lo previsible.

Esforzándose así. Fingiendo que el suelo de en medio estaba ocupado, cuando no lo estaba todo el tiempo.

La *tonga* llegó a las once y en el trayecto a casa la vimos de repente, iluminada por el fucilazo, con las amplias alas blancas de la toca, precedida por un hombre y seguida por otro que llevaba lo que parecía ser una estaca, pero era una camilla plegada. Yo había dicho —no queriendo que la velada terminase—: «Vamos a atravesar otra vez el bazar y a pasar por el templo», y él había asentido, y luego me remordió la conciencia al pensar en las rupias de más que le pediría el *wallah;* porque yo había situado a Hari y sabía que no le sobraba el dinero. Por otra parte no me hubiera atrevido a ofrecerle ni siquiera un *atina.* La vez que fuimos al restaurante chino dije sin pensar: «Pidamos un *chop suey* y lo pagamos a medias», y su cara se «cerró» del mismo modo que la de Ronald Merrick cuando rechacé su proposición. La visita al restaurante chino no había sido una experiencia feliz, que digamos, entre el insulto que al parecer representó para Hari proponerle que pagásemos a escote y la ofensa que supuso para ambos el que el dueño le vetase el acceso al piso de arriba.

Yo dije: «¿Ésa no es la rusa loca que recoge cadáveres?» Se alejaba de nosotros, enfilando una callejuela. Hari dijo que no estaba loca y que no creía que fuese rusa. Dijo: «La llamamos la Hermana Ludmila.» En una ocasión había escrito un artículo sobre el Santuario para la *Gazette,* pero el director se había negado a publicarlo porque insinuaba que los ingleses eran los responsables de que la gente muriera en la calle. Entonces Hari había modificado el artículo, porque no había pretendido decir eso. Lo había modificado para demostrar que a *nadie* le importaba, ni siquiera a los mismos moribundos, a nadie más que a la Hermana Ludmila. Pero aun así el director rechazó el artículo. Dijo que la Hermana Ludmila era una bufona. Pregunté a Hari si podía visitar el Santuario. Dijo que me llevaría si quería verlo, pero que no me enfadase si ella me trataba como a una entrometida fisgona. Era muy celosa de su intimidad y sólo se interesaba realmente por los agonizantes que no tuviesen un lecho donde morir, si bien regentaba también un dispensario de tarde para las personas que no podían ausentarse del trabajo para acudir a los diurnos, y distribuía arroz gratuitamente ciertos días de la semana, principalmente a madres y a niños. Le pregunté cómo había llegado a conocerla y se contentó con responder: «Por casualidad.»

Ella tenía una estatua tallada en madera de Shiva bailando en un círculo de fuego cósmico, y un texto bíblico enmarcado: «Quien siembra poco cosechará poco, y quien siembra abundante recogerá abundante. Que cada hombre obre según la disposición de su ánimo, sin rezongar, o por necesidad; porque Dios ama al donador alegre.» Parecía haber un vínculo entre el texto cristiano y la estatua hindú, porque *aquel* Shiva estaba sonriendo. Y el desparpajo con que el dios estira sus miembros presta a la talla un aura de felicidad, ¿no es cierto? Lo único que tiene inmóvil es el pie derecho (hasta la pierna derecha está doblada por la rodilla y ofrece un aspecto elástico). El pie derecho es el que oprime la figura agazapada del pequeño demonio, motivo por el cual dicho pie tiene que estar firme y quieto. La pierna izquierda patalea en el aire, el primer par de brazos hace gestos cautelosos pero invitadores, y el segundo par está conteniendo el círculo de fuego, repeliéndolo y al mismo tiempo manteniéndolo encendido. Y naturalmente el dios tiene alas, hecho que confiere a la estatuilla entera una

impresión de vuelo etéreo que te hace pensar que podrías saltar con él a la oscuridad sin sufrir ningún daño.

Eran los únicos objetos ornamentales de su «celda» encalada: el dios Shiva y el texto. En nuestro último encuentro me regaló el texto, porque dijo que en definitiva se lo sabía de memoria. Pero siempre me ha dado vergüenza enseñártelo y además no creo que mereciese el obsequio. Está en mi maleta grande, la que tiene correas alrededor. Era una mujer verdaderamente extraordinaria. Al caer la tarde pienso en ella disponiéndose a emprender su expedición nocturna por las callejuelas y callejones oscuros, y el erial que se extiende entre el templo y el puente Bibighar. Adquirí la costumbre de ir al Santuario, más o menos una vez por semana, nada más salir del hospital, no solamente porque era otro lugar donde Han y yo podíamos vernos, sino para ayudar en el dispensario vespertino. En una ocasión pregunté a Ludmila si podía acompañarla en sus excursiones nocturnas. Ella se rió y dijo: «No, eso es sólo para gente que no tiene otra cosa que ofrecer.» Pensé que se refería a que yo podía ofrecer dinero, pero ella dijo que tenía suficiente, más que suficiente, aunque prometió que aceptaría el mío si alguna vez lo necesitaba y yo seguía dispuesta a ayudarla.

Nos encariñamos mutuamente. Quizás ella me gustó en un principio porque sentía afecto por Hari y no veía nada malo en que estuviésemos juntos. Nos dejaba sentarnos en su despacho o en su habitación. Cuando anochecía, él y yo volvíamos en bicicleta a la casa MacGregor, pero en tales ocasiones él no solía entrar en la casa. Los días en que había decidido ir al Santuario iba al hospital en bicicleta y me marchaba antes para eludir al coche o la camioneta que Merrick enviaba siempre a recogerme. Lo mismo hacía por la tarde, después del trabajo. Dejaba al chófer un recado diciendo que me había ido o que me quedaría a trabajar hasta tarde. Algunas veces, no obstante, dejaba que me transportase hasta la casa MacGregor y luego iba al Santuario en bici. No quería que en el hospital supieran que ayudaba en la clínica de la Hermana Ludmila. No lo hacía a menudo, pero intuía que era contrario a las reglas o algo parecido. Una noche vi a Anna Klaus en el dispensario y le dije: «¡No se chive!» Ella se rió y dijo que seguramente la gente ya lo sabía, porque en una ciudad como Mayapore era casi imposible guardar un secreto.

Pero no lo sabían todas las personas que hubieran querido saberlo. Me refiero a personas de nuestro lado del río, personas como Ronald Merrick. Se lo oculté a Ronald porque aquello era la parte de mi vida que no estaba dispuesta a compartir con nadie. Ronald formaba parte de otra vida. Y Lili, a su vez, de otra. No sabía que había dividido mi vida en aquellos compartimentos herméticos, es decir, no lo sabía conscientemente. Subconscientemente sí, y era consciente del subterfugio que implicaba, pero no lo era de un modo que alguna vez llegase en esos días a utilizar la palabra subterfugio; no, por lo menos, hasta la noche en que fui al templo con Hari, descubrí el papel que había desempeñado Ronald en su detención y sentí que todo el mundo me había engañado, y luego comprendí que yo había incurrido en idéntico engaño y tuve miedo, admití que lo había tenido en todo momento, el mismo miedo que tenía todo el mundo de quedare en el aire sin ningún asidero a que aferrarse; lo cual era una ironía, ¿no crees?, porque yo solía hacerme la ilusión de que eso deberíamos hacer todos, la ilusión de que era lo que yo estaba haciendo. Pero si yo me había quedado en el aire estaba firmemente agarrada con un brazo al tronco del árbol.

Supongo que pensaba que todo lo que hacía era una especie de aventura. Una noche, en la casa MacGregor con Lili y algunos amigos «mixtos», una velada en el club con Ronald o las chicas y los chicos, un par de horas en el dispensario de la Hermana Ludmila, un paseo con Hari el domingo por la mañana hasta Bibighar. Bueno, eran aventuras, ¿no? Ya que hacer cada una de estas cosas —no deliberadamente, sino por motivos prácticos— implicaba un desafío a los demás. Yo estaba violando todas las normas existentes. Lo curioso es que la gente no podía saber con absoluta certeza qué norma estaba yo violando, de qué modo y en qué momento, puesto que estaba tan atrincherada detrás de la suya propia que únicamente podía seguirme a la distancia precisa para ver que yo la había violado y había huido, y que me tornaba temporalmente invisible, de forma que cuando regresaba, cuando yo volvía al mismo redil de esas personas, ellas no sabían qué había estado haciendo ni dónde había estado, y no podían formular acusaciones concretas contra mí, aparte de la genérica de ser... ¿qué? ¿Inestable? ¿Buscapleitos? ¿Inconformista? Lo cual, desde luego, ya era bastante malo, pero a la gente le gusta poder definir la inestabilidad y el inconformismo ajeno, y, si no lo consigue, su propio temor a lo que tú puedes llegar a representar les fuerza a realizar un nuevo intento de obtener tu vasallaje.

Para ser rechazado (lo que supongo que es una de las maneras más fáciles de distinguirse) hay que mostrar *sin tapujos* algo que ellos consideren directa y diametralmente opuesto a aquello en lo que ellos creen que creen. Para ser aceptado basta con que vean y oigan que en apariencia encarnas las cosas en las que creen creer. No ser ni una cosa ni otra es probablemente imperdonable.

En fin, tía, era tremendamente difícil para mí. Me gustaban *de verdad* algunos de los chicos y chicas con los que trataba en el club. Me agradaba de verdad Ronald cuando se acercaba todo lo que podía a un comportamiento desenvuelto y natural conmigo. Incluso me gustaba cuando era espinoso y «oficial», porque yo creía saber por qué actuaba así. Y yo amaba a Lili hasta en los momentos en que más distante se mostraba, cuando su antigua sangre de princesa rajput surgía y, por decirlo así, ella se recogía el dobladillo de su manto. ¡Perdón, de su sari! Me gustaba la *gracia* de los ingleses antes de que se volvieran cohibidos, zafios y violentos, y me agradaba también la gracia simple y casi pueril de los indios, y su misma seriedad, antes de que se convirtieran en imitadores remilgados y susceptibles de las caras largas europeas. En el caso de Hari no puedo emplear el verbo «gustar», ya que mi simpatía estaba inevitablemente lastrada por el efecto físico que producía en mí y que la transformaba en amor, pero que no me hacía insensible a su testarudez y a sus suspicacias. Puestas por escrito, estas cosas me presentan como un dechado de virtuosa tolerancia, hasta que uno se acuerda del terrible embrollo en que he convertido todo.

Odio la impresión que automáticamente sacamos de cosas, lugares y personas y que nos hacen decir, por ejemplo: «Esto es indio. Esto es inglés.» Cuando vi por primera vez Bibighar pensé: «¡Qué indio!» No indio como hubiera pensado de un lugar indio antes de venir, sino como me pareció entonces. Pero cuando dices algo semejante y en semejantes circunstancias, creo que estás expresando la atracción de un lugar que juzgas foráneo en la superficie, pero que por debajo ves como un exponente de algo genérico y

universal. Ojalá encontrara las palabras adecuadas para expresar lo que quiero decir. El Taj Mahal es «típicamente indio», ¿no es así? Un monumento mogol de libro ilustrado. Pero lo que te invade emocionalmente es la idea del culto que un hombre rindió a su esposa, pleitesía que no es india ni no-india, sino una emoción humana general, expresada en este caso de una manera «india». Es la impresión que me produjo Bibighar. Era un lugar en donde percibías que algo había fracasado estrepitosamente en su momento, pero que aún tenía remedio. Cabría pensar esto mismo de cualquier lugar, pero al pensarlo de Bibighar, sintiéndolo todavía vivo, dije: «¡Qué indio!» porque era el primer sitio de Mayapore que me impresionaba de ese modo, y la sorpresa de esta impresión me indujo a pensar que había encontrado algo típico, cuando en ningún momento fue típico de algún lugar, sino solamente de deseos y actos humanos que dejan su impronta de la forma más inesperada y a veces escalofriante.

Normalmente, era un lugar frecuentado el domingo por la mañana, pero un día Hari y yo nos resguardamos allí de la lluvia; al caer la tarde, salimos precipitadamente del camino, en nuestras bicicletas, y por las escaleras que dividían los distintos niveles de antiguo césped, subimos corriendo hasta el «pabellón», la plataforma de mosaico techado. Bajo este cobijo fumamos un cigarro. íbamos a tomar el té en casa de la tía Shalini. Era sábado. Yo tenía sólo media jornada en el hospital y después del almuerzo había pedaleado hasta el bazar del acantonamiento para ver si estaban ya, en la tienda de Gulab Singh, donde aquel hombrecillo, Subhas Chand, tenía instalado su estudio, aquellas fotografías espantosas que yo me había hecho para tu cumpleaños. Vi a Hari saliendo de las oficinas de la *Gazette* y le llamé. Le dije: «Ven a ayudarme a escoger la foto para la tía Ethel, y si son buenas te regalo una.» Fuimos juntos a ver a Subhas Chand y miramos los positivos. Yo dije «Dios mío», pero Hari dijo que eran bastante buenos y me ayudó a elegir uno para enviártelo ampliado. Después le hice acompañarme al comercio de Darwaza Chand mientras yo elegía el corte de aquel vestido. Apenas había gente de compras en aquel momento. La que había nos miró de esa manera desagradable de costumbre. Cuando consulté mi reloj y vi que eran ya las cuatro le invité a venir conmigo a la casa MacGregor para tomar el té, pero él dijo: «No, ven a ver a la tía Shali-ni.» Yo no había estado en su casa desde la noche antes de que empezaran las lluvias. Le dije que me gustaría, pero que primero tendría que cambiarme. «¿Por qué?», dijo. «A menos que quieras decirle a Lady Chatterjee adonde vas.» Pero era la tarde en que Lili se reunía con el comité del hospital *purdah,* y no había ninguna necesidad de decírselo a Raju, así que nos pusimos en camino. Fuimos por el lado del puente Bibighar. El aborrecía llevarme por el puente de Mandir Gate porque entonces teníamos que atravesar el bazar. Y de este modo nos sorprendió la lluvia, pedaleando por delante de los jardines Bibighar. Cayó el chaparrón, como suele, y nos precipitamos dentro, esperando que escampara al cabo de unos veinte minutos. Pero siguió jarreando y estalló una tormenta.

Le conté lo que sentía con respecto a Bibighar. Era una sensación extraña estar allí sentados sobre el suelo de mosaico, teniendo que gritar para oírnos para después guardar silencio de nuevo hasta que el ruido disminuyese fuera. Le pedí que él también se hiciera una foto, pero me contestó que salía muy mal en todas ellas. «No seas tonto», le dije. «¿Y aquellas que me enseñó la tía Shalini?» ¡Él dijo que «entonces era más joven!» Le pregunté si tenía noticias de aquellos amigos ingleses, los Lindsey, pero

respondió encogiéndose de hombros. Él se había mostrado susceptible al respecto siempre que la tía Shalini los mencionaba. Pensé que habían dejado de escribirle y que estaba apenado por ello, pero de una cosa que me preguntó la Hermana Ludmila la última vez que la vi deduje que había algo más, algo relacionado con el Lindsey hijo, de quien la tía Shalini decía siempre que había sido el mejor amigo de Hari «en la patria».

En definitiva, estábamos varados en Bibighar y empezaba a anochecer. Había pasado la hora del té y yo sabía que tenía que volver hacia las siete a cambiarme para la cena, porque la tía Shalini había invitado al juez Menen y a su mujer para festejar que a ésta le hubiesen dado de alta en el hospital. Yo estaba tiritando un poco, y pensé que iba a atrapar un resfriado. Quería que él me calentara. Un chico inglés se hubiera arrimado, me figuro, pero nosotros estábamos por lo menos a un par de palmos de distancia. Me puse nerviosa. Quería cogerle la mano y acercármela a la cara.

Cuando nos marchamos, aquella noche en que nos guarecimos de las lluvias, fue como si hubiéramos reñido, una riña de amantes. Pero no éramos amantes y no había habido riña. Y nuevamente pensé: Está mal, está mal porque no *funciona.* Me acompañó a casa, y aunque al día siguiente era domingo ninguno de los dos habló de concertar una cita. Volví a la casa MacGregor unos minutos antes que la tía Lili, y estaba remojándome en el baño cuando la oí llamando a Raju desde el rellano. Fue como oír un sonido casero después de una larga ausencia. No volví a ver a Hari durante más de una semana. Fui un par de noches al club, una con Ronald y otra con los chicos y las chicas, y pasé las demás en compañía de Lili. Pero pensaba constantemente en Hari, me apetecía verle pero no hacía nada al respecto. Era como estar sentada de niña en una playa, mirando al mar y queriendo bañarme pero sin el valor de hacerlo. Sí —te prometes—, cuando esta nube pase y el sol salga me baño. Y la nube pasa y el sol calienta e incita, pero el mar parece frío.

Me decía a mí misma que el problema era que no nos quedaban sitios donde fuese mínimo el riesgo de que nos mirasen, el peligro de organizar una escena. En el club las mujeres me volvían claramente la espalda. A fuerza de rebuscar lugares nuevos, se me ocurrió la idea del templo Tirupati.

Pregunté a la tía Lili si alguna vez permitían la entrada a los ingleses. Dijo que no lo sabía, pero que se imaginaba que nadie la había solicitado nunca, porque Mayapore no era una ciudad turística y el templo no era famoso, aunque de todos modos hablaría con alguno de los profesores del instituto o de la Universidad Técnica, puesto que de haber habido un visitante inglés del templo, lo más probable era que hubiese sido un profesor o una persona interesada en el arte o la cultura. Pero no estaba segura de que dejasen entrar a una muchacha inglesa. Le dije que no se preocupase, porque se lo preguntaría a Hari. Ella dijo: «Sí, supongo que es lo mejor», y me pareció que estaba a punto de interrogarme sobre mi historia con Hari, así que empecé a hablar de mi jornada de trabajo en el hospital para cortarle el paso. Escribí una nota a Hari diciéndole simplemente: «Me encantaría entrar en el templo Tirupati. ¿Podríamos ir juntos un día? A ser posible de noche, porque me parece más emocionante después de haber anochecido.»

Uno o dos días más tarde me telefoneó desde las oficinas de la *Gazette.* No tenían teléfono en casa de la tía Shalini. Me llamó momentos antes de que yo saliese hacia el hospital y me dijo que si realmente yo quería ir hablaría con su tío. Su tío era de esos hombres que pagaban cantidad de

dinero a los sacerdotes con esperanza de comprar el mérito que no tenían tiempo de adquirir por su cuenta. Por lo menos, así lo explicó Hari. Le respondí que sí quería ir, y que si arreglaba la visita para la noche del sábado podríamos cenar tranquilamente juntos en la casa MacGregor y luego volver y oír música en el gramófono. Él se mostró un poco frío. Yo sospeché que había sido un error pedirle queme llevase a un *templo.* Pero acordamos una cita —que habría que confirmar— para el sábado siguiente, en que yo sabía que Lili iba a jugar al bridge. Ninguno de los dos dijo nada de vernos hasta entonces, aunque yo pensé que él quizá se presentase la noche del martes en el Santuario. No lo hizo, y llegó la tarde del viernes sin que yo hubiera tenido noticias suyas.

Había visto a Ronald en el club, no obstante, y había cenado con él. Me llevó en su coche a la casa MacGregor y en el camino me propuso que cenásemos juntos el sábado. Le dije que no podía porque tenía el proyecto de visitar el templo. Cuando detuvo el coche delante de la casa no había nadie en el pórtico, ni rastro de Raju, pero no se apeó para abrirme la puerta. En lugar de eso dijo:«¿Con quién va? ¿Con Kumar?» Yo le respondí que sí y él se quedó callado un momento, pero luego salió con lo que dijo que tenía pensado decirme desde hacía algún tiempo, que la gente comentaba mis idas y venidas con un indio, un asunto siempre delicado, pero más aún en los tiempos que corrían, sobre todo si el hombre en cuestión «no tenía buena reputación» e intentaba «sacar partido del hecho de haber vivido algún tiempo en Inglaterra», algo que al parecer pensaba que le «convertía en inglés».

Y luego añadió:

—Ya sabe lo que siento por usted. Y porque lo siento no le he dicho nada hasta ahora. Pero es mi deber ponerle en guardia contra esa relación con Kumar.

Fue entonces cuando me reí y le dije:

—Oh, deje de comportarse como un policía.

—Bueno, en parte me concierne como tal —dijo él—. Ha sido sospechoso tiempo atrás, y lo sigue siendo, aunque usted ya sabe todo esto, por supuesto.

Le dije que no sabía nada en absoluto, pero que no me interesaba porque había conocido a Hari en una fiesta en la casa MacGregor, y que me bastaba con saber que Lili le consideraba una persona a quien podía invitar a su casa. Dije que agradecería que la gente se abstuviese de decirme quién podía ser amigo mío y quién no, y que personalmente me tenía sin cuidado el *color* de las personas, y que evidentemente era el color de Hari, el hecho de que fuese indio, lo que fastidiaba a todo el mundo.

—Ésa es la baza más vieja del juego —dijo Ronald—. Decir que el color no importa. Sí importa. Es elemental. Importa horrores.

Yo hice ademán de apearme. Él intentó detenerme y me agarró de la mano. Dijo:

—Lo he expresado mal. Pero no puedo evitarlo. La idea misma me repugna.

No sé por qué sentí piedad por él. Tal vez a causa de su franqueza. Era como la de un niño. La sinceridad egocéntrica que manifiesta un niño. La llamamos inocencia. Pero también es ignorancia y crueldad. Dije:

—Está bien, Ronald. Comprendo.

Me soltó la mano como si le hubiera escaldado. Cerré la puerta y le dije:

—Gracias por la cena y por traerme a casa.

Pero no parecía la frase oportuna. Sencillamente, no era lo indicado. Él puso en marcha el coche y yo entré en la casa.

La tarde del viernes, Hari envió una tarjeta diciendo que la visita al templo estaba concertada para la noche siguiente, entre las 9,30 y las 10,30, y yo le mandé un chico con el recado de que viniera a las 7,30 para cenar a las 8.

Al día siguiente, Hari llegó puntualmente, como para compensar antiguos errores. Vino en *tongaciclo,* lo que explicaba su puntualidad pero probablemente también se proponía señalar la diferencia entre su vida y la mía. De un modo u otro esta diferencia pasó a ser el tema de la velada. Estaba intentando desanimarme adrede. Estoy convencida. Por ejemplo, empezó a fumar de nuevo, cigarros baratos indios; no *bidis,* sino pitillos malolientes y acumulativamente desagradables. Probé uno pero me supo a rayos, y acabamos fumando cada uno los suyos. Trajo también un par de discos y dijo que eran un regalo para mí. Quise ponerlos inmediatamente, pero él dijo que no, que esperásemos hasta volver del templo, y miró su reloj. Eran sólo las 7,45, pero propuso empezar a cenar. «¿No tomas la otra mitad del aperitivo?», le pregunté. Respondió que no, pero que esperaría hasta que yo la tomase, lo que significaba que él no quería, y por eso le dije a Raju que le dijera al cocinero que íbamos a cenar ya, y fuimos al comedor. Al entrar se quejó de que los ventiladores giraban demasiado aprisa. Ordené a Raju que los pusiera a media potencia. Cuando llegó la comida despreció los tenedores y empezó a zampar bocados junto a pedazos de *chappatti.* Yo seguí su ejemplo. Él gritó a Raju: «Chico, trae agua», y yo lancé una risita porque me recordó aquella vez en que tú y yo estábamos en Delhi sentadas al lado de aquella familia de indios ricos y me escandalizó la forma aparentemente grosera en que el hombre le hablaba al camarero, «Chico, trae esto», «Chico, trae lo otro», pero tú señalaste que era una traducción exacta al inglés del «Portador, *pani lao»* del *sahib pukka*[36] Yo creí que Hari estaba jugando a imitar a los indios ricos de la clase media angloparlante, y me pregunté si habría bebido antes de venir. Al terminar de cenar teníamos un poquito cochinos los dedos y la boca. Raju —que advirtió lo que ocurría, aun cuando no lo entendió— trajo servilletas y cuencos de agua caliente, y nos lavamos. Casi esperé que Hari eructara y pidiera un palillo de dientes. Fue una imitación perfecta en su género. Normalmente le sonreía a Raju, pero aparte de su «Chico, haz esto o aquello», le trataba como si no estuviera en la habitación. Y yo empecé a preguntarme si los indios habían copiado esta costumbre de los ingleses o los ingleses de los indios, o si todo ello se remontaba a una época en que los *sahibs,* las *mensahibs* y los indios modernos que querían pasar por elegantes habían conservado la costumbre en el imperio.

La otra cosa que Hari estaba haciendo, evidentemente, era comportarse como uno de esos varones indios, muy corteses en apariencia pero subterráneamente egoístas y agresivos, que toman las disposiciones a su gusto pero no necesariamente al gusto ajeno: el abreviar los aperitivos, el comienzo temprano de la cena; y ahora el adelanto de la hora de ir al templo que acabó siendo un retraso, porque en el último momento dijo que quizá fuese mejor escuchar los discos que había comprado para inspirarnos el buen estado de ánimo: un curioso retorno a aquel disco de baile que me

[36] *Pukka:* palabra que designa en hindi lo que es correcto, bien hecho, sólido, genuino.

volvió de repente cautelosa, consciente de que Hari estaba de un talante más agrio que cómico.

E incluso mientras sonaba el gramófono nos hizo interpretar una escena típica de farsa moderna india. Raju recibió la orden de traer el gramófono, pero fue apartado de un empujón a la hora de darle cuerda y enviado en busca de las agujas que estaban en el compartimento del gramófono donde se suponía que estaban en todo momento. Hari rayó adrede el primer disco manipulándolo torpemente y luego fingió no darse cuenta del espantoso clac clac de la aguja cada vez que saltaba por encima de la raya del surco. Y había elegido música india, una música terriblemente difícil, una *raga* vespertina que sonaba y sonaba. Lo que él no había previsto fue que instintivamente me encantó. En cuanto comprendió que me gustaba cambió el disco antes de que terminase y puso otro que me emocionó y me conmovió aún más. Lo extraño fue que vi que esto le irritaba en verdad ferozmente y, al verlo, la idea de que había estado bromeando conmigo no se tuvo ya en pie. Me sentí desorientada, porque comprendí que había estado intentando desalentarme a su manera, como Ronald y todo el mundo querían, y que me tenía el suficiente cariño personal para creer que odiaría las cosas que él odiaba: la música y el comer con los dedos. Su descubrimiento de que yo no lo odiaba, sino que lo amaba o no me importaba, abrió un nuevo abismo entre nosotros, una sima para la que no había puente, pues yo era blanca y él era negro, y mi estima por lo que él odiaba o nunca había tenido la paciencia o la inclinación de aprender a amar, de recuperar, hacía que su negritud pareciese falsa: como la de un actor maquillado para actuar. Dejó que el segundo disco sonara hasta el final y entonces tomé yo la iniciativa y dije: «Vámonos ya», y grité a Raju que me trajera mi pañuelo. Imaginaba que tendría que cubrirme la cabeza para entrar en el templo. Hari había traído un paraguas por si llovía mientras estuviésemos al descubierto. En el trayecto al templo en la *tongaciclo* apenas hablamos. Era la primera vez que yo montaba en una *tongaciclo.* Para desplazar el peso de dos personas el pobre chico tenía que incorporarse sobre el sillín y presionar con toda su fuerza sobre cada pedal. Pero me gustaban más que los *tongacaballo,* porque íbamos de cara al sentido de la marcha. Viajar en una *tonga* de tiro, mirando hacia atrás (supongo que la razón de esta postura es evitar el olor si el caballo ventosea), siempre me produce la sensación de rezagarse, de no querer que las cosas desaparezcan. En la *tongaciclo* sentía lo contrario, la de ver el camino que se extiende delante, conocerlo mejor y no asustarse a la hora de bajar del vehículo.

En la entrada nos esperaba un hombre, un sirviente del templo que hablaba un poco de inglés. Nos quitamos los zapatos en el arco de la puerta principal, y Hari pagó algún dinero que le había dado su tío. No pude ver qué cantidad era pero deduje, por la atención que nos prestaron, que seguramente era una buena suma, más de lo que su tío le había dado nunca.

En fin, tú has visitado templos. ¿No es extraño que, a pesar de todo el ruido de fuera, entrar en ellos sea como ingresar en algún lugar completamente aislado, no un sitio silencioso, sino aislado, reservado para una actividad humana que no precisa *otra* actividad humana para hacer que funcione? Las iglesias son silenciosas en este sentido, pero lo son normalmente porque están vacías. En el templo no reinaba el silencio. No estaba vacío. Pero estaba aislado. Una vez cruzado el arco penetrabas en la

idea de estar sola. Me alegré de que me acompañara Hari, porque sentía miedo en l*a piel,* aunque no lo sentía por *debajo* de ella. Me asombró la visión de hombres y de mujeres acuclillados por doquier, bajo los árboles del patio, acuclillados al estilo campesino, enteramente indio, con todo el cuerpo apoyado en las caderas, los brazos extendidos y en equilibrio sobre las rodillas dobladas, y sin que las posaderas tocasen del todo el suelo. Murmurando. Al principio me pareció censurable, hasta que recordé que el altar en el centro del patio era el auténtico templo, y fuera de él era como el exterior de una iglesia, donde se reúnen y charlan después del oficio las congregaciones matinales del domingo.

Alrededor de las paredes del patio estaban los altares de diversos aspectos de los dioses hindúes. Algunos despiertos e iluminados, otros dormidos y a oscuras. Esas figuras semejantes a muñecas poseen un poco lo que los puritanos llaman el relumbrón del catolicismo, ¿verdad? Las muñecas parecían desprenderlo, pero a sabiendas, como expresando una enseñanza: la necesidad absurda que los pobres y los ignorantes tienen de estatuas. Han dijo:

—El guía quiere saber si nos gustaría hacer el *puja* [37] al Señor Venkataswara.

¡El sanctasanctórum! Yo estaba emocionada. No había contado con que nos permitieran la entrada en ese recinto, y era muy consciente del carácter extraordinario del permiso. Alguna que otra vez te sobresaltaba el tañido de una campana en la puerta de acceso al altar central. Había hombres y mujeres esperando. Nuestro guía se abrió camino entre ellos para ponernos delante. Me repugnó este detalle. Habló con un sacerdote que nos estaba observando. El sacerdote dijo una frase larga y enrevesada a Han. Me sorprendió que Hari pareciese entender. Cuando respondió a la pregunta del hombre comprendí que había aprendido más cosas del idioma de lo que estaba dispuesto a confesar, y que allí, en el templo, no podía ocultarlo por más tiempo. Se volvió hacia mí y me dijo:

—Tengo que tocar la campana para avisar al dios que estamos aquí. En cuanto haya tocado, haz como si estuvieras rezando. Quién sabe lo que hay ahí dentro.

Me puse el pañuelo en la cabeza. El sacerdote no cesaba de observarnos. La campana pendía de una cadena sujeta al techo del altar, en lo alto de las escaleras. Ahora pude ver el interior, un corredor angosto que conducía a una gruta brillantemente iluminada, y el ídolo de cara negra, túnicas doradas y ornamentos de plata. Hari extendió los brazos y tiró de la cuerda que movía el badajo, y seguidamente juntó las manos. Yo hice lo mismo, cerré los ojos y esperé hasta que le oí decir: «Ahora entramos.»

Él fue delante. En el corredor había barrotes corrientes de acero formando una barrera. Nos colocamos alrededor de ella junto con otras personas; era como una barandilla para recibir la comunión, salvo que estábamos de pie y no arrodillados, y los barrotes formaban un rectángulo, con nosotros en el lado exterior y un espacio en el interior para el sacerdote que bajaba de la pequeña gruta. Permaneció junto a ella, mientras nosotros nos colocábamos en orden, y luego se acercó con una copa dorada. Extendimos las manos, como para recibir la Hostia, y él las asperjó con un líquido que parecía agua. Primero roció las de los indios, para que nosotros viéramos lo que había que hacer. Acercamos el líquido a los labios. Tenía un gusto agridulce, y picaba un poco. Quizá porque teníamos los labios secos.

[37] Rito religioso hindú

Después de habernos llevado las manos a los labios tuvimos que pasarlas por encima de nuestras cabezas, como haciendo la señal de la cruz. Luego el sacerdote volvió con una copa de oro, una especie de jofaina, la levantó sobre las cabezas y entonó plegarias para cada uno de los presentes. Tenía también una bandeja dorada, y en cuanto acabó con la copa la posó en la bandeja. Sobre ella había montoncitos de polvo de colores y algunos pétalos. Hundió el dedo en el polvo y nos hizo una marca en la frente. Los pétalos resultaron ser un pequeño collar de rosas, que el hombre tendió hacia mí y me lo colgó del cuello. Toda esta ceremonia pareció durar unos segundos. En la puerta, al salir, Hari depositó algún dinero más en otra bandeja sostenida por otro sacerdote.

No sentí nada mientras ejecutaba el *puja.* Pero cuando salí perduraba el picor en los labios y percibí el olor agridulce en todas partes. Abrigué la sospecha de que habíamos bebido orina de vaca. La gente nos miraba. Me sentí protegida de su hostilidad, si era hostilidad en vez de simple curiosidad, por la marca en mi frente y el pequeño collar de pétalos rojos de rosa. Todavía los conservo, tía. Están en una bolsa blanca de papel, junto con el texto de la Hermana Ludmila, dentro de la maleta. Ahora marrones y secos. El más débil soplo los desmigaría.

Había otra cosa que hacer, algo más que ver, la estatua de Vishnú dormido. El Señor Venkataswara, el dios del templo, es una manifestación de Vishnú, si bien la escultura negra, de plata y de oro, me pareció muy distinta de la de un preservador. El Vishnú dormido tenía una gruta para él solo, detrás del altar principal. La gruta estaba excavada en el muro exterior. Había que entrar en él y doblar una esquina para encontrar al dios dormido sobre su lecho de piedra. Sólo podían entrar tres o cuatro personas a la vez. Dentro hacía fresco. El recinto estaba iluminado por lámparas de aceite y la deidad producía un sobresalto. Habías esperado encontrar una efigie pequeña, una miniatura como las demás: por el contrario, esta figura recostada, de mayor tamaño que el natural, te abrumaba con la sensación de una fuerza aún mas grande en el sueño que en la vigilia. ¡Y qué hermosos sueños estaba soñando! Sueños que le hacían sonreír.

Yo podría haber estado horas contemplándolo, pero Hari me dio un codazo y me susurró que había otras personas esperando para entrar. Tuvimos que abrirnos paso entre el corro para volver al patio. Fuimos a la otra entrada, la que daba a unas escaleras que bajaban hasta el río. Después del *puja* había que bañarse, pero en aquel momento sólo había un hombre que lo estaba haciendo. Tan sólo pudimos vislumbrarle, de pie en el agua que le llegaba a la cintura. Tenía la cabeza rapada. Cerca había un cobertizo y una plataforma donde los barberos del templo trabajaban y donde los devotos ofrendaban al dios su cabello.

Hari dijo: «¿Vamos a recoger el calzado?» Estaba harto. Quizá yo también lo estaba, porque no formaba parte en absoluto de aquel ámbito. Me sentía una intrusa. De modo que volvimos a través del patio y recogimos nuestros zapatos. Nueva entrega de dinero. Me figuro que va a parar al bolsillo de los sacerdotes. En la entrada nos sitiaron los mendigos. El chico de nuestra *tonga* nos estaba esperando y nos vio antes de que nosotros le viéramos, y vino a nuestro encuentro tocando el timbre y dando gritos, por miedo a que algún otro chico se le adelantase y nos montase en su *tonga.* Estábamos de nuevo en medio de la mugre y la algarabía. Se oía la música de un café al otro lado de la calle. Una vez calzada, sentía el tacto de arena en los pies. Había optado deliberadamente por no ponerme calcetines.

Cuando volvimos a la casa MacGregor nos sentamos en la galería. Pedí a Hari que enviara al chico de la *tonga* a la parte trasera de la casa para que le dieran algo de comer. No aparentaba más de unos diecisiete años; era un chico alegre y agradable que evidentemente creía tener esa noche la suerte de cara por el largo alquiler de su vehículo. Sola unos instantes, fui a la trasera en busca de Raju, le llamé y le dije que me trajera al chico. Raju apareció como por ensalmo, como si me hubiera estado esperando. Le di diez *chips.* Una fortuna. Pero los merecía. Y formaba parte de mi *puja.* Creo que Raju no lo aprobó. Quizá se cobrara una comisión y entregara al chico la mitad de la suma o nada en absoluto. Al final una acaba por no soportarlo —la indiferencia de un indio por otro— y prefiere no saber lo que sucede.

Empezó a llover y tuvimos que retirarnos de la galería. El estado de ánimo anterior de Hari se había esfumado. Parecía exhausto, como si hubiese fracasado: no sólo en algo que se hubiera propuesto conseguir esa noche, sino en todo lo que había perseguido con ahínco. Yo quería sincerarme con él, pero era difícil saber cómo empezar. Y cuando empezamos la cosa arrancó mal porque yo le dije:

—Has estado tratando de desanimarme, ¿verdad?

Él fingió no comprender y dijo:

—¿Desanimarte? ¿Qué quieres decir con eso?

Esta respuesta me frustró tanto que dije, como en un arranque de rabia:

—Oh, desanimarme, desanimarme de *ti,* como todo el mundo ha hecho.

Él preguntó quién era «todo el mundo». Yo dije:

—Pues todo el mundo. Gente como Merrick, por ejemplo. Piensa que no eres una buena apuesta.

—Bueno, supongo que él debe saberlo —dijo Hari.

Yo le dije que era ridículo decir eso, porque únicamente él mismo sabía qué clase de apuesta era. Él me respondió:

—¿A qué viene todo esto? ¿Qué significa eso de apuesta, una buena o mala apuesta? ¿Qué se supone que soy, un caballo de carreras o algo así? ¿Una especie de título o acción que la gente controla para ver si vale la pena invertir en él?

Yo nunca le había visto enfadado. Él tampoco me había visto a mí. Perdimos los estribos, y por eso no recuerdo exactamente qué fue lo que dijimos que me indujo a acusarle de criticar a un hombre a quien probablemente no conocía de nada, y que luego hizo que cayese en la cuenta de que nos habíamos dejado arrastrar por el mal genio porque nadie me había dicho que había sido Ronald quien detuvo a Hari y se cruzó de brazos mientras le pegaba uno de sus subordinados. Recuerdo haber dicho algo como: «¿Quieres decir que fue el mismo Ronald?» Y todavía veo la sorpresa en su expresión cuando la incógnita se despejó por fin y él supo que era verdad que yo no lo había sabido.

Ojalá hubiera contenido mi rabia entonces. Bueno, lo intenté, porque no estaba furiosa con él sino con Ronald, con otras personas y conmigo misma tanto como con ellas. Pregunté: «¿Y dónde fue eso?», y de nuevo puso cara de asombro. «Pues en el Santuario, por supuesto», respondió. Lo que representó otro golpe. Le pedí que me lo contara.

Se había emborrachado. No quiso decirme por qué. Había salido a la calle borracho como una cuba, y se había derrumbado en una zanja de ese erial espantoso que hay cerca del río, y allí le habían recogido la Hermana Ludmila y sus ayudantes, que creyeron que le habían atacado o que estaba

enfermo o moribundo, hasta que le llevaron al Santuario. Allí durmió la curda y por la mañana Ronald fue al Santuario con algunos policías, buscando a un hombre que se había escapado de la cárcel y del que se pensaba que había vuelto a Mayapore porque era la ciudad donde vivía. No estaba el fugitivo, pero sí Hari. Ya puedes imaginarte, espero, imaginar cómo reaccionaría Hari ante la intimidación de un hombre como Ronald. El subinspector que le acompañaba golpeó a Hari en la cara por no responder «rápidamente», y al final se lo llevaron a empujones y le dieron puñetazos y patadas cuando entró en la trasera del camión.

Un problema fue que conocía al hombre que la policía estaba buscando. Este hecho se supo en el *kotwali,* mientras Ronald le interrogaba en presencia del subinspector. Pero sólo le conocía como empleado del almacén de su tío. Otra dificultad fue que se obcecó a posta en confundir a la policía respecto a su nombre. Coomer. Kumar. Dijo que «cualquiera de los dos servía». Finalmente, Ronald despachó de la habitación al subinspector y habló o intentó hablar con Hari a solas, lo que seguramente resultó difícil porque Hari le había cogido antipatía. No sé por qué se emborrachó. Quizá debido a una acumulación de contrariedades que le hicieron pensar que todo le importaba un rábano y que no creía en nada. Me confesó que estaba convencido de que le iban a encerrar de todas formas, y por lo tanto no contuvo la lengua. Por la manera en que me dijo todo esto creo que trató de encontrar ante Ronald excusas que no encontraba para sí mismo. Ronald le preguntó por qué se había emborrachado, y dónde. Hari no le dijo dónde porque pensó —y lo dijo— que no era asunto de Ronald, pero sí le explicó de buena gana por qué. Lo explicó diciendo que se había emborrachado porque odiaba este maldito y asqueroso país, la gente que lo habitaba y las personas que lo gobernaban. Y hasta llegó a decir: «Y esto también va para usted, Merrick.» Conocía su nombre porque había estado muchas veces en los juzgados como reportero. Dijo que Merrick se limitó a sonreír cuando le dijo «esto también va para usted», y que luego le dijo que podía irse, y hasta se disculpó — sarcásticamente, por supuesto— por haberle «causado molestias». Cuando volvió a casa descubrió que la Hermana Ludmila se había puesto en contacto con algunas personas influyentes para interesarse por lo de su «arresto», pero esto simplemente le hizo gracia, si es la expresión apropiada estando como estaba totalmente amargado. Dijo que le había hecho gracia cuando Lili por fin le invitó a una fiesta, y también el ver a Merrick observando el modo en que yo me acercaba a él aquel día en el *maidan.* Yo no sabía que Ronald nos había visto, pero el detalle encajaba. Hari creía que yo había sabido la historia completa en todo momento, y que únicamente estaba condescendiendo cuando me separé del grupo de oficiales y enfermeras blancos para obsequiarle una migaja de consuelo.

Le dije:

—¿Así que te ha hecho gracia cada vez que hemos salido juntos?

—Sí, puedes expresarlo de ese modo —dijo—. Si quieres. Pero has sido muy amable, y te lo agradezco.

—No he pretendido ser amable —dije, y me levanté. Él también lo hizo. Sólo hubiera tenido que tocarme para que la estupidez concluyera entonces, pero no me tocó. Le daba miedo. Era demasiado consciente de que el contacto físico hubiera representado un gesto de desafío a la regla que Ronald había definido pocas noches antes como «elemental», y no tuvo ese valor y yo me vi, en consecuencia, privada del mío. El desafío tenía que

proceder de él en primer término, para hacerlo humano, para hacerlo correcto.

Dije: «Buenas noches, Hari.» Oh, hasta en aquel «buenas noches» quedaba para él un resquicio abierto que un «adiós» habría cerrado. Pero no fue culpa suya. Tenía buenos motivos para sentir miedo. Los enumeré sentada a solas arriba, en mi dormitorio, esperando a Lili, resuelta a sincerarme con ella. Cuando oí a la *tongaciclo* rodar por el sendero mi determinación empezó a alejarse con ella, y luego me inquieté, me preocupé por él, porque era un hombre que encontraría difícil esconderse, y creo que era lo que él quería hacer. Esconderse. Desaparecer en un mar de caras morenas. La palabra que empleó Ronald Merrick era la indicada: relación. Hari y yo podíamos ser enemigos, extraños el uno para el otro o amantes, pero nunca amigos porque era una amistad puesta a prueba demasiadas veces para que pudiera sobrevivir. Teníamos que repetir constantemente la pregunta: ¿Vale la pena? Teníamos que examinar constantemente los motivos de querer estar juntos. Por mi parte, el motivo era la atracción física. Yo no tenía la suficiente confianza en mí misma para estar segura de que él sentía lo mismo por mí. Pero esto no cambiaba lo que yo sentía. Estaba enamorada de él. Quería tenerle cerca. Me dije que no me importaba lo que la gente dijera. Me tenía sin cuidado lo que él había hecho o lo que las personas como Ronald Merrick pensaban que había hecho o era capaz de hacer. Quería protegerle del peligro. Si le servía de ayuda que no volvieran a verle conmigo, estaba dispuesta a dejarle marchar, a dejar que se escondiese. Pero como estaba enamorada me hacía la ilusión de que había un tiempo límite para ese «no volver a verle», una fórmula mágica que anulase el dolor de la decisión que yo había tomado de dejar que fuese él quien diera el siguiente paso.

Cuando Lili, al día siguiente, me hizo preguntas sobre la visita al templo, yo se la conté como si nada hubiera ocurrido. Varias veces estuve a punto de decir: «¿Sabías que fue Ronald el que detuvo a Hari?» Pero no quería oírle decir que sí. No quise allanar el camino para una conversación que podría haber obligado a Lili a confesar, por ejemplo, que desde entonces había tenido dudas respecto a Han y que se arrepentía de haberse precipitado saliendo en defensa de un hombre a quien no conocía, pero del que había averiguado desde entonces cosas que le hicieron pensar que Ronald había acertado en sospechar de él y no había hecho nada de lo que avergonzarse cuando le arrestó para interrogarle.

Yo sabía que Lili sería la primera en percatarse de que había ocurrido algo entre Hari y yo si los días transcurrían sin saber una palabra de él o sin que hubiera ningún encuentro entre nosotros. Yo era consciente de que le ayudaba guardando silencio, consciente de que desviaba la atención de él, pero no lo era entonces de lo que estaba haciendo en realidad: complaciendo mi pasión insatisfecha por él al tejerle alrededor una tela de araña protectora que incluso me excluía a mí. No pensé que me excluyese a mí. Lo vi más tarde.

Proseguí mi trabajo, mi vida ordinaria. Ninguna carta de él. Para no tener que responder a las preguntas de Lili, si ella se decidía a hacerlas, empecé a ir al club casi todas las tardes. Y la gente lo notó. Y me alegré de que lo notara. Si yo estaba en el club evidentemente no estaba con Hari. La primera vez que vi a Ronald allí se me acercó y me dijo: «¿Lo pasó bien en el templo?» Me encogí de hombros y contesté: «Vaya, no estuvo mal. Aunque es un poco timo. No puedes abrir la boca sin que te cueste dinero.» Él sonrió. No supe si

estaba complacido o perplejo. Me pregunté si percibiría mi fingida indiferencia, pero decidí que aunque lo hiciera no podría ver lo que escondía. Esa noche fue odiosa. Odié y sonreí a Ronald. Le seguí el juego. Y de nuevo sentí lo fácil, lo sencillo que era. Fingir conformismo. Porque en todo ese tiempo no había nada a lo que someterse, menos a una idea, a una charada en torno a una frase: superioridad blanca.

Y en todo momento deseando a Hari. Viéndolo en mi imaginación cómo él miraba por encima del hombro de cada cara rosada y viendo en cada una de ellas el esfuerzo de fingir que el mundo era así de pequeño. Aborrecible. Interiorizado. A punto de explotar como pólvora comprimida y lista para el disparo.

Pensé que la puñetera historia de *nuestra* estancia en la India había alcanzado el punto crítico. Era inevitable, puesto que se basaba en una violación. Quizá en una época hubo una fuerza física y también moral en acción. Pero la cuestión moral se había agriado. Agriado. Nuestras caras reflejaban esa acidez. Las mujeres tenían peor apariencia que los hombres porque la conciencia de la superioridad física es ajena a nosotras. Un hombre blanco puede sentirse físicamente superior en la India sin por ello asexuarse. ¿Pero qué le sucede a una mujer que se dice a sí misma que el noventa y nueve por ciento de los hombres que ve no son hombres en absoluto, sino criaturas de una especie inferior cuyo principal rasgo distintivo es el color? ¿Qué sucede si se priva de sexo a una nación, si se le trata como a una nación de eunucos? Porque eso es lo que hemos hecho, ¿no es verdad?

Dios sabe lo que sucede. Lo que sucederá. La situación parece ir de mal en peor, año tras año. Hay falta de honradez por ambas partes porque la cuestión moral se ha agriado tanto en nuestro caso como en el suyo. Hemos vuelto a lo básico, a la cuestión elemental de quién salta y quién ordena saltar. Se le llame con el nombre más florido que se quiera, hasta «el mayor experimento de gobierno colonial e influencia civilizadora desde la Roma precristiana», por citar a nuestro viejo amigo Swinson. Se ha convertido en una vulgar reyerta por el poder por parte de ellos y en una fatuidad igualmente vulgar por la nuestra. Y cuanto mayor su lucha, mayor nuestro engreimiento. No se puede ocultar por más tiempo porque el aspecto moral, si realmente existió alguna vez, está muerto. Y es culpa nuestra que haya muerto porque nuestra responsabilidad era ensancharlo, pero lo estrechamos cada vez más al no ajustar nunca los actos a las palabras. No las ajustamos porque aquí, donde era *necesario* hacerlo y que se viese que lo hacíamos, ese viejo y primitivo instinto salvaje de atacar y destruir lo que no entendimos parecía distinto y lo era, en efecto, prevalecía siempre. Y Dios sabe cuántos siglos es preciso remontarse para hallar la fuente del miedo manifiesto de los indios a un color de piel más pálido que el suyo. Que Dios nos proteja si alguna vez pierden ese miedo. Quizá miedo no sea la palabra exacta. Por lo menos en la India. Es una emoción muy primitiva y su civilización es antiquísima. Así que tal vez debería decir que Dios nos ayude si alguna vez su cansancio reemplaza al miedo. Pero cansancio tampoco es la palabra correcta. Quizá no tengamos palabra para expresar lo que sienten. Quizá ese sentimiento yace oculto en esa talla de piedra de Vishnú dormido, pero con aspecto de poder despertar en cualquier momento y llevarlos al olvido en un restallido de feliz trueno.

¿En eso consistía la diferencia entre mis emociones y las de Hari? ¿En que él sabía esperar y yo no sabía? Al final no pude soportar el silencio, la inacción, la separación, lo artificioso de mi situación. Le escribí. No tengo dotes para la abnegación. Supongo que es una deficiencia anglosajona. Continuamente queremos una prueba, una prueba aquí y ahora de nuestra existencia, de la huella que hemos impreso, una huella que poder ostentar prendida del cuello para etiquetarnos, para cerciorarnos de que no nos hemos extraviado en la oscura y horrible selva del anonimato.

Pero en mi impaciencia había cálculo, previsión y una aceptación anglosajona de que el tiempo atravesaba ciertas pautas fijas que el reloj y el calendario han sido inventados para definir. Cuanto más lejos te encuentras del ecuador, más sensible te vuelves al ritmo de la luz y la oscuridad, al modo en que se expande, se contrae y gobierna las estaciones, de modo que el tiempo mismo genera una característica específica que te pone alerta ante sus absurdas pero meticulosas exigencias. Si yo hubiera sido una chica india, quizá le habría dicho a Hari en mi nota: Esta noche, por favor. Pero, al no serlo, le di un plazo de tres o cuatro días. Tres o cuatro. He olvidado exactamente cuántos, lo que demuestra la intrascendencia del número exacto, demuestra lo poco que importaba también el día concreto propuesto; aunque lo recuerdo. Como seguramente todo el mundo se acuerda. El nueve de agosto. En mi nota le decía que iría al Santuario esa noche y que confiaba en encontrarle allí.

No recibí respuesta, pero al llegar el día señalado me sentí feliz, casi exultante. A la hora del desayuno sonó el teléfono. Pensé que era Hari y corrí a descolgarlo antes de que llegara Raju. No era Hari. Era el pequeño Srinivasan, que quería hablar con Lili. Envié a Raju arriba, al dormitorio de Lili, para que le dijera que descolgara el supletorio. Cuando subí a despedirme de Lili, ella me dijo: «Han detenido a Vassi.»

Bueno, tú ya conoces todos esos sucesos. Estábamos preparados para la noticia, pero cuando se produjo fue de todos modos una con-moción. Cuando llegué al hospital las chicas se comportaban como si hubieran sido las responsables directas que habían optado por la solución de meter entre rejas al Mahatma, a sus colegas y a los miembros del Congreso en todo el país. Un año antes, la mayoría de ellas no hubiera sabido siquiera qué era el Congreso. La atmósfera en el hospital aquella mañana era como la que había habido en el club al término de la Semana Bélica. Una de ellas dijo: «¿Os habéis fijado en los enfermeros? Todos están con el rabo entre las piernas.» En cuanto constataron este hecho, las chicas parecieron hacer todo lo posible por encontrar nuevos métodos para humillarles. Y hubo un sutil cambio en su actitud hacia mí, como si intentaran darme a entender que yo había pasado meses respaldando la causa perdida.

Hasta esa tarde no empezaron a asustarse. Primero circuló el rumor de disturbios en las subdivisiones, luego llegó la confirmación de que el ayudante del subcomisario había salido con patrullas de la policía para ver si podía establecerse algún contacto con una localidad llamada Tanpur. Empezó a llover. Y a eso de las cinco menos cuarto, cuando me disponía a terminar mi turno, hubo un revuelo porque Poulson había traído a la maestra de la misión, Miss Crane. Al principio creímos que la habían violado, pero Poulson me refirió la historia verídica. Le vi cuando se dirigía al despacho de la enfermera jefe. Habían atacado a Miss Crane cuando regresaba de Dibrapur hacia su casa, habían incendiado su coche y asesinado a uno de sus maestros: un indio. Estaba en estado de shock y con

síntomas de exposición prolongada a la intemperie. La encontraron sentada al borde de la carretera, custodiando el cuerpo del hombre asesinado. Como yo había visto una vez a Miss Crane en el bungalow del subcomisario, la enfermera jefe me autorizó a ir a verla. Pero ya estaba desvariando y no me reconoció. Pensé que estaba desahuciada. Repetía: «Lo siento. Siento que sea demasiado tarde», murmurando entre dientes algo de que había habido demasiados *chappattis* para ella sola, y preguntando por qué no los había comido yo también, ¿por qué me ha entrado el hambre? Tomé su mano e intenté establecer contacto con ella, pero lo único que hizo durante un rato fue repetir una y otra vez: «Siento que sea demasiado tarde.» Pero de repente dijo: «Yo soy Edwina Crane y mi madre murió hace más tiempo del que quiero recordar», y luego cayó en un delirio acerca de reparar el tejado y de que ella no podía hacer nada. «Nada», dijo, una y otra vez. «No puedo hacer nada.»

Estaba lloviendo cuando salí del hospital.[38] No había rastro del chófer de Ronald ni del camión. Supuse que esa noche Ronald estaría ocupado. Pero yo tenía mi bicicleta, mi chubasquero y mí sueste. Le había dicho a Lili que pasaría por el club, y también había prometido a las chicas verles allí, pero la visita a Miss Crane me había retrasado, y entonces fui derecha al Santuario, pedaleando por la calle Hospital, la calle Victoria y cruzando el río por el puente Bibighar. Puede ser que la lluvia y los rumores mantuviesen a casi todo el mundo en casa, porque vi poca gente. Llegué al Santuario alrededor de las 5,45. A esa hora la lluvia había amainado un poco.

Nunca te he descrito el Santuario, ¿verdad? Sales de la calle de prolongación del Chillianwallah Bagh y coges un camino que bordea el extenso erial próximo al río donde viven los intocables más pobres en chozas espantosamente sórdidas. Llegas a un terreno amurallado en el que hay tres edificios antiguos que datan de comienzos del siglo xix. Uno es el despacho, el otro el dispensario y la «celda» de la Hermana Ludmila, y el tercero y más grande es donde atiende a los enfermos y a los moribundos. Debe de ser casi un acre de terreno cercado por muros. El lugar parece abandonado, y la mayor parte del tiempo llega el olor del río. Pero en el interior de los edificios todo está limpio y ordenado, fregado y encalado.

Tienen un ayudante principal, un hombre de Goa, de mediana edad, que se llama De Souza, y varios hombres y mujeres a los que contrata ocasionalmente. Siempre me he preguntado de dónde saca ella el dinero.

Hari no estaba. Primero fui al despacho y vi a De Souza. Dijo que la Hermana Ludmila estaba en su habitación, y que hasta entonces no se había presentado nadie en el dispensario, probablemente a causa de los rumores de revuelta. Crucé hasta el dispensario y llamé a la puerta. No había visto a la hermana desde la semana de la visita al templo. Ella sabía que Hari y yo teníamos el proyecto de vernos allí. Me dijo que entrara y que se lo contase.

Entonces escampó, y durante cosa de unos diez minutos salió el sol, como pasa a menudo, al final de una lluvia vespertina, pero naturalmente estaba ya poniéndose. Ella preguntó: «¿Va a venir Hari?» Le contesté que no lo sabía con certeza. Y entonces me hizo preguntas sobre la visita al templo. Ella nunca había entrado. Le describí nuestro *puja* al Señor Ventakaswara y a la estatua de Vishnú durmiente. Sentí deseos de pedirle que me hablara de la noche en que había encontrado a Hari borracho en una zanja del yermo

[38] Aquí comienza la sección del Diario mostrada a Robin White

que había fuera del Santuario, pero no lo hice. A medida que transcurrían los minutos y él seguía sin aparecer, pensé: «Se está acabando, acabando todo antes de que haya probado o haya comprendido nada.» Miré la estatuilla de madera de Siva bailando. Pareció moverse. Llegó un momento en que tuve que apartar la vista porque me estaba privando de mi propia movilidad. Sentí que me estaba extraviando en la efigie. Me volví hacia la hermana. Siempre se sentaba en una postura muy erguida, en una silla dura de madera, con las manos cruzadas sobre el regazo y enseñando el anillo de boda. Nunca la vi sin la toca, por lo que no sé si tendría rapado el pelo. Otras veces en que había estado en su habitación, la simplicidad y la desnudez del cuarto me habían sugerido una idea de seguridad, pero esa noche pensé: «La seguridad no viene de la habitación, viene de ella.» Sentí que también esa seguridad me abandonaba. Había muchas cosas que quería saber de ella, pero solamente en una ocasión le había hecho una pregunta personal. Ella hablaba inglés muy bien, pero con un fuerte acento. Le pregunté dónde lo había aprendido, y me respondió: «De mi marido. Se apellidaba Smith.» Se contaban de ella muchas historias distintas: por ejemplo, que de joven se había escapado de un convento y que se vestía al estilo de una monja con la esperanza de que la perdonasen. No creo que fuese cierto. Creo que ninguna historia sobre ella era verdad. Sólo su caridad lo era. Para mí siempre pesó más que la curiosidad. Cuando hablabas con ella no había el menor misterio. Ella misma era la explicación que creo que su persona demandaba. Y esto es raro, ¿verdad? Explicarte a ti misma por lo que eres y por lo que haces, y no por lo que has hecho o has sido o por lo que la gente cree que podrías ser o podrías volverte.

Me quedé una hora, hasta el anochecer. Me dije que seguramente Hari trabajaría hasta tarde, pero sabía que eso no explicaba su silencio. Me pregunté si le habrían detenido de nuevo, pero decidí que era improbable. Las detenciones habían sido de miembros prominentes del Congreso, como Vassi. Pensé en pasar por casa de la tía Shalini, pero una vez en la calle de prolongación del Chillianwallah Bagh cambié de idea y giré hacia el puente Bibighar. Casi había anochecido. Pensando que quizá lloviese otra vez me eché por encima el chubasquero y el sueste en lugar de atarlos a la parrilla, y estaban calientes y húmedos. Atravesé el puente y el paso a nivel. Cuando llegué a la farola enfrente de Bibighar paré, me quité el impermeable y lo puse encima del manillar. Parada causante de que hiciera rodar la bicicleta hasta el otro lado de la calle para atravesar la entrada de Bibighar. Cuando me detuve había tenido la fuerte sensación de que Hari estaba allí, sentado en el pabellón, solo, no esperándome, sino pensando en mí, preguntándose si yo aparecería o no.

Crucé la puerta abierta y recorrí el sendero hasta el lugar donde siempre dejábamos las bicicletas, un sitio donde podíamos apoyarlas contra la pared y al mismo tiempo vigilarlas desde el pabellón. Al llegar a este sitio no había bicicleta. Miré en el otro sentido, hacia el pabellón. Al principio no vi nada, pero luego vi el resplandor de un cigarrillo encendido. Calculo que habrá unos cien metros entre el camino que va junto a la pared y el pabellón. Se puede recorrer esa distancia directa-mente subiendo lo que en un tiempo fue césped y la serie de pequeños escalones. Por eso solíamos dejar las bicicletas contra la pared, para no tener que cargar con ellas por las escaleras. El otro modo de llegar al pabellón es por el sendero que bordea los jardines. No estaba segura de que la persona que estaba en el pabellón fuese Hari, y por tanto subí por el sendero.

Cuando llegué a un costado del pabellón pude ver a un hombre de pie en la plataforma de mosaico. Pregunté: «Hari, ¿eres tú?» Él respondió: «Sí.» Apagué la luz, recosté la bicicleta contra un árbol y subí hasta donde estaba él. Entonces me di cuenta de que había llevado el chubasquero conmigo.

Le pregunté: «¿Recibiste mi nota?» Pero era una pregunta tonta. Él no contestó. Busqué un cigarro y descubrí que se me habían terminado. Le pedí uno de los suyos. Él me lo dio. Me hizo toser, y por eso lo tiré. Me senté en el mosaico. El techo sobresale por encima del borde y el mosaico está siempre seco. No necesitaba el impermeable. Lo dejé cerca en el suelo. Con tantos árboles alrededor parece como si estuviera lloviendo mucho después de haber escampado. Caen gotas de agua del techo y también de las hojas. Al final él también se sentó y encendió otro cigarro. Yo dije: «Déjame probar otra vez.» Abrió el paquete y me tendió uno. Yo lo cogí. Luego agarré la mano en la que sostenía su cigarrillo y encendí el mío con el suyo. Fumé sin inhalar. Al cabo de un rato dijo:

—¿Qué has intentado demostrar? ¿Que no te importa tocarme?

—Creí que ya habíamos superado eso —respondí—.

—No —dijo él—, nunca lo superaremos.

—Pues hay que hacerlo —dije yo—. *Yo* tengo que superarlo. Nunca ha sido un obstáculo, de todas maneras. Por lo menos para mí.

Me preguntó por qué había ido a Bibighar. Le dije que había esperado una hora en el Santuario y que había entrado al pasar por delante porque pensé que él podría estar allí.

Él dijo un momento después:

—No deberías andar esta noche sola por la calle. Te acompañaré a casa. Tira esa porquería.

Esperó, y después se inclinó hacia adelante, me agarró de la muñeca, me quitó el cigarro y lo arrojó al jardín. No pude resistirlo, teniéndole tan cerca y sabiendo que estaba a punto de perderle. Aquel contagioso apretón de mi muñeca era como el gesto de impaciencia de un amante. También lo fue para él. Deseé que no me soltara. Hubo un instante en que tuve miedo, quizá porque él quería que lo tuviese. Pero luego empezamos a besarnos. Se le había remangado la camisa porque la llevaba suelta sobre el cinturón, y mi mano tocaba su espalda desnuda, y a continuación los dos nos extraviamos. Su modo de tomarme no fue en absoluto suave. Me sentí levantada en vilo hasta el mosaico. Me desgarró la ropa interior y se aplastó contra mí con toda su fuerza. Pero aquello no éramos yo y Hari. Su penetración me hizo gritar. Y luego él y yo fuimos nosotros.

Vinieron cuando yacíamos medio dormidos escuchando el croar de las ranas, con su mano encima de mi seno y la mía en su pelo negro, moviéndose para rastrear el milagro de su oreja negra.

Cinco o seis hombres. De repente. Trepando a la plataforma. Las caras de mis pesadillas. Pero no eran caras. Formas negras con prendas de algodón blanco; ropa pestilente, andrajosa. Convergiendo sobre Hari, llevándoselo. Y después la oscuridad. Y un olor familiar. Pero caliente y sofocante. Tapándome la cabeza. Mientras empezaba a forcejear sólo pude pensar en la cosa que me tapaba la cabeza. La conocía, pero no la conocía porque me estaba asfixiando. Y luego hubo un momento —el momento, supongo, en que el hombre que me mantenía tumbada y me tapaba con aquella cosa asfixiante pero familiar, retiró su peso—, un momento en que olvidé lo que me tapaba y sentí solamente mi desnudez al descubierto. Debió de retirar su

peso cuando los otros ya habían terminado de ocuparse de Hari y llegaban en su ayuda. Sentí una presión sobre las rodillas, los tobillos y después las muñecas; fue un instante de terrible indefensión y vulnerabilidad, al que siguió la primera experiencia de este atroz animal que arremete, el movimiento del amor sin el atenuante de un solo segundo de afecto.

Ya no sueño con caras. En los malos sueños, ahora, normalmente soy ciega. Este tipo de sueño comienza con la imagen de Siva. Le veo únicamente con mi capacidad de evocación. De pronto abandona su círculo de fuego cósmico y me cubre, aprisiona mis brazos y mis piernas en la oscuridad. Subrepticiamente, saco un nuevo brazo para combatirle o para abrazarle, pero él siempre tiene uno más para sujetarme, un nuevo *lingam* que surge en sustitución del consumido. El sueño termina cuando ya no estoy ciega y veo la expresión de su cara, un semblante de absolución y de invitación. Entonces despierto y me acuerdo de que después de que se hubieron ido me encontré agarrando mi chubasquero, respirando, consciente de que era una bendición que hubiese aire con que llenar mis pulmones, y pensando: «Era mío, el impermeable que uso para la lluvia, mío todo el tiempo, parte de mi vida.» Abracé el chubasquero. Lo apreté contra mi cuerpo y lo cubrí con él. Creí que estaba sola. Llegué a pensar que Hari se había ido con ellos porque formaba parte del grupo.

Pero entonces le vi, su silueta, tendida como yo estaba tendida sobre el mosaico. Le habían atado las manos, la boca y los tobillos con tiras de tela, arrancadas, que yo supiera, de su propia ropa (la que llevaban los hombres), y le habían colocado en un sitio donde habría tenido que cerrar los ojos si no hubiera querido ver lo que ocurría.

Gateé como un niño por el mosaico y me esforcé en soltar los nudos, me esforcé porque eran nudos prietos y difíciles y porque al mismo tiempo procuraba taparme con el impermeable. Primero le desaté la mordaza de la boca, por si respiraba con dificultad, luego las tiras de tela en torno a los tobillos y finalmente las que le rodeaban las muñecas. Y mientras le desataba él siguió tumbado donde le habían dejado, de modo que en seguida le acogí en mis brazos porque no podía soportarlo. Era insoportable oírle llorar.

Lloraba de vergüenza, me imagino, y por haber sido impotente para impedir lo que me había sucedido. El dijo algo que yo estaba demasiado aturdida para entender, pero que al pensar retrospectivamente en ello me parece una súplica balbuceante de perdón.

Repentinamente sentí mucho frío. Noté que tiritaba. Entonces él me abrazó a *mí,* y por un momento permanecimos estrechados como dos niños asustados de la oscuridad. Pero yo no cesaba de tiritar. Él extendió el impermeable hasta cubrirme los hombros y luego me cubrió por delante. Se levantó y buscó mis ropas. Las sentí en mis manos y se las quité de las suyas. Él dijo: «Pon los brazos alrededor de mi cuello.» Le obedecí. Me levantó y me llevó hasta las escaleras, y bajó los peldaños uno a uno. Pensé en todos los que había entre el pabellón y la entrada, y luego me acordé de la bicicleta. Pensé que iba a transportarme en brazos a través del jardín, pero él se dirigió hacia el sendero. Al pasar por el sitio donde yo había dejado la bici le dije: «No, está por ahí.» No me entendió. Añadí: «Mi bicicleta.» Me depositó en el suelo, pero sin soltarme. Dijo que no la veía, que los hombres debían de haberla robado o escondido. Dijo que volvería por la mañana a

buscarla. Le pregunté por su bicicleta. La había dejado en el bazar para que la repararan. No la había tenido en todo el día. Me levantó otra vez y me transportó por el sendero. Sentí que me convertía en un peso muerto en sus brazos. Le pedí que me posara. Lo hizo, pero volvió a levantarme. Se lo permití mientras estuvimos en el jardín. Si le hubiera pedido que me cargara en brazos durante todo el trayecto hasta la casa Mac-Gregor, creo que de un modo u otro habría conseguido hacerlo. Pero cuando llegamos a la entrada y me depositó de nuevo en el suelo —como para recuperar el aliento—, el mundo exterior al jardín apareció nuevamente a la vista. Al otro lado de la entrada estaba el comienzo de lo que otra muchacha blanca hubiera considerado la seguridad. También lo era para mí en un sentido. Pero no para él. Cuando se agachó para volver a levantarme yo le aparté, le aparté como a un niño que extiende la mano para tocar algo que fuese a quemarle o escaldarle. Al ver la entrada del jardín imaginé a Hari traspasándola con mi cuerpo en brazos hacia la luz, hacia el acantonamiento.

—No —le dije—. Tengo que volver a casa sola. No hemos estado juntos. No te he visto.

Él intentó agarrarme del brazo. Yo retrocedí fuera de su alcance. Dije:

—No. Deja que me vaya. No has estado conmigo. Tú no sabes nada. No sabes nada. No digas nada.

No quiso escucharme. Me agarró, trató de estrecharme, pero yo forcejeé. Estaba empavorecida, pensando en lo que le harían. Nadie me creería. Dijo:

—Tengo que estar contigo. Te quiero. Por favor, déjame estar contigo.

Si no hubiera dicho esto quizá yo habría cedido. La idea de que él tenía razón y yo me equivocaba y de que la única manera de haber afrontado los hechos era recurrir a la verdad es ahora una de las cosas que me devanan los sesos y me pesan dentro: un fardo tan pesado aunque menos obvio que el niño. Y puede extrañarte que cuando él dijo que me amaba mi determinación de resistir no hubiera cesado bruscamente. Pero el amor no es así, ¿verdad? Para mí no lo era. Me desconcertó. Me sumió en un pánico peor del que sentía, a causa de lo que podrían hacerle si él *les* decía: «La quiero. Nos queremos.»

Le pegué, no para escaparme sino para que *él* huyera. Intentaba meterle un poco de juicio, de cordura y de astucia. Repetí varias veces:

—No nos hemos visto. Has estado en casa. No digas nada. No sabes nada. Prométemelo.

Eché a correr sin esperar a que me lo prometiera. En la entrada me agarró y trató de sujetarme. Le volví a pedir que me soltara, que *por favor* me soltara, que no dijera nada, que no sabía nada, *por mi bien,* al menos, si era la única forma de que no dijera nada ni supiera nada por su propio bien. Le estreché un instante —fue la última vez que le toqué— y luego me liberé, crucé la puerta de entrada y corrí, corrí hasta entrar y salir de la luz de la farola de enfrente, corrí a la oscuridad y agradecí su sombra, sin elegir una dirección concreta en mi carrera. Me detuve y me apoyé contra una tapia. Quise volver. Quise reconocer que no podía encararlo sola. Y quise que él supiera que yo pensaba que me había equivocado totalmente. Él no sabría lo que sentía, lo que quería decir. Estaba dolorida. Estaba exhausta. Y asustada. Demasiado asustada para volver atrás.

Dije: «No puedo hacer nada, nada, nada», y me pregunté dónde había oído esas palabras antes, y eché a correr de nuevo por aquellas horribles calles desiertas y mal alumbradas que deberían estar conduciéndome a casa, pero que no me estaban llevando a ningún lugar reco-nocible; a una seguridad

que no lo era, porque más allá se extendían las llanuras y el espacio abierto que me dieron la impresión de que si corría lo bastante lejos rebasaría el lindero del mundo.[39]

Parecía tan sencillo entonces decir: «Hari no estaba allí», y pensar, simplemente diciéndolo, que le ponía a salvo de todo perjuicio. Es demasiado fácil ahora pensar que su única protección real era la verdad, por muy desagradable que hubiera sido para nosotros decirla, que se dijera, por muy amenazador y peligroso que hubiera resultado para él. Bueno, si Hari hubiera sido inglés —aquel joven oficial que empezó a toquetearme en el baile de la Semana Bélica, por ejemplo—, la verdad habría surtido efecto, y supongo que nunca se nos habría ocurrido la idea de decir nada más. Al enterarse de lo que él y yo habíamos estado haciendo en Bibighar, la gente se hubiera puesto de nuestra parte mientras procuraban hacer justicia, y en cuanto se hubiera hecho o se hubieran tomado todas las medidas posibles para un objetivo que no satisficiese la justicia porque no se había podido capturar a los culpables, habría cambiado de opinión y dejado bien claro que ahora nuestro deber, y el mío en particular, consistía en esfumarnos.

Pero no era un inglés. Y por supuesto hay personas que dirían que jamás habría sucedido de haberlo sido, y supongo que tendrían razón porque él y yo nunca habríamos estado allí después de anochecer. Él me habría seducido en la trasera de un camión aparcado en el estacionamiento del club Hípico, o en el rincón que hay detrás de los vestuarios de la piscina, o en una habitación de una de las residencias de solteros, o incluso en mi dormitorio de la casa MacGregor una noche en que Lili hubiera ido a jugar al bridge. Y hay personas que dirían que aun en el caso de que ese oficial y yo hubiéramos hecho el amor en el pabellón de los jardines Bibighar, nunca nos habría atacado una pandilla de vándalos indios. Lo que seguramente también es cierto, aunque sus razones para afirmarlo no serían estrictamente correctas. Hubieran investido al oficial de una especie de poderes de superhombre que le facultaban para dar una buena tunda a una pandilla de puñeteros negros, siendo así que, de hecho, hubiera dado buena cuenta de ese grupo de negros su propio temor al hombre blanco. Miss Crane recibió algunos golpes, pero fue el maestro indio que les acompañaba quien resultó asesinado. Me asaltaron a mí porque habían visto a un indio haciendo el amor conmigo. El tabú quedaba así roto.

Creo que Hari comprendió esto. Creo que fue lo que entendió y el motivo de que se sintiera avergonzado y me pidiera perdón. Lo único que yo entendí fue el riesgo que comportaba para él, en cuanto hombre de color, cruzar conmigo en brazos una entrada que daba a un universo de personas de piel blanca.

Busco símiles, algo que explique con mayor claridad todo esto, pero no encuentro nada porque no *hay* nada. Es lo que es: un indio cargando a una chica inglesa con la que ha hecho el amor y cuyo asalto le han obligado a presenciar; transportándola adonde estaría a salvo. Es su propio símil. Expresa todo lo que hace falta expresar, ¿no? Si lo prolongas, si te lo imaginas cargando conmigo durante todo el trayecto hasta la casa MacGregor, entregándome al cuidado de la tía Lili, llamando al médico, llamando a la policía, respondiendo a preguntas y recibiendo el trato de un hombre que me ha rescatado, la absurdidad, la inverosimilitud se vuelve casi intolerable. De este modo llegas directamente al punto en que Hari, en

[39] Fin de la sección del Diario mostrada a Robín White

un aparte con Ronald, por ejemplo, tiene que decir: «Sí, estábamos haciendo el amor», y el gesto de asentimiento que *tendría* que hacer Ronald no se produciría, a menos que se blanquease la piel de Hari, blanquearse hasta que no sólo pareciese la de un hombre blanco, sino la de un hombre demasiado estremecido para que otro hombre de su misma raza no se apiadara, por muchos reproches que tuviera que hacerle.

Y ésa es la razón de que pelease con él, de que le pegase, de que le dijera: «No nos hemos visto. Tú no sabes nada.»

Qué fácil de decir. «No he visto a Hari. No le he visto desde que visitamos el templo.» Es lo que le dije a Lili cuando yo estaba tumbada en el sofá de la sala. Ella había comprendido por fin lo que no marchaba bien, y había preguntado: «¿Ha sido Hari?» Y entonces me salió, quizá con demasiada soltura, pero de un modo irrefutable:

—No, no. No he visto a Hari. No lo he visto desde que visitamos el templo.

—¿Quién ha sido entonces? —me preguntó. No me atrevía a mirarla. Respondí:

—No lo sé. Cinco o seis hombres. No he visto nada. Estaba oscuro. Me han tapado la cabeza.

Entonces, si no los has visto, ¿cómo puedes saber que uno de ellos no era Hari Kumar? Era una pregunta que requería una respuesta, ¿no? Ella no la hizo. Preguntó, en cambio: «¿Dónde?», y yo le dije: «En Bibighar», y de nuevo surgía una pregunta. ¿Qué estaba haciendo yo en Bibighar? No me lo preguntó. No entonces. Ni Lili. Pero la trampa empezaba a cerrarse. Había estado cerrándose desde que volví y trastabillé y caí en las escaleras de la galería.

Me hice mucho daño en la rodilla. Creo que me desmayé durante unos segundos. Cuando recuperé el conocimiento y me levanté, allí estaba Lili, mirándome como si no me reconociera. Recuerdo que ella pronunció el nombre de Raju. Supongo que le llamó para que ayudara, o que él había salido con ella. Lo siguiente que recuerdo es que estaba en la sala y que me daban una copa de brandy. Raju y Bhalu debieron de ser los que me transportaron dentro. Me acuerdo de Bhalu plantado en la alfombra sin sus *chappals*. Descalzo. Y recuerdo los pies descalzos de Raju. Manos negras. Y caras negras. Después de haber tomado yo el brandy, Lili les pidió que llevaran a la *mensahib* arriba. Cuando ellos se acercaron hacia mí no pude aguantarlo y empecé a gritar y a decirle a ella que los despachara. Fue entonces cuando Lili supo lo que había sucedido. En cuanto abrí otra vez los ojos ella y yo estábamos solas y me daba vergüenza mirarla. Ella preguntó: «¿Ha sido Hari?», y yo le respondí lo que había planeado.

Todavía me avergüenzo del grito que lancé cuando Raju y Bhalu se aproximaban a mí. Grité porque eran negros. Estoy avergonzada porque el grito demostraba que a pesar de amar a Hari no había exorcizado ese miedo primitivo y estúpido. Había hecho una excepción con Hari. No quiero decir que le amaba a pesar de su color oscuro. Su color oscuro era inseparable de su atracción física. Creo que quiero decir que al amarle y sentirme físicamente atraída por él había revestido su piel negra de un significado o propósito especiales, la había desgajado de su contexto natural en lugar de identificarme con ella en su contexto. Había en ello un elemento de satisfacción propia, de súplica especial y de orgullo suplementario en el amor, debido a la barrera personal y social que mi amor me había ayudado a franquear. No la había franqueado en absoluto. No, no es del todo cierto. La había superado en parte. Lo suficiente para avergonzarme entonces, y

también ahora, y para pedir a Lili que volviera a llamar a Raju y a Bhalu para que subieran a mi habitación. Les di las gracias y traté de mostrarles que lo lamentaba. Por la mañana, en mi bandeja, había flores del jardín que Lili me dijo que Bahlu había cortado para mí.

Antes de que me ayudaran a subir, Raju había telefoneado a la Dra. Klaus. En el camino hacia mi habitación, Lili dijo: «Será ella.» Instantes después sonó una llamada en la puerta de la alcoba y Lili gritó: «Entre, Anna.» Yo ni siquiera quería ver a Anna, así que giré la cabeza cuando la puerta se abrió. Oí a Lili decir: «No, no, no entre.» Se levantó, salió y cerró la puerta. Cuando volvió me dijo que era Ronald, que había estado antes en casa buscándome. Dije: «Es muy amable por su parte, pero ya he vuelto, o sea que dile que no ha pasado nada.» Lili dijo: «Pero escucha, querida, sí ha pasado, ¿verdad?» Y empezó a hacerme preguntas otra vez, para obtener la respuesta a las que había formulado Ronald. En Bibighar, ¿pero cuándo? ¿Cuántos hombres? ¿Qué clase de hombres? ¿No había reconocido a ninguno? ¿Reconocería a alguno? ¿Cómo había vuelto?

Me dejó sola unos minutos. La oí hablando con Ronald en el pasillo. Cuando volvió no dijo nada, sino que se sentó en la cama y me cogió la mano. Estando así oímos alejarse el vehículo de Ronald. Conducía muy rápido. Sin mirar a Lili dije: «Le has dicho que no ha sido Hari, ¿verdad?»

Ella respondió que se lo había dicho, y así supe que Ronald lo había preguntado. El modo en que habían llegado a la conclusión de que Hari estaba involucrado sólo sirvió para robustecer mi decisión de obstinarme en mentir.

Ahora era sólo cuestión de esperar a Anna. Me alegré de que llegara, me alegró verme tratada clínica, desapasionadamente, como si fuese un espécimen. Cuando ella terminó, le pedí que le dijera a Lili que mandara preparar el baño a uno de los chicos. Tenía la impresión de que si al menos me tendía una hora en agua caliente podría empezar a sentirme limpia. Ella fingió acceder, pero me había dado un fuerte calmante. Recuerdo el sonido del agua corriente y el tránsito hacia el semisueño, imaginando que el agua del baño era lluvia torrencial. Había abierto el grifo únicamente para arrullarme. Cuando desperté era la mañana. Ella seguía al lado de mi cama. Le pregunté: «¿Ha estado aquí toda la noche?» No había estado, por supuesto, sino que había venido a primera hora de la mañana. Siempre me había gustado Anna, pero hasta esa mañana me había inspirado un cierto temor, como el que sentimos por las personas cuyas experiencias no han sido felices. Vacilamos en interrogarlas. Nunca pregunté a Anna nada de Alemania. Ahora no había necesidad. Habíamos encontrado algo en común. Y por eso podíamos sonreímos mutuamente, nada más que un instante, y con cierta distancia, como si el vínculo entre nosotras fuese apenas perceptible.

He dicho la verdad, tía, tal como sé decirla. Lamento no haber podido decirla antes. Odio las mentiras. Pero creo que volvería a decirlas. Nada de lo que sucedió después de Bibighar me demuestra ahora que me equivocaba en defender a Hari negando que le había visto. Sé íntimamente que sufrió. Sé que le están castigando. Pero no debo creer que el castigo que recibe a causa de mis mentiras sea más severo que el que le hubieran impuesto por la verdad.

Cuando pienso en las deformaciones que la gente usó en un intento de probar que yo mentía y en una tentativa de implicarle, me estremece la idea

de lo que podría haberle ocurrido si una sola vez, por un *lapsus linguae,* yo hubiese confesado que estuvimos en Bibighar juntos.

Pero esto no me ayuda a sobrellevar la conciencia de que esos otros chicos están siendo injustamente castigados. ¿Cómo se puede castigar a inocentes? Sé que al final ingresaron en la cárcel, según dicen, por motivos no relacionados con el asalto. Me aferró a esto con la esperanza de que sea cierto. Pero de no haber sido por ese asalto creo que estarían actualmente en libertad. Deben de haber sido falsos culpables. Sé que dije que no había visto a mis atacantes, y es verdad. Pero tenía una impresión de ellos, de su ropa, de su olor, una percepción de ellos como hombres, no muchachos. Eran bárbaros de algún pueblo que habían venido a Mayapore a armar gresca. Por lo que la gente dice, los chicos detenidos no parecían gamberros en absoluto.

No me enteré de las detenciones hasta última hora del día siguiente. Anna y Lili ya lo sabían. Ronald había vuelto la noche anterior y les había dicho que tenía encerrados «bajo siete llaves a los responsables». No me dijeron nada en ese momento porque ya me había quedado dormida, y nada por la mañana porque uno de los hombres era Hari. A eso de las doce y media Lili entró con Anna, y dijo:

—Jack Poulson tiene que hablar contigo, pero puede hacerlo delante de Anna.

Yo le pedí que se quedara también ella, pero Lili dijo que sería mejor que Anna y Jack hablaran a solas conmigo. Al entrar, Jack Pulson tenía aspecto de mártir cristiano que acaba de negarse por última vez a apostatar de Dios. Yo me sentía violenta con él y él se sentía violento conmigo. Anna se colocó junto a la puerta abierta que daba al balcón y Jack se situó a su lado hasta que le pedí que se sentara. Se disculpó por tener que hacer preguntas y explicó que Robin White le había encomendado la tarea de «ocuparse de las pruebas», puesto que no se trataba de una cuestión simplemente policial sino de un asunto que afectaba a la totalidad de la colonia.

Yo había tenido tiempo para pensar, tiempo para inquietarme por las preguntas que Lili no me había hecho la noche anterior, pero que yo había considerado que eran preguntas que precisaban respuesta. ¿Qué estaba haciendo yo en Bibighar? ¿Cómo sabía que Hari no estaba si no había visto a mis agresores? Comprendí que la única manera de encarar un interrogatorio sin incriminar a Hari era revivir mentalmente el episodio entero como había ocurrido, como habría tenido que ocurrir si Hari no hubiese estado en Bibighar conmigo.

Mi versión fue la siguiente: que después de haber visitado a Miss Crane había salido del hospital e ido al Santuario. Insistí en pedir a Jack Poulson que no hiciera hincapié en lo del Santuario —si podía evitarlo— porque yo iba allí a ayudar en el dispensario y estaba segura de que esto constituía una infracción de las normas del hospital, aun en el caso de una enfermera voluntaria y sin sueldo. Él sonrió, como yo me había propuesto que hiciera. Pero luego se esfumó su sonrisa y con su silencio me instó a proseguir, sin apoyo, hasta la parte difícil de la historia.

Dejé el Santuario hacia el atardecer. Era ya evidente que nadie vendría al dispensario a causa de los rumores de disturbios. El silencio que reinaba en toda la ciudad no era natural. La gente se había impuesto su propio toque de queda. Pero este hecho, lejos de atemorizarme, me reportó un falso sentido de seguridad. Por una vez, sentía que Mayapore estaba enteramente a mi

disposición. Pedaleé hasta la calle de prolongación del Chillianwallah Bagh y luego crucé el puente Bibighar y el paso a nivel.

En este punto Jack Poulson preguntó:

—¿No vio a nadie cerca de este paso?

Lo pensé. (Todavía no me habían informado de las detenciones.) Hasta ese momento estábamos todavía abordando los hechos, la verdad, y yo debía juzgar en qué medida podía permitirme el decirla. Hasta ahí no vi nada peligroso en la verdad, y por tanto traté de evocar una descripción exacta del acto de cruzar el puente y la vía férrea. Dije:

—No. No había nadie allí. La luz estaba verde... y me parece recordar luces y voces que venían de la caseta del guardavías. Al decir voces me refiero a niños llorando. Tuve una impresión de algún tipo de problema doméstico que exigía la atención de todo el mundo. De todos modos, seguí pedaleando. Al llegar a la farola que hay enfrente de Bibighar me detuve y me apeé.

Tras una pausa de espera, Jack preguntó:

—¿Por qué?

—En principio paré para quitarme el chubasquero —dije—. Me lo había puesto al dejar a la Hermana Ludmila porque pensé que iba a llover otra vez, pero no llovía, y ya sabe usted lo que molesta llevar puesto un impermeable sin motivo.

Jack asintió y preguntó si de hecho me había parado *debajo* de la farola. Yo pensé: Eso significa que alguien me vio o que están intentando probar que alguien podría haberme visto. No me inquietó porque hasta entonces seguía contando la verdad. Pero fui cautelosa y me alegré de que la mentira a medias que estaba a punto de decir se acercara más a la verdad que la historia que al principio había urdido y después rechazado: que me detuve junto a Bibighar para *ponerme* el chubasquero porque pensé que iba a llover, o porque había empezado a llover y había decidido guarecerme un rato en los jardines Bibighar. Descarté esta versión porque no había estado a punto de llover y no llovió, y cualquiera podía haber atestiguado que no llovía.

Así que dije que sí, que me había parado debajo de la farola y me había quitado el chubasquero. Y mi sueste. Lo guardé en el bolsillo del impermeable y coloqué éste sobre el manillar. Poulson preguntó:

—¿Qué quiere decir con eso de que *en principio* se paró para quitarse el chubasquero?

Era el primer punto de auténtico peligro. Nuevamente me alegré de haber descartado la idea de un ataque melodramático por parte de asaltantes desconocidos que me redujeron y me arrastraron dentro de Bibighar. Respondí:

—Le parecerá una solemne tontería, o, si no tontería, una insensatez o un descuido. —Ahora que de hecho estaba contando la mentira, me felicité. De un modo extraño, la trola era muy acertada. Típica de aquella patosa, la *manazos* de Daphne Manners. Miré a Jack Poulson directamente a los ojos y se lo solté.

—El acantonamiento estaba tan silencioso y desierto que tuve la sensación de haber visto a los fantasmas.

— ¿Fantasmas? —dijo él. Procuró adoptar una expresión profesional, pero sólo logró parecer tan inquisitivo como yo había fingido ser la víspera.

—Sí —dije—. Los fantasmas de Bibighar. Nunca había estado allí en la oscuridad —lo cual era peligroso, pero coló—, y recordé haber oído decir que lo consideraban un lugar embrujado. Así que me dije algo así como «Arriba el

ejército, adelante valientes», y crucé la carretera y entré. Se puede entrar siempre porque no hay puerta. Me pareció que era una especie de travesura y que cuando volviese podría decirle a Lili: «Bueno, he conjurado a esos fantasmas de Bibighar. He hecho salir a Janet MacGregor.» Empujé la bicicleta por el sendero hasta el pabellón, la aparqué, apagué la luz y subí a la plataforma de mosaico.

Pero Poulson nunca había estado en Bibighar. Fue más tarde a inspeccionar el escenario, pero de momento tuve que explicarle lo que era la plataforma de mosaico para ponerle en ambiente.

—Pues bien —dije—, me senté en la plataforma y fumé un cigarro (eso se me escapó y también era peligroso, porque si habían sobrevivido algunas colillas a las lluvias nocturnas no serían de cigarrillos ingleses), y esperé a que aparecieran los fantasmas. Me decía cosas como «vamos, fantasmas, dad la cara», y luego empiece a pensar en Miss Crane y me pregunté si no estaría cometiendo una temeridad. Supongo que era una locura por mi parte estar allí sentada, la peor noche de todas. Pero no había tomado en serio lo que había ocurrido en los pueblos distantes del distrito, ¿y usted? Supongo que me estaban observando. No oí nada, aparte del goteo y el croar de las ranas. Los hombres aparecieron bastante por sorpresa. Como si salieran de la nada.

Poulson volvió a poner cara de mártir cristiano.

—¿Y no les vio? —dijo. Lo cual era el otro toque de aviso. Contesté:

—Bueno, quizás un instante. Pero todo fue rapidísimo. No hubo ninguna señal de alarma. En un momento dado estaba sola y al siguiente rodeada.

Naturalmente, era la parte de la historia que Jack Poulson quería conocer, pero que le resultaba tan inmensamente incómoda que apenas se atrevía a mirarme mientras yo se lo contaba. Lanzaba ojeadas a Anna, en busca de apoyo moral, y en aquel momento me pregunté porqué ella se limitaba a estar presente, escuchando, evidentemente, pero contemplando el jardín, distanciándose del interrogatorio, convertida en una piedra impersonal que sólo entraría en acción y volvería a ser Anna si la voz de su paciente delataba signos de angustia. Jack Poulson dijo:

—Siento tener que insistir en estas preguntas, pero ¿no recuerda nada de esos hombres o de alguno de ellos, no se acuerda de algo que pueda servir para identificarlos?

Traté de ganar tiempo. Dije:

—Creo que no. O sea, todos parecen iguales, ¿no? Sobre todo en la oscuridad —y fui consciente de haber dicho algo que podía considerarse indelicado y también impropio. Me preguntó cómo iban vestidos. Yo tenía un claro recuerdo de ropas de algodón blanco, ya sabes, *dhotis* y camisas de cuello alto, ropa de campesino, sucia y maloliente. Pero otra vez sonó la campanilla de alerta. Vi *el peligro que representaba para Hari que los hombres fuesen capturados.* Creo que si me llevaban a Bibighar de noche y me ponían delante a los agresores los hubiera reconocido. Se puede reconocer a la gente, aunque creas que no tienes nada con qué identificarla, y aunque sólo hayas tenido unos segundos para obtener una impresión que difícilmente puedes creer que lo es, o por lo menos que es una impresión que vale la pena describir o intentar describir. Yo tenía miedo de una confrontación con ellos, miedo de que me *obligaran* a decir: «Sí, son éstos», porque entonces ellos alegarían que había habido provocación, se pondrían de rodillas, gritarían, suplicarían clemencia y dirían que jamás se les habría

ocurrido hacer una cosa así *si la mujer blanca no hubiera estado ya haciendo el amor con un indio.*

La trampa estaba ya en pleno funcionamiento, ¿verdad, tía? En cuanto has empezado a mentir no hay manera de parar. Me había colocado en una situación en la que no había más escapatoria que decir la verdad. No me atreví a confesarla, y por tanto lo único que me restaba por hacer era confundir, desconcertar a la gente y hacer que me odiara; o bien *esto* o bien crispar cada nervio para mantener a Hari al margen mediante la terca insistencia en afirmar que no estuvo allí, de forma que nunca pudieran acusar, procesar o castigar a los hombres que me habían atacado porque sabían que el principal testigo de la acusación torcería todas las lanzas que intentasen arrojar.

Pero por supuesto yo estaba olvidando o, en definitiva, no teniendo en cuenta el poder que tenían de acusar y castigar basados simplemente en la sospecha. Hubo un momento en que estuve a punto de decir la verdad, porque vi la manera en que podrían ir las cosas. Me alegro de no haberlo hecho, porque creo que entonces hubieran demostrado de alguna manera que Hari era técnicamente culpable de violación, ya que había estado allí, hecho el amor conmigo e incitado a otros a seguir su ejemplo. Mi mentira al menos le salvaba de ser castigado por violación. También evitaba que aquellos chicos inocentes fuesen condenados por el mismo delito. Nunca he preguntado cuál es la pena por violación. ¿La horca? ¿Cadena perpetua? La gente hablaba de colgarlos del cabo de una soga. O de dispararlos por la boca de un cañón, que es lo que hacíamos con los amotinados en el siglo diecinueve.

Así que cuando Jack Poulson me preguntó cómo iban vestidos los hombres le dije que no lo sabía seguro, pero luego decidí que era más prudente decir la verdad y declarar que «como campesinos» para no dejar la impresión de que iban vestidos como Hari, con camisa y pantalones.

Poulson dijo: «¿Está segura?», lo que más bien me favorecía, porque lo dijo como si mi testimonio contradijera la historia que él había estado elaborando u otras personas habían reconstruido para él, una versión con Hari en su centro. Por lo tanto respondí «Sí», como campesinos o braceros. Y agregué, para rematarlo: «Y también olían como ellos.» Lo cual era cierto. Él preguntó: «¿Alguno de ellos olía a bebida?» Me acordé de la vez que la Hermana Ludmila encontró a Hari en el erial. De momento me pareció más seguro decir la verdad otra vez y declarar que no recordaba ningún olor especial.

Poulson dijo: «Lamento tener que someterla a esto.» Le dije que no se preocupase, que sabía que era preciso hacerlo. Por primera vez durante el interrogatorio nos miramos por más tiempo de una fracción de segundo. Él dijo:

—Hay la cuestión importante de la bicicleta. Usted dice que la dejó en el sendero del pabellón. ¿Dejó el chubasquero encima del manillar?

No vi inmediatamente la trascendencia de esta pregunta. Presumí que sabía que el chubasquero había sido utilizado para taparme la cabeza, porque se lo había dicho a Lili y a Anna. Él se había informado de estos detalles por ellas. No me hizo una sola pregunta sobre el ataque en sí mismo. ¡Pobre hombre! Supongo que hubiera preferido morirse antes que hacerlo, con todo y ser magistrado. Pero era una chica inglesa la ultrajada, y su objetividad jurídica no podría durar. Decidí decir la verdad sobre el chubasquero.

—No, estoy bastante segura de que lo llevé conmigo a la plataforma. En realidad eso hice. Pensé que el mosaico podía estar húmedo, aunque no lo estaba. O sea que no me senté encima del impermeable, sino que lo dejé a mi lado.

Pareció concentrarse con esto, y más tarde, cuando todo el asunto de la bicicleta y lo que había sido de ella me reventó en la cara comprendí cuál había sido su intención. Estaba tratando de averiguar en qué momento «ellos» habían encontrado la bici. Si yo había dejado el chubasquero encima del manillar eso querría decir que ellos habían sabido que la bicicleta estaba allí antes de atacarme, porque habían usado mi impermeable. Si no lo hubiera dejado sobre el manillar podía significar que no habían encontrado la bicicleta hasta que se marchaban por el sendero. Y eso indicaría que se habían ido por el sendero y no atravesando el muro derruido en la zona trasera del jardín. Pero no habrían dejado ninguna huella, porque los senderos eran todos de grava, y de todas formas las lluvias y las pesquisas de la policía en la oscuridad hubieran borrado todo tipo de rastro. Su pregunta siguiente fue:

—Dice usted que se vio rodeada de repente. ¿Quiere decir que se le acercaron desde los lados de la plataforma?

Y una vez más la campanilla de aviso. Si contestaba: «Sí, de todos los lados», la siguiente pregunta no sería tal, sino una afirmación imposible de refutar: «¿En consecuencia no pudo ver al hombre o los hombres que se le acercaron por detrás?»

Comprendí que iba a ser difícil disipar completamente la idea de que había habido por lo menos un hombre a quien no llegué a ver, sobre todo si era un hombre que se mantuvo fuera del alcance de mi vista para evitar que le reconociese. Han, por ejemplo. El pabellón está abierto por los cuatro lados. Lo único factible era minimizar el peligro. Dije: «Bueno, por todos los lados no. En principio estaba sentada en el borde de la plataforma, luego tiré mi cigarro y giré, como siempre se hace, para ponerme de pie. Ellos vinieron por detrás. No se... quizá oí un ruido que me decidió a marcharme de allí. *Era* un sitio bastante espeluznante. Cuando me di la vuelta, allí estaban, de pie, erguidos, los dos que habían trepado a la plataforma, y los otros tres o cuatro que subían a ella.

¿Había gritado? No: la enorme sorpresa me impidió gritar. ¿Dijo algo alguno de ellos? Creo que uno soltó una risita.

Poulson sondeó el margen de error que pudiera haber en mi declaración sobre «los otros tres o cuatro». ¿Eran tres o eran cuatro? ¿ Era el número total cinco o seis? Dije que no recordaba. Lo único que recordaba era la sensación espantosa de verme atacada rápidamente por los hombres que hubiera, fuesen cinco o seis. Hombres de ese estilo, campesinos, vándalos que apestaban como uno de aquellos repugnantes compartimentos de tercera de un tren indio. Y que no quería hablar más de aquel asunto.

Anna cobró vida entonces. Se volvió y dijo:

—Sí, creo que ya basta, Poulson —con aquella rotunda voz alemana que tenía. El se levantó en el acto, no poco contento de dar por terminada la entrevista, aunque sólo fuese por un tiempo. Anna le acompañó a la puerta. Ella volvió a entrar para cerciorarse de que yo estaba bien, y acto seguido me dejó sola. Lili me trajo requesón y fruta para el almuerzo y después dormité hasta entrada la tarde. Desperté y encontré a Lili en la habitación y a Raju saliendo de ella. Había subido el té. Cuando yo tomé una taza, Lili dijo:

—Creo que Poulson debería habértelo dicho. Anoche detuvieron a unos cuantos chicos. Uno de ellos es Hari.

Habían encontrado mi bicicleta en la zanja delante de la casa de Hari en el Chillianwallah Bagh. No podía creerlo. Era una circunstancia terriblemente *fatal.* Dije: «¡Pero si él no estuvo allí! ¡No fue Hari!» Ella quiso creerme. Procuré no ceder al pánico. Si habían detenido a algunos hombres, pensé que debían de ser los culpables y que ya habrían hablado del indio que había estado haciendo el amor conmigo. Yo iba a tener que desmentirlo, negarlo una y otra vez y confiar en que Hari cumpliese su promesa cuando me dejó marchar. Pregunté a Lili cuándo le habían detenido, por qué y quién. Cuando llegué a asimilar que había estado arrestado desde la noche anterior y que Ronald era el responsable, que Ronald había encontrado la bicicleta delante de la casa de Hari, dije:

—Está mintiendo, ¿verdad? Encontró la bicicleta en Bibighar y luego la llevó a la casa de Hari y la dejó plantada en la zanja.

Lili se azoró porque sabía que *podía ser* verdad, pero se negaba a creerlo. No podía aceptar que un funcionario inglés se rebajase a hacer eso. Pero sólo hay tres explicaciones posibles respecto a la bicicleta, y únicamente una es verosímil. Dejé la bici apoyada contra un árbol, al lado del sendero. Estaba muy oscuro. Habría sido muy fácil no ver la bicicleta si no sabías exactamente dónde estaba y si no tenías una linterna. Creo que cuando Hari me llevó en brazos por el sendero habíamos pasado por delante del sitio antes de que yo dijera: «Está por aquí cerca», y me dejara en el suelo. A él no le importaba la bici. Su única preocupación era llevarme a casa. Supongo que él tenía una vaga idea de que si la bicicleta estaba allí podría montarme encima y remolcarme hasta casa. Pero la bicicleta no tenía maldita gracia en aquel momento, ¿verdad? Apenas se molestó en buscarla. Creo que seguía estando donde yo la había dejado, y que cuando Ronald corrió a Bibighar con su patrulla de policía la encontraron casi al instante y Ronald la metió en el camión, fue a la casa de Hari y la tiró a la zanja. Creo que era la clase de oficial que dejaba a sus hombres una gran libertad de acción y que a cambio podía pedirles que amañaran una prueba para él y no dijesen nada. ¿Te acuerdas del incidente del subinspector que le pegó a Hari con toda impunidad? No había ningún indicio para vincular a Hari con el ataque de Bibighar, salvo su conocida relación conmigo y los celos, la suspicacia y los prejuicios de Ronald. ¿Por qué, si no, fue a la casa de Hari? ¿Y por qué cuando llegó allí, dedicó tiempo a buscar la bicicleta? Y si estaba en una zanja habría sido necesario *buscarla,* ¿no es así? Si la bicicleta *estaba* en la zanja antes de que Ronald llegase, supongo que es posible que uno de sus hombres la encontrara en el curso de las formalidades que realizan cuando van a un sitio a apresar a un sospechoso. Pero la impresión que saqué antes de la supuesta encuesta fue que, según testimonio de Ronald, sólo habían entrado en la casa porque encontraron la bicicleta fuera, y que fue precisamente entonces cuando Ronald se dio cuenta de que era la casa de Hari. Si ésa fue la impresión que dio a la gente al principio no podía tener la conciencia muy limpia, porque no habría tenido por qué dar a los ingleses ningún motivo para ir a la casa de Hari. Parece ser que esa noche ya había estado allí antes. Probablemente no tenía la conciencia muy limpia porque Lili le había repetido lo que yo le había dicho: que Hari no estaba conmigo, que Hari no era culpable. Ronald quería que Hari lo fuese. Creo que tuvo que variar el énfasis a la hora de hacer un informe correcto, que tuvo que decir

que había ido a casa de Hari y *luego* había encontrado la bicicleta, y no al revés.

Concedo a Ronald un amplio beneficio de la duda en la versión siguiente: que después de haber salido de la casa MacGregor, sabiendo lo que me había sucedido, fue a la sede central, reunió una patrulla, corrió a Bibighar, no encontró nada y después registró las inmediaciones, detuvo a los chicos que estaban bebiendo aguardiente en una cabana al otro lado del río y luego fue derecho a la casa del Chülianwallah Bagh, donde encontró a Hari con cortes en la cara y donde sus hombres encontraron la bicicleta. Fue al Chülianwallah porque pensó que yo mentía, sabía que estaba mintiendo, y porque de los chicos a quienes había detenido en la cabaña al otro lado del río se sabía que eran conocidos de Hari. Pero fue precisamente porque odiaba a Hari. Quería probar que era culpable. Y esto deja sólo las otras dos explicaciones respecto a la bicicleta. O Hari volvió a buscarla después de habernos separado, la encontró, la llevó a su casa, se percató entonces del peligro y la tiró a la zanja; lo que querría decir que perdió la cabeza, porque si *vio* el peligro no la hubiese dejado delante de su propia casa. O uno de los hombres que me atacaron conocía a Hari, sabía dónde vivía, robó la bicicleta y la dejó delante de la casa de Hari, suponiendo que la policía haría un registro por las cercanías; lo que significa que fuera quien fuese ese hombre que conocía a Hari también conocía que Hari y yo éramos amigos. Y esto conduce, sin duda, a la conjetura de que tal hombre había previsto que estaríamos en Bibighar aquella noche. Pero ni siquiera lo habíamos previsto nosotros. La coincidencia de que esa noche hubiera uno o varios hombres en Bibighar que reconocieran a Hari y pensaran con la suficiente rapidez en robar la bicicleta y dejarla delante de su casa es demasiado para que cuele, ¿no? ¿Y quién podría ser ese hombre? ¿Uno de los criados de Lili? ¿O uno de los de la señora Gupta Sen? ¿Uno que podría haber leído mi nota en inglés pidiendo a Hari que nos viésemos la noche del 9 de agosto en el *Santuario?* No, no cuela. Ni siquiera colaba si uno pensara —como yo hice en un tiempo— que aquel hombre o muchacho desconocido, muy inteligente o muy afortunado, fuese uno de los camilleros que la Hermana Ludmila acostumbraba a contratar, nunca por más de unas semanas porque al cabo de ese tiempo se aburrían y «se les descarriaban las ideas». El día que fui a despedirme de ella advertí que tenía un chico nuevo. Me contó que algunos de ellos le habían escrito después de haber dejado el empleo, pero que solamente uno había vuelto una vez a mendigar. Y se me pasó por la cabeza que quizás el que había vuelto a mendigar fuese el que estaba con ella y De Souza la noche en que llevaron a Hari al Santuario. Un chico así podría haber concebido un interés por Hari, haberle seguido, averiguado sus movimientos y hasta espiado a nosotros dos en las ocasiones en que íbamos a Bibighar. ¿Pero por qué? Un chico así, al volver a su aldea, podría haber hablado del indio y la muchacha blanca y haber conducido a Mayapore a una pandilla de bárbaros que, atraídos por los rumores de desórdenes y la perspectiva de botín, y llegados a Bibighar desde el yermo de detrás para guarecerse durante la noche, nos vieron a Hari y a mí y nos observaron mientras hacíamos el amor. Los hombres que nos atacaron *habían* estado espiando. Eso es seguro. Pero la coincidencia es excesiva para ser creíble. Los hombres eran vándalos. Fue Ronald Merrick quien dejó allí la bicicleta. Lo sé. No creo que Hari tuviese muchos amigos, pero creo que tampoco tenía muchos enemigos, excepto Ronald; ninguno, a fin de cuentas, que hubiera llegado a los extremos a que se llegó para incriminarle.

Si no fue Ronald, entonces tuvo que haber sido el mismo Hari quien se llevó la bicicleta y luego se asustó y la abandonó delante de su casa. No creo que Hari sucumbiese al pánico.

Pero yo sí. Le dije a Lili que me dejase sola. Quería pensar. Me parecía completamente claro. Ronald registró Bibighar, encontró la bicicleta, la metió en el camión y después cruzó el puente y se dirigió hacia el Chillianwallah Bagh, interrogó al guardavías, encontró a los chicos que eran «amigos» de Hari, los detuvo, siguió su camino hacia la casa de Hari, dejó la bicicleta en la zanja e irrumpió en la vivienda. Y en el momento de detener a Hari seguramente registraron su habitación. ¿Había destruido mi nota pidiéndole que nos viésemos en el Santuario? Nunca salió a relucir esa nota, y en consecuencia debió de haberlo hecho. Es posible que fuera la única cosa que tuvo tiempo de hacer, si es que no se había desprendido de ella antes. Sí apareció la, fotografía que yo le había dado. Ronald se la llevó como «prueba»: una-copia de la misma foto que te mandé y que Hari me ayudó a escoger entre los positivos aquel día en el estudio de Subhas Chand. En la investigación informal en la casa MacGregor, Poulson dijo:—Kumar tenía una foto suya en su dormitorio. ¿Se la había dado usted?

Ya ves, como si tratara de demostrar que Hari estaba obsesionado conmigo y había robado la fotografía para contemplarla de noche, y como dándome la oportunidad de retractarme, de pasarme a su bando, de deshacerme de mis tontas nociones de lealtad, romper y admitir que me había encaprichado, que Hari había excitado mis emociones del modo más calculador e insensible, que era un alivio decir la verdad por fin, que había recobrado la cordura y ya no le tenía miedo y, mucho menos aún, capricho por él, que me había atacado, violentado brutalmente y luego sometido a la vil indignidad de que me violaran sus amigos, y que después había intentado aterrarme con amenazas de muerte si le denunciaba, amenazas que dijo que sería facilísimo llevar a cabo porque los ingleses estaban a punto de recibir la patada en el trasero. Sé que lo tenían en mente —quizá contra su opinión personal—, que pensaban que era la historia que debían creer a causa de lo que podría estar en juego. De la terna que componía la comisión de encuesta privada, o como se llamase —Poulson, un joven funcionario de subdivisión inglés, sobresaltado y cohibido, cuyo nombre he olvidado, y el juez Menen—, sólo el juez Menen, que la presidía, mantuvo un aire de imparcialidad absoluta. Era una imparcialidad que me pareció producto de la fatiga, una fatiga equivalente a impotencia. Pero su presencia me reconfortó, no sólo porque era indio, sino porque yo tenía la certeza de que él no habría participado en la encuesta si hubiese habido alguna probabilidad de que los acusados compareciesen ante él en el juzgado del distrito. Supongo que si la investigación hubiera conducido a un dictamen del que para entonces la comisión desesperaba, pero que la comunidad inglesa quería todavía, el caso habría ido al tribunal supremo de la provincia.

Pero me he adelantado un poco. Tengo que volver por un momento a la noche del 10, cuando mandé a Lili fuera de la habitación a fin de darme tiempo para pensar porque me daba pánico pensar en que podrían haber encontrado algo acusador para Hari, y en quiénes eran los otros detenidos y en lo que habrían dicho. Entonces me abrumó el modo típicamente inglés, terminante e irreflexivo, con que había asumido que todo iría bien para Hari si *yo* decía que era inocente. Me había alejado de él, creyendo que le ayudaba simplemente poniendo distancia entre nosotros. Pero ahora le veía donde le había dejado, en la entrada de Bibighar. ¿Qué hizo él exactamente,

tía? ¿Volver en busca de la bicicleta y llevársela pensando que me ayudaba? ¿O emprender a pie el regreso a su casa? Tenía sangre en el cuello y en la cara cuando volví: eso me dijo Anna. Debía de venir de la cara de Hari cuando nos abrazamos. En la oscuridad no vi si los hombres le habían herido seria o levemente. No se lo pregunté. No lo pensé. Por lo visto, se estaba lavando la cara cuando Ronald irrumpió en su habitación. Intentaron demostrar, desde luego, que había sido mi forcejeo el causante de sus heridas. Pero lo único en que pienso ahora es en el modo cruel en que le dejé para que lo afrontara todo solo, que no dijese nada, que lo negase todo, con aquellos rasponazos o magulladuras en la cara que no podía explicar. Cuando se mencionó en la encuesta que tenía cortes en la cara dije:

—¿Por qué me pregunta eso? Pregúnteselo a Kumar. Yo no lo sé. Él no estaba allí.

Poulson respondió:

—*Se* lo preguntamos. No quiso contestar.

Y cambió de tema. Ronald estaba prestando declaración en ese momento. Le miré, pero él no quiso mirarme. Yo dije:

—Quizá tuvo un encontronazo con la policía. No sería la primera vez que le pegaba un agente.

Causó mal efecto. Era lo que no había que decir en aquel sitio y en aquel momento. Hizo que se pusieran más a favor de Ronald que de mí. No importó, sin embargo, pero en todo caso yo empezaba a odiarme. Me odiaba porque comprendí que Han me había tomado la palabra y no había dicho nada, literalmente nada. Nada. Nada. No había dicho nada a pesar del testimonio contra él, que yo no había previsto cuando huí y le dejé solo.

Le hicieron daño, ¿no es cierto? ¿Le torturaron de alguna manera? Pero no habló, no dijo nada. Cuando le detuvieron debió de verse allí con los cortes en la cara, mi fotografía en su habitación, mi bicicleta en la zanja de fuera, y no dijo nada. En una ocasión, durante aquellos días de preguntas y respuestas, Lili me dijo:

—No quiere explicar sus movimientos. Niega haber estado en Bibighar. Dice que no te ha visto desde la noche en que fuisteis juntos al templo. Pero no quiere decir dónde estuvo o qué estuvo haciendo desde que salió de la oficina hasta que llegó a casa, poco después de las nueve. Debió de llegar a casa a la hora en que tú llegaste, Daphne.

Y por supuesto estaban las otras cosas que yo no había previsto ni había sabido: la primera la visita de Ronald a la casa del Chillianwallah Bagh, su visita a la casa MacGregor, su visita al Santuario. Cuando dejé a Han en Bibighar supongo que di por sentado que lo único que tenía que hacer era fingir que había estado en casa toda la noche o convencer a la tía Shalini de que jurase que había estado en casa, si alguna vez surgía la cuestión, o inventar otra historia, la que creyese mejor, la que pensara que daría resultado. Pero en el caso de Hari ninguna funcionaba. *No le di la oportunidad de tranquilizarme y decir, como le hubiese dejado decir a un inglés:* «Escucha, por los clavos de Cristo, si no he estado en Bibighar, ¿dónde demonios he estado? ¿Cómo explico este labio hinchado, este ojo morado o estas marcas en la mejilla?», o lo que fueran.

No le di la oportunidad porque incluso en mi pánico persistía la presunción de superioridad, de privilegio, de creer que yo sabía lo que era mejor para los dos, porque el color de mi piel me situaba automáticamente en el bando de los que nunca han dicho una mentira. Pero hemos sobrepasado esta fase de simplicidad colonial. Hemos creado un robot de

errores judicial. No podemos detenerlo. Funciona incluso cuando menos lo queremos. Lo creamos para mostrar lo justos y civilizados que somos. Pero es un robot blanco y no sabe distinguir entre amor y violación. Sólo comprende la relación física, y la entiende sólo como un delito porque sólo existe para castigarlo. Habría castigado a Han por esa falta, y si el comercio carnal entre razas distintas constituye delito le habría castigado justamente. Un día habrá alguien que cruce un cable o instale un circuito especial con objeto de hacerlo imparcial y ciego a los colores, y entonces probablemente explotará.

Después de haberme informado Lili de la detención de Hari y de habérmelo pensado un poco, llamé a Raju y le dije que fueran a buscar al *sahib* Poulson. Me había sobrepuesto al pánico. Estaba enfadada, enfadada incluso con Lili. Sentí que me había fallado por consentir que detuviesen preventivamente a Hari sin mover un dedo para evitarlo. Fue muy paciente conmigo, pero esta vez estábamos más distanciadas que nunca. Dijo que si de verdad quería ver a Poulson, ella le telefonearía. Creo que creyó que yo iba a confesar. Sabía que yo había mentido. Pero para ella la verdad sería tan mala como las mentiras. Había invitado a Hari a su casa, y era un joven indio. Un compatriota. Durante un par de días después de Bibighar, me sentí como una intrusa, una de las mujeres a las que ella consideraba arpías y que se había inmiscuido inexplicablemente en la vida de una familia india y acostumbrado a ocupar su dormitorio para mejor conservar intacto lo que le quedase de su integridad racial.

Poulson llegó después de la cena. Lili le subió a mi cuarto. Me preguntó si quería que se quedase. Dije que quizá fuera mejor que Poulson y yo habláramos a solas. Nada más salir Lili pregunté:

—¿Por qué no me ha dicho que anoche detuvieron a Hari Kumar?

Por lo general, Poulson me gustaba. Esa noche le desprecié, pero porque estaba dispuesta a despreciar a todo el mundo. Pareció como si quisiera que se lo tragara el suelo. Contestó que habían detenido a Hari porque las pruebas parecían haberlo aconsejado, a pesar de mi «creencia» de que no estaba implicado. Yo dije:

—¿Qué pruebas? ¿Qué pruebas pueden contradecir *mi* testimonio? Deben de estar todos locos si creen que pueden colgarle un muerto a Hari.

Él dijo que las pruebas de la noche anterior apuntaban hacia Hari, y que no podía excluirse que estuviese en Bibighar, a pesar de mi creencia de que no había estado.

Yo dije que no era una cuestión de creencia. Le pregunté si pensaba realmente que yo *no* hubiese sabido si Han estaba en el grupo de los que me atacaron. Eso le asustó. Tenía miedo de una confesión íntima. Cuando me di cuenta, creí ver el modo de jugar mis bazas, la baza de que les amedrentase la idea de lo que yo podría revelar en el juicio. Le pregunté por los otros hombres. Fingió que no sabía nada de ellos.

Sonreí y dije:

—Ya veo que Ronald se lo tiene muy guardado. Pero no es de extrañar, ¿verdad? Después de todo, es bastante obvio que él dejó allí la bicicleta.

Lili se había escandalizado, pero su sobresalto no fue nada comparado con el de Poulson. Dijo:

—¿Qué le impulsa a afirmar una cosa semejante?

Le dije que se lo preguntase a Ronald. Parecía más prudente dejar así las cosas para que Poulson tuviera materia de difícil reflexión. Antes de que se

fuese —y se fue porque «a su juicio no había nada beneficioso de lo que hablar por el momento»— le dije:

—Hari no estaba allí. Dudo que estuviese alguno de los hombres que han detenido. Es lo normal, ¿no? Agreden a una mujer inglesa y al instante todo el mundo pierde todo sentido de la proporción. Si Ronald o cualquiera de ustedes creen que van a arreglar el asunto castigando a los primeros puñeteros indios a los que les han echado el guante simplemente para que la comunidad europea se lo pase en grande con los pobrecillos, van a llevarse un buen chasco. Nunca se tendrá en pie en los tribunales porque *yo* me levantaré y diré lo que le estoy diciendo. Sólo que podría ser más explícita sobre un montón de cosas.

Se levantó y murmuró algo así como que lo lamentaba y que todos comprendían la terrible experiencia que yo había sufrido, y que tenía la certeza de que no sería posible castigar a ninguna persona inocente. Yo contesté:

—Entonces, dígame una cosa. Olvídese del *único* inocente que tienen encerrado en este momento. ¿Los demás encajan con mi descripción de ellos?

Dijo que no lo sabía. No les había visto. Pero yo no le iba a soltar tan fácilmente. Me la estaba jugando, pero al parecer valía la pena. Le dije:

—Vamos, ande, Jack. Usted lo sabe muy bien. Aunque no les haya visto tiene que saber quiénes son. ¿Son lo que yo dije? ¿Campesinos malolientes? ¿Sucios jornaleros? ¿O chicos como Hari? ¿El tipo de chico contra el que Merrick la tiene tomada?

Había dado en el blanco. Pero siguió insistiendo en que no lo sabía. Dijo que tenía entendido que uno o dos eran sospechosos de o estaban fichados por actividades políticas de «tipo anarquista». Me abalancé sobre esto. Dije:

—Oh, ¿quiere decir chicos con estudios? ¿No campesinos malolientes?

Movió la cabeza, sin negarlo pero dando por finalizada la conversación.

Retrospectivamente, lamento el mal rato que hice pasar al pobre Jack Poulson. Pero había que hacerlo. Estoy segura de que se marchó pensando: «No colará. No con esos muchachos que Merrick ha encerrado.» No sé qué contaría de lo que hablamos cuando volvió al bungalow del subcomisario, adonde es casi fijo que se dirigió. Probablemente sólo necesitaba decirle a White algo como: «O está mintiendo o Kumar es inocente, pero si miente o sigue mintiendo, él queda impune de todas maneras porque nunca podremos demostrar que es culpable. Y lo mismo vale para los otros. Merrick ha metido la pata.»

Robin White se desentendió del asunto en la medida en que dejó que Jack Poulson se hiciera cargo hasta el momento en que hubiera que tomar una decisión final. Si hubiera sido un hombre como su predecesor Stead (a quien hombres como Vassi aborrecían), Dios sabe lo que habría ocurrido. Me figuro que el ataque a una estúpida chica inglesa no era para Robin muy importante comparado con las otras cosas de las que tenía que ocuparse. No sé si Poulson llegó a decirle algo a White sobre la bicicleta y mi acusación contra Ronald. No hubiera sido un trago agradable para él. En la investigación no se mencionó nunca la bicicleta, y la única vez que se aludió a Hari fue cuando Ronald prestó declaración sobre su arresto. Respondió a preguntas que Jack Poulson parecía haber preparado cuidadosamente de antemano. El testimonio sobre las detenciones me pareció, de hecho, ridículo. Poulson leyó en voz alta los nombres de los detenidos y se limitó a

preguntarle a Ronald dónde y en qué momento habían sido arrestados, y qué habían estado haciendo. Como yo ya sabía por lo que Lili me había dicho, los otros pobres chicos habían estado bebiendo aguardiente en una cabaña cerca del puente Bibighar, pero en la encuesta la *injusticia* de este hecho me conmocionó de nuevo. Según Ronald, Hari estaba en su dormitorio «lavándose la cara, en la que había cortes y magulladuras». Estuve a punto de interrumpirle y decir: «¿Y la bicicleta?», pero me lo pensé mejor. Era buena señal que no se mencionara la bicicleta. Me pregunté si Jack Poulson habría hablado con Ronald en privado y decidido, a juzgar por las respuestas que obtuvo, que más valía silenciar el capítulo de la bici, no sólo por el bien de Ronald, sino en provecho del Cuerpo, la bandera y demás. Pero yo hice un comentario sobre los cortes en la cara de Hari cuando Jack Poulson me preguntó si recordaba haber dejado «marcas» a alguno de los hombres que me atacaron. Me refiero al comentario de que Hari quizás había tenido un encontronazo con la policía.

Después del presunto testimonio de las detenciones despacharon a Ronald y se aplicaron a la labor de repasar nuevamente mi declaración y hacer preguntas, y vi que la que él había hecho sobre los arrestos era tan endeble que aunque no probaba nada podía asimismo demostrar cualquier cosa. El juez Menen había guardado silencio —quiero decir que hasta entonces no me había formulado ninguna pregunta—, pero hacia el final dijo:

—Debo preguntarle el motivo por el que el otro día se negase a tratar de identificar a los hombres sometidos a detención preventiva.

Yo, en efecto, me había negado cuando hubo pasado lo peor de los disturbios en Mayapore y se propusieron solventar el caso de alguna manera y liquidarlo. Le contesté:

—Me negué a intentar la identificación porque esos hombres no pueden ser los responsables. Lo diré en el juicio si es necesario.

El juez Menen dijo que comprendía mi actitud con respecto al «joven Kumar», pero que la negativa a identificar a los otros hombres podía interpretarse como obstrucción deliberada de la testigo principal, lo que a su vez podría ocasionar que la acusación ganase la causa a pesar del testimonio de la testigo, puesto que cabía considerar que la obstrucción deliberada era un signo que indicaba poca fiabilidad.

Pensé en esto. Poulson se animó un poco. No le importó que Menen fuese indio y que quizá no debiera hablarle de ese modo a una chica blanca. Era la voz de la Ley. Pensó que el inteligente magistrado me había arrinconado intimidándome con un tecnicismo legal, un recordatorio de que ni siquiera el testigo principal podía obstruir a la Corona en la búsqueda de la justicia. Pero creí encontrar una escapatoria. Y realmente no me daba la impresión de que el juez Menen pisara un suelo particularmente firme. Le dije:

—Si por esa razón se considera que mi testimonio es poco fidedigno, ¿será más fiable si paso por la farsa de mirar a esos hombres sin la menor intención de decir que les reconozco? ¿Prefiere usted que me someta a esa parodia? Usted sólo contará con mi palabra de que no les reconozco. El simple hecho de mirarles no es en sí una prueba de fiabilidad, ¿verdad?

La cara impasible de Menen no se inmutó. Dijo que presumía y seguiría presumiendo que yo decía la verdad, y me recordó que la investigación entera se fundamentaba en la presunción de que estaba diciendo la verdad, que era únicamente la negativa a obedecer la petición de intentar

identificarles lo que podía suscitar la cuestión del testimonio poco fiable. Prosiguió:

—En su declaración dice usted que extrajo una breve impresión de los hombres que la atacaron. Los ha descrito como campesinos o braceros. Si esto es así, teniendo esa impresión en su mente, ¿por qué rehúsa cooperar en la importante tarea de ayudarnos, lo mejor que pueda, a decidir si los hombres retenidos en prisión lo están con motivo suficiente?

Al mirarle pensé: «Usted sabe también que no son los culpables. Quiere que baje a la cárcel, les mire y diga: No, no son en absoluto como los que yo recuerdo. Quiere que haga eso o quiere que deje *completamente* claro, quizás escandalosamente claro, que es inútil que alguien pretenda llevar este caso a juicio con esos chicos como acusados.»

Pero todavía me daba miedo enfrentarme a ellos. Estaba convencida de que eran falsos culpables, pero no lo sabía. No quería encararles. Si eran mis agresores había el peligro —muy leve, pero aun así un peligro— de que cedieran al pánico en el momento de verme y acusaran a Hari. Y si eran los verdaderos culpables y les reconocía no quería tener que decir: «No, no son estos hombres.» No estaba segura de que pudiese confiar en mis fuerzas para llevarlo a cabo, aunque fuese por el bien de Hari. *No quería decir esa clase de mentira.* Hay una diferencia entre tratar de impedir una injusticia y obstruir la justicia. Dije:

—No, no colaboraré. Uno de esos hombres es inocente. Si hay un acusado que es inocente no me interesa la culpabilidad o la inocencia de los restantes. Me niego absolutamente a acercarme a ellos. Los hombres que me violaron eran campesinos. Los chicos encarcelados no lo son, y por tanto es casi indudable que son todos inocentes. En primer lugar son todos hindúes, ¿no es cierto?

Poulson admitió que eran todos hindúes.

Sonreí. Yo creía haber preparado este golpe endiabladamente bien, y dije:

—Entonces hay otra cosa. Uno de los hombres era musulmán. Estaba circuncidado. Si quieren saber cómo, por mi parte estoy plenamente dispuesta a explicárselo, pero por lo demás prefiero dejarlo así. Uno era musulmán. Todos ellos eran unos vándalos. Aparte de esto no puedo decir más. No puedo decirles más de lo que he dicho. La impresión que saqué de ellos fue lo bastante sólida para que sepa que podría decir: «No, no son estos hombres», pero no lo suficiente para que diga: «Sí, *son* estos hombres.» Que yo supiera, podían haber sido soldados ingleses con la cara ennegrecida. No pienso que lo fuesen, pero si diciéndolo logro convencerles de que sé que han detenido por lo menos a un inocente, pues entonces lo digo.

Poulson y el joven cuyo nombre no recuerdo parecieron profundamente escandalizados. El juez Menen me miró y dijo:

—Gracias, Miss Manners. No hay más preguntas. Sentimos haber tenido que someterla a este interrogatorio.

Se puso en pie y todos nos levantamos, como si fuera la sala de un tribunal y no el comedor de la casa MacGregor. Pero ahí terminó la similitud. En vez de salir de la habitación, el juez Menen permaneció inmóvil y manifestó claramente que era mío el privilegio de salir primero. Cuando llegué a la puerta Jack Poulson se me adelantó y la abrió. Un gesto puramente automático, parte del mecanismo angloindio. Pero *olfateé* su trastorno. Era ácido, como si acabara de ingerir alguna hierba aromática y de rápida acción paralizadora.

Fui arriba y me serví una copa. Pensé que todo había terminado y que yo había vencido y que Hari sería puesto en libertad al cabo de unas horas o al día siguiente. Salí al balcón, como había hecho tan a menudo en las dos últimas semanas. Durante los disturbios se oían los gritos y el tiroteo y el ruido de camionetas y camiones que iban de una parte a otra del sector civil. Durante uno o dos días había habido policías en la puerta de la casa MacGregor. Dijeron que la casa podría ser atacada, pero estábamos más preocupadas por Arma Klaus que por nosotras mismas. Hubo un momento en que prácticamente fue una prisionera en el hospital *purdah* de la ciudad indígena, y no la vimos durante un par de días. La señora White quería que Lili y yo nos trasladásemos al bungalow del subcomisario, pero Lili no quiso. Y yo tampoco. Entonces fue cuando apareció la protección policial. La presencia de los guardias me hizo sentirme también como una prisionera. Ronald no vino más por allí. Se había desentendido de mí. Sentía que, con pocas excepciones, la comunidad europea se disponía a hacer lo mismo o ya lo había hecho. Me importó un comino. Llegué a la etapa de creer que todo estaba acabando para nosotros, es decir para los blancos. También esto me tenía sin cuidado. Una noche, Lili me dijo que los revoltosos habían irrumpido en la cárcel. Pensé: así el problema se resolverá solo. Liberarían a Hari. Yo no sabía que no estaba en la cárcel. Pero pensé: los indios van a derrocarnos. Quizá no me castiguen. Quizás Hari venga a casa. Pero no me lo imaginaba claramente. No sucedería nada parecido. Los soldados estaban en la calle y había un ruido de disparos y era una simple cuestión de tiempo para *nosotros,* una causa perdida para *ellos.* El robot estaba en funcionamiento.

Pero me preocupaban Anna y la Hermana Ludmila. Eran las únicas personas blancas conocidas que vivían o trabajaban en el otro lado del río. La Hermana Ludmila me contó más tarde que había desafiado el toque de queda y había salido todas las noches con De Souza y el camillero. Tenían cantidad de trabajo. La policía les obligó a retirarse una o dos veces, pero en general lograron darle esquinazo. La «casa de los muertos», como la gente la llamaba, estaba siempre ocupada. Y todas las mañanas se presentaba allí la policía y las mujeres cuyos maridos o hijos no habían vuelto a casa. También estuve preocupada por ti hasta que Lili me dijo que había hecho que Robin White te enviase un mensaje por conducto oficial diciéndote que yo estaba bien. Intentaron que mi nombre no figurase en las crónicas de los periódicos nacionales. Algunas esperanzas. Gracias a Dios, habíamos hablado por teléfono antes de que mi nombre fuese revelado. Aun así, yo tenía miedo de que vinieses a Mayapore. Te bendigo por no haberlo hecho, por comprender. Si hubieras venido, yo no habría podido soportarlo. Tenía que solucionar esto sola. Bendigo a Lili por haberlo entendido también. Al principio pensé que su desapego obedecía a desaprobación, luego que se debía a esa curiosa indiferencia india al dolor. Pero, por supuesto, su «indiferencia» era totalmente «europea», completamente civilizada, como la tuya o la mía. Hay dolores que sentimos, dolores que detectamos en otros, que más vale respetar, no por insensibilidad sino por discreción. El distanciamiento de Anna fue bastante distinto. El suyo también era europeo, pero judío, autoprotector a la vez que sensible, como si no quisiera que le recordasen el dolor porque ello representaría transferir su sensibilidad desde el mío hasta lo que recordaba al suyo. Manteniendo ese grado de distancia podía establecer una amistad entre nosotras, confianza, respeto, ese respeto que puede surgir entre desconocidos que perciben mutuamente el temple del

otro. No deberíamos esperar más. Pero el afecto brota de una fuente distinta, ¿verdad? Estoy pensando en el que existe entre tú y yo, que no es sólo un afecto de la sangre porque es el mismo sentimiento que nos une a Lili y a mí. Es un afecto que se impone, que existe, pero que no posee necesariamente una explicación porque la confianza no forma parte de él en absoluto, excepto en la medida en que uno confía debido al afecto. Confiamos después de haber aprendido a amar.

Nunca pude sentirme afectuosa de ese modo con Anna. Ni ella tampoco, estoy segura, pudo hacerlo. Pero éramos buenas amigas, que tienen confianza y comprensión mutuas. Llegamos a desarrollar un instinto para las personas. Divago a este respecto porque, cuando estaba en el balcón, bebiendo mi bien ganada ginebra con zumo de lima, vi a Ronald y a Poulson saliendo de la casa y subiendo al camión del primero. El juez Menen no les acompañaba. Se había quedado a tomar una copa con Lili.

Y yo pensé: qué curioso. Ronald y Poulson son para mí simplemente *personas.* No sentía un auténtico rencor, ni siquiera hacia Ronald y mucho menos hacia Jack, que evidentemente se iba a algún sitio de palique con Ronald. Pero sentí que estaban fuera del círculo de personas que «valía la pena conocen>, como mi madre expresó una vez, probablemente refiriéndose a algo completamente distinto. Para mí estaba claro a qué me refería yo. Yo les *conocía* ya. Eran gente previsible, previsible porque trabajaban para el robot. Decían lo que el robot decía, hacían lo que él hacía, y creían lo que él creía porque para personas como ellos le habían inoculado esa creencia. Y siempre tendrían razón mientras el robot funcionase, porque el robot era el modelo que la refrendaba.

No había en ellos una *pasión generadora.* Cualquier sentimiento original que tuvieran moría en el momento en que entraba en conflicto con lo que el robot había sido programado para sentir. En la investigación, el juez Menen tuvo que franquear la barrera del robot, si franquear es la palabra adecuada para describir las acciones de un hombre que convertía hasta el hecho de levantarse de una silla en un ejercicio de movimiento calculado y equilibrado. Pero la franqueó. En un momento estaba sentado en el lado de *ellos,* el lado del robot, y al momento siguiente lo había abandonado. Lo abandonamos juntos, *él* me ayudó a franquear la barrera o se reunió conmigo en el otro lado: como prefieras decirlo. Así que ahora parecía normal que se hubiese quedado a tomar una copa con Lili, dejando que los chicos del robot se fueran por su cuenta y encontraran la manera de hacer ver que el robot había llevado la investigación a alguna conclusión lógica. Tenían que salvar las apariencias en nombre del robot y en el suyo propio.

Era extraño sorprenderme pensando estas cosas de Poulson. El matrimonio White le tenía gran estima. Era todavía bastante joven, lo bastante joven para ser precavido, lo que puede parecer tonto, pero no lo es, porque un joven tiene un sustento que ganar, una familia que mantener, un futuro que labrar. Pero seguramente hace falta algo como lo que se dio en llamar el caso de los jardines Bibighar para separar a los hombres mecánicos de los hombres capaces de poner chinitas en el camino. Lo cual es otra forma de describir lo que sentía por el juez Menen. Lo que resulta muy interesante es que la china que él puso en el camino, lo que hizo que la investigación llegara a detenerse, fue el impedimento preciso. Debe de requerir años de experiencia y comprensión conocer qué chinita poner y el momento exacto en que ponerla. Creo que él lo sabía tan bien que al final me la entregó a mí simplemente para darse la satisfacción adicional de que yo la pusiera en su

lugar. Sabía que la única manera de parar temporalmente el robot era ir derecho al corazón de lo que lo había puesto en marcha: la ruede-cita dentada del procedimiento judicial que había sido incorporada al mecanismo con la inocente esperanza de que una vez que se pusiera en marcha sólo pudiese detenerse cuando se hubiera hecho justicia. Yendo al corazón del mecanismo, ponía en evidencia su estructura y me brindaba la oportunidad de frenarlo imponiéndole una tarea imposible: la de *comprender* la justicia de lo que estaba haciendo, y la de probar que su propia justicia era igual o superior a la mía. Pero fue tan sólo un paro *temporal.* Mucho antes de que el juez Menen se marchara, salí del balcón y me metí en el baño. Ya había terminado y me había vestido para la cena antes de que Lili entrara a preguntarme si me encontraba bien y si me apetecía ver a Anna, que había venido a visitarnos al volver a casa desde el hospital *purdah.* Le pregunté: «¿Está todavía el juez Menen?» Ella me dijo que se había ido hacía unos diez minutos. Y que me enviaba cariñosos saludos. Era la primera vez que yo veía a Lili *conmovida.* Sólo la había visto divertida o adusta, desaprobadora o indiferente. Creo que fue el juez Menen quien la había emocionado por algo que le había dicho; o más bien había causado que ella se conmoviese en cuanto puso de nuevo la mirada en mí después de haber hablado con él. Ignoro lo que le había dicho. Nunca lo sabré. Es típico de Lili. Y también típico de él. Y de un modo terriblemente inglés, Lili y yo nos apartamos, por así decirlo, del camino de la otra; pusimos metros de distancia entre nosotras, pero otra vez estábamos juntas.

Bajé con ella y saludé a Anna. Lili le pidió que se quedara a cenar. Ella aceptó. Para mí fue como un regalo inesperado, un plan de comida campestre propuesto a un niño a primera hora de una mañana dorada de verano. Cuando Lili salió a decirle a Raju que dijera al cocinero que preparase una cena para tres, le di a Anna un refresco. Ella dijo:

—Tiene usted mejor aspecto. Consérvelo, por favor.

Y yo le contesté:

—Creo que lo conservaré. Me parece que hemos ganado.

Dije «hemos» porque Anna había estado de mi parte todo el tiempo. Sabía que antes de la encuesta le habían formulado la pregunta cruda: «¿Estaba Miss Manners en su opinión *intacta* antes del ataque?» Y yo sabía lo que ella había respondido. Cuando dije «Me parece que hemos ganado», ella levantó su vaso.

Ésa fue mi última noche feliz. Después me sentí optimista, pero no feliz. Al final perdí también el optimismo. Necesitaba a Han. Y necesitaba a Lili, a Anna, a ti, pero ante todo le necesitaba a él. Yo había construido mi propio círculo cerrado, ¿no? El único en el que me sentía segura. Un círculo de seguridad en tierra de nadie. Vayamos donde vayamos, hagamos lo que hagamos, parece rodearnos con su protección ilusoria. Transcurrieron las horas. Los días. Más de una semana. Yo no pisaba la calle. Si venía gente, huía a mi habitación. Una vez más, la casa MacGregor se llenaba gradualmente de vibraciones cuya fuente yo no había detectado hasta entonces, pero ahora lo hice y la consideré inseparable de ella: confianza, transigencia, algo fundamentalmente exploratorio y evasivo, como si la gente que la visitaba estuviera tratando de *aprender* en vez de enseñar, y por tanto perdonar más que acusar. Existe ese viejo y deplorable proverbio, ¿verdad? «Cuando la violación es inevitable, túmbate y disfrútala.» *Pues bien, había habido más de una violación.* No puedo decir, tía, que yo me tumbase y

disfrutara de la mía. Pero Lili procuraba tenderse y gozar de lo que le habíamos hecho a su país. No quiero decir que lo hiciéramos con mala intención. Quizá fuese amor. O, en algún lugar, en el pasado y ahora y en el futuro, amor como el que hubo entre Hari y yo. Pero siempre hay aguafiestas, ya sabes. Los Swinson. Las brujas que viajaron en tren hasta Lahore. Los Ronald Merrick. El hombrecillo idiota que resumió su pequeña e idiota historia insular cuando silbó y dijo: «Un negrero está ganando un dineral.»

Connie White vino a verme un día. Vino acompañada de Mavis Poulson. Pero al cabo de unos diez minutos se dio cuenta de que no sacaría nada, porque traer a la irritable y virtuosamente embarazada Mavis había sido un error. La despidió. En cuanto mujer del subco-misario, estaba facultada para hacer tal cosa sin más requisito que el valor personal que hacía falta para soportar la aversión de Mavis durante un par de días. Cuando estuvimos solas me dijo:

—Mi marido no sabe que he venido. No se lo voy a decir. Y yo sé que no debería inmiscuirme. Pero han trasladado a Hari Kumar. Le han ingresado a él y a los otros chicos en la cárcel.

No me llevé un sobresalto. Estaba preparada para la noticia. Los días de silencio de Lili me habían preparado. No lo entendí, pero no fue lo mismo que no creer que pudiese ocurrir. Le pregunté por qué le habían encarcelado. Ella expresó con un gesto la futilidad tanto de la pregunta como de la respuesta. Dijo:

—Todos los papeles han ido al comisario, y ahora el asunto ya no está en nuestras manos. Pero quería saber si hay alguna cosa que pueda decirme a mí y que no le diría a Jack o a Robin, ni tampoco a Lili.

—¿Qué cosa, por el amor de Dios? —dije.

De nuevo hizo aquel gesto cuyo significado las dos conocíamos. Respondió que probablemente yo era la única que podía decir qué cosa. Yo pensé que era una celada. Le sonreí. Ella dijo:

—Bueno, usted sabe cómo son los hombres. Se repiten a sí mismos que no pueden permitirse el lujo de una auténtica curiosidad. Me refiero a la curiosidad por la gente. Oh, ya sé que resuelven todo tipo de problemas complicados que demuestran que estamos hechos de agua y gas o algo así, y que el universo sigue explotando y viajando hacia fuera a no sé cuántos millones de años luz por segundo, lo que me figuro que es fascinante, pero sin utilidad práctica para *nosotras* cuando se trata de procurar que los criados estén contentos y de impedir que se larguen con igual eficacia a una velocidad que se mide en millas por hora.

Yo reí. Era tan absurdo. Charloteo. Palique. Bromitas. Feliz Connie. Eso era su coraza. La clave —el punto flaco— era esa palabra: «curiosidad». Yo sabía lo que ella esperaba que dijera. «¿Qué es lo que inspira curiosidad?» Reí otra vez. Debió de pensar que estaba chiflada. Dicen que la pobre Miss Crane perdió la chaveta. Lili fue a verla una vez mientras yo estaba todavía en la casa MacGregor. Quizá dos veces. No me acuerdo. No hablamos mucho al respecto. Miss Crane había retirado todos los cuadros de las paredes o algo por el estilo, a pesar de que no iba a ninguna parte. Más tarde cometió *suttee.*[40] Me parece que tú viste la crónica del suceso en el *Times of India.* Las dos la vimos. Ninguna de las dos lo mencionó. Quizá Lili te escribió para contártelo con más detalle. Claro que está mal decir «cometió» *suttee.* El

[40] *Suttee:* palabra que designa tanto la cremación en la pira funeraria del difunto como a la viuda que se inmola en ella.

suttee o sati (¿se escribe así?) es una especie de estado de gracia conyugal, ¿no es eso? O sea que no se comete. Se ingresa en él. Si eres una buena viuda hindú te *convierte*s en *suttee.* ¿Yo también me convertiré, tía? ¿Ha muerto Hari? Supongo que podrías decir que en definitiva tú y yo somos aquí lo bastante ermitañas para pasar por *sannyasis.* Pero no. Todavía no he renunciado al mundo. Todavía me queda por lo menos una misión que cumplir.

Y sabía que me quedaba una tarea que cumplir con Connie White. En cuanto dejé de reírme dije:

—En resumen, ¿qué es lo que le inspira curiosidad?

No es posible dejar impagada una broma. Hay que escupir el precio que le han asignado. Ella respondió:

—Bueno, por lo visto todo empieza con un hombre que se llama Moti Lal.

Yo nunca había oído hablar de Moti Lal, pero resultó que era el hombre que Ronald estaba buscando la primera vez que detuvo a Hari. Moti Lal fue en un tiempo empleado del tío de Hari. Estaba siempre arengando a grupos de estudiantes, a jóvenes y a trabajadores. Cuando intentó organizar a la plantilla del sitio donde trabajaba, Romesh Chand le despidió. También le aplicaron una orden del artículo 144 del Código Penal. Creo que Ronald instigó la causa. Es esa ley que ordena abstenerse de perpetrar un acto susceptible de provocar trastornos en el distrito, ¿verdad? De todos modos, como tanta otra gente estaba haciendo, para hostigar constantemente a los ingleses, él la desafió, y fue juzgado de acuerdo con el artículo 188 del Código Penal y condenado a seis meses. Me acuerdo de todo este galimatías porque me aferré a él mientras Connie hablaba al respecto, con la esperanza de que explicara lo que podía sucederle a Hari. No fue así, pero luego consulté la materia en los libros de derecho de la biblioteca de Lili.

Moti Lal fue enviado a la prisión de Aligarh. Se evadió. Y Ronald le estaba buscando la mañana en que fue al Santuario y encontró a Hari con resaca. Le pregunté a Connie qué tenía que ver la historia de Moti Lal con un inocente enviado a la cárcel por un delito que no había cometido. Ella respondió:

—Ése es el quid de la cuestión. A Hari no le mandan a la cárcel por el ataque. Le mandan por motivos políticos. Conocía a Moti Lal.

Reí nuevamente. Dije:

—Hari conocía a Moti Lal. Yo conozco a Hari. ¿Por qué no me meten a mí también en la cárcel? Me imagino que todos esos chicos también conocían a Moti Lal, ¿no?

Dijo que en realidad no le preocupaba la suerte de los otros chicos. Todos ellos tenían una ficha policial. Jack Poulson las había examinado todas. Tanto Jack como Robin, su marido, creían que eran la clase de muchachos que, de no haber sido detenidos la noche de Bibighar, hubieran sido arrestados cuarenta y ocho horas después por insurrección o sabotaje. Al margen de lo que se pensara sobre la justicia o injusticia del caso, eran «buena presa» en las circunstancias presentes, y estaban más seguros a la sombra.

—Buena presa es la definición correcta —dije—. Difícilmente se podría liberar ahora, ¿verdad? Fueron detenidos por el peor delito que existe, y todo el mundo lo sabe. Y lo mismo es aplicable a Hari, ¿no es cierto? Sólo que para él es aún más delicado. Porque todo el mundo sabe que solíamos salir juntos.

Admitió que era más delicado para Hari o, mejor dicho, que lo había sido cuando todavía era incierto si había participado en el asalto. Pero sobre ninguno de los chicos pesaba esa acusación. Aquel caso seguía abierto. La policía seguía trabajando en él. Pero parecía improbable que llegaran a capturar a los culpables, a menos que empezaran a alardear: bien al volver a sus pueblos o al lugar de donde habían venido, bien en las cárceles. No se podía descartar la posibilidad de que los hombres que me atacaron estuviesen entre los detenidos en los desórdenes posteriores. La policía confiaba en que por lo menos no estuviesen entre las víctimas mortales. Connie no lo creía, porque hombres de «esa ralea» probablemente no hubieran arriesgado la vida desafiando a los militares. De haber sido detenidos lo habrían sido entre las personas sorprendidas en acto de pillaje. Si aún estaban en libertad podrían estar en cualquier parte, desde luego, y posiblemente la única esperanza de apresarlos residía en la delación de un confidente, alguien que abrigase algún rencor contra ellos y que les oyera vanagloriarse. Lo malo era que en la India no se podía confiar en pruebas obtenidas por este camino.

No sé qué intención tenía Connie. Eximirme de la inquietud de que Hari pudiera ser aún juzgado por violación; ponerme en guardia, porque adivinaba la verdad y por consiguiente también intuía que no deseaba que atrapasen a los responsables por si acusaban a Hari; sorprenderme con la guardia *baja,* a la espera de una palabra descuidada queechase por tierra todo el bien que yo había hecho hasta entonces. Quizá no se había propuesto ninguno de estos fines. Cuando has mentido a diestro y siniestro sospechas que casi todo el mundo es astuto, esquivo o engañoso. Espero que ella fuese simplemente curiosa, como dijo, y que estuviera ejercitando su derecho de mujer a satisfacer su curiosidad ahora que los hombres lo habían hecho todo irrevocable.

Dijo que no habían logrado capturar a Moti Lal. Había pasado a la «clandestinidad». Los chicos que estaban bebiendo aguardiente cuando les detuvieron juraron que no le habían visto desde que fue enviado a prisión. Jack Poulson pensaba que estaban mintiendo. El problema era que Han Kumar había ido «emergiendo gradualmente» en el curso de todas aquellas pesquisas e interrogatorios como «un joven de quien cabe albergar las más serias sospechas» (lo que también me sonó como algo que tenía que haber salido de la boca de Jack Poulson). La policía tenía una ficha suya desde varios meses antes. Había sido trasladado a comisaría para su interrogatorio en la época en que buscaban a Moti Lal. Había «envuelto su nombre en misterio» y al principio había proporcionado uno falso, lo que en sí mismo era una falta punible, aunque Ronald Merrick no le había inculpado porque en el caso de Hari el delito era meramente técnico. Pero Hari había declarado públicamente: «Odio este país pestilente, a la gente que lo puebla y a quienes lo gobiernan.» Había trabajado en la misma empresa que Moti Lal. Fue en su día colega de un joven anarquista llamado Vidyasagar, que había sido detenido por repartir escritos subversivos y entregar a la policía una octavilla instándola a auxiliar al pueblo en la tentativa de «liberar a los mártires de los jardines Bibighar». En el momento de su detención, después del ataque perpetrado contra mí, la habitación de Hari fue registrada. Llamó la atención de la policía el hecho de que no hubiese cartas en ella; tan sólo una: una carta de una persona residente en Inglaterra que no fue identificada porque firmaba con su nombre de pila, pero era evidente que formaba parte del ejército y había combatido en Dunquerque. Definía esta batalla como una

carnicería. Pedía a Hari que tuviese presente que podían abrirle el correo. Su padre había abierto una de las cartas mientras el hijo estaba en Francia y no se la había remitido porque estaba llena de «teorías políticas exaltadas». Nadie lograba entender por qué Hari había conservado precisamente esta carta entre todas las que debía de haber recibido de tiempo en tiempo de distintas personas. Naturalmente, no se tomaron la molestia de averiguar quién podría ser este muchacho algo «rojillo» y presumiblemente inglés. Bastaba con que la carta demostrase más o menos que Hari era también izquierdista. Sin gran dificultad habían elaborado un sumario para demostrar que Hari Kumar —pese a su apariencia de joven tranquilo, instruido y sin compromiso político— era un miembro destacado de un grupo de individuos peligrosos cuya detención temprana había abortado la oportunidad de que actuasen abiertamente en contra del esfuerzo bélico. Los documentos relacionados con Kumar y los restantes chicos habían sido enviados al comisario, y éste se había mostrado conforme con la decisión a la que Robin White había llegado «muy a regañadientes»: la de que había que encarcelar a aquellos jóvenes en aplicación de las Leyes de Defensa de la India.

Para cuando Connie llegó a este punto de su arenga, yo me estaba riendo de ese modo en que te ríes por no echarte a llorar. Yo sabía quién era el muchacho inglés.

— ¡Pero si es una farsa! —exclamé—. ¡Es absurdo! ¡Hari puede probar que es una farsa ridicula y *monstruosa!*

Ella dijo:

—Querida mía, eso es lo que *me* desconcierta. Los demás chicos lo niegan todo, todo menos que se conocían entre ellos, cosa que difícilmente *podrían* negar. Gritaron y lloraron e insistieron en que eran inocentes de todos los cargos menos del de beber alcohol. Y sabíamos que estaban mintiendo. Pero Hari era un asunto completamente distinto. Le interrogó personalmente Jack Poulson. Pero no respondió a ninguna de las preguntas. Ni negó ni admitió. Lo único que dijo en su defensa fue: «No estuve en Bibighar. No he vuelto a ver a Miss Manners desde la noche en que visitamos el templo.» Y, por supuesto, lo dijo solamente cuando le acusaron del asalto. A todas las demás preguntas contestó simplemente: «No tengo nada que decir.» No es normal. Quiero decir que a *mí* no me parece normal. Los hombres se limitaron a tomar su silencio como una confesión de culpabilidad. Supongo que si hubiera sido hombre yo habría hecho lo mismo. Pero soy una mujer, como usted. Pienso en Hari Kumar y escucho a Jack hablándole de él a Mavis y a mi marido hablando con el viejo Menen y pienso: «No es natural. Un hombre no dice nada si lo que quiere es ponerse la soga al cuello. Un hombre lucha por su libertad y su vida. Lucha porque *es* un hombre.»

Estábamos sentadas en la galería. Oh, allí estaba todo: las sillas de mimbre, la mesa con la bandeja del té encima, la fragancia de las flores, el aroma de la India, el aire de certidumbre, de *perpetuidad;* pero también la sensación extraña de que nada de esto sucedía en absoluto porque había comenzado mal y continuaba mal, y por consiguiente ya estaba terminado y hasta su final era malo, porque para mí ese final era remoto e irreal y, sin embargo, *total* en su envoltura, como si ya se hubiese convertido en un comienzo. ¡Padecemos esa esperanza constante! Creo que la casa MacGregor fue edificada sobre tales cimientos. La escalera hasta la galería, en donde yo había tropezado y caído, estaba tan sólo a unos pocos centímetros. No había visto nunca el fantasma de Janet MacGregor, pero sentí que ella debía de haber visto el mío. Connie dijo:—Supongo que es una tontería terrible por mi

parte, pero le aseguro que si Han Kumar hubiera sido inglés habría entendido su silencio mejor, aunque incluso en ese caso habría tenido que ser un silencio impuesto por una mujer.

Me eché a reír otra vez. Reí porque vi que esta vez realmente no podía hacer nada; por Connie, por mí misma o por Han, por nadie. Mis piernas —desnudas desde las rodillas para abajo— eran un anacronismo, un ultraje. Para interpretar la escena con algo así como estilo necesitaba un vestido largo de muselina blanca y un pequeño canotier en la cabeza. Necesitaba ser consciente de la dignidad de la situación. Necesitaba poder decir: «Pero si Harry es inglés», y luego levantarme, abrir mi sombrilla y abandonar la compañía de Connie White, para que ella *supiera* pero no dijera nada, porque aquél era un mundo donde los hombres morían a la intemperie y las mujeres lloraban en privado y la reina se sentaba en su trono como una juiciosa anciana y coronaba con éxito la hazaña de demostrar que existía un mundo donde la corrupción también moría por falta de aire hediondo.

Pero en fin, era estupendo, ¿no? Yo allí sentada en una silla y Connie White en otra, enseñando acres de piel desnuda y fea, con sudor en las axilas y Hari sudando en una celda nauseabunda, lejos del alcance de nosotras dos, preguntándose qué había ganado al obrar como debía obrar un hombre blanco cuando una muchacha le arrancaba una promesa: una promesa por el bien de él, pero también por el de ella. Ella le deseaba. Deseaba que él estuviera allí para hacerle el amor otra vez. Era maravilloso. Maravilloso porque él era negro. Yo le deseaba y él era negro, así que su negritud formaba parte de lo que yo deseaba. Allí sentada con Connie, riendo a mandíbula batiente, por un momento amargo y egoísta confié en que él sufriera lo mismo que yo sufría, por anteponer su orgullo inglés, malditamente adquirido, a la compulsión de penetrarme. Le di la enhorabuena por su estúpida escala de valores. Pensé: ¡qué típico! Dices a un indio que no diga nada y lo toma al pie de la letra.

Más tarde, por supuesto, supe que no se lo había tomado literalmente. Lo había interpretado de ese modo adrede. Para castigarse. Para proporcionarse algo nuevo de lo que poder mofarse. Cuando Connie ya se había marchado, sin saber una palabra más después de su visita, pero me imagino que persuadida de que yo estaba desequilibrada, Lili me encontró llorando en mi habitación, porque el talante cómico había cesado y el melodrama había explotado, no en tragedia sino simplemente en vida y en todas esas estúpidas contracorrientes que te lanzaban indiscriminadamente de un pensamiento a otro pero conseguían mantenerte a flote. Nunca te ahogas. Nunca, nunca. Hasta que te has muerto. ¿Entonces por qué ese miedo tan ridículo a la verdad? Pero con Lili sentada en mi cama, con intención de consolarme pero también con deseo de castigarme por mi absurdidad, volví a ser una niña. Lloré y grité: «Le quiero, le quiero. Devuélvemelo, tía. Devuélvemelo, por favor.»

Ella no dijo nada. Como Hari. Supongo que para ellos no *hay* nada que decir. Nada, siempre y cuando se propongan construir en lugar de destruir. Detrás de toda la cháchara y la violencia de la India, qué profundo y persistente silencio. Siva baila en él. Vishnú baila en él. Hasta su música es silencio. Es la única música que conozco que parece consciente de *quebrar* el silencio, de retornar a él cuando se acaba, como para demostrar que todo sonido producido por el hombre es una ilusión.

¡Qué extraña es su concepción del mundo! Nunca la entenderemos. Sospecho que en realidad no la entienden ellos mismos. ¿Es para tratar de

comprenderla por lo que la Hermana Ludmila vaga por las calles recogiendo el cuerpo de los muertos y los moribundos? ¿Es simplemente una concepción que podría rastrearse hasta una experiencia primitiva, abrumadora, largamente olvidada, de dolor y sufrimiento? Lo pregunto porque me sorprendió, unas semanas después, cuando supe que estaba embarazada y pedí a la tía Lili que mandara a buscar a Anna Klaus, que Anna estuviera también en el mismo borde de realidad y de ilusión, porque había sufrido una pérdida y había seguido viviendo. Es una gran partidaria de anestesiar al paciente, una entusiasta de los calmantes. La recuerdo en mi habitación, frunciendo su ceño profesional mientras ordenaba las cosas de su maletín negro. ¡Qué abundancia de soluciones en el maletín de un médico! Anna parecía estar muy lejos de mí y, no obstante, parecía llevarme con ella: a millones de millas de distancia, por largos túneles vidriados de azulejos blancos, pasadizos subterráneos de degradación humana que se salvaban de la suciedad porque nosotros, los septentrionales, hemos aprendido a convertir el sufrimiento en aséptico y no contagioso. Al principio tuve la tonta idea de que estaba preparando algo para que yo lo tomase y me librase del niño. Pregunté:

— ¿Qué es eso? ¿Qué es eso?

— ¡Vaya alboroto! —dijo ella—. Es solamente para que duerma tranquila. Las futuras madres tienen que ser contemplativas. Como monjas.

De modo que le dejé que siguiera preparándolo. Pero de repente dije:

— ¿Qué voy a hacer, Anna? No puedo vivir sin él.

Ella no me miró. Estaba midiendo la dosis. Habló al medicamento, no a mí. Después de todo, era la única cosa en que podía confiar y creer de verdad, lo único que podía realmente amar. Dijo:

—Tiene que aprenderlo. A vivir sin él. Me entregó el vaso y permaneció a mi lado hasta que hube bebido cada gota.

Apéndice al capítulo 7

Cartas de Lady Manners a Lady Chatterjee

Srinagar, 31 de mayo del 43

Mi querida Lili:

Espero que me hayas perdonado por no aceptar la invitación a visitarte el mes pasado, y por el silencio que desde entonces sólo han roto mis dos telegramas. En el de hace una semana prometí que escribiría. Si te apetece, no dejes de venir el mes que viene. Estaré en la casa flotante.

Me temo que van a surgir inacabables complicaciones legales. La pobre Daphne murió sin testar, por lo que pienso que el dinero queda sujeto a los

depósitos estatutarios, en nombre de la niña, a menos que la parte que Daphne heredó de su madre sea reclamada por los sobrinos y sobrinas de la señora George. George Manners tenía una hermana casada a la que Daphne solía llamar tía Kate y que murió en un accidente de tráfico. El marido se volvió a casar, pero había dos o tres hijos del primer matrimonio, primos con los que Daphne recordaba haber jugado de niña. Supongo que si Daphne hubiera muerto intestada pero sin descendientes, los primos habrían podido presentar una reclamación. No sé a ciencia cierta qué situación se produce cuando el hijo en cuestión es ilegítimo. Tendrán que encargarse de estudiar el caso a fondo los abogados de Londres, que es donde, en definitiva, está retenido el dinero. Daphne fue muy cuidadosa con su pequeña herencia. Nunca tocó el capital, y cobraba los réditos a través de los bancos de aquí. De todos modos, he pedido al señor Docherty, de Pindi, que haga lo que haya que hacer para empezar a poner en orden las cosas, aunque tardaremos siglos en conocer qué bienes pertenecen a la niña y aún más tiempo en saber el uso que aquí puede nacerse de ellos.

Entretanto me incumbe la responsabilidad de la niña. Cuando vengas, Lili, quizá puedas decirme si crees que es hija de Hari Kumar. Tengo un motivo especial para querer saberlo. No está relacionado con ninguna demanda legal ni acusación penal. No se trata de intentar establecer la paternidad. Kumar está más allá de nuestras incriminaciones o nuestra ayuda, y *así quiero que se dejen las cosas.* Pero al procurar cobijo y afecto a la niña, en nombre de Daphne —y por la criatura misma—, estaría más contenta si supiera en qué medida podría hacerlo en la creencia de que su extracción no estuvo rodeada de duda ni de tragedia. Sé que no necesito decirte que quiero tu *opinión,* no que me tranquilices, y que si no te sientes en condiciones de dármela no quisiera que fingieses simplemente para dejarme tranquila.

Es una niña encantadora y bonita. Va a tener la piel clara, aunque no lo suficiente para que pase por blanca. Me alegro. A medida que crezca no caerá en la tentación de llevar una máscara. Por lo menos se ahorrará eso, la desdicha y la humillación que experimentan tantas chicas eurasiáticas. Me propongo educarla como a una niña india, y es una de las razones por las que le he llamado Parvati. El otro motivo es que creo que es un nombre que le hubiera gustado a Daphne. Parvati Manners. Más adelante puede decidir cambiarse el nombre.

Fue reacia a venir al mundo, pero una vez aquí parece igualmente resuelta a no abandonarlo. El doctor Krishnamurti ha encontrado un ama de cría, una muchacha de Cachemira bastante joven que ha perdido a su primogénito y colma de afecto a Parvati. Sería una *ayah*[41] perfecta, pero dice que no abandonará Srinagar. Es la mujer de uno de los chicos que tripula las *shikaras* durante la estación y le he prometido un empleo en cuanto me traslade al lago. Quizá pueda convencerles de que vengan a Pindi en septiembre. Él parece un granuja redomado, pero forman una hermosa pareja y ella le mete en vereda. Es conmovedor verles jugando con Parvati como si fuera su propia hija. Mientras ella alimenta al bebé él se queda cerca, vigilante. En parte le fascina y en parte le perturba la escena, pero está sumamente orgulloso del don de su mujer, y supongo que de la participación que él ha tenido en llenarle los pechos con la leche que ahora amamanta a un hijo ajeno. Y supongo que consideran el dinero que ella gana como una compensación por su propia pérdida; un don de Alá.

[41] Nodriza.

A Daphne también le agradaría observarles. Sólo vio a la niña un par de segundos. El parto duró cuarenta y ocho horas. Tú y yo no hemos tenido hijos, así que quizá se nos puede considerar casi tan ignorantes de la maternidad como los hombres; me refiero, por lo menos, a los hombres que no son médicos. El doctor Krishnamurti fue una maravilla. Pobre Daphne, al verla uno hubiera creído que era lo bastante grande y fuerte para tener docenas de hijos, pero tenía un problema en la pelvis y la bebé venía al revés. Él quiso que ella ingresara en el hospital para que le dieran la vuelta a la niña, pero ella se negó. De modo que decidió hacerlo aquí, trayendo a un par de enfermeras, un anestesista y montones de instrumentos. Esto fue dos o tres semanas antes de que le tocara dar a luz. El médico me dijo que le había dado la vuelta al feto, pero que al menor movimiento podía colocarse de nuevo en una postura que ocasionaría un parto de nalgas. Él dijo que le recomendaba que no hiciera disparates y optara por una cesárea para que, en cuanto todo empezara, salieran bien las cosas. Pero ella se negó. Ella estaba empeñada en que su deber era empujar al niño fuera del útero como mandaba la naturaleza. Krishnamurti y yo siempre hemos sido mutuamente sinceros. Es triste pensar que tuviese que ser aquel horrible trance lo que nos convirtió en amigos. Al principio le dije lo que te había confesado la doctora Klaus, que Daphne tenía un corazón anómalo. Después de examinarla me dijo que no había motivo para preocuparse, aunque admitió que probablemente había sido esta anomalía lo que impulsó a los médicos de Londres a aconsejarle que dejara de conducir ambulancias. Es extraño que ella no lo mencionara nunca. Bueno, no, no lo es. Es característico. Siempre pretendió que fue la vista lo que provocó que le «dieran de baja», como ella lo llamó en una ocasión. El hecho es, sin embargo, que el estado del corazón no causó complicaciones en el parto, sino que fue, en palabras de Krishnamurti, «un ligero débito adicional en el balance».

En un momento dado, durante aquellas cuarenta y ocho horas espantosas, pensé que ella quería que el niño muriera o, en caso contrario, morir ella. Desde entonces he cambiado de opinión. Ella sólo quería «hacerlo bien». El feto volvió a voltearse. Supongo que debido a que no pudo salir. Krishnamurti había tenido la prudencia de traer todo el instrumental. Transformó el dormitorio en un quirófano. La pobre Daphne no estaba totalmente en su sano juicio para darse cuenta de lo que pasaba. Fui yo quien dio permiso para la cesárea.

De modo que lo llevo en mi conciencia. Ella debería haber ingresado en el hospital. Krishnamurti no escatimó esfuerzos. Pero Daphne murió de peritonitis. Durante unos días después del parto ni siquiera miré a la niña. Había visto la operación. Krishnamurti me autorizó a presenciarla. Me había puesto una bata blanca de enfermera de quirófano y una mascarilla encima de la boca y ventanillas nasales. Necesitaba ver este aspecto de la vida. Nunca me he perdonado el ser demasiado pusilánime para mirar. Cuando aquello empezó, pensé que no lo resistiría. Parecía una obscenidad, como abrir una lata; lo obsceno no es abrirla, sino que la lata sea un abdomen humano. Pero cuando estuvo abierto y vi lo que estaban extrayendo de él sentí como si estuviese naciendo otra vez. Era un milagro, y me hizo comprender que ningún milagro es hermoso, porque se produce en un plano de la experiencia donde palabras como «belleza» no tienen el menor sentido.

Tampoco representó absolutamente nada para mí que el curioso amasijo de carne que extrajeron del interior de Daphne (quizá sería más exacto decir que «arrancaron», pues con sus largos guantes de goma en las manos

pareció que tuvieran que buscar el cuerpo y animarlo a emerger) tuviese evidentemente *distinto* color de piel que su madre. La diferencia de color era mínima, tan sutil que de no ser por un recuerdo concreto ahora estaría convencida de que el hecho de que la diferencia entre madre e hija no significase nada para mí se debió a que no noté ninguna en aquel momento. Pero sí la noté. El recuerdo concreto de que hablo es haber pensado: «Sí, ya veo: el padre *tenía* la piel oscura.» Pero entonces esta reflexión no me produjo una reacción emocional. Constaté el hecho y luego lo olvidé. Sólo volví a recordarlo cuando Daphne estaba muerta e intentaron enseñarme a la niña para alejar de mi cabeza ciertos pensamientos. Pero eso no fue el motivo de mi rechazo. La rechacé porque en mi estado de ánimo la culpaba de la muerte de Daphne. De ser algo, fue su identidad india lo que primero me movió a compadecerme de ella y a empezar a pensar en la niña como «ella». Pensé: Pobre criatura; no puede esperar nada de la vida. Te he dicho que Daphne la vio unos segundos, entre una pérdida de conocimiento y otra. La enfermera le acercó la niña. Ella intentó tocarla pero no tuvo fuerzas. Pero sonrió. Precisamente por eso quiero que tú veas a Parvati y juzgues si existe algún parecido con Hari Kumar. Me temo que no veo en ella nada de Daphne, pero tú quizá lo veas. Los parientes suelen ser los últimos en advertir un parecido de familia.

Afectuosamente,
Ethel.

Rawalpindi, 5 de agosto del 47

Mi querida Lili:

He decidido marcharme de Pindi. Me niego a vivir en un lugar a cuyos habitantes pueda convertírseles, de un mero plumazo, en enemigos de la India —el país al que mi marido trató de servir—, y puedes dar por sentado que decir «enemigos» no es exagerar las cosas. La creación del estado de Pakistán es nuestro error culminante. Es superior a mis fuerzas. No deberían haberse desembarazado de Wavell. La única justificación de nuestros doscientos años de poder era la unificación. Pero hemos dividido en dos una nación compuesta, y todo el mundo en Inglaterra anda diciendo que el nuevo virrey es una maravilla por haber zanjado el problema tan rápidamente. Lo cual, desde luego, es cierto. Pero es una maravilla del siglo veinte, y la India vive todavía en el siglo diecinueve, que es el momento histórico en que la abandonamos. En Nueva Delhi ha deslumbrado a todos. Me refiero a todos los indios. Lo que no comprenden es que lo único que él se ha propuesto es lucir una figura encantadora en el escaparate, un escaparate que hemos intentado decorar de un modo atractivo desde que terminó la guerra. La tienda que hay detrás de esa fachada sigue siendo decimonónica, si bien de un siglo diecinueve *radical.* El lema no ha dejado de ser insular. La independencia de la India a toda costa, no por el bien de la colonia, sino por nuestro propio beneficio.

Voy a la residencia de Gopalakand a visitar a Sir Robert Conway, un antiguo amigo de Henry que es consejero del maharajá. También están sacrificando a los maharajás; principalmente por culpa suya, pero quienes

tienen la sartén por el mango son los viejos fabianos y los sindicalistas encallecidos de Londres, no el Congreso. ¿Nos veremos tal vez en Gopalakand? La pequeña Parvati envía cariños a la tía Lili, y lo mismo hago yo.

Afectuosamente,
Ethel.

Nueva Delhi, junio de 1948

Mi querida Lili:

¿Podrías reunirte conmigo aquí? Estoy en el palacio de Su Majestad en Gopalakand, tal como suena. He estado indispuesta y me gustaría hablar contigo de una serie de cosas. También quiero enseñarte —y entregarte, si las quieres— algunas pertenencias que dejó Daphne, escritos suyos, cartas y un diario.

En las cláusulas de mi nuevo testamento he tenido en cuenta a Parvati y dejo dinero para la fundación de un hospicio, cumpliendo de esta manera un deseo expresado por Daphne. Te nombro uno de los albaceas y propongo que la institución se llame Hospicio Conmemorativo Manners para niños indios, que es una forma de recordar a mi sobrina y evitar la turbación que un nombre como Hospicio Daphne Manners podría causar a personas que tienen recuerdos muy antiguos. He sugerido que el hospicio tenga su sede en Mayapore. Una de las cosas que podríamos hablar es la elección del lugar conocido como el Santuario. Me dijiste el año pasado que la mujer tenía problemas con la vista. Si es posible y viable que el Santuario sea el emplazamiento del hospicio, una de las previsiones de su fundación sería que la Hermana Ludmila fuese autorizada a seguir viviendo allí por merced especial, como si dijéramos.

Cuando hayas leído el diario de la pobre Daphne —que he guardado para mí todos estos años, aunque creo que siempre has sospechado la existencia de algo de este estilo— comprenderás mejor por qué mis pensamientos han seguido este rumbo. La otra cosa que podemos estudiar es el futuro de Parvati. No quiero parecer morbosa, pero no está muy lejos la hora en que mi muerte la deje sola en el mundo. Sigo sustentando la opinión de que no debe hacerse nada por localizar al hombre que tú y yo sabemos con certeza que es el padre. Cada vez que miras a la niña se parece más a Hari. Es un consuelo para mí porque sé que me estás diciendo la verdad y no simplemente tranquilizándome; pero eso no me convence de que haya que averiguar el paradero del pobre chico para obligarle a que afronte la evidencia de su responsabilidad. Estoy segura de que estás de acuerdo. Sin la menor dificultad podría haberme ocupado de que se hiciera mientras estuvo en la cárcel, y si todavía vive aún sería factible localizarle, supongo, aun cuando deben de haberle puesto en libertad hace dos o tres años. Creo que tienes razón en sospechar que cuando la tía Shalini abandonó Mayapore en 1944 regresó a su antiguo domicilio en las UP[42] con la intención exclusiva de preparar una especie de hogar al que su sobrino pudiese volver en cuanto saliera de la cárcel, aunque su estancia en la casa no fuese muy larga. Es

[42] UP: Uttar Pradesh, estado de la India.

obvio que alguien conoce la verdad: probablemente ese tal Romesh Chand Gupta Sen. La información de tu amigo abogado Srinivasan —cuando él mismo salió de la cárcel y preguntó por la señora Gupta Sen— acerca de que Romesh Chand se limitó a escurrir el bulto y a decir que ella había regresado a su pueblo y que él había roto toda relación con la familia Kumar, seguramente no significa nada más que una tentativa por parte de ese anciano para encubrir el hecho de que él sabía lo que había sucedido pero no se molestaba en contarlo. Lo que yo creo es que Hari probablemente fue a la casa de su tía Shalini al ser excarcelado, pero luego se marchó a otro sitio y quizás hasta cambió de nombre. A un muchacho condenado por los motivos por los que aparentemente cumplió su condena no le faltarían amigos en la nueva India. Conjeturo que rechazó todas esas amistades. Podría haber muerto, víctima fortuita de aquel salvajismo, el baño de sangre hindú y musulmán del año pasado, que marcó el final de nuestros años unificadores y civilizadores de poder e influencia.

No, querida. Deja que el pobre Hari Kumar se labre su propia salvación, si sigue vivo para labrarla y si hay alguna clase de salvación para un chico como él. Es el residuo, el cabo suelto de nuestro reinado, el tipo de persona que creamos, me figuro que con las mejores intenciones. Pero a pesar del ascenso presente de Nehru como una fuerza moral en ciernes en los asuntos mundiales, no veo *nada* en la India que pueda resistir la presión del legado de división que los ingleses hemos consentido que se imponga a sí misma y de la que somos moralmente responsables. Al consentirla creamos un precedente para la segregación en el preciso momento en que hacía falta lo contrario, la consentimos —de nuevo con las mejores intenciones— como resultado del cansancio, y a falta de pretensiones morales o físicas que no resistirían el esfuerzo de mirar al futuro para ver qué abdicación, desde el punto de vista indio, no desde el nuestro, iba a representar. Quizás en definitiva no teníamos un criterio propio a ese respecto porque no fuimos lo bastante inteligentes para formularlo de una forma acorde con el siglo veinte, y por tanto el mundo va a dividirse en pequeños y aislados reductos de dogma y resistencia recíproca, y la promesa que siempre parecía esconderse detrás incluso de los peores aspectos de nuestro colonialismo se evaporará en el crisol de la historia como simple mística imperial, como insensata glorificación de una política salvajemente pragmática y codiciosa.

¿Te acuerdas del pobre Nello con la pipa de Henry en la boca, caminando de un lado para otro e imitando a Henry, diciendo, con la voz de Henry: «¿Política? ¿Política? ¡Al infierno la política! ¿Qué piensas y qué sientes, mi querido amigo? ¡Ahí está la cosa! No pierdas un puñetero minuto con nociones de segundo orden sobre lo que es *probable.* Examinemos el maldito improbable y veamos adonde se llega desde ese punto de partida.»? Cómo me reí entonces. Al recordarlo ahora ya no me hace gracia. Qué maravillosa oportunidad *perdida.* Me refiero a nosotros, perdida por nosotros. Los indios también lo piensan, ¿verdad? Es decir, a pesar del orgullo en su pecho y la emoción de sentarse como hombres libres delante de sus escritorios para redactar una constitución. ¿No será esa constitución una especie de carta de amor a los ingleses, el tipo de carta que un enamorado repudiado escribe cuando el idilio ha concluido en lo que en ese momento parece un reconocimiento civilizado y digno de incompatibilidad mutua? En un mundo que de repente se ha vuelto insípido porque los seres queridos, gracias a Dios, se han ido, ofreciendo en otro sitio sus afectos letales, imprevisibles y egoístas, una intenta recobrar, ¿no crees?, los momentos culminantes de

placer que tal vez no han sido en absoluto mutuos, pero que de todas formas existieron. Pero esta recuperación siempre es imposible. Te contentas con la dicha de segundo orden, te conformas con la lección que pareces haber aprendido y olvidado, y por lo tanto no aprendes nada de nada, porque las cosas de segundo orden son el común denominador del mundo y cualquier idiota puede enseñarlo, cualquier cretino puede heredarlo.

Lo que me aterra es la idea de que progresivamente, cuando los esplendores del divorcio civilizado y las protestas de seguir siendo buenos amigos se hayan agotado, aflorará la animosidad real, la que nuestros dos pueblos han logrado contener mientras hubo motivo para suponer que era funesta porque no podía llevar a ninguna parte ni a gobernantes ni a gobernados. Me refiero, por supuesto, a la aversión y al miedo que existe entre negros y blancos. Y es una pasión de quinta categoría, apropiada únicamente para una nación de vulgares tenderos y de *banias* barrigudos. Recuerdo, aquella vez en que el querido Nello imitó a Henry, la cara de terrible escándalo que puso uno de los ayudantes de Henry (un tipo de lo más fino, cuyo abuelo había ganado una fortuna embotellando salsa o algo parecido; no es que esto dijera algo en su contra, pero por alguna razón nunca consiguió sobreponerse a ello) y la forma en que, mientras yo me seguía riendo, se volvió hacia mí y me miró como si estuviera a punto de decir: «¡Dios bendito, Lady Manners! ¿Cómo consiente *esto* en la mismísima sala de Sir Henry?» Y lo único que quería decir era que Nello tenía la piel oscura y el pobre Henry de color blanco, aunque en realidad estaba gris y amarillo y enfermo, al borde ya de la tumba. Supongo que a la postre todo se reduce a *eso,* porque es la última división de todas, ¿no crees? Me refiero al color de la piel, no a la muerte.

Bueno, tú y yo siempre hemos procurado mantener la casa abierta. *Sospecho que tú, en definitiva, tendrás que mantenerla así todavía un largo tiempo.* El verdadero propósito de esta carta, Lili, es el siguiente: cuando yo desaparezca, ¿darás a Parvati un techo?

Con amor,
Ethel.

Imaginemos, pues, un paisaje llano que da vueltas y asciende siguiendo en sentido contrario a las curvas y los giros del vuelo nocturno 115, la línea Viscount con Calcuta; un paisaje que es oscuro pero aparece inmediatamente abajo como un sistema de luces, ordenadamente arracimadas en torno a un punto central con unas cuantas galaxias menores allende su periferia: la pista de balizas del aeropuerto, el suburbio de Banyaganj, divorciado del cuerpo central porque el enlace con Mayapore, la carretera Grand Trunk, solamente está iluminado por el ocasional tráfico nocturno (faros diminutos que se desplazan a una velocidad que incluso desde esa altura parece excesiva) y una constelación relativamente pequeña y aislada hacia la mitad de su trayecto, donde la nueva colonia inglesa vive a dos pasos de la Universidad Técnica, las fábricas y el aeropuerto que esos residentes utilizan con tanta naturalidad como si fuese una terminal de autobús. Aparte del forastero hay otro ciudadano británico en el vuelo 115; es el mismo hombre que aquella noche en el club miraba de vez en cuando a los acompañantes de Srinivasan; quizá menos por curiosidad que por un

deseo de obtener un alivio momentáneo del esfuerzo de concentrarse en preguntas que le estaban formulando jóvenes locuaces como Surendranath y Desai, en su intento de recuperar el tiempo que piensan que sus padres perdieron.

Rodeado por una compañía parecida a la que ha tenido en la sala de espera del aeropuerto, este otro inglés ocupa ahora, en el avión casi vacío, un asiento situado a poca distancia del que ocupa el forastero. Los otros pasajeros son hombres de negocios indios. Ellos también se han sentado aparte de sus compatriotas, en su viaje hacia transacciones en Bengala occidental. Cuando se apague el letrero iluminado del mamparo *(Abróchense los cinturones. No fumar),* abrirán sus carteras y examinarán papeles. El vuelo dura muy poco; el respiro concedido es tan precioso para el viajero como el tiempo que dedica en un entorno más íntimo a leer los periódicos de la mañana para descubrir lo que ha ocurrido ayer y enjuiciar de qué manera podía influir en lo que quizá suceda hoy. Uno de ellos —el hombre que en la sala de espera estaba sentado con los pies recogidos sobre la butaca de muelles— lleva el *dhoti.*[43] En el asiento del avión no hay sitio para que adopte una postura similarmente cómoda, detalle que el forastero agradece, pues ¿quién sabe dónde se habrán posado esos pies en las últimas veinticuatro horas?

Al avión parece que le cuesta trabajo cobrar altura. A través de la escotilla oval, la pista de balizas vuelve a hacerse visible, no mucho más abajo que la última vez que el observador la ha mirado, y luego reaparecen las luces de Mayapore, ligeramente borrosas, lo que quizá se deba a la condensación del cristal doble de las ventanillas, pero al menos se ajustan al modelo conocido y ahora reconocible, porque el pasajero ha tenido tiempo de orientarse.

Hasta es posible localizar el emplazamiento del *maidan:* un espacio oscuro y circundado de puntos de iluminación uniformemente concebidos, la calle Hospital, la calle Club, la calle Church (denominación que no ha cambiado, no obstante llamarse ahora Mahatma Gandhi la calle Victoria) y la calle Artillery. La aeronave se inclina hacia un lado y enfila hacia el este, siguiendo un rumbo casi paralelo al curso del río que conduce a la costa inimaginable de Miss Crane. Ella nunca tuvo que encarar esta panorámica que el ojo de Dios tiene del mundo creado, lo que quizá fue una lástima, porque la topografía que a ella le parecía tan desoladora vista desde el suelo se revela desde esta altura y a esta velocidad como un paisaje sin plan ni concierto, con mutaciones introducidas en él por personas que se conformaron con hacer las cosas sobre la marcha.

El poste de neón que ilumina a los fieles desde el templo Tirupati hasta el río y en el tramo inverso resplandece relativamente, y, tomando como referencia esa farola y la luz de neón que hay encima de la caseta del guardavías, en el paso a nivel de la extremidad norte del puente Bibighar, el forastero (que regresa a Calcuta para realizar un segundo examen de enmohecidas reliquias misionales), logra establecer la posición aproximada de los jardines Bibighar y la casa MacGregor.

Los jardines Bibighar están sumidos en la oscuridad (ahora como antes), pero la casa MacGregor despide el chorro de luz que Lili Chatterjee prometió: todas las luces encendidas en las habitaciones ocupadas y todos los focos encendidos en el jardín; desde aquí pálidos, pero de repente inconfundibles,

[43] Taparrabos largo indio.

de modo que uno explora con la mirada neciamente ese punto lejano en busca de indicios de la misma Lili, y se imagina que ella está con Parvati al pie de las escaleras de la galería, contemplando desde abajo las luces de posición, parpadeantes y rojas, verdes y ámbar del monstruo comercial que navega por los aires.

De modo que he ahí la última imagen —la casa MacGregor—, en la que hay rumores de vida distintos a los que producen Lili y Parvati: el tintineo de cristal roto, el ascenso de pies cómodamente calzados desde el vestíbulo de azulejos blancos y negros hasta los pasillos de arriba, en donde puertas de caoba con pomo de cobre dan acceso a habitaciones que permiten a sus ocupantes contemplar lo que es la realidad para ellos y un sueño para otros, y decidirse acerca del significado preciso de lo que se extiende más allá.

Son sonidos que el visitante fortuito atribuirá hoy a la presencia de Parvati, no a la de su madre. Pero Parvati tiene un andar liviano y no rompe nada (excepto tal vez el corazón de algún joven). Ella es otra historia, y por eso su presencia aquí es provisional, si bien le sienta bien, por causa de su timidez y de la impresión que produce de una chica que todavía no se ha enfrentado al mundo cara a cara y mucho menos lo ha sometido a la fuerza de su personalidad. Tropezar con ella inesperadamente, encontrarla de pie y sola en una de las habitaciones de la casa MacGregor o sentada a la sombra en el jardín, contando los pétalos de una flor; ver su expresión de placer intenso pero distante (distante porque a pesar de su intensidad la fuente del mismo se encuentra evidentemente en algún universo privado que tiembla en la orilla entre sus ilusiones de juventud y su juicio más maduro), oírla cantar temprano por la mañana y por la tardes, ejercitando su voz, escuchar la solemne y diligente aplicación con que ataca una frase difícil, admite la derrota con un grito de exaperación en voz baja y vuelve a atacarla, todo eso es abandonar la casa MacGregor con la idea de que Parvati es una muchacha admirablemente adaptada a su ambiente, donde subsiste la promesa de una historia que continúa en lugar de terminar, y de que Lady Chatterjee es la depositaría de una tradición en pro del futuro más que del pasado.

—Bueno, no lo sé —dice Lady Chatterjee, guiando al forastero en un último recorrido por la vieja mansión, tras haber aceptado el apoyo de su brazo y protegiéndose los ojos del sol declinante de la tarde con la mano libre; y Shafi ya está esperando al invitado para llevarle en sumomento al aeropuerto—. Quiero decir que depositaría suena a lugar donde se guardan los muebles cuando te mudas a otra localidad. Me figuro que un inglés podría decir que toda la India parece una especie de guardamuebles. Todos ustedes se fueron, pero dejaron detrás muchísimas cosas que no pudieron llevarse consigo adonde iban, y hoy día, los que vuelven, la mayoría de las veces apenas se toman la molestia de pensar en ello, y mucho menos en pedir la llave para entrar y revolver las viejas capas de polvo para ver si todo lo que valía la pena sigue estando en su sitio y no se está desmigando con la podredumbre seca. —Hace una pausa y pregunta— ¿Le ha despedido Parvati como es debido?

Sí, Parvati le ha dicho adiós y ahora baja corriendo la escalera desde la galería (retrasada, porque tiene tendencia a seguir el horario de Mayapore en vez del horario general indio) en marcha para la clase vespertina con su gurú, que ha cantado en Londres, Nueva York y París, y hoy día solamente acepta dar lecciones a las alumnas más prometedoras, chicas que tienen no

sólo el talento, sino también la energía de resistir una instrucción que dura ocho años. Quizás algún día Parvati también llegue a cantar en esas capitales de occidente y luego se convierta en una *gurú* a su vez que instruye a una nueva generación de muchachas en las complejidades formales de las canciones que su madre inglesa definió en una ocasión como la única música del mundo que parecía consciente de quebrar el silencio y retornar a él cuando se acababa. Antes de perderse de vista, hace un alto y agita la mano, y el forastero mueve la suya para desearle que le vaya bien en la clase vespertina. Dos veces al día ella corre así, y en los intervalos se enclaustra durante horas de riguroso ejercicio. A veces aparece un joven que trae las *tablas* o tambores gemelos para proporcionarle la percusión necesaria, y, si no aparece, ella misma se acompaña con un rápido tamborileo de sus dedos flexibles sobre el *tamboura* con forma de cebolla. Tiene la piel de un color marrón muy claro, y bajo ciertas luces su largo cabello moreno presenta un tono rojizo más frecuente en el norte.

Dooliya le ao re moré babul ke kaharwa.
Chali hoon sajan ba ke des. Sangaki sakha
saba bichchuda gayee hai apne ri apne ghar jaun.

Oh, sirvientes de mi padre, traed mi palanquín.
Voy al país de mi esposo. Todas mis amigas
se han desperdigado. Han ido a hogares distintos.

(Raga matutina)
Traducción de Dipali Nag.